Patrizia Dogliani

EL FASCISMO DE LOS ITALIANOS

Una historia social



Patrizia Dogliani

EL FASCISMO DE LOS ITALIANOS

Una historia social



EL FASCISMO

DE LOS ITALIANOS

UNA HISTORIA SOCIAL

H

ISTÒRIA

/ 178

Sabina Loriga (EHESS)

Antonella Romano (CNRS)

Adeline Rucquoi (EHESS)

Jean-Claude Schmitt (EHESS)

Françoise Thébaud (Université d'Avignon)

EL FASCISMO

DE LOS ITALIANOS

UNA HISTORIA SOCIAL

Patrizia Dogliani

Traducción de Patricia Gómez Soler

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Título original: Il fascismo degli italiani

UTET S.p.A., Torino, 2008

Publicacions de la Universitat de València

http://puv.uv.es

publicacions@uv.es

Diseño del interior y maquetación: Inmaculada Mesa

Fotografía de la cubierta: Concentración en la plaza Venecia, Roma

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-9134-117-8

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Han pasado exactamente ocho años desde que entregué la primera edición de esta historia social del fascismo a la editorial Utet y diecisiete de mi anterior libro, L'Italia fascista, publicado por Sansoni. Si bien durante este tiempo han aparecido muchos trabajos sobre el tema, creo que las preguntas y el propósito de estos volúmenes siguen siendo válidos. La pregunta que me hacía en 1999 era si seguía siendo necesario escribir otra síntesis sobre la historia del fascismo, y me respondí afirmativamente tanto entonces como en 2008, al publicar una segunda reconstrucción de aquel intenso y complejo periodo de la historia italiana y europea. Cabe señalar que en estos algo más que tres lustros no ha aparecido ninguna historia general del fascismo, excepto un trabajo de reflexión histórico-política de Salvatore Lupo, una reedición general sobre los orígenes del régimen de Roberto Vivarelli y algunas obras colectivas tanto bajo forma de diccionario como de volúmenes de ensayo en torno a temas relacionados con el ventenio fascista. Tampoco se ha publicado ninguna historia propiamente social de aquel periodo histórico y, por otra parte, las historias sociales de la Italia contemporánea todavía son pocas. Así pues, sigue siendo válido lo que afirmaba en la introducción de la edición de 2008: se trata de una historia social del fascismo, una entre las muchas y las diferentes que podrían escribirse y todavía esperamos. En cambio, la historiografía alemana y anglo-americana que se ha ocupado del nazismo ha trabajado durante mucho tiempo sobre la sociedad alemana. La realización de un trabajo sobre el caso italiano me la sugirieron la síntesis de Richard Grunberger de 1971, el trabajo pionero de William Sheridan Allen de 1965 sobre Alltag, que trata sobre la vida cotidiana de un tranquilo pueblo alemán que se desliza rápidamente hacia el nazismo, y sobre todo la obra de Detlev Peukert de 1982, Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde (literalmente «Compatriotas y extraños a la comunidad», publicada en italiano con el título Storia sociale del Terzo Reich), la cual, según su autor, analizaba el conformismo, la eliminación y la rebelión (así decía el subtítulo) de las clases, los estamentos, los grupos sociales, los cuerpos profesionales y las generaciones de la nueva nación forjada por el nazismo. Era lo que después retomaron más explícitamente dos autores, el inglés Michael Burleigh y el alemán Wolfgang Wippermann, en otro significativo análisis sobre la obra de redefinición y reconstrucción de la sociedad alemana por parte del Estado racial germánico. En la introducción de 1992 estos últimos historiadores se hacían la misma pregunta

que yo me haría algunos años después: ¿por qué escribir otro libro sobre el Tercer Reich, cuando la bibliografía sobre el tema ya era inmensa? Por mi parte, en 1999 respondí reivindicando la necesidad que sienten todas las generaciones de historiadores de formular su propia lectura de ese pasado.

Al final de los años noventa todavía tenía la intención de hacer frente al menos a dos generaciones precedentes a la mía que habían sido testigos (al menos la primera, directamente implicada) y habían escrito sobre el fascismo como deber moral y civil y que asimismo habían puesto en marcha el vivo debate entre las escuelas interpretativas; de ellas, afirmaba, me alejaba la edad, pero aun así me habían influido a través de la formación, la tradición y la cultura.

Diez años después ya me sentía libre de ellas. El panorama político había cambiado. Dos cuestiones estaban en el centro de la nueva síntesis de historia social que quería hacer. La primera, de manera similar a la formulada por Burleigh y Wippermann, concernía a la relación entre modernidad y antimodernidad que caracterizaba la ideología y la práctica de los regímenes fascistas. El nacimiento del fascismo también parece dictado por una modernidad política que pretendía conseguir profundas transformaciones, pero que estaba en contradicción con una retórica reaccionaria que se fue consolidando con el tiempo a causa de los compromisos y del enfriamiento del radicalismo inicial del primer movimiento fascista laico y subversivo. El resultado fue el intento frustrado del régimen de detener las tendencias ya presentes en el país: industrialización, urbanización, migraciones internas, malthusianismo, emancipación femenina y redención de las clases subalternas, concretamente las campesinas. El proyecto fascista terminó colocándose a contracorriente con respecto a lo que ocurría en la mentalidad, los hábitos y la cotidianidad de los italianos, surgiendo una resistencia pasiva y a menudo inconsciente ante los dictámenes y el sistema impuestos por el régimen. El fascismo ejercitó un esfuerzo inútil por cambiar estas transformaciones de largo plazo, cayendo en contradicción y obteniendo, a pesar de ello, resultados parciales que influyeron a medio plazo, mucho más allá de su conclusión, en la historia del país: entre la historia de Italia y la historia del fascismo hay conexiones profundas que deben estar constantemente bajo observación. El libro tiene una tesis de fondo que se desarrolla en los capítulos centrales, precedidos y concluidos por dos capítulos que orientan al lector menos maduro en la contextualización del periodo histórico. La tesis es que el fascismo, a pesar de todos los esfuerzos coercitivos y propagandísticos, ni modificó radicalmente ni interrumpió las tendencias que ya se estaban desarrollando en la sociedad

italiana. Sí que impuso políticas, sobre todo en los años que precedieron a la Gran Depresión, orientadas a reformar procesos y remediar carencias. Fue el principio del Estado social, pero no de una ciudadanía social, porque excluyó a quienes no respondían o no se adecuaban a su visión de la sociedad. Creó un Estado paternalista y clientelar que encontró en el Partido Fascista su mejor agente. Nacionalizó a los italianos más y mejor de cuanto lo había hecho anteriormente el Estado liberal, pero les impuso una idea unívoca de comunidad nacional que los llevó a aceptar y a participar incluso activamente en políticas, acciones y agresiones nacionalistas, racistas y xenófobas. El régimen no siempre tuvo éxito en sus políticas sociales: por ejemplo, aun practicando políticas de incremento demográfico y de ruralización, no logró impedir que los núcleos familiares se modificasen según las nuevas necesidades y las nuevas economías, ni que la población italiana disminuyese y abandonase la montaña y el campo para desplazarse a la llanura y la ciudad. Así pues, hemos considerado los largos procesos de transformación de la sociedad italiana prestando atención a los agentes, como las legislaciones; las ideas, como la de nacionalidad; las relaciones, entre generaciones y géneros; la economía en la gestión de los recursos humanos y la demografía y el territorio geográfico.

El fascismo fue la única experiencia contemporánea que tuvo un proyecto unitario y autoritario de transformación de la sociedad, de la mentalidad, de los roles de género y de las tareas destinadas a las generaciones y al individuo incluso en su esfera privada. De todo esto se ocupa el libro: de ilustrar las políticas creadas para remodelar la sociedad y crear italianos «nuevos» y del consenso real que obtuvieron tales proyectos. Giulia Albanese y Roberta Pergher, coordinadoras de la obra colectiva publicada en 2012 In the Society of Fascists, me han señalado que en mi libro el estudio del consenso se concentra más en las políticas para obtenerlo que en la efectiva correspondencia en la sociedad. En esta nueva edición no habría podido obtener un resultado diferente de no haber modificado totalmente la estructura y la dirección de la investigación y de no haber construido el libro a partir de los casos de estudio aplicando el enfoque bottom up. Otra historia social sobre los sentimientos de la población podría llevarse a cabo investigando las huellas y las señales que aparecen en los diarios y en los epistolarios particulares: es lo que hizo Peter Fritsche con una reconstrucción de las condiciones de «vida y muerte» de los alemanes en la Alemania nazi en un libro publicado contemporáneamente a mi primera edición, y Christopher Duggan en el innovador libro sobre las «voces» de los diarios y los epistolarios de los italianos publicado en 2012.

En cualquier caso, este libro no se ha pensado como un texto de alta divulgación, como algunos críticos lo han definido, sino como un trabajo historiográfico, dirigido principalmente a estudiosos y estudiantes universitarios, cuyo propósito es proporcionar a distintos niveles un cuadro completo de los resultados de las investigaciones realizadas y en curso y sugerir pistas y lagunas sobre las que dirigir la atención para investigaciones futuras. Algunas cuestiones señaladas como irresueltas en la primera edición se han ido investigado durante este tiempo. Entre las más interesantes y completas se encuentran la aplicación de las leyes raciales antijudías y sus consecuencias sociales y económicas, la construcción del fascismo en las zonas provinciales y la compleja relación entre el poder central y el poder local y la reconstrucción de la vida colonial bajo el fascismo. Estos nuevos estudios se han tenido en cuenta en la reescritura de algunas partes del libro y sobre todo en la actualización de la bibliografía final. La primera edición también contó con una categoría más amplia de lectores, que espero que asimismo estén interesados en esta reedición. Es sobre todo por ellos por lo que he agilizado la lectura gracias a un texto que conscientemente ha evitado las notas; pero todo cuanto aquí está escrito es el resultado de un intenso estudio de la bibliografía historiográfica sobre el tema y de las fuentes impresas y archivísticas.

Y esto nos lleva a la segunda razón de este libro. Una historia social es una narración que se basa en las fuentes y en los resultados de una investigación. No tiene nada que ver con la literatura evocativa del «cómo éramos», fundamentalmente dominio de publicistas banales, pobres de lecturas y de preparación adecuada, que en los últimos años han pretendido narrar la sociedad italiana bajo el fascismo. Recordaba en la primera edición las corresponsabilidades que, años antes, el historiador Massimo Legnani también había atribuido a la historiografía italiana: la de haber sido insensible y evasiva a la hora de afrontar temas como la experiencia de la gente común y el espíritu público. Pienso que estas responsabilidades por fin han sido asumidas por una nueva generación de historiadores italianos, al igual que está ocurriendo con la superación del periodo de fácil «negación» de las responsabilidades del fascismo italiano. Desde hace al menos dos décadas los trabajos más innovadores hablan de colonialismo, racismo, antisemitismo, antieslavismo, sexismo, homofobia y todas las fobias hacia los diferentes y hacia los «otros», no solo proscritos por el fascismo sino también olvidados durante mucho tiempo por los historiadores, atentos exclusivamente al enfrentamiento político e ideológico entre fascistas y antifascistas militantes. El fascismo, lo recuerdo de nuevo, fomentó prejuicios y odios que produjeron dramas personales y colectivos; además, empujó a la

mayoría de italianos, que se consideraban y que han seguido considerándose «buenas personas» no solo a sufrir una política agresiva, sino también a apoyar su exportación más allá de las fronteras nacionales, convirtiéndose ellos mismos a su vez en víctimas y verdugos.

Vuelvo a dedicar esta edición a Adriana Vaccaro y a Francesco Dogliani, que transcurrieron su infancia y su primera juventud bajo el fascismo y supieron redimirse conscientemente, aprendiendo de lo que habían vivido; la primera a través de la emancipación y el anticonformismo, el segundo a través de la difícil pero necesaria entrada en la resistencia armada a finales de 1943, siendo aún estudiante liceal. Lamento no haber hablado más con ellos; ha sido por pudor filial, pero también por esa dificultad de comunicación entre generaciones que, en cuanto italianos, nos ha impedido durante mucho tiempo llegar al fondo de ese periodo y adquirir plena conciencia de nuestro pasado todavía reciente.

Un agradecimiento especial va a los amigos y colegas que han apoyado esta edición, Ángel Duarte i Montserrat, Maximiliano Fuentes Codera y la querida amiga Anna Maria Garcia Rovira de la Universitat de Girona e Ismael Saz Campos de la Universidad de Valencia. También un agradecimiento a Vicent Olmos, editor, porque ha creído en este proyecto, y a Patricia Gómez Soler, por la traducción y la paciencia: nuestra constante colaboración se ha convertido en amistad. Grazie a tutti.

Bolonia, diciembre de 2016

I. SALIR DE LA GUERRA, ENTRAR EN EL FASCISMO

S

ALIR DE LA GUERRA

El fascismo conquistó el poder rápidamente: transcurrieron cuatro años desde el final de la Gran Guerra hasta la prueba de fuerza, celebrada más tarde como la Marcha sobre Roma, que el 28 de octubre de 1922 llevó al nombramiento del líder del movimiento, Benito Mussolini, como jefe del Gobierno. Concluía una época caracterizada por intentos revolucionarios y contrarrevolucionarios, violencia civil y política y complejas reconstrucciones territoriales, económicas y morales de las que pocos países europeos habían quedado inmunes. Italia, pues, no vivió una experiencia aislada, ni mucho menos anómala, con respecto a otras naciones; pero en aquellos años dio origen a un nuevo experimento de gobierno a través de una fuerza política que representaba, en el laboratorio italiano, la expresión de las nuevas derechas europeas. En el continente, la represión de las corrientes revolucionarias que se inspiraban en la experiencia del Consejo Ruso había tenido lugar de manera tradicional a través de una intervención militar o mediante «cuerpos francos» relacionados con las unidades regulares del ejército. Una vez derrotadas las izquierdas revolucionarias, el poder político volvió a las oligarquías tradicionales, como en Hungría y Polonia, o a una clase dirigente que, como en el caso de la Alemania weimariana, procuró restablecer en la arena política modalidades parlamentarias y democráticas. En cambio, la experiencia italiana fue original y duradera: el movimiento contrarrevolucionario se instaló en el poder, poniendo a su favor la vasta alianza entre fuerzas conservadoras y de la derecha tradicional, y convirtió progresivamente el sistema liberal parlamentario en una dictadura personal y de partido. Además, modificó el orden económico, asegurándose el apoyo de los centros financieros y empresariales gracias a la creación de fuertes monopolios que garantizaban el capital privado en un mercado privilegiado y protegido, en el interior y hacia el exterior, y sin conflictividad sindical. Estos factores hicieron de la experiencia fascista una novedad en la historia italiana con respecto a las decisiones autoritarias adoptadas por parte de las clases dirigentes después de la Unificación, así como un modelo para exportar al ámbito europeo.

Las específicas condiciones italianas de partida favorecieron su rápida aparición: durante la Gran Guerra, en Italia más que en ningún otro lugar, se había

experimentado un sistema autoritario que también había sometido a la sociedad civil a la disciplina militar y había desvitalizado las instituciones parlamentarias. Además, la primera posguerra reveló las debilidades y las dificultades del sistema productivo para readaptarse en tiempos de paz y del mercado laboral para absorber el regreso de la mano de obra desmilitarizada, a la que le habían hecho promesas sobre todo durante los últimos meses del conflicto. De hecho, las expectativas del proletariado agrícola e industrial habían aumentado con respecto a la asignación de tierras en barbecho y de cuotas de mano de obra y las de los jóvenes burgueses que habían ocupado cargos intermedios en el ejército con respecto a los cargos de responsabilidad. Únicamente analizando este contexto histórico podemos entender por qué Italia, que se colocaba entre las naciones ganadoras, registró un comportamiento, una inquietud y una pérdida de la identidad colectiva, una necesidad de orden y una esperanza de cambios radicales semejantes a los de las naciones vencidas, desorientadas por la pérdida de la soberanía imperial. Solo partiendo de los últimos dos años del conflicto podemos entender la facilidad con la cual el fascismo asumió el poder en Italia. A pesar de que algunos observadores de la época, concretamente quienes hicieron un balance de la guerra (Luigi Einaudi, Giorgio Mortara, Riccardo Bachi, Arrigo Serpieri), consideraron zanjada la desmovilización militar y económica en 1920, hoy deberíamos tomar en consideración al menos un quinquenio, marcado por dos extremos cronológicos significativos: desde la derrota militar en Caporetto en octubre de 1917 hasta la Marcha sobre Roma en octubre de 1922. A finales de 1917, el vínculo entre la coerción militar y la renovada movilización moral de la población se hizo más estrecho, y la brutalidad de los actos se manifestó de manera todavía más acentuada. Esta relación no acabó con el final del conflicto, sino todo lo contrario: la guerra se mostró como una prueba general del debut fascista.

Entre el 24 y el 25 de octubre de 1917, en la localidad de Caporetto (hoy Kobarid, en Eslovenia), uno de los puntos estratégicos de la línea del frente meridional, fuertemente contendido pero mantenido por las tropas italianas desde la entrada de Italia en el conflicto europeo en mayo de 1915, tuvo lugar una rápida ofensiva que comportó la invasión y la ocupación por parte de las tropas austro-húngaras, apoyadas por la llegada de refuerzos alemanes, de un vasto territorio que se extendía hasta las orillas del río Piave. La derrota de Caporetto abrió un último capítulo decisivo de la Gran Guerra. Por una parte, hizo que Italia probase la experiencia que otros países ya estaban viviendo: la política de ocupación militar de territorios fértiles, los trabajos forzados impuestos a la población civil, el internamiento de miles de prisioneros militares;

por otra, preanunció todas la políticas de movilización del país en tono casi «milenarista», de cruzada en defensa de la patria invadida, y sobre todo con un lenguaje comunicativo nuevo. Si hasta el año 1917 el compromiso oficial había sido el de crear la más amplia cohesión posible, concretamente en un país como Italia, que había entrado en guerra con una opinión pública dividida y realmente minoritaria con respecto al apoyo a la intervención militar, después de Caporetto se trataba no solo de infundir valor en la población, sino también de hacer promesas concretas para su futuro.

En los veintinueve meses que precedieron a la ofensiva de Caporetto, el conflicto había sido fundamentalmente de posición: un amplio frente desde el Trentino hasta la costa que no cambió sensiblemente hasta el 23 de octubre de 1917, a pesar de las doce batallas libradas, de los sacrificios y las muertes por congelación, del esfuerzo y las avalanchas en alta cuota y de la terrible vida de trinchera. Solo en el año 1916, los italianos contaron 118.000 muertos y 285.000 heridos. La ofensiva a cargo del general en jefe del ejército italiano, Luigi Cadorna, llevó a la conquista, el 9 de agosto de 1916, de la ciudad de Gorizia; un éxito militar que habían ambicionado durante mucho tiempo para consolidar de nuevo el consenso patriótico en el país, éxito que, sin embargo, también provocó la pérdida de 140.000 soldados italianos entre muertos, heridos y prisioneros, y no modificó sustancialmente la línea a lo largo del río Isonzo. Fue así como en 1917 el general Cadorna intentó resolver la guerra a favor de Italia con otras ofensivas: con la batalla del monte Ortigara, de mayo a junio (12.000 muertos), y sobre todo con la batalla de la Baisizza, de agosto a septiembre. La situación interna requería urgentemente una victoria y la conclusión de la guerra: en el país se difundía, también entre las clases sociales en un primer momento intervencionistas, la desconfianza hacia los gobernantes civiles y los militares, mientras que del extranjero llegaban noticias de huelgas y de revueltas militares y obreras. La propia ciudad de Turín, a la cabeza en la industria de guerra, había visto en agosto manifestaciones de protesta popular encabezadas por mujeres y por gente muy joven. Fue así como la ofensiva enemiga, bajo el mando de la 14.ª armada alemana, iniciada durante la noche del 24 al 25 de octubre de 1917, cogió por sorpresa al ejército italiano, resultando catastrófica. La retirada se transformó en una derrota, en una fuga desordenada sin órdenes ni indicaciones por parte de hombres y unidades que solo se detuvo al llegar a orillas del río Piave. Durante todo el invierno de 1917-1918, Italia alimentó pocas esperanzas de victoria, manteniéndose en la nueva línea defensiva del Piave y resistiendo la última ofensiva enemiga del verano de 1918. Por fin, la crisis militar, pero sobre todo interior, de los imperios centrales dio al ejército italiano la posibilidad de

realizar una acción ofensiva en octubre y de ganar en la localidad Vittorio Veneto una última batalla –que le permitió firmar como ganadora el armisticio–, en la cual el enemigo se rindió el 3 de noviembre de 1918.

Caporetto fue mucho más que una batalla perdida: como ha escrito en diversas ocasiones uno de los más influyentes historiadores de la Gran Guerra, Giorgio Rochat, fue el nudo crucial del conflicto bélico, donde se pusieron de manifiesto todas sus contradicciones y se anticiparon decisiones de largo plazo. Fue el acontecimiento revelador de la esencia misma de la guerra en Italia, sufrida por las clases populares, sin objetivos concretos, ni patriotismo, ni una idea clara del enemigo, dirigida por los altos cargos y por los oficiales de carrera, desdeñosos y negligentes ante el sacrificio de sangre al que estaban sometiendo desde hacía más de dos años a sus soldados. Fue también la experiencia de psicología de masas y manipulación de la información más importante anterior al fascismo, cuya lección aprendió este. Falsas noticias se acumulaban sin que ninguna fuente oficial las desmintiese: fragmentarias y confusas, impedían que se comprendiese el fenómeno y que se averiguase quiénes eran los responsables. Pánico, frustración y un sentimiento de vergüenza nacional se difundieron sobre todo entre las clases medias, que hasta aquel momento eran las que más habían estado a favor de la guerra. Para los soldados de la tropa, abandonados sin órdenes, testigos de la ausencia o incluso de la fuga de sus comandantes –incluido el general Pietro Badoglio, que el 8 de septiembre de 1943 cometería una acción todavía más grave al dejar a los soldados italianos víctimas de feroces represalias alemanas–, la única solución fue el intento de salvación personal frente al enemigo. Para todos Caporetto fue la prueba de la falta de resistencia de la nación en guerra, de la propia ausencia de una comunidad nacional.

El balance demográfico de la guerra también fue particularmente alto e influyó en las políticas emprendidas después por el régimen fascista. En 1911 la población italiana censada era de unos 36 millones de personas, de las que al menos un millón y medio residían en el extranjero. Durante la guerra fueron reclutados seis millones de hombres, de los cuales alrededor de 4.250.000 fueron empleados en operaciones de guerra. Se ha calculado, sobre la base del número de núcleos familiares registrados en 1911, que las cuatro quintas partes de las familias tenían al menos a uno de sus miembros en el ejército. Los dos censos nacionales de 1901 y de 1911 –se realizaban cada diez años– muestran un aumento medio anual de la población residente de 210.000 unidades; el realizado después de la guerra, en 1921, era de 230.000. Por lo tanto, en términos generales, la población continuó creciendo. Sin embargo, es necesario

descomponer estos datos: entre 1913 y 1918 los nacimientos se redujeron a la mitad, mientras que se duplicó el número de muertos y disminuyó, hasta casi desaparecer, la emigración. En 1913, la emigración italiana, con 873.000 unidades, llegó al punto más alto de un flujo que desde comienzos de siglo tenía una media anual de 350.000 salidas. Así pues, el saldo positivo en el decenio 1911-1921 fue debido a los nacimientos (excluyendo los años más intensos de la guerra), al cese de la emigración durante 1915-1918 y a la inclusión de los habitantes de las tierras obtenidas en virtud de los tratados de paz. En este cuadro resulta que únicamente en los años 1917 y 1918 se registraron saldos demográficos negativos: si bien en 1915, frente a aproximadamente 1.109.000 nacimientos, hubo 811.000 fallecimientos entre la población italiana, en 1917 los 691.000 nacimientos fueron superados por las 929.000 defunciones y en 1918 los 640.000 nacimientos por 1.276.000 fallecidos (un saldo negativo de -636000). Es difícil un cálculo fiable de las víctimas militares y civiles. En 1924 el demógrafo Giorgio Mortara observó que los datos oficiales difundidos una vez terminado el conflicto no eran seguros. Las cifras de los fallecidos cambiaron de los 564.000 declarados por los oficiales militares en 1920 a los 677.000 tenidos en cuenta para las pensiones de guerra en 1926 a través de la reordenación de las matrículas en los centros de reclutamiento, del cálculo de los cuerpos en los cementerios militares y de la búsqueda de prisioneros y dispersos más allá de la frontera nacional.

La emergencia sanitaria, desencadenada a raíz de la retirada de Caporetto, se prolongó en Italia mucho más allá del periodo de la guerra y de la desmovilización, al menos hasta 1920. Los observadores de la época identificaron en el «precipitado abandono de un amplio territorio por parte de nuestras tropas» el comienzo de una nueva época, en la cual el sistema higiénico sanitario puesto en marcha con la guerra también colapsó. En un primer momento, lo que hizo que el sistema entrase en crisis fue la disgregación del ejército, la pérdida de alimentos, la ocupación militar de territorios, el tránsito de prófugos y el aumento de prisioneros de ambas partes, comprendida la captura de soldados austrohúngaros también exhaustos, «sucios, malnutridos, infectados de gérmenes de enfermedades epidémicas» (Mortara: 25). En el invierno de 1918-1919 se sumaron otros factores: el regreso a casa de los soldados y de los prisioneros italianos extenuados provocó otras 87.000 muertes entre noviembre de 1918 y abril de 1920. Los cuerpos, ya extremadamente cansados, se expusieron a enfermedades epidémicas como la malaria, la tuberculosis, el tifus, la enteritis y la pulmonía; además, la difusión de la terrible epidemia de la gripe «española» también hizo estragos en Italia. Se cobró alrededor de 600.000

víctimas en el país: la población, vulnerable a causa de años de penurias, fue literalmente diezmada por la gripe europea. El sentimiento común de desventura e injusticia del destino se evidenció cuando la población vio, antes incluso de que lo vieran las estadísticas –por las que después se confirmó que los más afectados apenas tenían veinte años–, que los más jóvenes, muchos excluidos del frente por ser menores de edad, habían sido las principales víctimas. Entre 1915 y 1920, la mortalidad de varones y mujeres en la edad más activa, entre 15 y 45 años, se triplicó respecto al periodo precedente de paz (llegando a ser para los varones en edad de permanencia en filas dieciséis veces mayor que antes de la guerra), mientras que no se modificó excesivamente entre los 45 y los 65 años y aumentó poco para los mayores de 65 años. Los demógrafos de la época calcularon que cada cien muertos en la guerra dejaban una media de treinta y dos viudas y sesenta y nueve huérfanos y juzgaron positivamente la decisión tomada por el Gobierno de no enviar al frente en los últimos años del conflicto a las personas de más edad, ya que había más probabilidades de que tuviesen familias a su cargo. Solamente a partir de 1921 hubo una mejora en las condiciones de la población y una vuelta general a los hábitos cotidianos, lo que comportó un aumento de los nacimientos y una expectativa de vida semejante a la de antes de la guerra. Este balance demográfico no estuvo exento de consecuencias en las políticas posteriores del fascismo. Mussolini y los dirigentes fascistas se alimentaron de las corrientes antimalthusianas que circulaban por Europa después del conflicto, pero sobre todo expresaron los temores incluso irracionales de la Italia rural más profunda y tradicional, donde los brazos que podían trabajar se empleaban solo para la supervivencia del núcleo familiar y de la comunidad. A diferencia de los datos reales, el país de la primera posguerra estaba poblado de personas mayores, mujeres y mutilados, sin hombres jóvenes y con las cunas vacías.

A partir de la posguerra, el cálculo de las regiones más afectadas también fue complejo. Se suministraron datos, pero agrupados, difíciles de analizar. Aun así, de ellos emerge que la mayor contribución de sangre la hicieron los campesinos (casi todos trabajadores agrícolas, aparceros, pequeños propietarios), porque constituyeron el 58% de quienes habían sido enviados al frente (que correspondía al porcentaje de la mano de obra en la Italia de entonces), casi siempre en infantería, es decir, en el cuerpo del ejército más afectado por las pérdidas debidas al combate a pie. Además, ningún campesino tenía la posibilidad de formar parte de los 166.000 hombres movilizados asignados a la industria de la guerra. Fueron las regiones principalmente agrícolas las que registraron la mayor mortalidad, pero con variaciones muy diferentes si se

añaden, a los muertos en el frente, los muertos civiles y los soldados desmovilizados, y 1918 fue el año más luctuoso en Italia (el 28 por mil, contra el 26,4 por mil de Austria y el 18,4 por mil de Alemania según los datos recogidos por Mortara). Véneto fue la región más afectada porque a la mortalidad por la guerra se sumaron, después de la batalla de Caporetto, las víctimas civiles causadas por la ocupación enemiga; pero también Basilicata y Cerdeña, lejos del frente, fueron regiones especialmente afectadas, ya que contribuyeron con un alto número de hombres alistados en infantería; y asimismo la región de Apulia, a causa del desarrollo de enfermedades infecciosas, y Lacio, donde el nuevo brote de malaria en terrenos pantanosos descuidados por el hombre allanó el camino a la gripe «española». Según los hombres de ciencia de la época, los inmensos lutos que afectaron a las regiones más rurales fueron lógicos y fueron consecuencia de la conducta económica de la guerra y de la condición de salud de la población agrícola después de esta.

Pero a estos dramas se les atribuyeron otros significados y valores, tanto en la mentalidad de la población que los sufrió como en la instrumentalización que las derechas hicieron para dividir a las clases subalternas y apartarlas de la influencia de las corrientes de izquierda neutralistas y pacifistas. Fueron creados estereotipos: el que más arraigó fue el de la imagen del sacrificio silencioso del soldado campesino, contrapuesta a la del obrero evasor. Según la opinión que dio en 1933 el excombatiente sardo Emilio Lussu, que después pasó a las filas del antifascismo, las luchas obreras de la posguerra no atenuaron este juicio:

... en los obreros de las grandes industrias, más que en los otros, era vivísima la aversión a la guerra. Ellos no habían participado, pero seguían combatiéndola como si no hubiese cesado, como si todavía tuviese que estallar. Esta aversión se traducía en desprecio por todos los que habían combatido, como si, durante cuatro años, hubiesen disfrutado correteando. Al poco tiempo, este estado de ánimo contribuiría de manera importante a alejar de los obreros las simpatías de los soldados y del ejército (Lussu: 14).

Durante el año que transcurrió entre la batalla de Caporetto y la victoria, también se extendió la violencia sufrida por la población civil, sobre todo en las provincias de las regiones de Friuli y Véneto. Un contingente de 800.000

soldados, sobre todo austriacos, húngaros y alemanes, ocupó un territorio habitado por cerca de un millón de civiles, lo que provocó alrededor de 600.000 prófugos, de los cuales menos de la mitad consiguieron refugiarse tras las nuevas líneas de batalla italianas. Hasta ese momento, únicamente las poblaciones italianas de frontera que pertenecían a los territorios del Imperio austrohúngaro habían vivido como prófugas, sobre todo en Austria. Esta ocupación fue tan dura precisamente porque tuvo lugar durante el último año de la guerra: a los saqueos italianos y enemigos después de la retirada de Caporetto se sumó una ocupación predatoria, debida también a la escasez general de bienes de primera necesidad, especialmente en Austria, que hizo que los territorios ocupados no solo alimentasen a las tropas ocupantes, sino que también contribuyesen a que no muriesen de hambre las regiones de las que provenían. El clero, que a menudo era la única autoridad que permanecía en el territorio ocupado, asumió una función de mediación durante aquellos meses; si bien su comportamiento fue exaltado por algunos ambientes, en otros, como la clase política laica y patriótica de la posguerra, su acción fue interpretada con hastío al ser sospechosa de haber acogido con simpatía a los austriacos católicos y de haber colaborado con ellos por hostilidad hacia el Estado italiano. Los volúmenes de las Relazioni alla Reale Commissione sulle violazioni del diritto delle genti commesse dal nemico, publicados entre 1919 y 1921, sostenían, basándose también en testimonios recogidos, que el «nuevo enemigo», el ocupante alemán, fue más temido y demonizado que las tropas austriacas, porque estas eran más conocidas en las tierras que habían dominado hasta hacía cincuenta años. La memoria colectiva que se había construido en las provincias ocupadas tendía a representar a las tropas alemanas todavía arrogantes y sometidas al orden y la disciplina, mientras que recordaba al ejército austrohúngaro ya exhausto por la guerra en 1918 y por lo tanto más similar, por estar más afectado por la tragedia bélica, a la población a la que ellos sometían. Después, al fascismo le resultó difícil extirpar de estas tierras el estereotipo popular que la gente conservaba de los alemanes para presentarlos como los nuevos aliados.

La guerra, para Italia, significó sufrir violencia, pero también perpetrar violencia a través del arditismo. Durante el verano de 1917 se probaron unidades de asalto, cada una con una fuerza media de seiscientos hombres, que se desarrollaron considerablemente después de Caporetto. A diferencia de lo que se pensaba, los arditi eran un cuerpo del ejército y no una formación irregular, como los camisas rojas garibaldinos o los legionarios de D’Annunzio en la empresa de Fiume. Hasta la batalla de Caporetto, los arditi eran elegidos por los mandos de la infantería, mientras que en 1918, cuando se conocieron tanto sus actividades

como los privilegios de los que disfrutaban con respecto a la tropa regular, los voluntarios fueron numerosos, más del número reclutado. El núcleo de las unidades de asalto nunca superó el número total de 40.000 o 50.000 unidades adiestradas y empleadas. Entre los voluntarios también había militares en espera de juicio o de cumplimiento de pena privativa de libertad (sometidos a uno de los 360.000 procesos a soldados en armas que tuvieron lugar durante la guerra) por delitos militares, como deserción y rechazo a la obediencia, y nunca por delitos comunes. Los arditi destacaban por el deseo de combatir en la guerra hasta el final, hasta la victoria, y por ello se hicieron fundamentales para los altos mandos militares como instrumentos involuntarios de propaganda, más todavía que el éxito mismo de sus acciones, como ejemplos de soldado optimista y victorioso ante una multitud de combatientes desmotivados sobre todo después de Caporetto. Fue construido el mito de hombres fuera de lo normal, firmemente fieles a los valores de la patria y de la victoria hasta las últimas consecuencias. Rochat, que ha reconstruido su historia, observa en los arditi el hecho de haber sido condicionados por su proprio mito y el de haber cultivado y haberse identificado con su propia acción cruenta: asaltos nocturnos con arma blanca, uso del puñal para degollar a los enemigos o la práctica de hacer prisioneros en el campo tal y como cuentan muchos testigos. Hasta el final de la guerra no existió ningún contacto entre el arditismo y Mussolini, por aquel entonces director de Il Popolo d’Italia, a pesar de las muchas afinidades: victoria a toda costa, rechazo de las reglas tradicionales del ejército de masas y confianza en la capacidad individual y en las minorías audaces.

De 600.000 prisioneros italianos, la mitad cayeron en manos enemigas en la retirada de Caporetto, y al menos 100.000 murieron a causa del encarcelamiento, vivido en condiciones deshumanas en campos de Austria, Bohemia y Alemania; fue uno de los episodios más dramáticos de la guerra. No fue adoptada ninguna forma de asistencia para los prisioneros cuando volvieron a Italia, a menudo después de jornadas de marcha sin comida. Su llegada había sido prevista en tandas de 20.000 hombres al día, pero los 400.000 detenidos en Austria llegaron de manera desordenada. A finales de noviembre de 1918 fueron preparados centros de acogida en la llanura padana para examinar su situación judicial, porque sobre ellos pesaba la acusación de deserción. Eran los «imboscati d’Oltralpe»,[1] tal y como los había definido con desprecio Gabriele D’Annunzio. La dramática situación en los campos de acogida podía desencadenar revueltas, al igual que ocurrió en la Rusia revolucionaria. En aquel momento, ni la izquierda ni los mussolinianos se sentían capaces de gestionar una protesta semejante por ser considerada o demasiado revolucionaria o demasiado

derrotista. Ante esta situación, el Gobierno intentó reducir el número de personas de los campos, reteniendo únicamente a aquellas sobre las que caían fuertes sospechas. Más tarde, en septiembre de 1919, el Gobierno presidido por Francesco Saverio Nitti aprobó un decreto de amnistía, que liberaba a 40.000 de los 60.000 detenidos y anulaba 110.000 procesos de los 160.000 en marcha. Fue la primera medida tomada para apaciguar los ánimos y un acto de valor frente a la derecha nacionalista que, por el contrario, pedía condenas inflexibles para quienes habían atentado contra la victoria. Finalmente, la publicación en el verano de 1919 de la investigación sobre las responsabilidades de Caporetto hizo que muchas de las sospechas de deserción desapareciesen y justificó todavía más la amnistía. La desmovilización de las unidades armadas tuvo lugar, en cambio, de manera ordenada. En el momento del armisticio, los ciudadanos italianos bajo las armas eran más de tres millones: 1.400.000 obtuvieron la licencia absoluta para la Navidad de 1918 y otros 500.000 entre enero y marzo de 1919. Luego, la desmovilización se interrumpió hasta el verano debido al agravamiento, tanto en el país como a nivel internacional, de la crisis posbélica (crisis y coste de la vida, ocupación de terrenos baldíos al sur, movilizaciones de los campesinos asalariados de la llanura Padana y de obreros en las industrias del norte, empresa de Fiume e incertidumbre sobre lo que Italia obtendría de la conferencia de paz de Versalles). En los primeros meses de 1919 fueron muchas las manifestaciones llevadas a cabo por los excombatientes, principalmente en los grandes centros urbanos. Sin embargo, durante ese año, solo una minoría de ellos fundó o se adhirió a las organizaciones extremistas, violentas o revolucionarias del «combattentismo», a los nacientes Fasci di Combattimento de Mussolini o a la Lega Proletaria de los mutilados, inválidos, heridos y veteranos de guerra. La mayor parte de los desmovilizados se adhirieron a la heterogénea Associazione Nazionale dei Combattenti (ANC), creada en 1919 por exoficiales de complemento. El mito de la renovación partía del intervencionismo democrático y el objetivo que se planteaba en la posguerra era el de reunir a todos aquellos que habían estado en el frente en un partido de combatientes de tipo laborista, popular y alternativo a los partidos de masas y a los movimientos revolucionarios, y basado en una amplia alianza interclasista entre la pequeña burguesía y las clases campesinas, es decir, entre los dos principales componentes sociales que habían constituido la tropa y sus grados inferiores de mando durante los años de la guerra.

La apuesta por conservar en el terreno democrático la camaradería y la solidaridad que habían nacido en las trincheras entre millones de italianos provenientes de regiones y clases socioeconómicas profundamente diferentes se

perdió rápidamente. Las causas de este fracaso fueron múltiples y concomitantes. En primer lugar, la relación entre la ANC y los últimos gobiernos prefascistas fue débil a la hora de buscar soluciones para una reinserción civil y laboral eficaz de los veteranos. La clase política liberal de la época no acabó de aprovechar la oportunidad de contener el fascismo conquistando a los excombatientes. El primer grupo dirigente de la ANC apoyaba una política liberal y descentralizada, contraria a un Estado que se había vuelto demasiado centralizador con la guerra y sobre todo que había adoptado una concepción wilsoniana de las relaciones internacionales, a la cual tanto los nacionalistas, en la oposición, como los gobiernos en funciones miraban con hostilidad en la fase de obtención de nuevos territorios para Italia. El golpe de gracia lo dio la transformación geográfica de la ANC, que en un primer momento había acogido a los excombatientes provenientes sobre todo del sur que no encontraban ni en el nuevo movimiento católico de don Sturzo ni en el movimiento socialista una referencia política eficaz. A partir de 1921-1922 el centro de gravedad de la ANC se trasladó gradualmente al centro-norte, perdiendo progresivamente el carácter político inicial y asumiendo, en su lugar, una labor sobre todo asistencial y de refugio para muchos veteranos democráticos de provincias como Bolonia y Cremona, que pronto se transformaron en escenario de la violencia escuadrista. La nueva dirección septentrional consiguió salvar la unidad y la autonomía, pero a un precio político alto, por lo que tal aspiración conciliadora debilitó al movimiento a favor del fascismo en ascenso.

En el momento de la fundación de la ANC, sus líderes habían expresado una clara hostilidad hacia el movimiento de los Fasci di Combattimento y habían excluido a Mussolini de la lista de los combatientes presentada en Milán para las elecciones de 1919. Por otra parte, Mussolini y su periódico, Il Popolo d’Italia, apoyaban abiertamente a la aislada y minoritaria Associazione degli Arditi. Todavía a mediados de 1921, cuando el movimiento fascista intentaba superar la crisis de adhesiones y de orientación que había sufrido a finales de 1919 y buscaba frenéticamente apoyos y alianzas, la ANC contaba con un número de adhesiones de al menos el doble con respecto al Partido Nacional Fascista (PNF), que se estaba constituyendo: 400.000 inscritos y una presencia económica compuesta por más de mil cooperativas. Cuando llegó al Gobierno, Mussolini modificó lentamente la naturaleza de la ANC, transformándola en un engranaje de la máquina asistencial y por tanto dependiente de la suerte política del Estado fascista. De hecho, entre junio de 1923 y febrero de 1924, el Gobierno promulgó una serie de decretos que transformaron en entidades morales la ANC y la Associazione Famiglie dei Caduti in Guerra, dotándolas de

autonomía bajo el control de la Presidencia del Gobierno y uniéndolas a la gestión financiera de la Opera Nazionale Combattenti (ONC). En definitiva, puso en marcha una operación que con el tiempo se demostró eficaz: la neutralización del potencial político de la ANC haciendo que fuese fagocitada por la burocracia asistencial destinada a los veteranos y a sus familias.

Hasta 1924, la relación entre los fascistas y las secciones de la ANC fue tensa, especialmente por el rechazo de la Associazione a participar oficialmente en la celebración del primer aniversario de la Marcha sobre Roma y en la conmemoración del final de la Primera Guerra Mundial el 4 de noviembre de 1923, cuando escuadras fascistas y grupos patrióticos de manifestantes se enfrentaron en muchas plazas italianas. En cualquier caso, la ANC nunca fue un objetivo de las acciones más violentas del fascismo. Atacarla habría sido demasiado peligroso para un partido que tenía la intención de presentarse como el legítimo heredero y depositario de los nuevos valores generados por la guerra. En lugar de eso, lo que hizo el fascismo fue apartar de la dirección de la ANC a las corrientes del combattentismo de izquierda y democrático. La crisis Matteotti, en la segunda mitad de 1924, también dio a las asociaciones de excombatientes la última posibilidad de oponerse al fascismo. Sin embargo, la ocasión fue desaprovechada muy pronto por la incapacidad demostrada por la cúpula a la hora de adoptar una dirección única y por la falta de comunicación entre las secciones meridionales y las septentrionales. Esto proporcionó tiempo al fascismo para imponerse: en marzo de 1925 la dirección de la ANC se puso en manos de un triunvirato de dirigentes leales al fascismo que llevó a cabo una depuración interna y fascistizó la dirección, excluyendo a los intervencionistas democráticos; entre estos se encontraba el exoficial Emilio Lussu, que en 1919 había fundado el Partito Sardo d’Azione y era su representante en el Parlamento.

L

A TOMA DEL PODER

En este nuevo cuadro político tan heterogéneo y todavía de difícil clasificación, el 23 de marzo de 1919 se habían creado en una asamblea reunida en Milán, en la plaza San Sepolcro, las ligas de combate fascistas, los Fasci di Combattimento (literalmente ‘fasces de combate’). Habían sido promovidos y apoyados por sectores del intervencionismo nacionalista y sobre todo por el periódico Il Popolo d’Italia, fundado y dirigido desde noviembre de 1914 por el dinámico organizador político y periodista Benito Mussolini. Mussolini había sido punto de referencia para muchos jóvenes socialistas revolucionarios tanto como director del diario socialista Avanti!, desde diciembre de 1912, como cuando fue expulsado del Partido Socialista Italiano (PSI) por su posición claramente filointervencionista en octubre de 1914. Durante el último año del conflicto, Il Popolo d’Italia había sido financiado por grupos industriales que gracias a la guerra estaban realizando grandes fortunas en la industria alimentaria, en la armamentística y en la química (Eridania Zuccheri, Breda, Ansaldo). Estos grupos veían con preocupación la reconversión industrial de la posguerra y buscaban nuevos aliados. El periódico dirigido por Mussolini se había propuesto en agosto de 1918 como el «órgano de los combatientes y de los productores» y en la inmediata posguerra había empezado a representar y a orientar a grupos diversos y minoritarios: sindicalistas revolucionarios, anarcosindicalistas, sectores estudiantiles y vanguardias artísticas y culturales. Todos ellos compartían la voluntad de no desaprovechar una fase favorable al cambio propiciada por la Gran Guerra, eran contrarios tanto al inmovilismo de la clase política como a los fermentos de las masas populares resurgidas de las revoluciones originadas por la guerra en Rusia, Alemania y Hungría y estaban cada vez más decepcionados por la incapacidad de los gobiernos liberales de jugar bien la carta de la victoria en las mesas de las conferencias de paz para obtener territorios y mayor prestigio para Italia.

La primera prueba de fuerza de este grupo heterogéneo fue la que se intentó con la acción llevada a cabo por alrededor de dos mil excombatientes y soldados aún en servicio activo para ocupar, el 12 de septiembre de 1919, la ciudad de Fiume, que los tratados de paz no habían asignado a Italia tal y como solicitaban los

irredentistas y los nacionalistas. La ocupación, liderada por Gabriele D'Annunzio, apoyado en un primer momento por el nacionalista Giovanni Giuriati y después, a partir de enero de 1920, por el sindicalista revolucionario e intervencionista Alceste de Ambris, aspiraba a ser más que un simple acto de conquista territorial: tenía como objetivo que entrase en crisis política el Gobierno de Francesco Saverio Nitti en vísperas de las elecciones de noviembre de 1919 y experimentar una nueva forma de autogobierno, basada en el programa constitucional de la Carta del Carnaro y en el vínculo fiduciario entre el mando y el Consejo Militar del ejército legionario. La carta, escrita por D'Annunzio y De Ambris y difundida en agosto de 1920, resumía las ideas y las utopías del momento: republicanismo, corporativismo de diferente origen, deseo de autogobierno y de descentralización, necesidad de una relación directa y carismática entre jefe y población en armas y la realización de una República de las artes. La experiencia terminó por agotamiento y por discrepancias internas incluso antes de que el ejército italiano, en la Navidad de 1920, ocupase a su vez Fiume, la cual se había convertido en ciudad independiente después del tratado ítalo-yugoslavo de Rapallo, firmado el 12 de noviembre.

El movimiento fascista, presente en las plazas y en las acciones llamativas y simbólicas, no obtuvo un inmediato éxito electoral: todavía era demasiado heterogéneo y confuso en los programas y en las órdenes. De hecho, no fue premiado en las elecciones del 16 de noviembre de 1919 (en Milán, su bastión, había obtenido menos de cinco mil votos), las cuales, en cambio, favorecieron a los socialistas con 156 escaños, a los católicos populares, a los que correspondieron 100, y a la coalición liberal, que obtuvo 179. Las elecciones administrativas que tuvieron lugar en septiembre-octubre de 1920 con el sistema mayoritario ratificaron en el centro-norte la conquista de los municipios y de las provincias por parte de los socialistas y de los populares: los primeros obtuvieron 2.022 municipios de 8.346 y la gestión de 26 consejos provinciales sobre 69; los segundos, fuertes sobre todo en Véneto, consiguieron 1.613 municipios y 10 provincias, mientras que los republicanos lograron la dirección de 27 municipios. En las capitales de provincia, como Alessandria, Milán, Cremona, Plasencia, Reggio Emilia, Módena, Bolonia, Ferrara y Grosseto, los socialistas obtuvieron la mayoría absoluta. El bloque gubernativo democrático liberal mantuvo los restantes 4.665 municipios y 33 provincias. Los fascistas y los nacionalistas se afirmaron únicamente en la ciudad de Trieste, heredando e instrumentalizando el pasado irredentista y el nuevo antieslavismo. Fue entonces cuando el movimiento fascista recurrió abiertamente a la violencia.

La violencia fue parte constitutiva del movimiento fascista: reclutaba a sus seguidores entre quienes sabían utilizar las armas (concretamente exoficiales de complemento) y que, incapaces de reintegrarse en la vida civil, eran propensos a convertirse en profesionales de la violencia, a hacer de la violencia una ocupación política a tiempo completo. Hay que distinguir la especificidad de la acción fascista de la más general situación de violencia difundida en la sociedad italiana y europea de la primera posguerra, así como de otras formas de violencia tradicional o episódica que contemporáneamente tuvieron lugar en Italia. En un país sacudido por profundos fermentos sociales y por reivindicaciones económicas que desembocaron en la ocupación de tierras en la llanura Padana y en el sur y de fábricas del triángulo industrial, el movimiento fascista decidió abandonar la acción en los grandes aglomerados urbanos, que era donde se había originado, para trasladarla a los pequeños centros y a las zonas rurales. También las fuentes oficiales relativas a los actos de violencia política y al número de delitos contra el orden público son claras en sus también descarnadas cifras. En 1919 los hechos violentos se colocaron en un nivel inferior a los registrados en 1915; en cambio, crecieron durante 1920 y alcanzaron su punto álgido entre 1921 y 1922. Atendiendo a las numerosas víctimas por armas de fuego, esta violencia ha sido atribuida sobre todo, tanto por las fuentes de policía de entonces como por los historiadores sucesivos, al clima político desencadenado por el fascismo, concretamente en la Italia septentrional y central, donde los homicidios aumentaron aproximadamente en 350 unidades entre 1920 y 1921.

Una primera acción violenta epatante ya había tenido lugar el 15 de abril de 1919 con el ataque de escuadras fascistas a la redacción milanesa del Avanti! Pero fue un caso bastante aislado, posiblemente una acción no premeditada a cargo de futuristas y arditi, inspiradores y protagonistas de las primeras agresiones escuadristas. La violencia política no consiguió difundirse en las grandes áreas urbanas septentrionales en esos meses: el movimiento obrero se autodefendió en sus bastiones turineses y milaneses y los empresarios industriales prefirieron recurrir a la negociación o a las fuerzas de policía y del ejército para mantener el orden. En cambio, dos circunstancias provocaron que la violencia fascista se manifestara en las áreas provinciales: las grandes huelgas agrícolas del verano de 1920 y la conquista de los municipios por parte de los socialistas en otoño. Las asociaciones de los productores agrícolas de la llanura Padana, así como de Toscana y Umbría, empezaron a armar a voluntarios para imponer orden y control en las zonas rurales sustituyendo al ejército y a los precedentes guardias privados. Las escuadras (squadre, de aquí el término squadrismo, ‘escuadrismo’) salían normalmente de las capitales de provincia,

atacaban y aterrorizaban a individuos, organizaciones y sindicatos de jornaleros y pequeños cultivadores, y después se retiraban a las ciudades de las que habían venido. Estas escuadras estaban formadas por oficiales desmovilizados, apoyados por estudiantes universitarios e hijos de la aristocracia y de la gran burguesía terrateniente, habitualmente residentes en centros urbanos y ciudades universitarias y temerosos de perder privilegios y sobre todo el control de la tierra. A ellos se unieron, también para salvaguardar los propios intereses y la posición social, cultivadores directos, arrendatarios medios o grandes y aparceros. De esta manera, el fascismo estableció un vínculo entre las pequeñas ciudades y las zonas rurales del entorno. El escuadrismo agrario se difundió en el centro-norte entre la segunda mitad de 1920 y la primera de 1921 y contó con «hombres nuevos», jefes y organizadores de la violencia: Olao Gaggioli e Italo Balbo en la zona de Ferrara, Leandro Arpinati en la de Bolonia y Roberto Farinacci en la de Cremona. Fueron designados ras, jefes locales con amplio poder y con seguidores: algunos entraron al servicio de los productores agrícolas, otros, como en las provincias de Alessandria, Pavía y Arezzo, acudieron para formar escuadras expresamente requeridas y financiadas por las confederaciones agrarias. Su acción no se limitaba a aterrorizar a la población y a las organizaciones campesinas, sino que tenía como objetivo la destrucción de todos los centros, sobre todo en los «municipios rojos», que desarrollaban formas de resistencia, solidaridad y asistencia y cooperación y que eran administrados principalmente por socialistas y católicos populares: sedes de partido, ligas, sindicatos, cooperativas de consumo y producción, oficinas de paro, imprentas, escuelas públicas, asociaciones culturales, círculos y salas para reuniones y entretenimiento. La acción sangrienta más dramática que abrió la nueva fase de enfrentamiento civil tuvo lugar en Bolonia el 21 de noviembre de 1920 en el Palazzo Comunale y en la adyacente plaza central: nueve muertos y cincuenta heridos entre la multitud que escuchaba al alcalde socialista maximalista Enio Gnudi condenar un reciente ataque escuadrista a la Camera del Lavoro local.

Entre 1920 y 1922 las instituciones del Estado cedieron casi completamente el monopolio de la violencia. Oficiales del ejército y del gobierno civil fueron incapaces o muy a menudo permisivos y conniventes con respecto al uso de la fuerza por parte de los productores agrícolas y a la violencia fascista en general. Esta venía obstaculizada, cuando era posible, por una igualmente violenta autodefensa por parte de los militantes de izquierdas. Los socialistas se mostraron muy débiles y nada preparados; hubo alguna posibilidad más de controlar el territorio en algunas ciudades industriales obreras en las que la

experiencia de la ocupación de los consejos de las fábricas (como en Turín en septiembre de 1920) había formado una clase joven y combativa que en parte confluiría en el Partido Comunista. En algunas ciudades, como Parma y Bari, la tradición sindical revolucionaria facilitó la formación de grupos armados, como los arditi del popolo, creados en el verano de 1921. La resistencia a la agresión escuadrista en Parma, organizada por los arditi guiados por Guido Picelli, tuvo éxito en agosto de 1922, cuando los barrios de Oltretorrente resistieron la acometida de escuadras provenientes de otras provincias, permaneciendo mitificada en la memoria popular antifascista durante todo el ventenio fascista, durante los años de la resistencia e incluso años después. Una situación análoga se produjo pocas semanas después en el barrio San Lorenzo de Roma. Los arditi de Parma eran principalmente jóvenes: al menos el 70% de ellos tenían entre 18 y 27 años; muchos de ellos, pues, no habían participado en la guerra y eran guiados por jóvenes veteranos no mucho mayores que ellos. Una composición por edad análoga a la de las escuadras fascistas: los arditi eran reclutados entre las clases populares y los jóvenes pertenecientes a las escuadras fascistas entre la clase media y medio-baja. Fue Lussu quien observó que

... quienes eran estudiantes, pequeños empleados y artesanos antes de la guerra, se habían convertido en tenientes y capitanes, comandantes de pelotón, de compañía, de batallón. Quien ha estado al mando de una compañía en tiempos de guerra ¿puede, sin esfuerzo, volver a estudiar en el colegio? Quien ha estado al mando de un batallón ¿puede volver a trabajar como empleado de archivo o como escribiente a 500 liras al mes sin sentirse humillado?

Era lo mismo que estaba ocurriendo en Alemania en esos meses con los Freikorps:

... muchos se habían acostumbrado a un ambiente superior al que habían vivido con sus familias o en sus empleos [...], la vida civil les resultaba imposible [...] y ¿podían volver a la vida normal como fracasados quienes habían ganado la guerra? ¿Y ahora debían adaptarse humildemente al trabajo, depender de quienes habían medrado evadiendo la guerra? (Lussu: 15).

De todos modos, fueron pocas las áreas en las que la reacción popular consiguió contener el escuadrismo. El municipio rojo de Sarzana, en el interior de La Spezia, atacado en la noche del 20 de julio de 1921 por una escuadra de unos quinientos fascistas toscanos bajo el mando de Amerigo Dumini (que tres años después asesinaría a Giacomo Matteotti), demostró que se podían combatir los asaltos fascistas si las fuerzas del orden y la población, que en este caso había sido armada por los arditi del popolo, se oponían con decisión.

La violencia fascista resultó exitosa porque tomaba la iniciativa de la acción y no se limitaba a ser solo defensiva: se basaba en una estrategia de terror y tenía como objetivo la intimidación y la humillación del adversario –obligado a tomar aceite de ricino, abandonado, apaleado, sucio y desnudo en lugares públicos y de paso– o, lo que es peor, su eliminación. Más que una guerra civil, lo que tuvo lugar en el país fue una lucha defensiva de las propias sedes por parte de las izquierdas y una ofensiva por parte de las escuadras fascistas, que tenían una gran movilidad. Provincias enteras fueron conquistadas a mano armada gracias a esta táctica militar, permitida por la financiación y los medios de transporte puestos a su disposición por los propietarios agrarios, y gracias al inmovilismo de las fuerzas del orden. Fueron especialmente eficaces las columnas de fuego, organizadas en Emilia por Arpinati y Balbo. Una de estas, formada por al menos tres mil fascistas ferrareses y boloñeses, devastó Rávena en julio de 1922, incendiando y destruyendo edificios y barrios símbolo del movimiento cooperativo y de las asociaciones de jornaleros agrícolas de la provincia. La Marcha fue experimentada muchas veces en las provincias antes de que se dirigiese a la capital y al Gobierno central. En el centro-norte la ofensiva escuadrista alcanzó su máxima intensidad durante la primavera-verano de 1921, volviendo a la ciudad después de haber conquistado las zonas rurales. En abril de 1921 fue incendiada la Camera del Lavoro de Turín, después de que la Fiat hubiese decidido un despido masivo y luego el cierre de los establecimientos, y el 13 y el 14 de julio escuadras fascistas ocuparon Treviso y un enfrentamiento armado provocó muertos en Trieste. En algunas ciudades de Véneto, como en Venecia, el fascismo mantuvo su naturaleza dannunziana hasta 1921; los empresarios vénetos (sobre todo de la industria textil) lo habían contemplado con recelo, prefiriendo el avance de los católicos. Después, el fascismo agrario véneto tuvo como objetivo la eliminación de las bases de organización y resistencia económica de los católicos y de los socialistas en las zonas provinciales, con ataques a sus cooperativas, cajas rurales y administraciones,

especialmente en las zonas de Treviso (donde la ofensiva fue liderada por el fiumano Giovanni Giuriati), Polesine y Padua. A continuación la violencia fascista pasó a algunas áreas del sur, especialmente a Apulia y a la Sicilia oriental, sobre todo a la provincia de Siracusa, la cual en aquel entonces comprendía el territorio de Ragusa, epicentro del fascismo agrario siciliano. La ola de violencia tuvo lugar entre el invierno de 1921 y la primavera de 1922, pero las ciudades, como Bari, no cayeron bajo el control fascista hasta el verano de 1922.

En cualquier caso, hasta 1921 el fascismo fue un fenómeno de la Italia centro-septentrional; los Fasci estaban principalmente en las ciudades de tamaño medio (con excepción de Milán, Trieste, Bolonia y Florencia), las áreas de llanura y las zonas de colina. Se habían establecido en el área padana tanto a nordeste como a noroeste y su despliegue había sido facilitado por las vías de comunicación: el curso natural del río Po, el eje viario de la vía Emilia hasta Bolonia y los pasos apenínicos que comunicaban con Florencia y con Perugia. También estuvo presente en menor medida en los Abruzos, en la zona de Nápoles y en la zona del Tavoliere de Apulia. El escuadrismo agrario había sido importado a Apulia y Sicilia rompiendo las tradicionales relaciones de fuerza y de uso de la violencia para imponer autoridad y reivindicaciones. En la zona de Foggia y Bari la violencia avanzó siguiendo círculos concéntricos que, ampliándose, tocaron los grandes centros agrícolas de Andria, Cerignola, Minervino, Spinazzola y Gioia del Colle bajo el mando de algunos ras locales, entre los cuales se encontraba Giuseppe Caradonna, considerado el «duce di Cerignola», un joven propietario que financió y dirigió las escuadras y conquistó sucesivamente la ciudad de Foggia, hasta convertirse en diputado. Hay, sin embargo, una diferencia sustancial entre el fascismo agrario padano y el de Apulia. Este último no cedió ni llegó a compromisos, no estuvo caracterizado por ninguna forma de populismo reaccionario, no utilizó consignas demagógicas: fue puro escuadrismo y, en cuanto tal, provocó un enfrentamiento armado frontal entre jornaleros agrícolas sindicalizados y escuadristas, estos últimos reclutados entre la clase propietaria y de grandes arrendatarios, estudiantes, oficiales retirados y profesionales de la violencia, como el capitán sardo de los arditi Salvatore Addis, al servicio de la Associazione Agraria de la provincia de Bari. El enfrentamiento se prolongó desde febrero de 1921, cuando fueron proclamadas en la región tres jornadas de huelga contra el escuadrismo, hasta agosto de 1922, ante unas autoridades de policía débiles o incluso cómplices de los propietarios agrícolas. Los fascistas conquistaron Cerignola a principios de 1922 y en julio cayó el municipio de Adria; administradores y sindicalistas, entre estos Giuseppe

Di Vittorio, se refugiaron en Bari, que cayó por último a principios de agosto. En la zona de Ragusa, en Sicilia, los escuadristas fueron reclutados entre emigrantes sicilianos que habían tenido una primera experiencia en el escuadrismo agrario septentrional antes de volver a la isla. Una figura emblemática fue Pippo Raguso, que volvió a Palermo en 1921 después de haber sido escuadrista en la ciudad romañola de Lugo y en Bolonia. Estos escuadristas se movieron contra un fuerte movimiento de jornaleros agrícolas, dirigido por los socialistas, llevando a cabo en la primavera de 1921 los primeros asaltos a organizaciones y círculos socialistas de Siracusa y Ragusa, hasta la conquista definitiva del municipio de Ragusa en 1922, y de su bastión, Lentini, en julio de ese mismo año.

Mientras tanto, en el norte, la dirección del movimiento fascista intentaba tener controladas a las escuadras y a los jefes locales. El 15 de mayo de 1921 había habido nuevas elecciones políticas que habían llevado a la Cámara a los treinta y cinco primeros diputados fascistas, elegidos en listas de coalición realmente heterogéneas formadas por los liberales y por las derechas nacionalistas y fascistas. Con todo, el Partido Socialista se mantenía a nivel nacional, incluso después del abandono por parte de quienes habían fundado el Partido Comunista, pero empezaba a ceder terreno a los fascistas en sus áreas más consolidadas del centro-norte. A principios de verano, Mussolini propuso un acuerdo de pacificación entre la derecha y la izquierda que tenía entre sus varios objetivos tranquilizar a los sectores de la clase media que se estaban acercando a los Fasci, alcanzar en la medida de lo posible un acuerdo con las fuerzas populares, socialistas y católicas para construir un frente antiliberal y normalizar el movimiento con la finalidad de transformarlo en un verdadero partido político. Después de que diversos Fasci, concretamente toscanos y emilianos, rechazasen en animadas asambleas el acuerdo, en otoño Mussolini aceleró la fundación del nuevo partido. Con el tercer Congresso Nazionale dei Fasci, que se celebró en Roma en el Teatro Augusteo el 7 de noviembre de 1921, se fundó oficialmente el Partido Nacional Fascista (PNF). A pesar de que seguía habiendo fuertes resistencias internas para hacer de Roma, en parte todavía extraña al movimiento, la propia central, el PNF trasladó a la capital su dirección y procedió al nombramiento de nuevos dirigentes, intentando encontrar un equilibrio entre el centro y los diversos poderes presentes en la periferia. Mientras tanto, los inscritos a los Fasci aumentaban rápidamente; los cerca de 80.000 de marzo de 1921 se cuadruplicarían para mayo de 1922, hasta alcanzar las aproximadamente 322.000 adhesiones.

Tres meses después de la fundación del PNF, la Confederazione Italiana dei Sindacati Economici, fundada en Milán en noviembre de 1920 con declarada simpatía por el movimiento fascista, creaba en Bolonia la Confederazione Nazionale dei Sindacati Nazionali, dirigida por el sindicalista ferrarés Edmondo Rossoni. El nuevo sindicato tendría modo, así pues, de utilizar a su propio favor un instrumento de lucha que hasta entonces había sido fundamentalmente prerrogativa de las izquierdas en las pruebas de fuerza contra el patronato y contra la autoridad estatal: la huelga general. Italo Balbo y Leandro Arpinati pusieron a prueba al primer Gobierno de Luigi Facta con una huelga de jornaleros agrícolas, organizada en colaboración con el escuadrismo agrario, que paralizó entre el 12 y el 14 de mayo de 1922 la provincia de Ferrara, gracias a la cual pudieron sustraer a los sindicatos y a las asociaciones de izquierda los contratos de las obras públicas. Además, con otra prueba de fuerza que detuvo las actividades productivas del área boloñesa entre el 29 de mayo y el 2 de junio, consiguieron el traslado del prefecto Cesare Mori, el cual, hasta aquel momento, había impedido a los propietarios agrarios importar mano de obra de la zona de Ferrara y Módena, mano de obra que podía sustituir a la controlada por las asociaciones rojas y sus oficinas de empleo. Finalmente las huelgas y la revueltas armadas paralizaron la actividad de muchos centros ciudadanos que todavía estaban gobernados por juntas de izquierda y juntas populares y determinaron su disolución, como en Novara, Cremona, Bolonia, Rímini, Rávena y Viterbo.

El segundo Gobierno de Facta, reconstituido en agosto de 1922 con el voto contrario de socialistas, comunistas y fascistas, no pareció capaz de detener la violencia en el país ni de utilizar instrumentos militares ni prefecturas para restablecer el orden; tampoco los liberales, liderados aún por Giolitti, estaban convencidos de que fuese oportuno aceptar a exponentes fascistas para neutralizarlos y para reconducir el fascismo a la legalidad mediante la responsabilidad de gobierno. En septiembre de 1922 Mussolini hacía decaer una serie de preliminares institucionales del programa original del movimiento fascista, abandonando el republicanismo y prometiendo que, en caso de que llegase al gobierno, respetaría la monarquía y acabaría con la lucha de clases con vistas a la creación de una nación fuerte y unida, respetable en política exterior. Sin embargo, no se declaraba dispuesto a que exponentes del PNF ocupasen posiciones de segundo plano en un posible gobierno. Mientras tanto, el Partido Socialista sufría una segunda división: después del abandono de la fracción denominada terzinternazionalista con la fundación del Partido Comunista Italiano en enero de 1921, a principios de octubre de 1922 también los

maximalistas y los reformistas se separaban, los segundos fundando el Partido Socialista Unitario. La escisión tuvo profundas repercusiones incluso en la Confederazione Generale del Lavoro ('Confederación General del Trabajo'), que puso fin a su relación privilegiada con el Partido Socialista.

La situación resultó en seguida favorable a los fascistas para preparar una prueba de fuerza apta para conquistar el Gobierno del país. A mediados de octubre se organizó un mando político-militar, un cuadrumvirato, compuesto por Cesare De Vecchi, Emilio De Bono e Italo Balbo, responsables de la Milizia, y por el secretario nacional del PNF Michele Bianchi. El momento se presentó el 26 de octubre, cuando frente a la ingobernabilidad del país los ministros dieron su dimisión a Luigi Facta, esperando que llamase a la propia responsabilidad a los militares y sobre todo al soberano. Al rey Víctor Manuel III se le planteó la posibilidad de declarar el estado de sitio en la capital y de llamar a alrededor de tres mil militares para que la defendiesen del cuerpo de expedición fascista que se estaba reuniendo en Perugia. Los fascistas paralizaron a su paso ciudades y vías de comunicación entre el norte y el centro de Italia y establecieron tres puestos de avanzada a menos de cien kilómetros de Roma. Resultaban inferiores en número y menos armados y adiestrados que las tropas regulares, pero estaban provistos de una precisa estrategia: su Marcha sobre Roma iba acompañada de numerosas acciones armadas y violentas en centros menores. No se trató de un golpe de Estado, sino de la amenaza de llevarlo a cabo. El enfrentamiento frontal, que los fascistas no podían ganar contra el ejército en la capital, se intentó y se produjo en la periferia, privando de autoridad a los gobiernos locales y a los representantes del Gobierno central y desorientando a la opinión pública.

Durante mucho tiempo, la Marcha sobre Roma ha sido juzgada por muchos antifascistas como una farsa, y la estrategia de la violencia que se utilizó ha sido minimizada, por razones diferentes, tanto por la historiografía fascista como por la antifascista. Mussolini, con la reconstrucción que realizó a los diez años del evento, contribuyó a hacer que la Marcha no fuese considerada un golpe de Estado, sino el momento más alto de la movilización revolucionaria y fundadora del Estado fascista: una jugada genial de una más amplia estrategia política. Mussolini no participó; pero, en 1926, impuso, en número romanos, al lado del número en árabe de los años después de Cristo, el comienzo de la era fascista (EF): el 28 de octubre de 1922. En el décimo aniversario de la Marcha, en una famosa entrevista en la que aún mitificaba el evento, minusvaloró el papel que él había jugado en aquella ocasión: «Junto con los generales desarrollamos la Marcha en tres diagonales, aunque no la dirigí yo» (Ludwig: 51). Era la

estrategia de las columnas de fuego ya adoptada en las provincias por los ras. Los observadores de entonces también minusvaloraron la importancia del episodio; tanto los antifascistas, como por ejemplo Emilio Lussu, que lo describió como una farsa que salió bien gracias a la complicidad del soberano, de los altos oficiales del ejército y de una parte de la clase política, como los simpatizantes atípicos y humorales, como por ejemplo el periodista Curzio Malaparte, que admiró la estrategia de la amenaza del golpe de Estado como medio para evitarlo: «Cuando el funcionamiento de la máquina insurreccional es perfecto [...], los accidentes son muy raros» (Malaparte: 133).

El interés por el 28 de octubre ha resurgido recientemente gracias a las reconstrucciones puntuales de algunos historiadores extranjeros, pero han sido sobre todo las investigaciones italianas las que han sabido encuadrar el octubre de 1922 en un más vasto cuadro interpretativo de la violencia política, revolucionaria y contrarrevolucionaria de la primera posguerra europea. Giulia Albanese ha subrayado que fue precisamente la Marcha sobre Roma la que hizo evidente,

una vez más, la fuerza de los fascistas, la incapacidad y la no voluntad del Estado a la hora de reaccionar y hacer valer algunos principios fundamentales de su existencia, como la libertad de prensa, la libertad de expresión y de asociación, pero también el monopolio de la fuerza (2006: VII).

La tarde del 28 de octubre el rey, después de haber consultado a sus más cercanos consejeros militares sobre la resistencia del ejército en caso de conflicto armado, prefirió, tal y como le permitía el estatuto, encargar la formación de un nuevo gobierno a Benito Mussolini, que prudentemente se hallaba en su sede de Milán a la espera de acontecimientos. Fue así como el fascismo reconoció en aquel acto y aquel día la fecha de su nacimiento como régimen político. Desde sus exordios, la historiografía antifascista ha preferido fechar el nacimiento en enero de 1925. Hoy por hoy los historiadores, ya fuera de las tradiciones historiográficas militantes, consideran que el primer Gobierno Mussolini representó indudablemente el comienzo de la dictadura en Italia y el final de las instituciones liberales, y que, y aquí está el interés y la actualidad de una reflexión seria sobre las fuentes, «un sistema institucional puede ser

transformado sin que esto sea comprendido claramente por parte de quien asiste a las transformaciones», es decir, por sus contemporáneos (Albanese, 2006: X).

Conquistada Roma, al fascismo le quedaba conquistar el sur, desmantelando el tejido reformador y democrático todavía presente. La sustitución del antiguo personal político se produjo lentamente, entre 1919 y 1924, más por la desaparición de una antigua clase dirigente que por la repercusión de la ruptura política que tuvo lugar en la capital. A pesar de ello, dicha sustitución se produjo y fue visible. El caso siciliano resulta uno de los más emblemáticos de esta transformación. En las elecciones políticas de 1924 Sicilia fue una de las regiones en las que el fascismo obtuvo mayor consenso, aproximadamente el 70% de los votos, aunque hay que tener en cuenta que en esta región la lista cerrada fue preparada pactando más que en ningún otro sitio y comprendiendo a figuras prominentes del antiguo régimen liberal como Vittorio Emanuele Orlando, Enrico de Nicola y Antonio Salandra. Fue la respuesta dada a la confianza que Mussolini había depositado en la clase dirigente siciliana al incluir en su primer gobierno de 1922 a cuatro ministros sicilianos. En el sur, los Fasci se desarrollaron a lo largo de 1923 gracias a la confluencia en el PNF de formaciones políticas y clientelares completas, provenientes principalmente de los cuatro troncos entre los que se habían distribuido quienes habían sido elegidos del área liberal y radical en 1921. Sucesivamente estos constituyeron parte de los cuadros dirigentes y de las potestades de las administraciones locales que pasaron al fascismo. Se hicieron fascistas miembros de la nobleza meridional, profesionales, intelectuales y docentes universitarios. La intervención de fascistización del sur se produjo principalmente a través de los prefectos, que nombraron a un comisario en centenares de gobiernos municipales para poder integrarlos en el nuevo Estado fascista. Se trató de una operación compleja, hábil y mucho más radical que el precedente transformismo político de época liberal.

En el sur el escuadrismo no había necesitado expandirse en las zonas rurales en las que la defensa del orden y de la propiedad, además de con la violencia, aún se aplicaba según reglas y ejecutores tradicionales y eficaces. Una vez conquistado el poder, el fascismo se ocupó de controlar a las organizaciones mafiosas que podían convertirse en peligrosas competidoras. La operación antimafia entró a formar parte, así pues, del proceso de estabilización del fascismo en el sur. Para demostrar que el PNF era un partido que estaba por el orden, en junio de 1924 fue reincorporado al servicio y fue enviado a Trapani y después a Palermo el prefecto Mori, del que ya hemos recordado que se

distinguió en Bolonia y en la llanura Padana por la severidad y la imparcialidad con las que había contenido la violencia y la intemperancia de las opuestas formaciones fascista y antifascista. En 1926, a este «prefecto de hierro» le fueron otorgados plenos poderes de jurisdicción en toda la isla. La actividad de Mori tuvo contemporáneamente diversos objetivos: el principal fue derrotar a la mafia, pero también fue destruir las clientelas liberales y eliminar las posibles resistencias de las fuerzas políticas no alineadas con el fascismo. La lucha contra la mafia se condujo con total libertad de medios y de métodos represivos: deportación en masa de pueblos y familias, empleo de la tortura, largas detenciones a la espera de procesos indiciarios, condenas sumarias y confinamientos para extirpar toda forma de delincuencia autónoma. En el fenómeno mafioso también incluyeron a hombres que durante la guerra y en la inmediata posguerra habían realizado delitos menores y robos de ganado, muchos de ellos habían sido insumisos y desertores (unos 40.000 entre 1916 y 1917), otros eran excombatientes que, una vez regresados a Sicilia, habían acabado integrando las filas de una nueva mafia que según el prefecto Mori era

... joven [y] esquivaba y despreciaba la protección de los hombres políticos [y] consideraba la propia escopeta como la mejor protección [...]. Y fue una ola de violencia que atropelló a todos y a todo, agravando las condiciones de la seguridad pública hasta un punto que nunca se había visto hasta entonces (Mori: 23).

Entre finales de 1927 y el verano de 1929 se celebraron unos quince grandes procesos a mafiosos, que llegaron a reunir incluso a miles de imputados. La magistratura colaboró de manera activa en la operación, sin perjudicar nunca a los miembros de la gran propiedad agraria, absolviéndolos de haber utilizado en el pasado, «solo por necesidad», a muchos guardianes de fincas (campieri), arrendatarios y administradores de los feudos (gabellotti) implicados en la mafia o propios iniciadores de una mafia rural. Estos fueron los sujetos a los que atacó directamente el fascismo, aunque las potentes familias mafiosas también se vieran implicadas en las operaciones de policía. Algunos personajes reaparecieron en la posguerra, otros desaparecieron del todo y unos terceros huyeron a Túnez o a Estados Unidos, donde recuperarían los contactos con Sicilia en la guerra y la posguerra. De cualquier modo, el haber defendido los

intereses de los grandes latifundistas silenció solo durante algunos años a la mafia, la cual reapareció en los años treinta en las áreas de latifundio con una nueva generación y una nueva etapa de violencia generalizada. La nueva represión fue llevada a cabo por el ejército, al igual que la primera, en lo que respecta a su extensión e intensidad, pero completamente en secreto. En los años treinta, en Sicilia estaba prohibida cualquier alusión a la mafia. El cargo de Mori había sido revocado en 1929: había adquirido demasiado poder personal y había llevado a cabo demasiado explícitamente una intervención del nuevo Estado dura y libre de toda garantía de legalidad, intervención que el régimen quería que la isla olvidase. Por su parte, la gran propiedad agraria se avanzó con la parcial eliminación de la antigua clase de gabellotti, sustituyéndola por otra a la cual exigieron beneficios mucho más onerosos que los precedentes. Pero Mori también había intervenido liquidando al grupo de fascistas intransigentes que, apoyados por el secretario del Partido, Roberto Farinacci, habían neutralizado anteriormente el localismo político de tendencias autonomistas. Estos habían sido liderados por el palermitano Alfredo Cucco, que fue expulsado del PNF en 1927. Así pues, se volvió a dar voz a los miembros de la aristocracia agraria y de la nobleza palermitana, que aseguraron al régimen respetabilidad, moderación, fidelidad y defensa de los principios ideológicos del fascismo. A finales de 1927 Sicilia era la novena por número de inscritos en el PNF, por delante de Apulia y Liguria, mientras que al menos 12.000 jornaleros agrícolas estaban controlados por los sindicatos fascistas.

La alianza de los propietarios agrarios con el fascismo, tanto en la llanura Padana como en Apulia y Sicilia, no fortaleció su poder, aunque les aseguró el control de los campos gracias a la colaboración del partido y de los sindicatos fascistas; recibieron ventajas económicas con la política estatal de extensión de los cultivos de cereales y de recuperación de los terrenos, pero perdieron el control de una parte de las administraciones locales y no fueron en absoluto privilegiados en lo que respecta a la relación con el Gobierno central. En Apulia y Sicilia la nueva clase dirigente ya no estaba ligada por fuerza a la propiedad agraria y al campo; estaba compuesta por grandes inversores en el sector inmobiliario, como en Bari, y por empresarios, como Ignazio Florio en Palermo, y sobre todo por la clase media emergente en la Administración del Estado y del paraestado. El fascismo alimentó el empleo público también en el sur: solo en la ciudad de Bari experimentó un aumento del 25% en la totalidad de la población activa. Los planes reguladores de las ciudades de Apulia fueron pensados principalmente para acoger a las nuevas clases medias, lo que provocó la expulsión de núcleos familiares pertenecientes a las clases populares y el

empeoramiento de sus condiciones de vida hasta el umbral de la pobreza. El movimiento fascista se había alimentado de los conflictos en las áreas rurales para emerger; una vez establecido de manera estable, puso en valor políticamente el ambiente ciudadano del que había surgido para conquistar el poder, poniéndose de parte de las ciudades y de sus clases dirigentes en el secular enfrentamiento con el campo.

HACIA UN ESTADO TOTALITARIO

Una de las principales intervenciones del fascismo relativas a la organización interna del país fue la que llevó a cabo en el campo institucional. Se ha discutido durante mucho tiempo si los resultados obtenidos por estas transformaciones pueden llevar a incluir el fascismo italiano en la experiencia y en la familia política de los estados totalitarios de este siglo. Aquí, por tanto, es necesario distinguir entre modelo político, definido por una comparación entre las diversas experiencias totalitarias del siglo XX, y realización histórica, medida a partir del mayor o menor acercamiento a tal modelo. Además, bajo el concepto de totalitarismo se engloban regímenes muy diferentes entre ellos que se caracterizan por la afirmación de un monopolio político total de una fuerza política en el Estado y en la sociedad. Estos se distinguen, a su vez, por los caminos emprendidos y las elecciones efectuadas en campo económico y respecto a la propiedad privada. En este contexto, la experiencia histórica de los fascismos europeos estuvo caracterizada no solo por la construcción de un Estado fuerte y centralista dominado por una única fuerza política y diferente de una dictadura de carácter personal, sino también por una estrecha relación de intereses entre la clase política, los grupos burocráticos y la empresa privada, relación que reforzó el poder económico de algunos grupos adecuadamente protegidos.

Las limitaciones del acercamiento del fascismo italiano al modelo totalitario fueron por tanto históricas; estuvieron determinadas por el contexto institucional y económico en el que el nuevo movimiento político se movió y por los compromisos que tuvo que asumir para afirmarse. El fascismo, reforzado en 1923 por la entrada en el PNF de la Associazione Nazionalista Italiana, fundada en 1910, se propuso como claro objetivo la caída del sistema parlamentario y de la representación política basada en la libre asociación y en las elecciones libres

introducidas lentamente por el liberalismo en los decenios precedentes, y puso fin a la articulación y a la dialéctica entre el poder legislativo y el poder ejecutivo. Su aspiración era «totalizar», centralizar el poder en manos de un ejecutivo fuerte e incontestable, que representase la única fuerza política considerada capaz de dirigir y representar al país y de transformar el Estado en un instrumento de este monopolio. Para ello debía tener lugar una fusión entre Estado y partido único, que cambiaría profundamente el modo de gobernar, no ya en una forma autoritaria de suspensión temporal de las prerrogativas del Parlamento y de las oposiciones, como había ocurrido en momentos precedentes (último de los gobiernos de emergencia nacional durante la Gran Guerra), sino con la exclusión permanente de las oposiciones. Los límites no estuvieron en el programa general, sino en la capacidad de obtener resultados, condicionados como lo estuvieron por la lentitud de las realizaciones, por la capacidad de respuesta de los cuerpos de la Administración central y por los niveles de consenso obtenidos en la sociedad.

En la historia del fascismo hay que distinguir varias fases: la primera, de toma del poder, fue completada en 1925 con la neutralización de las oposiciones, la transformación del Estado central y las instituciones periféricas, la modificación de las reglas electorales y contemporáneamente la preparación de organismos (el Gran Consejo y la Milizia), que luego permitirían la integración del Partido Fascista con el Estado. La siguiente fase, terminada en 1928, dio el monopolio político total al PNF con la eliminación de toda forma de oposición. El primer paso consistió en la transformación del Estado gracias a la ley del 3 de diciembre de 1922, que confería plenos poderes legislativos al primer Gobierno Mussolini. De esta manera, el Gobierno tuvo la facultad de modificar la estructura y la función de los ministerios, reduciendo su número y asumiendo el control total en los ámbitos económico, financiero y administrativo; además, incluso llegó a disminuir y depurar al personal no grato al nuevo Gobierno en la Administración central y en los servicios públicos y a poner bajo control al Consejo Superior de la Magistratura y, en consecuencia, a la magistratura ordinaria. A lo largo del bienio 1923-1924, el sistema burocrático central fue fuertemente jerarquizado y disciplinado.

Además, a finales de 1922 fue creado el Gran Consejo del Fascismo, que no solo tenía una función de dirección del movimiento fascista, sino que también constituía un organismo de enlace entre el Estado y el partido en cuanto que estaba formado por los ministros fascistas, el responsable de la oficina de prensa de la Presidencia del Gobierno, el jefe de la Policía y los representantes de los

sindicatos y las cooperativas fascistas. Representaba el grado más alto de la jerarquía del Partido Fascista, precedido por el Consejo Nacional (una especie de Gran Consejo extendido a los secretarios provinciales del Partido) y por el Directorio Nacional, órgano ejecutivo constituido por cinco miembros elegidos por el propio Gran Consejo. El Gran Consejo funcionaba como modelo para otros organismos de gestión de asociaciones, entidades y comités, todos ellos en apariencia representativos de instancias y organizaciones; en realidad, se trataba de órganos de control y de reglamentación de cualquier actividad desarrollada en el país. Con el decreto del 14 de enero de 1923 se constituía, además, la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale (MVSN), organismo híbrido y proyectado para incidir en la sociedad y en las instituciones públicas más que en el movimiento político. Para su dirección fueron nombrados los estrategas de la toma del poder de octubre de 1922: Emilio De Bono, como dirigente general, e Italo Balbo y Cesare Maria De Vecchi, como comandantes generales. Los comandantes políticos de la Milizia, los cónsules, jugaron un papel importante a la hora de acelerar el cambio político que se produjo en enero de 1925 y la llegada del final del régimen parlamentario: treinta y tres de ellos se revelaron contra la posición cauta y expectante de Mussolini durante la crisis Matteotti, solicitando una intervención decidida de represión de las oposiciones durante la noche del 31 de diciembre de 1924. Después de esta experiencia, Mussolini, en octubre de 1926, asumió personalmente el mando general de la Milizia y se rodeó de personajes que no tenían una especial influencia sobre los escuadristas y los milicianos.

Entre 1923 y 1924 el Gobierno Mussolini se activó para debilitar todavía más a las fuerzas de oposición tanto en ámbito local como en el Parlamento: se multiplicó la disolución de las concejalías de las ciudades así como el envío de comisarios a las administraciones. Con la Marcha sobre Roma no había cesado la violencia escuadrista, la cual comenzó de nuevo con vigor, sobre todo en las ciudades, a partir de diciembre de 1922 y no se detuvo hasta pasado el año 1926, cuando en Véneto cayeron las últimas organizaciones católicas. La vuelta de la violencia, que esta vez tenía como objetivo el movimiento obrero y el joven Partido Comunista, se inició con los hechos de Turín entre los días 18 y 20 de diciembre de 1922, cuando incendiaron la Camera del Lavoro, devastaron la sede de la revista Ordine Nuovo y asesinaron al menos a veintidós personas, entre las cuales se encontraba el secretario de la federación de metalmecánicos y un concejal comunista. Las elecciones municipales se desarrollaron entre infinitas intimidaciones que acabaron con la retirada de la escena política de los administradores anteriores, y los fraudes electorales facilitaron la victoria de las

listas fascistas y de la coalición de las derechas. Entre mayo y diciembre de 1923, el Gobierno disolvió 368 ayuntamientos y 10 diputaciones provinciales y envió comisarios a 246 ayuntamientos y a 7 provincias. En 1924 le tocó el mismo destino a 278 ayuntamientos y a 10 provincias, mientras 361 y 12 comisarios se hacían con la administración de ayuntamientos y provincias respectivamente. El movimiento y el Gobierno fascistas eran perfectamente conscientes de la puesta en juego; la red de resistencia de las izquierdas residía en los ayuntamientos administrados por ellas, en sus servicios directos o realizados por empresas municipalizadas según los recursos que tenían a su disposición, en las cooperativas de producción y de consumo y en las asociaciones y sindicatos que operaban en el territorio con los administradores locales.

Solo en la región emiliana, en la preguerra laboratorio de experimentación de un reformismo socialista que se manifestaba fundamentalmente en el buen gobierno local, los ayuntamientos rojos habían pasado de 86 en 1914 a 217 en 1920. Idéntico reclamo había ejercido la Administración milanesa laica y reformista. Los gobiernos liberales anteriores a la Primera Guerra Mundial también habían intervenido para frenar la iniciativa política y económica y la excesiva autonomía de algunas administraciones locales y empresas municipalizadas, pero hasta entonces el atentado a las autonomías jamás había sido tan sistemático y declarado tan explícitamente, precedido y seguido por la agresión a sedes de ayuntamientos y a administradores. Entre los personajes más explícitos se encontraba, como ocurría a menudo, el ras Farinacci, quien, en el discurso que realizó en Cremona el 21 de septiembre de 1925, afirmó que

bajo el pasado régimen el problema de las administraciones locales se había convertido en un grave problema político en el norte y en un problema administrativo igualmente grave en el sur,

y ponía al mismo nivel el buen gobierno local y el clientelismo:

... los socialistas –continuaba– consideraban los ayuntamientos, por ellos conquistados, como fortalezas que había que conservar y armar contra el Estado,

y los politicuchos meridionales estaban acostumbrados a no hacer excesivas distinciones entre los presupuestos municipales y los de sus clientes [...]. La acción benéfica de la Revolución Fascista, antes que en el Estado, se ha notado en los ayuntamientos y en las provincias.

La rendición de Palazzo Marino había asumido

el valor de un símbolo. La caída del mayor ayuntamiento socialista no es solo el precedente cronológico, sino también el presupuesto lógico de la conquista del Gobierno por parte del fascismo (Farinacci: 264-265).

Dos decretos, el primero del 28 de octubre de 1925 y el segundo del 6 de diciembre de 1928, transformaron la administración de la capital en una gobernación de nombramiento central acompañada por un consejo de doce miembros designados por los ministerios de Interior y de Corporaciones. Otro decreto, emitido el 3 de septiembre de 1926, instituía el cargo de potestad en lugar del precedente de alcalde para todos los ayuntamientos italianos. El potestad era designado por el Ministerio del Interior, mientras que los concejales de los consejos municipales, que sustituían a los miembros elegidos del consejo, eran también elegidos por el prefecto en los ayuntamientos inferiores a los 100.000 habitantes y directamente por el Ministerio para los ayuntamientos de población superior: estos, en un proyecto marcadamente corporativo, tenían que representar igualmente a los empresarios y a los trabajadores manuales e intelectuales. Al mismo tiempo aumentaban la autoridad y las prerrogativas de los prefectos, representantes del Gobierno en la periferia, tanto con respecto a las juntas provinciales administrativas, también reformadas con el decreto del 27 de diciembre de 1928, como a los consejos municipales. También fue destruida la red asociativa mediante la disolución de la Lega dei Comuni Socialisti (‘Liga de los Ayuntamientos Socialistas’), fundada en 1916, y la absorción en la Confederazione Nazionale degli Enti Autarchici (‘Confederación Nacional de los Entes Autárquicos’) de la Associazione Nazionale dei Comuni d’Italia (‘Asociación Nacional de los Ayuntamientos de Italia’), fundada en 1901 y a cargo de los católicos sociales de don Luigi Sturzo desde la guerra hasta 1923.

Además, fue modificada la ley electoral: aprobado el 18 de noviembre de 1923 y recordado como ley Acerbo, por el nombre de su redactor, el nuevo sistema comportaba una primera modificación radical. Constituía un único colegio en el territorio nacional, premiaba con dos tercios de los escaños previstos a la lista que alcanzase la mayoría relativa del 25% y redistribuía el tercio restante entre las minorías sobre la base de la representación proporcional. Tal y como era propuesta, la nueva ley servía para fragmentar todavía más a las fuerzas de oposición al Gobierno fascista y para premiar a una gran coalición, conocida como el listone, liderada por el PNF y en la cual participaban una parte de los liberales y de los católicos moderados. En las elecciones del 6 de abril de 1924 la gran coalición obtuvo así el 64,9% de los votos. La oposición salió muy fragmentada: los liberales independientes liderados por Giolitti obtuvieron el 3,3%, los católicos populares el 9%, los socialistas unitarios de Filippo Turati y Giacomo Matteotti el 5,6%, el Partido Socialista el 5%, el Partido Comunista dirigido por Antonio Gramsci el 3,7% y, por último, los constitucionales de Giovanni Amendola e Ivanoe Bonomi solo obtuvieron el 2,2%. Con motivo de la cita electoral, Italia fue sacudida de nuevo por oleadas de violencia: comicios antifascistas prohibidos, agresiones a opositores y fraudes electorales. Con estas condiciones de control e intimidación el listone consiguió obtener votos, sobre todo en los centros pequeños y entre los ciudadanos que fundamentalmente pedían orden en el país. En las grandes ciudades, en cambio, obtuvo un resultado por debajo de los porcentajes esperados, pero de todas formas suficiente para alcanzar los dos tercios: en Milán obtuvo el 38,4% y en Turín el 36,6%. Quien denunció el clima coercitivo y de violencia, con un decidido discurso en la Cámara el 30 de mayo de 1924, fue el diputado socialista de Rovigo Giacomo Matteotti, que pocos días después, el 10 de junio, fue secuestrado en las calles de la capital y luego asesinado por unos sicarios fascistas que escondieron el cuerpo en el campo romano. El asesinato de Matteotti ha sido uno de los más atroces delitos políticos de la historia italiana; abrió una crisis política y moral durante la cual, entre junio y diciembre de 1924, se decidiría la suerte de los dos decenios posteriores del país.

La larga crisis del Aventino (llamada así por el lugar donde se reunieron los parlamentarios que seguían oponiéndose al fascismo) se prolongó durante toda la segunda mitad de 1924, lo que evidenciaba la debilidad y sobre todo la fragmentación de la oposición institucional, así como su incapacidad general para aprovechar la protesta y la combatividad todavía presente en las masas populares en diferentes áreas del país, sobre todo urbanas. Además, proporcionó el tiempo necesario al jefe del Gobierno y del fascismo para definir una nueva

estrategia, poner freno a la intemperancia de los jefes fascistas locales, tranquilizar a los sectores moderados y conquistar la confianza de los sectores empresariales que todavía no se habían posicionado políticamente. El discurso que realizó Mussolini el 3 de enero de 1925 en la reapertura de la Cámara asumiéndose la «responsabilidad política, moral, histórica de todo lo ocurrido» inauguraba una nueva fase de la historia del fascismo y del Estado italiano. Hasta aquel momento el fascismo había tolerado el sistema parlamentario, domesticándolo o, con mayor convicción, suspendiendo su funcionamiento. Entre 1925 y 1927 el Gobierno fascista elaboró una legislación (que fue recordada por el conjunto de «leyes fascistísimas») que modificaría radicalmente la propia fisionomía del Estado italiano, haciéndolo pasar de un sistema parlamentario, ya fuertemente limitado en sus prerrogativas constitucionales, a una dictadura personal con un fuerte poder ejecutivo y una administración centralizada y policíaca respaldada por la estructura del partido único. En 1925 una reorganización dio como resultado un Gobierno formado solo por ministros pertenecientes al PNF, de los cuales destacó el ministro de Justicia, Alfredo Rocco, que provenía de las filas del nacionalismo y a partir de aquel momento se convirtió en el principal legislador y refundador del nuevo Estado. Rocco intervino con dos paquetes legislativos consecutivos, las leyes de defensa del nuevo orden estatal y las leyes de reforma constitucional. Las primeras permitieron, entre 1925 y 1926, disolver definitivamente las asociaciones políticas y sindicales de oposición y silenciar a la prensa.

La toma del poder y la construcción de un Estado totalitario no habrían sido posibles si se hubiese dejado libertad de expresión a los medios de información. Contra la prensa independiente el fascismo realizó una doble operación: el silenciamiento y la supresión de los periódicos que expresaban una oposición al Gobierno fascista y la creación de diarios obedientes al régimen. En la inmediata posguerra, el periodismo había sido el gimnasio en el que se habían entregado a la política muchos veteranos provenientes de la pequeña y media burguesía con deseos de emerger socialmente. El ejemplo de los hermanos Mussolini, Benito y Arnaldo, que habían utilizado su periódico Il Popolo d’Italia para empezar a partir de 1914 un imparable ascenso al poder, había representado un fuerte estímulo para los jóvenes con algo de cultura que estaban dispuestos a sobresalir. Los nuevos periódicos llegaron a unos cien en 1924 y el poder de algunos ras quedaba demostrado por la capacidad de mantenerlos bajo el propio control incluso después de la normalización del régimen de 1925. El sometimiento de la prensa nacional se produjo a través de diversos medios y en varias etapas y se completó en 1925. La última resistencia de la prensa libre había tenido lugar

durante 1924, durante la crisis Matteotti. En esa ocasión los dirigentes fascistas se dieron cuenta de que no era suficiente con atacar a la prensa de los partidos adversarios y crear una propia: era necesaria una acción enérgica de censura y adquisición de los grandes periódicos independientes nacionales por parte del frente fascista. La destrucción de las redacciones y las imprentas de los principales diarios de oposición (Avanti!, La Giustizia, L'Unità, L'Ordine Nuovo, Rivoluzione liberale, Il Mondo y La Voce Repubblicana) fue acompañada de una extensa aplicación de la censura. Un primer decreto que concernía a la prensa, firmado el 15 de julio de 1923, otorgaba a los prefectos de las provincias la autoridad para prohibir la salida e incluso, en caso de reiteración del hecho, cerrar los diarios que criticaban («desacreditaban») la actividad de las autoridades públicas y provocaban «una alarma injustificada entre la población». Durante la crisis Matteotti, el 10 de julio de 1924 un nuevo decreto precisaba y endurecía las medidas de censura que los prefectos podían aplicar, tanto que durante el periodo de transformación y de paso del fascismo de Gobierno autoritario a dictadura, entre diciembre de 1924 y enero de 1925, no hubo un día en el que algún periódico tanto político como de opinión no fuese confiscado. La última protesta por parte de la Federazione Nazionale della Stampa ('Federación Nacional de la Prensa') por el ataque a la libertad de opinión periodística tuvo lugar en septiembre de 1924. Desde entonces la gran prensa nacional fue adquirida por el frente fascista a través de cambios de propiedad y de la sustitución de los directores de los consejos de redacción.

Inmediatamente después de la Marcha sobre Roma, un primer grupo de periódicos se había posicionado con el nuevo Gobierno: uno de los primeros fue el Messaggero; le siguieron el Mezzogiorno, con la nueva dirección de Giovanni Preziosi, el Piccolo de Trieste y la Nazione de Florencia. Después de la crisis Matteotti, algunos periódicos que habían sido tolerados hasta el verano de 1924 por permanecer tibios con respecto al fascismo, pero que después se habían comprometido con la defensa de la libertad de opinión, fueron adquiridos por empresarios posicionados con el fascismo y, en otros casos, les fue anunciado a sus accionistas que solamente en caso de que el Gobierno los aprobara podrían continuar publicando. La operación empezó con el Mattino de Nápoles en enero de 1926, sustraído a la propiedad de los Scarfoglio, y continuó con el Corriere della Sera, propiedad de los Crespi, que despidieron al director Luigi Albertini (y con él abandonaron el periódico numerosos redactores y colaboradores de relieve) y lo sustituyeron por Ugo Ojetti. Una suerte parecida corrió Alfredo Frassati, que vendió su participación mayoritaria de La Stampa a Giovanni Agnelli y pasó la dirección a Curzio Malaparte. De los periódicos nacionales,

solo el Resto del Carlino fue comprado directamente por el PNF para apartarlo de los enfrentamientos internos del fascismo emiliano. Y el único que escapó al control total fue el Lavoro, que antes había sido portavoz de algunos socialistas reformistas genoveses que se acercaron al sindicalismo fascista, logrando que el periódico renaciese con un nuevo aspecto y con nuevas ideas. Solo los periódicos fascistas reconocidos oficialmente por el partido fueron tolerados y sometidos a un riguroso examen para impedir que se publicasen diatribas personales y políticas internas: ninguna de las federaciones provinciales podía poseer más de un órgano de prensa. Otra contribución más llegó en 1923 por la confluencia en el PNF del Partido Nacionalista, que llevaba al fascismo su periódico Idea nazionale, cerrado en 1925, y sobre todo a periodistas y organizadores culturales: Roberto Forges Davanzati, Dino Alfieri, Ezio Maria Gray y Virginio Gayda. Estos escribían para periódicos como la Tribuna y el Giornale d’Italia, este último portavoz de la nueva política exterior fascista; algunos de ellos muy pronto se convirtieron en locutores radiofónicos. En 1926 el Gobierno disolvió la Federazione Nazionale della Stampa y la profesión periodística quedó bajo la dirección del Sindacato Fascista dei Giornalisti, fundado en 1924. Para escribir en los periódicos era aconsejable tener un carné del PNF y, de todos modos, había que estar inscrito en el registro profesional de periodistas, creado en 1925 y reformado en 1928 con reglas más severas de admisión, para la cual era necesaria la previa profesión de fe fascista. Además, en 1929 fue creada una comisión de prensa, la Commissione Superiore della Stampa, presidida por Arnaldo Mussolini, como un instrumento más para vigilar las publicaciones y las relaciones entre los profesionales y la autoridad pública. Mientras, surgían cursos para la formación de periodistas en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de las universidades de Perugia, Ferrara y Trieste: estos cursos tenían como objetivo la formación de un nuevo personal periodístico para el régimen y el estudio de los lenguajes, los contenidos y la construcción de la información.

Una serie de atentados contra la vida de Mussolini –el atribuido al diputado socialista Tito Zaniboni el 4 de noviembre de 1925, el de la inquieta y solitaria irlandesa Violet Gibson el 7 de abril de 1926, el del anarquista Lucetti en septiembre de 1926 y sobre todo el último, no resuelto completamente, a manos del jovencísimo boloñés Anteo Zamboni el 31 de octubre de 1926– fue la ocasión para justificar la última ola general de violencia escuadrista que se abatió sobre Italia en otoño de 1926 y para introducir, el 6 de diciembre de ese mismo año, la ley de defensa del Estado y un nuevo texto único sobre la seguridad pública. Estas medidas legislativas instituían la pena de muerte y el

confinamiento policial por delitos políticos y endurecían las sanciones y las condenas para quienes se expatriaban ilegalmente y conspiraban contra el Gobierno. Además, aumentaban la autoridad y la facultad de los prefectos para perseguir y disolver en las provincias toda forma de asociacionismo contrario al nuevo sistema. Gran parte de estas medidas fueron perfeccionadas y trasladadas al nuevo Código Penal, que entraría en vigor el 1 de julio de 1931. En varias ocasiones, a partir de 1925, también se modificó el perfil profesional en el ámbito judicial, con un fuerte control sobre la orientación política de abogados y procuradores y con nuevas normas para la elección y la promoción en la carrera de los jueces. Diseñadas las normas de defensa, el 14 de marzo de 1928 fue aprobada una ley de reforma constitucional. El número de diputados se redujo de 560 a 400 y debían ser elegidos en un colegio único nacional. La propuesta de los candidatos ya no llegaría de las fuerzas políticas casi inexistentes oficialmente en el Parlamento y en el país, sino de entidades, asociaciones y sindicatos fascistizados que presentaban un número de candidatos que duplicaba el de los que podían ser efectivamente elegidos. La última decisión concernía al Gran Consejo del Fascismo, que llevaba a cabo una ulterior selección entre los candidatos propuestos y gozaba de plena facultad para añadir a otros que considerara que destacaban por una «clara fama en las ciencias, las letras, las artes, la política y las armas». Las cámaras fueron disueltas el 21 de enero de 1929 y los ciudadanos varones de edad superior a veintiún años fueron llamados el 24 de marzo de 1929 a responder a la pregunta demagógica «¿Aprueba usted la lista de los diputados del Gran Consejo del Fascismo?». Se trataba de un acto que imponía que cada uno de los ciudadanos italianos adultos se pronunciase públicamente a favor o en contra del régimen, tal y como el mismo ministro de Justicia Rocco solicitaba al elector

llamado para decir si la dirección política general que el Régimen sigue [...] es aprobada por él. [...] La elección se reduce por tanto a una simple expresión de acuerdo o desacuerdo con un sistema de gobierno, con una dirección política.

El carácter del voto, más allá del hecho de ser plebiscitario, revelaba un claro desprecio por la capacidad y por la voluntad de elección autónoma del individuo, que «no es llamado para hacer algo imposible para él; [es decir] elegir a una o más personas, que él no conoce», sino para expresar algo «que no es imposible

para una persona común y de cultura media, y que se concreta en un sí o en un no» (Aquarone: 153). Fueron a las urnas, con voto público, no oculto por la privacidad de la cabina electoral, el 89,6% de los convocados: de ellos votaron sí 8.519.559 personas y tuvieron el valor de expresarse por el no 135.761, lo que permitió al fascismo, a los pocos días de alcanzar el Concordato con la Iglesia católica, declarar triunfalmente que había conquistado el consenso casi unánime de la población italiana.

Esta gran prueba no comportó profundas transformaciones en la cámara: sobre 400, 197 diputados fascistas de la anterior legislatura fueron confirmados. La forma misma de la representación corporativa resultaba imperfecta, lo que confirmaba las relaciones de poder ya existentes y todo lo que había sugerido en la decisión final el Gran Consejo (por ejemplo, la Confederazione degli Industriali, que contaba con 70.000 miembros, había tenido la posibilidad de proponer el mismo número de candidatos que la Confederazione dei Lavoratori della Industria, compuesta por 1.300.000 asociados): los empresarios estaban representados por el 31,5% contra el 22,25% de la representación sindical de los trabajadores dependientes; los propietarios agrarios estaban representados con un 11,5% y los trabajadores agrícolas con un 6,75%; una fuerte presencia, equivalente al 25,75% de los diputados, estaba constituida por funcionarios. De esta manera, se creó la Camera Corporativa. Tres meses antes, el Gran Consejo del Fascismo había sido reconocido plenamente como órgano del Estado, presidido y convocado por el jefe del Gobierno. Había sido organizado en tres categorías compuestas por miembros de derecho a tiempo indeterminado (principalmente los fundadores del movimiento político), de derecho durante el desempeño de su mandato y de nombramiento personal por parte de Mussolini, unos cincuenta miembros en total. Además, sus competencias habían quedado todavía más claras: las relativas a la elección de la lista de los diputados y de los secretarios y subsecretarios políticos y administrativos del partido, y las de carácter constitucional, comprendidas las opiniones sobre la sucesión al trono y sobre las prerrogativas del soberano, que constituyeron una primera discrepancia entre el régimen fascista y la dinastía de los Saboya. Una ley posterior, del 14 de diciembre de 1929, disminuyó y, de hecho, desvitalizó el poder del Gran Consejo, cuyo número de miembros fue reducido a alrededor de la mitad, mientras que el secretario del PNF era propuesto directamente por el jefe del Gobierno mediante decreto. La centralización del poder en manos de Mussolini, como jefe del partido, jefe del Gobierno y jefe del Gran Consejo era ya casi total. Pero todavía quedaba en vigor el Estatuto Albertino, con la cláusula del nombramiento real del jefe del Gobierno, que constituiría una salida para

desembarazarse, el 24 de julio de 1943, de la difícil y vergonzosa presencia de Mussolini como jefe de un régimen en plena crisis interna y con las tropas anglo-americanas desembarcadas en el territorio nacional.

En abril de 1926 una legislación sindical había regularizado las relaciones laborales y de representación en el mundo social y económico, acabando con lo que quedaba del libre asociacionismo. En septiembre se instituía el Ministerio de Corporaciones; un año después, el 21 de abril de 1927, se difundía un documento sobre el trabajo, la Carta del Lavoro, que identificaba la corporación como el único y el mejor instrumento de representación de las demandas de las fuerzas productivas y de comercio, de los empresarios y de los trabajadores, así como de la superación del conflicto de intereses y de clases mediante el arbitraje imperativo de la autoridad pública. Y el 20 de marzo de 1930 se constituía un Consejo Nacional de Corporaciones. Pero la indecisión y sobre todo el enfrentamiento entre políticos y sindicalistas fascistas sobre el carácter definitivo de la corporación fascista (asociación por categoría y profesión o agregación según los ciclos productivos y de comercio de los productos y de los servicios) continuaron hasta el 5 de febrero de 1934, cuando fue aprobada la ley de la constitución de las corporaciones. Fueron identificadas veintidós corporaciones paritarias, agrupadas en cuatro sectores principales: dieciséis para los ciclos productivos agrícola, industrial y comercial y seis para las actividades productivas de servicios. En 1937 la burocratización de las relaciones laborales fue completada por la creación de los consejos provinciales de las corporaciones, en los que se debían resolver los conflictos; estos estaban presididos por el prefecto y por el secretario federal del Partido y formados por los representantes sindicales de los trabajadores y de sus jefes.

El último paso institucional se cumplió con la creación en 1939 de la Cámara de Fasces y Corporaciones, que incluía la Cámara de Diputados y las representaciones sindicales. Debería haber supuesto la coronación de las reformas constitucionales del fascismo; en realidad, decepcionaba a los dirigentes sindicales y a los políticos fascistas, como por ejemplo a Rossoni y Bottai, que habían imaginado en la fundación de una sociedad de productores y de un estado completamente nuevo y corporativo la desaparición del conflicto de clases en el país y la formación de nuevas formas de iniciativa pública y privada. En cambio, se presentaba como una estructura burocrática que dejaba mucha libertad a los grupos empresariales privados más tradicionales, mientras que los sindicalistas fascistas querían que se hubiese convertido con el tiempo en un instrumento de autogobierno de los trabajadores dependientes.

LOS NUEVOS ALIADOS: LA IGLESIA Y EL EJÉRCITO

Al entrar en guerra, en 1915, Italia había recibido el apoyo de la posición cautamente patriótica de los católicos, con reservas por parte del clero, del que solo una minoría se había declarado intervencionista. Pero durante la guerra la acción de los sacerdotes en el país y sobre todo en el ejército italiano se hizo esencial a la hora de mantener la esperanza y la disciplina en los momentos más difíciles del conflicto, especialmente después de la caída del frente en Caporetto. El clero combatía su propia batalla contra la superstición popular que se difundía en el país a través de un gran mercado de santos, escapularios y exvotos que eran repartidos entre la tropa y sus familiares. Solo una élite de sacerdotes había apoyado con convicción la intervención; entre estos se encontraba el médico y sacerdote franciscano Agostino Gemelli, que había sido integrado en el estado mayor del ejército no para el cuidado de las almas, sino para estudiar la mente de los combatientes. Fue uno de los primeros que peroró una gran propaganda entre las tropas cansadas y desmotivadas sobre la base de un análisis atento de la psicología de masas, siguiendo las teorías del francés Gustave Le Bon, cuyos trabajos habían alimentado sobre todo las lecturas de los socialistas y de los protofascistas de la época, entre ellos el mismo Mussolini. La actitud patriótica de la Iglesia católica durante el conflicto acercó el Estado italiano a la Santa Sede, presidida por el papa Benedicto XV. El Gobierno de Vittorio Emanuele Orlando, pues, empezó a tratar de resolver la cuestión romana, intentando asegurarse a cambio la ausencia de la diplomacia vaticana en la conferencia de paz de Versalles en el momento en el que se decidía el destino de los territorios pertenecientes a la católica Austria. Estos primeros contactos facilitarían la labor de Mussolini diez años después.

La Gran Guerra también había conferido al vaticano una reputación de imparcialidad diplomática, a la cual recurrieron cada vez más los nuevos países

surgidos del conflicto para obtener reconocimientos internacionales y para llegar, a través de la diplomacia vaticana, allá donde a menudo la diplomacia tradicional no podía o no quería llegar; de 1914 a 1933 aumentaron a más del doble los estados que mantenían relaciones diplomáticas constantes con la Santa Sede, llegando a alrededor de cuarenta. La Francia laica de la Tercera República restablecía en 1921 las relaciones diplomáticas con la Santa Sede; el mismo Hitler, inmediatamente después de su subida al poder, firmó un Reichskonkordat. Es, pues, evidente el prestigio que confirió a Mussolini acabar finalmente, el 11 de febrero de 1929, con las desavenencias que dividían a Italia y a la Santa Sede desde hacía más de cincuenta años, reconociendo al Vaticano como Estado y la extraterritorialidad de sus propiedades y poniendo fin oficialmente al laicismo del Estado italiano, querido por la clase dirigente liberal en el acto de unificación nacional. De hecho, las primeras grietas en el laicismo se habían producido antes del Concordato, con la introducción, a partir de 1923, del crucifijo y de las primeras nociones de educación religiosa en las escuelas, con una mayor presencia del clero en las instituciones y con la apertura de una universidad católica en Milán. El rescate del Banco de Roma, propiedad del Vaticano, que realizó el primer Gobierno Mussolini fue también una señal de la voluntad de acercamiento y de intereses comunes. Por su parte, el Vaticano había ayudado al fascismo en el momento de la consolidación de su poder, al privar de apoyo al Partido Popular y a los católicos abiertamente antifascistas y viendo con buenos ojos la confluencia de los católicos conservadores en las listas electorales con los fascistas y los nacionalistas.

El Concordato precisaría además la no interferencia del Vaticano y sobre todo aclararía las dos esferas de intervención: la Iglesia en la esfera de la fe y el régimen en la de la organización temporal de la política de los fieles. Las desavenencias que quedaban concernían a la juventud y, de manera secundaria, a la población femenina activa en las diócesis, pero se resolverían tres años después, en 1931, con un acuerdo concreto sobre los espacios reservados a la organización Azione Cattolica y a la organización femenina. La Iglesia, de hecho, en este acto de alianza ventajoso para ambas partes, podía aceptar no apoyar a los católicos en una política activa y autónoma en el país (que, por otra parte, siempre había sido vista con desconfianza por el papado), pero no podía abandonar su red de educación, dirigida principalmente en la periferia por Azione Cattolica, reorganizada en la primera posguerra por Pío XI. Esta población controlada directamente por la estructura eclesiástica constituía, además, una reserva que se revelaría fundamental al pasar del fascismo a la república y de la cual poder sacar cuadros y seleccionar a una nueva clase

dirigente. Las disposiciones legislativas del 24 de junio de 1929 y el 28 de febrero de 1930 dictaron las modalidades de aplicación del Concordato y, al subrayar que «la religión católica, apostólica y romana es la única religión del Estado», discriminaron por primera vez desde el nacimiento del Estado unitario a otras iglesias presentes en el territorio, especialmente a las minorías religiosas protestante y judía. Eran aun así «admitidos en el Reino cultos diferentes de la religión Católica Apostólica y Romana, a condición de que no profesen principios y no sigan ritos contrarios al orden público o la moralidad». En definitiva, lo que se hacía era someter a la aprobación del Ministerio del Interior y a la de sus prefectos cualquier acto que estas iglesias quisiesen llevar a cabo, desde la apertura de «un templo u oratorio de culto» hasta las reuniones en edificios de culto ya abiertos. Además, la enseñanza religiosa en las escuelas, que había pasado a ser obligatoria, era exclusivamente católica y los padres estaban obligados a solicitar y a justificar la exención de los propios hijos. Esto creaba la existencia de ciudadanos de segunda clase sobre la base de la profesión de una fe religiosa que no fuese la católica, o del simple laicismo o declaración de agnosticismo. Esta nueva situación incrementó la desconfianza y la vigilancia hacia quienes no practicaban la fe católica, aun antes de que se explicitasen métodos de verdadera persecución de algunas religiones minoritarias en el país.

A cambio, el régimen esperaba un apoyo del papado para reforzar su política exterior (recordemos que buena parte del personal diplomático vaticano era de origen italiano) en algunas áreas de expansión: en la mediooriental, centrándose en la voluntad secular del papado de establecer nuevamente la presencia católica en Palestina, y en las comunidades católicas del Mediterráneo y en el área danubiano-balcánica, donde el Vaticano también empezaba a penetrar a finales de los años veinte para contrarrestar a la Iglesia ortodoxa, ligada a los nacionalismos. Italia contaba con que la Santa Sede se convirtiese en un aliado tanto en la función antibritánica como en la antifrancesa. Esperaba que su diplomacia transgrediese su tradicional neutralismo hacia un país protestante, Gran Bretaña, que controlaba los lugares sacros de la fe cristiana en Oriente; en cambio, era más difícil suscitar una actitud hostil hacia la presencia francesa en Oriente y en los Balcanes. A pesar de ello, el Vaticano se mantuvo equidistante durante mucho tiempo de las católicas Italia y Francia. Francia servía de garante de las instituciones católicas en los países del ex Imperio otomano y además estaba fuertemente vinculada con un tratado de defensa a la catolicísima Polonia, en la cual el futuro papa Pío XI, antes de subir al pontificado en 1922, había asistido personalmente al intento de conquista por parte de los bolcheviques. Por último, el Vaticano no estaba dispuesto a apoyar la política antiyugoslava del

fascismo; sí que había contribuido a la italianización de las minorías lingüísticas alemana y eslava de las provincias anexas al reino italiano después de la guerra, sustituyendo o tranquilizando al clero de lengua no italiana, pero no estaba de acuerdo con la represión de los eslovenos y los croatas, no estaba dispuesto a seguir a Italia en una aventura en tierra yugoslava, sobre todo después de haber activado acuerdos con el Reino de Alejandro I gracias a la mediación francesa, y estaba a punto de activar una misión de evangelización en el área danubiano-balcánica. Por estas cuestiones, el conflicto entre Italia y el Vaticano fue muy fuerte en torno a 1931-1932, sumándose así las desavenencias internas relativas al cuidado de la juventud a las diferentes perspectivas en política exterior. Pero ambas diplomacias quedaron de acuerdo en la común misión de proteger a la católica Austria del apetito alemán. De hecho, a mediados de los años treinta, la relación entre el Vaticano y el nazismo daba señales de conflicto, a pesar de la firma de un Concordato. Pio XI no aceptaba el neopaganismo que se respiraba en la sociedad y en la cultura del III Reich y además censuraba la marginación, por no decir la persecución, del catolicismo alemán.

Se ha reflexionado poco sobre las convicciones religiosas del jefe del fascismo, Benito Mussolini, y sin embargo desde sus primeras entrevistas podemos trazar un recorrido que si bien no fue de conversión, tampoco fue de simple conveniencia. Nacido en una provincia profundamente anticlerical y educado políticamente laico, Mussolini se acercó a la Iglesia católica por oportunismo, para derrotar a los católicos: «en 1922 quería conceder a los populares algunos cargos en el Gobierno. Don Sturzo lo estropeó. Creía que podría seguir jugando conmigo como con Giolitti, y entonces lo tiré». El Concordato de 1929 representó para su régimen una gran operación política y su «conversión» al catolicismo, recurriendo a sacramentos como el matrimonio, fue necesaria para consolidar la relación sin llegar a la deferencia. Mussolini afirmó en la entrevista de 1932 que nunca se había inclinado a besar la mano del papa: «entonces me pregunté si un hombre con un poco de orgullo que no sea creyente debe someterse totalmente a estos formalismos», y se eximió. Pero al final de los primeros diez años de gobierno empezó a considerar la importancia de la relación entre César y Jesús con el propósito de crear un nuevo Imperio que se basase en la historia milenaria romana y cristiana: «el centro del mundo lo es solo en cuanto que tiene más historia que los demás. Jerusalén y Roma. ¿Qué importancia tiene lo demás a su lado?». Si bien nunca se mostró practicante, reconoció que «claro, si el hombre de Estado vive íntimamente en la religión de la mayoría de sus compatriotas esto se vuelve un especial punto de fuerza y de consenso» (Ludwig: 172-174).

Fue precisamente la construcción de un nuevo Imperio lo que unió definitivamente a Italia y la Santa Sede: en primer lugar, en la misión católica y civilizadora en Etiopía, que asumía valores mucho más profundos que el simple objetivo de sustituir a la Iglesia copta en África oriental. Algunos historiadores consideran que en esta ocasión se abrió incluso una distancia de posiciones y actitudes entre la cautela de la diplomacia vaticana, por las graves implicaciones internacionales que la campaña etíope podía provocar, y el entusiasmo, con tonos incluso fanáticos, de los obispos y del clero italianos. Lo cierto es que desde 1935 la Iglesia católica confirió al fascismo el encargo de guiar la refundación de una Europa católica, espiritual y anticomunista. Disipada a principios de los años treinta la ilusión de utilizar el bolchevismo contra la Iglesia ortodoxa para penetrar en la Unión Soviética, el Vaticano puso en marcha una lucha activa contra el ateísmo y el comunismo que se concretizó en la implicación directa del mismo clero y en su posicionamiento en la Guerra Civil a favor de Franco. De hecho, en 1937 fue publicada la encíclica Divini Redemptoris, condena del comunismo ateo. En este contexto, mientras el papado se mostraba cauto a la hora de juzgar a la parte de la Iglesia española, la vasca, que se mantenía a favor de la República y en defensa de las autonomías, el clero italiano entusiásticamente bendecía esta segunda misión fascista en tierra extranjera.

Pero se avecinaba otro problema: la relación cada vez más estrecha entre la Italia fascista y la Alemania nazi. La condena de la agresión italiana a Etiopía por parte de la Sociedad de las Naciones produjo como reacción, en 1936, un alejamiento de Italia de la reciente alianza con Francia, que era bien vista por la Santa Sede, y un acercamiento a Alemania. Las preocupaciones vaticanas por esta relación se explicitaron en 1938, como bien mostraban las páginas del Osservatore romano, cuando Italia sacrificó a favor de dicha relación su protección a la Austria católica, rural y corporativa y considerada un modelo por el papado, e introdujo las leyes raciales. Es preciso dejar este punto bien claro. El antisemitismo siempre había formado parte de la cultura católica (tal y como testimoniaban las páginas de la Civiltà Cattolica), pero en los términos históricos de polémica frente al pueblo que se consideraba el elegido y que la Iglesia católica acusaba de «deicidio» y en la tradicional petición de separación entre gentiles y judíos. Esto contribuyó a enriquecer la elaboración de una moderna política antisemita del fascismo. Lo que en cambio la Iglesia católica no aceptaba era lo que estaba proponiendo el nazismo en Alemania, con el peligro concreto de una contaminación en Italia: la persecución de los matrimonios mixtos, entre cristianos y judíos, que infringía los acuerdos tomados en los

concordatos, y sobre todo la persecución de los judíos, convertidos o no convertidos, sobre la base de presupuestos biológico-raciales, negando así las distinciones entre los pueblos y las gentes basadas en razones históricas de fe y de religión. En este contexto Pío XI difundió en marzo de 1937 la encíclica Mit brennender Sorge, que expresaba la preocupación por las discriminaciones y las persecuciones religiosas que estaban surgiendo en Alemania y, además, lanzaba un mensaje a otros países, entre los que se encontraba Italia.

Otro aliado válido fue el ejército nacional, que hasta la consolidación del régimen había continuado manteniendo la función de controlador del orden público interno que las clases dirigentes le habían atribuido a lo largo del Ochocientos. Sin el ejército, o al menos sin la pasividad del ejército, el escuadrismo fascista no habría podido actuar impune en el país. En octubre de 1922 esta actitud fue premiada con los nombramientos del general Armando Diaz y del almirante Paolo EmilioThaon di Revel como ministro de Guerra y de la Marina respectivamente. Estos cargos demostraban la voluntad del primer Gobierno Mussolini de liberar a las jerarquías militares del control de los ministros burgueses que había caracterizado a los precedentes gobiernos liberales y de revalorizar los estados mayores, cuyo prestigio había sido fuertemente comprometido por la publicación en 1919 de los resultados de la investigación sobre las responsabilidades en Caporetto. La presencia de militares en el Gobierno tranquilizaba a una parte de la burguesía, asustada por la violencia escuadrista. Además, el ejército proporcionaba una serie de garantías y representaba no solo un cuerpo del Estado, sino un grupo de intereses económicos y sociales bien diferenciado. Su indiscutible fidelidad a la Corona aseguraba al rey y a los ambientes monárquicos y de la derecha tradicional que el ejército sería siempre un defensor de la Monarquía y del Estatuto (como de hecho lo fue en julio de 1943 proporcionando una salida a la crisis del fascismo con la destitución de Mussolini). Esta fidelidad de los oficiales efectivos del ejército estaba corroborada por el juramento al soberano y por la ausencia de una análoga obligación hacia el fascismo, obligación que en cambio se extendió con el paso del tiempo a todos los funcionarios del Estado. Recordando la intolerancia con la que la casta militar había visto las injerencias políticas durante la época liberal, Mussolini tuvo bajo control las iniciativas y las peticiones para que se fascistizase el ejército que provenían de exponentes de su mismo partido, como de De Vecchi, Farinacci y Balbo. En el respeto a esta autonomía, la Milizia (que durante la crisis Matteotti había recibido armas del Ministerio de la Guerra para prevenir cualquier intento de revuelta) fue siempre un cuerpo separado del ejército, aunque lo cierto es que hubo oficiales del

ejército que cubrieron grados de la Milizia y fueron llamados a adiestrar a los jóvenes de las organizaciones de masas del Partido.

En cualquier caso, cuando terminó la batalla de Vittorio Veneto el ejército italiano ya se estaba transformando: en los altos grados seguía habiendo nombres de la aristocracia, especialmente piamontesa y septentrional, que tradicionalmente ofrecían su descendencia a la carrera militar, pero también surgía una nueva clase burguesa, sobre todo meridional, que veía en la carrera militar una de las salidas ocupacionales proporcionada por la ampliación de la administración del Estado. En enero de 1923 el ministro Diaz propuso una reforma del ejército que multiplicaba unidades y cuadros dirigentes y por lo tanto requería un excepcional esfuerzo económico por parte del Estado destinado principalmente al pago de sueldos y funcionarios; un segundo ordenamiento aprobado en 1926 revisó el precedente, confirmó el periodo de servicio militar obligatorio a dieciocho meses y un alistamiento medio de aproximadamente 250.000 hombres, potenciando la artillería y la instrucción de la infantería. Como ocurrió con la administración civil, el ejército también contribuyó a dar espacio a una nueva generación de jóvenes provenientes de la pequeña y mediana burguesía, a menudo monárquica, aumentando las filas de los oficiales subalternos de carrera y de complemento durante las campañas militares de mediados de los años treinta. El ejército volvía a ofrecer a sus oficiales prestigio, privilegios, autonomía y un espíritu de cuerpo, sobre todo en algunos cuerpos nuevos como la aviación. La adhesión al fascismo por parte de estos oficiales era total, como por otra parte lo era la de los sectores industriales que trabajaban para el ejército. Los gastos militares bajo el fascismo, en relación con la renta nacional, pasaron de un 2,6% en 1923-1925 a un 5,6% en 1931-1933 (los años más duros para la crisis que atenazaba al país e imponía enormes sacrificios a las clases populares). En 1936, con la campaña colonial en Etiopía y la intervención en España, el porcentaje llegó al 18,4% y estaba destinado a los armamentos y los equipos militares, a la ampliación de las bases de los efectivos y a las recompensas y aumentos de las dietas. Entre 1926 y 1940, en proporción a la renta nacional, la Italia fascista gastó más de lo que Gran Bretaña desembolsó para mantener a su ejército imperial ocupado por el mundo, y superó también en términos absolutos los gastos militares de la otra potencia militar y colonial, Francia.

Pero para asegurarse el apoyo de las fuerzas armadas, el fascismo dejó a los altos mandos la plena autonomía de los distintos cuerpos, lo que dio como resultado una falta de coordinación entre un ejército de tierra no renovado en la estrategia

y carente de medios de combate modernos y una marina más equipada (gracias también a la contribución estatal a los astilleros), pero no coordinada para su defensa y ni para la defensa terrestre con la aeronáutica. A esta última la habían puesto al mismo nivel que a los otros dos cuerpos en 1925 y perseguía fáciles éxitos deportivos transoceánicos y militares en tierra africana y española. Mussolini se encargó personalmente de los tres ministerios militares de 1925 a 1929 y de 1933 a 1943, pero se ocupó fundamentalmente de vincular el instrumento militar a su política exterior y de propaganda interior, dejando a los altos mandos la labor de gestionar la estrategia. En su política de divide et impera, dio a Badoglio la coordinación de las fuerzas armadas, pero al mismo tiempo lo privó de un verdadero poder; de hecho, el general mantuvo dicho cargo incluso estando establecido en el extranjero como gobernador de Libia entre 1929 y 1933 y luego durante la guerra de conquista de Etiopía.

El régimen fascista encontró, así pues, tanto en el clero católico como en los cuadros del ejército, válidos aliados. Las dos instituciones fueron empleadas en el país para educar a las nuevas generaciones de italianos en el orden, la disciplina, la obediencia y el patriotismo. Fueron un instrumento eficaz de movilización de las masas y de compensación para la pequeña burguesía patriótica, de este modo tranquilizada con respecto a los objetivos demasiado audaces del fascismo. En los años treinta la fe religiosa completó la religión civil del fascismo. Un estudio relativo al Día de la Fe (es decir, al acto en el que se ofrecía el anillo de boda para apoyar la campaña colonial en 1935) ha destacado símbolos y rituales cristianos que alimentaron el culto laico del Littorio: «Ministros de la Iglesia católica y gestos de culto garantizados por la tradición y por los dogmas religiosos» contribuyeron así en los años de máximo consenso a la movilización de las masas (Terhoeven: 18).

En esta compleja construcción no hay que olvidar a la monarquía. El fascismo italiano ha sido clasificado a menudo como un régimen totalitario imperfecto por estar aparentemente comprometido al estar construido sobre una diarquía, el Partido Fascista y la monarquía, y provisto de dos autoridades: el Duce y el rey. En realidad se trató de una operación hábil y compleja, completamente italiana en sus características, difícilmente comparable con el nazismo, que se estableció en una república agonizante después de que la derrota bélica hubiese acabado con el Imperio y con su monarca. En Italia, la dinastía de los Saboya se había fortalecido con la victoria en la Gran Guerra y gracias sobre todo al mito del rey soldado cultivado por y para Víctor Manuel III durante el conflicto. El antigiolittismo no era alimentado solo por los intelectuales meridionales

antifascistas como Gaetano Salvemini, sino también por monárquicos para los cuales el liberalismo giolittiano era «la emanación de las antiguas castas piamontesas, dominadoras de jerarquías prefecticias» (De Secly: 5), que, según su punto de vista, tenían abandonado el sur. El encuentro entre fascismo y monarquía, junto con la transformación del Estado que consintió una mayor entrada en su administración de clases profesionales y de intelectuales meridionales, había convencido a muchos exborbónicos de que por fin se podía dar vida a una monarquía nacional al ser esta apoyada por un Gobierno fuerte, considerado expresión de una nueva clase finalmente nacional. Por otra parte «el Rey reina pero no gobierna», como destacó una de las voces intelectuales, Luigi De Secly.

L

A REPRESIÓN

Uno de los factores que ha llevado a poner una fecha posterior al nacimiento del régimen fascista, de finales de 1922 a 1925, ha sido el comienzo de la legalización de la represión. Para completarse, el régimen debía institucionalizar la persecución de la oposición y de las voces en desacuerdo todavía activas en el país antes de pasar a una tercera fase, la de la organización del consenso de las masas. Así pues, la creación del Estado fascista comportó en los primeros años del régimen la represión de cualquier forma de oposición activa y organizada. En septiembre de 1925, el entonces secretario del PNF, Roberto Farinacci, simplificaba con rudeza pero también con mucha claridad una idea: «En Italia nadie podrá ser antifascista porque el antifascista no puede ser italiano» (Farinacci: 263). Acción y reacción van unidas y por lo tanto antes de la crisis debida al asesinato de Giacomo Matteotti no se puede hablar propiamente de antifascismo militante, aunque sí de formas de oposición parlamentaria y extraparlamentaria a la acción y al crecimiento del poder del fascismo. Muchos, por parte católica y liberal, entre quienes se encontraban Nitti y Croce, creyeron que podían neutralizar el alcance subversivo del fascismo, aceptando incluso formas de colaboración política y cultural; tampoco faltaron los gestos de colaboración de personajes y grupos de la izquierda socialdemocrática y sindicalista para intentar aprovechar el alma populista del originario movimiento fascista. La reacción al asesinato de Matteotti, más allá de sus consecuencias parlamentarias e institucionales, representó un hecho simbólico, de última revuelta moral, pero también fue la señal del principio del final del país legal. Y sobre todo dio inicio al éxodo de dirigentes políticos sobre la base de dos suposiciones: del peligro por la propia integridad física, privada de toda forma de protección legal, y de una batalla que parecía definitivamente perdida y que, por lo tanto, necesitaba una pausa de reflexión y una reorganización de las fuerzas y de las voluntades que seguían siendo contrarias al fascismo. Fue denominado fuoriuscitismo este éxodo hacia otros países de los cuadros dirigentes y de algunos intelectuales que habían representado a la oposición en la segunda mitad de 1924. Algunos de ellos murieron como consecuencia de las agresiones sufridas, como el joven liberal Piero Gobetti, fallecido en París con ni siquiera veinticinco años, y el principal exponente de la Unione Democratica

Nazionale, Giovanni Amendola, con poco más de cuarenta años, en Canes.

La ley para la defensa del Estado entraba en vigor en diciembre de 1926 y reintroducía la pena de muerte (abolida por el Código Zanardelli en 1889) por atentados a los exponentes de la familia real y al jefe del Gobierno y por graves delitos contra la seguridad del Estado. En 1931 la pena de muerte fue públicamente defendida por el mismo Mussolini en la ya recordada entrevista que dio al periodista alemán Emil Ludwig. El jefe del fascismo la consideraba un válido instrumento de disuasión, adoptado por los estados más modernos y civiles como Alemania, Francia e Inglaterra. La pena fue extendida, gracias al nuevo Código Penal Rocco, también a los más graves delitos comunes. La legislación de 1926 castigaba, además, la reconstitución de asociaciones y de organizaciones disueltas por orden de las autoridades de policía y la propaganda de métodos y doctrinas por ellas profesados. Por último, quienes se implicaban en el extranjero en actividades adversas al régimen podían ser castigados con la reclusión desde un mínimo de cinco años hasta un máximo de quince. Los crímenes políticos eran juzgados por un tribunal creado ad hoc, especial pues, formado en su mayor parte por jueces provenientes de la MVSN. Una serie de leyes, llamadas «fascistísimas», acentuaron el éxodo hacia el extranjero y al mismo tiempo sugirieron la actividad interna ilegal del Partido Comunista y la fundación de nuevos grupos de oposición, especialmente los de inspiración socialista, republicana y democrática, expresión esencialmente de intelectuales y profesionales que se habían reunido en círculos y grupos conspiradores en las ciudades universitarias de Florencia, Milán y Turín. Algunos de ellos en 1929 darían vida a la formación Giustizia e Libertà.

El aparato de represión empezó a obtener los primeros éxitos en la interceptación y en el arresto de opositores por parte de la policía política, conocida con el nombre de OVRA, y con condenas durísimas impartidas por el tribunal especial. El proceso (conocido como processone), que tuvo lugar entre mayo-junio de 1928, casi diezmó la dirección del Partido Comunista con condenas de al menos veinte años de cárcel; entre los condenados se encontraba Antonio Gramsci, que fue arrestado en Roma el 8 de noviembre de 1926 y fue preso en la dura cárcel de Turi, cerca de Bari, de la cual saldría enfermo, en estado de semilibertad, para morir el 27 de abril de 1937. Pero fue sobre todo en la primera mitad de los años treinta, en el momento en el que la crisis económica desencadenó manifestaciones y huelgas espontáneas de protesta entre los trabajadores de la industria agrícola, cuando el Partido Comunista, con la creación en junio de 1930 de un centro operativo interno, e inmediatamente después los nuevos

cuadros socialistas y de Giustizia e Libertà retomaron las actividades de conspiración. Entre 1927 y 1943 el tribunal especial investigó a alrededor de 21.000 personas y dictó 4.596 condenas a 5.619 imputados, la mayor parte obreros y artesanos (3.898), seguidos por los agricultores (546) y por los profesionales, los estudiantes y los empleados del terciario. Los procesos comenzaban gracias a los informes escritos por un sinfín de policías, infiltrados, espías y delatores en Italia y en el extranjero que inflaban los expedientes personales de miles de sospechosos que eran recogidos en el Casellario Politico Centrale del Ministerio del Interior (un registro general de la policía), fundado en la época liberal y potenciado bajo el fascismo. Los años de mayor operatividad del tribunal fueron 1928, 1931 y 1939. Respecto a la acción represiva del nazismo, fueron pocas las condenas a muerte y sobre todo las realmente efectuadas: nueve entre 1928 y 1933, ninguna en la segunda parte de los años treinta, es decir, en los años de mayor búsqueda de consenso, pero veintidós en los años de la guerra, entre 1940 y 1943. Los juicios fueron particularmente severos con los anarquistas y con los nacionalistas eslavos de Venecia Julia, con cinco de las nueve condenas a muerte, en 1929 y en 1930, a irredentistas eslovenos. Las otras cuatro condenas fueron ejemplares y fueron infringidas a disidentes aislados sobre la base de una auténtica obsesión de las autoridades de policía y judiciales por los posibles actos terroristas preparados por centrales extrajeras antifascistas y por atentados a la vida de Mussolini. El sardo Michele Schirru, recién llegado de Estados Unidos, y el belunés Angelo Sbardellotto, repatriado de Bélgica, fueron condenados a la pena capital solo por la posesión de explosivos y por haber admitido, durante los interrogatorios, la intención de asesinar al dictador, sin de hecho haber puesto en práctica su propósito. En los primeros años del régimen fueron registrados casos de violencia y de ejecución sumaria de los opositores recluidos, como la misteriosa muerte en marzo de 1928 en la cárcel de Perugia del comunista forlivés Gastone Sozzi. Algunas prisio nes se habían ganado la fama de ser particularmente peligrosas por las acciones cometidas en ellas por los escuadristas, como la cárcel de Bolonia, al menos mientras estuvieron bajo la tutela del secretario provincial Arpinati y de sus fanáticos gregarios. Con los años treinta, estos casos fueron reduciéndose progresivamente gracias a la reorganización de las competencias carcelarias devueltas a los funcionarios de carrera, y también porque el fascismo se había hecho más cauto y atento a no suscitar la reacción de la opinión democrática internacional, puesta en alerta por una serie de campañas promovidas por la prensa antifascista en el extranjero y por organizaciones como la Liga italiana, que reunía a la Ligue des Droits de l’Homme francesa y el Soccorso Rosso alle Vittime del Fascismo e delle loro Famiglie, promovido por

la Tercera Internacional Comunista. A partir de 1932 los detenidos políticos fueron así destinados solo a tres cárceles: a la de Civitavecchia, a la de Fossano y a la de Castelfranco Emilia (con parada también en el IV brazo de la cárcel de Roma).

Antes que la pena capital, el régimen prefirió las condenas restrictivas de libertad, dejando al detenido la posibilidad de «redimirse», de «hacerse italiano» y, por tanto, fascista. El fascismo adoptó, así pues, una táctica más posibilista, más paternalista que la típica del régimen nazi, es decir, de represión inmediata y violenta de la disidencia, con campos de disciplina que anularían la voluntad del individuo, humillándolo y separándolo para siempre de la comunidad de origen. Fueron dos tácticas diferentes, debidas a la diversa naturaleza de los regímenes y de las sociedades en las que actuaban: van juzgadas cada una en su contexto, sin tentaciones de minimizar el caso italiano en una comparación con el alemán. Además, hay que recordar que una parte de los actos de disidencia hacia el régimen, los no inmediatamente atribuibles a la acción política y de propaganda de una fuerza de oposición, fueron juzgados y condenados por la justicia ordinaria. Y que muchos de los delitos menores de crítica e incluso de burla y sátira del régimen por parte tanto de personas no integradas como de fascistas inquietos fueron castigados con meses o años de confinamiento, es decir, de asignación a lugares de exilio interno, controlados por las autoridades de policía. Y también fueron condenados a un destino análogo antifascistas absueltos en juicio preliminar o en juicio final por el tribunal especial, o de todas maneras fueron detenidos en la cárcel o fueron enviados a islas y países remotos elegidos para esta forma de exilio de la vida civil.

[1] Literalmente, ‘emboscados transalpinos’. (N. de la t.)

II. LOS ITALIANOS Y EL PARTIDO FASCISTA

EL PARTIDO NACIONAL FASCISTA

Simultáneamente a la política de represión, iba creciendo y madurando en el movimiento fascista el Partido Nacional. No debe ser considerado como un cuerpo homogéneo e invariable, sino como una institución sometida a una lenta e incesante metamorfosis que se adaptaba a las transformaciones estructurales del Estado y de la sociedad italiana y a las dinámicas de poder del grupo dirigente fascista. El PNF tuvo, así, al menos en el decenio siguiente a la Marcha, una vida propia, contribuyendo de manera decisiva a configurar el sistema político, convirtiéndolo en una dictadura personal y en un régimen corporativo. El fascismo actuó basándose en la integración de hombres y cargos del Partido en el Estado y en el servicio que los funcionarios públicos prestaron al Partido Fascista. Con el tiempo, y de manera clara a partir de la secretaría de Achille Starace en 1931, el PNF perdió el carácter de representante institucional de un movimiento y asumió las funciones de educador político y de órgano de organización del consenso en torno al Estado fascistizado. Coincidían, por tanto, la fe en la ideología fascista y la fidelidad al Estado fascista. Bajo este aspecto también se modificaron el concepto de ciudadanía y de nacionalidad, así como las reglas para su obtención y conservación, que ya no estaban basadas en un derecho adquirido al nacer y confirmado por una buena conducta civil y social, sino en la pertenencia a una comunidad con un credo común y a un cuerpo

político. En consecuencia, el Partido se convertía en el principal filtro selectivo de dicha ciudadanía. Según esta lógica, era considerado «buen italiano» solo quien era fascista, y eran excluidos de la vida pública, y en última instancia de la comunidad nacional, quienes, en cuanto opositores al fascismo, eran clasificados inmediatamente como antinacionales y antipatrióticos. Además, el Partido representaba el vehículo, el sistema nervioso a través del cual la voluntad central del jefe de Estado y del fascismo se irradiaba a la periferia de la nación, y al mismo tiempo representaba el principal instrumento de ejercicio del principio de jerarquía y de culto del jefe.

Además, en los años treinta, el PNF había absorbido progresivamente, transformándose a su vez, los organismos que él mismo había contribuido a crear y en los cuales había delegado en un primer momento actividades de representación de intereses: institutos económicos y jurídicos, asociaciones que representaban categorías especiales y sujetos cuyo fin era controlar y coordinar el ámbito educativo, el laboral y el tiempo libre y la vida cotidiana de una gran masa de italianos que de no ser así habrían escapado al reclutamiento y a las reglas del Partido. Al final de ese decenio la proliferación de uniformes, funciones, carnés, reuniones y celebraciones marcaba la vida de los italianos y determinaba la relación con el prójimo, creando una normalidad en la movilización constante que hacía que dicha movilización fuese para muchos apolítica, espontánea, a veces apática, sin aparentes alternativas. Los pocos que resistieron fueron los que conservaron ámbitos informales o clandestinos de encuentro, alternativos al sistema: las tertulias y las reuniones exclusivas de las familias de la alta burguesía refractaria al populismo y a las vulgaridades del régimen; las lecturas y las conversaciones de la burguesía intelectual contraria al conformismo imperante; o las formas de rechazo y negación del poder pretencioso e injusto, sentidas por los trabajadores de la industria y la agricultura, que en fases económicas desfavorables acabaron en revueltas espontáneas circunscritas, pero que con el tiempo dieron como resultado un antifascismo más consciente y militante, alimentado tanto por convicciones y memorias familiares como por la presencia de una red política clandestina.

A lo largo de un ventenio el PNF fue estructurado por al menos cinco estatutos que fueron objeto de varias modificaciones y reglamentos. El primero fue aprobado el 20 de noviembre de 1921 por una dirección colegial al día siguiente de la decisión tomada por el Congreso, que tuvo lugar en el teatro Augusteo de Roma, de transformar el movimiento de los Fasci di Combattimento en partido político. El paso a partido fue determinante a la hora de dar disciplina y una

forma representativa nacional a un movimiento todavía extremadamente heterogéneo en el plano político y local. Ya en el Congreso de Florencia, celebrado en mayo de 1920, los Fasci se habían impuesto algunas reglas de comportamiento, propaganda y coordinación. Las sucesivas modificaciones que se realizaron de 1922 a 1925 y el segundo Estatuto de 1926 fueron redactados por el Gran Consejo del Fascismo. Los estatutos de 1929, 1932 y 1938 también fueron obra del Gran Consejo, pero además fueron sometidos a la aprobación, por decreto, del Gobierno; acto que confirmaba el reconocimiento del Partido como órgano del Estado italiano. El secretario nacional político asumió una función fundamental solo después de la crisis Matteotti, cuando fue llamado a cubrir dicho cargo Roberto Farinacci. Hasta aquel momento la dirección había sido colegial; entre 1919 y 1922 habían sido tres hombres, Cesare Rossi, Giovanni Marinelli y, sobre todo, Michele Bianchi, que fue formalmente secretario de 1921 a 1922, quienes dieron continuidad a la dirección, reforzada en enero de 1923 por la labor del Gran Consejo y por dos secretarías generales, una política y otra administrativa. En cambio, de 1925 a 1943 se sucedieron en el cargo de secretario del PNF diversos dirigentes: Roberto Farinacci, de febrero de 1925 a marzo de 1926; Augusto Turati, hasta octubre de 1930; Giovanni Giuriati, durante poco más de un año, de octubre de 1930 a diciembre de 1931; y Achille Starace, el más longevo de los jerarcas fascistas, que ocupó el cargo durante ocho años, hasta octubre de 1939. Le siguieron, hasta la caída del régimen fascista, Ettore Muti, de octubre de 1939 a octubre de 1940; Adelchi Serena, hasta diciembre de 1941; Aldo Vidussoni, hasta abril de 1943, y Carlo Scorza, que ocupó el cargo desde abril hasta julio de 1943.

Roberto Farinacci, que ocupó el cargo durante poco más de un año, tuvo la función de sacar al Partido de la profunda crisis de identidad y militancia que había vivido en el bienio precedente, especialmente en el segundo semestre de 1924. El cargo de Farinacci, ras de Cremona, fue una elección hábil, porque llevaba a Roma, y por tanto neutralizaba en las provincias, la acción de uno de los principales jefes del escuadrismo extremista y del fascismo más intransigente que habían criticado la moderación con la que Mussolini había gestionado la crisis Matteotti. Es interesante recorrer la biografía de Farinacci. Nació en 1892 en Isernia, Molise, donde el padre napolitano prestaba servicio como comisario de policía. Más tarde, en 1909, la familia Farinacci se trasladó a Cremona, donde Roberto, que había abandonado los estudios, encontró trabajo en los ferrocarriles. Con el estallido de la guerra pasó de posturas socialistas reformistas a una postura intervencionista. De 1915 a 1917 estuvo en el frente, donde alcanzó el rango de cabo y le fue concedida una cruz al mérito. De nuevo

en servicio en los ferrocarriles (trabajo que conservó hasta 1921), Farinacci se dedicó al activismo entre los veteranos de guerra y a la organización asociativa de los arditi; en 1919 formó parte de quienes fundaron en Milán los Fasci di Combattimento. A partir de aquel momento se distinguió por la violencia con la que organizó y condujo en Cremona y en sus alrededores ataques a sedes políticas y sindicatos y a militantes. En mayo de 1921, fue uno de los primeros treinta y tres diputados que entraron en la Cámara con Mussolini, pero al año siguiente fue inhabilitado, junto a Dino Grandi y Giuseppe Bottai, por no tener aún treinta años, que era la edad mínima solicitada para la elegibilidad. En el verano de 1922 el Comité General del PNF lo nombró cónsul general de la Milizia. También en 1922, completada la conquista de la provincia de Cremona, a mano armada, con la disolución forzada de las administraciones locales y el control completo de la prensa a través de su diario Cremona nuova, se trasladó con Achille Starace para actuar en el área de Trentino y del Tirol del Sur.

Durante el año en el que ejerció de secretario del PNF, Farinacci logró devolver la disciplina y la confianza al Partido, integrando las diferentes corrientes en un instrumento capaz de gestionar el paso de un sistema pluripartítico a un régimen totalitario de partido único. El recién elegido secretario contribuyó, como él mismo declaró en diversas ocasiones, a legalizar la ilegalidad fascista y con esta su violencia y su intolerancia hacia los adversarios políticos. Para Farinacci el Partido, mucho más que las corporaciones y la Milizia, era el órgano que mejor representaba la experiencia revolucionaria y preservaba la ideología fascista. Según la visión de Farinacci, el secretario político del Partido debía asumir un papel político de primer orden, una gestión del poder de tipo consular, y por lo tanto paritaria, al lado del jefe del Gobierno, en cuanto representante de una milicia ideal de combatientes para la salvación y el honor nacional. Eso presuponía una dualidad personal e institucional del poder que Mussolini no podía aceptar. Además, la presencia de Farinacci en la cúpula del Partido alentó la vuelta de la violencia escuadrista en el país durante la primavera y el verano de 1925, violencia que, además de dar el golpe de gracia a las organizaciones no alineadas con el fascismo, puso en evidencia en las provincias la autoridad del Gobierno, representado por los prefectos, lo que provocó un duro enfrentamiento entre el secretario del Partido y el ministro del Interior, el boloñés Luigi Federzoni. Ferderzoni, que ocupó el cargo desde junio de 1924 hasta noviembre de 1926, era un exponente de relieve de la corriente nacionalista que confluyó en 1923 en el PNF y a través de la cual el Partido estaba destinado a efectuar la importante coalición de las fuerzas de la derecha interesadas en una transformación del Estado en sentido autoritario y antiliberal. Estos contrastes

provocaron el alejamiento de Farinacci de la secretaría y su sustitución, en marzo de 1926, por otro jefe del fascismo local, el bresciano Augusto Turati, lo que determinó su eclipse político. De hecho, después de 1926, Farinacci mantuvo un papel secundario en la clase dirigente fascista; siguió controlando su feudo cremonés e interpretando el papel de representante del sector intransigente, puro y duro, del fascismo del primer tiempo. Solo después de diez años, a partir de 1936, Mussolini lo llamó para desempeñar algunas funciones de representación; en España con Francisco Franco y en la Alemania nazi en estrecho contacto con Goebbels y Himmler. Farinacci encarnaba mejor que otros escuadristas el nuevo clima que se había creado en Italia y en Europa representando la conversión de la intransigencia fascista en alianza con el nazismo, la aspiración de llevar a cabo juntos una expansión ideológica y territorial y, no menos importante, el antisemitismo, que había manifestado entre los primeros con su virulencia característica.

La autonomía política del Partido terminó con Farinacci; antes de su destitución ya se habían extinguido la dialéctica y la vida interna. El Congreso Nacional del Partido, que tuvo lugar en Roma en junio de 1925, consistió en un breve y pasivo desfile de discursos, apariciones y deliberaciones tomadas unánimemente sin discusión. A partir de ese momento, el fascismo italiano ya no eligió los congresos como formas de exhibición de la propia fuerza y cohesión política, a diferencia de lo que hizo el Partido nacionalsocialista alemán cuando llegó al poder. Mussolini y los demás jerarcas prefirieron las asambleas y las manifestaciones multitudinarias en las plazas a los encuentros políticos entre los cuadros dirigentes del Partido para demostrar que progresivamente todo el pueblo italiano se había convertido en Partido. Al mismo tiempo, tenía lugar la concentración del poder decisional en Mussolini y en pocos elegidos que él sabía seleccionar, o alejar según los casos, suscitando entre ellos rivalidades, envidias y en última instancia una dependencia acrítica del jefe. El nuevo Estatuto del PNF, redactado en el verano de 1926 por Mussolini y Augusto Turati y aprobado por el Gran Consejo en octubre, abolió el sistema electivo de los cargos internos del Partido, introduciendo la norma del nombramiento desde la cúpula de todos los cargos nacionales y periféricos. El PNF, a partir de aquel momento, sería guiado sobre la base de las relaciones personales y jerárquicas mantenidas entre Mussolini y la Secretaría y el Gran Consejo y el Gobierno. Los dos secretarios que siguieron a Farinacci, Turati y Giuriati, llevaron a cabo una depuración interna en el Partido, expulsando tanto a los escuadristas rebeldes como a todos aquellos que eran sospechosos de oportunismo por haber «monetizado el carné», que se habían hecho después de 1922 para obtener privilegios y cargos. De esta

manera fueron expulsados, a finales de 1927, algunos diputados, alrededor de 2.000 dirigentes y 30.000 afiliados; poco menos de 11.000 correrían la misma suerte hasta 1929. Giuriati expulsó a lo largo de 1931 a otros 120.000. Desde octubre de 1925 se habían cerrado las inscripciones en el PNF, decisión que el Gran Consejo reiteró en 1927, cuando la entrada de una nueva leva fue permitida solo a los avanguardisti (uno de los grupos de la juventud fascista) que habían cumplido dieciocho años de edad y, en general, a los jóvenes entre 18 y 21 años que cumplían los requisitos necesarios. El Partido, por tanto, siguió creciendo, aunque lentamente, con una nueva leva de jóvenes, pasando de 1.035.000 inscritos en 1927 a los poco más de 1.057.000 registrados el 28 de octubre de 1930.

El papel de secretario de Augusto Turati fue esencial. Oriundo de Parma, se trasladó cuando era joven a Brescia, donde empezó a trabajar como periodista apoyando posiciones liberal-democráticas. En 1914 también fue intervencionista y después voluntario en la guerra, logrando el rango de capitán de infantería. No se había distinguido como fascista de la primera hora, pero se había convertido en dirigente de relieve del movimiento sindical fascista de la provincia de Brescia. Superada la sorpresa general que suscitó el hecho de que Mussolini lo quisiese en Roma, se reveló como el hombre adecuado en el momento adecuado. Se había mantenido fuera de las disputas políticas de 1924-1925; decidido y moderado, mostró inmediatamente, por carácter y por aptitud política, fuertes diferencias con Farinacci. Turati consideraba que el escuadrismo había tenido su momento y que ya era necesario que el Partido se configurase como una fuerza política capaz de formar y seleccionar a una nueva clase dirigente. Así pues, había que terminar con las formas de veleidad y de sectarismo, reeducando, en caso de que fuese necesario, a los antiguos fascistas y cooptando fuerzas nuevas tanto entre la juventud como entre los adultos que daban prueba de fidelidad al nuevo Estado sobre la base de una convencida fe patriótica. Siguiendo esta línea, Turati privó a las sedes periféricas del PNF de poder real, dictó procedimientos homogéneos en la gestión de las federaciones provinciales, examinó las relaciones entre el Partido y los sindicatos fascistas e incluso eliminó la prensa fascista excesivamente autónoma, forzando el cierre de al menos unos treinta periódicos fascistas y facilitando el encuentro entre la prensa conservadora y la fascista. Pocos periódicos fascistas resistieron semejante ímpetu censorio; se salvaron los que estaban fuertemente ligados al territorio y protegidos por fascistas de peso, como el Corriere padano de Balbo en Ferrara, el Regime fascista de Farinacci en Cremona y el Resto del Carlino controlado en Bolonia por Arpinati. Turati intentó definir la relación entre Estado fascista y Partido,

afirmando la supremacía del Estado sobre el Partido, pero al mismo tiempo valorizando el papel determinante del Partido único como esqueleto del sistema estatal. De esta manera obtuvo una simbiosis entre Estado y PNF: aparentemente independientes, se controlaban mutuamente. El Partido era el garante de la fascistización del Estado, y el Estado del orden en el Partido.

Esta forma de esquizofrenia reflejaba la actitud del fundador del movimiento fascista, Benito Mussolini, que manifestaba que no creía en el instrumento partido, a pesar de que había tenido que volver a examinar su posición antipartidista de 1919 por exigencias concretas de oportunidad política. Una de las muchas contradicciones de la labor de Turati como secretario fue la de no haber sabido, y posiblemente no haber podido, construir una relación orgánica y clara entre el Partido y su máximo dirigente, e incluso de haber contribuido a crear el ducismo, la figura de un jefe provisto de poder absoluto, más allá de esquemas, jerarquías y alternancias. Se ha recordado que, después de los repetidos atentados de los que fue objetivo Mussolini a lo largo de 1926, Turati percibió la vulnerabilidad del fascismo representado por la persona física del propio jefe y se comprometió mucho más en estructurar un Partido que pudiera sobrevivirle. Pero Mussolini, y los mismos secretarios, no se activaron para identificar instrumentos adecuados para formar nuevas figuras que pudieran preparar un recambio en la cúpula del PNF. El Duce prefería pensar que el fascismo se perpetuaría a través de la nueva leva juvenil, sin plantearse el problema de una sucesión para la que era necesaria la identificación de herederos. El mismo Turati, para contrarrestar el poder local de los ras, había reforzado el poder del jefe en el centro, empezando el proceso de mitificación y exaltación de Mussolini como el «hombre del destino», como el líder italiano por encima de las partes.

De este modo, Mussolini se fue construyendo progresivamente un poder personal, paternalista y despótico: si en los Estatutos de 1926 y 1929 aún era el primer dirigente del Partido, a partir de 1932 se posicionó fuera de la jerarquía, hasta convertirse en el «jefe del Partido» en el Estatuto de 1939. Además, en cuanto jefe del Estado fascista, concentraba en sí un doble control: el del Gobierno y el del Partido. Esta ambigüedad también se reflejaba en los intercambios entre las dos jerarquías, estatal y del partido, sobre todo en las relaciones entre el ministro del Interior y el secretario general del Partido en Roma, y entre los secretarios de las federaciones provinciales y los prefectos en la periferia. A pesar de que ningún Estatuto del PNF preveía la dependencia del secretario federal respecto al prefecto, de hecho desde principios de 1927 una

serie de disposiciones y circulares hacían de este último «el más alto cargo del Estado en la provincia», al cual los secretarios provinciales del Partido (los federales) debían obediencia. Una parte de los jefes federales se atuvieron a las disposiciones, demostrando conformidad cuando no verdadera debilidad y falta de autonomía en la gestión del Partido; otros siguieron rebelándose a las excesivas interferencias. Esta situación se prolongó durante los secretariados de Turati y Giuriati, desde 1927 hasta 1931, y no se resolvió ni siquiera con el largo secretariado de Starace, aunque los primeros afrontaron directamente la situación con informes y declaraciones dirigidas al jefe de Gobierno y al Gran Consejo, mientras que Starace eludió la cuestión, haciendo frente a los problemas conforme se iban presentando en las provincias. Por otra parte, después de la eficaz conducción por parte de Federzoni del ministerio del Interior, desde noviembre de 1926 Mussolini ocupó provisionalmente dicho ministerio y a partir de ese momento fue nombrando como subsecretarios a hombres con un pasado fascista y escuadrista: hasta 1933 se sucedieron a su lado Giacomo Suardo, Michele Bianchi y Leandro Arpinati; y a partir de 1933, y durante diez años, el fiel Guido Buffarini Guidi. Fue fundamentalmente una elefantiásica burocracia estatal, paraestatal y de partido lo que siguió administrando el país mientras el Consejo de Ministros había sido despojado progresivamente de poder consultivo y directivo con el alejamiento de las personalidades más prestigiosas, y lo que en realidad hacía el Gran Consejo, promovido por la ley del 9 de diciembre de 1928 a órgano constitucional del Estado con poder decisional sobre el Partido, era funcionar de caja de resonancia y de cámara de aprobación para las decisiones tomadas a menudo en otra parte.

Mientras tanto, Mussolini se había asegurado la fidelidad de la policía, cuerpo autónomo que controlaba la acción de los funcionarios del Estado y del Partido. Para reorganizar los servicios de seguridad pública fue llamado en septiembre de 1926 el prefecto de Génova, Arturo Bocchini. Bocchini había nacido en 1880 en la provincia de Benevento y entró en la administración pública en 1903, tras licenciarse en Derecho. Después de la Marcha sobre Roma fue nombrado prefecto, primero en Brescia, después en Bolonia y, en octubre de 1925, en Génova. A Bocchini se le encargó el mando del cuerpo de los agentes de policía del Estado, reconstituido en 1925, y de las policías metropolitanas de Roma y de Nápoles. No era hombre de convicciones políticas; sirvió al fascismo en cuanto Estado. Oportunista y fiel a las instituciones de poder, había dado prueba de su habilidad al administrar ciudades difíciles y aún no completamente sometidas al fascismo. Sobre todo era un gran organizador y conocedor del aparato burocrático del ministerio del Interior y de su entorno. Mussolini hizo de él y de

la policía, de la que Bocchini tuvo el mando hasta su muerte (en noviembre de 1940 estando en servicio), instrumentos dúctiles y autónomos respecto al Partido, vinculados solo a la voluntad del jefe del Estado fascista y, en cuanto dependientes del poder ejecutivo, incapaces de ser una fuerza alternativa al fascismo en caso de crisis. Además, a través de Bocchini, convirtió el cuerpo de los guardias de seguridad pública en el instrumento de control de la sociedad más fiel, proponiéndolo como alternativa y a menudo en competición con el Arma dei Carabinieri, que dependían de las jerarquías militares que permanecieron fieles a la Corona. El resultado fue que, cuando cayó Mussolini en el verano de 1943, en consecuencia también se derrumbó la policía del Estado, mientras que el control del orden público, ramificado en las provincias, quedó encomendado a los Carabinieri, que representaban y representarían también en 1945 la continuidad de las fuerzas del orden, más allá y a pesar del fascismo.

Las transformaciones también afectaban a las funciones del secretario nacional del PNF, que se convirtió en el garante de la dependencia del Partido respecto al Estado fascista y, al mismo tiempo, en el dirigente político más prestigioso, subordinado solo al Duce. Con el decreto del 11 de enero de 1937, el secretario recibió, además, el cargo de ministro secretario de Estado. La fusión entre Estado y fascismo, empezada diez años antes con el decreto del 12 de diciembre de 1926 que escogía el fascio littorio (los fasces o haz de lictores) como emblema del Estado italiano, casi había concluido. El Estatuto del PNF de 1932 definía oficialmente el Estado con el adjetivo «fascista». Contemporáneamente el PNF, bajo la nueva dirección de Starace, se lanzaba a un nuevo y amplio programa para fascistizar a toda la sociedad civil y absorber instituciones y actividades del campo educativo, cooperativo, sindical y poslaboral que hasta ese momento habían sido tuteladas por los ministerios, entre los que se encontraban el de Educación y el de Corporaciones. Con motivo de los diez años de la Revolución fascista la política de reclutamiento fue modificada de nuevo y se volvieron a abrir las inscripciones a quienes se encontraban en el momento de incorporarse al mundo laboral y a quienes pertenecían a las asociaciones que habían sido absorbidas por el Partido. De esta manera, el Partido fue definiéndose como una estructura piramidal y jerárquica, tan amplia como la misma sociedad, regida desde el centro y ramificada en la periferia a través de poderes de control y responsabilidad y de referencia al más inmediato superior: desde el responsable de un grupo de viviendas, pasando por los de barrio, distrito, núcleo urbano, hasta llegar a los secretarios de las federaciones provinciales y al secretario nacional del Partido. Las iniciativas y las

prescripciones del Partido llegaban a las provincias a través de un Foglio d'Ordini: un boletín que no pretendía explicar las decisiones tomadas en la cúpula ni suscitar debates o iniciativas autónomas en el organismo político, sino, como indicaba el nombre, impartir órdenes a las cuales las federaciones estaban obligadas a atenerse.

La palabra lo dice todo –escribía Mussolini en el Foglio d'Ordini emitido el 31 de julio de 1926–. No se trata de un periódico. Por lo tanto, no contendrá artículos [...] [E]s otra señal clara de cómo se consideran la organización y las actividades del Partido; nuestra organización es un verdadero ejército: sus actividades se caracterizan por el trabajo cotidiano y por las metas lejanas que alcanzaremos cueste lo que cueste. ¡Viva el fascismo!

Los tres secretarios que se sucedieron desde 1926 hasta 1939 contribuyeron, cada uno de ellos con su propia personalidad y convicción política, a definir las funciones y la presencia del Partido en la sociedad hasta convertirlo en un instrumento de una movilización permanente de masas. Augusto Turati amplió las competencias del Partido en muchos campos, trazó el culto de la jerarquía y del jefe, concibió el Partido como escuela de vida capaz de forjar las cualidades y la fuerza moral del «nuevo italiano» y la disciplina de la colectividad nacional. Giovanni Giuriati era de formación y de generación diferente a la de su predecesor: doce años mayor que Turati, procedía de una familia de juristas vénetos y él mismo era abogado; nacionalista de formación, había sido un estrecho colaborador de D'Annunzio en la batalla de Fiume. Giuriati, sobre la base de la experiencia y de su credo político, identificó entre las principales tareas del Partido la de educador patriótico: tenía el deber de acoger y orientar a los nuevos creyentes en la nación surgida de la Gran Guerra. En su breve año de secretaría, Giuriati esencialmente actuó como «transbordador» del intento de valorizar el Partido como alma política del Estado fascista, en el cual creía Turati, al vaciamiento del Partido y a su dilatación y penetración en la sociedad, que llevó a cabo Starace.

Un balance de los resultados obtenidos por las varias secretarías políticas muestra que la actividad de Turati resultó ser la que menor éxito obtuvo de las tres, al menos respecto a las intenciones iniciales. Su esfuerzo por reprimir la

disidencia también comportó la eliminación de fuerzas aún frescas en el Partido. El PNF, después de 1926, carecía de cuadros dirigentes y de una clara reorganización interna y era inadecuado para las nuevas tareas a las cuales debía hacer frente. Y, sobre todo, a los pocos años de la conquista del poder, se manifestaba la dificultad para crear a través del Partido una nueva clase política dirigente, adiestrada culturalmente, y moralmente superior a la anterior clase liberal: la «aristocracia educativa y formativa del pueblo italiano» que Mussolini todavía estaba esperando en enero de 1928. El mismo Turati fue víctima de esa depuración de la que él había sido artífice y precursor. En Italia, la normalización del fascismo para poder llevar a cabo una alianza con fuerzas moderadas y conservadoras no fue confirmada por un acontecimiento sangriento y radical, como en el caso de la noche de los «cuchillos largos» en Alemania, que en junio de 1934 eliminó a los seguidores del ala revolucionaria del frente nazi liderada por Röhm y Strasser; dicha normalización coincidió, por el contrario, con el ascenso de Mussolini como único dominador de la escena política, y como tirano que sospechaba de cualquiera del Partido que pudiese hacerle sombra o postularse como rival. Entre 1926 y 1932, después de los intransigentes, los autónomos y los carismáticos, también cayeron las cabezas de los dirigentes fascistas de las provincias y las de quienes habían apoyado a Mussolini en la represión del ala escuadrista del fascismo. La eliminación tuvo lugar sin derramamiento de sangre; con campañas difamatorias, como en el caso de las dirigidas a Turati y Arpinati; o con ascensos que, en realidad, eran alejamientos: Dino Grandi dejó el ministerio de Exteriores para convertirse en embajador en Londres; Balbo de ministro de Aviación y de potencial delfín de Mussolini acabó en el exilio «dorado» de la gobernación de Libia y a Bottai le quitaron el Ministerio de Corporaciones que concebía como laboratorio político.

También fue instrumental la referencia al concepto de Revolución fascista, distorsionado y objeto de continuos malentendidos por parte de Mussolini en sus discursos, ya que creaba fuertes expectativas y amargas decepciones sobre todo entre los más jóvenes, a quienes se les hacía creer que por «Revolución» se entendía una transformación permanente de la sociedad, en la cual ellos estaban llamados a participar como protagonistas. Por el contrario, ya en 1927 la antigua guardia del PNF había tratado la Revolución como un hecho: se había sustituido a la antigua clase dirigente liberal y estaba actuando profundamente en la psicología de las masas. Para los nacionalistas, las principales transformaciones ahora estaban destinadas al Estado y no a la sociedad. El Partido se convertía por lo tanto en el garante de dichas transformaciones y el Estado en el más alto destinatario de estas.

Con la llegada de Starace a la Secretaría en 1931, el PNF se burocratizó todavía más, convirtiéndose en una máquina de órdenes y en un instrumento dócil de pedagogía de las masas. El llamado «estilo fascista» (que él mismo resumiría al final de su secretariado en un vademécum) no era otra cosa que una imposición de comportamiento a los afiliados y, más en general, un adoctrinamiento político de vastos sectores de la población italiana que estaban en contacto con el Partido y el Estado fascista a través de la escuela, el trabajo, la asistencia y las formas de socialización que tenían lugar en el tiempo libre. Hubo una rápida multiplicación de las asambleas, los grados y los uniformes. Starace fue un histrión, la personificación, a través de sus actos y su omnipresencia, de los aspectos fideístas y militantes del fascismo originario. Sin embargo, no hay que olvidar que, a diferencia de lo que ha quedado en la memoria colectiva, no fue Starace quien impuso la liturgia fascista; él, gracias a un complaciente y acrítico servicio colectivo prestado a la voluntad del jefe y a las necesidades del Partido, supo perfeccionar ritos y costumbres ya ideados y adoptados en los años veinte. Su Secretaría completó la fascistización de las masas italianas, gracias a una creciente permeabilidad y maleabilidad de la sociedad civil para adaptarse al culto del jefe y a los principios de jerarquía y movilización constante, basándose en una educación y en una imposición difusas que tenían como objetivo la participación de los italianos en la vida del Partido y del Estado. Ninguna otra forma de vida civil era oficialmente posible, al tiempo que una propaganda incesante se dirigía con especial fuerza y éxito a las nuevas generaciones. Starace, nacido en Gallipoli en 1889, había participado en la guerra como oficial de complemento. En la posguerra su militancia escuadrista se había dividido entre las tierras de proveniencia y los territorios irredentos. Fue subsecretario del Partido en 1921 y de nuevo, al lado de Farinacci, en 1926; en 1924 fue elegido diputado. Fue empleado repetidamente como inspector para efectuar expulsiones y cambios en la cúpula de muchas secretarías federales, función que también llevó a cabo durante el primer año de Secretaría nacional, cuando expulsó a varios miles de inscritos, mientras al mismo tiempo el Partido se abría a nuevos miembros. Mussolini se deshizo de Starace en octubre de 1939 sin demasiadas contemplaciones. Un testigo de la época, el entonces joven miembro de los Gruppi Universitari Fascisti (GUF) Luigi Preti, ha dado una de las tantas versiones corrosivas que circulaban en aquel momento sobre el secretario del Partido:

estaba ya tan desacreditada su persona, que hasta los jerarcas se dejaban recitar

el mordaz epitafio que, contra la verdad, lo hacía incluso cobarde y ladrón: «Aquí yace Starace / vestido de estambre: / en paz rapaz, / en guerra fugaz, / en cama pugnaz, / con el pueblo mendaz, / de nada capaz. / Requiescat in pace» (Preti: 112).

Pero el legado de su Secretaría fue imponente: en octubre de 1939, de una población de 43.733.000 personas, 2.633.515 hombres y 774.181 mujeres se habían inscrito a los Fasci; 7.891.547 niños y jóvenes pertenecían a la Gioventù Italiana del Littorio y 105.883 eran estudiantes adheridos a los GUF, alcanzando un total de 11.405.125 personas. A estas hay que sumar los inscritos a organizaciones, entidades y asociaciones públicas pertenecientes al PNF, lo que elevaba la cifra total de los italianos que individualmente o mediante grupos asociativos estaban adheridos al Partido a 21.606.468, es decir, la mitad de los habitantes de la península.

Cuando dejó el cargo, Starace fue nombrado jefe del Estado Mayor de las milicias, pero poco después de un año salió de escena definitivamente, sin asumir ningún cargo en los meses de la República de Saló. Convencido de haber obtenido de esta manera una especie de inmunidad, el 28 de abril de 1945 se mezcló con la multitud milanesa que se dirigía a la plaza de Loreto, donde habían sido transportados los cuerpos de Mussolini, Claretta Petacci y otros jerarcas de la República Social. Fue reconocido y ejecutado inmediatamente por una unidad partisana, y él también fue expuesto en la plaza. En cuanto a Farinacci, durante la reunión del Gran Consejo del 24 de julio de 1943, que sancionó la destitución de Mussolini, defendió la continuación de la guerra junto a los nazis. Pocos días después, huido a Alemania, se ofreció a Hitler como sustituto de Mussolini; esta acción lo marginó de nuevo en Cremona durante la República Social Italiana (RSI) y, cuando esta cayó, intentó refugiarse en Suiza. Capturado y reconocido por los partisanos, fue fusilado el 28 de abril de 1945 en Vimercate. En cambio, corrió diversa suerte Turati, el cual, habiéndose quedado solo en el Partido, volvió al empleo de periodista en 1931 aceptando la oferta de Giovanni Agnelli como director de La Stampa, pero fue inhabilitado y enviado al confinamiento en la colonia de Rodi entre 1933 y 1937. Después volvió a Italia y fue readmitido en el PNF. No volvió a ocupar cargos importantes. Condenado en la posguerra por actividades fascistas, y luego amnistiado, murió de infarto en 1955. Giuriati, en cambio, se convirtió en senador en 1934, votó contra Mussolini el 25 de julio de 1943 y por ello fue condenado a muerte en

contumacia por la RSI. En la posguerra fue absuelto de procesos judiciales y murió con más de noventa años. También Adelchi Serena, nacido en 1895, murió de vejez en 1970; así como también Vidussoni, que murió en 1982, después de haberse adherido con convicción a la RSI. Y en 1988 moría Carlo Scorza, con más de noventa años. Había votado contra Mussolini; procesado por la RSI, no cumplió la condena y cuando la guerra concluyó emigró a Argentina. Un destino diferente tuvo el ravenés Ettore Muti (1902), el escuadrista más combativo y aventurero de los secretarios junto a Farinacci. Voluntario jovencísimo en la Gran Guerra, legionario en Fiume, participante en la Marcha, cónsul de la Milizia y combatiente en Etiopía, España y la Segunda Guerra Mundial, Muti murió en un tiroteo con los carabinieri, que en agosto de 1943 habían ido a arrestarlo a su chalet de Fregene. Se convirtió en un mito para las milicias fascistas reconstituidas durante la RSI.

Estas breves noticias biográficas nos llevan a la cuestión de la depuración de los dirigentes fascistas inmediatamente después de la Liberación, empezando por la suerte de los secretarios nacionales y de las federaciones provinciales. Pocos cuadros dirigentes, tanto locales como nacionales, sufrieron duras sanciones y condenas capitales, al contrario de quienes habían participado activamente en la República Social. En general, quien había reducido la actividad y las apariciones después de septiembre de 1943 se libró o sufrió condenas leves, amnistiadas durante los años siguientes. La justicia y la violencia vengativa se dirigieron principalmente contra quienes fueron considerados los autores de episodios concretos de violencia fascista, incluidos los ocurridos en el periodo de la toma del poder, pero fundamentalmente de los episodios reiterados y todavía más atroces realizados por la acción del escuadrismo de la República Social y de su Guardia Nacional: fueron condenados a muerte en el momento de la captura por parte de formaciones de partisanos o tribunales populares y militares, y la condena fue efectuada inmediatamente. A fin de cuentas, más que mandatarios y dirigentes, sobre los cuales se habría debido efectuar un proceso de identificación de sus responsabilidades a escala nacional, quienes pagaron los actos y las responsabilidades fascistas fueron en su mayoría ejecutores y dirigentes locales, fácilmente localizables por las pequeñas comunidades que sentían odio hacia ellos o, más en general, pedían justicia e indemnización moral.

L

A CLASE DIRIGENTE FASCISTA

La obra de restructuración llevada a cabo por Turati hizo que después de 1926 las expectativas y las ambiciones que muchos ponían en el Partido se dirigiesen a las carreras directivas de la administración central y periférica del Estado, que absorbió, pues, a un número conspicuo de fascistas de los primeros tiempos. Esta entrada fue especialmente facilitada durante 1928, tanto que los nuevos dirigentes, reclutados a través del PNF, fueron llamados ventottisti (literalmente veintiochistas), término que usaban a menudo de manera irónica los colegas que habían entrado de otra manera. Sin embargo, la mayoría de los pertenecientes al ventottismo estaban escasamente preparados desde el punto de vista cultural y profesional, tanto como para suscitar críticas internas e incluso la burla en ambientes diplomáticos extranjeros. Análisis llevados a cabo en la posguerra han redimensionado el alcance de este fenómeno, que en términos numéricos fue reabsorbido y al final circunscrito tanto a la carrera en el Ministerio de Interior y en el de Exteriores y también en los ministerios más marcadamente fascistas, como el de Corporaciones. Por ejemplo, de alrededor de setenta funcionarios ventottisti que entraron en la diplomacia, la cifra más alta desde la Unificación de Italia, pocos alcanzaron los cargos más altos de la carrera diplomática y asumieron direcciones de embajadas; la mayoría llevó a cabo funciones consulares y de representación política en el extranjero. La transformación de la administración central se volvió lenta cuando el fascismo sustituyó a parte de los dirigentes periféricos garantizándose, al mismo tiempo, la fidelidad de otros funcionarios. A principios de los años treinta, ya alrededor de la mitad de los prefectos de las provincias no procedían de una trayectoria específica, sino que eran elegidos a través de nombramiento político. De nuevo, en 1937 se estableció que al menos tres quintos de ellos debían ser elegidos entre el personal efectivo del Ministerio de Interior. En definitiva, el cambio existió, pero se produjo diluido en el tiempo, estuvo basado esencialmente en la fiabilidad política de los candidatos y además fue determinado por otras tendencias preexistentes aceleradas por el fascismo: el rejuvenecimiento de la administración en el primer periodo de la posguerra, el recambio social (que sí que fue evidente en la diplomacia, donde hasta los años veinte prevaleció la «nobleza de servicio», es decir, el reclutamiento de miembros de grupos

aristocráticos leales a la Corona) y la creación de un nuevo grupo de procedencia centro-meridional. En aquel momento ya se había confirmado la obligación de inscribirse al PNF para obtener cargos más altos en el Ejecutivo y en la judicatura ordinaria (jueces de primera instancia, mediadores, etc.). A partir de 1932 se hizo necesario el carné del Partido para participar en oposiciones para plazas en la administración central, a partir de 1933 para las de los organismos locales y paraestatales y a partir de 1938 también fue solicitada la inscripción a los trabajadores remunerados por el Estado. No siempre era suficiente la inscripción en el PNF para puestos de responsabilidad; a ella debía sumarse el juicio favorable del secretario federal. Además, las oficinas centrales ya estaban repletas de jóvenes con estudios y con el carné en el bolsillo, dispuestos a poner sus ambiciones no ya directamente en el Partido, sino en el Estado fascista.

Un claro ejemplo es el rápido ascenso de Galeazzo Ciano, que nació en 1903 y entró en la carrera diplomática inmediatamente después de licenciarse en Derecho en 1925. La trayectoria de Ciano fue especialmente afortunada. Era hijo de un oficial de la Marina, Costanzo, que había destacado durante la Primera Guerra Mundial y en la empresa de Fiume tanto como para que le otorgasen el título de conde de Cortellazzo en 1928 y ocupase varios cargos importantes, desde el de subsecretario de la Marina hasta el de ministro de Correos y Comunicaciones. Galeazzo asistió a los colegios y a los círculos de la alta sociedad; se casó en 1930 con la hija mayor de Mussolini, Edda; asumió cargos diplomáticos en el extranjero entre 1930 y 1933; después de un breve paréntesis como jefe de la Oficina de Prensa, se convirtió en subsecretario y luego ministro de Prensa y Propaganda y finalmente, en junio de 1936, con solo treinta y tres años, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Naturalmente, el ascenso fulminante de Ciano fue excepcional incluso para aquella época y demuestra muy claramente lo necesario que eran en aquel momento las relaciones personales, familiares y políticas para ascender. Galeazzo había sacado el máximo provecho de todas las etapas no por sus excelentes dotes profesionales, sino porque había aprovechado sus favorables condiciones familiares y las había consolidado a través del matrimonio con Edda y de su relación con los ambientes propicios para un tal ascenso. También tendrían la posibilidad de tomar decisiones similares otros vástagos de la burguesía. Giorgio Amendola, hijo de Giovanni, ya ministro y opositor de Mussolini, recordaba en sus memorias que había conocido y tratado durante las noches romanas de 1924 al coetáneo Ciano, que era un «joven abierto, inteligente, y tenía muchas ganas de gustar, de ser admirado. Conmigo acentuaba su distancia del fascismo, como si la suya fuese una posición obligada»; tanto que Amendola le preguntó por qué

no se alejaba de él, a lo que el otro le respondió: «¡Ni que estuviese loco! Con mi padre ministro y miembro del Gran Consejo tengo la carrera asegurada» (Amendola: 98).

El ascenso de Ciano indicaba, además, que había una burguesía que aspiraba junto con sus hijos a abrirse camino, a infringir las barreras establecidas por la alta burguesía del capital y la aristocracia de sangre ligada a la Corona y a la nobleza y a enriquecerse y a adquirir poder a través del Estado. Mussolini sabía dirigir y utilizar sabiamente estas carreras rápidas, capaces de ofender y herir privilegios consolidados que el fascismo no atacaba directamente. Algunos dirigentes del fascismo fueron ennoblecidos: Acerbo se convirtió en barón en 1924; Dino Grandi obtuvo el título de conde en 1937; el mariscal Rodolfo Graziani fue nombrado marqués en 1938 y al banquero y subsecretario del Ministerio de Finanzas Giuseppe Bianchini lo nombraron conde en 1941. Igualmente ocurría con los rangos militares; un ejemplo fue el nombramiento de Italo Balbo como mariscal de Italia, nombramiento que confirió el máximo grado del Ejército a un hombre que había sido un desconocido oficial de complemento durante la guerra y que no provenía de la Academia ni de una familia de consolidada carrera militar. De este modo, se vinieron a formar pequeñas «cortes particulares», como la de los Ciano en Roma, o la de los Balbo en Tripoli, que aglutinaban a los nuevos llegados al poder, a los arribistas que se introducían como un cuño entre la pequeña y la alta burguesía, mientras que algunos representantes de la aristocracia venían asociados al régimen, sobre todo gracias al cargo de potestad. Dicho cargo suponía en el centro-norte la constitución de una nueva clase de notables, además de la neutralización de los bandos más extremistas del escuadrismo y del rassismo, mientras que en el sur representaba un instrumento para cooptar a grupos de propietarios que de otra manera hubiesen estado destinados a desaparecer.

Sin embargo, todavía hay que completar la investigación sobre la proveniencia social y generacional, la formación política y la educación de los cuadros dirigentes del PNF. El análisis que hemos realizado de alrededor de unos mil perfiles biográficos de hombres que desempeñaron funciones directivas y de representación tanto en el centro como en la periferia, en el Partido y en los sindicatos fascistas, en la MVSN, en el Gran Consejo y en el Tribunal especial, así como de ministros y subsecretarios del Gobierno Mussolini después de 1924, nos lleva a anticipar algunas primeras consideraciones. Durante el ventenio fascista, los cargos de responsabilidad fueron ampliamente ocupados por personas nacidas en el último decenio del siglo precedente, sobre todo en los

años 1895, 1896, 1898 y 1899. Recordemos que Bottai y Grandi nacieron en 1895; Balbo en 1896; Arpinati, poderoso secretario federal de Bolonia y después subsecretario, en 1892; y Bastianini, secretario de Mussolini, en 1899. Era la generación que, con apenas veinte años, había querido o acogido con entusiasmo el conflicto; eran, también, los jóvenes conocidos como i ragazzi del’99, que habían conocido la experiencia de la guerra. Uno de ellos, uno de los pocos intelectuales realmente de la «plantilla» del fascismo, fue Camillo Pellizzi (1896-1976), combatiente en la Gran Guerra y estudiante universitario en Pisa, donde fue influido por el idealismo gentiliano y la cultura vociana. Más tarde fue docente en Gran Bretaña durante casi un ventenio y allí fundó el Fascio de Londres en 1921. Pellizzi, ya en 1925, se identificaba con una generación histórica que había vivido la misma experiencia bélica y política, había realizado las mismas lecturas y había tenido los mismos maestros y por lo tanto podía convertirse en una nueva élite. Pero no toda esta generación tomó las mismas decisiones: algunos se adhirieron con convicción al fascismo; otros, con igual convicción, se opusieron.

Tuvimos nuestros maestros nuevos. Para problemas político-sociales citamos como ejemplo a Sorel. En sociología, a Pareto; en economía, Pantaloni. En filosofía, puede casi decirse que toda la filosofía moderna, de Bergson [...] a Gentile. Pero todavía no teníamos una religiosidad, porque no teníamos un carácter... La experiencia grande fue la guerra y fue precisamente durante la guerra cuando empezó a formarse el carácter de la nueva generación. Este nuevo carácter es, si me lo permite, el fascismo (Pellizzi: 90).

Un año después, otro representante de esta generación, Roberto Cantalupo (1891), de origen napolitano y monárquico, perteneciente a la carrera diplomática, se mostraba aún más crítico con respecto a la clase política liberal y consideraba el fascismo «el primer intento orgánico y consciente de creación de una clase dirigente» y de un Estado nuevo y por lo tanto «joven» (Cantalupo: 98).

Los que superaron indemnes las crisis y las discordias internas que tuvieron lugar en el Partido entre 1924 y 1927 formaron la clase política, con apenas cuarenta años, que tuvo el poder político en el país hasta casi el final del

régimen. Estos estaban acompañados por un grupo menor numéricamente, pero situado en los puestos de mando, que tenía diez años más; a este grupo, nacido en los años ochenta, pertenecían Mussolini y Bianchi, del año 1883, y Graziani, de 1882. El número de los dirigentes del Partido nacidos en el penúltimo decenio del siglo aumenta en los años que van de 1885 a 1889. Estos componen el cuadro maduro, pero todavía joven, de la dirección fascista, que en el ventenio osciló entre los cuarenta y los cincuenta años de edad. Aportaban al régimen experiencia y formación políticas (socialistas, anarquistas, sindicalistas, nacionalistas) de los años giolittianos ampliamente reconsideradas a la luz de los nuevos tiempos de la posguerra. Todavía menor numéricamente, pero fuertemente representativos, eran los nacidos entre principios de los años sesenta (entre ellos Gabriele D'Annunzio, de 1863) y finales de los setenta. En concreto, a este último decenio pertenecía un grupo selecto de intelectuales, profesionales, juristas, militares y empresarios entre los cuales se encontraban el filósofo Giovanni Gentile y Giovanni Giuriati, de 1875 y 1876 respectivamente. Este grupo representaba una mayor continuidad en la trayectoria política de la derecha nacionalista y una mayor coherencia en la visión conservadora, ya fuese laica o católica, de la sociedad y de la política, y estaba protegido de las exclusiones contradictorias de las que habían sido objeto las generaciones más jóvenes, los nacidos en los dos últimos decenios del siglo.

Además, a lo largo de los años treinta destacó una nueva generación, de veinte y treinta años, nacidos entre 1900 y 1905, y sobre todo en 1903: los coetáneos de Galeazzo Ciano, como Alessandro Pavolini, secretario del Partido durante los meses de la RSI; y como Ettore Muti, secretario del Partido a los treinta y siete años, en octubre de 1939. En cualquier caso, esta generación también incluye a los nacidos en el decenio sucesivo, entre 1906 y la entrada en guerra. Estos representan poco más del 20% de los mil dirigentes del PNF censados y presentan aspectos comunes que merecen atención. La misma muestra ya había revelado que la mayoría de los miembros directivos del Partido tenían un título escolar superior y universitario. Los estudios jurídicos y la declarada profesión de abogado prevalecían sobre otras formaciones profesionales, como las de ingeniería, medicina y agraria, y sobre nuevas formaciones universitarias en ciencias económicas, políticas y diplomáticas. Es interesante subrayar que los títulos que caracterizaron el ventenio fascista eran los mismos que los de la anterior clase dirigente de la época liberal, especialmente los de los diputados. Este dato puede dar la razón a quienes han visto una continuidad con la tradición liberal en la clase política de la periferia dentro de los organismos institucionales del Estado, en concreto en su capacidad localista, es decir, como portavoces en el

centro de grupos de interés residentes en las provincias. Pero a esta mayoría de directivos se sumó una clase media de políticos que solo habían realizado estudios de secundaria y que no contaban con un patrimonio familiar o una posición profesional tales como para aspirar a un escaño en el parlamento, como ocurría generalmente en la época liberal. Esta clase representaba el recambio, que tuvo lugar entre 1921 y 1926, de una parte de la clase política italiana, y su llegada coincidió con la anulación de las prerrogativas del parlamento.

Sus componentes se declaraban principalmente contables, aparejadores, peritos industriales, empleados de banco y comercio y agentes de seguros. Pocos eran los profesores y los que procedían de familias de profesores, y entre estos pocos se encontraba Benito Mussolini. Más numerosos eran los oficiales del Ejército y de la Marina, aunque habría que distinguir entre quienes habían emprendido la carrera militar, con una formación completa en la Academia, y quienes, en cambio, procedían de la filas de complemento. Aún en los años treinta, los terratenientes, casi siempre incluso con un título universitario, superaban numéricamente, entre los cuadros nacionales del PNF, a los empresarios y a los dirigentes industriales, lo que probaba una directa implicación de los latifundistas en la política activa. Resulta evidente un crecimiento social y de nivel educativo de muchos cuadros del PNF con respecto a la familia de origen: muchos de los que declararían títulos de secundaria y empleos administrativos habían ascendido al menos un escalón en la jerarquía social con respecto a los padres, trabajadores manuales, artesanos, pequeños empleados y comerciantes. Este dato confirmaría que fueron las clases pequeñoburguesas las que sacaron mayor ventaja del fascismo en términos de movilidad social, aprovechando la educación y las nuevas posibilidades de carrera ofrecidas por el empleo público y, por tanto, fueron estas las que protestaron cada vez que el acceso a la educación y a los sectores profesionales era interrumpido.

Del perfil colectivo de los cuadros dirigentes del Partido que hemos examinado, resulta que la mayor parte de los títulos de estudios que les consintieron un crecimiento social fueron adquiridos en la inmediata posguerra, gracias a medidas especiales que facilitaron el itinerario académico, y luego profesional, de los excombatientes. De la muestra también destacan dos grupos no mayoritarios, pero considerables: los que, emprendida desde la juventud la carrera política, una vez dentro del Partido y de los institutos directivos, se declararon periodistas y publicistas y los que, desde el principio, eran organizadores sindicales. Los secretarios nacionales Farinacci y Turati formaban parte de estos grupos, y representan las nuevas carreras políticas a tiempo

completo aceptadas y asimiladas por el régimen. Un estudio de los primeros años cincuenta, lamentablemente nunca actualizado, revelaba que entre 1921 y 1943 la estructura directiva y federal del PNF no había cambiado mucho y que alrededor del 80% de los 709 secretarios federales que se habían sucedido a lo largo del ventenio fascista se habían inscrito en el Partido antes de la Marcha sobre Roma y pertenecían a la pequeña y mediana burguesía. Estos datos muestran aparentemente una solidez y una continuidad del Partido, y en conjunto denuncian la falta de dinamismo y alternancia del régimen, como si todos los cargos hubiesen sido rápidamente ocupados durante los años de ascenso al poder, llevando a una rápida esclerotización del sistema. No obstante, en la clasificación propuesta por los estudios pasados no están incluidos los personajes que, a pesar de no haber ocupado cargos políticos en los organismos del Partido, fueron los ideólogos o contribuyeron a la resistencia del régimen. Eran intelectuales y hombres de servicio que llevaron a cabo labores de responsabilidad, a veces con un gran poder, tanto en las provincias como en las oficinas centrales de la capital.

La acción de despojar al Partido de sus funciones directivas y de formación de una clase dirigente, llevada a cabo por Starace en los años treinta, mostró las primeras señales de debilidad en torno a 1938, en el momento en el que se habían planteado nuevos objetivos en política interior y exterior, como la finalización de algunos institutos del régimen y el relanzamiento de su posición europea en el ámbito de la alianza con la Alemania nazi. Además, junto a una educación del italiano medio, había que desarrollar una labor política alta, basada en presupuestos culturales, y no solo en consignas fideístas. En aquel momento el PNF recurrió, en consecuencia, a una nueva generación: la que representaba el 20% del total de los dirigentes nacionales. Estos jóvenes que asumieron cargos de responsabilidad en el PNF en la segunda mitad de los años treinta parecen contradecir todo lo que hasta hoy se ha presupuesto sobre el envejecimiento irreversible del Partido: por el contrario, posiblemente confirman el hecho de haber recurrido tarde, cuando se aproximaba la crisis institucional del régimen, a una joven guardia, después de casi quince años de ausencia de recambio y sobre todo de ausencia de formación de una nueva élite fascista. Estos constituyen una muestra muy homogénea: asumieron la responsabilidad de secretario federal a una edad media de entre treinta y treinta y cinco años, algunos incluso entre los veinticinco y los treinta años; casi todos poseían un título de estudios superior y universitario y muchos de ellos emprendieron la carrera política a través de la experiencia y la dirección de los GUF y de la práctica de las armas: los de más edad como jovencísimos miembros de los Fasci

y en las filas de los legionarios fiumanos y los de menos como voluntarios en España. Estos demostraban una buena predisposición a la movilidad, al contrario de lo que habían expresado después de 1925 los cuadros precedentes del Partido, muy sedentarios y solo dispuestos a trasladarse a la capital. Después de haberse formado en sus ciudades de nacimiento o en las sedes de sus estudios universitarios, a menudo fueron enviados, como primer destino como vicesecretarios o secretarios, a provincias alejadas de su cultura y sociedad de origen. Su permanencia en una federación fue breve, normalmente un año, en cualquier caso casi siempre inferior a cinco años, y parecía decidida por la Secretaría del Partido, tanto como prueba para una candidatura a dirigente de órganos nacionales como por que muchas federaciones, especialmente en las provincias de frontera e insulares, necesitaban a un dirigente joven y enérgico para fascistizar el territorio o sustraerlo a intereses privados, a círculos de poder y a redes familiares. Parecían responder, finalmente, a una nacionalización del cuadro dirigente fascista. A esta generación también pertenecían muchos dirigentes de los sindicatos fascistas que se habían formado sobre todo en el funcionariado cooperativo y ya no directamente en el mundo del trabajo y de las profesiones. Además, para muchos de ellos, la carrera política no parecía ser la única posibilidad. La formación universitaria y la posterior incorporación a un colegio profesional dejaban abierta la elección entre política a tiempo completo y profesión, que algunos ejercían volviendo a sus lugares de origen y a veces ocupando el cargo de potestad. A esta generación de veinte-treinta años, la dirección del PNF recurrió en los momentos de crisis de identidad del Partido, como fueron los años de la guerra. Esta generación la representó el penúltimo secretario del PNF, Aldo Vidussoni. Vidussoni había nacido en 1914, se inscribió al Partido a los veintidós años, lo que era usual, combatió en España, fue secretario de los GUF de Trieste, donde estudiaba Ciencias Económicas y Comerciales, secretario nacional de los GUF en 1941 e inmediatamente después, a partir de diciembre, secretario nacional, con solo veintisiete años.

Queda por identificar la procedencia geográfica de la clase dirigente fascista a nivel político: parecen prevalecer los cuadros procedentes de la zona septentrional y del centro del país con respecto a la zona meridional y a las islas, sobre todo en niveles federales y de prefectura, en la Milizia y entre los diputados. Ello era resultado de un movimiento fascista que había tenido su origen precisamente en las regiones centro-septentrionales, de las que se había alimentado el primer grupo dirigente nacional, así como de la llegada al poder central, a mediados de los años veinte, de la corriente intransigente, que representaba al strapaese, es decir, a la provincia rural y aparcera, enferma del

complejo de estar excluida del poder, deseosa de que se sustituyese a una clase dirigente política liberal considerada ciudadana, romana y meridional, y a una clase dirigente económica y tecnocrática septentrional. El «italiano nuevo» asumió los hábitos y la mentalidad de la periferia toscana y padana. Esta tendencia no fue modificada ni siquiera con el cambio político del Partido que tuvo lugar en 1932, en el momento en el que se alejó del poder central a personajes padanos influyentes, como Grandi, Balbo, Arpinati, Federzoni, sobre todo porque el meridional Starace necesitaba el espíritu populista, el «selvagismo» a la manera de Malaparte, las posturas antiburguesas, antioperarias y antiurbanas provenientes del fascismo tosco-emiliano para construir el partido de masas.

Mientras tanto, había tenido lugar una parcial pero importante meridionalización y romanización de la administración pública central, al menos por lo que nos dicen algunos estudios. El fenómeno se revela plenamente solo en los años treinta, después de que por lo menos durante cinco años la reforma de la administración pública aprobada en 1925 por el ministro de Finanzas De Stefani hubiese congelado las plazas. Siguió siendo difícil el diálogo entre los cuadros dirigentes del Partido y los cuadros de la administración, entre otras cosas porque a menudo se habían quedado sin definir las funciones y los límites respectivos en lo que concernía al gobierno del país. Pero hay que recordar que la cuestión de una Revolución fascista se planteó hasta finales de los años treinta, y la sintieron especialmente las nuevas generaciones educadas por el fascismo, creando en ellas expectativas e ilusiones. El Partido, como representante de un cuerpo único, de una cohesión nacional, del pueblo mismo, no excluía la formación de una élite dirigente, de una jerarquía que se basase en una elección determinada por cualidades morales, intelectuales y de competencia. En cambio, esta aristocracia fue sustituida por un aparato burocrático, anónimo y mastodóntico que, si bien procuraba una seguridad parcial en la distribución de servicios y empleos a la pequeña y mediana burguesía, a la que principalmente recurría, ahogaba especialmente las aspiraciones ascendentes y de libre competición de jóvenes cuadros, formados en el fascismo y procedentes de estas clases. Bajo esta luz, el Partido y el Estado fascista entraron en crisis por una ausencia de recambio político de sus dirigentes antes aún de que la guerra mundial revelase la desafección de la población hacia el régimen.

U

N PARTIDO SOLO DE HOMBRES

La Milizia Voluntaria per la Sicurezza Nazionale había sido creada a principios de 1923 con el objetivo inmediato de anestesiar a las escuadras de acción fascista más refractarias al control central. De este modo se pretendía controlar su capacidad subversiva y sobre todo su autonomía en las provincias, donde se había ido construyendo un eje de poder entre el prefecto y el secretario federal y donde el primero, principal representante del Estado fascista, prevalecía sobre el segundo, y también se había ido creando una diarquía entre el secretario federal y el comandante o cónsul de la local MVSN (estos dos cargos eran incompatibles en una misma persona). De esta manera, el Gobierno legalizaba y se dotaba de un brazo armado autónomo respecto a los tradicionales y todavía no del todo domesticados institutos de control del orden público. La Milizia tenía como función construir una élite militar y militante del Partido, alejada de la influencia de las personalidades individuales y de las disputas locales, y legitimarla como cuerpo selecto del Estado fascista. Posteriormente, en plena crisis Matteotti, con el decreto ley del 4 de agosto de 1924, el Gobierno procuró a la MVSN un ordenamiento general que daba seguridad a los ambientes conservadores de la Corona y del Ejército: la Milizia era sometida a las mismas reglas disciplinarias y penales que el ejército real, y sus miembros estaban obligados a prestar juramento de fidelidad al rey y estaban sometidos al mando de oficiales que no estaban de servicio. De ser un organismo paralelo, la Milizia pasaba a ser un cuerpo autónomo del ejército, convirtiéndose en una cuarta fuerza armada, y sustituyendo al cuerpo de tierra en el control del orden público interno y de las fronteras.

Brevemente, la MVSN ejercía al menos tres funciones. En primer lugar, se ocupaba de los servicios de investigación junto con la policía y los carabinieri y de los procesos contra los subversivos junto con la judicatura; quizá, más que representar a las autoridades de policía o de justicia, representaba el ojo vigilante del Estado en lo que concierne a cualquier tipo de disidencia, ya fuese política o apolítica. Legalizando la violencia que tiempo atrás había caracterizado al escuadrismo, posiblemente representaba el cuerpo más eficaz de control y represión de la población italiana. Se dotó de milicias especiales, constituyó

secretarías políticas de investigación en las comisarías y compuso con sus oficiales la corte del Tribunal especial. Una segunda función fue la que asumió en la educación política y en la instrucción premilitar de la juventud fascista: es decir, en la preparación de las nuevas generaciones de italianos para la constitución de una nación armada (proyecto alimentado pero no perseguido con convicción por parte de la clase política italiana posunitaria). Con fuertes tendencias pedagógicas, la MVSN asumía, por tanto, la labor de crear al «hombre nuevo», una élite viril y combativa, una aristocracia guerrera de nuevos italianos. «El soldado de la Milizia Nazionale sirve a Italia con una mística pureza de espíritu, fe inquebrantable e inflexible voluntad [...]. Así fue para la Milizia Volontaria de los liberi comuni (‘ayuntamientos libres’) y de nuestro Risorgimento, [...] a esas se relaciona idealmente, ya que solo una es el alma secular de nuestra gente», escribía Attilio Terruzzi, protagonista de la reorganización de la Milizia a finales del verano de 1936 (Terruzzi: 17). En consecuencia, la tercera función llevada a cabo por la Milizia fue la movilización de jóvenes varones para las campañas militares a través de los propios batallones de Camicie Nere (CC. NN., literalmente ‘Camisas Negras’), que acompañaban al ejército con uniforme militar en cuanto tropas coloniales y de servicio de artillería contraérea y marítima. La campaña para reconquistar la colonia libia duró de 1923 a 1931; después, la Milizia fue empleada de manera importante en la conquista de Etiopía (en mayo de 1936 casi un tercio del ejército italiano destinado en Etiopía estaba compuesto por CC. NN.: 100.000 sobre 330.000 militares italianos) y en la primera fase de la intervención militar fascista junto con los insurrectos nacionales en España hasta la batalla de Guadalajara, donde los milicianos dieron pruebas de su escasa capacidad militar y estratégica y fueron después sustituidos por unidades regulares del ejército italiano. La MVSN, reorganizada al final de la campaña etíope, en el verano de 1936, contaba con un cuartel general en Roma, una escuela de formación de oficiales en Civitavecchia, 14 cuarteles regionales y 32 cuarteles de batallones CC. NN. para un total de 132 legiones ordinarias y 5 cohortes autónomas. Un verdadero ejército con camisa negra que flanqueaba al ejército y a los servicios de policía.

El número de los milicianos aumentó con el tiempo y pasó de los poco menos de 190.000 hombres en 1923 a los cerca de 950.000 en el momento de la entrada en la guerra en 1940. Si bien las cifras aún no han sido determinadas por los historiadores, que todavía están comparando las fuentes procedentes de diversas administraciones, se han conocido algunas particularidades de la MVSN. Para empezar, en los años veinte la Milizia permitió la absorción de excombatientes y de quienes habían participado en las jornadas revolucionarias de la Marcha

(entre el 28 de octubre y el 2 de noviembre de 1922). Quienes obtuvieron los grados de jefes de manípulo y de centuriones, correspondientes a los grados de teniente y de capitán, fueron en un primer momento quienes habían sido oficiales de complemento en el ejército. Alrededor de un cuarto de los oficiales en servicio efectivo y retribuido en la Milizia habían surgido del escuadrismo y de los jóvenes oficiales de complemento a la deriva después del final de la guerra. Solo una pequeña parte de ellos, entre el tres y el cinco por mil, estaban en servicio y eran retribuidos, es decir, estaban empleados a tiempo completo en milicias especiales como agentes de policía judicial y, a partir de junio de 1933, también en el servicio de investigación política. Fueron milicias especiales la ferroviaria y la portuaria en 1923, la postelegráfica en 1925, la forestal en 1926 y la de carreteras en 1928. Los demás eran voluntarios, no retribuidos en el territorio nacional, pero con un sueldo cuando eran enviados a expediciones militares al extranjero o a las colonias. Entre los milicianos había hombres adultos –los suboficiales permanecían en servicio hasta los 36 años– y, a partir de 1930, jóvenes que eran reclutados de los Fasci di Combattimento cuando cumplían veinte años (dieciocho para el servicio permanente y las milicias formadas por estudiantes universitarios, nueve legiones en total), con ocasión de la Festa della Leva de los CC. NN., que caía simbólicamente el 24 de mayo, el día en el que Italia entró en guerra en 1915. Los milicianos eran constantemente movilizados para la instrucción militar ordinaria, las maniobras y los ejercicios anuales, los desfiles militares y también las catástrofes naturales (una larga lista, redactada en el Código de 1939, contemplaba intervenciones por terremotos, riadas, tormentas y avalanchas). La gran afluencia de hombres jóvenes a las filas de la MVSN no se explica solo por la adhesión al ideal fascista. El hecho de pertenecer a la MVSN comportaba también prestigio y consideración social; llevar un uniforme y pertenecer a un cuerpo selecto otorgaba una serie de beneficios realmente inusuales en la época: asistencia sanitaria de médicos y especialistas de la Milizia (alrededor de 14.000 en 1939) y también, a partir de 1924, ayudas económicas, becas, premios por matrimonio y natalidad, transportes gratuitos, servicios y entradas reducidas a espectáculos si se asistía de uniforme y asistencia espiritual por parte de los curas de la Milizia. A partir de 1929, la MVSN promovió muchísimo el deporte, que era coordinado por una oficina propia de deporte que apelaba sobre todo a los jóvenes meridionales, a quienes menos les llegaban las actividades recreativas realizadas por las organizaciones juveniles y por la Opera Nazionale Dopolavoro.[1] Además, en algunos periodos la Milizia fue incluso una válvula de escape del desempleo crónico de Italia. Solo en la campaña etíope de 1935-1936 reclutó y militarizó al menos a 100.000 obreros. El PNF y su brazo armado fueron estructurados, así

pues, como una comunidad de la que estaba excluido el elemento femenino, al cual le fue reservado un papel auxiliar y subalterno. La alta esfera de la política fue considerada idónea solo para los hombres; los deberes destinados a las mujeres que se adherían al PNF no eran considerados políticos, sino asistenciales y destinados a la organización del consenso entre la población femenina. Las militantes fueron llamadas para prestar servicio en el estado social, pero sin asumir jamás del todo responsabilidades directivas, que continuaron siendo dominio de los profesionales de la política, o sea de los hombres.

Los Fasci Femminili habían sido fundados en Milán en 1921 por Elisa Mayer Rizzioli, aglutinando elementos y grupos esparcidos de mujeres militantes procedentes del socialismo, del anarquismo, del sufragismo radical burgués, de las filas del fiumanismo y del futurismo. Formaban parte del mundo variopinto al que pertenecía el primer fascismo –movimientista, revolucionario y subversivo– y se confundían en las vanguardias femeninas europeas de la inmediata posguerra, que intentaban utilizar el patrimonio político de la emancipación y del sufragismo del primer Novecientos y el reconocimiento de la contribución masiva de la mano de obra femenina durante la guerra para obtener el derecho al voto, la eliminación de una serie de vínculos de tutela paterna y marital y de las aún numerosas prohibiciones de acceso a muchas profesiones y, más en general, la plena adquisición de la ciudadanía. En este clima, los gobiernos liberales de la posguerra empezaron a satisfacer algunas de las reivindicaciones provenientes de las clases medias femeninas: en julio de 1919 la ley Sacchi concedió a la mujeres el acceso a muchos empleos públicos, aunque seguía excluyéndolas de la justicia, el ejército y de los cargos dependientes del Ejecutivo. En esta fase de movilización social, los Fasci di Combattimento, reunidos en la Piazza San Sepolcro de Milán el 23 de marzo de 1919, reunión en la que también participaron nueve mujeres, supieron asumir algunas reivindicaciones del primer feminismo y en junio de 1919 incluyeron en su programa «el sufragio universal con voto y elegibilidad para las mujeres».

La posición de los fascistas cambió una vez se consolidaron en el poder, cuando el PNF buscó el apoyo de las fuerzas moderadas y conservadoras así como católicas y laicas. Mussolini mantuvo la concesión del voto a las mujeres hasta 1923, cuando pasó a apoyar la forma más limitada del sufragio administrativo, que defendió e hizo aprobar, a pesar de fuertes oposiciones, en mayo de 1925. De todas formas, esta concesión fue eliminada al año siguiente de la introducción de la figura del potestad y de la disolución de los consejos locales electivos. Entre finales de 1921, a partir del congreso fascista celebrado en el

teatro Augusteo de Roma en noviembre, y el año 1926, las mujeres fueron excluidas progresiva pero irreversiblemente de la acción política en los Fasci y fueron relegadas fundamentalmente a los grupos de competencia, es decir, a las actividades de soporte externo como la propaganda, la asistencia y la beneficencia. Esta exclusión ha sido atribuida por muchos observadores e historiadores a la influencia creciente que los nacionalistas iban teniendo dentro del movimiento y del Partido, y este cambio del fascismo con respecto a las mujeres, no solo formal sino también ideológico, se completó a partir de 1925 con la negación a que tuviesen un papel político en el naciente régimen. Neutralizadas las esperanzas y las veleidades feministas del primer fascismo, el PNF excluyó progresivamente a las militantes de los cargos directivos y más a la vista sobre la base de una afirmada inferioridad e inmadurez congénita de las mujeres a la hora de enfrentarse a la política y de desarrollar funciones en la vida pública. A las mujeres fascistas les fue negada, por tanto, toda autonomía y el Partido sometió a tutela a los Fasci Femminili. El Inspectorado de los Fasci Femminili, dirigido por Mayer Rizzioli, fue disuelto en enero de 1926 y un hombre, que ni siquiera destacaba en el Partido, Serafino Mazzolini, asumió provisionalmente la dirección del movimiento fascista femenino; después, pasó a una joven sin ninguna trayectoria escuadrista, una fidelísima del entonces secretario nacional Turati, Angiolina Moretti. Así era neutralizada definitivamente la primera guardia femenina y feminista, de origen noble y burgués, aunque también popular, proveniente de los ambientes posunitarios y protofascistas del quinquenio 1914-1919. Dicha guardia fue sustituida por funcionarias anónimas y damas de la alta sociedad de provincias. La segunda mitad de los años veinte sirvió al fascismo para redefinir las relaciones entre los dos sexos y para borrar de la experiencia italiana el patrimonio protofeminista acumulado en la edad liberal entre las mujeres tanto de la burguesía como del proletariado organizado.

Inicialmente, pues, la afiliación de las mujeres al Partido no fue un objetivo de la dirección del PNF, ni constituyó para las mujeres, por el contrario que para los hombres, una ventaja para adquirir poder y autoridad y para ascender en el empleo público (del cual, por otra parte, eran progresivamente excluidas); como mucho era útil como garantía de buena conducta para servir en las estructuras asistenciales del régimen. A partir de los diez años de la Revolución fascista, del Decennale, el PNF, dándose cuenta de la apatía política a la que habían sido relegadas las mujeres italianas, intentó un nuevo comienzo preparando las bases para un partido de masas y se empeñó en el crecimiento de las nuevas generaciones femeninas. Las mujeres que se adherían a los Fasci Femminili en

1936 eran casi 584.000, dos años después casi 744.000 y lograron el número máximo de 1.217.000 en el año de la crisis del régimen, 1943. Este elevado número fue, pues, el resultado del abandono por parte del PNF de toda ambición inicial de convertirse en un movimiento político y de su desnaturalización en una organización de masas con la finalidad de crear y mantener el consenso de los italianos, ya fuesen mujeres u hombres. El nuevo Partido necesitaba la aportación de cuadros dirigentes femeninos para asumir la función de guiar la «nacionalización de las mujeres italianas».

Todavía se tiene que completar una valoración del origen social de las afiliadas a los Fasci Femminili, pero es posible deducir por algunos estudios que, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, las alrededor de 750.000 mujeres registradas como afiliadas en el PNF procedían en su mayoría de clases medias y de la burguesía ciudadana. Hubo que esperar a diciembre de 1936, en el momento de mayor apoyo de las masas, para que el régimen, a través de una serie de decisiones tomadas por el Gran Consejo, hiciese su contribución para la difusión de la organización entre las clases populares. El instrumento para hacerlo fue de nuevo una mayor burocratización y proliferación de rangos jerárquicos: desde las delegadas provinciales, subordinadas a partir de 1931 a las directivas de la secretaría local del Partido, se descendía a los niveles de las inspectoras locales, de las visitadoras de distrito y de núcleo, hasta las responsables del grupo de las jóvenes fascistas, las Giovani Fasciste, por un total de dieciocho figuras principales entre dirigentes y secretarias. A pesar de ello, la cúpula del Partido excluyó constantemente a los cuadros dirigentes femeninos de los cargos directivos nacionales. Las responsables siempre estaban sometidas a la tutela y a la dependencia de superiores varones, haciendo que nunca destacase una líder de las mujeres fascistas, o al menos un personaje de referencia nacional, como estaba ocurriendo en la Alemania nazi con la figura de Gertrud Scholtz-Klink, que coordinaba una secretaría propia y los servicios de prensa y propaganda destinados a la población femenina. Las inspectoras locales eran sometidas al control del secretario federal; hasta la reorganización de 1937 (aparte de un breve paréntesis a finales de los años veinte durante la secretaría de Turati) ni siquiera se fundó un consejo directivo nacional. Solo después de la reorganización de 1937 fueron nombradas seis inspectoras nacionales. Y solo a finales de los años treinta fue propuesta, pero jamás llevada a cabo, la posibilidad de introducir una representación de las mujeres fascistas en el momento de la creación de la Cámara de Fasces y Corporaciones y en la dirección del Partido. Las organizaciones de masas que aglutinaban a las mujeres quedaron, por lo tanto, sometidas a la dirección del secretario general del PNF y

de los dirigentes sindicales nacionales de la Opera Nazionale Dopolavoro (OND), de la Gioventù Italiana del Littorio (GIL) y de los Gruppi Universitari Fascisti (GUF). Las inspectoras nacionales provenían de la nueva guardia fascista; estas se habían formado principalmente en los años treinta en la periferia. Con el tiempo se había neutralizado y, en parte, se había mimetizado el movimiento femenino católico, representado por la Unione Donne Cattoliche Italiane, a pesar de que en 1931 todavía contaba con 250.000 asociadas. Las voces más representativas del mundo femenino fascista eran, en cualquier caso, las de algunas intelectuales, escritoras y periodistas. Entre ellas se encontraba Paola Benedettini Alferazzi, elegida por Turati en 1929 para hacerse cargo de la prensa femenina fascista a través del Giornale della donna, que mantuvo una parcial autonomía de elección de temas y artículos al menos hasta 1935, cuando el periódico se transformó en Donna fascista y pasó a ser dirigido por un periodista y se convirtió en un folio-organigrama del Partido.

Es interesante dar cuenta de algunos indicadores que evidencian la reintroducción tardía de las mujeres en el PNF. En 1931 la oficina histórica de la MVSN publicó una lista de caídos de la Milizia desde la fecha de su fundación con motivo de la inauguración de una capilla en Roma que los honoraba. Eran todos hombres pertenecientes a la Milizia ordinaria, especial y colonial, algunos muertos efectivamente en acción: en la frontera oriental, en los últimos episodios del enfrentamiento político en el valle padano y en las posesiones italianas en el extranjero y en la represión de la revuelta en Libia. Muchos otros fueron incluidos entre los mártires de la última fase revolucionaria fascista a pesar de que murieron a causa de enfermedades y accidentes de trabajo.

Con el aniversario de los diez años de la Revolución fascista y con la llegada a la secretaría de Starace, el fascismo empezó la operación de inclusión de algunas figuras femeninas históricas o que habían sido protagonistas al principio del fascismo. Un primer paso fue la inauguración del monumento a Anita Garibaldi en el monte Gianicolo en 1932. Siguió la puesta en valor de la memoria de una de las chicas que habían participado activamente en el primer escuadrismo: Ines Donati, de Las Marcas, concretamente de San Severino, donde había nacido en 1900. De origen modesto, llegó a Roma para estudiar Bellas Artes mientras estaba concluyendo la guerra. Donati tenía todas las características para ser mitificada: vivía humildemente en una casa-familia de monjas y formaba parte del asociacionismo scout católico; se adhirió a la Unión antibolchevique y luego al Fascio di Combattimento de Trastevere; intervino activamente desde 1919 en muchas acciones escuadristas en la capital y en los barrios problemáticos de San

Lorenzo y Trastevere, donde fue herida en julio de 1921 en un enfrentamiento con los Arditi del Popolo; participó en expediciones y reuniones fascistas en diversas localidades italianas como en Rávena, Ancona y Liguria, y fue acusada y encarcelada durante un breve periodo a causa de la agresión que sufrió el diputado socialista Della Seta. El diario romano il Paese la definió como la Miss Pankhurst del fascismo italiano. Y a principios de 1923 solicitó poder entrar, como sus camaradas varones, en la Milizia, solicitud que el 4 de marzo de 1923 le fue denegada personalmente por Mussolini, el cual pasó la cuestión a De Bono. Ines Donati murió en Matelica, con solo veinticuatro años, en noviembre de 1924, de tisis: «gravísima enfermedad causada por golpes, lesiones y esfuerzos superiores a sus débiles fuerzas», tal y como fue defendido nueve años después por el PNF, que emprendió su «beatificación». En noviembre de 1933 los restos de Donati fueron trasladados a Roma, donde recibieron los honores solemnes del grupo local Franco Baldini del barrio Tiburtino, y después fueron llevados ante Starace a la capilla votiva de los mártires fascistas del cementerio del Verano. Entre noviembre de 1935 y 1937, años clave en lo que concierne a la implicación de las mujeres en el régimen, con la preparación del Día de la Fe y las grandes reuniones femeninas de masas en la capital, la exaltación de la figura juvenil y del sacrificio femenino de Ines Donati llegó a su punto culminante con la inauguración de una lápida en Roma y sobre todo con la construcción de un monumento, el único que sepamos, dedicado a una mujer fascista en su localidad de origen. Inés Donati se convirtió en la «Capitana»: «Orgullosísima Italiana, indómita Fascista», como fue grabado en el imponente monumento en broce y mármol que dominaba la plaza del final de la avenida del pueblo de San Severino, y como la describió el «herido fascista» Alfonso D’Agostino en 1940. El monumento «a la primera mujer fascista de Italia» fue destruido inmediatamente después de la guerra y, como ha ocurrido a menudo, fue sustituido, utilizando el mismo lugar y los mismos materiales, por un monumento a los caídos de la Resistencia.

E

L MUSSOLINISMO

En la liturgia política del fascismo, el jefe es el elemento clave. La presencia del Duce, del líder, del hombre que representa el movimiento político y el Estado fascista, su política interior y exterior y a la entera comunidad de italianos, confiere solidez al poder y refuerza los principios de jerarquía, autoridad y deferencia. Esta liturgia viene perfeccionada en actos colectivos, que los fieles interpretaban bajo la guía atenta de un sacerdote, depositario de la religión misma. El ducismo representó la primera experiencia europea en este sentido, y en cuanto tal se presentó todavía imperfecta con respecto a otras posteriores. Fue favorecido por un conjunto de factores precoces y concomitantes que se dieron en Italia entre 1915 y 1919, entre los cuales se encontraban la escasa popularidad de la casa reinante de los Saboya en todas las regiones del país y, sobre todo, la falta de carisma del Gobierno civil y militar ante la población durante la guerra, a diferencia de lo que había ocurrido en otras naciones combatientes, al menos hasta 1917. Además, la rápida evolución de la débil democracia italiana hacia el autoritarismo tuvo lugar antes de que los jóvenes partidos de masas tuviesen tiempo de consolidarse y construir un pluralismo de ritos, presencias y sentimientos relativos a la nación. La dolorosa experiencia bélica, con su carga de horror y pérdidas, y las epidemias que se desencadenaron tras la guerra habían acentuado en las masas un sentido religioso de los acontecimientos y de los destinos que, a veces, rozaba la superstición, tanto que durante la guerra hubo frecuentes episodios y supuestas apariciones que fueron considerados milagrosos por el pueblo, a pesar de la prudencia de la Iglesia. La guerra también había revelado la poca preparación de los altos mandos militares y sobre todo su escasa fiabilidad en los momentos difíciles. Al final de la guerra, era una convicción común que la victoria no se debía a la habilidad de los generales, sino al sacrificio y a la unidad de los combatientes y de sus oficiales de complemento. El ducismo, que se convirtió en el culto de la personalidad de Mussolini, y por lo tanto mussolinismo, surge en este contexto de vacío ideológico y referencial. Mussolini apareció como un mesías de la política, cuyo mando no le había sido conferido por derecho dinástico, sino por carisma y aptitudes demostradas en momentos excepcionales. En el frente, la fiabilidad del camarada y del propio superior inmediato era esencial para sobrevivir. Mussolini

propuso este modelo de fiabilidad en la vida civil. Se trataba de un modelo arcaico y contemporáneo; podía transformarse en democracia electiva y en cambio se convirtió en populismo y dictadura personal.

La Gran Guerra y las revoluciones y contrarrevoluciones que continuaron en Europa habían elevado a acto y a oración política una nueva forma de creatividad idónea para regenerar a los pueblos, para infundir ánimo y para conectar con las masas tumultuosas, sugiriendo expresiones y símbolos. En los últimos decenios ha sido llevada a cabo una revalorización histórica y cultural del poeta y prolífico escritor Gabriele D’Annunzio, introduciéndolo en un más amplio contexto europeo de fermento e innovación de las formas de la expresión política de principios de siglo, y por tanto alejándolo del juicio liquidatorio de muchos de sus contemporáneos. A pesar de que parten de posturas y experiencias diferentes, en sus reconstrucciones de la Marcha tanto Emilio Lussu como Curzio Malaparte delinearon un perfil despiadado. D’Annunzio ha sido considerado el maestro de Mussolini por el arte de comunicar a las multitudes, el histrionismo y la correcta puesta en escena de la política. Con la Gran Guerra inauguró el estudio de la localización de escenarios para las arengas a las masas, por ejemplo la plaza del balcón del Campidoglio en el centro de la Roma antigua, no muy lejos del balcón de Palazzo Venezia, en la plaza homónima, que sería el púlpito de Mussolini; y reverdeció los cultos guerreros, los estandartes y las banderas que tanto les gustarían a los jefes del fascismo, incluso haciendo de las banderas de los enemigos, internos primero (cámaras del trabajo, ligas ciudadanas, Case del Popolo) y extranjeros después, los botines de guerra más deseados. Además, D’Annunzio fue uno de los primeros que, a través del culto patriótico, asoció a los muertos de la Gran Guerra con los caídos en Fiume y en las acciones escuadristas de la posguerra. Después, el discípulo político superaría rápidamente al maestro poeta; ya desde 1921, el hombre al que le gustaba vivir momentos excepcionales debería dejar paso a quien sabía dominar la práctica y los compromisos de la cotidianidad política. En cualquier caso, el elitismo, evidente en las decisiones, y el populismo unido a la demagogia fueron los aspectos más destacados de la personalidad política de Mussolini, aspectos que tomó de la herencia dannunziana, sustituyendo la creatividad literaria por el mensaje verbal y oratorio y por la dramaturgia.

La figura de Mussolini concentró al menos tres funciones: ejemplo, identificación y protección. Intentó imponerse en primer lugar como modelo de y para el «italiano nuevo», por fortaleza, voluntad y resistencia física; identificarse con él, con el jefe del fascismo y del Estado, significaba formar

parte de una comunidad de elegidos, de un cuerpo místico consolidado por virtudes guerreras y cívicas. Mussolini se presentaba, además, como el garante, como el protector que representaba a un Estado que interviene en la vida pública, laboral y económica de los ciudadanos. En Italia se impone un estado asistencial que no es ni igualitario ni está basado en principios de ciudadanía política, sino que acepta y premia solo a quienes se muestran fieles y confían en la nueva colectividad y nación fascista. En este sentido, el culto de la personalidad asume aspectos de paternalismo. La corrupción formaba parte integral del sistema político liberal y seguía formando parte del Estado fascista, a pesar de que Mussolini y otros dirigentes fascistas la hubiesen criticado duramente de puertas afuera; igual que formaba parte del Estado fascista el familismo en las relaciones de poder y de dependencia entre mandatario y beneficiario, en cuanto restos de una sociedad arcaica y feudal. Mussolini ejerció de garante de este sistema. No se convirtió solo en el jefe, por encima del Partido, sino también en el árbitro, por encima de las partes.

Era a él a quien los italianos, según una tradicional relación de deferencia hacia los poderosos, se dirigían principalmente por carta cuando sufrían injusticias o abusos, cuando las promesas no eran mantenidas. La figura del jefe garante aligeraba las responsabilidades del sistema, haciendo recaer las culpas de las negligencias y la corrupción sobre los hombres que lo rodeaban y lo traicionaban. A menudo los mensajes de los ciudadanos que llegaban a su secretaría particular, administrada por hábiles periodistas y expertos en comunicación, contenían no solo lisonjas y devoción, sino también acusaciones hacia los responsables del Partido y de los sindicatos fascistas. Y alertaban al Duce de las personas de las cuales él se rodeaba, como si hubiese conspiraciones que ponían en peligro los objetivos y la cualidad del programa fascista. También se apropiaron de la ficción retórica utilizada ampliamente por Mussolini quienes criticaban las decisiones del régimen, como la mujer que le escribió en diciembre de 1938 para protestar contra las leyes raciales:

Excelentísimo Mussolini, ¡qué vergüenza dan los científicos que se supone que han descubierto la verdadera raza Italiana y quienes han pensado medidas para la defensa de la raza promulgadas por Vuestra Excelencia! Todavía me muestro incrédula y me aferro a la esperanza de que no os hayáis dado cuenta de los monstruos que estáis generando en el pensamiento y en las acciones con consecuencias gravísimas, que dividirán dolorosamente a la gran familia italiana

[...]. Si Vuestra Excelencia fuese padre, como sois, y profesor, como habéis sido, ¿qué sentirías si fueseis privados del sustento para vuestra familia, y de la cátedra de la cual compartíais amorosamente el pan del saber con vuestros jóvenes discípulos? (Caro Duce: 49-50).

A mediados de los años treinta llegaban a la secretaría particular del Duce, constituida el 31 de octubre de 1922 y activa hasta el 28 de julio de 1943, alrededor de 1.500 cartas al día. Se creó, como en tiempos de guerra, un auténtico servicio de lectura, compuesto por militares y empleados civiles. Las cartas eran divididas y distribuidas a las oficinas y a los ministerios correspondientes; la función del secretario particular era presentar a Mussolini personalmente una parte de ellas, a excepción de la correspondencia procedente de la región de Romaña, que el Duce leía siempre. Al primer secretario, Alessandro Chiavolini, le sucedió en 1934 Osvaldo Sebastiani, que se encargó de la secretaría hasta el reemplazo por Niccolò De Cesari en 1941. Sebastiani fue, sin duda, un hombre de fuerte poder personal y de gran influencia sobre el jefe del fascismo y su familia en los años de mayor consenso del régimen. Supo reorganizar la secretaría particular y sacar beneficios para sí mismo y para su localidad, Apuania. En los años treinta, en la secretaría particular trabajaban unas cincuenta personas entre las dos sedes mussolinianas del Viminale y de Palazzo Venezia. Se ocupaban de la imagen pública del Duce, de sus movimientos y de su familia. La secretaría también administraba un conspicuo fondo de dinero que servía para los gastos de representación y los gastos particulares de Mussolini, así como para dar presentes y premios de beneficencia a los muchos que a menudo se dirigían a él. Este patrimonio se rehacía constantemente a través de numerosos canales: provenía de las corporaciones, de las ganancias del economato general de los empleados del Estado, de los ministerios a cargo de Mussolini, de los fondos secretos de los cuerpos de policía y de las donaciones privadas. El mismo secretario poesía una cuenta particular en la Banca d’Italia.

El dinero, las influencias y los favores personales formaron parte integral del sistema político e institucional italiano y acostumbraron al ciudadano a no creer ni en la justicia ni en el derecho a un servicio público, sino en el propio interés del funcionario, ya fuese el portero de un ministerio, el empleado de una comisaría o, incluso, subiendo en la jerarquía, el secretario particular de Mussolini o el mismo Mussolini. Se acudía al Duce y a sus familiares para

obtener rápidamente un subsidio, una casa popular, para ganar una oposición en la administración pública o para conseguir un contrato por concurso. Acudían todas las clases sociales y todas las categorías de ciudadanos; y, sobre todo, las clases medias instruidas, que sabían plantear mejor por escrito las peticiones, predisponer bien al destinatario, justificar las peticiones no como un favor personal, sino sobre la base de que el solicitante había contribuido al éxito y a la gloria del fascismo o pertenecía a una categoría protectora de la nación y del fascismo: familiares cercanos de los muertos heroicamente por la patria, de los mártires de la Revolución fascista y luego, cada vez más a menudo, de los caídos en África oriental y en tierras españolas. Una mujer perteneciente a la categoría de «madres de medallas de oro», en mayo de 1938 se dirigió directamente al Duce para que le concediese «al menos una libreta con el descuento fijo en los Ferrocarriles del Estado, porque por fuerza mayor ahora soy yo la que tiene que moverse, y pedir el billete al grupo Medallas de oro no siempre me es posible, sobre todo porque se necesitan entre 15 y 20 días para obtenerlo» (Lettere al potere: 62). Este fenómeno se puede definir como un favoritismo legalizado para el que los italianos fueron educados por la carencia de una administración central y periférica eficiente y que ha permanecido en sus costumbres incluso en la época republicana, siendo ampliamente vehiculado por los partidos del gobierno y, sobre todo, por la Democracia Cristiana durante los primeros decenios; una costumbre dirigida a personalizar poderes y oficinas y a manipular al electorado a través de fiduciarios.

Durante el ventenio fascista también aumentaron los motivos de mérito que se podían acreditar: el ser de Predappio o de Romaña, el haber tratado o tenido un encuentro rápido con un miembro de la familia Mussolini e incluso el declararse maestro de primaria, a cuya categoría tanto Benito como su madre habían pertenecido en el pasado. También quienes reivindicaban ser familia de Mussolini formaron un grupo numeroso: acosado por las solicitudes, en 1927 Benito Mussolini pidió al secretario municipal de su localidad natal, Predappio, que realizase algunas comprobaciones e hiciese un registro poblacional. De las investigaciones llevadas a cabo en los archivos resulta que, a lo largo del ventenio fascista, 334 personas declaradas familiares de Benito y de su mujer Rachele recibieron subsidios y fueron ayudadas. Más allá de las razones de favor, se definieron, sobre todo entre las clases más pobres y populares, las bases para un auténtico culto de la personalidad de Mussolini, con la solicitud asidua y masiva de fotografías firmadas, de visitas, de apariciones, de una mirada o de un apretón de manos. Además, la correspondencia que diariamente llegaba a la secretaría personal del Duce nos lleva a considerar que una buena parte de los

remitentes, en tiempo de paz, estaba formada por niños y mujeres. La carta a los mandatarios no había surgido con el fascismo: antes también era habitual, era un ejercicio escolástico y la usaban los civiles y los militares para realizar peticiones de justicia y de gracia. Pero la costumbre se intensificó enormemente durante el régimen, sirvió para comprobar el nivel de consenso entre la población y fue un instrumento de control bastante generalizado en la vida privada de los italianos. Este tipo de carta tenía como principal referente la multiforme figura del Duce, al cual se acudía porque era el jefe político, el padre y el marido ideal, el jefe ideal de la familia Italia, o el padre comprensivo de los niños de la organización fascista Balilla, o simplemente porque Mussolini un día se había encontrado con algún miembro varón de la familia o le había estrechado la mano en alguna ceremonia pública o cuando se iban a la guerra y a las colonizaciones, ratificando un pacto de confianza entre hombres que iba más allá incluso de la relación entre el Estado y los ciudadanos. Sin embargo, sería equivocado y superficial pensar que las mujeres y los niños escribían más que los adultos varones por ser seres más emotivos y sujetos al carisma personal del jefe. La escritura de una carta al Duce formaba parte de las pruebas escolares de un alumno que los profesores diligentes fomentaban y que los igualmente diligentes periodistas sugerían en las páginas de los diarios más importantes. Orio Vergani se preguntaba retóricamente en el Corriere della Sera del 3 de noviembre de 1936:

¿Cuándo se escribe una carta a Mussolini? No todas, quizás, pero casi todas ciertamente en una hora triste de la vida. Ya se ha pedido ayuda a la familia, a los amigos, a los conocidos, quizás también a los desconocidos. Se tiene que confiar un dolor, se debe superar una hora de dura necesidad y la mesa está vacía,[2] como dijo una vez el Duce. Cuando uno mira a su alrededor y ya no sabe a quién acudir, se acuerda de que está Él. ¿Quién, si no Él, puede hacer algo? A Él se le puede confiar la dificultad de encontrar trabajo después de una enfermedad, se le puede hablar de los achaques y las desgracias de la familia, se le puede contar que no se sabe cómo pagar el alquiler de la casa, se le puede contar que el «novio» te ha abandonado con una niña, se le pueden narrar todas las cosas tristes y ocultas de la vida humilde (Isnenghi, 1979: 126).

La diferencia entre beneficencia y estado social en la percepción colectiva, sobre

todo de las clases populares, aún era lábil. Las mujeres tuvieron que hacer de mediadoras entre las necesidades familiares y el Estado. Siglos de sometimiento y sujeción directa, mitigados demasiado lentamente por el nacimiento de un Estado moderno, aún empujaban a los italianos a pedir directamente a la máxima autoridad reconocida que interviniese para obtener subsidios, ayudas económicas, para encontrar una solución a los problemas con la justicia, no en cuanto acto debido por parte del Estado a los ciudadanos, sino como expresión de benevolencia y de poder. El Estado era representado por Mussolini y cada vez menos por la monarquía de los Saboya, a la cual antes le estaba reservado el acto de clemencia. El fascismo, además, había relegado a las mujeres adultas a una esfera privada que se limitaba solo al mundo familiar, en contraposición a una esfera pública masculina que igualmente había sido reducida a una forma tan solo estatal. En aquella situación fueron muchas las mujeres que intentaron utilizar en su propio favor el familismo fascista para comunicarse con el Estado y para obtener favores y servicios, en un constante esfuerzo por rechazar y redefinir los límites entre lo privado y lo público, utilizando lo que tenían a su disposición. Esta práctica ha sido interpretada por algunos historiadores como una posible premisa de una madurez precoz de una oposición civil de las mujeres, a un «familismo opositivo», es decir, a la identificación de la familia como centro de defensa contra la homologación y la invasión de la política fascista. Si fue así, el fascismo fracasó en el ambicioso proyecto totalitario de redefinición de la sociedad.

Para completar este proceso de personalización del poder, el mismo Mussolini, sus fieles colaboradores y la máquina propagandística del régimen pusieron en marcha dos operaciones que tenderían a mitificar todavía más su figura, identificando, ampliando y construyendo todos los posibles aspectos y momentos de su biografía. La primera operación fue especialmente de carácter literario, con la proliferación de biografías y entrevistas que pretendían trazar, de manera divulgativa, los aspectos más sobresalientes de la vida, la carrera política y sobre todo la personalidad del Duce. En la exaltación de la imagen, que se produjo desde los primeros años de poder hasta la «explosión de la biografía», que tuvo lugar fundamentalmente en el segundo decenio del régimen, se creó el prototipo del hombre excepcional, esencia de las cualidades itálicas de combatiente y líder, y al mismo tiempo el del hombre del pueblo, surgido del pueblo mismo y por tanto más cerca de este que quienes, por origen aristocrático y poder económico, habían gobernado hasta entonces. Mussolini pretendió representar a la nueva aristocracia, nacida de la sangre de la Gran Guerra, y con esta operación abrió las puertas de manera demagógica a la «democratización»

del hombre moderno. De una manera completamente italiana, Mussolini introdujo en esta operación todos los elementos de la cultura familista, el provincialismo y el machismo que impregnaban sentimientos y prejuicios populares, y los exaltó. Estos se presentaban inmediata e intencionalmente contrarios al cosmopolitismo, que hasta entonces había caracterizado la cultura burguesa, al internacionalismo del pensamiento y de la acción y al espíritu metropolitano de la clase obrera. Los italianos habían seguido las vicisitudes de la casa dinástica de los Saboya, pero con la distancia que siempre se había mantenido entre los gobernantes por herencia y los gobernados, a excepción exclusivamente de las poblaciones piamontesas del anterior Reino de los Saboya. Por el contrario, con Mussolini, por primera vez, lo privado se hacía completamente público y como tal venía presentado: manteniendo los rasgos que lo hacían excepcional confirmaba reglas, se acercaba a la vida de la gente común a la que el Estado fascista pedía, de hecho, que le confiase el destino de la familia, de los matrimonios fecundos y del trabajo.

Después de los testimonios autobiográficos de los años de la guerra y de la inmediata posguerra, en concreto con el «Diario» publicado por Il Popolo d'Italia entre 1915 y 1917, Mussolini cedió a los biógrafos y a los entrevistadores la importante función de crear y promover su imagen. Entre 1923 y 1926 apareció una primera oleada de biografías que caracterizaron el género y guiaron la producción literaria sucesiva. De estas, las más influyentes fueron las dos editadas por Mondadori: L'uomo nuovo (1923), escrita por el periodista y novelista Antonio Beltramelli, y sobre todo Dux (1926), preparada con gran habilidad por Margherita Sarfatti, editorialista y crítica de arte del diario Avanti!, la cual se pasó a las vanguardias fascistas y estaba tan unida intelectual y sentimentalmente a Mussolini que fue considerada su musa inspiradora. Sin duda fue ella quien afinó la cultura de Mussolini y lo introdujo en diversos ambientes intelectuales. A partir de 1927 la biografía de Mussolini pasó definitivamente del nivel de representación del compañero de luchas y hombre político al del líder solitario, inigualable y dominador de las masas.

Las biografías mussolinianas tomaron impulso sustituyendo a la hagiografía monárquica y al mito del rey soldado que habían tenido un cierto éxito entre 1918 y 1925. Elisa Signori ha señalado que «el fascismo, que confisca la Gran Guerra como su momento fundacional, lentamente redimensiona el papel del rey, relegándolo poco a poco a un espacio nacional de homenajes, necesario, pero de escaso appeal emocional», como por otra parte le ocurrió a la familia real, cuya presencia en las noticias de actualidad fue superada por la más ordinaria familia

Mussolini. El «mecanismo contradictorio» se hace más llamativo con el nacimiento del Imperio en 1936, cuando «por un lado, el “rey soldado”, convertido en rey emperador, queda en gran parte a la sombra a causa del dominio del mito del Duce constructor y, por otro, algunas biografías intentan equilibrar esta competición, haciendo complementarias las mitologías tendencialmente antagonistas del rey y del Duce» (Signori: 210).

En cualquier caso es el año 1932 el que marcó un antes y un después: la primera fase biográfica mussoliniana se concluyó con la que quizá fue la mejor y más detallada entrevista: la que dejó al periodista alemán de origen judío Emil Ludwig, pseudónimo de Emil Cohn. En Colloqui con Mussolini, Ludwig presentaba a un público sobre todo internacional sus dotes de estadista y de hombre. Con motivo del décimo aniversario de la Marcha sobre Roma y de la preparación de la exposición de la Revolución Fascista, la imagen de Mussolini fue ampliada, multiplicada y codificada a través de nuevos medios de comunicación, en concreto la radio y el cinematógrafo. Desde 1931 los noticieros cinematográficos ya eran sonoros y trasmitían a la vez las imágenes y la voz del Duce. Contemporáneamente se multiplicaban las estatuas, las pinturas, los retratos fotográficos, los fotomontajes y las gigantografías. Una estimación muy imperfecta pero en sí elocuente ha calculado que fueron entre ocho y treinta millones las postales con la imagen de Mussolini que circulaban por correo y entraron en las casas de los italianos; por no contar la imagen filatélica, donde las efigies de Mussolini, los eventos y las campañas fascistas competían y a menudo sustituían a las iniciativas y las apariciones del rey. Las obras arquitectónicas del régimen, en el estilo de las fachadas y las arcadas, aludían a la ya omnipresente M, inicial con la que el jefe del fascismo firmaba escritos, trabajos y presencia. Junto a la proliferación de la imagen se multiplicaron las funciones, las poses y las costumbres asumidas por Mussolini: desde la del agricultor trillador sin camisa hasta la del dominador de las máquinas y de la técnica, pasando por la del piloto de coches y aviones, deportista, nadador y jinete. Con el nacimiento del Imperio, alrededor de los años treinta, también fue llevada a cabo la operación de romanización de la efigie pictórica y estatuaria del Duce, nuevo Julio César, y la de concienciación de un «paralelismo biográfico», de una similitud entre la vida de Mussolini y la de los emperadores antiguos y modernos, concretamente con la de César Augusto y la de Napoleón, y a partir de 1932, en el año del décimo aniversario de la Marcha y del centenario de la muerte de Garibaldi, también con la de este último.

Una segunda operación, estrechamente relacionada con la primera, fue la de

construir en los lugares que vieron nacer a Benito Mussolini un centro de peregrinación y culto de su personalidad, una «Belén laica», como definió Predappio su párroco don Dario en 1923, con fuertes implicaciones místicas. Con este propósito, en un decenio fue construido de la nada un pueblo y fue monumentalizada, a lo largo de las etapas que se acercaban al lugar de culto, la entera provincia de Forlí. Por decreto ley del 4 de marzo de 1923, la provincia del Duce se amplió hasta englobar un complejo montañés de doce municipios que habían pertenecido durante siglos a la jurisdicción de Florencia. Así, se incluyó en el territorio forlivés la divisoria de aguas del monte Falterona y las fuentes del río Tevere: otro acto simbólico para celebrar la relación entre los lugares natales de Mussolini y la ciudad de Roma. La misma Forlí se transformó para que se convirtiese en un ejemplo, un prototipo de ciudad fascista; fue dotada de servicios y edificios públicos y de Partido muy representativos. Desde la estación ferroviaria, terminada en 1927, se recorría la amplia avenida Benito Mussolini, que iba a parar a una de las plazas fascistas más monumentales de Italia con una columnamonumento a los caídos en la Gran Guerra en el centro. La columna, que fue ideada por el escultor Cesare Bazzani, y la plaza fueron inauguradas por Mussolini en 1932. A lo largo de la avenida Benito Mussolini fue realizada una especie de ciudadela escolástica y juvenil, consagrada a los miembros de la familia Mussolini: la escuela primaria «Rosa Maltoni Mussolini», acabada en 1932, la Casa della GIL, diseñada por el arquitecto de escuela romana Cesare Valle, el Instituto Técnico Industrial «Arnaldo Mussolini» y el colegio aeronáutico «Bruno Mussolini», completados en 1941.

En Predappio los primeros pasos se realizaron en 1924, cuando se decidió la ampliación del territorio municipal y el traslado de la zona habitada y de la sede administrativa de su lugar histórico al valle del río Rabbi, donde surgía la localidad de Dovia, lugar de nacimiento de Benito Mussolini, muchas veces recordada por él mismo desde sus primeros escritos juveniles: «Nací el 29 de julio de 1883 en Varano dei Costa, un viejo caserío situado en una pequeña loma en la aldea de Dovia, localidad del municipio de Predappio» (OOBM: XXXIII). Un «valle minúsculo, rincón tranquilo donde empezó la nueva historia de Italia», añadía el número mensual de septiembre de 1929 del Touring Club Italiano, Le vie d’Italia. También en 1924 la comunidad compraba y donaba a Mussolini su casa natal. En 1927 fue terminada la restauración del castillo de la Rocca delle Caminate, en la colina más alta que domina el pueblo y el valle. El 28 de octubre de 1927 Luigi Federzoni, en aquel entonces ministro de las Colonias, después de haber inaugurado la nueva estación de Forlí, subía a Predappio y entregaba oficialmente el castillo, con su escudo de armas, al Duce, otorgándole así una

función de noble señor en sus tierras. El águila que de Predappio había volado a Roma (eficaz imagen que, en 1927, la biógrafa Marga, pseudónimo de Margherita Fazzini, daba de Mussolini) volvía, pues, a su nido. La Rocca se convirtió en la residencia estival y de descanso del Duce y su familia, y sustituía al precedente domicilio familiar Villa Carpena; además, era el lugar en el que se recibían las visitas oficiales y fue sede, en septiembre de 1943, del primer Consejo de Ministros de la República Social. Para rendir homenaje al jefe del fascismo fueron a la Rocca altos funcionarios del régimen y representantes de delegaciones italianas y extranjeras. Las obras de construcción de la nueva Predappio se prolongaron durante diez años, entre 1927 y 1937, y contaron con la participación de diversos arquitectos e ingenieros, algunos de ellos elegidos por el mismo Mussolini, como los romanos Florestano Di Fausto y Cesare Bazzani. El primero estableció el plan urbano de la nueva Predappio, fundada oficialmente el 30 de agosto de 1925; el segundo, además de construir muchos de los edificios de la Forlí fascista, realizó la nueva iglesia parroquial de Sant'Antonio, inaugurada el 28 de octubre de 1934. Por otro lado, Cesare Valle proyectó la Casa della Gioventù Fascista en Predappio. El forlivés Arnaldo Fuzzi, amigo de la familia Mussolini y durante algunos años secretario federal de Forlí, construyó la Casa del Littorio, inaugurada el día del aniversario de la fundación de Roma, el 21 de abril de 1937.

La nueva Predappio representaba un pequeño modelo de ciudad fascista, pero se alejaba de las soluciones planimétricas que se estaban adoptando para las ciudades rurales que surgían en esos mismos años. Se extendía a lo largo de un valle rectilíneo que empezaba en la gran exedra del mercado, enfrente de la casa natal del Duce, lugar de intersección de la carretera que llega de Forlí y del camino que sube a la Rocca delle Caminate. Las visitas salían de aquí, se detenían en la casa natal, proseguían por la calle principal, a la que daban varios edificios públicos y casas populares y a la cual la iglesia hacía de telón de fondo, y llegaban a la plaza, donde claramente se distinguía la imponente Casa del Littorio. La plaza central estaba dominada por el Palazzo Varano, tiempo atrás sede de la escuela en la que la madre de Mussolini había enseñado. Mussolini quiso que la nueva sede parroquial fuese dedicada a san Antonio, santo predicador y evangelizador de Romaña, en cuyo carácter quería reconocerse después de su conversión y la de su familia al catolicismo. De hecho, en 1923, Mussolini había bautizado a sus tres primeros hijos y en 1925 contrajo matrimonio religioso con su madre, Rachele Guidi. Desde entonces la Iglesia acogió a la familia Mussolini en los oficios religiosos, como los de la conmemoración de su hermano Arnaldo, dos años menor que Mussolini,

desaparecido repentinamente a finales de 1931, y el funeral de su tercer hijo, Bruno, muerto diez años después, con solo veintidós años. Estas muertes repercutirían, en periodos diferentes de su vida política, en los sentimientos privados de Benito, que en estas dos ocasiones, a diez años de distancia la una de la otra, volvería a reflexionar sobre su juventud y la de su familia de manera más sincera y menos instrumental. De hecho, en 1932 se publicó Vita di Arnaldo y en 1941 Parlo con Bruno. Sobre todo en el primer volumen destaca la figura de Arnaldo, algo más que el eterno segundo y el perfecto gregario que las biografías habían descrito; un consejero necesario, sobre todo un diplomático que había tenido un papel insustituible en momentos difíciles y a la hora de conseguir éxitos, como en el caso de la reconciliación de Benito y el fascismo con la Iglesia católica.

Siguiendo una cronología similar y paralela al desarrollo del género literario biográfico, se amplió el culto de los lugares natales de Mussolini. Las visitas individuales y representativas a Predappio, iniciadas inmediatamente después de la Marcha sobre Roma, se convirtieron, alrededor de 1926, en peregrinaciones colectivas que progresivamente veían aumentar el número de asistentes, gracias también al empeño de los primeros secretarios del PNF, de Farinacci y luego sobre todo de Turati, que inició a los italianos en el culto a su jefe. En 1933 las peregrinaciones asumieron un carácter multitudinario; fue el secretario nacional Achille Starace el artífice y máximo sacerdote del culto mussoliniano. El PNF puso en marcha una auténtica máquina turístico-excursionista que fue apoyada por las federaciones provinciales del Partido y las secciones locales de la Opera Nazionale Dopolavoro (OND) y por las Associazioni d’Arma y las corporaciones profesionales, que organizaron después de 1926, en Forlí y en Predappio, numerosos encuentros. Así, de los primeros excursionistas que llegaban a Predappio a pie o por medios propios, en 1934 se consiguió que llegasen grandes multitudes de visitantes. Pero la mayor afluencia se alcanzó entre 1937 y 1938. En 1938 las visitas llegaron a picos de diez mil asistentes en festividades concretas de la liturgia fascista, y en ese año la localidad también recibió las visitas del rey Víctor Manuel III y del príncipe heredero Humberto. Para acoger a los peregrinos ya estaba la Casa del Littorio de Predappio, una de las más grandes de Italia, pero también se utilizaron los cuarteles ampliados del ejército de Forlí y de los carabinieri en Predappio. En el verano de 1939, por iniciativa de la OND romañola y de algunos miembros del PNF boloñés, se creó una oficina de propaganda en Predappio «con el propósito de desarrollar actividades comerciales que tengan por objeto la venta a entes privados de fotografías de personalidades y panfletos de propaganda de Predappio»

(Archivio Centrale di Stato, ACS, Minculpop-Gabinetto, b.135). Un mercado que, en crisis en la primavera de 1941 (cuando fue impresa en Roma y difundida entre los aliados la edición alemana de la guía La terra del Duce. Die Heimat des Duce) con la llamativa disminución de visitas debida a la guerra, se recuperó en el ámbito del comercio privado en la segunda posguerra, sobre todo en los últimos decenios.

Mientras crecía el culto a Predappio, se amplificaban los valores atribuidos a la familia del Duce, que simbolizaba «la Familia» de la nueva era fascista, moderna sobre todo en las labores asumidas por los varones, pero también fiel a los valores tradicionales y a las raíces de la tierra y la cultura de origen. Fueron numerosos los textos dirigidos a la infancia que reconstruían de manera holográfica las vidas de Mussolini y sus familiares, como el texto de Olindo Giacobbe de 1925 Vita di Mussolini narrata ai fanciulli d’Italia. Como ejemplo para la campaña demográfica lanzada por Mussolini en 1927, aquel año nació, nueve años después del tercero, el cuarto hijo de Benito y Rachele, Romano, y en 1928 nació la segunda niña, Anna Maria. La mujer, Rachele Guidi, que de Romaña se había trasladado a Roma en 1928, se mantuvo apartada de las noticias de actualidad, siendo un ejemplo para las esposas de los fascistas: no implicada en la política activa y atenta a las necesidades de la familia y a la educación de los hijos. En cambio, estuvieron en el centro de la atención pública los hijos Vittorio y Bruno, ellos también ejemplo, ofrecido a la simpatía y a la emulación de sus coetáneos, de hijos obedientes y miembros activos de los grupos infantiles fascistas de los Balilla y los avanguardisti. La vivacidad de la primogénita Edda fue presentada como una dote heredada del padre y, al mismo tiempo, como un síntoma de una nueva y emprendedora generación de mujeres fascistas, en cualquier caso rápidamente reconducida por el matrimonio al papel de esposa y de madre. Edda no tuvo ninguna implicación directa en campo político y se distanció del origen rural y romañol de la familia, introduciéndose pronto en el ambiente burgués romano incluso antes de la boda con Ciano.

Por el contrario, un auténtico mito, casi una fe mariana laica, fue creado alrededor de la figura de la madre de Benito Mussolini: Rosa Maltoni, maestra de Dovia, fallecida con solo cuarenta y seis años en 1905 y enterrada en el cementerio de San Cassiano, cerca de Predappio. Las biografías mussolinianas insistieron en la influencia que la madre tuvo en el carácter y en las decisiones de Benito, y por lo tanto en el destino de Italia; mientras que la figura del padre, herrero y militante republicano y socialista, se mantuvo muy en la sombra, según algunos propagandistas demasiado, en un clima que en cambio habría tenido que

exaltar la paternidad y la virilidad. Alessandro, casi un moderno san José, murió en 1910 y fue enterrado en el cementerio de Forlí. A lo largo de los años, Rosa Maltoni ascendió al olimpo fascista hasta incluso representar un símbolo, una santa de la liturgia del Littorio. Sobre su figura convergieron diferentes ideologías y tradiciones, como la patriótica y la católica, además de la popular veneración masculina, latina y mediterránea, hacia la madre, ser que genera y protege, figura abstracta y lejana de las insidias y las debilidades de la feminidad concreta, sobre las cuales prevalece la virilidad. Rosa Maltoni representaba a todas las madres de Italia; ella misma se convertía en la madre de la «nueva Italia». La visita a su tumba, que empezó aún antes de la construcción de la nueva Predappio, se transformó en la última etapa del itinerario oficial, gracias también a la ampliación del cementerio y a la construcción de la capilla de la familia (que hoy también acoge, después de complejas vicisitudes, los restos de Benito Mussolini). Rosa debía representar la figura femenina en la función más alta que le fue asignada por la naturaleza y el régimen: la maternidad, y con ella la fuerza de voluntad y la resistencia física que la mujer debe demostrar en la intimidad doméstica hacia los propios hijos, concretamente ante los varones antes de que estos, adolescentes, sean entregados a la guía de los hombres para ser templados. En esos años, durante los cuales las mujeres eran alejadas de profesiones y funciones directivas y de la educación superior, eran atribuidos a las mujeres deberes maternos y educativos en la primera infancia, como los que ejerció la maestra Rosa Maltoni en época liberal.

[1] Organización fascista que se ocupaba de las actividades extralaborales. (N. de la t.) Véase cap. VI («Cultura popular»), p. 236.

[2] Alusión a una frase célebre del discurso que Mussolini pronunció el 24 de octubre de 1932 en Turín: «la casa deserta e il desco nudo» (literalmente «la casa desierta y la mesa vacía»). (N. de la t.)

III. HOMBRES Y MUJERES EN EL FASCISMO

¿H

OMBRES O SOLDADOS

?

La llegada al poder del fascismo coincidió con la rápida desaparición de la posibilidad, que muchos habían entrevisto durante el bienio 1919-1920, de crear un partido de combatientes de carácter democrático y laborista. Los acontecimientos de 1924 convencieron completamente a Mussolini de las posibilidades políticas y propagandísticas del movimiento «combatentista» por lo que, una vez ganada la batalla contra la oposición, adoptó para dicho movimiento una política diferente: superando las hostilidades iniciales, absorbió el movimiento en el PNF en la medida de lo posible y contemporáneamente lo puso bajo el control de la gran estructura asistencial del naciente Estado fascista y diversificó sus elementos originarios en una constelación de asociaciones cerradas e igualmente legitimadas. Tal operación fue avalada por excombatientes pasados al fascismo; a los diez años de la Marcha sobre Roma fue rescrita la historia de la Associazione Nazionale Combattenti (ANC), llegando a sostener que «los combatientes sentían desde 1916 un sordo rencor contra la política y los políticos entonces en voga», los enemigos reales de la nación, y que en 1925, después de haber comprendido la instrumentalización que de ellos querían hacer los antifascistas (concretamente quienes habían salido del país, los fuoriusciti, dando a este término el valor despreciativo de traición y autoexclusión de la comunidad nacional), se adhirieron espontáneamente al fascismo. En resumen, según una nueva versión, habían sido los excombatientes quienes se habían dirigido a Mussolini, el cual satisfizo «la exigencia de las masas de excombatientes», acogiéndolos en el movimiento fascista.

La petición es al mismo tiempo una exigencia ideal y una exigencia práctica [...] ideal porque el combatentismo en Italia históricamente está vacío de todo significado tanto dentro como fuera del fascismo; práctica porque el fascismo caracteriza la historia contemporánea y es la clave de un concepto totalitario del

Estado; –su carácter no podía estar completo dejando fuera a– las legiones que en cien batallas afirmaron el derecho de la Italia nueva frente al mundo (Amico: 15).

El fascismo, así pues, absorbió en la retórica y la ritualidad fascista la experiencia bélica, mitificándola en los valores del sacrifico y de la defensa de la patria y, por último, estableciendo una línea directa entre la guerra y la Revolución fascista, mezclando dentro de la religión política del régimen al millón de caídos durante la guerra con las pocas decenas de mártires fascistas y de muertos en los enfrentamientos civiles de la inmediata posguerra. Los féretros de los caídos fascistas en los enfrentamientos civiles de la primera posguerra fueron progresivamente introducidos en los sectores militares de los cementerios; sus nombres fueron añadidos a los troncos de los árboles que estaban en las avenidas della Rimembranza del conflicto de 1915-1918. La operación se extendió por el territorio nacional a partir de 1926 y fue completada con la realización de una capilla en memoria de los mártires de la Revolución que acompañó, en el Altar de la Patria de Roma, la tumba con los restos de un soldado desconocido, trasladados del frente a la capital en noviembre de 1921. El fascismo separó también la tradición del arditismo de sus primeras características, introduciéndolas en la ritualidad, la ropa y la simbología fascista: primero lo hizo adoptando la camisa negra y el sombrero, el fez, y luego con las canciones, los lemas, las contraseñas y los saludos, que pasaron del arditismo al avanguardismo fascista. La canción Giovinezza (‘Juventud’) había nacido en 1909 en el ambiente estudiantil turinés y después, durante la guerra, se había convertido en un himno de las tropas de asalto de los Alpinos. Frases como «¿A quién el honor? / ¡A nosotros!», o el rito colectivo de dirigir el puñal al cielo, con el brazo extendido, con el cual los arditi remarcaban su naturaleza de combatientes del cuerpo a cuerpo y de los asaltos nocturnos, también pasaron a formar parte de la coreografía de las congregaciones de masas del régimen. Lo mismo ocurrió con respecto a la autenticidad del arditismo. En los últimos meses de la guerra, se constituyeron en los regimientos alpinos y de infantería repartos de asalto que ampliaron, sin tener la misma meticulosa preparación militar y sin el espíritu de minoría audaz, el número de quienes se atribuyeron sucesivamente el título de Ardito, con reconstrucciones a menudo arbitrarias de «ardimentosos» pasados militares. Esto dio vida a una hagiografía de la cual disfrutaron diversos hombres del régimen, como por ejemplo Italo Balbo, aunque de los jerarcas quizá fue el que demostró más valor y más espíritu militar, por carácter y tal vez

también por corresponder a un perfil guerrero que se había construido. Pero también hubo dirigentes que se adhirieron al movimiento fascista después de la formación de Ardito, como Giuseppe Bottai, que ya era teniente de un batallón de asalto.

A partir de 1925, en Italia habría una única interpretación oficial de la guerra y de la posguerra. La guerra, completando la unidad de Italia, había puesto de relieve al «hombre nuevo», al combatiente, dispuesto a ofrecer la propia vida para salvar el destino de la nación. De ella descendía la misión del fascismo, formado precisamente por una comunidad de hombres nuevos, dispuestos a generar y educar a otros: estos habían salvado al país de las insidias de los tratados de paz y de la conspiración internacional que penalizaban a la Italia vencedora, así como de la debilidad de los gobiernos liberales que habrían entregado el país a los bolcheviques, a los derrotistas, a los subversivos de todo tipo, dispuestos a renegar lo que en valores, territorios y prestigio Italia había conquistado con la sangre entre 1915 y 1918. La sujeción de los veteranos militares al fascismo a través de la desaparición de los cargos electivos y de la pérdida de cualquier posibilidad de autonomía administrativa se realizó antes de las celebraciones del décimo aniversario de la victoria y coincidió, de hecho, con la conclusión de la realización del Estado fascista, en 1928. El sacrificio de la autonomía fue compensado por el lugar de honor que este asociacionismo tuvo en el régimen y sobre todo fue correspondido con una serie de beneficios importantes −subsidios, asistencia sanitaria, puestos de trabajo y viviendas− de los cuales el Gobierno fascista hacía propaganda y que prodigaba a través de la administración pública o de entidades paraestatales: las organizaciones para los combatientes, los mutilados, las familias de los caídos, para la maternidad y para la infancia.

La operación emprendida en 1925 consistió, por tanto, en neutralizar la carga política de una sola ANC y disolver el movimiento en asociaciones de las fuerzas armadas; federaciones menores, correspondientes a los cuerpos del ejército que habían combatido a lo largo de la guerra, que también tenían la función de cultivar el espíritu de camaradería, el veteranismo y patriotismo y de multiplicar las ocasiones de encuentros oficiales para alejarlas de las iniciativas autónomas sometiéndolas a la dirección del régimen y del ejército. Dichas asociaciones también servían para estimular la formación de un mundo masculino adulto, alejado de las mujeres y de otras generaciones, que se dejaba seducir por los cánones de virilidad impuestos por el fascismo, con el cual compartía la complicidad de los lenguajes y los hábitos rudos, a veces

desbocados, mujeriegos y militarescos. Las principales asociaciones habían nacido inmediatamente después de la guerra, normalmente por iniciativa de grupos de jóvenes oficiales, apoyados por los altos mandos militares que habían puesto a su disposición medios y sedes y les habían permitido continuar la tradición de los diarios de trinchera con nuevas cabeceras. La idea era la de proseguir con la obra de asistencia a la tropa que había comenzado después de Caporetto, alejándola de la radical politización y acompañándola en su regreso al mundo civil con un bagaje de convicciones patrióticas y de fidelidad a los regimientos de origen. La empresa de Fiume había hecho dudar de la unidad de las fuerzas armadas y de la fidelidad de las tropas a las jerarquías. Había sido un caso aislado, pero había sido suficiente para hacer que los altos mandos desistieran de llevar a cabo la obra asociacionista, la cual, en cambio, fue retomada y ampliada por el régimen. El «exbersallero» Benito Mussolini presidía la Associazione Nazionale Bersaglieri, que fue completamente reestructurada en 1927, pero el fascismo privilegió principalmente las asociaciones más numerosas y populares: la Associazione Nazionale del Fante, fundada en Milán en julio de 1920, que recogía a la masa de quienes habían combatido la guerra como soldados rasos, sobre todo campesinos; y la Associazione Nazionale Alpini, también fundada en Milán en 1919, que en 1928 contaba con 25.000 inscritos. Cuerpo autónomo, fuertemente ligado a las regiones de montaña de origen, a diferencia de la infantería originaria de regiones muy diferentes y a menudo incomunicadas culturalmente entre ellas, las tropas alpinas acabaron por asegurar una fidelidad que el régimen no se esperaba al no haberse podido infiltrar antes en las localidades de montaña, orgullosas de su autonomía o fieles, como las piamontesas, a la monarquía. Con motivo de las celebraciones de los diez años de la Revolución fascista, la Associazione degli Alpini fue presentada como comunidad que

vive en alegre y serena pobreza, pero respira en el clima político de la Italia fascista el aire puro de los Alpes, manteniendo entre la gente de montaña la más fraterna y ruda disciplina, la más jocosa salud de espíritu y cuerpo y la más alta devoción a la Patria (Il Decennale: 361).

El asociacionismo de los excombatientes había emprendido a finales de los años veinte los dos caminos indicados por el régimen. En uno los excombatientes y

sus familias habían sido incorporados a la gran máquina de organización del consenso. En 1928 la Associazione Nazionale Famiglie dei Caduti in Guerra contaba ya con 220.000 socios, repartidos en más de dos mil secciones presentes en Italia y entre las comunidades italianas en el extranjero. De instituto de asistencia moral y financiera a viudas y huérfanos pasó a ser en febrero de 1924, acogiendo también a los familiares cercanos de los difuntos, una institución con la finalidad del

culto de sus grandes Héroes [...]. Las familias de los Héroes son una cosa sagrada para toda la Nación y son el orgullo de la Revolución que las ha defendido, ayudado y protegido con medidas de las que no puede presumir ningún otro Estado del mundo (Il Decennale: 337).

Otra asociación sólida (200.000 inscritos en 1928 repartidos en cuatrocientas secciones en Italia y en el extranjero) que reunía a los mutilados y los inválidos de guerra fue fundada en Milán en abril de 1917 y, con algunas vicisitudes, también pasó a adherirse abiertamente al fascismo en 1924. Además, estaban los grandes inválidos, más de 14.000 reconocidos en el primer decenio posterior a la guerra: 9.000 tuberculosos, más de 2.600 con trastornos mentales permanentes, alrededor de 1.500 ciegos, 300 con grandes amputaciones y más de 600 con lesiones en el sistema nervioso. El líder de todos ellos era, desde 1924 hasta 1943, el «gran mutilado de guerra» Carlo Delcroix. Nacido en 1896, se convirtió en diputado fascista y después en miembro del Consejo Nacional de Corporaciones, constantemente presente a lo largo del ventenio fascista en el papel oficial de orador y garante del apoyo al fascismo por parte de las asociaciones. La adhesión oficial de los mutilados al régimen, el distanciamiento de los sindicatos de izquierda por parte de la misma asociación y el posterior pacto llevado a cabo con la Confederación Nacional de Sindicatos Fascistas ayudaron consistentemente al Gobierno a recuperarse de las dificultades políticas que se presentaron a mediados de los años veinte. Mussolini comprendió también la importancia política de conservar la total confianza de los veteranos minusválidos y de presentar ante la opinión pública italiana y extranjera los resultados de una buena intervención realizada a su favor. Con un decreto del 19 de abril de 1923 el Gobierno reconoció como su único representante a la Associazione Nazionale dei Mutilati e degli Invalidi. Además,

en julio de aquel año se empezaba a definir el cuadro técnico-jurídico para los parámetros de las pensiones y el reconocimiento de las indemnizaciones. Y, después, fue aprobada una ley para el empleo obligatorio de los inválidos en las empresas privadas y en las oficinas públicas estatales y locales. Las fuentes oficiales de 1928 hablan de 65.000 contratos en el sector privado, 20.000 en la administración estatal, 3.000 en organismos paraestatales y 12.000 en administraciones municipales y provinciales. La asistencia sanitaria (en concreto para quienes habían contraído enfermedades infecciosas en los años de la guerra, principalmente la tuberculosis), los cursos de rehabilitación (para mutilaciones en las extremidades y para ceguera permanente), el suministro de prótesis y servicios de ayuda y el empleo dado a los inválidos fueron servicios encomendados a la Opera Nazionale Invalidi di Guerra. Creada en 1917, la Opera presentaba en 1928 la política adoptada por el fascismo hacia sus asistidos como «una serie de beneficios tales que hacían que nuestra legislación fuese considerada a la vanguardia en la legislación europea» (Il Decennale: 349).

Así pues, habiendo sido colocados establemente bajo el control del nuevo régimen, a los veteranos, a los mutilados, a las madres y a las viudas de los caídos, a los huérfanos de guerra y a los condecorados al valor se les encomendó un papel de figurantes en las celebraciones oficiales del régimen. Y a medida que los excombatientes y sus familias se convertían cada vez más en los figurantes de una liturgia patriótica exaltada e inmovilizada por el fascismo, más el régimen, familiar y cómplice, les arrebataba sin piedad el luto privado de los caídos para sustituirlo por un culto nacional con uso propagandístico para las masas y educativo para las nuevas generaciones de italianos. En un primer momento, en época liberal, muchas iniciativas espontáneas para dar digna sepultura y para recordar a los caídos tuvieron lugar en las localidades de procedencia y fueron llevadas a cabo en los lugares de batalla por parte de los regimientos. Con la llegada del fascismo el culto de los caídos fue guiado por el régimen. Convertido en subsecretario de Instrucción Pública, el 27 de diciembre de 1922, Dario Lupi envió una circular a los delegados de educación para que realizasen en todos los ayuntamientos, con la colaboración directa de los colegios y los grupos escolares, parques y avenidas della Rimembranza. Indicaba, incluso, cómo decorarlos bajo el atento control de una Comisión Nacional para los Honores a los Caídos en la Guerra que había sido constituida en 1919 y que hasta ese momento había dejado a los comités ciudadanos y a los del ejército una autonomía en la elección del estilo y el lenguaje conmemorativos. Un año después, su informe mostraba claramente que algunas provincias y capitales (entre ellas Bolonia, Venecia, Turín, Milán y Cuneo) se

resistían a la homologación impuesta desde lo alto, respondiendo todavía, aunque no por mucho tiempo, a los varios sentimientos de patriotismo, de luto y también de pacifismo.

Las zonas de guerra habían sido llenadas de pequeños y grandes cementerios, muchos de los cuales se habían situado en los cementerios de las retaguardias que surgieron durante el conflicto. Los más grandes, en cambio, surgieron en los lugares donde los enfrentamientos habían sido más ásperos, prolongados y multitudinarios en lo que respecta a hombres y medios. Concretamente cerca de estos últimos el fascismo llevó a cabo su radical proyecto de monumentalización y de hacer de la celebración de la muerte un fenómeno de masas mediante la construcción de grandes conjuntos monumentales, como el de la cima del Monte Grappa, el de la zona del Pasubio, el de la meseta de Asiago y el de la colina del Monte Elia en la localidad de Redipuglia, en la falda del Carso. La operación se inició en 1928 y se concluyó diez años después, pero alcanzó su punto culminante en 1935. A partir de ese año los mitos guerreros fueron reverdecidos en otros lugares por la actualidad más que por la memoria: las empresas militares en Etiopía para la realización del Imperio y la cruzada antibolchevique y en defensa de la civilización católica en España. Una ley del 12 de junio de 1931 sobre la «colocación definitiva de los cuerpos de los caídos en la guerra» había concentrado en Roma, en las manos de un comisario nombrado directamente por Mussolini, «el encargo de ocuparse de los cementerios militares». Además, el Concordato con el Vaticano también aseguraba en este campo el pleno apoyo de la jerarquía eclesiástica a la operación, confiándole un papel indispensable en las funciones patrióticas y garantizándole una presencia de carácter católico en la arquitectura funeraria (cruces, capillas) a cambio de que se abstuviese de emprender cualquier iniciativa autónoma. El arquitecto Giovanni Greppi y el escultor Giannino Castiglioni deberían asegurar, siguiendo órdenes impartidas desde Roma en 1932, el estilo característico del régimen en los principales santuarios del Monte Grappa, en Redipuglia y en Caporetto. También en 1932, al hacer coincidir las celebraciones del décimo aniversario de la Revolución fascista y de la Gran Guerra, fue inaugurada una serie de nuevos monumentos ciudadanos a la victoria, acabando así con un periodo de inactividad promocional por parte de las administraciones municipales. En 1935 también fueron inaugurados los santuarios del Monte Grappa (el conjunto monumental más complejo, compuesto, además de por una iglesia-santuario, por una torre cementerial y por la galería militar Víctor Manuel II reutilizada como osario), de Pocol, de Fagarè y de Montello, en la zona del Piave, y en 1936, la «vía sagrada» del Pasubio y de Castel Dante, en Trento. Algunas obras no fueron

terminadas hasta 1938 por la progresiva falta de financiación estatal a las empresas contratistas. Los últimos santuarios, los de Asiago, Redipuglia, Oslavia y Caporetto, fueron inaugurados oficialmente por el rey (el 17 de julio el de Asiago) y por Mussolini durante el viaje que hizo en septiembre a las Tre Venezie para tranquilizar a las provincias limítrofes con respecto a la política exterior del Gobierno italiano antes del encuentro de Múnich. De hecho, algunos de ellos todavía estaban en obras cuando fueron inaugurados. Los cuerpos de los caídos situados en los monumentos funerarios (más de 100.000 estaban en Redipuglia, de los cuales el 60% sin identificar) debían ser los centinelas silenciosos, pero siempre presentes (compromiso repetido infinitamente en la escalinata del cementerio militar de Redipuglia), en defensa de las sagradas fronteras italianas conquistadas con la Gran Guerra.

En algunas áreas particularmente afectadas por el conflicto y en las que la recuperación económica y agrícola para quienes regresaron (en la meseta de Asiago, en la zona de Rovereto y en el Carso) era especialmente difícil, el turismo de guerra, las iniciativas conmemorativas realizadas en los campos de batalla por el PNF (campamentos de verano para el grupo juvenil de los avanguardisti y actividades deportivas) y sobre todo la recuperación del material bélico y de los cuerpos de los caídos pasaron a ser las principales fuentes de ingresos. Constituían un trabajo que se sumaba a las actividades que ya realizaban en la artesanía, en la ganadería y en una agricultura pobre, destruidas por la guerra y después penalizadas por el fascismo con la imposición del cultivo de trigo, de la reducción de cabezas y calidad ovinas, de una forzada repoblación forestal y por la crisis económica presente. Para muchas comunidades la construcción de los santuarios había supuesto una fuente de ingresos, un freno al constante desempleo en los valles y las montañas de las Tre Venezie que se había acentuado al detenerse la emigración y por la manera en la que se había llevado a cabo la reconstrucción en las zonas bélicas extenuadas por la destrucción y los éxodos. Los santuarios habían sido un capítulo, aunque menor, de los trabajos públicos llevados a cabo por el régimen con el objetivo de absorber temporalmente el exceso de mano de obra, como recordaba Mario Rigoni Stern a propósito de Asiago:

El gran monumento osario estaba a punto de ser terminado; una a una todas las cajas con los huesos de los caídos habían sido colocadas en orden alfabético en los nichos a lo largo de los pasillos. En los rincones del arco romano cuadriforme

habían sido colocadas las esculturas de las victorias aladas con antorcha y fascio littorio. Quitaron los andamios y despidieron a los últimos obreros. En aquel momento, en Asiago, quien no tenía un trabajo estable debía elegir entre irse a África oriental con los centenares de trabajadores o hacer el recuperador de desechos de guerra (Rigoni Stern: 134).

Por último, al asociacionismo combatentista se le encomendaba la función de guiar y engrosar las filas de los peregrinajes de masas a los lugares de batalla de la Gran Guerra. De 1928 a 1931 el Touring Club Italiano, en colaboración con los altos mandos del ejército, publicó cinco guías histórico-turísticas sobre los lugares de las batallas, Sui campi di battaglia. Estas guías fueron las primeras de una rica editorial turístico-conmemorativa que ha perdurado, con todas las variaciones interpretativas y de lectura de los territorios, hasta nuestros días. Al mismo tiempo se arreglaron calles, trincheras, caminos, refugios, se construyeron líneas y estaciones ferroviarias secundarias y lugares para acoger a las masas de veteranos, familiares, escolares, excursionistas, ciclistas y alpinistas y a las delegaciones oficiales italianas y extranjeras que acudían todos los años a estos lugares con ocasión de los principales aniversarios nacionales, como el 24 de mayo o el 4 de noviembre, o de los relacionados con batallas concretas.

El segundo de los dos caminos emprendidos fue el de la introducción de los excombatientes en el proyecto de ruralización del país. Para el apoyo y la ejecución de este proyecto fue solicitada la Opera Nazionale Combattenti (ONC), organización fundada también después de la derrota de Caporetto, el 10 de diciembre de 1917, con el objetivo de preparar el regreso y la reinserción laboral de los combatientes. Un decreto autorizaba al instituto público de seguros, Istituto Nazionale delle Assicurazioni, a emitir pólizas especiales y a las oficinas estatales a recoger subscripciones a favor de militares y graduados. El 31 de enero de 1919 la ONC se dio un reglamento (elaborado por su consejero delegado Alberto Beneduce, presidente también de la empresa eléctrica Bastogi) y trabajó para facilitar el regreso a la vida civil y al mercado laboral de los veteranos, sobre todo durante el primer bienio de actividad. En esta primera fase, la ONC diversificó sus intervenciones: en el sector agrícola, con el censo de terrenos cultivables y su paso a propiedad individual, a cooperativas agrícolas, a enfiteusis o alquiler a largo plazo y a expropiaciones para obras de saneamiento; en el sector forestal, con la reconstrucción de zonas de bosques y, por último, también intervino en el campo de la formación profesional. La ONC funcionaba

principalmente como instituto de crédito para quienes habían querido poner en marcha una actividad y aprender una profesión, y en esta dirección llevó a cabo cursos de enseñanza profesional en los sectores de la agricultura, la artesanía, el comercio y la industria; dio ayudas y préstamos a oficiales de complemento para que terminasen los estudios y emprendiesen una profesión y financió bibliotecas, oficinas y centros de estudio en colaboración con una infinidad de institutos fundados antes y después de la guerra e inspirados por los ambientes liberales y católicos de la reforma social y por el reformismo socialista.

El 18 de marzo de 1923, el Gobierno revocó el consejo de administración de la ONC y la puso en manos de un comisario extraordinario de confianza, Iginio Maria Magrini. Para este cambio se adujeron razones de diferente naturaleza: mala gestión financiera, escasa eficiencia y dependencia de partidos. De hecho, la administración extraordinaria serviría para poner fin temporalmente a las relaciones entre la ONC y la vasta red asociacionista y cooperativa y para esperar la conversión política al fascismo de la ANC. A lo largo de 1923 fueron modificadas las funciones y los objetivos de la ONC: el comisario se hizo cargo de las finanzas y de las competencias que durante los años anteriores estaban repartidas, llevando a cabo la transformación de la organización en una máquina administrativa fuertemente jerarquizada y burocratizada al servicio del régimen, con competencias concretas y destinadas sobre todo al sector agrícola. La ONC se convirtió muy pronto en el orgullo del régimen: se le hizo publicidad en el extranjero, en las oficinas de la Sociedad de Naciones y de los ministerios competentes en los países que también salían de la guerra, y fue presentada como una de las más eficientes operaciones europeas de pacificación social, valorización moral de los combatientes y reconstrucción económica (L’attività dell’ONC: 2). Entre 1919 y 1926, la ONC abrió alrededor de doscientas oficinas en Italia y en el extranjero que se ocupaban de las pensiones y de la asignación de cantidades de dinero a los militares y a sus familias, sustituyendo a las oficinas de empleo. En los años siguientes, para dar una mayor visibilidad a los servicios de la organización, el régimen construiría las monumentales casas del combatiente y del mutilado en las principales ciudades capitales. Superada también en este sector la crisis sufrida por el Gobierno fascista en el bienio 1924-1925, el cambio radical de la ONC fue evidente a principios de 1926. La figura del comisario nombrado por el jefe del Gobierno se hizo permanente y con el nuevo reglamento del 16 de septiembre de 1926 «la actividad agrícola se ha convertido en la actividad central del Instituto», delegando en la ANC la función de asistencia y tutela de los excombatientes (Il Decennale: 375).

La ONC tuvo que desempeñar una de las labores más delicadas y ambiciosas realizadas por el régimen: la de transformar a los excombatientes en pioneros de una nueva Italia que se inspiraba en el mito guerrero de la antigua Roma imperial: de soldados a campesinos, de élite guerrera a corporaciones de cultivadores autónomos, satisfechos y por lo tanto extraños a las reivindicaciones de la propiedad de la tierra que habían avivado el conflicto social al acabar la guerra. El plan militar seguido por la Roma republicana y luego imperial había sido el de repartir el suelo en una red de propiedades que, una vez asignadas de igual manera a los veteranos, asegurase también a sus familias una autonomía económica. Pero en la Italia del novecientos, un país que ya de por sí era pobre en terrenos cultivables y con un Gobierno nada propenso a tocar las tierras de los grandes propietarios, era necesario encontrar nuevas tierras. Estas se obtuvieron gracias al saneamiento integral de algunas zonas pantanosas. Las tierras recuperadas en el sur de Roma representaron el corazón del proyecto rural fascista, que se puso en marcha a partir de la Gran Guerra, y de la relectura mítica y de conveniencia del pasado itálico, y fueron destinadas a convertirse en un laboratorio genético de perfeccionamiento de la raza italiana. Según el fascismo, la guerra había amalgamado en el frente a italianos provenientes de regiones y oficios diferentes, y la nueva civilización campesina los cruzaría, los mejoraría, los multiplicaría. Este experimento debería representar, como fue repetidamente subrayado a mediados de los años treinta, «la primera gran experiencia de un poblamiento seleccionado», y llevar al «nacimiento de una nueva clase social y étnica». Jornaleros del valle del Po, campesinos vénetos, romañolos, pulleses «se funden aquí en una única estirpe que como todos los buenos cruces será fecunda de energía e hijos».

L

A FAMILIA FASCISTA

Durante los primeros años de gobierno, el fascismo también abandonó en el ámbito demográfico algunas de las concepciones laicas y radicales que habían caracterizado sus inicios y empezó a compartir con la derecha nacionalista y con el integralismo católico una posición netamente antimalthusiana, es decir, contraria a todo tipo de limitación de los nacimientos, y simultáneamente rural, paternalista, adversa a la emancipación de la mujer y tradicionalmente familista. En consonancia con el pensamiento de las derechas europeas, el descenso demográfico en el país era visto como un debilitamiento racial y como una decadencia potencial de la civilización occidental. Concretamente, en el caso de Italia, el fascismo atribuía las principales causas del fenómeno a la crisis de la sociedad rural y a la consiguiente concentración de la población en las grandes metrópolis, vistas como lugares de corrupción de las costumbres y la moral, centros de libertinaje y plazas donde se desencadenaban las revueltas. La política pronatalista fascista puso, pues, en el centro de sus objetivos el incremento demográfico con la finalidad de conseguir el aumento de la población italiana. Dicha política tuvo también ambiciones eugenésicas, es decir, que tendían a mejorar las condiciones físicas e higiénico-sanitarias de la población italiana, y tuvo desde el principio el objetivo racial de salvaguardar a los italianos de toda contaminación externa: «El destino de las naciones está relacionado con su potencia demográfica». Con esta afirmación, que unía expansionismo y demografía, número y potencia, se delineaban dos características de la política demográfica del fascismo: la de la relación intrínseca entre política interior y política exterior, fruto de la aportación del nacionalismo y su fusión con el populismo fascista; y la racial, ya en estado embrionario a mediados de los años veinte, pero que se explicitó de forma legislativa a partir de mediados de los años treinta.

La política demográfica también desempeñaba una función propagandística más general al contribuir a definir una escala de valores con los que eran juzgadas y clasificadas otras sociedades, especialmente con sistemas parlamentarios democráticos, sobre la base de su debilidad demográfica y de su envejecimiento (era el caso de Francia), de su contaminación racial (en el caso de Estados

Unidos) y de libertades y transgresiones sexuales y relaciones no codificadas entre ambos sexos que progresivamente harían estéril a la población (era el juicio dado a la sociedad de la Alemania weimariana). Por el contrario, la Italia fascista veía en la libertad sexual dentro y fuera de los vínculos familiares un elemento de disgregación de la comunidad y una fuerte amenaza para la civilización occidental. Condenaba la educación sexual experimentada en las prácticas de grupo y por las propuestas del psicoanalista y activista comunista austríaco Wilhelm Reich; los movimientos para la emancipación de las mujeres; la presencia pública de grupos minoritarios, como los homosexuales, en ciudades como Berlín y París y las uniones libres y el reconocimiento del divorcio y de la patria potestad a las mujeres por parte de la Segunda República española.

El primer censo nacional que tuvo lugar después de la guerra, en 1921, había demostrado la escasa capacidad de muchos ayuntamientos a la hora de recoger datos atendibles y periféricos. El fascismo, instalado en el poder, con el decreto ley del 9 de julio de 1926 fundó el Istituto Centrale di Statistica, que confirmó el dato, ya obtenido cinco años antes, de la disminución de la tasa de natalidad, que en Italia pasó del 39 al 27 por mil de 1886 a 1921; una disminución sin embargo más lenta de la que se producía en otros países europeos, donde era el resultado de decisiones concernientes a la natalidad y de la mejora general de las condiciones y de las expectativas de vida de la población que se remontaban a mediados del siglo precedente. En Italia, entre 1921 y 1935 la media de la natalidad todavía era del 26,7 por mil, mientras que en los otros estados occidentales europeos ya se había estabilizado por debajo del 20 por mil: en Dinamarca en el 19,8, en Alemania en el 19, en Bélgica en el 18,6, en Francia en el 18 y en Suecia en el 16,3. Después del desastre de la Gran Guerra, los flujos migratorios fueron cada vez menos determinantes en las decisiones relativas a la reproducción y, en cambio, lo fueron mucho más las transformaciones en la composición numérica y generacional de los núcleos familiares que siguieron a los cambios de costumbres, al presupuesto familiar, a las condiciones laborales y a las expectativas individuales. La familia estuvo, por lo tanto, en el centro de la política totalitaria, asistencialista y propagandística del régimen. En primer lugar, la familia fue condicionada por la campaña demográfica que el fascismo inició en 1927, presentada por Mussolini en el Discorso dell’Ascensione el 26 de mayo, y que tenía como objetivo el de pasar de los 36 millones de italianos registrados en 1921 a los 60 millones a mitad de siglo; en 1936 apenas se llegaba a los 42 millones y el objetivo fue rectificado a 50 millones. De hecho, solo el aumento del bienestar y el consumo familiar y la progresiva modernización del país en la segunda posguerra llevarían a la población italiana a dicho umbral en

1961. El índice de natalidad nunca más volvió a los niveles de la época precedente al despegue industrial del país: en el decenio 1891-1900 era del 37,8 por mil; en 1928 del 26,1 por mil, pasando por el 31,8 por mil en 1919 (respecto al 21,4 de 1911) debido al regreso del frente y a la recomposición de las familias.

La campaña a favor de la natalidad fue apoyada con la promulgación de medidas destinadas a incentivar y a ayudar a las familias numerosas y con la elaboración de disposiciones que penalizaban a quienes no facilitaban esta política. La aplicación de estas medidas era diferente según el sexo. Sobre la base de una concepción patriarcal de la familia, en la que el marido-padre tenía el control y las responsabilidades civiles con respecto a la esposa y a los hijos y al Estado, el hecho de no formar una familia y la ausencia de procreación pesaba moral y sobre todo económicamente sobre el varón, al igual que pesaba sobre él la realización de los objetivos del régimen. En 1927 fue impuesta una tasa a los hombres que no habían contraído matrimonio al cumplir los 26 años de edad, a excepción de algunas categorías pertenecientes a órdenes y cuerpos religiosos y militares, de los desempleados y de quienes no tenían residencia estable. La presión psicológica y económica aumentó a lo largo de los años hasta el punto de influir en el destino profesional de los empleados públicos, concretamente en el de quienes tenían que acceder a puestos de responsabilidad y de mando. Después de 1936 se excluyó a los magistrados y a los cancilleres que no estaban casados de la obtención de honores y distinciones civiles; a partir de 1938 los solteros no podían obtener el cargo de potestad, de director didáctico ni de profesor universitario y los funcionarios públicos ya no podían contraer matrimonio con personas de nacionalidad no italiana. De hecho, las últimas disposiciones, sumadas a las disposiciones legislativas promulgadas entre 1933 y 1940, hacían obligatoria la inscripción en el PNF para la entrada y, en general, para la progresión en las funciones directivas del Estado y en los entes públicos. Así pues, se hacía imposible hacer carrera en el ámbito estatal sin demostrar que se era fascista y padre ejemplar, al menos según los cánones y las virtudes públicas dictadas por el régimen. En cambio, fueron medidas positivas las exenciones fiscales según el número de hijos, introducidas en 1933; los subsidios familiares a favor de los trabajadores dependientes y de los cabeza de familia, desde 1936; los premios de nupcias y, a partir de 1937, los préstamos matrimoniales, cuya cuota de restitución iba disminuyendo a medida que se iban teniendo hijos, hasta la completa cancelación con la llegada del cuarto; y, por último, los premios de natalidad introducidos en 1939. Los impuestos y los premios eran destinados a la población masculina. En 1939 la tasa de soltería la pagaban alrededor de un millón de hombres, lo que equivalía a un ingreso para el Estado de 230 millones,

frente a los 260 millones otorgados por el Estado a los padres de familia. En consecuencia, se llevaba a cabo de manera forzada una redistribución de la renta entre solteros y casados con descendencia.

En 1935 el jurista de ideología nacionalista Alfredo Rocco afirmaba que el matrimonio «no es una institución creada para beneficiar a los cónyuges, sino un acto de dedicación y de sacrificio de los individuos en interés de la sociedad, de la cual la familia es el núcleo fundamental». El núcleo familiar y el individuo actuaban para cumplir los deberes que les había asignado el Estado. La familia, por tanto, era vista por los legisladores fascistas como una estructura jurídica orgánica, que representaba intereses superiores al núcleo familiar mismo, que tenía una voluntad propia y que estaba centrada en la autoridad del padre de familia. La elaboración ideológica de un modelo de familia fascista no comportó, sin embargo, la promulgación de un nuevo Código de Familia hasta 1939-1940. El fascismo adoptó el precedente Código de la época liberal, promulgado en 1865; disminuía solo la edad requerida para contraer matrimonio, 15 años para el varón y 14 para la mujer; además, con el Concordato de 1929, los efectos civiles eran reconocidos solo a los matrimonios contraídos por el rito católico (excluyendo por lo tanto a los matrimonios contraídos según otras religiones). Pero el fascismo sometió este Código a una relectura a la luz de sus principios y sobre todo lo puso bajo la tutela del Código Penal (conocido como Código Rocco, por su redactor), promulgado en 1930. El título del precedente Código Penal de 1889, a cargo del legislador Zanardelli, Dei delitti contro il buon costume e l’ordine delle famiglie (literalmente «De los delitos contra las buenas costumbres y el orden de las familias»), estaba dividido en el nuevo Código en nuevas categorías de delitos: «delitos contra la moral pública y las buenas costumbres», «contra la integridad y la salud de la estirpe» y «contra la familia». Estos últimos comprendían «los atentados a la moral familiar» y la violación de las obligaciones de asistencia familiar, en las que los juristas fascistas también incluyeron las posibles responsabilidades de quien ejercía la patria potestad impartiendo una educación exenta de fe fascista y de principios cristianos. La atribución de semejante culpa, sobre la base de una intromisión profunda en el ámbito privado de la familia, podía comportar, en casos de asociabilidad juvenil y, a partir de 1938, para hijos nacidos de uniones entre católicos y judíos, incluso la revocación de la tutela misma de los menores. La legislación, pues, confirmaba en términos legales la inferioridad y la dependencia económica y jurídica de la mujer respecto al hombre y sus limitados derechos de tutela sobre los hijos. También un nuevo Código Civil, introducido en 1942, confirmaba la asignación del ejercicio de la patria potestad al padre y,

con respecto a la madre, confirmaba el de la lactancia al hijo y la residencia en el domicilio conyugal; además, autorizaba al marido a no prestar asistencia económica e incluso a obtener el secuestro de parte de los bienes de la dote en caso de que la mujer abandonase la casa. Según los estudiosos de derecho, la nueva disciplina en materia de familia no contenía verdaderas novedades respecto a la época precedente. Lo que hizo el régimen fascista fue justificar con razones éticas principios autoritarios y discriminatorios heredados del pasado. Por último, hay que observar que la Italia republicana se distanció con extrema lentitud del esquema del ochocientos, modificando el modelo legislativo de familia patriarcal solo con el tiempo.

A partir de 1933 empezaron a celebrarse bodas colectivas en lugares símbolo del régimen: en la Roma imperial, en las «ciudades nuevas» de la provincia de Littoria y en Predappio. Eran premiados con eventos públicos, descuentos en los viajes y el estrecho contacto con miembros importantes del régimen y de la familia Mussolini. Estos incentivos no incrementaron, sin embargo, el número de bodas. Aunque fracasó en sus objetivos, la política demográfica y pronatalista repercutió de todas formas en las relaciones familiares y en la redistribución de los poderes entre sexos y generaciones dentro de la familia, acentuando, por una parte, un modelo tradicional y católico de pareja y de familia orientado a la procreación y sometido a la autoridad masculina y paterna, y, por otra, proponiendo otro modelo integrativo, nuevo con respecto a la concepción privada de la moral familista católica: el de «institución social y política» (Rocco), útil a las exigencias del Estado. Mientras las responsabilidades de la formación del núcleo familiar y de la procreación eran atribuidas al rol masculino y viril («Quien no es padre, no es hombre», solía recordar Mussolini), la de la natalidad era atribuida a las mujeres, incluyendo el castigo en caso de que no se cumpliese la labor de reproducción. Si bien el modelo de madre y esposa ideal difundido continuaba siendo el rural, el de mujer fecunda, en realidad las políticas natalistas y familistas estaban dirigidas a las familias urbanas de las clases medio-bajas, cada vez más dependientes del sueldo fijo del cabeza de familia y, por tanto, afectadas profundamente por la crisis económica que minaba las rentas y reducía a lo mínimo el consumo familiar, para el cual la labor doméstica de la mujer se hacía esencial. Se construyó así un Estado asistencial sobre presupuestos natalistas, más que un Estado social que ofreciese servicios para todos los ciudadanos y una seria redistribución de recursos y rentas. Esta estructura ideológica divergía profundamente de lo que reivindicaban los movimientos de mujeres en la Europa de principios de siglo: el reconocimiento de una función social de la maternidad a través de una

distribución de la riqueza que garantizase tanto la asistencia sanitaria, los permisos, la maternidad y la conservación del puesto de trabajo para las mujeres trabajadoras, como el reconocimiento de la actividad doméstica y el cuidado de los hijos en cuanto labores socialmente útiles y económicamente productivas, y por lo tanto reconocidas mediante subsidios pagados a las mujeres madres, casadas o solteras, tal y como ocurrió en la política pronatalista adoptada en Francia en el periodo de entreguerras o con la ley promulgada en 1927 en la Alemania weimariana, que obligaba al patrono a conceder ayudas económicas a las trabajadoras (que después no se respetó con la Gran Crisis de 1929). Mussolini afrontó esta comparación y defendió su posición públicamente en numerosas ocasiones presentando el fascismo como defensor de los derechos de las madres y de los hijos. Concretamente en la entrevista concedida a Emil Ludwig en 1932 afirmó: «Nosotros hacemos por la madre más que cualquier otro Estado. Si la madre ha sido mujer o solo amiga del padre, esto no nos concierne. En esto nos distanciamos de la Iglesia». Interesante resultó la comparación que Mussolini intentó llevar a cabo con las políticas familiares realizadas en la Unión Soviética: «Nosotros los educamos según una idea de la nación [...] y estos según el principio de clase. El resultado es el mismo. Introducimos al individuo en la unidad estatal, que precede a la familia» (Ludwig: 168-169). A partir de 1930-32 muchos textos oficiales puestos a disposición de los funcionarios del Partido y de las organizaciones fueron, además, explícitos a la hora de destinar los recursos asistenciales no solo al crecimiento demográfico sino también a la «mejora de la raza».

El fascismo había encargado la política social concerniente a la maternidad a la Opera Nazionale Maternità e Infanzia (OMNI), organización fundada con la ley del 19 de diciembre de 1925 y que empezó a funcionar oficialmente en mayo de 1926, un mes después del nacimiento de la Opera Nazionale Balilla (ONB). Su labor consistía en la coordinación de las iniciativas descentralizadas de asistencia, públicas y privadas, para «la defensa y la mejora física y moral de la raza». Como anunciaba el nombre, la OMNI perseguía esencialmente dos objetivos: definir y financiar iniciativas destinadas a las madres, especialmente en la fase prenatal y puerperal, y a la infancia, hasta los tres años de edad, para que fuese «fuerte y sana». En ambos casos la OMNI se ocupaba sobre todo de los aspectos relacionados con la alimentación, la higiene y la profilaxis. Aunque las principales beneficiarias de la organización eran las familias residentes en los mayores centros urbanos, la OMNI consiguió introducir en áreas rurales, a través de cátedras itinerantes de maternidad, la primera información sobre puericultura y alimentación. La organización actuaba en el territorio gracias a las

federaciones provinciales y a los comités municipales. De hecho, con su fundación quedaron en el territorio pocas de las antiguas congregaciones y asociaciones privadas de caridad, aunque no sabemos «cuánta parte del mundo asistencial privado en el campo de la infancia ha escapado efectivamente, también durante los años del fascismo, a un control total del Estado» (Minesso: 67). Al principio, en los patronatos locales, fueron introducidas las anteriores figuras del asociacionismo caritativo provenientes de las élites locales, como las «damas de caridad». Además, la Casa Nazionale di Maternità, que había sido fundada en Italia entre las primeras de Europa en 1911 y estaba destinada principalmente a las madres obreras, pasó a ser administrada por la OMNI hasta que pasó al INFPS, acrónimo del Istituto Nazionale Fascista per la Previdenza Sociale (Instituto Fascista de la Seguridad Social) a mediados de los años treinta. Quienes contribuían y acudían a la OMNI eran principalmente las trabajadoras de la industria, mientras seguían quedando excluidas las empleadas, las profesoras, las dependientas y la gran masa de colaboradoras domésticas y sobre todo de trabajadoras rurales. La exclusión de estas últimas dos categorías de los beneficios, simplemente porque no se las quería reconocer como trabajadoras, perduró hasta después de 1935.

Al principio la OMNI no era un instrumento directo del PNF, que de hecho se mantuvo a distancia. Solo a partir de 1931, bajo la dirección del comisario nacional Sileno Fabbri, y con su total reorganización en 1933-34, la OMNI entró en la órbita del PNF y de sus federaciones provinciales. Con la crisis económica que se abatía sobre el país y con el proceso, bajo la secretaría de Starace, de completa fascistización de las instituciones para organizar más rápidamente un Estado totalitario, la OMNI fue asignada a mujeres de confianza del fascismo, sin que por ello se desautorizase el control masculino y jerárquico del Partido: voluntarias y asistentes sociales, pertenecientes generalmente a los Fasci Femminili, actuaban en nombre de los federales y se atenían a las directivas de las categorías profesionales de médicos y juristas, siguiendo un programa difundido a través de órdenes internas y del boletín Maternità e infanzia. Así pues, la OMNI empezó a ocuparse por completo de las funciones políticas y propagandísticas que el régimen le había asignado, y de los planes de aumento demográfico, y siguió manteniendo a las mujeres en función subalterna como operadoras y destinatarias de los servicios. La asistencia no la obtenían por derecho todas aquellas mujeres que la necesitaban, sino que era sometida al examen de las cualidades morales y políticas de la asistida y de su familia. Además, la organización se prodigaba fundamentalmente con quienes no percibían una compensación laboral y con la numerosa y ambigua categoría de

amas de casa, sin intervenir para mejorar y sobre todo para ampliar las condiciones relativas a los seguros y a los permisos por maternidad de las madres trabajadoras. En los años treinta se multiplicó el número de ambulatorios obstétricos y de institutos de maternidad presentes en el territorio, gracias también al desarrollo de la construcción en el ámbito sanitario, mientras que fue suspendida toda forma de asistencia a domicilio. Además, en 1933 fue instituido, el 24 de enero, el Día de la Madre y del Hijo. Con la guerra europea a las puertas, la OMNI se burocratizó todavía más y se acentuó el control jerárquico de sus funciones y en 1942 su actividad fue organizada en cuatro zonas que correspondían a las exigencias de un país en guerra que contemplaba la posibilidad, no declarada, de tener que afrontar una defensa territorial y una ocupación. Además, sus servicios también siguieron activos durante la posguerra hasta que los ayuntamientos y las regiones se hicieron cargo totalmente de la asistencia sanitaria a la maternidad y de las guarderías. Por otra parte, la brevedad de los permisos por maternidad y la escasez de los controles preventivos para evitar las condiciones nocivas de los lugares y de las actividades laborales provocaron numerosos abortos espontáneos. El régimen también tuvo en este campo otras contradicciones; una de estas fue la defensa a ultranza de la función reproductora de la mujer sin una seria política de tutela de la salud de todas las madres. Si el hombre era socialmente responsable y moralmente imputable del hecho de no formar una familia y de no procrear, y por tanto era condenable profesional y económicamente, la mujer era considerada responsable de la fracasada maternidad. El aborto provocado era considerado el crimen más grave. El texto único de seguridad pública promulgado el 6 de noviembre de 1926 ya había autorizado a la policía a intervenir para impedir cualquier forma de publicidad y de apoyo al control de los nacimientos y el Código Rocco de 1930 había introducido el aborto entre los «delitos contra la integridad y la salud de la estirpe» y, por tanto, había elevado el concepto de culpa privada contra la vida a un crimen, a una «ofensa al Estado y a la Nación». Y, en cuanto crimen, era castigado con la prisión. El Código Penal contemplaba tres categorías de delito: el aborto provocado a una mujer sin su consentimiento, el más grave, castigado de siete a doce años de cárcel; el aborto provocado a una mujer con su consentimiento, de dos a cinco años, y el aborto que se provocaba una mujer a sí misma, de uno a cuatro años de cárcel. Además del aborto, también se castigaban la instigación al aborto (de seis meses a un año de cárcel) y los daños físicos procurados a una mujer considerada embarazada (que recaían en las penas por lesiones o incluso por homicidio involuntario).

Es imposible valorar cuantitativa y socialmente el fenómeno del aborto voluntario en la época fascista. Una primera investigación basada en los informes periódicos presentados por la autoridad judicial a los ministerios competentes del Interior y de Gracia y Justicia llega al menos a algunas conclusiones parciales. La gran mayoría de los abortos provocados permanecieron ocultos a las autoridades judiciales. El número de los denunciados, y por lo tanto conocidos, creció de 65.679 en 1932 a 91.987 casos en 1939. Ello no significaba en absoluto un aumento de la práctica abortiva, sino solo una creciente atención por parte de las autoridades de policía (que creó secciones que se ocupaban de la represión de los delitos contra la estirpe) y de la judicatura, especialmente entre 1937 y 1940. El ministro de Justicia, en una circular de julio de 1935 dirigida a los primeros presidentes del Tribunal de Apelación, solicitaba una mayor atención al crimen y un juicio severo. De 1937 a 1940 las iniciativas gubernamentales se sumaron a las individuales de los procuradores. Entre estas acciones destaca por su intransigencia la del Tribunal de Apelación de Turín, ciudad que ya había sido expuesta por Mussolini a la burla pública con su incitación a «abandonar las ciudades» en el texto del 22 de diciembre de 1928: «Turín, cuya población disminuye, porque los ataúdes superan las cunas [...] [E]l glorioso Toro se ha hecho neomalthusiano y lamentablemente ha perdido los atributos naturales e históricos de su virilidad». El procurador Ferri reprendió de hecho a la judicatura piamontesa, acusándola de «no sentir la importancia del problema de la natalidad»; problema que había sido replanteado en la reunión del Gran Consejo del 3 de marzo de 1937. De hecho, la media de absoluciones por casos de aborto fue alta: hubo una media nacional del 38,30%, en Milán se llegó al 44,14%, mientras que los porcentajes más bajos se registraron en Palermo (20%) y Turín (27,84%), quizá a causa de las advertencias mencionadas. La investigación también ha revelado que más de tres cuartas partes de los llevados a juicio eran mujeres: el 75,55 frente al 24,44% de hombres. Además, los casos de aborto provocado eran identificados y perseguidos más en el norte y el centro que en el sur (con excepción de Nápoles) y eran realizados sobre todo por las clases obreras y, en menor medida, por los campesinos; muchas de las mujeres investigadas eran solteras y poquísimas pertenecían a las clases medias y medio-altas.

La muestra de la investigación realizada en la zona de Turín, llevada a cabo por Luisa Passerini en los años ochenta y basada en la comparación entre las fuentes oficiales cuantitativas y los sucesivos testimonios orales, nos hace pensar que el número conocido de abortos provocados fue muy inferior a los que efectivamente se practicaron. Entre las clases populares probablemente no

existía en aquel entonces una rígida diferenciación entre las prácticas antifecundativas y las prácticas abortivas: ambas estaban encaminadas a controlar los nacimientos. Por otra parte, en la Italia fascista tanto la contracepción como el aborto habían sido prohibidos y eran condenados por la moral común de la Iglesia católica. Por tanto, ante impedimentos culturales, morales y también económicos a la hora de introducir otras formas de control seguro de la fecundidad, el aborto seguía siendo la práctica más difundida de limitación de los nacimientos. El uso del preservativo masculino todavía era muy caro y se tenía que afrontar la dificultad de procurárselo en una sociedad en la que cualquier forma de difusión de noticias sobre métodos anticonceptivos estaba prohibida; dificultad reforzada por la opinión general de que se recurría a ellos solo en el mundo de la prostitución como forma profiláctica contra la difusión de las enfermedades venéreas. Por lo que sabemos, al aborto clandestino recurrían fundamentalmente las mujeres casadas con hijos que pertenecían a la clase obrera, apoyadas por una red de solidaridad. Normalmente se llevaba a cabo en los primeros meses de embarazo con remedios domésticos gracias a la ayuda y a la transmisión de conocimientos populares de herboristería y de conocimientos prácticos (medios mecánicos, sondas, lavados, esfuerzos violentos, autointoxicaciones) en un mundo femenino compuesto por amigas, familiares, vecinas y matronas; a veces con la ayuda ilegal de médicos y, sobre todo, de comadronas y enfermeras. Así se explica por qué la mayoría de las personas investigadas por el delito de aborto provocado eran mujeres. Los raros casos de los que las autoridades se enteraron fueron descubiertos cuando se rompió el silencio o porque surgieron complicaciones que no permitieron clasificarlos como casos de aborto espontáneo. En sus últimos años, el régimen intentó controlar el fenómeno sometiendo a una mayor presión no solo a la judicatura, sino también a la clase médica y paramédica, promulgando en 1940 un nuevo reglamento para el ejercicio profesional de las comadronas y sugiriendo la hospitalización de las parturientas con la justificada razón de una mayor seguridad sanitaria, pero también con el objetivo de un mayor control por parte de los médicos y de las monjas presentes en las instituciones públicas. Las autoridades sanitarias no modificaron en los informes oficiales las cifras obtenidas relativas a los años treinta −el 15% de abortos con respecto a los nacimientos, que equivalía a 150.000 casos al año−, a pesar de que presintiesen que estaban aumentando, quizá triplicando, con respecto a los análisis iniciales de la primera posguerra, y que solo una parte de ellos eran efectivamente espontáneos. Los testimonios recogidos llevan a pensar que eran precisamente los abortos provocados los que aumentaban, especialmente entre la clase obrera septentrional. Se acentuaba, pues, una tendencia ya revelada por los

contemporáneos en los primeros dos decenios del siglo: los delitos de infanticidio y de abandono de recién nacidos estaban más difundidos en áreas rurales y entre las clases especialmente pobres, mientras que el aborto provocado era cada vez más practicado entre las clases populares de las áreas industriales.

La Iglesia católica dio un fuerte apoyo a la política natalista, incluso a través de ella el régimen reforzó su relación con el clero invitándolo a una lucha común para reforzar la civilización católica, protegida por su fuerza numérica y por la fe. Una primera señal de esta relación se produjo con la encíclica Casti connubii, difundida en 1930 en coincidencia con la promulgación del Código Rocco: el pecado mortal del aborto equivalía al crimen penal contra la especie. La relación continuó a lo largo de los años treinta hasta el encuentro de Mussolini con un grupo numeroso de prelados el 9 de enero de 1938. Pero no faltaron las discrepancias sobre la naturaleza del aborto. El Código Penal no explicitaba la forma consentida del aborto terapéutico, pero no castigaba el hecho de recurrir a la interrupción del embarazo en caso de que fuese necesario para la supervivencia de la madre, a pesar de que en los años treinta se hubiesen reducido las categorías de riesgo, excluyendo también las enfermedades vasculares y tuberculares. Por el contrario, el Santo Oficio reafirmó su clara oposición ante cualquier forma de aborto en un decreto del 2 de diciembre de 1940. Esta posición podía ser considerada una respuesta directa a la política eugenésica adoptada por el nazismo alemán, pero hoy puede ser también interpretada como una posición preventiva con respecto a un cambio laico del racismo italiano o, mejor, con respecto al regreso del fascismo a su original laicidad. Nos confirmaría este temor una directiva promulgada por el Ministerio del Interior a todas las fuerzas periféricas de policía (n. 73 del 9 de noviembre de 1944) que modificaba los artículos sobre el aborto del Código Rocco sobre la base de una razón puramente racista. Una mujer podía solicitar

ser sometida a aborto por motivos de honor [...] exclusivamente en una clínica o en una casa de socorro, y los gastos por el ingreso correrán a cargo del Estado, –en los casos en los que haya sufrido una violencia por parte de– extranjeros pertenecientes a una raza no aria, y por enemigos de la República Social o también por italianos traidores e ilegales.

Bajo varios aspectos y faltando alternativas, el aborto representó una importante responsabilización de las mujeres con respecto al propio cuerpo y al propio destino, una forma extrema de acción individual y comunitaria y, en última instancia, de autodeterminación. La decisión de no continuar con un embarazo por parte de mujeres pertenecientes a las clases asalariadas en fases de crisis económica, desempleo y disminución del consumo no representó una clara expresión de protesta antifascista contra la política demográfica del régimen; pero significó, de todas formas, una disidencia, una desviación con respecto a las reglas, a los códigos impuestos por las autoridades públicas, especialmente severas en la época fascista, pero no diferentes de la época liberal ni tampoco de la época republicana. De hecho, solo con la aprobación de la ley de interrupción voluntaria del embarazo, en 1975, y con la creación de los consultorios familiares, se obtuvo el alejamiento real del clima clérigo-fascista vivido anteriormente. Mientras, las costumbres habían cambiado, la mujer había entrado en el mundo del trabajo y a las mujeres de las clases populares se sumaron las que pertenecían a las clases medias; habían surgido movimientos e ideas a favor de la liberación de la mujer.

Pese a todas las políticas natalistas positivas y a las medidas represivas desarrolladas por el régimen, en Italia la mortalidad infantil no mejoró a lo largo del ventenio fascista, lo que demostró la persistencia de las precarias condiciones higiénico-sanitarias y de las bolsas de pobreza extrema de la población, sobre todo rural y meridional. Si la mortalidad infantil en Italia en el primer quinquenio posbélico era del 134,7 por mil, en el año 1937 todavía era del 108,8 por mil; había mejorado gracias a la intervención de la OMNI, pero seguía siendo casi el doble con respecto a otros países europeos, como Francia, que aquel año registró el 65 por mil, Alemania el 68, Inglaterra el 57 y los Países Bajos el 36 por mil. En 1940 en Italia se llegó al 102,6 por mil y luego aumentó dramáticamente −y no contamos con un válido análisis estadístico durante los años de la guerra−, cuando de nuevo influyeron en la natalidad la ausencia de los hombres, que estaban en el frente, las evacuaciones y los bombardeos, así como el frente mismo que se estableció en Italia en el verano de 1943.

E

L CUERPO DE LOS ITALIANOS

El catolicismo italiano contribuyó, por tanto, a que la política fascista italiana siguiera una línea natalista hasta 1943 sin las tentaciones de experimentación genética que, en cambio, estaban llegando a otros países. Las legislaciones destinadas a obligar a la esterilización de los sectores indeseados de la población también fueron introducidas en países con régimen democrático: en 1928 en Dinamarca, en 1934-1935 en Noruega y en Suecia y en los mismos años en dos tercios de los Estados Unidos. Las corrientes eugenésicas vieron en la Alemania nazi su máximo esplendor con la esterilización, entre 1934 y 1939, de alrededor de 320.000 individuos; la fertilidad de tres cuartos de estos hombres y mujeres era considerada indeseable por parte de la colectividad a causa de comportamientos juzgados asociales y por enfermedades psíquicas y físicas. Una parte de la historiografía alemana, también enriquecida por el debate teórico feminista, considera esta política como la antecámara del exterminio perpetrado durante la guerra, incluyendo también la eutanasia –que es como se denominó eufemísticamente al asesinato– de alrededor de 100.000 pacientes puestos bajo observación por problemas mentales entre 1939 y 1941. En Italia, en cambio, el racismo se desarrolló paralelamente a las políticas reproductivas; de cualquier modo este también fue producto de una política demográfica que experimentó sus prácticas selectivas a través de la legislación segregacionista en las colonias, como veremos en el octavo capítulo. La existencia de una eugenésica fascista era casi desconocida hasta hace pocos años y sobre todo era minimizada con respecto a la nazi. Hoy, gracias a nuevos estudios, podemos hablar de una específica vía italiana, de una «eugenésica latina» basada, más que en la medicina y en la biología, en la demografía, la cual asumió, según Anna Treves, el carácter de una ciencia dogmática; evitar la disminución de la población casi se convirtió en una obsesión para el mismo Mussolini o, mejor, en una misión que cumplir que movilizó al Estado y al Partido. Los estudios de Francesco Cassata han mostrado que gracias a algunos científicos, como Corrado Gini, y a algunos institutos, como el Istituto Nazionale di Statistica (ISTAT) y la Società Italiana di Genetica e Eugenetica, en la política de mejora y crecimiento de la población se comprometieron antropólogos, demógrafos, sociólogos, psicólogos y psiquiatras que llevaron a cabo una «síntesis entre ciencia de la población y

biotipología constitucionalista de inspiración católica». En resumen, si bien el catolicismo mantuvo alejado al fascismo de los diferentes caminos científicos que llevan a la eutanasia, el fascismo no fue extraño, sin embargo, al mundo científico que afrontaba la cuestión genética. También hay que observar que las políticas eugenésicas maduraron en el seno de una intervención pública relativa a las enfermedades sociales, mientras que en Italia el empeño de la medicina social fue débil, e incluso en algunas áreas ausente, y por tanto estaba claramente en contradicción con la altisonante propaganda demográfica. En el campo de la medicina preventiva encontramos el ejemplo más evidente de la actitud del régimen en lo que respecta a las cuestiones que tocan a las políticas sociales y la moral pública; actitud que también se confirma en los sectores específicos y más circunscritos de la homosexualidad y la delincuencia: la de considerar conveniente silenciar la existencia de un problema cuando no se tiene la voluntad o la capacidad de afrontarlo y resolverlo y cuando dicho problema da una imagen negativa de un país públicamente presentado como transformado y sin el problema mismo. Por lo tanto, mientras se estaba llevando a cabo una vasta campaña para el crecimiento demográfico y se llamaba a la familia y a la mujer al deber de la procreación, Italia tenía una de las cifras más altas de los países occidentales por enfermedades sociales que debilitaban a la población y al mismo tiempo mostraba altos porcentajes de partos prematuros y abortos espontáneos.

Entre las enfermedades que seguían provocando víctimas estaban la sífilis, el tracoma, la malaria y las enfermedades sociales aparentemente menores en cuanto que solo estaban difundidas entre algunas categorías de trabajadores, como la anquilostomiasis, presente entre los mineros sicilianos de las minas de azufre, y la equinococosis, que afectaba a la salud de los pastores, ambas provocadas por parásitos. La sífilis todavía producía a finales de los años treinta alrededor de 30.000 muertes al año y afectaba a unos 800.000 individuos, generando más de 10.000 minusválidos, además de provocar en algunas áreas (como en la de Nápoles, analizada en 1936) el 50% de partos prematuros y el 80% de los casos de aborto espontáneo. El tracoma, enfermedad que lleva a la ceguera, todavía era endémico a principios de los años cuarenta en 24 provincias de la Italia meridional e insular, afectando, según una estimación de 1940, a 645.000 adultos y 70.000 niños en edad escolar. El tracoma representaba el flagelo de la pobreza más extrema; aunque también había otras enfermedades debidas a la desnutrición, al agotamiento por trabajo y sobre todo a las condiciones higiénicoambientales aún pésimas, que causaban tifus y tuberculosis. La difusión de ambas volvió con la Gran Guerra, cuando

aumentaron con respecto a los tres decenios precedentes y se acentuó una distancia ya presente a finales de siglo entre Italia y el resto de la Europa industrial. En 1888 la incidencia de mortalidad por tifus era de unos 200 casos por 100.000 habitantes, a las puertas de la guerra de 81,3: cifras no demasiado diferentes del 70,5% del bienio 1936-1938, cuando en Inglaterra ya había disminuido al 3,2%, en Alemania al 4,4%, en Austria al 10,1% y en Dinamarca al 1,2%.

Todavía más alarmantes eran los datos relativos a la tuberculosis, considerada la enfermedad social del siglo XIX, pero muy presente en el Novecento italiano. El origen de la endemia tifoidea residía en la precariedad o falta de redes hídricas y de alcantarillado en muchas áreas del país; de manera similar, la causa principal de la tuberculosis se debía fundamentalmente a la situación de la vivienda, que había empeorado con la política urbanística del fascismo. El solicitado desalojo de las ciudades hizo que creciese la aglomeración de la población pobre a la que habían echado de los centros demolidos y a la que habían mandado a otras áreas periféricas −como los once barrios suburbiales de Roma, los «bajos fondos» napolitanos, los catoi palermitanos o los guetos de las ciudades industriales− con el único beneficio del aumento de la productividad de las tierras, empeorando las condiciones de la vivienda y de la higiene de los inquilinos más pobres. Algunas intervenciones edilicias contribuyeron a romper los equilibrios precedentes que existían entre la ciudad y el campo, afectando a la población menos protegida, es decir, la de origen rural y reciente urbanización, o a la más sometida a rápidos cambios laborales, como era el caso de los obreros-campesinos que, en un año, pasaban de las actividades estacionales en la industria a las actividades del campo en las zonas del valle padano. La tuberculosis se estaba difundiendo en el ambiente campesino y, mientras tanto, la dieta del campesino periódicamente urbanizado era insuficiente e inadecuada a sus necesidades energéticas. Las mismas investigaciones llevadas a cabo por los sindicatos fascistas a principios de los años treinta sobre la vida y el ambiente de los campesinos italianos, así como los datos presentados en diferentes congresos sobre las casas populares, mostraban que las condiciones de las viviendas y los hábitos alimenticios habían empeorado en coincidencia con la deflación y la política autárquica del régimen, las cuales habían obligado a reducir las raciones alimenticias a una parte de la población italiana por debajo del nivel fisiológico necesario para el crecimiento de un niño y la actividad de un adulto y habían desalentado a los propietarios agrarios a reinvertir las ganancias en la modernización de las viviendas de sus inquilinos y de sus trabajadores. Además, habían disminuido las inversiones en la construcción popular.

Así pues, la morbosidad habría debido ser extirpada en sus orígenes, modificando algunas graves distorsiones del modelo de desarrollo del país; pero, en realidad, la intervención fue fundamentalmente hospitalaria. En la segunda mitad de los años treinta todavía se contaban alrededor de 70.000 nuevos enfermos de tuberculosis, de los cuales más de 40.000 eran ingresados en sanatorios, hospitales y casas de socorro mediante la intervención de la OMNI, la Cruz Roja, la Opera Nazionale Orfani di Guerra, la Opera Nazionale Invalidi di Guerra y sobre todo a través de seguros, que habían ido a parar al instituto público de seguridad social, el Istituto Nazionale Fascista della Previdenza Sociale (INFPS), y de los consorcios provinciales antituberculosos. El real decreto del 27 de octubre de 1927, n. 2055, que tenía como objetivo poner en marcha una intervención obligatoria contra la tuberculosis, lo que realmente hacía era dar vida a un sistema asistencial repartido de manera desigual e injusta. Este sistema dejaba fuera a las categorías no aseguradas, como los jóvenes y la tercera edad, y separaba, hasta 1939, a los enfermos en dos clases: en una minoría de la población activa, compuesta por los trabajadores estables de la agricultura y la industria y por algunos sectores del empleo público, que pagaban obligatoriamente los impuestos de la seguridad social, y en la mayoría compuesta por quienes recurrían a los consorcios antituberculosos, financiados localmente. La desigualdad es más evidente si consideramos que los ciudadanos no asegurados vivían a menudo en los distritos provinciales casi carentes de recursos para los consorcios. Recordemos que, en 1933, del total de los ingresados a cargo del INFPS el 13,9% pertenecían a regiones centro-meridionales e insulares y el 43% únicamente a Lombardía.

La respuesta del Gobierno, y con él la de la clase médica, fue el aislamiento de los enfermos y el ingreso hospitalario obligatorio como reacción al temor de que el país se hubiese transformado en un inmenso hospital, temor que aún manifestaban a finales de los años treinta higienistas y administradores. También en 1927, el Gobierno aprobaba un vasto programa de construcción para organizar, a lo largo de un decenio, una red de sanatorios con al menos 18.000 camas; de esta manera, con una finalidad anticoyuntural, reservaba el gasto principal antituberculoso al campo de la construcción. Tanto entonces como después, hubo muchas críticas relacionadas con la decisión del tipo de ingreso, el cual a menudo tenía lugar después de largas esperas en la fase aguda de la enfermedad, así como también se criticó la gran carencia de instituciones dedicadas a acoger a quienes salían de los sanatorios. El fascismo mostraba ante la opinión pública los sanatorios modelo, como el de Sondalo en Valtellina, a los cuales habían destinado enfermos iniciales de tuberculosis, o los campamentos

de verano reservados a una minoría de niños. De hecho, jamás puso en marcha una acción directa importante, tanto preventiva como de recuperación, que consistiese en una extensa operación de profilaxis contra la tuberculosis en la infancia y que evitase el regreso de los enfermos a sus viviendas, es decir, al ambiente familiar y laboral que había sido la causa la enfermedad. La lucha contra la tuberculosis representa un caso significativo de las contradicciones del régimen en su política demográfica, sanitaria y racial y nos invita a leer las fuentes oficiales con precaución, sin atenernos exclusivamente a los resultados recogidos y dados a conocer por el régimen sin compararlos con tendencias demográficas y epidémicas. Los «éxitos» del fascismo no consistieron en la disminución absoluta de la tasa de mortalidad por tuberculosis, que sin embargo seguía su histórico descenso después del paréntesis de la Gran Guerra, sino en el aumento de la vida media del enfermo crónico gracias a las curas de los hospitales, que retrasaron el momento del fallecimiento; este valor fue leído erróneamente como una caída drástica de la mortalidad por tuberculosis, y como tal se le dio publicidad. También en la prensa médica de aquel entonces se encuentran dudas sobre la veracidad de las declaraciones oficiales. A mediados de los años treinta, algunos trabajadores sanitarios, basándose en lo que observaban en el flujo cotidiano de población que acudía a los dispensarios y a los sanatorios, consideraban que la tuberculosis, por el contrario, estaba aumentando considerablemente.

L

A MUJER FASCISTA

Toda la política fascista que concernía a las mujeres, establecida entre 1926 y 1929, se basó en la tesis de la inferioridad biológica de la mujer con respecto al hombre y en su destino predeterminado consistente en ocuparse del cuidado de los hombres y de la infancia, tanto en el hogar como en la sociedad, y en procrear. Una vez cumplido el cambio conservador, la ideología fascista se alimentó de diversas corrientes culturales, literarias y políticas, sobre todo nacionalistas y fuertemente misóginas y antifeministas, así como de teorías de la escuela antropológica y médica que se conformaron en el clima positivista de finales del ochocientos y que definían la diferencia del género femenino en términos de incompletud fisiológica y sexual, inestabilidad emotiva e inferioridad psicológica e intelectual. Las posturas personales de Mussolini y de sus principales colaboradores cambiaron con el tiempo solo por oportunismo político. Todo el movimiento, una vez libre de componentes y grupos libertarios, se hizo fuertemente machista, convencido de las dotes superiores del género masculino respecto al femenino, a pesar de que se valió de figuras femeninas de militantes e intelectuales para conquistar y mantener el poder. Puede parecer, pues, contradictorio el camino iniciado hacia el sufragio femenino, comenzado en 1923 y finalmente hecho ley el 22 de noviembre de 1925, que reconocía el derecho administrativo a las mujeres que hubiesen cumplido veinticinco años bajo solicitud de la interesada y sobre la base de sus posibilidades económicas (patrimonio y constancia en las listas tributarias del ayuntamiento) y de su educación. Fue una ley que se inspiraba en criterios de orden moral y político, pero que nunca reconoció el pleno derecho de las mujeres a ejercer el voto activo y pasivo (concedido solo en febrero de 1946). Recompensaba a la población femenina, sobre todo a las madres y a las viudas de los caídos, por el sacrificio que habían realizado durante la Gran Guerra, y reconocía que estas habían madurado durante el conflicto en lo que respecta al trabajo, a la patria potestad, a la educación y al cuidado a los demás. Durante los primeros años que siguieron a la guerra, el aún joven líder Mussolini pensaba fundamentalmente en estas mujeres, que no contaban con la ayuda necesaria de los hombres, que eran ciudadanas autónomas por necesidad. Él, como la gran mayoría de los hombres italianos de su tiempo, estaba convencido de la inferioridad natural de las

mujeres, como se aprecia en el discurso realizado en la Cámara en la sesión del 15 de mayo de 1925 con el que solicitaba el voto administrativo para las mujeres pero, al mismo tiempo, lo minimizaba, ridiculizando a los sujetos que tendrían que ejercerlo:

Algunos creen que la extensión, el reconocimiento de este derecho provocará catástrofes. Lo descarto. A fin de cuentas ni siquiera las ha provocado el del hombre, porque de once millones de ciudadanos, que deberían ejercer su supuesto derecho, seis millones ni se lo plantean (aprobación). Y en ciertas regiones este porcentaje es todavía superior [...]. Igual ocurrirá con las mujeres. Quizás la mitad solo querrá ejercer su derecho al voto. No ocurrirá nada en el ambiente familiar por una razón muy sencilla. La vida de la mujer siempre está regida por el amor: hacia los hijos y hacia un hombre. Si la mujer, el día de mañana, ama al marido, vota por él, por su Partido. Si no lo ama, ¡ya le ha votado en contra! (grandes risas). En cualquier caso, este evento fatídico tendrá lugar cada cuatro años (Atti del Parlamento, 1925: 3610-3615).

De todos modos, el proyecto de ley de 1925 excluía a las mujeres de los cargos de alcalde y concejal y del acceso a cargos electivos, «porque a causa de su naturaleza, del carácter de las funciones inherentes a ellos y por los poderes jurisdiccionales que confieren en algunos casos, dichos cargos se prestan mal a ser ejercidos por mujeres», destacando la inferioridad de la mujer como sujeto político. El mismo Mussolini subrayó dicha idea infinitas veces; esto también tuvo resonancia internacional gracias a la entrevista que dejó a Ludwig, cuando declaró que

la mujer debe obedecer [...]. Es analítica y no sintética. ¿Acaso ha hecho alguna vez arquitectura en estos siglos? Dígale que construya una chabola, ¡no digo un templo! ¡No puede! La arquitectura, que es la síntesis de todas las artes, le es extraña, y eso es una señal de su destino. Mi opinión sobre su lugar en el Estado es contraria a cualquier tipo de feminismo [...]. En nuestro Estado ella no debe contar nada (Ludwig: 168).

Mussolini tomaba prestadas consideraciones e incluso palabras que un maestro suyo, Alfredo Oriani, había expresado en la obra Il matrimonio, publicada en 1923. Dos años después repetía perentorio en un discurso en el parlamento la neta división de los roles: «La guerra es al hombre como la maternidad a la mujer».

La unión entre fascismo e Iglesia católica aumentó el peso del pensamiento católico conservador en la actitud fascista con respecto a las mujeres. Virilismo y catolicismo conservador formaron la mezcla adecuada para hacer que las mujeres estuviesen subordinadas a la voluntad masculina, pero el fascismo también las hizo fundamentales para realizar su proyecto nacionalista. El año del Concordato, 1929, el secretario del PNF Turati concretó la educación política del componente juvenil femenino: hasta el cumplimiento de los dieciocho años corría a cargo de la Opera Nazionale Balilla (ONB), mientras que las Giovani Fasciste, que era el grupo que consistía en las jóvenes que tenían entre los dieciocho y los veintiún años y preparaba la entrada de estas a los Fasci Femminili, estaban bajo el control de estos últimos hasta 1937. Esta joven quinta fascista consentiría, años después, un crecimiento rápido de los Fasci Femminili. Lo que se llevó a cabo, por tanto, fue una potencial politización de la juventud femenina, la cual se distinguió por una participación activa en las iniciativas y en los encuentros del Partido, que en la segunda fase organizativa y en la vida misma de la italiana se contrapuso a un proceso de despolitización, de marginación de la vida política y de limitación de sus funciones al ámbito materno y asistencial. El grupo de la ONB formado por las Piccole Italiane, de ocho a catorce años, estaba educado para este destino. Su Decalogo recordaba constantemente que «se sirve a la Patria barriendo la propia casa», y que si «la mujer es la primera responsable del destino de un pueblo» dicho destino debía cumplirse en la familia, «rica de hijos, parca en las necesidades, tenaz en el esfuerzo, ardiente en la fe fascista y cristiana». Emergía la primera y una de las más vistosas contradicciones del fascismo con respecto a las mujeres: el hecho de haber emancipado la vida de las jóvenes, al menos en las áreas del país en las que la organización del Partido estaba bien asentada, llevándolas a desarrollar actividades fuera del control doméstico y patriarcal, para después rechazarlas una vez que habían crecido en ese ambiente. Las transformaciones a las que el fascismo sometía a la sociedad italiana marcaban, pues, profundas divisiones no solo entre sexos, sino también entre las diferentes edades en el género femenino. Además, la política llevada a cabo por el fascismo con respecto a las mujeres jóvenes las alejó irremediablemente de la antigua guardia femenina de los primeros tiempos, transmitiéndoles que la idea del feminismo pertenecía al viejo

mundo liberal y democrático y que, por tanto, estaba completamente superada por el modernismo corporativo de la era fascista. Esto hizo que se interrumpiese la transmisión de las experiencias políticas femeninas desde principios de siglo hasta la Italia republicana, lo que tendría repercusiones dramáticas en los acontecimientos y en las luchas de las mujeres italianas de la segunda posguerra.

Los Fasci Femminili se ocupaban sobre todo de la maternidad y de la infancia en el ámbito de la compleja máquina asistencial organizada por el régimen. En los años treinta, sin embargo, su función resultaba insuficiente para implicar a todas las mujeres; era necesario que se creasen organismos con carácter corporativo que se acercasen y reflejasen las condiciones de vida y laborales de las clases populares, sobre todo rurales. Con este objetivo surgió, en 1933, una organización de amas de casa rurales, la Associazione delle Massaie Rurali. No podía ser concebida como un sindicato, porque hubiese entrado en contradicción con el principio de alejamiento de las mujeres del mercado laboral, así que se presentaba como un servicio puesto a disposición de las mujeres que trabajaban en el campo para integrar sus funciones domésticas con actividades útiles al balance familiar. Durante un año la asociación estuvo organizada por los sindicatos y después, en 1934, pasó a manos de los Fasci Femminili. El Partido había encontrado, de esta manera, el camino para acercarse a la población femenina −sobre todo a la rural no asalariada−, es decir, a los sujetos que más habían sido alejados de la vida política y sindical hasta ese momento. La Associazione delle Massaie Rurali tuvo un éxito rápido, sobre todo por los beneficios que comportaba: en 1934 las amas de casa inscritas eran más de medio millón, las mismas que las inscritas a los Fasci. Con la misma finalidad, en enero de 1938 se fundó una organización de obreras y trabajadoras, las Sezioni Operaie e Lavoranti a Domicilio (SOLD), creada por los sindicatos de la industria y coordinada por cuadros dirigentes femeninos procedentes de los Fasci. Estas secciones también crecieron rápidamente: un año después de su fundación, en 1939, ya contaban con más de medio millón de inscritas (501.415). Es difícil realizar un análisis cualitativo a causa de la heterogeneidad de estas adhesiones, pero es posible conjeturar que casi un tercio de las trabajadoras industriales y del sector del comercio estaban inscritas. Más tarde, cuando Italia entró en guerra, las SOLD tuvieron un papel fundamental a la hora de reintroducir a las mujeres, también a media jornada, en la producción industrial. En 1942 las asociadas a las SOLD serían 864.922 y tendrían que dar ejemplo del nuevo papel asumido por las mujeres en el esfuerzo productivo bélico. Para evitar que pareciese un nuevo sindicato obrero femenino, las SOLD no acogían solo a las asalariadas y las trabajadoras a domicilio, sino también a

las mujeres no trabajadoras que pertenecían a familias obreras. El régimen dirigía a las dos categorías el boletín Lavoro e famiglia y la publicación mensual L’azione delle Massaie Rurali, llenos de información y consejos sobre las labores domésticas, la legislación concerniente a la mujer y a la familia y los gastos.

Proclamando la incompatibilidad entre la naturaleza femenina y la actividad política y entre las labores maternas y la ocupación en el mundo laboral, el fascismo mimetizaba en dos asociaciones aparentemente dirigidas a las mujeres no trabajadoras a miles de mujeres que en realidad estaban ocupadas en el sector industrial y en el cultivo de la tierra. Oficialmente no eran reconocidas como trabajadoras, sino como madres que trabajaban saltuariamente. Esta falta de reconocimiento contribuyó en el mundo rural a hacer todavía más rígido el modelo tradicional femenino y a aumentar la distancia cultural, y también material, entre las mujeres de ciudad y las del mundo rural. Y, sin embargo, hoy sabemos que fue sobre todo el mundo rural el que hizo frente a la crisis de finales de los años veinte a través del trabajo agrícola femenino: a las mujeres se les encargaba el cuidado del huerto y las tareas del corral que a menudo daban de comer a toda la familia y permitían un mínimo intercambio comercial. Además, es interesante observar que las trabajadoras a domicilio y las amas de casa rurales no eran asistidas por sindicalistas, sino por las visitadoras domésticas, que también se ocupaban de otros servicios de la Opera Nazionale Maternità e Infanzia. Por otra parte, la misma concepción fascista del mercado del trabajo, que clasificaba a las mujeres como mano de obra de reserva en caso de necesidad de brazos, reforzaba esta estructura. La afiliación más baja a las Sezioni Operaie e Lavoranti a Domicilio y a los grupos de Massaie Rurali con respecto a la afiliación a los Fasci Femminili (en 1938, dos liras y media para afiliarse a las SOLD con respecto a las diez liras de los Fasci) hacía que las mujeres eligiesen las primeras, además de por el hecho de que solo de las primeras recibían beneficios concretos: ventajas relativas a los seguros y cursos de formación en agricultura, en trabajos con contrato a destajo y en economía doméstica. A partir de 1936, en la propaganda contra las sanciones llevada a cabo por el régimen, después del bloqueo de las importaciones a causa de la invasión de Etiopía, las amas de casa rurales también recibieron donaciones de productos: muchos paquetes de semillas, llamadas «semillas antisanciones», y máquinas de coser.

Sobre la base de estos éxitos, a partir de 1935 y a raíz de la empresa colonial etíope, que señaló también la entrada de Italia en la destructiva y larga aventura bélica que terminaría diez años después, el fascismo aceleró el proceso de

movilización nacional de las mujeres, dedicándoles momentos y manifestaciones públicas en la capital y en las principales ciudades del reino. La historiadora alemana Petra Terhoeven ha demostrado cómo la gran preparación en el país de la Giornata dell'Oro alla Patria, celebrada el domingo 18 de diciembre de 1935, marcó el inicio de una imparable movilización de la población femenina. Esta jornada estuvo dedicada sobre todo a las mujeres, más que a sus maridos, a los cuales habían convocado igualmente, y entraba en la vida privada a la que habían sido relegadas o en la que se habían refugiado durante el primer decenio del régimen, porque requería la prueba de la «alianza» nupcial. Pedía la oferta de lo más íntimo y valioso que podía conservar una mujer en una sociedad tradicionalista en la que el matrimonio había mantenido el más alto valor moral y social; le pedía un sacrificio, y lo hacía público introduciéndolo en esa «política de los símbolos» en la que el fascismo se había distinguido especialmente. Y también debemos recordar las consecuencias económicas de la donación del oro destinado a cubrir los costes de la invasión italiana de Etiopía y del bloqueo comercial internacional impuesto por la Sociedad de Naciones: las mujeres, con su sacrificio, contribuían sin ningún reconocimiento y sin haber sido introducidas en el mundo laboral, tal y como quería el régimen, a la economía del país, como por otra parte lo habían hecho las SOLD y las amas de casa rurales. El éxito de la Giornata dell'Oro de diciembre de 1935 llevó al PNF a multiplicar las ocasiones de movilización de la población femenina, convirtiéndola en coro y escenario de fondo de las grandes manifestaciones en la capital. Al día siguiente de la proclamación de la toma de Addis Abeba y de la proclamación del Imperio, el 7 de mayo de 1936, Mussolini se dirigió desde el balcón de Piazza Venecia a una enorme masa femenina, estimada por las fuentes oficiales en unas 100.000 personas, elogiando a las mujeres italianas:

el heroísmo de vuestros hijos, vuestros maridos, vuestros hermanos, se debe también a vosotras, mujeres de Roma y de Italia. Se ven miles de madres que alzan en sus brazos niños que aplauden. Un Balilla y una Giovane Italiana suben al palacio para entregar dones. Densas columnas femeninas se dirigen por Via IV Novembre y Via XXIV Maggio

y suben después la colina del Quirinale. Una similar manifestación de júbilo y adoración femenina tuvo lugar el 20 de junio de 1937 cuando, con motivo de la

inauguración en el Circo Massimo de la exposición sobre los campamentos de verano y la asistencia a la infancia, desfilaron a lo largo de la Via dei Trionfi y de la Via Imperiale 60.000 mujeres fascistas las cuales, cuando llegaron a Piazza Venezia «[a]lzadas, tendidas hacia él, lo llaman con una única voz». También se ha calculado que 70.000 mujeres fascistas desfilaron por Via dell'Impero el 28 de mayo de 1939 (OOBM, vol. XXIX: 206, 287).

La innovadora investigación de Terhoeven, junto con la vasta producción historiográfica de la inglesa Perry Willson, demuestran todo lo que la reflexión italiana sobre la condición de la mujer bajo el fascismo debe al trabajo de historiadoras extranjeras, a partir de la primera síntesis exitosa de 1992 a cargo de la estadounidense Victoria De Grazia, que ha marcado una etapa en el debate historiográfico e interpretativo. Su trabajo ha permitido superar la estéril contraposición entre dos oxidadas interpretaciones que sostenían, la primera, una postura fundamentalmente victimista de la mujer durante el fascismo, a causa del éxito del virilismo impuesto por la ideología y el Estado fascista; y la segunda, una postura en pro de la emancipación. A la cabeza de la primera interpretación estaba la documentación sobre la Sposa e madre esemplare que Piero Meldini mostraba en 1975 para afirmar el éxito obtenido por el régimen al relegar a la mujer a la esfera privada. Por el contrario, la segunda interpretación insistía en los efectos contradictorios de la propaganda fascista, los cuales habían contribuido a crear un modelo de mujer diferente a los tradicionales pidiendo a la población femenina una contribución para una misión patriótica y por tanto haciéndola protagonista al menos en algunos ámbitos políticos y culturales. La contribución fundamental de Victoria De Grazia fue la de articular y plantear la relación entre el régimen fascista y la población femenina desde el punto de vista de la ambivalencia: «ansia de modernidad y deseo de restauración» patriarcal constituyeron un conflicto interior. Las mujeres italianas sufrieron una nacionalización no diferente a la vivida por las poblaciones femeninas del mundo occidental, pero sin la adquisición de los derechos de ciudadanía. La nacionalización tuvo lugar, según De Grazia, sobre la base de la expansión de culturas y modelos de masas. En resumen, si por un lado el régimen pretendía reducir el papel de las mujeres a su puro destino biológico y someterlas a la autoridad patriarcal, por otro les pedía que respondieran al modelo de «nueva italiana»; es decir, las hacía protagonistas de un proceso de modernización, en los hábitos y en el consumo, y les proporcionaba instrumentos de emancipación y mayores libertades con respecto al cuerpo y al comportamiento. Pero Willson ha notado (1996) que los ensayos de De Grazia y de Michela De Giorgio (1992) se habían basado fundamentalmente en la observación de una población

femenina urbana y perteneciente a las clases medias, mientras todavía quedaba por examinar la movilización de las mujeres en las zonas rurales y en la clase obrera. El estado de la investigación hoy permite excluir «una equivalencia acrítica entre presencia pública y modernidad, y entre esfera privada y retraso» y no «creer tampoco que la implicación en organizaciones con objetivos reaccionarios contribuyese por sí misma a modificar de manera duradera las valencias en el orden social» (Terhoeven: 14). De la investigación resulta una de las más vistosas contradicciones del fascismo, a saber, la de haber politizado en los años treinta a jóvenes generaciones de mujeres, especialmente en las áreas urbanas centro-septentrionales, a través de modelos de feminidad alternativos a la tradición −dinámicos y deportivos, culturales, activos en la vida pública, en definitiva, al día con la modernización femenina de otras naciones occidentales−, para luego pretender que estas chicas, una vez alcanzada la edad de contraer matrimonio y de ser madres, se retirasen a la vida doméstica, sometidas a la indiscutible autoridad marital y ajenas a la vida social y política del país, y fuesen llamadas de vez en cuando a hacer de extras según las reglas férreas de una movilización forzada. Esto explica por qué muchas de estas jóvenes se empeñaron activamente entre 1943 y 1945 en la Resistencia o se alistaron en la RSI y trataron de contribuir y de ser valoradas en el renacimiento posbélico del país, hasta la completa involución registrada a partir de 1946-1947.

IV. LA ITALIA FASCISTA

¿UN PAÍS MODERNO?

El término modernización ha sido empleado en diversos ámbitos, desde la sociedad hasta la economía, para preguntarse sobre la naturaleza del fascismo y los efectos de su intervención en la historia italiana. La modernización ha sido adjetivada como contradictoria o conservadora por quienes han defendido los límites históricos de la política institucional y social y sobre todo económica del fascismo. Otros estudiosos, por el contrario, han señalado elementos de modernidad en las transformaciones de los hábitos y de la mentalidad y en la orientación del consumo, similares a los de los otros países occidentales durante esos decenios, elementos que contradecían el clima de conservadurismo, integralismo católico y autarquía que se impuso en Italia a mediados de los años veinte. También se ha cuestionado si en el sector más propiamente económico la intervención del fascismo provocó un largo estancamiento entre las dos guerras o representó un modelo de desarrollo capitalista que duró incluso más allá del ventenio fascista. Pero la política social y económica fascista presentó algunas contradicciones llamativas entre programas y resultados, y su intento de modernización, que consideramos conservador, se caracterizó por la distancia entre los hombres y los grupos que realmente deseaban un cambio en las relaciones sociales y de producción, y las fuerzas conservadoras que se manifestaron en el mundo de los productores agrarios, los empresarios industriales, las finanzas y en los cuerpos del Estado, fuerzas con las que el fascismo se comprometió para lograr construir una sólida base de poder. En resumen, el debut del fascismo fue innovador en los intentos de transformación de la sociedad y de la economía, pero fue conservador y retrógrado con respecto a los resultados obtenidos y las políticas adoptadas. Estos resultados no fueron de ningún modo la negación de su naturaleza política, como algunos han sostenido; lo que tuvo lugar fue más bien un distanciamiento de los ajetreados orígenes y una llamada al orden de los sectores que realmente habían creído en un cambio radical en la dirección del país con respecto al anterior periodo liberal. A estos pertenecían técnicos y sindicalistas. Los primeros defendían una

reforma de la propiedad agraria y de la gestión de los recursos del territorio o eran cuadros dirigentes de la industria, fascinados por los modelos de producción y gestión empresarial propuestos por Estados Unidos. Creían en un papel cada vez más importante de los técnicos y de las profesiones a la hora de gobernar el país y, desilusionados por la lentitud y los compromisos de la máquina administrativa y legislativa de la época liberal, aceptaron con entusiasmo la idea que les propuso el primer fascismo de crear grupos de expertos esperando formar una élite tecnocrática, parte integrante de una nueva clase dirigente.

Por su parte, los sindicalistas, que abrazaban el proyecto formulado en la segunda década del siglo por el nacionalista Alfredo Rocco, veían en la corporación el medio más moderno y eficaz para superar la lucha de clases. Para ellos la corporación era, a la vez, un instrumento de poder y un órgano de representación colectiva tanto de los trabajadores como de los empresarios: ambos tenían como interés común el desarrollo de la producción nacional y el desarrollo económico de un país recién salido de la guerra y en plena competencia en los mercados internacionales. En un primer momento el proyecto corporativo tuvo éxito, porque significaba la derrota de los sindicatos independientes. En el otoño de 1923, en el Palazzo Chigi, se estableció un primer pacto entre organizaciones patronales y sindicatos fascistas para el reconocimiento de estos últimos como los principales interlocutores del patronato, pero se tuvo que esperar mucho para que el pacto se perfeccionase, lo que tuvo lugar en un segundo encuentro el 2 de octubre de 1925 en Roma, en el Palazzo Vidoni. En aquellos dos años la organización de la Confindustria (Confederazione Generale dell’Industria Italiana), dando voz a los industriales especialmente innovadores como Olivetti, Agnelli y Pirelli, había expresado serias dudas sobre la capacidad del fascismo para mantener el orden en el país, la disciplina en sus filas y un comportamiento moral respecto a los escándalos administrativos y económicos. Pero los tres años de expansión de la producción industrial y agrícola entre 1923 y 1925, con el único inconveniente de un insospechado combate por parte de los sindicatos, especialmente de la FIOM (la federación de los trabajadores metalúrgicos que había organizado huelgas en la primavera de 1925), convencieron a Confindustria a aceptar el acuerdo. Esto llevó al reconocimiento, por parte de los empresarios, de los sindicatos fascistas como únicos interlocutores; el Estado prohibió el instrumento del cierre y de la huelga y redujo la representación de los trabajadores a un único sindicato fascista por categoría, el único que tenía autoridad para estipular contratos colectivos; además, fue instituida una judicatura laboral que controlaba la aplicación de los acuerdos de trabajo. Ante esta situación, la Confederazione

Generale del Lavoro se disolvió en enero de 1927. El 3 de abril de 1926 había sido promulgada la ley que regulaba las relaciones colectivas laborales; para su aplicación fue creado en julio un específico Ministerio de Corporaciones, y un año después, el 21 de abril de 1927, el Gran Consejo elaboraba la Carta del Lavoro. La corporación representaba así una respuesta al liberalismo y a la lucha de clases; el fascismo trataba de formar un Estado corporativo, una tercera vía entre el capitalismo y el Estado soviético, y «considera[ba] la iniciativa privada en el sector de la producción como el instrumento más eficaz y útil en beneficio de la nación». Tanto los trabajadores como los empresarios debían asumir responsabilidades ante un Estado vigilante e intervencionista, que pedía «unidad moral, política y económica». De todas formas, la Carta dejaba abiertas diversas interpretaciones; sobre todo el ala de origen revolucionario de los sindicatos fascistas, encabezada por el secretario de la Confederazione Nazionale delle Corporazioni (Confederación Nacional de Corporaciones), Edmondo Rossoni, pensaba en un control del capitalismo por parte de las corporaciones, con la mediación del Estado, y en una progresiva transformación de la economía en una corporación de productores, en la cual la propiedad privada sobreviviría con un control social. En noviembre de 1928 el Gobierno, que no aceptaba la presencia de centros de poder fuertes y potencialmente alternativos, disolvía la Confederazione Nazionale delle Corporazioni y la desmenuzaba en grandes sectores de intervención: industria, agricultura, comercio, finanzas y varios sectores para los transportes. Finalmente, la ley del 5 de febrero de 1934 definió veintidós corporaciones de oficio.

Mientras, la política económica había cambiado. Entre 1922 y 1926 se había adoptado una línea liberal, llamada línea De Stefani por el nombre del ministro de Finanzas Alberto De Stefani. Esta política había completado el rescate estatal de algunos sectores industriales y financieros (como la fábrica Ansaldo y el Banco de Roma), había privatizado algunos servicios (telefonía y seguros de vida), había aumentado los impuestos indirectos y, sobre todo, había convencido a los grupos industriales aún reacios al fascismo gracias a las políticas de contención de los salarios obreros. En aquellos años el fascismo tuvo la capacidad de transformarse en un movimiento urbano, estableciendo una alianza duradera con los grupos industriales más dinámicos del país (que pertenecían a los sectores siderúrgico, mecánico, eléctrico, químico y textil, lanzado en la producción de fibras artificiales) y con una clase media de trabajadores autónomos y de empleados de la administración pública. En 1926, la debilidad italiana en los mercados internacionales llevó a una política proteccionista, representada por el nuevo ministro de Finanzas Giuseppe Volpi, fundador de la

SADE, la sociedad adriática de electricidad, y creador, además de presidente, del puerto industrial de Marghera (Venecia). Lo que Volpi inauguró fue una política deflacionista caracterizada por una reducción de la demanda interna, por una restricción del crédito, por una reducción de los salarios y, sobre todo, por una revaluación de la lira, que en 1927 fue fijada a una tasa de cambio con respecto a la esterlina de noventa liras por una esterlina. Esta medida fue acogida de diferente manera entre los sectores económicos y financieros, divididos entre quienes mostraban interés en mantener una constante revaluación de la moneda y quienes resultaban perjudicados, sobre todo en las exportaciones. Las clases medias ahorradoras acogieron sin dudar una medida que valorizó sus depósitos en las cajas de ahorros. La nueva política y más tarde la Gran Crisis de 1929, que mostró sus efectos en Italia en 1931-1932, modificaron profundamente el escenario económico y social. La nueva política económica acentuó una fuerte concentración del capital financiero (ya favorecido por la legislación bancaria de 1927), lo que destruyó literalmente la red de institutos de crédito menores y alejó las inversiones de las áreas más débiles y deprimidas del país, las de montaña y las meridionales, concentrándolas sobre todo en la Italia centro-septentrional. En 1937 el denominado triángulo industrial, que acogía a cerca del 25% de la población italiana, contaba con el 64% del capital accionarial y con más de la mitad de las empresas presentes en el territorio nacional, que contaban con más de 250 empleados. Además, el Estado se convirtió en empresario y banquero: un Estado que, como se ha sintetizado brutalmente, privatizó las ganancias y socializó las pérdidas.

A partir de 1931 el Estado se comprometió directamente en una intervención empresarial en la actividad industrial, procurando créditos a las empresas y reinvirtiendo las ganancias. En 1933 fue creado el Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRI), cuya función consistía en facilitar capital para el rescate y el saneamiento de empresas. No se trataba de una simple transacción por parte del Estado: haciendo esto, el Estado adquiría y administraba los títulos accionariales y las propiedades de las empresas. En 1936 el IRI, bajo la presidencia de Alberto Beneduce, se convirtió en un organismo público permanente; en vísperas de la guerra ya había logrado controlar el 45% de la producción nacional del acero y el 67% de la elaboración de hierro y, gracias al progresivo rearme iniciado en 1935, poseía títulos del 80% de la industria naval y alrededor del 50% de la producción de armas y municiones. Por otra parte, las industrias eléctricas, las químicas y las textiles fueron las que más se beneficiaron de las obras públicas que el régimen puso en marcha. La intervención estatal desvinculó las fábricas de la dependencia directa de los bancos y, a partir de 1936, disciplinó

rígidamente el sistema bancario: los bancos de depósitos y descuentos solo podrían intervenir en el crédito comercial. El fascismo, por tanto, acentuó el proceso de oligopolio ya en marcha y creó una indisoluble relación entre industrias, bancos y administración pública.

El coste social fue muy alto, especialmente para las clases asalariadas de la industria. La situación creada por la crisis internacional no fue resuelta en Italia entre otras cosas a causa de la falta de inversiones disponibles a corto plazo, de la caída de los precios de los productos agrícolas y de la reducción drástica del comercio con el extranjero. Ante el aumento del desempleo, también empeoraron las condiciones salariales, que no mantuvieron la correspondencia con los precios al consumo. Los salarios reales de la industria disminuyeron una primera vez en 1927 con la revaluación de la lira, y luego siguieron bajando con la Gran Crisis, registrando descensos de hasta el 20% que no fueron acompañados por una disminución del coste de vida. Los consumos particulares y la ingesta de calorías per cápita en 1936-1940 se colocaron en niveles inferiores con respecto a los registrados en el quinquenio 1926-1930. Además, las condiciones de trabajo, especialmente en las grandes empresas metalmecánicas, empeoraron con la introducción de nuevos sistemas de racionalización fordista y con el nuevo método de contratos a destajo experimentado en Francia por el ingeniero Bedaux, destinados a aumentar el ritmo y el rendimiento productivo. Para afrontar los problemas, los empresarios industriales recurrieron al despido y a la medida menos agresiva de la reducción de los horarios de trabajo y, en consecuencia, de los salarios. Después de la tregua que siguió a la adaptación de los mercados a la tasa de cambio de noventa liras por esterlina, las repercusiones de la crisis internacional se evidenciaron en la ya debilitada economía italiana en forma de desempleo, que pasó de 310.000 unidades de media anual registradas en 1929 a más de un millón en 1932. Quienes perdían el empleo a menudo eran sustituidos por obreros más jóvenes, menos expertos y peor pagados, y también por mano de obra femenina, que volvió a registrar un aumento después de 1931. Esta situación creó tensiones constantes en las fábricas, que desembocaron, sobre todo en el bienio 1930-1932, en protestas espontáneas y, en el sur, incluso en una forma de nueva revuelta rural contra los impuestos, guiada por la rabia y la desesperación más que por un diseño político de abierta oposición. Estas manifestaciones de desaprobación, que a veces incluso eran individuales, no lograban ser controladas y ni siquiera absorbidas por los sindicatos fascistas, burocratizados y sometidos a un constante control por parte de la prefectura, y solo en 1939 el reconocimiento de fiduciarios sindicales de la fábrica acercó el sindicalismo

fascista a los obreros industriales. Algunas medidas fueron tomadas demasiado tímidamente o tarde: la introducción de las ayudas familiares a mediados de los años treinta y la fundación del Istituto Nazionale Fascista di Previdenza Sociale (INFPS) en 1933 a partir de la transformación de la preexistente Cassa Nazionale per le Assicurazioni Sociali tendrían que amortizar la precarización de las condiciones salariales. Pero el INFPS, tal y como ha revelado la investigación realizada por Chiara Giorgi, funcionó de manera muy diferente en las diversas provincias italianas: en algunas fue un verdadero instrumento de apoyo a las clases más desfavorecidas, mientras que en otras, como en la zona napolitana, representó otro instrumento vehicular más de las relaciones clientelares entre Estado-Partido y población. La puesta en marcha de obras públicas en Italia y en las colonias y de los grandes proyectos de infraestructuras (como «Nápoles puerto del Imperio») solo pudo absorber en parte el desempleo crónico del sector de la construcción y de la agricultura, pero no del de la industria. Se obtuvo solamente una breve recuperación de la industria septentrional y, con motivo de la preparación de las empresas bélicas del régimen entre 1935 y 1938, de algunos sectores meridionales.

U

N PAÍS EN MOVIMIENTO

El ya recordado Discorso dell’Ascensione, pronunciado por Mussolini en la Cámara el 26 de mayo de 1927, ha sido considerado el texto programático de partida para la restructuración territorial de la Italia fascistizada y de puesta en marcha de una explícita política demográfica, natalista y antimigratoria en el país:

Mi discurso –anunciaba el jefe del Gobierno− se divide en tres partes: primera, análisis de la situación del pueblo italiano desde el punto de vista de la salud física y de la raza; segunda, análisis de la estructura administrativa de la nación; tercera, directivas políticas generales actuales y futuras del Estado.

El régimen, instalado desde hacía poco tiempo en el poder, no podía dejar de tener en cuenta las profundas transformaciones sociales y de costumbres que estaban teniendo lugar en el país y en el contexto internacional, que, después de la guerra, también sufría una amplia restructuración del mercado laboral y de los flujos migratorios. Por otra parte, el país seguía registrando un exceso de mano de obra, principalmente juvenil, que ya había provocado importantes migraciones después de la unificación de Italia: entre 1871 y 1911 Italia había perdido en la emigración alrededor del 35% del aumento natural debido a los nacimientos. En ese periodo, una natalidad relativamente alta y, sobre todo, la emigración hacían que Italia se diferenciase de los países industrializados europeos. En el primer decenio del siglo, muchos países europeos centro-septentrionales habían disminuido considerablemente la emigración transoceánica, mientras en Italia precisamente entre 1901 y el estallido de la Gran Guerra la emigración había mantenido la media de 350.000 unidades al año (llegando en 1913 a casi 873.000 unidades).

La guerra había bloqueado ese flujo e incluso había hecho que regresasen a la

patria para combatir al menos medio millón de personas. La emigración de la posguerra, después de una interrupción en el periodo de desmovilización del ejército, volvió a aumentar de manera consistente en 1920: en aquel año dejaron Italia 614.000 personas, la mitad de las cuales se dirigieron a Norteamérica. Entre 1921 y 1924 la introducción en Estados Unidos de una legislación severa relativa a la inmigración limitaba, por cada grupo nacional ya residente en 1910, las nuevas entradas a un 2%. En consecuencia, la emigración italiana se dirigió a los países europeos limítrofes, especialmente a Francia. En el periodo 1922-1942, Estados Unidos acogió solo al 15% del flujo migratorio italiano; Francia al 38,8% (al 46% entre 1922 y 1927), mientras las corrientes transoceánicas se dirigían ya hacia América Latina, especialmente hacia Argentina, que absorbió al 19% de la emigración entre las dos guerras. No era la primera vez que Francia acogía mano de obra italiana: entre 1901 y 1910 su presencia media anual sobre el total de los trabajadores europeos presentes dentro de las fronteras estatales era del 22,8% y entre 1921 y 1930 este porcentaje anual aumentó hasta el 74,6%. Concretamente, entre 1922 y 1926 se superó el 80% (en 1924 llegó al 86,8% absorbiendo al 55,3% de la emigración italiana total). Estos porcentajes tan altos fueron consecuencia de diversos factores concomitantes: la gran necesidad de mano de obra de calidad que tenía Francia en los últimos años de su reconstrucción posbélica; la drástica reducción de la solicitud de mano de obra italiana por parte de los países perdedores y económicamente en crisis (comprensiblemente por parte de Austria y Alemania, pero también de Suiza) y la salida de Italia de muchos trabajadores antifascistas perseguidos o excluidos del mercado laboral a causa del cese de la red asociativa y protectora que estaba constituida por las organizaciones sindicales y cooperativas.

A partir de la creación de un organismo de gestión de la emigración, el Commissariato Generale dell’Emigrazione, y después de una primera ley que regulaba la emigración aprobada en 1901, y con mayor atención a partir de 1913, el Estado italiano había intentado fijar un cupo de trabajadores destinados al mercado europeo, negociando contratos colectivos con compañías y asociaciones de empresarios industriales de los países de acogida. Esta política continuó en 1919 bajo la dirección de Giorgio de Michelis, uno de los más conocidos expertos italianos utilizados por el Ufficio Internazionale del Lavoro en Ginebra, subordinando la entrega del pasaporte a la obtención de estos contratos en algunas regiones extranjeras. El objetivo no era solo el de controlar la mano de obra de salida: las autoridades italianas querían aprovechar lo más posible la presencia temporal de trabajadores en el extranjero, controlando la estipulación de los contratos. El Commissariato actuaba en el extranjero a través

de sus propios agentes y también en colaboración con las oficinas de asistencia privadas, como las fundadas a principios de siglo por la sociedad laica Umanitaria y por la Opera Cattolica Bonomelli. En 1924 el fascismo cerró la sociedad Umanitaria y se apoyó en el movimiento católico para crear comités de asistencia, convencido de que compartían el mismo objetivo: hacer del emigrado un hombre dedicado a la familia, devoto de la iglesia y fiel a la nación. En 1927 la organización Bonomelli todavía estaba presente en Europa con 66 oficinas, de las cuales 17 estaban en Francia, y resultaba difícil distinguirla de los consulados italianos. Por ello el fascismo utilizó la Opera Cattolica en la fase de transición de su política de emigración hasta julio de 1928, cuando en las negociaciones para alcanzar el Concordato con la Santa Sede Mussolini pidió su desmantelamiento. Mientras tanto, el proceso de centralización de las competencias llevado a cabo por el nuevo Gobierno también afectó al sector de la emigración: en 1923 el Commissariato Generale dell’Emigrazione perdió su autonomía y fue subordinado al Ministerio de Asuntos Exteriores y, ya en abril de 1927, desapareció para dejar paso a la Direzione degli Italiani all’Estero (Dirección de los Italianos en el Exterior).

La cuestión no se planteaba solo en la modificación de la política de emigración llevada a cabo anteriormente por los gobiernos liberales, sino en la naturaleza misma de la emigración. Hasta 1926 el régimen apoyó y explotó el factor emigración, criticando a la clase dirigente anterior por no haber exaltado el sentimiento y la dignidad nacionales entre los emigrantes y por no haber valorizado su contribución económica y su relación con la patria. Solo después el régimen advirtió la contradicción profunda entre una hemorragia de fuerzas sanas y jóvenes de la población y la nueva política demográfica. Algunas intervenciones de Mussolini y de exponentes del régimen antes del Discorso dell’Ascensione mostraban esta paradoja. «El fascismo tendrá que cesar de promover la emigración que socava las fuerzas vitales de la raza y del Estado», afirmaba en la Cámara el subsecretario de Asuntos Exteriores Dino Grandi el 31 de marzo de 1927. Se señalaba la necesidad de disciplinar y desviar el movimiento migratorio hacia el interior del país y hacia las colonias italianas. El 28 de abril de 1927 el Commissariato Generale dell’Emigrazione fue abolido, entre otras cosas porque representaba la admisión oficial de la existencia de desempleo en el país. Hay que añadir, sin embargo, que en 1927 la revisión realizada en Francia de los procesos de naturalización, que facilitaban la obtención de la residencia y la nacionalidad, indujo a muchos emigrados italianos a quedarse en el país de adopción por motivos económicos y políticos, lo que tuvo como consecuencia que se radicalizase la respuesta por parte de las

autoridades fascistas italianas. Las repatriaciones anuales, que en 1925 (año en el que se completaron las grandes obras de reconstrucción francesas posbélicas) habían llegado a unas 109.500 unidades, en 1927 descendieron a menos de 46.300 y en 1928 a menos de 31.850. Como reacción, a partir de la primavera de 1927, el régimen desincentivó la emigración hacia Europa y promovió, a través de las sedes consulares, las repatriaciones; a partir de abril de 1928 autorizó a las oficinas de empleo a firmar contratos con empresas extranjeras solo para grupos inferiores a veinte trabajadores y, a partir de julio de ese año, seleccionó los sectores en los que los trabajadores italianos podían ser empleados, excluyendo de estos a las personas de servicio y a los jornaleros agrícolas. Incluso se volvió difícil la reagrupación de familiares cercanos al núcleo familiar ya residente en el extranjero. Solo se permitía la expatriación a quienes, por capacitación profesional y garantía política, podían contribuir al desarrollo económico en Italia, asegurándole entradas económicas. A partir de enero de 1929 los controles de frontera pasaron de los servicios de emigración a la Policía Política y a la Milizia. Y al cabo de diez años la política migratoria del régimen volvió a cambiar: convencidos de que los italianos en el extranjero se integraban demasiado rápidamente, perdiendo las cualidades de la italianidad que se adecuaban a los objetivos ideales y políticos del fascismo, fue creada en 1939 una comisión destinada a promover su regreso, la Commissione Permanente per il Rimpatrio degli Italiani all’Estero, bajo la iniciativa de Paolo Orano y con la intervención directa del embajador Roberto Cantalupo, que se marchó a Brasil para adaptar el proyecto a las comunidades italianas de América del Sur. A pesar de todas las políticas antiemigratorias, a principios de los años treinta Francia registró una llegada considerable de mano de obra italiana. También hay que hacer una observación a propósito de la procedencia re gional de la emigración italiana hacia Europa. Según los datos de la época, de los italianos presentes en Francia en 1925, el 34% eran de Véneto, el 18% de Piamonte, el 12% de Lombardía, el 9% de Toscana y el 7% de Emilia. En total, el 80% de todos ellos procedían del centro-norte, de áreas que ya antes de la Gran Guerra habían dirigido los propios flujos migratorios hacia Francia y que seguían aumentándolos después de haber estado particularmente afectadas por la violencia del escuadrismo agrario. Europa, pues, no absorbía sino la mínima parte de los desempleados meridionales, que eran más numerosos y sobre todo estaban menos preparados que los de las áreas industriales y de agricultura moderna. De hecho, en 1926 el porcentaje de trabajadores italianos en Francia era alto en los sectores metal-mecánicos (el 9,4%), en la construcción (el 14%) y en la industria vidriera y de materiales para la construcción (el 8,5%). Para ser eficaz, la política migratoria y demográfica del fascismo, y con ella la carga

propagandista y movilizadora de recursos y sobre todo de esperanzas, tenía que intervenir precisamente sobre la emigración meridional, la más penalizada por las nuevas legislaciones antiemigratorias. Pero esto no ocurrió inmediatamente, y en los años siguientes el régimen hubo de recurrir a la política y sobre todo al espejismo de la asignación de nuevas tierras de ultramar, las «tierras al sol», y al reclutamiento de mano de obra y militares con camisa negra destinados temporalmente a las empresas militares que se sucedieron entre 1935 y 1939.

Después de un tímido arranque, el régimen fascista tendió a definir las líneas maestras de la política demográfico-ruralista y a prestar atención a los flujos migratorios internos al país. En agosto de 1927 el Consejo de Ministros discutió un plan, que se transformó en decreto ley en noviembre, que tenía dos objetivos: limitar la concentración de nueva mano de obra industrial en áreas urbanas, controlando los nuevos flujos, y mantener a la población rural ligada a la tierra. En realidad, el decreto lo que hacía era someter a autorizaciones especiales, es decir, desincentivar «la instalación de nuevos establecimientos industriales con más de cien obreros en los ayuntamientos con un conglomerado urbano con una población superior a los 100.000 habitantes». El censo de 1921 señalaba dieciocho ciudades con más de 100.000 habitantes, siete más con respecto al censo de 1901, y es precisamente en estas ciudades medio-grandes donde se estaba concentrando la presión migratoria, presión que el régimen de todas maneras no consiguió evitar, como evidenciaba el censo de 1931. Este último relevaba que los habitantes de los grandes conglomerados urbanos habían pasado en un decenio del 12,9 al 16,8%. A mediados de los años veinte habían sido calculados alrededor de 10.200.000 trabajadores agrícolas, de los cuales poco menos de cinco millones habían sido registrados como jornaleros, cultivadores de terrazas y labradores. Tenerlos vinculados a la tierra significaba también someterlos a las consecuencias de la crisis agrícola, cuyos daños habían sido cíclicamente atenuados en los años anteriores por la emigración. Colonos y aparceros, empobrecidos por la especial dureza de la crisis agrícola, descendían peligrosamente en la escala social y corrían el riesgo de entrar en las filas del salariado agrícola. A poco menos de un decenio de su victoria política sobre el proletariado urbano y rural y a pesar de encontrarse en un contexto diferente y sin adversarios organizados, para el fascismo la situación estaba convirtiéndose en un peligro potencial que lo estaba llevando a tener que afrontar formas de descontento y de disidencia. Contemporáneamente a los intentos de descongestionar las ciudades, el régimen intentó cambiar la índole social de los jornaleros agrícolas gracias a una operación de «desjornalización» que fue promovida por el Commissariato per le Migrazioni e per la Colonizzazione

Interna. Este Commissariato fue fundado el 9 de abril de 1931 a partir de la transformación de un precedente Comitato Permanente per le Migrazioni Interne, creado por ley el 4 de marzo de 1926, que estaba a cargo del Ministerio de Obras Públicas. Se trataba de un organismo de control y superintendencia de los flujos migratorios que tenía la labor, sobre la base de informes mensuales provenientes de la periferia, de identificar las áreas más densamente pobladas y de ordenar el desplazamiento de «grupos de trabajadores y de familias de agricultores de una provincia para ser empleados en otra provincia» preparada para nuevas actividades industriales y sobre todo agrícolas. Además, se fijaba el objetivo de detener el natural flujo migratorio, cada vez más interregional, del sur hacia el norte y del nordeste hacia el oeste.

Uno de los motivos por los que se fundó el Comitato Permanente per le Migrazioni Interne fue el proyecto para la colonización del sur de Italia propuesto por Giovanni Giuriati, en aquel momento ministro de Obras Públicas. No era una propuesta nueva: antes de la guerra ya había sido anticipada por grupos de la izquierda reformista, como la Società Umanitaria de Milán, que había recogido información en Basilicata y en Calabria, y por las cooperativas, especialmente la de los carretilleros de Rávena dirigidos por Nullo Baldini, que estaban interesados en las obras de los campos agrícolas del área de Ostia. Estos veían la propuesta beneficiosa para aliviar el desempleo en el norte. Giuriati, en cambio, contemplaba la idea de realizar un plan general para el sur que sanease a la vez los desequilibrios económicos y demográficos. Pero Giuriati se basaba en una imagen errónea, en gran parte sugerida por la misma propaganda fascista: un sur debilitado y despoblado por la emigración y un norte superpoblado por jornaleros agrícolas que no querían emigrar y por obreros que se concentraban en las ciudades. Los comités de técnicos reunidos por Giuriati llegaron a conclusiones completamente opuestas que relevaron prejuicios culturales y políticos, respaldados por errores y actos de adulación por parte de demógrafos y geógrafos. Sus informes, depositados en 1927, sugerían que en el sur se construyesen infraestructuras, vías de comunicación y medios de transporte y que se pusiesen en marcha transformaciones ambientales antes de llevar a cabo cualquier tipo de acción migratoria y antes de trasladar a los peones septentrionales a un ambiente, un clima y un tipo de vida desfavorables para ellos. Los informes conjeturaban que había recursos no aprovechados en el Sur: fuentes hídricas, combustibles fósiles, minerales y el no menos importante recurso humano escasamente utilizado, y sugerían resolver el problema demográfico con una redistribución de la población local gracias al nacimiento de nuevos sectores y polos productivos.

El problema estaba relacionado con los aspectos más sensibles de la cuestión meridional: la propiedad de la tierra y su productividad. Eran problemas seculares sin resolver que eran presentados por dos formaciones contrapuestas que ahora se adherían al fascismo. Por una parte estaban los propietarios meridionales, apoyados por los nacionalistas de Alfredo Rocco y por la organización que representaba los consorcios de saneamiento, el Comitato Promotore dei Consorzi di Bonifica, atentos a no poner en discusión, con la propiedad de la tierra, antiguos privilegios. Por otra estaban los social-reformistas de origen nittiano que se habían pasado al fascismo: Arrigo Serpieri y la Confederazione dei Consorzi Agrari, que apoyaban las transformaciones del territorio de interés público incluso hasta llegar a la expropiación y a la colonización de las tierras. La contraposición se hizo espinosa para el jefe del Gobierno, que estaba consolidando el poder con el apoyo de los nacionalistas y de los grupos propietarios meridionales y, al mismo tiempo, necesitaba a los técnicos y a los sindicalistas pasados al fascismo para poner en marcha un programa de transformación del Estado y de la economía. Por ello Mussolini evitó afrontar la cuestión meridional en 1927 y luego su Gobierno estableció nuevos asentamientos agrícolas solo en pocas áreas recuperadas.

L

A NUEVA FRONTERA

La recuperación no fue obra exclusiva del fascismo. La clase dirigente liberal ya había incluido la cuestión en la agenda programática de la construcción de la nación y la «redención del territorio». Además, la decisión fuertemente simbólica de nombrar Roma la capital del país había colocado de hecho el corazón administrativo y representativo del nuevo Estado en un área, el Agro Romano, de las más pobres, abandonadas e insalubres del país, que compartía con otros territorios pantanosos de la Maremma, del delta del Po y de Cerdeña la primera posición en lo que se refiere a la difusión de la malaria. La recuperación de estas tierras para un cultivo moderno y su saneamiento fueron una primera señal de la voluntad de modernización económica y social del nuevo Estado: la ley Baccarini de 1882 y la siguiente de 1900 pusieron en marcha las obras hidráulico-sanitarias para el saneamiento de las tierras pantanosas. Más tarde, calmado el entusiasmo colonialista con la acción líbica de 1912, exponentes políticos e intelectuales del meridionalismo democrático, como Giustino Fortunato y Gaetano Salvemini, sopesaron la posibilidad de desviar energías y finanzas públicas para conquistar nuevas tierras cultivables en el país. Una vez más la Gran Guerra hizo de línea de separación y al mismo tiempo de agente modificador de proyectos precedentes. Una vez consolidado en el poder, el fascismo intentó recoger la herencia múltiple del saneamiento, hecha de imaginario y de necesidades, pero también de proyectos concretos provenientes de ambientes técnicos y médicos, y la puso en el centro ideológico de su política demográfica y ruralista. Concretamente, el Estado fascista hizo que el saneamiento, en lugar de limitarse a ser una intervención de carácter saltuario destinada a una disposición hidráulica y de drenaje de terrenos, se convirtiese en un «saneamiento integral». Aunque este último término ya había aparecido entre las intenciones de principios de siglo, con el fascismo asumió un énfasis simbólico y evocó mitos de la Gran Guerra: el saneamiento se hizo redención nacional y las áreas en las que se llevó a cabo tierras redimidas; los campesinos destinados a repoblarlas recibirían la tierra como compensación a los esfuerzos bélicos y sobre todo con la finalidad de crear núcleos de civilización.

A la recuperación de los terrenos seguía el cultivo extensivo, que se hacía para

promover la creación de una pequeña propiedad campesina. Al menos tres factores funcionaban de estímulo al proyecto iniciado a mediados de los años veinte: la necesidad de calmar a las masas campesinas desempleadas que, una vez superado el trauma del primer fascismo escuadrista y privadas de sus organizaciones y de sus líderes, mostraban de nuevo señales de inquietud ante la crisis económica y ante el bloqueo de las migraciones internas e internacionales; el hecho de que el fascismo ocupase el lugar del movimiento católico a la hora de promover la existencia de una clase campesina propietaria y socialmente estable y apegada a la tierra y al orden social; y, en tercer lugar, un nuevo uso de la Opera Nazionale Combattenti (ONC) como instrumento de movilización popular, convirtiendo así la potencialmente subversiva promesa de «tierra para los campesinos» realizada después de Caporetto en la promesa de «tierra para los combatientes». La estipulación de pactos agrarios en régimen de copropiedad de la tierra debía asegurar una estabilidad social y económica a los campesinos más pobres. Una serie de leyes guiaron la operación de mejora integral; la primera, aprobada el 18 de mayo de 1924, fue fruto de un grupo de técnicos guiados por Arrigo Serpieri, a cargo del Ministerio de Economía Nacional. Estudioso y docente de la economía agraria, Serpieri, nacido en Bolonia en 1877 y milanés de adopción, había confluido en las filas fascistas en 1923, después de haberse movido en el ambiente del reformismo socialista de la preguerra y de haberse implicado profesionalmente en la mejora de las condiciones de trabajo de los agricultores y en la resolución de conflictos contractuales entre los patronos y los jornaleros en los campos del valle del Po. Él se ocupó de la dirección del proyecto como subsecretario hasta 1935, cuando fue alejado del cargo a causa de divergencias surgidas sobre la gestión y la finalidad de los saneamientos y, más en general, sobre la política agraria del país. A finales de 1934 Serpieri había presentado al senado un proyecto dirigido a la transformación de la Associazione Nazionale dei Consorzi di Bonifica, presidida por él, en un organismo representativo de todos los sujetos colectivos implicados en el saneamiento integral, comprendida la ONC y los sindicatos de los colonos rurales. Este proyecto de perfil corporativo, que fue rechazado, también tenía un gran valor técnico y productivo y chocó con la interpretación fuertemente política atribuida a la acción de saneamiento por parte de algunos cuadros dirigentes fascistas y con los intereses de los propietarios agrarios meridionales. Con la salida de escena de Serpieri, el año 1935 vio, pues, el paso de consignas de una generación de técnicos a un cuadro de funcionarios fascistas que tenían una visión exclusivamente sociopolítica del saneamiento. Además, seguía habiendo una falta de claridad en lo que respecta a la atribución de deberes y competencias entre los funcionarios de los ministerios de Economía Nacional, de

Corporaciones y de Agricultura y Silvicultura y los dirigentes sindicales y de la ONC.

A la ley Serpieri le siguió la del 24 de diciembre de 1928, registrada como legge fondamentale del Regime y citada como Legge Mussolini per la bonifica integrale (literalmente «Ley Mussolini para el Saneamiento Integral»), que más tarde fue perfeccionada en febrero de 1933. La legislación fascista, con respecto a la preguerra, amplió las áreas que contaban con beneficios estatales; además, las tierras recuperadas eran consideradas, junto al saneamiento, de «fundamental interés social» y, por tanto, destinadas a la colonización. El Estado intervenía directamente en las obras de desforestación, de disposición hidráulica y canalización, de profilaxis antimalárica y de construcción de vías de acceso fluviales y de carreteras. La mano de obra y los colonos eran elegidos, en cambio, por el Commisariato per le Migrazioni Interne; la atribución de fondos, la coordinación del asentamiento y la gestión de las infraestructuras estaban en manos de la ONC. La operación de saneamiento integral se puso en marcha con adecuados medios financieros entre 1926 y 1932, mientras que en los años siguientes, en los que se le dio a la empresa amplia resonancia pública, los financiamientos públicos fueron destinados principalmente a la construcción de núcleos urbanos: las denominadas «ciudades nuevas» (hoy llamadas preferiblemente «ciudades de fundación»), que estaban destinadas a la administración y a los servicios de las áreas recuperadas. Pero la política de ruralización sufrió una lenta agonía después de 1935.

En el norte se llevaron a cabo obras de valorización de los terrenos que consistieron en saneamientos integrales y en asentamientos de familias campesinas: en 1923 se iniciaron en la provincia de Bolzano y en la Bassa Friulana; en Istria a partir de 1929 y en 1926 fueron retomadas en el área de Ferrara y empezaron en la de Bolonia, con el encauzamiento y la canalización de los ríos Reno, Sillaro e Idice, y en el triángulo formado por Reggio Emilia, Módena y Mantua con un saneamiento hidráulico. En el área centro-meridional se llevaron a cabo en la zona de Grosseto (fue constituida una oficina de inspección para el saneamiento de la Maremma toscana en 1928); en la provincia de Pescara, a partir de 1930; en la zona de Agro Pontino y del Tavoliere de Apulia; en la zona de Salento; en la de Metaponto, con una obra antimalárica que empezó en 1936, y en el Basso Volturno, muy tarde, con un real decreto del 11 de noviembre de 1938 que implicaba en las obras a la ONC. El primer experimento se inició en Cerdeña en 1921 sobre la base de un precedente y ambicioso proyecto público de repoblación forestal, de saneamiento, de riego y

de lucha contra la malaria que había sido propuesto por el ingeniero de Pavía Angelo Omodeo y que había sido planificado con grupos eléctricos en 1914-1915 para utilizar las aguas residuales de la presa del río Tirso con el propósito de hacer fértiles las alrededor de 18.000 hectáreas de Terralba, al sur de Oristano. El fascismo encargó el proyecto a una sociedad privada y lo financió generosamente con fondos públicos. En el centro del área fue construida e inaugurada en 1928 la ciudad de Mussolinea, hoy Arborea, que estaba rodeada de un centenar de fincas administradas por aparcería por parte de familias sardas, vénetas y de la Maremma. También en Cerdeña se puso en marcha un segundo proyecto de valorización del terreno en el área de la Nurra, al norte de Oristano, que fue encargado al Ente di Colonizzazione Ferrarese, el cual trasladó a colonos de Ferrara y de Rovigo y edificó la ciudad de Fertilia, inaugurada en marzo de 1936. Gracias a la primera experiencia sarda, el régimen se dio cuenta de la importancia de recurrir a las obras públicas, tanto para reducir las acumulaciones de desempleo en algunas áreas y apagar los focos de protesta haciendo un uso amplio del instrumento ambivalente de la emigración, como para construir nuevas alianzas de poder. El saneamiento tuvo características propias y dio resultados diferentes según la zona en la que se produjo. El programa se trasladó al Tavoliere de Apulia. Iniciada en 1928, la obra de saneamiento de esta área de Apulia fue realizada durante los diez años posteriores hasta que tuvo lugar el asentamiento de colonos, a cargo de la ONC, en 27.000 hectáreas de terreno a partir de 1938. Una parte considerable de las tierras que se sometieron al saneamiento hidráulico y agrícola seguía estando en manos de los grandes propietarios individuales y de los que formaban parte de consorcios, lo que transformó la experiencia pullesa en una acción que benefició a los propietarios agrarios y a las clases medias y profesionales urbanas y conllevó una progresiva reducción de las expectativas y de las oportunidades de los jornaleros agrícolas locales (36 anni dell’Opera Nazionale per i Combattenti).

La más conocida, difundida y discutida de las obras realizadas por el fascismo sigue siendo, aun así, el saneamiento integral del Agro Pontino y el Agro Romano: 80.000 hectáreas de tierra que había que hacer fértiles. En 1931, la ONC empezó a hacerse con una parte de terrenos que pertenecían a sociedades agrarias. Dos oleadas migratorias se alternaron entre 1931 y el estallido de la guerra en los lotes que progresivamente iban siendo elegidos para el saneamiento y el cultivo. Los primeros que llegaron (carreteros, trabajadores que preparaban los campos agrícolas, obreros: 10.000 de ellos ya activos a finales de 1931) fueron quienes se ocuparon de sanear y parcelar los terrenos. En un segundo momento llegaron las familias de colonos, a las cuales se les asignaba

una finca aproximadamente de unas veinte hectáreas que comprendían casa, establo para los animales y herramientas de trabajo. La selección tanto de quienes trabajaban en la obra como de los colonos la llevaba a cabo el Commissariato per le Migrazioni Interne en las provincias caracterizadas por una fuerte concentración demográfica y por una alta tasa de desempleo, localizadas principalmente en áreas del Véneto (Rovigo, Padua, Treviso, Verona y Vicenza), y en Romaña y Toscana. En muchos casos eran los mismos prefectos y secretarios provinciales del Partido quienes señalaban al Commissariato a los individuos y a los núcleos familiares inquietos y disidentes, de los que deseaban deshacerse y que, en muchos casos, no tenían ninguna práctica en el trabajo agrícola porque provenían de otros oficios, en su mayoría artesanales. En 1932 se les ofreció a los colonos un pacto agrario de aparcería que debían estipular con la ONC. Se consideraba que la forma propietaria en aparcería contenía las mejores premisas para transformar los contratos agrarios en un Estatuto corporativo, garantizado frente al Estado, que era el principal inversor público, por la asociación que representaba la identidad y los intereses de los excombatientes. Pero, en realidad, la ONC pretendía mucho más de lo que pretendía un terrateniente: además de la repartición a mitad de los productos, el colono debía rembolsar, apuntándolo en una cartilla especial, todo lo que la ONC le había anticipado y continuaba proporcionándole en cuanto a infraestructuras, herramientas, animales y simientes se refiere, y también estaba sometido a una forma de «servidumbre» en cuanto que tenía que dedicar horas de trabajo para las labores de manutención general de la empresa agrícola. Todo esto derivaba en un progresivo endeudamiento que hacía que se alejase dramáticamente la segunda fase prevista de la operación, es decir, la relativa a la propiedad de la tierra, la gran promesa hecha por el régimen a través de la ONC: la apropiación de la parcela por parte de la familia de colonos a través de quince plazos anuales según un precio basado en la productividad del terreno y pagado en productos valorados a precios de mercado. Al final, el colono se encontraba enredado cada vez más en una espiral de dependencia de la empresa agrícola y, a través de ella, de la ONC y del Estado. Después de cuatro años de entrar en el Agro, ningún aparcero lograba iniciar los trámites para hacerse propietario de las parcelas que le habían asignado.

Las investigaciones históricas sobre el saneamiento fascista del Agro Pontino coinciden en dar una descripción penosa, por no decir dramática, de las condiciones de vida y de las relaciones que se instauraron en el área, descripción diferente de la memoria positiva, relacionada con una fuerte identidad, que una parte de la población todavía residente en esos lugares ha construido basándose

en recuerdos nostálgicos transmitidos por las generaciones anteriores de colonos. Algunas reconstrucciones históricas serias no pertenecientes a la literatura localista y laudatoria han llegado a definirlo como «un gran gueto», un enorme campo de trabajo en el que todos los habitantes estaban sometidos a libertad vigilada y a un control del comportamiento moral, político y religioso. Muchas fincas asignadas resultaron poco fértiles y a menudo no completamente drenadas; centenares de núcleos familiares se descubrieron prisioneros de esta tierra y obligados a trabajar para cubrir las deudas que se acumulaban anualmente. La malaria se seguía difundiendo, mientras las casas asignadas a menudo no estaban terminadas y eran antiguas en lo que respecta a la concepción y a la distribución de las habitaciones y los establos, insalubres por falta de servicios higiénicos adecuados y bien lejos, pues, de los cánones de funcionalidad que la arquitectura rural estaba elaborando en los años treinta. Además, los servicios comunitarios eran precarios y escasos, especialmente las escuelas; las difíciles comunicaciones dentro y sobre todo hacia el exterior del área de saneamiento acentuaban el aislamiento social de los adultos y la escasa instrucción de los jóvenes. En este mundo aislado y dominado por las relaciones jerárquicas eran fáciles los atropellos, los abusos de poder, los enriquecimientos ilícitos por parte de funcionarios y las dramáticas peleas entre los mismos colonos, que tenían lugar a menudo para obtener un saco de trigo. Además, este mundo estaba separado física y socialmente en al menos tres categorías sociales que no se comunicaban entre sí: los jerarcas de la ONC, de los sindicatos y del Partido, que residían gran parte del tiempo en Roma; los funcionarios de estas organizaciones, que vivían con sus familias en las «ciudades nuevas», y los colonos repartidos en las fincas. Estos tres grupos no establecían entre ellos ni relaciones sociales ni de parentesco; se había instaurado una desconfianza recíproca entre una clase media burocrática lejana a la cotidianidad campesina y los agricultores, sospechosos de laxitud, derrotismo y a veces incluso de sabotaje a la empresa. Por otra parte, el territorio había sido privado oportunamente de lugares de encuentro y de ocio y hasta de tabernas. Las relaciones entre funcionarios y colonos a menudo estaban basadas en una profunda desconfianza e intolerancia. A esta situación de evidente ilegalidad, se sumaron amagos de huelga y de protesta que se repitieron a finales de la primavera de 1934 y en el verano de 1936. La protesta la llevaban a cabo principalmente los colonos contra la actitud vejatoria y burocrática de los funcionarios que trabajaban para la ONC, pero lo cierto es que también planteaba dudas acerca de todo el programa que el fascismo presentaba al mundo como la más moderna respuesta al desempleo. La operación debía representar una nueva era para Italia y resultar competitiva con respecto a otras experiencias extranjeras de intervención masiva y programada

del Estado: con respecto a Holanda, que estaba procediendo al saneamiento y a la construcción de pueblos agrícolas en el área de Zúrich, y especialmente con respecto a dos modelos alternativos al fascismo: Estados Unidos, ocupado en el control de las aguas de la Tennessee Valley, y la Unión Soviética, que se lanzaba a la colonización y la industrialización en el este. Por último, el proyecto racial de la Alemania nazi de englobar y eventualmente extender más allá de sus fronteras orientales asentamientos de colonos de origen germánico y ario constituyó un estímulo para la emulación recíproca entre los dos regímenes fascistas.

Las protestas fueron apaciguadas temporalmente por la estipulación de un nuevo contrato de aparcería en agosto de 1936 y, sobre todo, pasaron desapercibidas gracias a la gran publicidad que acompañó la realización y la finalización de las «ciudades nuevas» del Agro Pontino. Con la parcelación de sucesivos lotes, el régimen construyó, entre 1932 y 1939, cinco núcleos urbanos. El primero fue denominado Littoria y se fundó en pocos meses, entre abril y diciembre de 1932, en el cruce con la Via Appia y en el centro del primer lote de alrededor de 10.500 hectáreas que estaban en proceso de saneamiento. El día de la inauguración, el 18 de diciembre de 1932, Mussolini anunció la creación de Sabaudia en el centro de otras 14.000 hectáreas sanables a lo largo de la costa, entre la arena y el monte Circeo. Sabaudia, llamada así en honor a la casa reinante, se terminó en un tiempo récord, entre agosto de 1933 y la inauguración oficial el 15 de abril de 1934, todavía estando en obras. En principio, en Sabaudia y en Littoria se preveía un asentamiento de 5.000 habitantes, que en Littoria aumentaron hasta llegar a 50.000 con la anexión de barrios circundantes y con la elección de la ciudad como capital de la nueva provincia el 18 de diciembre de 1934. Les siguieron Pontinia (fundada el 19 de diciembre de 1934 e inaugurada el 18 de diciembre de 1935), con menos de 4.000 habitantes, y Aprilia (fundada el 21 de abril de 1936 e inaugurada el 29 de octubre de 1937), prevista para un asentamiento de 3.000 habitantes y para servir a 9.000 habitantes del campo, y la última fue Pomezia (fundada el 25 de abril de 1938 e inaugurada el 29 de octubre de 1939), la más próxima a Roma, situada en el lugar de saneamiento del Agro Romano en el que se preveían 12.000 habitantes con la misma distribución de Aprilia. Para apoyar los servicios de las cinco ciudades también fueron creados en el Agro trece pueblos rurales, en parte surgidos a partir de los primeros asentamientos de trabajadores que llegaron para efectuar el saneamiento. A estos pueblos se les puso el nombre de los lugares de batalla de la Primera Guerra Mundial: Podgora, S. Michele, Montello, Bainsizza, Piave, Isonzo, Carso, Pasubio, Monte Nero, Vodice, Ermada, Grappa y Sabotino.

En los pueblos se instalaron fundamentalmente las sedes de las empresas agrícolas surgidas en el Agro; cada una de ellas se ocupaba de un centenar de fincas unifamiliares. A menudo la diferencia entre los pueblos y las ciudades era solo una cuestión de denominación, ya que ciudades como Sabaudia o Pomezia tenían una planta geométricamente cerrada, similar a la del pueblo medieval, que reunía los edificios de representación y los servicios: ayuntamiento, iglesia, Casa del Fascio, edificios que alojaban a las asociaciones de combatientes y a la OND, así como la escuela primaria, la Casa del Balilla, el cuartel de la Milizia y de los Carabinieri, las oficinas de correos, la farmacia, el hospital y el mercado. Los pueblos rurales se extendían equidistantes y según un patrón radial alrededor de las ciudades y alojaban los servicios descentrados para el culto, la educación y la sanidad. Entre estos y las ciudades surgían las unidades productivas constituidas por las fincas familiares.

Algunas voces prestigiosas se alzaron desde el principio contra el ruralismo a ultranza, como la de Ugo Spirito, exponente destacado del corporativismo de izquierda. En su texto Capitalismo e corporativismo, de 1933, Spirito criticaba la relación causa-efecto entre ruralismo y crecimiento demográfico, llegando a afirmar que la ruralización obstaculizaría el incremento demográfico, en cuanto que ella misma era el impedimento para una moderna racionalización de los asentamientos territoriales. Efectivamente, el laboratorio del saneamiento pontino relevaría al poco tiempo una disminución de los nacimientos en las familias de colonos en coincidencia con la desaparición de las expectativas de adquisición de la tierra y con un presupuesto familiar estabilizado en un nivel de pura subsistencia. Así pues, persistió una fuerte distancia entre el programa y la realidad. El régimen y sus funcionarios se mostraron incapaces de hacer concreto el ambicioso proyecto de transformación de los campesinos sin tierra en un cuerpo de pequeños y autónomos propietarios; de proponer al país un modelo rural moderno y dejar que fuese impulsado por la idea de una nueva frontera interior que, como en el relanzamiento patriótico del New Deal rooseveltiano, habría debido apoyarse en hombres libres y emprendedores. En consecuencia, las protestas se retomaron con más fuerza en el Agro en el otoño de 1938, cuando 26.000 colonos amenazaron con una huelga pidiendo el apoyo de la Confederazione Fascista degli Agricoltori. Si la protesta, que se detuvo después de dejar un rastro de repetidos episodios hasta la guerra, todavía parecía dirigida contra la mala conducción de la ONC, para muchos observadores en realidad representó una primera ruptura dentro del régimen. En cuanto a las epidemias, la crisis fue todavía más evidente: en algunas áreas la malaria no solo no fue detenida, sino que se registraron fases agudas de recrudecimiento, como en el

Tavoliere de Apulia, donde las mismas obras de saneamiento crearon nuevos focos de infección, entre 1929 y 1932, causados por valoraciones hidráulicas equivocadas y por la concentración de mano de obra. El ordenamiento sanitario de 1923 había encargado a las provincias la distribución de quinina como profilaxis. El régimen concentró sus esfuerzos en el área pontina, con obras de drenaje de las aguas y con dicha profilaxis, obteniendo unos buenos resultados en los años treinta que, después, fueron frustrados por la guerra: los terrenos abandonados a causa del alistamiento de los habitantes y el paso del frente en 1944 provocaron la reaparición de la epidemia a mediados de los años cuarenta, que fue detenida lentamente solo gracias al uso de sustancias químicas (el DDT), puestas a disposición por las autoridades americanas, que neutralizaron los mosquitos, portadores de malaria.

Incluso ante el fracaso del proyecto, el fascismo siguió insistiendo en los aspectos míticos: el mito de las ciudades-no-ciudades rurales, el mito de la lucha contra la naturaleza a través del saneamiento y el mito del «italiano nuevo», regenerado por la conquista de nuevas tierras. Mitos cultivados en los años treinta por la propaganda oficial y por los intelectuales a su servicio. Entre los directores de cine se encontraban Alessandro Blasetti, autor de películas rurales como Sole (Sol) (1928-1929), y Terra madre (Tierra madre) (1930), y Giovacchino Forzano, con la película de 1933 Camicia nera (Camisa negra). Entre los escritores, Corrado Alvaro celebró la «conquista del hombre sobre el agua», gracias al «transporte de las familias» que

se realizaba por medio de carros tirados por bueyes [...]: los carros están llenos de gente en pie, entre la que asoman cabezas de niños poco más altas de las caderas, una bandera y el estigma del Fascio en la pértiga, algunos hombres a pie con hatillos y maletas, y muchos con la boca abierta como si cantasen y gritasen. Es una escena como las que se ven en las películas del Far West. [...] Los más jóvenes, de veinte a treinta años, consideran esta tierra como el centro de una nueva vida italiana, de una experiencia fundamental y formativa; dicen que han hecho el saneamiento, como nosotros decimos que hemos combatido en la guerra (Alvaro: 19, 60).

Fue inmediatamente evidente la contraposición entre el mito narrado y la

situación real, contraposición que tuvo muchas más consecuencias que el destino de algunos miles de colonos y las zonas agrícolas directamente implicadas en los saneamientos, tanto que la narración del decenio siguiente careció de esta épica rural. Desde la película Ossessione (Obsesión) de Luchino Visconti, rodada en 1941 en las tierras bajas y sometidas a saneamiento de Ferrara e inspirada en la dramaturgia americana de la crisis, hasta las películas de 1950 de Giuseppe De Santis Non c'è pace tra gli ulivi (No hay paz entre los olivos) y de Pietro Germi Il cammino della speranza (El camino de la esperanza), la narración vuelve «a la carretera» y a la emigración como destino secular del agricultor y de los desposeídos italianos. El fascismo no consiguió anular entre las clases populares la percepción del campo como lugar de miseria y de la ciudad como lugar de promesas de progreso y bienestar. El saneamiento debía convertirse en la versión nacional del mito de la frontera que conquistar; en cambio, los colonos intentaron huir en cuanto pudieron para convertirse en los protagonistas de un urbanismo caótico. Curiosamente lo más recordado del saneamiento integral, y con mucho lo más detestado, fueron las «ciudades nuevas», símbolo del poder estatal y de la jerarquía del Partido.

A finales de los años treinta el balance estaba, pues, muy lejos de ser positivo. El régimen había mantenido la configuración agrícola del país, pero sin haberle dado una solución de estabilidad social ni laboral, sin haber mejorado las condiciones de vida y sin haber difundido entre la población una sensación general de progreso; en conclusión, sin haber modernizado realmente la agricultura con infraestructuras, en lo que respecta a la productividad y en las relaciones de propiedad entre cultivadores y tierra. Según las estadísticas oficiales, en 1921 alrededor de 9.841.000 personas estaban empleadas en la agricultura, contra las 4.401.000 de la industria, 1.048.000 del comercio y 755.000 de los transportes. En 1931 los agricultores habían disminuido a 7.868.000 y aumentaron a 8.504.000 en el censo de 1936, frente a los alrededor de cinco millones de trabajadores industriales registrados en el mismo año y ante una disminución, entre 1921 y 1936, de unos 93.000 empleados en los transportes. Por su parte, el sector terciario aumentaba en unas 200.000 unidades en cada censo. Con el análisis de estos datos globales ya podemos ver un país que quiere seguir la tendencia de los países occidentales, caracterizado por el crecimiento de la industria y del terciario, pero al mismo tiempo sometido a algunas políticas «artificiales», como la de desjornalización y la de ruralización; políticas que frenaron el desarrollo y provocaron fuertes desequilibrios y, a veces, incluso retrocesos. En vísperas de la entrada en la guerra europea, Italia aún se presentaba como un país agrícola (solo en Lombardía la población activa

en la industria superaba la empleada en el sector primario), con netas desigualdades entre áreas geográficas incluso limítrofes y con claras señales de caída del nivel de vida familiar a causa de las frecuentes crisis económicas que afectaron sobre todo al sur, pero también a las regiones padanas y agrícolas del centro.

U

N TERRITORIO TRANSFORMADO

Si la población rural no disfrutaba de los beneficios de la política demográfica inaugurada en 1927, las clases urbanas todavía sufrían más, obstaculizadas al ser consideradas peligrosas y potencialmente contrarias al régimen. Para protegerlo, el 22 de diciembre de 1928 Mussolini lanzó en las páginas de Il Popolo d'Italia la contraseña «vaciar la ciudad». De esta manera pretendía

impedir la inmigración en las ciudades, vaciarlas despiadadamente; facilitar con todo tipo de medios, e incluso en caso necesario usando medios coercitivos, el éxodo de los centros urbanos; dificultar con todo tipo de medios [...] el abandono del campo; impedir con todo tipo de medios la inmigración a oleadas a la ciudades.

Como ocurría a menudo, el eslogan fue seguido por una primera ley antiurbana que prescribía «la entrega al prefecto del poder de promulgar ordenanzas obligatorias con el fin de limitar el excesivo aumento de la población residente en las ciudades». Aunque era general y escueta en las proposiciones, la ley representaba un primer instrumento jurídico eficaz en manos del Ejecutivo para llevar a cabo su lucha contra la ciudad. Desde 1929 se podía obtener la residencia en un municipio solo si se era capaz de demostrar que allí ya se poseía un domicilio estable. En cualquier caso, la medida no detuvo los flujos migratorios; tanto es así que una nueva ley aprobada el 5 de julio de 1939 prohibió la solicitud de residencia en los municipios que superaban los 25.000 habitantes. El objetivo, por tanto, era el de obstaculizar el traslado de mano de obra; de hecho, a partir de 1938, se podía estar inscrito a las listas de paro solo donde se constaba como residente.

Una excepción fueron las «ciudades de categorías», realizadas para alojar oficios y trabajos monoproductivos y parecidas a los pueblos rurales surgidos con los

saneamientos: ciudades completamente autárquicas que vieron actuar directamente al Estado con capital público. Estas ciudades se colocan entre los experimentos más ambiciosos y demagógicos que el fascismo puso en marcha en el proyecto de construcción de una nación corporativa y autosuficiente puesta en manos de las profesiones y de los oficios y apoyada por un capital privado que obtendría ganancias y privilegios. A mediados de los años treinta fue creada Guidonia, llamada así por el general Alessandro Guidoni, que murió en abril de 1928 al precipitarse su avión en esa zona, a pocos kilómetros de la capital. Fue pensada como asentamiento para alojar a no más de 5.000 habitantes: técnicos con sus familias que trabajaban para el Ministerio de Aeronáutica en el cercano centro de estudios y aeropuerto de Montecelio. Se trataba de un asentamiento socialmente compacto y destinado a una clase media profesional y, por lo tanto, realizado con mejores estándares de vivienda que las ciudades rurales y obreras. Por otra parte, Torviscosa fue ejemplo de los pocos en la Italia fascista de una feliz relación entre agricultura e industria; se trataba de un proyecto que se concluyó con superávit prolongando hasta la segunda posguerra los beneficios y la experiencia. La sociedad SNIA-Viscosa se había especializado durante la primera posguerra en la producción de fibras sintéticas, como el lanital, producto obtenido de la caseína y por tanto apropiado para ser realizado en áreas zootécnicas del valle padano. En este clima de autarquía, la SNIA también se aventuró en la producción de celulosa, que era extraída de una caña. Esto permitió llevar a cabo una proficua relación entre producción agrícola e industria que encontró en una zona de Friuli, deprimida y rica en mano de obra desocupada, el lugar favorable para la experimentación. Torviscosa fue así construida entre 1937 y 1938 en un área saneada y alimentada por vías fluviales, cerca de las lagunas de Marano y Grado. Se constituyó inmediatamente como asentamiento monocultural dependiente de una única empresa dirigida por el empresario milanés, de origen friulano, Franco Marinotti, que adoptó sistemas paternalistas en la relación y el control de los trabajadores y de sus familias, excluyendo toda injerencia política del Partido.

El fascismo tendió a transformar el territorio sobre todo en el ámbito administrativo y urbanístico. En los decenios precedentes las áreas de montaña y premontaña habían resultado ser las más hemorrágicas demográficamente hacia la llanura y los centros urbanos. En 1921 la población residente en los municipios inferiores a 10.000 habitantes representaba el 54,8% de la población total; en 1931 el porcentaje bajó al 49,8%. Ante estas dificultades, el régimen intervino principalmente en la redefinición de los contornos territoriales de muchos municipios uniendo minúsculos municipios rurales con los municipios de valles o costas (como en Liguria) o «aglutinándolos» en las grandes ciudades, llenando de parches el territorio nacional para hacer menos visible el éxodo o intentando retenerlo en la zona circundante a través de catastros y registros civiles. Por ejemplo, la ciudad de Florencia, que absorbía a mediados de los años veinte al 30% de la población regional, presentaba superávit gracias a la constante emigración hacia la ciudad, a pesar de que la tasa de mortalidad era superior a la de natalidad. La provincia de Pistoia fue ideada en 1927 en este contexto para bloquear el éxodo hacia Florencia y también ante el comprobado crecimiento demográfico y de actividades que estaba teniendo lugar en las pequeñas ciudades de Prado y Empoli. Así también, fueron creadas otras provincias en 1927. Otras, en cambio, fueron divididas o incluso disueltas, como en el caso de la provincia de Caserta. Algunas de las provincias comprendían territorios conquistados en la Gran Guerra, como Bolzano y Gorizia; otras fueron premiadas por su nueva vocación industrial, militar y portuaria ampliamente apoyada por el Estado, como Aosta, Terni, La Spezia, Savona, Taranto y Brindis; y muchas comprendían territorios pobres, la mayoría de montaña, en vías de despoblación, abandonados por valles y nuevos polos industriales, como Varese, Vercelli, Aosta, Rieti, Viterbo, Frosinone, Pescara, Matera, Ragusa, Nuoro y Enna. La ulterior fragmentación del país a través de la institución fundamentalmente burocrática de la provincia sirvió para aumentar el crecimiento de una clase media compuesta por empleados civiles y militares y por funcionarios del Partido, fieles al sistema y gratificados con la adquisición de poder y de autoridad en el territorio. El régimen, de esta manera, consiguió organizar mejor el control político en la periferia y empujó a las administraciones municipales y provinciales y a sus habitantes a demostrar el nivel de fidelidad, implicándolos en competiciones de emulación y en exhibiciones de localismo.

Con los años, el país fue representado cada vez más a través de cuerpos sociales y profesionales y sobre todo a través de las entidades territoriales de la provincia.

El diseño urbanístico de las ciudades gracias a planes reguladores y a la constitución ex novo de asentamientos industriales menores a finales de los años veinte parecía haberse convertido en una solución más practicable y realista que la de una radical ruralización del país. La intervención territorial del fascismo se había definido: ya no estaba dirigida al campo sino en términos de control político y alianza con los propietarios agrarios, y se dirigía más al territorio nacional en su totalidad con la intención de planificarlo y someterlo al control central. Además, la reorganización productiva tenía que encontrar apoyo en la expansión del sector urbanístico y en la recuperación económica del territorio. Se consolidaba así una alianza duradera entre el fascismo y los sectores empresariales interesados en las grandes posibilidades económicas abiertas por la transformación de las ciudades: construcción privada pero sobre todo pública. El fascismo fue particularmente favorable a la construcción de edificios de servicios, de representación del Gobierno central y del Partido, oficinas postales y judiciales, estaciones ferroviarias y universidades.

Augusto Turati quiso que la ciudad de Brescia fuese de las primeras en llevar a cabo un nuevo plan regulador, por lo que encargó las obras, en 1928, al arquitecto-urbanista Marcello Piacentini, que destacaría en la arquitectura del régimen durante los quince años siguientes. El área central de la ciudad fue vaciada y sometida a una reconstrucción monumental alrededor de la Piazza della Vittoria. Estas transformaciones, destinadas a satisfacer tanto al nuevo capital financiero como al fascismo local, representaron un modelo a seguir y sobre el que reflexionar especialmente para las ciudades medianas, que durante el fascismo se convirtieron en los principales escenarios de las grandes operaciones especulativas y en los centros del reordenamiento territorial. De hecho, una de las múltiples contradicciones del régimen fue, por un lado, la de poner rígidas barreras legislativas a la inmigración en la ciudades y, por otro, hacer aprobar planes reguladores que, obedeciendo a las ambiciones de jerarcas locales y a los intereses igualmente locales de poderes económicos deseosos de inversiones, preveían ampliaciones y desarrollos urbanos contrarios a la orden de vaciar las ciudades. Se vinieron a crear, por tanto, ciudades «monotemáticas» que satisfacían la ambición fascista de redefinir la historia italiana y el exhibicionismo a través del mecenazgo de algunos jerarcas. Así, se resaltó la «corte renacentista» y estense de Ferrara, por voluntad de Italo Balbo; la Bolonia deportiva y dinámica de Leandro Arpinati; el renacimiento marinero de la Livorno de Costanzo Ciano. Sobre Rávena, como ciudad dantesca y cuna del humanismo, se abrió una discusión nacional que duró más de un decenio, confiriendo de hecho al entero centro histórico de Rávena, en torno a la tumba

de Dante, un ordenamiento urbano fascista. Este ordenamiento partía del intento de recuperar un área símbolo, donde tiempo atrás surgía la sede de la Federazione delle Cooperative Socialiste, que había sido destruida por un ataque escuadrista en julio de 1922 y la transformaba en el «nuevo foro» de la Rávena fascista gracias al plan regulador de 1937. La región de Umbría fue especialmente cargada de simbología con la acentuación de sus características de región verde y bucólica; además, era representada como la Galilea de Italia, la tierra de los santos y por tanto de la nueva relación con la Iglesia católica gracias al Concordato, y al mismo tiempo también como el «corazón de la Italia» fascista, la región en la cual se había organizado la toma revolucionaria de Roma en octubre de 1922. El año santo de 1925 y sobre todo las celebraciones del séptimo centenario de la muerte de san Francisco, en coincidencia con el décimo aniversario de la Revolución fascista, hicieron que Asís, donde se habían llevado a cabo diversas labores urbanísticas, asumiese una función de representación importante de la alianza fascismo-catolicismo y una etapa en el nuevo peregrinaje político-religioso de los italianos. Umbría fue obligada, así pues, a mantener durante el ventenio fascista sus características originarias que, en realidad, lo que hicieron es favorecer el aislamiento económico y la permanencia de pactos de aparcería extremadamente favorables a los agrarios que habían apoyado el escuadrismo.

El nuevo reordenamiento consistió en múltiples soluciones arquitectónicas y urbanísticas que hicieron de la época fascista uno de los periodos más productivos desde el punto de vista estilístico y también uno de los más violentos en lo que se refiere al enfrentamiento entre escuelas y grupos de arquitectos para obtener favores y reconocimientos oficiales del régimen. Es fundamentalmente en la capital donde Mussolini dirigió su atención personal y donde también se dirigieron las ambiciones y las visiones arquitectónicas, urbanísticas y escenográficas de las diversas escuelas de arquitectos, especialmente las lideradas por Armando Brasini y Marcello Piacentini. El proyecto de la Gran Roma supuso la superación de las hostilidades que el primer fascismo había nutrido hacia una Roma liberal y plebeya: la nueva capital tendría que convertirse en el centro universal de la romanidad fascista y cristiana. Roma fue desposeída de su identidad para convertirse en el símbolo puro de una romanidad ahistórica en cuanto que se sustentaba únicamente en los grandes y hagiográficos monumentos de su pasado imperial. El proyecto se puso en marcha con la creación, en diciembre de 1925, de una gobernación. A partir de ese año, la figura del gobernador jugaría un papel importante en el reequilibrio entre poderes políticos y económicos presentes en la capital y entre

inversiones públicas, familias nobles romanas propietarias de terrenos y una nueva clase emergente de constructores y especuladores. Esta labor fue llevada a cabo fundamentalmente por Francesco Ludovisi Boncompagni, nombrado gobernador en 1929 y bajo cuya dirección fue aprobado el plan regulador de la capital en 1931-1932, que fue coordinado por Piacentini. La Gran Roma debería construirse a partir de un eje que desde las elevaciones orientales llegaba a la costa suroeste pasando por un centro restituido a los vestigios romanos, con una predilección por la Roma imperial augusta. De esta restauración histórica se ocuparía desde enero de 1935 hasta mayo de 1936 el más intelectual de los gobernadores de Roma: Giuseppe Bottai.

Entre 1928 y 1931 también se fue consolidando una interpretación oficial de la arquitectura fascista como arte de Estado que coincidió con el predominio de la corriente racionalista, corriente que debería resumir en un estilo moderno, funcional y revolucionario las tradiciones artísticas italianas y convertirse en «guía de civilización». Con los años treinta, pues, la arquitectura participó plenamente en la construcción de un régimen totalitario y se dio directrices unitarias en el momento en el que se pusieron en marcha muchas obras, especialmente en la capital con la realización de la ciudad universitaria (1932-1935) y con el proyecto de la E-42.[1] La derrota política del movimiento municipal marcó también el final del proyecto municipal en el campo de la construcción y abrió el camino a profesionales −ingenieros, arquitectos y urbanistas− que concebían su obra en un contexto de redefinición territorial más general. Tuvo lugar la fascistización del movimiento cooperativo y de los Instituti Case Popolari (ICP) en manos del activismo de Alberto Calza Bini, presidente del ICP de Roma, secretario del sindicato nacional de arquitectos y presidente del consorcio fascista de los ICP. La centralidad de Calza Bini y el proyecto del régimen de hacer de Roma una ciudad burguesa para empleados públicos y para clases medias hicieron de la urbanística residencial romana un modelo exportable a otras ciudades, tanto en lo que concierne a la construcción de viviendas destinadas a la pequeña y mediana burguesía, como a la creación de nuevos barrios para la alta burguesía caracterizados por construcciones uni o plurifamiliares marcadas por el estilo «barroqueto» sugerido por Brasini. Emerge, así pues, una política urbanística del régimen destinada a consolidar el consenso entre las clases medias y los sectores de la aristocracia obrera de las grandes ciudades a través de la propiedad de la vivienda y del control de los alquileres. El sector de la construcción privada producía fundamentalmente una tipología de casa de calidad, mediana y de lujo, mientras que el sector de la construcción pública realizaba viviendas baratas, de alquiler y con opción de

compra. La política de la vivienda adoptada por el régimen después de 1926 se caracterizó por un intento de conciliar los intereses contrapuestos de los inquilinos y los propietarios y de crear consenso entre ambos grupos. En varias ocasiones, a partir de 1926, el fascismo alternó fases de liberalización de los alquileres con fases de bloqueo con el objetivo de ganarse el apoyo de las clases populares. Solo con la entrada en guerra el bloqueo se hizo permanente.

El pulso entre propietarios e inquilinos favoreció el fomento de la construcción, abiertamente apoyada por el régimen, que la puso bajo la dirección de la Corporazione delle Costruzioni Edili fundada en 1934. El negocio de la construcción tenía dos objetivos: las grandes obras públicas y privadas puestas en marcha en las áreas de transformación y rehabilitación de las grandes ciudades y la construcción de bloques de pisos, nueva forma de empresa y venta a plazos de los edificios que puso en crisis el poder de las clases que vivían de la propiedad inmobiliaria. Los constructores intentaban sacar el máximo provecho de las financiaciones y de los contratos gubernamentales y se oponían a las formas cooperativas y de propiedad compartida de los alojamientos, preocupándose bien poco de la cuestión de los alquileres. Para ellos se abrían grandes posibilidades de ganancia con la destrucción de decenas de miles de alojamientos en las grandes ciudades. Se ha calculado que entre 1937 y 1941 fueron destruidos 110.000 alojamientos en Milán, 60.000 en Génova, 80.000 en Turín, 50.000 en Roma y 30.000 en Nápoles. Además, la política antiurbana aprobada por el régimen en 1928 ayudaba a la empresa constructora a concentrar las nuevas construcciones en áreas periféricas, caracterizadas por terrenos menos caros y en consecuencia por resultados ventajosos. Solo en la segunda mitad de los años treinta el régimen tuvo en consideración la mejora de la situación de la vivienda de las clases más populares, concretamente de las clases recién urbanizadas. Informes de las prefecturas e investigaciones de la ONMI (Opera Nazionale Maternità e Infanzia) señalaban la permanencia de condiciones higiénicas muy precarias y la superpoblación de las ciudades medianas que estaban en fase de industrialización y recibían emigrantes de las zonas rurales de los alrededores, especialmente en las regiones de Emilia, Toscana y Véneto. En Bolonia, por ejemplo, en 1926 el 36% de las viviendas censadas no tenían agua corriente y el 27% solo estaban dotadas de letrinas comunes. La condición de precariedad aumentó en la segunda mitad de la década de 1930, cuando la capital emiliana fue protagonista de una nueva oleada de inmigración procedente de las zonas rurales de los alrededores y del Apenino compuesta por jornaleros y campesinos empobrecidos por la crisis que iban a la ciudad para trabajar en los servicios y en la naciente industria mecánica relacionada con los contratos para

el ejército y las colonias. Esta situación de la vivienda fue afrontada solo en parte con las casas populares. Las demoliciones en las ciudades grandes y medianas empezaron a hacer que se desarrollasen las periferias urbanas, privadas de medios de comunicación y a menudo de servicios mínimos, que serían características de la segunda posguerra. Un ejemplo de ello son las doce barriadas romanas surgidas entre 1924 y 1940 para acoger a la población constituida por artesanos y trabajadores precarios provenientes de barrios céntricos medievales que habían sido derribados.

Como alternativa a la Roma gubernamental y a la Turín monoindustrial surgía la metrópolis milanesa, que tendía a representar el modelo de ciudad moderna, dinámica, comercial e industrial. Milán era sede y observatorio de las principales revistas de arquitectura y de diseño que nacieron en aquellos años, las que marcaban tendencia y eran seguidas en el extranjero: Domus y Casabella. Los arquitectos y urbanistas que se movían en torno a ellas conjugaban modernidad estilística y soluciones a los problemas de vivienda y proclamaban una construcción popular racional, integrada en los nuevos planes reguladores de los centros históricos y que tendía a revalorizar, con nuevas soluciones técnicas, los ICP. Los barrios populares construidos en Bolonia y las ciudades satélite de Milán proyectadas en vísperas de la guerra parecían ser la alternativa funcional, económica, técnica e higiénica desde el punto de vista de los servicios, del número de horas de sol y de la ventilación. Pero eran solo islas de experimentación. A finales del ventenio fascista el balance de las intervenciones urbanas resultó ser un fracaso en lo que respecta a la contención demográfica y a la mejoría de las condiciones de vida de las clases populares. El fascismo no logró detener el crecimiento urbano ni aumentar el número de nacimientos en las zonas rurales. Atendiendo a las tendencias entre los años veinte y cincuenta (pero recordando también las pérdidas humanas y materiales causadas por la guerra) observamos que la población concentrada en asentamientos urbanos pasó del 34 al 41%; las ciudades con más de 50.000 habitantes (cantidad considerada peligrosa por el fascismo) pasaron de ser cincuenta y cuatro a setenta y seis y su población aumentó de 7,5 a 13,3 millones.

En los años veinte los fondos públicos eran de aproximadamente 24 billones de liras; la cantidad más importante fue destinada a la mejora de la red ferroviaria y la de carreteras; el concepto saneamientos estaba en segundo lugar y precedía a otro que estaba relacionado con ellos, las obras hidráulicas; seguían los fondos para las obras de reconstrucción después de catástrofes naturales (principalmente terremotos) y las obras públicas. En cambio, en los años treinta predominaban

las obras de asentamientos puntuales y sobre todo de edificios representativos puntuales; además, muchas de las obras se concentraron en el centro histórico de la capital y de otras pocas ciudades italianas con el fin de dar prestigio y representar simbólicamente al régimen. Así pues, se realizaron puentes y arterias en las ciudades (a menudo eran restauradas las precedentes estructuras) y se hizo poco en lo que respecta a los transportes urbanos (en Roma se trazó la red del metro). A la primera oleada de estadios deportivos de los años veinte le siguió la de las estaciones ferroviarias (entre estas, Santa Maria Novella en Florencia, inaugurada en 1933), oficinas de correos y edificios del Gobierno. En los años treinta surgieron también algunas nuevas residencias universitarias: en Roma, Padua, Milán, Bolonia y Trieste. Estas, dirigidas a la formación de una restringidísima élite estudiantil, constituyeron el aspecto vistoso y del que podía alardear el régimen, mientras que las obras en los colegios se mantuvieron por debajo del 1% del gasto total del régimen dedicado a las obras públicas, con el resultado de que, con las destrucciones debidas a la guerra, el patrimonio inmobiliario de la educación obligatoria, en la cual se formaron las primeras generaciones de italianos nacidas después de 1940, fue ampliamente insuficiente, precario, insano, escaso de espacios, luz y estructuras respeto a los niveles alcanzados por otros países de Europa occidental en el mismo periodo.

Y, sin embargo, las grandes obras públicas permanecen en la memoria de muchos italianos, más allá del juicio político o moral manifestado hacia el fascismo, como uno de los logros del ventenio fascista. En sus primeros diez años las principales intervenciones estatales en las infraestructuras, en los ferrocarriles, en las obras hídricas y portuarias fueron la continuación de proyectos ya programados en la época liberal. A partir de 1932, las intervenciones fueron clasificadas como extraordinarias, sin ninguna programación presupuestaria a causa del pulso existente entre el Gobierno y los empresarios industriales por el destino de las inversiones en obras públicas o en sectores productivos. Además, ante la falta de mecanización, el hecho de recurrir a un trabajo manual no cualificado sirvió para contener temporalmente el desempleo más que para preparar a la mano de obra para una inserción en el mercado laboral más duradera. El presupuesto de las obras públicas aumentó a principios de los años veinte y disminuyó en la segunda mitad del decenio; a partir de 1929 el descenso fue constante, aunque repetidamente el régimen declaró su intención de no reducir la mole de las obras iniciadas. De hecho, si excluimos las obras en las colonias, después de 1935 los gastos disminuyeron notablemente hasta llegar a una política de recaudación en 1938, necesaria para la reorganización del presupuesto del Estado. Las partidas de gastos

privilegiaron pocos y promocionados sectores de intervención: las obras hídricas y de transformación territorial y la construcción y modernización de infraestructuras, especialmente en el sector de los transportes. El balance de las realizaciones del régimen publicado a finales del ventenio fascista, en 1942, mostraba una intervención que había sido planificada fundamentalmente en el primer decenio y cuyo objetivo era sobre todo la ampliación de las infraestructuras portuarias y la apertura de pocos nuevos tramos de vías de ferrocarril y de su electrificación. En 1932 eran abiertas por el Ministerio de Obras Públicas nuevas líneas con un total de 500 kilómetros con un ancho de vía normal y 130 kilómetros con un ancho de vía reducido (sobre todo en Sicilia). Hay que recordar que la poca atención que el fascismo prestó a los ferrocarriles también fue debida a la escasa fidelidad al Estado por parte de sus trabajadores y de su «huelgamanía» en los primeros años de Gobierno fascista. De hecho, en el primer bienio, 1922-1924, los ferrocarriles fueron los más afectados del sector público por la reducción drástica del personal, que no fue debida exclusivamente a problemas de presupuesto; 65.000 trabajadores ferroviarios fueron despedidos. Durante los años siguientes se realizaron nuevas contrataciones (dos mil en el año jubilar 1925) coincidiendo con la promoción de los ferrocarriles como medio popular de viaje gracias a los nuevos precios y a los descuentos para ciertas categorías y grupos. Además, el régimen se comprometió a finalizar algunos acueductos (en Umbría, Abruzo, Apulia, Basento y Matera) que precedieron a la gran temporada de la construcción de instalaciones hidroeléctricas y de embalses artificiales, muy deseados por un emergente grupo de financiadores y empresarios privados. En 1929 se estaban construyendo sesenta y ocho presas y ya habían sido finalizadas más de doscientas.

E

L

B

EL

P

AESE

En el sector de los transportes, la preferencia por la red de carreteras con respecto a la red ferroviaria (en parte nacionalizada en 1905) se debió a la alianza del fascismo con los empresarios de la industria automovilística, concretamente con la Fiat, y con inversores que se lanzaron a la aventura de las carreteras y que también tenían el monopolio en la construcción y en la concesión de la red. Un personaje singular fue el ingeniero milanés Piero Puricelli. Nombrado senador junto a otros empresarios industriales en 1929, Puricelli se lanzó al proyecto de las autopistas e intentó, en 1934, expandirlo más allá de las fronteras nacionales, proponiendo un acuerdo a la empresa Todt en Alemania. Más tarde Puricelli redujo sus ambiciones a los contratos de carreteras en África. Hasta 1940 el ingeniero había construido 20.000 kilómetros, que habían sido realizados fundamentalmente en Eritrea para la preparación de la invasión a Etiopía por parte del ejército italiano. La disminución de la construcción de autopistas se inició en 1932 y se hizo evidente en 1935 a causa de numerosos factores: nacionalización o, mejor, «irización» de la gestión (de IRI, acrónimo del Istituto per la Ricostruzione Industriale), reducción de la circulación privada y comercial por carretera a causa del precio alto de la gasolina y, además, modificación de la orientación europea en la cual la red italiana debería introducirse. De hecho, si hasta 1932 había madurado la idea de privilegiar una unión de carreteras europea turística y comercial, después de 1935 predominó la concepción de la red como instrumento de dominio del espacio continental inspirada por la Alemania nazi. Esto no correspondía en modo alguno con las exigencias de un país que todavía estaba retrasado en el

sector de los transportes públicos y que aún tenía vastas áreas regionales aisladas y atrasadas. Esta situación fue determinante en la relación entre el norte y el sur de Italia y en la no realización de una moderna infraestructura de transporte público, con consecuencias importantes también durante la segunda posguerra, que fueron acentuadas por la falta de un cambio de tendencia por parte de los gobiernos democristianos.

Italia, aunque fuese el cuarto país de Europa en lo que concierne a la circulación de vehículos de motor, aún era considerada un país con una baja motorización, y sobre todo con grandes desequilibrios entre una circulación importante de vehículos en el norte y casi ausente en el sur. A principios de los años veinte circulaban en Italia alrededor de 35.000 vehículos de motor con respecto a los 171.607 censados en Gran Bretaña en 1919. Así mismo, si en otros países la producción automovilística se ponía en marcha en los años veinte para convertirse en una industria de masas, en Italia el empleo del automóvil fue un fenómeno de élite hasta la segunda posguerra. Hasta 1929 una gran parte de la producción italiana de automóviles era exportada y en 1930 la Fiat sacó el modelo 508, conocido con el nombre de Balilla, que tenía 965 cm^3 de cilindrada y estaba destinado a la burguesía y las clases medio-altas de funcionarios. Para conquistar a las clases medias y populares, en 1936 la Fiat puso a la venta el modelo llamado Topolino, el cual, un año después, tuvo un gemelo en la Alemania nazi: el automóvil del pueblo, el Volkswagen, producido por la industria estatal alemana. Hasta los años cincuenta, los italianos se movían fundamentalmente en bicicleta en distancias cortas y medias (en los años treinta circulaban más de seis millones), sobre todo cuando el precio de este medio empezó a hacerse más accesible. En las ciudades más grandes también se movían con los medios públicos y raramente tomaban el tren, sobre todo las clases populares. La permanencia de una reducción de los ingresos medio-bajos y las sanciones que desde 1935-1936 desincentivaron el empleo de gasolina obligaron a mantener hasta la guerra el uso del automóvil como «deformación turística», apoyada principalmente por el Touring Club y el Automobile Club d’Italia: un status symbol de clase y un objeto de orgullo nacional y deportivo del régimen. Para asegurarse al menos este sector del mercado, el Gobierno fascista aprobó a mediados de los años treinta una rígida protección aduanera contra la importación de automóviles extranjeros. En cambio, aumentó el número de camiones para el transporte de mercancías por carretera, lo que detuvo todavía más la modernización y la electrificación del transporte ferroviario. Según la oficina de tráfico italiana, la Motorizzazione Civile, en Italia circulaban en 1938 4.165 locomotoras a vapor y 1.316 eléctricas; los

camiones registrados eran aproximadamente 100.000 en 1939.

La tendencia turística y las decisiones logísticas y de prestigio expresadas por los empresarios y por los jerarcas propiciaron, así pues, la primera red de autopistas italiana: cerca de 480 kilómetros distribuidos fundamentalmente en el norte (378,8 contra los 81,2 en el centro y los 20,9 en el sur). Desde una concepción turística fueron construidos, a partir de 1925, los tres tramos de la autopista Milán-Laghi y en 1932 el tramo Florencia-Viareggio. La primera red de autopistas moderna se desarrolló, por lo tanto, en torno al papel destacado de Turín y de Milán, ciudades a las que conectaron centros menores del norte, como Bérgamo, Brescia y Padua. Las autopistas constituyeron la espina dorsal de este desarrollo: el 28 de octubre de 1928 fue inaugurada la autopista Milán-Bérgamo, que en 1931 fue prolongada, por voluntad de Turati, hasta Brescia; en octubre de 1932 fueron conectadas las capitales industriales de Italia: Milán y Turín. En octubre de 1933 fue abierta la Padua-Mestre y en 1935 la Génova-Serravalle. Otra particularidad italiana que perduró en el tiempo fue el peaje en todas las autopistas, a excepción de la Turín-Milán, financiada fundamentalmente por la Fiat. Por el contrario, la extensión de la red de carreteras ordinarias resultó irrisoria durante el ventenio fascista: desde 1923 hasta 1938 los kilómetros transitables pasaron de 170.000 a 173.000. El fascismo lo que hizo fundamentalmente fue asfaltarlas, siguiendo la propaganda de «guerra al polvo» que el régimen había lanzado pomposamente en mayo de 1928 en el acto de fundación de la Azienda Autonoma Strade Statali, que debería cubrir 137 arterias principales con un total de 20.600 kilómetros. El presidente del Consejo Superior de Obras públicas, el ingeniero Pio Calletti, declaró que hasta 1932 se habían asfaltado cerca de 8.000 kilómetros; según otro informe, en 1940 se convirtieron en 13.000. Las imágenes del avance de la tropas motorizadas anglo-americanas por las carreteras de la península, entre el verano de 1943 y la primavera de 1945, aún nos dan la impresión de una Italia llena de polvo y con las asperezas naturales del terreno que las tropas partisanas sabrían utilizar a su favor en varias áreas para luchar contra la ocupación y favorecer la retirada de las tropas alemanas.

La industria turística daba sus primeros pasos en esos años y estaba representada por las localidades destinadas a las nuevas clases burguesas de funcionarios, hombres de negocios y profesionales que habían crecido con el fascismo. Se trataba de centros mundanos dados a conocer a través de encuentros culturales y premios literarios, balnearios (Montecatini y Salso Maggiore) y localidades de playa (Viareggio, Riccione, Cervia) que se habían hecho famosas porque

alojaban a los jerarcas fascistas y sus familias. A partir de 1933, el premio literario Viareggio adquirió una resonancia nacional y, al año siguiente, la localidad balnearia romañola de Cervia también promovió un exitoso concurso literario. La burguesía del régimen se encontraba sobre todo en las nuevas estaciones de esquí y en las recién terminadas instalaciones hoteleras de Terminillo y del Gran Sasso, presentado este último por el Touring Club Italiano en octubre de 1934 como la meta turística de Italia. Por ironía del destino se hizo publicidad precisamente del hotel Campo Imperatore, donde en 1943 Mussolini estaría detenido y después sería liberado por los alemanes. Después se continuó con la realización de la «Montagna di Roma»: el Terminillo, que entre 1934 y 1937 fue sometido a un plan regulador sin ninguna protección ambiental para convertirse en «el primer gran experimento de disposición orgánica de una zona de alta montaña para la construcción y el turismo». En esta ocasión también fueron sacrificados los bosques para crear «césped para uso deportivo y turístico y pistas para los esquiadores», tal y como presentaba con tanto entusiasmo el Touring Club italiano en el primer número de 1937 de su revista mensual Le vie d’Italia.

La Italia fascista tendió además a abrirse al turismo internacional. Del turismo de élite, dominio exclusivo de una clase bienestante, aristocrática, altoburguesa e intelectual, después de la Gran Guerra se pasó rápidamente en toda Europa a un turismo internacional de mayor consistencia numérica que incluía a las clases medias. El régimen pronto se dio cuenta de la importancia de las entradas económicas que llegaban de las visitas turísticas y del alojamiento de los extranjeros en el país. En el año santo de 1925, los datos oficiales difundidos por el Touring Clug Italiano afirmaban que el 46% del déficit de la balanza comercial italiana estaba cubierto ese año por el turismo extranjero en Italia, equivalente a alrededor de un millón cien mil entradas registradas en los puestos fronterizos. En primer lugar estaban los alemanes, seguidos de los ingleses, los norteamericanos y los franceses; las localidades de playa y montaña, las ciudades de arte y los centros balnearios del norte y del centro de Italia eran los destinos preferidos. El fascismo intentaba presentarles un país ordenado y organizado, acogedor, con un bajo índice de criminalidad y un patrimonio artístico que, gracias a las obras selectivas de excavación y restauración, no solo era devuelto a la historia del pueblo italiano, sino que también se ponía a disposición de los visitantes procedentes de otros países europeos y de Estados Unidos. La tendencia del flujo turístico extranjero solo se vio afectada por la Gran Crisis. A partir de 1932 los extranjeros volvieron en gran cantidad a Italia, superando los tres millones en 1934 y los cuatro millones y medio en 1937 a

pesar de la campaña etíope, de la difusión del fascismo en Europa y de la Guerra Civil en España. Además del número de visitantes, también aumentaron los días de estancia en el país, de manera que el turismo se fue convirtiendo en la principal voz de transacción entre Italia y Alemania. El flujo disminuyó con los vientos de guerra del año 1938 y volvió a recuperarse solo cuando la guerra ya había terminado, a partir de 1946.

En 1926 Mussolini dio pleno apoyo a la actividad del Touring Club Italiano, que fue fundado en 1894 como asociación principalmente cicloturística y que luego se amplió con el nuevo siglo al turismo sobre raíles y medios motorizados. En 1927 fue fundado el Ente Nazionale dell'Industrie Turistiche (ENIT), que estaba a cargo de la Federazione Nazionale Fascista Alberghi e Turismo. Además, fueron patrocinadas las secciones italianas de la asociación internacional Rotary Club, que contaba entre sus miembros con Arnaldo Mussolini y que organizaba, junto con el Touring Club Italiano, encuentros y viajes de convivencia. Al igual que otros proyectos, la iniciativa de promoción turística llevada a cabo en los años veinte se distinguió por una pluralidad de intervenciones que fueron supervisadas por el régimen. En 1934 la Direzione Generale per il Turismo, con sus organismos provinciales, fue sometida a la jurisdicción del Ministero per la Cultura Popolare y muy pronto se convirtió en la Consociazione Turistica Italiana, la cual se encargó, además de la promoción turística, de controlar las guías oficiales producidas por el Touring Club Italiano en lo que concernía tanto al territorio italiano como a las colinas y las tierras de ocupación. De hecho, a partir de 1936 el Touring Club Italiano, después de un viaje de exploración de muchos meses, preparó la primera guía sobre el África oriental italiana, después difundió una guía turística para visitar Libia y en vísperas de la entrada en la guerra, empezó a preparar las guías para Albania, Grecia, Croacia y Túnez (publicadas entre 1940 y 1943), más que para los turistas con facultades, para los militares destinados allí. El descenso temporal del turismo extranjero a finales de los años veinte dio la oportunidad de incentivar un primer turismo popular italiano que se movía sobre todo en tren. En el verano de 1931 fueron promocionados los «trenes populares»: de lo que se trataba, en realidad, era de billetes para grupos y familias vendidos a través de la OND que servían para ayudar a las cuentas bancarias en números rojos de los ferrocarriles del Estado. Ese verano al menos medio millón de trabajadores, fundamentalmente de las ciudades del norte, los utilizó. El turismo italiano siguió siendo hasta el final de los años cincuenta dominio casi exclusivo de las clases medias urbanas, que veían en las propuestas del Touring Club Italiano y de la Federazione Italiana degli Escursionisti una oportunidad de ocio y de identificación social. La gran

mayoría de trabajadores industriales se conformó con excursiones no más largas de uno o como máximo dos días, organizadas por la OND y por otras organizaciones del régimen, que se intensificaron después de 1934 con la entrada en vigor de las cuarenta horas laborales en el sector industrial y del sábado fascista.

Relacionada con el turismo de élite, el régimen concibió una política de tutela de los bienes artísticos y naturales que le fue encargada al Ministerio de Educación, separándolos de la administración de los bienes del Estado, competencia del Ministerio de Agricultura, y concibiendo una legislación sin una voluntad real aplicable y sin ninguna claridad a propósito de los objetos y los lugares que preservar. Cuando luego se lograron crear, a finales de los años treinta, organismos provinciales en los que se delegó esta tutela, dichos organismos, por su naturaleza corporativa de respeto de intereses privados y públicos, privaron a la colectividad de un instrumento de control y salvaguardia real. Con esta idea habían sido elaboradas por parte de Giuseppe Bottai, como ministro de Educación, las leyes para la «tutela de las cosas de interés artístico e histórico» y para la «protección de las bellezas naturales» promulgadas en junio de 1939. Fue un largo proceso. Los primeros dos parques nacionales habían sido fundados por decreto ley por el primer Gobierno Mussolini: el del Gran Paradiso en diciembre de 1922 y el de los Abruzos en enero de 1923. El fascismo, de esta manera, hacía operativo un proyecto de valorización de áreas naturales en ambientes culturales y científicos. La paternidad del parque de los Abruzos, y en general de los primeros parques naturales italianos, ha sido atribuida a Benedetto Croce y a su esfuerzo como ministro de Educación en el último Gobierno Giolitti (enero de 1920-julio de 1922). Croce, oriundo de Pescasseroli, en el corazón del parque de los Abruzos, se había hecho portavoz de un compromiso para la protección y el estudio de las bellezas naturales e históricas del país tomado años antes por asociaciones, intelectuales y políticos: la Società Botanica Italiana di Firenze (fundada en 1888); la Società Emiliana Pro Montibus et Sylvis (1898), presidida por el zoólogo y futuro rector de la Universidad de Bolonia Alessandro Ghigi; el Segretariato per la Montagna, creado en 1919 por la Associazione dei Comuni d’Italia (ANCI) y presidido por Serpieri, entonces director del Regio Istituto Superiore Forestale di Firenze; y el Ente Autonomo di Gestione del Parque d’Abruzzo, fundado en 1921 y presidido por el diputado liberal y pariente de Croce, el ingeniero Erminio Sipari.

El proyecto de Croce había sido apoyado por aquellos que, especialmente reunidos en torno al Touring Club, veían en la institución del parque de los

Abruzos la primera experiencia que seguía el ejemplo norteamericano de utilización de un territorio con función turística. En cambio, la institución del parque nacional del Gran Paradiso estaba inspirada principalmente en intereses de conservación y observación del hábitat natural. A lo largo de los años veinte, el fascismo apoyó ambas tendencias, tanto la turística como la natural, e introdujo parques en su programa de intervención territorial en áreas de montaña y de saneamiento. En consecuencia, muy pronto la protección de áreas naturales chocó con los intereses por el control de los recursos naturales. Desde hacía mucho tiempo la cuestión del suelo italiano se estaba planteando casi con las mismas características que la gestión de las aguas y el destino de los bosques. Desde el principio de los años ochenta del siglo XIX los inspectores forestales habían aportado a la Inchiesta agraria firmada por Jacini datos alarmantes sobre la depauperación de los bosques y, en general, agrícola de las zonas de montaña. Los expertos sugerían afrontar el difícil problema reconstruyendo el patrimonio forestal para contener los corrimientos y los desprendimientos. Esto no debía afectar ni a la agricultura ni a los pastos de montaña, sino incentivar a las comunidades locales a encontrar tipologías agrícolas y ganaderas diversificadas e idóneas a la especificidad de los terrenos y de los cultivos y al mismo tiempo hacer el patrimonio forestal rentable (también desde el punto de vista turístico) sin por ello someterlo a talas indiscriminadas.

El fascismo actuó, en cambio, de manera salvaje y ciega, extendiendo cultivos de trigo más allá de los límites de la conveniencia económica donde los cereales y los pastos eran más rentables y quitando la gestión de los bosques a municipios y organismos cooperativos para entregarla a sociedades como la Anonima Conifere, creada en 1928 por empresarios de la industria hidroeléctrica. La batalla del trigo fue promovida en 1925 para superar el déficit de la balanza de pagos debido a las importaciones de grano. Esta autarquía ya mostró aspectos negativos a finales de los años veinte: el mercado italiano se había autoexcluido de la compra de cereales americanos, cuyo precio había descendido notablemente con la Gran Crisis, y al mismo tiempo se había producido una disminución de la producción italiana y de la exportación de verduras, cítricos, vino y aceite. Las poblaciones de montaña, las más afectadas, perdieron progresivamente sus recursos y el control del territorio; la montaña, por tanto, fue sometida a ulteriores hemorragias demográficas, mientras que el régimen iba exaltando la identidad campesina y pastora de las poblaciones de montaña como el ejemplo más alto de ruralidad itálica. El mantenimiento y la potenciación de los bosques se hacían indispensables para asegurar que las aguas alcanzasen regularmente las cuencas hídricas de montaña, que a su vez alimentaban las

nuevas centrales hidroeléctricas. Los intereses de los grupos eléctricos fuertemente representados por la Società Terni y de los empresarios industriales que eran los grandes usuarios de energía fueron cada vez más defendidos en las sedes ministeriales de Obras Públicas y de Economía, especialmente cuando fue llamado a la dirección de este último ministerio un representante del sector hidroeléctrico, Giuseppe Volpi. Se sucedieron con rapidez varios decretos-ley: institutos que hasta ese momento habían defendido los intereses de las poblaciones locales fueron suprimidos, como el ANCI en 1925, o sometidos a tutela estatal, como el Segretariato per la Montagna, convertido en organismo público en 1926; el 3 de enero de 1926 fue impuesto un vínculo en la gestión de todos los bosques y el 16 de junio de 1927 una nueva legislación sobre los usos civiles y las tierras colectivas los sometía a la gestión de comisarios a cargo del poder central. En mayo de 1926 el real cuerpo forestal fue militarizado y transformado en Milizia Forestale. Su fundación corrió a cargo de Italo Balbo, en aquel momento subsecretario del Ministerio de Economía, que puso en la dirección a algunos de sus fieles que ya pertenecían al escuadrismo ferrarés y umbro, como Augusto Agostini, que fue nombrado comandante. La Milizia absorbió al precedente real cuerpo forestal, que actuaba bajo la Direzione Generale per le Foreste, compuesto por alrededor de dos mil hombres, e hizo que a través del reclutamiento de jóvenes escuadristas pasase a 3.800 unidades a mediados de los años treinta. A partir de 1932 los oficiales eran preparados por la Accademia Militare Forestale de Florencia y los suboficiales por la escuela de Cittaducale; su formación era tanto militar como en ciencias forestales y dependían principalmente del Ministerio de Agricultura y Silvicultura, con el apoyo del Ministerio de Obras Públicas. Con la entrada en guerra el cuerpo fue integrado por oficiales y tropas del ejército, elegidos especialmente entre los Alpini. La Milizia Forestale estuvo presente también en las campañas coloniales de Libia, Etiopía y Albania y fue movilizada en los frentes de la Segunda Guerra Mundial. Pero actuó esencialmente como instrumento de vigilancia y coerción en lo que respecta a los usos cívicos y para la reforestación de los territorios de montaña en lugar de como cuerpo de defensa y valorización del ambiente natural, por lo que a menudo entró en conflicto con las exigencias agrícolas de las poblaciones de montaña, especialmente de los Abruzos, que le eran por tanto adversas. No quedaba ningún organismo que defendiese a estas poblaciones: en 1936, el Secretariato per la Montagna, que había entrado en conflicto con la Milizia Forestale y había sido privado de su principal defensor y fundador, Arrigo Serpieri, también fue suprimido. Sin Serpieri como líder también desaparecieron los técnicos que se habían adherido al fascismo con la convicción de que la cultura ambientalista, los recursos del territorio y las competencias

científicas serían valorizados por el nuevo régimen más de lo que lo habían hecho los gobiernos liberales precedentes. Anteriormente ya había sido silenciado el asociacionismo que había dado vida a los parques: en 1927 la Società Pro Montibus et Sylvis fue colocada bajo la Opera Nazionale Forestale, y con el decreto gubernamental del 24 de noviembre de 1933 los dos parques nacionales perdían toda la autonomía. Fueron disueltos, pues, sus organismos de gestión y pasaron a la administración central de la Azienda di Stato per le Foreste Demaniali (Agencia Estatal para los Bosques de propiedad del Estado) y a la superintendencia de la Milizia Forestale. Hasta la segunda posguerra no les fue devuelta la autonomía administrativa: en 1947 al Gran Sasso y en 1950 al parque de los Abruzos. Erminio Sipari, que había defendido intensamente el proyecto originario del parque y sobre todo se había opuesto a la construcción de lagos artificiales en el territorio protegido, fue cesado y en 1936 fue incluso expulsado del PNF, al cual se había adherido en 1929.

A partir de 1934 el régimen también jugó la carta turística como medida de valorización económica de algunas áreas protegidas: entre 1934 y 1935 fueron fundados los parques nacionales del Circeo y del Stelvio. Estos respondían, más que a sensibilidades naturalistas, a cálculos específicos «de representación» del régimen, que de hecho dejaron a los nuevos parques sin planes programáticos y sin financiación. El parque del Stelvio tenía la función simbólica que el fascismo había atribuido a los lugares que habían sido escenario de la Gran Guerra. En cambio, el parque del Circeo formaba parte de las tierras de saneamiento del Agro Pontino y por lo tanto asumía otras connotaciones propagandísticas y representativas; además, con el decreto del 25 de enero de 1934, le habían atribuido funciones relacionadas con la promoción turística de la zona. La Italia republicana heredaría áreas protegidas completamente abandonadas, administradas de manera incompetente y en parte devastadas por la guerra. Sobre todo tendría que reavivar entre las élites intelectuales y científicas y entre las comunidades locales un interés por la salvaguardia y la valorización natural, económica y turística de las áreas naturales del país, y tendría que fomentar entre las masas una educación y una sensibilidad por el medio ambiente que en otros países occidentales se habían desarrollado a nivel popular entre las dos guerras mundiales, estimulando consumos y servicios para las clases medias y asalariadas. En Italia la cuestión ambiental únicamente se había propuesto, y continuaría proponiéndose, bajo la forma de protesta en fase de emergencia. La reconstrucción fundada principalmente en la edificación urbana y en la reorganización industrial haría que esta concienciación no llegase hasta los años setenta, y la elaboración de una completa legislación nacional y local hasta los

años noventa.

A diferencia de otros países en los que entre las dos guerras se iniciaron las primeras reflexiones y las políticas sobre la contaminación ambiental, la Italia fascista no quiso plantearse nada al respecto. Algunas investigaciones históricas han sacado a la luz algunos casos que dan cuenta de un malestar del territorio que se inició a partir de la primera posguerra. Es el caso de una vasta área trentina, en Val Lagarina, donde la contaminación química causada por la Società Italiana dell'Alluminio, propiedad de la empresa Montecatini, fue la responsable en los años treinta de profundas alteraciones en la agricultura y la zootecnia y atentó contra la salud de los habitantes, sobre todo de los niños. Entre 1933 y 1934 la situación desencadenó protestas populares explícitas, llevadas a cabo fundamentalmente por la población femenina, que llevaron al bloqueo temporal de la actividad de los establecimientos. Sin representar un abierto desafío político al régimen, estas manifestaciones, silenciadas por la prensa oficial y reprimidas también con autoridad por la policía política, revelaron una cara, en parte todavía oculta, de la protesta contra el régimen, el cual encubrió los daños y reprimió las protestas, dejándolas en el más absoluto silencio y mostrándose así cómplice de las industrias, contaminantes pero estratégicas desde el punto de vista de la preparación bélica. La adopción de una política económica autárquica resultó globalmente perjudicial para el equilibrio del medio ambiente a causa de una intensa e incontrolada explotación del territorio que fundamentalmente tuvo como objetivo la búsqueda de materias primas y de fuentes de energía, en concreto del escaso carbón presente en el territorio nacional.

T

IERRAS DE CONFINAMIENTO

En diciembre de 1933, por iniciativa de institutos de crédito y de empresarios pertenecientes a la comunidad judía de Trieste, agrupados en la sociedad anónima ARSA, fue creada la Società Mineraria Sarda, que absorbió la compañía Bacu Abis, que durante años había sobrevivido gracias al apoyo de los sindicatos fascistas. En 1935, la ARSA se convirtió en la principal accionista privada de la Azienda Carboni Italiani (ACAI), organismo paraestatal basado en el modelo ya experimentado de la AGIP (Azienda Generale Italiana Petroli), que preveía, además de las acciones privadas, una participación mayoritaria del Estado y que también contaba con cuantiosas contribuciones anuales para producción e infraestructuras. En 1937 el régimen, después del descubrimiento de nuevos yacimientos de carbón en Istria y en Cerdeña, intentó salir del aislamiento comercial internacional y de la crónica carencia energética a través del ambicioso proyecto de fundar pueblos mineros que acompañasen la apertura de nuevos yacimientos. El primero, que fue llamado Arsia, se levantó a pocos kilómetros del pueblo situado al este, Albona (hoy Labin), y reunió a campesinos y pescadores de la península que buscaban un trabajo estable y mejor remunerado. El segundo yacimiento, identificado por una ACAI casi arianizada y entregado a funcionarios públicos, se encontraba en la zona del Sulcis, un área semidesértica y subdesarrollada situada en el suroeste de Cerdeña donde entre junio de 1937 y el 18 de diciembre de 1938, día de la inauguración oficial, surgió Carbonia. A diferencia del recordado proyecto de Torviscosa, que era privado y se mantenía en buena salud económica, el proyecto minero fue administrado en régimen de monopolio público. Carbonia, pensada inicialmente para acoger a no más de 12.000 habitantes en una ciudad jardín dotada de viviendas plurifamiliares adosadas, con una huerta-jardín contigua según una tipología de colonia «de tradición típica itálica», llegó a acoger a una población tres veces superior a la prevista: 37.000 residentes en 1942.

Alejada la atención de la menos rentable Istria, muy pronto la ambición del Gobierno fue la de convertir Carbonia en la capital de una región que habría podido transformarse en la Ruhr italiana. Pero el rápido crecimiento y el continuo recambio de la mano de obra transformaron Carbonia más bien en un

puerto marítimo en el que atracaba «la raza informe de los jornaleros y los peones». Un ingeniero emiliano, Valerio Tonini, la describió como un círculo dantesco en el cual

llueven hombres de todas partes: blasfemos, borrachos, desquiciados, maláricos, macilentos, con la barba larga, la ropa desarreglada [...]. Hombres que solo sirven para arar surcos, cavar, empujar vagones, cargar y descargar pesos [...]. Duermen en dormitorios, en literas que se llenan de chinches, envueltos en mantas corroídas que se deshilachan enseguida. Inútil protestar [...]. Pero, bajo esta tierra inútil, habían descubierto el carbón, y he aquí los primeros hombres, mandados para construir la casas para toda la gente que vendría después a excavar en la mina (Tonini: 15).

Pero contrariamente a este y a otros recuerdos y descripciones, Carbonia no se convirtió jamás en un crisol de poblaciones itálicas. En 1938, de 11.923 obreros ocupados en la construcción y en las minas, 9.581 eran sardos, y de estos más del 80% habían sido reclutados en la provincia de Cagliari; los otros provenían, también individualmente, de sesenta y ocho provincias de la península y de Sicilia. Carbonia era para muchos la solución alternativa a la emigración al continente, pero el diferente origen, campesino en su mayoría, y las también diferentes tareas hicieron esta masa apenas homogénea, y los sardos constituyeron el grupo más pobre y menos cualificado. Los dirigentes, los capataces e incluso los obreros procedentes de la Italia continental, sobre todo del norte, se habían alimentado de una serie de prejuicios más o menos populares sobre la naturaleza salvaje de la población y del ambiente sardo. Una literatura científica y pseudocientífica producida a principios de siglo había contribuido a difundir estereotipos y a fomentar la repulsión hacia las poblaciones meridionales y, en concreto, a acentuar la barbarie debida al aislamiento natural y al empobrecimiento genético de los habitantes de Cerdeña, sobre todo del interior. Los inspiradores de esta literatura, divulgada después por los periódicos y por las historias por entregas, fueron los antropólogos positivistas Alfredo Nicefaro, con el libro La delinquenza in Sardegna (1897), Giuseppe Sergi, con el estudio La Sardegna (1907), y sobre todo un autor de origen sardo estimado por Mussolini, discípulo del mismo Sergi: Paolo Orano. Orano se posicionó hasta tal punto con el fascismo que se convirtió, a través de algunas publicaciones, en el

inspirador, por no decir el anticipador, de algunas de sus políticas, desde el antisemitismo hasta la antiinmigración. Con Psicologia della Sardegna. Impressioni ed appunti, el joven Orano, todavía estudiante y próximo al socialismo, publicó en 1896 un texto que defendía la inferioridad de algunas poblaciones meridionales, consideradas degradadas moral y socialmente y con tendencia, por naturaleza, a infringir leyes y órdenes. Sin embargo, algunos de estos trabajos confirmaban la tesis de una degeneración social producida por el ambiente y no por una herencia biológica, dejando por tanto posibilidades de recuperación al individuo y a la comunidad mediante una intervención pública contundente.

Aún más que las «ciudades nuevas» del Agro Pontino, la ciudad minera de Carbonia se caracterizaba por la separación social de las zonas habitadas en un sistema de comunicación a lo largo de los ejes vivienda-mina y vivienda-plaza. Las casas diseñadas en el primer plan de construcción fueron destinadas a las familias de los empleados y las viviendas populares de varios pisos a las familias obreras. Además fueron realizados dormitorios para los trabajadores solteros y estacionales que, contra el programa de población basado en el núcleo familiar estable, constituían con diferencia el grupo más numeroso. Un cuadro parecido al de las ciudades mineras inglesas del primer Ochocientos descritas por Engels, pero dentro de una política corporativa. El proyecto carbonífero estatal, que con la guerra se extendió a Albania y a Grecia, se reveló como un fracaso: mala calidad del carbón, costes altos de extracción y sobre todo de transporte e incompetencia camuflada por la disponibilidad de fondos dedicados a tapar los déficits. El proyecto se convirtió en un negocio de contratos de obras públicas e infraestructurales. En Cerdeña concretamente, los accidentes en la mina, el aislamiento, la pobreza y la escasez de comida hasta límites de hambre caracterizaron los primeros años de la guerra, y en mayo de 1942 causaron la primera huelga abierta contra la empresa y por tanto contra el régimen. Carbonia representó uno de los experimentos más exitosos de «zonización», es decir, de separación social en el territorio, llevados a cabo en Italia; experimento no muy diferente del que el fascismo estaba realizando en el campo racial con la edificación de Addis Abeba y de otras ciudades coloniales. La misma separación era aconsejada por la dirección general de la Terni a la hora de promover la construcción, entre 1927 y 1943, de zonas residenciales para los obreros de la fábrica electroquímica umbra. En una circular de 1930, la dirección no consideraba «conveniente por un sinfín de razones obligar a un contacto continuo, también en la vida cotidiana, a dirigentes y trabajadores». El área de desarrollo productivo de Terni se basaba en un proyecto de «fábrica total», es

decir, de grupos de viviendas alejadas del centro histórico e integradas en el área industrial.

Así pues, bajo el fascismo, el Bel Paese fue también tierra de confinamiento voluntario por necesidad y de confinamiento obligatorio para italianos y extranjeros. La Italia unitaria a partir del tercer Gobierno Crispi de 1894 ya había experimentado el exilio interno y las colonias penitenciarias de trabajos forzados destinadas a acoger a bandidos, delincuentes, camorristas, personas sin domicilio fijo y subversivos. La Italia fascista intensificó esta política sobre todo con respecto a los nuevos subversivos arreglando y ampliando algunas colonias tanto en las islas mayores como en las menores y en las áreas más pobres y montañosas del país. Después de 1926, los principales destinos de los condenados al confinamiento obligatorio fueron las islas: Favignana, Pantelleria, Lampedusa, Ustica y sobre todo Lipari, que entre diciembre de 1926 y enero de 1933 recibió a 1.400 confinados políticos, seguidas de las islas Pontinas de Ponza y Ventotene y de la isla de San Donnino en las Tremiti. En 1939 también se abrió la colonia penitenciaria de Pisticci, en la provincia de Matera. Por aquel entonces Guido Leto se ocupaba de los servicios de confinamiento en la Direzione Generale della Pubblica Sicurezza y en la segunda posguerra intentó edulcorar la acción de la policía política, describiéndola como propensa a no interferir en lo que concernía a los sospechosos y los condenados y a aplicar con moderación los reglamentos y el Código Penal. Hablaba de Pisticci (hoy clasificado por la historiografía como el primer campo de concentración italiano) como de una colonia campesina modelo destinada a los confinados de origen rural y cuya finalidad era el saneamiento de los terrenos y su ocupación junto a las familias.

El experimento social que en un principio fue objeto de incredulidad e indiferencia tuvo, en cambio, un desarrollo brillante y la zona, malárica y malsana, se hizo fértil en poco tiempo gracias al voluntariado y, en ocasiones, al trabajo entusiasta de los confinados que vivían el espejismo de ser pequeños propietarios (Leto: 61-65).

No es exactamente la descripción que de esta región pobre, resignada y somnolienta, afligida por la malaria y la emigración, abandonada por Roma,

dominada por antiguos rencores y enfrentamientos locales que se fortalecían en las formaciones fascistas, dio un confinado: Carlo Levi. Médico e intelectual, obligado al confinamiento en un pueblo lucano, Gagliano,[2] durante los años de la guerra en Etiopía, Levi nos ha dejado uno de los testimonios más eficaces de esta experiencia de convivencia forzada:

Para la gente de Lucania, Roma no es nada: es la capital de los Señores, el centro de un Estado extranjero y malvado. Su capital podría ser Nápoles, y realmente lo es, la capital de la miseria [...]; pero en Nápoles ya no hay, desde hace tiempo, ningún rey; y solo se va para embarcarse. El Reino ha terminado: el Reino de estas gentes sin esperanza ya no es de esta tierra. El otro mundo es América (Levi: 100).

Al desprecio por los antifascistas se sumaba por parte del régimen el desprecio hacia las poblaciones de algunas áreas consideradas no desarrolladas, y por lo tanto también condenadas a acoger a los marginados de la sociedad civil: las islas menores, sometidas a una difícil supervivencia que se transformó en hambre para los habitantes y para los detenidos a medida que se acercaba la guerra, Cerdeña, la ya citada Lucania, y Calabria, que alojó a más de 2.000 confinados de un total de aproximadamente 12.330 personas que entre 1926 y 1943 fueron condenadas al exilio interno.

En su investigación sobre los «campos del duce», Carlo Spartaco Capogreco ha superado silencios y olvidos y ha abierto el camino a investigaciones más específicas. Y ha revelado como Italia, desde 1936, se fue transformando por etapas (leyes raciales en 1938, la entrada en la guerra en junio de 1940, posteriores anexiones de las provincias de Fiume, Zara y Cattaro y de las islas cercanas) en un inmenso campo de internamiento para civiles italianos y extranjeros. El cálculo es difícil: entre 1938 y 1940 la dirección general de la policía indicaba que al menos que había 4.385 personas para internar, de las cuales la séptima parte eran italianas, y en abril de 1943 el número había aumentado a más de 19.100 personas, invirtiendo la relación; más de 12.000 eran italianos que tenían que ser enviados tanto a las regiones centro-meridionales (a Calabria, Lucania y Abruzo) como a las centrales (a Las Marcas y a Toscana). Las autoridades militares llevaron a cabo una operación similar y

todavía más brutal en el área de Fiume, en Eslovenia y en Dalmacia.

▪

[1] La zona urbana del EUR (acrónimo de Esposizione Universale di Roma) llamada E-42. (N. de la t.)

[2] El pueblo en realidad se llama Aliano, pero Carlo Levi lo llama Gagliano en su libro Cristo si è fermato a Eboli (Cristo se detuvo en Eboli) imitando la pronunciación local. (N. de la t.)

V. CRECER BAJO EL FASCISMO

F

ASCISTIZAR A LA JUVENTUD

A lo largo de toda su historia, el fascismo italiano se definió como un fenómeno revolucionario y juvenil. De hecho, en la fase de la toma del poder, entre 1919 y 1922, el movimiento fascista se manifestó como un fenómeno nuevo en la historia italiana, como por otra parte lo fueron en esos mismos años los movimientos comunistas que se inspiraban en la Revolución rusa y en las experiencias de los comités de fábrica que surgieron en Europa. En las revoluciones y contrarrevoluciones de la primera posguerra, la joven edad de los protagonistas fue una de las claves principales de su éxito. El fascismo contribuyó al rejuvenecimiento de la clase política italiana con respecto a la época liberal y a su transformación socioeconómica, dando la posibilidad a la clase media, privada de los privilegios patrimoniales y profesionales de la generación política precedente, de acceder al poder. Ya hemos observado que quienes asumieron los cargos más importantes del Gobierno y del Partido a lo largo del ventenio fascista fueron en su mayoría los nacidos a mediados de los noventa: una generación que, con apenas veinte años, había participado en la Gran Guerra, había promovido el escuadrismo (compuesto por hombres jóvenes nacidos sobre todo entre 1894 y 1900) y, a parte de quienes no habían superado indemnes las crisis y las disputas internas a mediados de los años veinte, se había colocado sólidamente en la dirección del país y del Partido Nacional Fascista sin llegar todavía a los cuarenta años. Lo mismo se puede decir del nazismo, que subió al poder un decenio después gracias a un grupo dirigente coetáneo o algo más joven que el italiano. Investigaciones recientes muestran, en efecto, que a mediados de los años veinte militantes y cuadros dirigentes locales del movimiento nacionalsocialista eran en su mayoría jóvenes de veinte años y que estos terminarían su experiencia histórica con la derrota en 1944-1945 siendo aún relativamente jóvenes.

El movimiento fascista italiano también podía contar con la movilización de parte de una segunda generación un poco más joven que apenas había llegado a tiempo para participar en los últimos meses de guerra (i ragazzi del ‘99) o que se sentía frustrada por no haber podido tomar parte en la gran aventura militar. En el número de septiembre de 1923 de la revista La Rivoluzione Liberale, Alberto

Cappa (que firmaba como Grildrig) señalaba:

El lado más interesante de la primera fase del movimiento fascista hasta la creación del Gabinete Mussolini [...] lo constituye la entrada en la escena política de una generación jovencísima, de los adolescentes de entre 15 y 20 años que no participaron en la guerra (Grildrig: 113).

Las ganas de acción y emulación de los hermanos mayores, acompañadas de una profunda crisis de la sociedad, de los vínculos familiares y de la autoridad de los adultos, empujaron a los jóvenes, a veces aún adolescentes, a entrar en las filas del escuadrismo. El periodista gobettiano[1] también observaba que

la guerra civil es la guerra de la generación de jovencísimos que no participaron en la otra guerra, es el último desahogo que los coloca bajo la dirección de otros jóvenes que, en cambio, la han vivido y que en la posguerra encuadran e instruyen a los hermanos menores, formando con ellos una «generación histórica».

Jovencísimos, excluidos del asociacionismo nacional de los excombatientes, adoptan ritos, contraseñas, símbolos, la camisa negra de la élite combatiente de los arditi, y también expresan mediante acciones violentas, especialmente contra personas y propiedades de la izquierda, la desorientación social y el malestar juvenil. Por otro lado, gran parte de la violencia política que hubo entre las dos guerras mundiales, como han mostrado estudios sobre otros casos europeos tanto relativos a la Alemania weimariana como a la Segunda República española, fue ejercida por jóvenes. Así pues, «la historia de una nación se puede contar, resumiéndola en la carrera de las generaciones que han participado, a través de su lucha por conseguir un lugar en el podio de la vida», a través del enfrentamiento entre el subversivismo de los hijos y el conservadurismo de los padres (Grildrig: 113). En la complicada posguerra se preguntaban cuál sería el futuro de esos jóvenes, ya que los hermanos mayores habían sustituido a los padres en la función de tutela y se constituían como una generación con una

exclusiva relación interna de solidaridad. Las organizaciones más radicales en la acción y en los programas los habían acogido en sus filas. Algunas encuestas locales, como la llevada a cabo en Venecia por Giulia Albanese, muestran los grupos de la derecha contrarrevolucionaria en los albores del fascismo como muy segregados e irregulares. Solo en un segundo momento, con la Marcha sobre Roma, la Milizia los absorbería, acabando con la existencia de grupos menores, no obstante fuesen fiumanos, nacionalistas o anarcosindicalistas.

Fascistizar a las nuevas generaciones de italianos fue, por tanto, un objetivo fundamental que el régimen se propuso desde sus primeros años. Podemos afirmar que a la hora de organizar a la sociedad según la profesión, el género y las generaciones, el programa relativo a la juventud fue sin duda el más amplio, articulado y difundido y, a fin de cuentas, el que más éxito tuvo. Este programa se realizó durante el ventenio fascista en varias etapas, que llevaron a dilatar la edad de pertenencia a la organización juvenil fascista, a multiplicar las formas y los campos de intervención y, además, a estructurar bajo la égida del Partido a toda la juventud. Los años 1926, 1929 y 1937 fueron los años clave y de cambio. En el primer movimiento fascista ya había indicios de una primera organización juvenil, en su mayoría constituida por estudiantes de secundaria y universitarios, que se insería en una más general movilización política de la juventud italiana y europea que había tenido lugar en los años revolucionarios de la posguerra. El 20 de enero de 1920 ya se había constituido en Milán una organización estudiantil, la Avanguardia Studentesca, dentro de los Fasci di Combattimento. Después de un comienzo exclusivamente milanés, grupos de estudiantes avanguardisti («vanguardistas»), liderados por el legionario fiumano Luigi Freddi (nacido en 1895), surgieron en otras regiones, sobre todo en Liguria y Emilia, fundando en diciembre de 1920 el periódico Giovinezza, que tuvo una vida breve, hasta mayo del año siguiente. En un principio, el movimiento estudiantil de simpatías nacionalistas y fascistas participaba en el fermento de los institutos y de las universidades y realizaba peticiones claramente sectoriales: el voto político en los institutos y sesiones extraordinarias de exámenes para estudiantes excombatientes. Los jóvenes que pertenecían a este movimiento también participaban en las «escuelas de arditismo», cursos de preparación paramilitar, organizados por ex arditi, legionarios y escuadristas. Su autonomía política hizo que resultasen sospechosos para la dirección fascista, que, a excepción de Freddi, que tenía veinte años, no admitió a ningún representante juvenil en el Congreso Romano dell’Augusteo de 1921. Pero muy pronto los dirigentes fascistas se dieron cuenta de que tenían que intervenir en lo que concernía a la juventud; y lo hicieron organizándola y al mismo tiempo distribuyéndola según

las edades. En diciembre de 1921 los estudiantes de secundaria superior, y en general los chicos que simpatizaban con el fascismo entre los catorce y los dieciocho años, fueron acogidos en la Avanguardia Giovanile Fascista. La recién formada organización contaba, por aquel entonces, con no más de 1.500 militantes en Liguria y 3.000 en Lombardía según los datos dados en su primer Congreso, que se celebró los días 21 y 22 de diciembre de 1922. Al mismo tiempo, los estudiantes universitarios fueron agrupados en los GUF (acrónimo de los Gruppi Universitari Fascisti), el primero de los cuales parece que surgió espontáneamente en Génova en marzo de 1923. A partir de noviembre de 1922 el PNF se puso en marcha para organizar a los niños entre los ocho y los catorce años. Un primer reglamento para las actividades del grupo formado por los muchachos de esta edad, denominados Balilla, fue redactado en febrero de 1923, mientras que la dirección de todo el movimiento juvenil fascista fue entregada a un miembro de la secretaría nacional del Partido, Giuseppe Bastianini. Además, se decidió que a los diecisiete años los chicos podían adherirse a la Milizia nacional y al PNF. El Giornale dei Balilla apoyaba la actividad de la organización. Luigi Freddi, que se había convertido en el jefe de prensa del PNF, fue sustituido por Lando Ferretti.

Pero en 1924 los balilla todavía eran a duras penas tres mil. Los avanguardisti, en cambio, eran alrededor de cincuenta mil. En los años de transición a la dictadura, la organización de los jóvenes fascistas no era diferente de cualquier otra organización juvenil de escala nacional, y en cualquier caso siguió siendo marginal respecto a las actividades de otros movimientos juveniles con más seguidores, como las federaciones juveniles comunista, socialista y republicana, y los grupos relacionados con la Iglesia católica. Todas las organizaciones dependían de los partidos adultos o, en el caso de los católicos, de la jerarquía eclesiástica: eran lugares de proselitismo y reclutamiento de cuadros dirigentes para las formaciones adultas y también actuaban para aliviar las carencias materiales y culturales de sus inscritos; pero terminaron por acentuar el enfrentamiento ideológico e incluso físico entre las generaciones más jóvenes. El Gran Consejo del fascismo, en la reunión del 16 de marzo de 1924, ratificó la dependencia de los Balilla y de los Avanguardisti del Partido y les dio pleno apoyo. Con el real-decreto del 3 de abril de 1926, perfeccionado por un reglamento aprobado el 6 de diciembre de ese mismo año, fue instituida la Opera Nazionale Balilla (ONB), organismo autónomo con la función de asistir y educar a los jóvenes varones desde los ocho (después seis con la introducción de la categoría de Figli e Figlie della Lupa, literalmente «Hijos e Hijas de la Loba») hasta los dieciocho años. Al igual que otras obras que se estaban fundado aquel

año, la ONB era por reglamento la única que estaba autorizada para ocuparse, en todo el territorio nacional, de los sujetos que acogía; ninguna otra asociación juvenil podía seguir funcionando, a excepción, temporalmente, de los movimientos católicos escultista y estudiantil, que de todos modos debían someterse a su control y solo podían estar presentes en las ciudades con más de 20.000 habitantes.

La eliminación de la organización de la juventud católica solo fue aplazada; fue uno de los temas de las negociaciones entre el Estado fascista y la Iglesia católica que desembocarían en la firma del Concordato. En abril de 1927 se disolvió espontáneamente la Federación de Asociaciones Católicas Italianas; un año después le tocó al Movimiento Scout Católico de los Exploradores (creado en 1916), mientras que permanecían activas otras tres organizaciones: Acción Católica (que también contaba con secciones femeninas), la FUCI (acrónimo de la Federazione Universitaria Cattolica Italiana) y el Movimiento de Licenciados Católicos. Después de la implementación de los Pactos de Letrán, en 1929, la tensión entre el fascismo y los grupos juveniles católicos se acentuó, lo que repercutió en las relaciones entre el régimen y el Vaticano hasta que se alcanzó un nuevo acuerdo en 1931: Acción Cattolica y la FUCI se abstendrían de realizar actividades, incluidas las de carácter recreativo y deportivo, y se dedicarían únicamente a la asistencia religiosa de quienes se adhirieran a sus organizaciones. En cambio, la Iglesia reforzó su posición ecuménica dentro de la ONB y de otros lugares de reagrupación de jóvenes tanto en el sistema escolar como en el ejército. Cada cohorte de la ONB, grupo compuesto por alrededor de trescientos miembros, preveía la asistencia espiritual de un cura, que a menudo también era miembro de la Milizia, que debía impartir los sacramentos y la enseñanza de la doctrina católica. En consecuencia, los jóvenes católicos pertenecientes a las organizaciones de la Iglesia, la mayoría estudiantes, se encontraron moviéndose en una doble militancia: en Acción Católica y en la ONB o en la FUCI y al mismo tiempo en los GUF. Según cálculos posteriores no exentos de fundamento, los jóvenes católicos en esta condición constituían aproximadamente el 15% de quienes, entre los quince y los veinticinco años, pasarían por las organizaciones fascistas durante el ventenio mussoliniano.

En cualquier caso, la ONB estaba destinada a acoger a jóvenes de edad inferior; en los años posteriores el régimen la perfeccionó hasta que alcanzó, con el decreto del 30 de octubre de 1934, una estructura definitiva, organizada en tres categorías para los varones. Estos empezaban perteneciendo a los Figli della Lupa («Hijos de la Loba»); a los ocho años pasaban a las filas de los Balilla, que

eran nombrados Balilla Moschettieri («Balilla Mosqueteros») a los once años, y después pasaban, cuando cumplían los trece años y hasta los dieciocho, al grupo de los Avanguardisti (Avanguardisti Moschettieri desde los quince). Una estructura análoga estaba reservada a las niñas, comprendidas en las Figlie della Lupa, en las Piccole Italiane (ocho-catorce años) y en las Giovani Italiane (catorce-diecisiete años), aunque en un principio no habían sido incluidas en la ONB, sino que estaban bajo el control directo de los Fasci Femminili. En 1929 el control de la organización juvenil había pasado del PNF al Ministerio de Educación Nacional, que la asignó a un subsecretario para la Educación Física de la Juventud, unificando así el sector masculino con el femenino bajo la jurisdicción de la escuela. A pesar de ello, el régimen tendió a mantener separadas y con finalidades educativas diferentes la organización de los chicos con respecto a la de las chicas, prestando durante mucho tiempo más atención a la educación física y política de los primeros. El paso de la ONB al Ministerio de Educación Nacional en 1929 fue importante para expandir la organización a través del sistema escolar por todos los rincones del país, utilizando a los profesores como agentes de propaganda. En concreto, la escuela primaria fue un instrumento eficaz. Aunque hasta la aprobación de la Carta della Scuola en 1939 no era obligatoria la inscripción a la ONB, esta comportaba una serie de privilegios sociales y sobre todo de beneficios económicos para las clases más pobres. La unión Estado-Partido hizo que, al final de los años veinte, las formas de asistencia antes proporcionadas por los patronatos escolares y por los ayuntamientos a los muchachos más necesitados fuesen potenciadas por el régimen a favor de los miembros de la ONB, atendiendo a las necesidades y a los méritos y a través de ayudas escolares (ropa, comedor, material escolar), becas, estancias de vacaciones y actividades recreativas. En cambio, el no estar inscrito conllevaba formas de discriminación y sentenciaba a menudo al muchacho al aislamiento respecto a la sociedad, hacía sospechosa a la familia de origen, impedía la carrera futura del joven en muchos sectores del empleo público y condicionaba el destino del servicio militar.

La ONB tenía una estructura piramidal, estaba sometida a la jurisdicción de comités provinciales y las responsabilidades recaían en manos de jóvenes según una rígida jerarquía, que iba desde los jefes de escuadra hasta el primer cadete, pasando por cinco grados. Profesores, sacerdotes y miembros de la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale se ocupaban del reclutamiento y de la disciplina a nivel local y provincial. El Consejo Nacional de la ONB estaba formado, por nombramiento de Mussolini y del secretario nacional juvenil, por miembros del Partido, por oficiales del MVSN y del ejército y por representantes

del clero; igual composición tenía a nivel local. Mussolini llamó a Renato Ricci (1896-1956) para dirigir la ONB, el cual ya era jefe de los Balilla desde enero de 1924. Ricci pertenecía a la generación de los fascistas de primera hora. Originario de Carrara, proveniente de una familia obrera, voluntario en la guerra en 1915 y legionario con D'Annunzio en Fiume, había destacado en la primera oleada escuadrista que actuó en Toscana, después había pasado a la Milizia y luego había participado en la Marcha sobre Roma. En 1924 había sido elegido diputado y en el momento de su nombramiento como secretario de la ONB era vicesecretario del Partido. Mussolini vio en este joven apasionado y de confianza la persona más adecuada para dirigir el nuevo movimiento juvenil. Ricci, por su parte, no manifestó competencias específicas en el ámbito juvenil o educativo, pero consiguió llevar a cabo la tarea con diligencia y fidelidad al jefe. Probablemente por esta razón, aunque fue discutido y criticado dentro del Partido hasta el punto de ser investigado por actos ilícitos y abuso de poder, según consta en un expediente de la correspondencia reservada de la secretaría particular del Duce (ESSI, b.48), siempre fue protegido por Mussolini.

Hasta 1930, la MVSN se ocupó de la entrada de los varones en el PNF cuando cumplían los dieciocho años, sobre todo a través de una formación previa que tenía lugar hasta que eran reclutados por el ejército, normalmente a los veintiún años. Las jóvenes podían inscribirse directamente en la organización femenina del PNF. Después, el régimen advirtió la necesidad de introducir otro escalón más en la formación política de los jóvenes fascistas entre los dieciocho y los veintiún años de edad, antes de su entrada oficial en el Partido, y creó, a propuesta del Gran Consejo del 8 de octubre de 1930, la orden de las Giovani Fasciste para las chicas y de los Fasci Giovanili di Combattimento (FGC) para los chicos. Estos últimos tenían autonomía dentro del PNF para llevar a cabo su preparación política, deportiva y militar, que después fue especificada por ley el 29 de diciembre de 1930 y de nuevo subrayada a finales de 1934 con una atenta prescripción de las formas de adiestramiento. Así pues, desde el principio de los años treinta la instrucción militar que precedía al servicio militar era obligatoria para toda la población juvenil masculina. La base de los Fasci Giovanili estaba constituida por una escuadra, compuesta por veintitrés elementos, un jefe de escuadra y un segundo; de tres a cinco escuadras formaban la centuria, que a su vez formaba parte, con ocasión de los desfiles, de las legiones. Lo resumía todo el secretario del PNF, Achille Starace:

Los Giovani Fascisti de cada sección o grupo local del PNF, agrupados en escuadras, constituyen un Fascio Giovanile di Combattimento. Cada Fascio Giovanile tiene el propio banderín que lleva el alférez a la cabeza de las columnas, y cada escuadra puede tener su propio estandarte con el nombre del mártir al que está dedicado. El comandante debe ser un oficial de la MVSN que tenga al menos el grado de centurión. A los Giovani Fasciti el Duce les ha concedido la alegría y el orgullo de llevar sobre la camisa negra los colores de Roma, símbolo y certeza de gloria, digna de la gran historia de Roma.

Starace insistía además en que los

Fasci Giovanili saben que para formar el espíritu guerrero sirven las formas exteriores, como los desfiles, el entrenamiento, el deporte, la instrucción premilitar, en la cual los jóvenes deben sentir el orgullo de participar, los cruceros, las colonias estivales e invernales, que fortalecen la salud (Starace, 1933: 7).

Los Fasci Giovanili di Combattimento fueron puestos en manos de Carlo Scorza, también escuadrista toscano, organizador del movimiento fascista en Lucca y conocido por haber liderado la agresión de la cual fue víctima Giovanni Amendola. Con su lema «creer, obedecer, luchar» los jóvenes reclutados por los Fasci di Combattimento eran considerados simbólicamente la nueva generación del fascismo, los herederos de los arditi de la Primera Guerra Mundial y de los mártires del fascismo. Precisamente a partir de esta nueva generación se construyó el ritual de entrada en el Partido. La ceremonia preveía el traspaso de las consignas de los rangos mayores a los más jóvenes de la ONB y se realizaba el 23 de marzo, el día del aniversario de la fundación de los Fasci; luego pasó a celebrarse solemnemente el 21 de abril, día mítico de la fundación de Roma, con un ritual que recordaba la entrega de la toga viril que para los antiguos romanos ratificaba la entrada en la edad adulta.

La educación premilitar estaba diferenciada, pues, por edades: a los jóvenes hasta los catorce años se les debía inculcar el espíritu militar de la nación; a partir de los catorce y hasta los dieciocho se les impartía una preparación

gimnástico-deportiva y al cumplir los 18 años los jóvenes debían seguir una instrucción previa hasta el servicio militar. En este periodo de actividad deportiva y de preparación militar los jóvenes eran seleccionados para entrar en los cuerpos especiales en el servicio militar, como los Alpini, la Marina o la Caballería. A partir del año lectivo 1934-35 fueron introducidos en la enseñanza secundaria, en los institutos superiores y en las universidades cursos de cultura militar con un total anual de veinte horas de teoría seguidas de prácticas. Si en las universidades el cuidado de los jóvenes corría a cargo de los GUF, los cuales empezaban a reclutar a los miembros de una nueva élite en los licei durante los meses previos a la selectividad, por su parte los Fasci Giovanili intentaban mantener viva la relación con el fascismo entre los jóvenes pertenecientes a las clases populares y sobre todo a la clase obrera, que habían perdido el contacto con la ONB cuando habían dejado la enseñanza obligatoria y los institutos profesionales.

Muchos testimonios coinciden en su recuerdo de la instrucción militar impartida en las primeras horas de la tarde del «sábado fascista», que se hizo obligatoria también para los adultos en 1934, como algo aburrido e inútil, con sus despliegues de cuerpos y banderines y los ejercicios coreográficos de gimnasia. Los jóvenes, allá donde la organización del Partido estaba menos ramificada y presente (en el campo, en los barrios industriales, en los pueblos rurales), tendían a evitar los ejercicios premilitares y los cursos de formación ideológica; en cambio, la afluencia de gente era consistente y voluntaria donde la ONB y los Fasci Giovanili di Combattimento promovían actividades deportivas y recreativas. Sin embargo, hay que observar que a partir de mediados de los años treinta fue muy difícil diferenciar la actividad deportiva de la instrucción militar, ya que en la primera se incluían disciplinas como la marcha, la lucha cuerpo a cuerpo, el boxeo y varios ejercicios de tiro con el mosquete y de lanzamiento de bombas que tenían como objetivo templar el carácter viril y militar del joven fascista. Tampoco las chicas estuvieron exentas de esta formación que, si bien era más limitada en cuanto a disciplinas, preveía ejercicios de cuerpo libre y con aparatos, de evoluciones coreográficas y también, en algunos casos, de tiro al blanco con la finalidad de formar madres sanas y valientes preparadas para educar a sus hijos en el amor a la nación. Esta preparación atlética la quiso el secretario del PNF Turati. «Si un día a estos hijos tuvieseis que entregarles el mosquete, se lo entregaríais sin lloriquear, con un gesto noble de orgullo», declaró en 1928 en la inauguración de la primera edición del concurso gimnásticoatlético de la Vittoria, dedicado a las Giovani Italiane, que se celebraba todos los años en Roma con motivo de la fiesta del 24 de mayo. Pero

con la llegada a la secretaría de Starace se limitaron las exhibiciones de las jóvenes a cuerpo libre en lugares públicos por ser demasiado audaces y provocativas para el clima moralizante y sexófobo inaugurado por el régimen en los años treinta. El deporte fascista siguió aun así desarrollándose y atrayendo a sus filas a cada vez más chicas de las clases medias urbanas.

Convertida en una gran organización de masas, la juventud fascista agrupada en la ONB y en los Fasci Giovanili di Combattimento fue motivo de desacuerdo en la cúpula del régimen, entre los responsables de la juventud por una parte y del Partido por otra: Renato Ricci, Carlo Scorza y Achile Starace y los ministros de Educación Nacional, a quienes competía en última instancia la ONB, Cesare Maria De Vecchi y luego Giuseppe Bottai. Este último sobre todo, cuando se hizo cargo del Ministerio con la ambición intelectual y política de dar una nueva fisionomía a la educación y a la formación de las nuevas generaciones, chocó irremediablemente con Ricci, que siempre había concebido la organización como un instrumento de movilización y de disciplina de los jóvenes. Los conflictos fueron superados por decisión de Mussolini con el traslado de Ricci a otros cargos y el cese de la dirección de la juventud por parte del Ministerio de la Educación Nacional. De hecho, con el real-decreto del 27 de octubre de 1937 se instituyó

la Gioventù Italiana del Littorio, organización unitaria y totalitaria de las fuerzas juveniles del régimen [...] en el seno del Partito Nazionale Fascista, que depende directamente del secretario del PNF, ministro de Estado, que es su comandante general. La GIL tiene el lema: Creer, obedecer, luchar (Starace, 1939: 2).

Si bien la organización por edad y sexo no sufrió ningún cambio sustancial, lo cierto es que sí que hubo una verdadera novedad, que consistió en colocar a toda la infancia y la juventud bajo el control directo del Partido y de su organización federal y provincial. La escuela, en cualquier caso, seguía manteniendo la función de lugar privilegiado de reclutamiento. La fundación de la GIL fue reconducida, pues, al enorme esfuerzo que realizó el régimen para conseguir su proyecto totalitario, incluso imitando y compitiendo con el nazismo. En los mismos años también se constituyeron nuevos organismos de educación y propaganda: en 1935 el Ministerio de Cultura Popular, entre 1936 y 1939 la ya

recordada Carta della Scuola y, por último, la reorganización del deporte.

La razón de este fervor se debe a que sabían de la existencia de sectores que todavía escapaban a un control total. Esto era especialmente evidente en ámbito cultural, donde las mayores dificultades parecían surgir de la incapacidad de emanciparse de la tradición liberal-democrática y de definir los caracteres de una verdadera cultura fascista (Pedio: 13).

En lo que respecta a la juventud, este esfuerzo totalitario estaba dirigido a la formación política de los futuros cuadros dirigentes y a una disciplina y militarización de la gran masa de jóvenes. En definitiva, se tenía como objetivo hacer de las nuevas generaciones «hombres y mujeres nuevos» de la Italia fascista en una fase en la que el régimen no solo pensaba superar las contradicciones y debilidades internas, sino también prepararse para una política exterior expansionista cada vez más entregada a las armas y menos a la diplomacia.

Con este objetivo fue perfeccionada en aquellos años la formación previa, antes fundamentalmente prerrogativa de los Fasci Giovanili, introduciendo en los cargos directivos de la GIL tanto a oficiales de la Milizia como del ejército; y este cambio se hizo evidente con la entrada de Italia en el conflicto europeo. En junio de 1940 la GIL creó dentro de su organización cuerpos selectos de jóvenes que todavía no tenían la edad requerida para el servicio militar: los batallones Giovani Fascisti, que en 1941, también bajo la superintendencia de la GIL pero encuadrados como regimiento del ejército, fueron enviados a combatir a África septentrional. Al mismo tiempo, estudiantes de las escuelas secundarias superiores pertenecientes a la GIL fueron llamados a ocupar, con la categoría de aspirantes a oficiales, los futuros rangos del ejército a través de una selección intensiva en los campamentos DUX transformados en academias de la GIL. El Campo Dux era una institución creada en el año 1929 que consistía en una estancia de formación de los cuadros juveniles de la ONB; los campamentos tuvieron en un primer momento su sede en Roma y todos los septiembres reunían a avanguardisti provenientes de todas las federaciones provinciales de Italia, a los que sometían a una disciplina rígida y a una formación gimnástico-deportiva. Con el aumento del número de los avanguardisti también se

organizaron campamentos de verano en otras ciudades y lugares símbolo del fascismo. Uno de estos fue, por ejemplo, Forlí, capital de la provincia del Duce, que a partir de octubre de 1938 también acogió al colegio aeronáutico de la GIL, reservado a estudiantes liceales, con el propósito de formar cuadros para el ejército y de seleccionar cadetes para la aviación. También en los años treinta la ONB abrió estructuras en diversas ciudades italianas (Bolzano, Venecia, Brindis, Lecce, Sabaudia) para alojar a los estudiantes del ginnasio-liceo y sobre todo de los cursos de formación profesional para entrar en sectores del ejército y de la marina. Además, reservó varios internados para los huérfanos de guerra para su instrucción primaria y para su iniciación profesional (en Turín, Rieti, Padua, Pontinia, Tagliacozzo). Las huérfanas eran acogidas en Florencia y en Teramo. A partir de 1938 a todos los alumnos se les pedía el certificado de pertenencia a la raza aria. Con el aumento de los campamentos de verano se estrechó la relación con otros movimientos juveniles fascistas: a partir de 1937 también participaron miembros de la Hitlerjugend, de los Fasci Italiani en el extranjero y de otras organizaciones filofascistas europeas. La relación perduró durante la guerra, cuando algunas colonias hechas en cemento y algunas fincas siguieron siendo utilizadas como campos de verano y casas de convalecencia. Pocos jóvenes protagonistas de este periodo nos han dejado testimonio de su presencia en ellas. Uno de ellos es Jost Hermand (1930), que después emigró a Estados Unidos y se convirtió en profesor de germanística en la Universidad de Wisconsin. Originario de un territorio polaco anexionado al Tercer Reich llamado Reichsgau Wartheland, Herman había sido alojado por la GIL y había permane cido allí en el verano de 1942, con otros veinticinco jóvenes alemanes, en San Remo, en Villa Zirio, que tiempo atrás había pertenecido a la familia imperial alemana. Hermand recuerda San Remo como un lugar idílico, lejos de la guerra que había vivido en Polonia y de la experiencia que viviría en los meses siguientes bajo los bombardeos de Berlín.

Volviendo a la ONB, recordemos que la organización pasó de menos de medio millón de inscritos a principios del año escolar de 1926 a alrededor de cinco millones y medio en octubre de 1936; los Fasci Giovanili di Combattimento y las Giovani Fasciste contaban también a finales de octubre de 1936 con alrededor de 874.000 jóvenes. Con la creación de la GIL y con la reorganización bajo esta sigla de todos los niños y jóvenes de seis a veintiún años (desde los Figli y Figlie della Lupa hasta los Giovani fascisti y fasciste) el número de inscritos pasó de alrededor de 7.542.000 en 1937 a algo más de 8.830.000 en 1942. En los licei y en los institutos superiores las inscripciones entre los estudiantes pasaron del 85,5% del año lectivo 1931-32 al 99,9% en 1941-42.

Hay que observar que en los institutos superiores la inscripción de las chicas no era cuantitativamente diferente a la de los chicos, en concreto entre 1931 y 1934. Por el contrario, la diferencia entre los géneros se mantuvo evidente a favor de los varones en los grupos de entre ocho y catorce años (en 1936 el 74,6% de los niños de esa edad eran Balilla y el 66% de las niñas eran de las Piccole Italiane) y se acentuó todavía más en edades posteriores y según las áreas del país. En el conjunto de todas la organizaciones (Figlie della Lupa, Piccole y Giovani Italiane) la ONB reunía en 1936 al 43,3% de las niñas y de las jóvenes registradas en el país; en 1940 la GIL contaba con el 32,4%. Las Giovane Italiane inscritas en la GIL en 1940 eran el 23% del total de las chicas de entre quince y diecisiete años en Pisa, el 17,3% en Milán, el 16,3% en Turín, el 8,3% en Nápoles y el 7,7% en Palermo. La diferente actitud del Partido respecto al sexo femenino en relación con los jóvenes varones estaba acentuada a menudo por la cultura y las costumbres locales, que en el sur especialmente relegaban a la mujer sobre todo al ámbito familiar y doméstico y la obligaban a contraer matrimonio muy joven; el conjunto de estos comportamientos reducía significativamente la participación de las jóvenes en las actividades políticas y recreativas.

En general, la organización juvenil fascista estaba más desarrollaba en las provincias del noroeste y del centro. En mayo de 1939 el PNF había completado una lista de las noventa y cuatro provincias italianas según los porcentajes de inscripciones a la GIL: a la cabeza, con una participación que oscilaba entre el 71 y el 64% del total de la población juvenil hasta los veintiún años, estaban algunas provincias septentrionales de carácter tanto industrial como agrícola que dependían de capitales de tamaño intermedio (como Bérgamo, Cremona y Novara); a continuación, con una oscilación entre el 64 y el 51%, se colocaban las principales ciudades del norte (Milán, Génova, Bolonia) y el resto de provincias lombardas (Brescia, por ejemplo), romañolas y toscanas que habían alimentado el primer fascismo escuadrista. Seguían, con porcentajes de alrededor del 50% (del 51 al 46%), casi todas las capitales de provincia del centro de Italia (incluida Roma, que era la treinta y nueve). Las provincias del sur estaban al final de la lista; solo dos de ellas, Bari y Salerno, se encontraban en la primera mitad de la lista; eran la cuarenta y cinco y la cuarenta y seis respectivamente; dos de las primeras treinta y nueve provincias estaban al sur de Florencia (Grosseto y Roma); seis del norte se colocaban a partir del cuadragésimo séptimo lugar (Rovigo, Venecia, Údine, Pola, Gorizia y Bolzano). Esto puede ser atribuido a la solicitud y a la presencia del movimiento católico entre los jóvenes de esas provincias así como a las dificultades que encontró el

fascismo para difundir una organización de masas en áreas de frontera; de hecho tenemos noticia del envío de jóvenes cuadros dirigentes de la GIL a estas áreas para hacer proselitismo aún a finales de los años treinta.

Podemos incluso suponer que en las áreas del país caracterizadas por un alto índice de analfabetismo, los servicios ofrecidos por la organización surtieron también el efecto de reducir con el tiempo el abandono escolar. En 1928-29 la ONB había obtenido la gestión de escuelas rurales en regiones como Calabria, Sicilia y Cerdeña; en 1934 se sumaron Campania y Molise y en 1935 también algunas provincias agrícolas septentrionales. Estos servicios, creados en un principio como escuelas nocturnas y dominicales y cursos breves de formación profesional por la reforma Gentile en 1923, que preveía una intervención de las administraciones locales en el esfuerzo de alfabetización de los adultos, fueron progresivamente absorbidos por el sistema de bienestar gubernamental y por la estructura de la ONB para hacer frente también al abandono escolar y a la falta de conocimientos técnicos entre los jóvenes residentes en áreas deprimidas y rurales. De esta manera, la ONB tuvo, por tanto, la posibilidad de expandirse entre una población juvenil marginal que, una vez fuera de la edad susceptible de asistencia, que a menudo coincidía con la entrada en el mundo laboral, solía distanciarse del Partido y del Estado hasta interrumpir la relación con ellos, al menos hasta el momento de la llamada a las armas. Aunque con prudencia y teniendo en cuenta que los datos que nos han llegado provienen de fuentes oficiales de la época, y que desde 1939 la inscripción en la GIL se había hecho obligatoria para todos aquellos que asistían a institutos docentes (así como el control de la trayectoria escolar y política de todos los alumnos a través de cartillas personales), se confirman algunas tendencias: el aumento del número de inscripciones a la ONB y a la GIL en edad infantil y adolescente; la prevalencia de jóvenes provenientes de la pequeña y mediana burguesía y de las clases medio-altas respecto a los hijos de familias obreras y campesinas a medida que aumentaba la edad de los inscritos y los jóvenes pasaban de la enseñanza obligatoria a la enseñanza secundaria superior, y la mayor cantidad de chicos respecto a las chicas, especialmente cuando cumplían los catorce años y en áreas meridionales y marcadamente rurales. La relación con la organización seguía siendo sólida en la población estudiantil que accedía a la educación secundaria superior, para la cual la organización juvenil fascista era considerada un instrumento de formación de dirigentes, de selección, en definitiva, de promoción y de distinción social que desembocarían, para una pequeña élite, en la entrada en la universidad y en los GUF.

A

SISTIR, VIGILAR Y CASTIGAR

La política del régimen fascista relativa a los menores fue particularmente paternalista y autoritaria a la hora de adoptar acciones de persuasión y al mismo tiempo de disuasión-represión, lo que refleja la importancia que este daba a la formación de una nueva generación de italianos. La ONB, más allá de constituir la base de reclutamiento del régimen, era uno de los principales pilares sobre los que se apoyaba el naciente Estado de bienestar, tanto en lo que respecta a los servicios ofrecidos como al aumento de personal estatal y paraestatal que los administró. El fascismo había llegado al poder en un momento en el que la beneficencia se estaba transformando en asistencia pública, paso que en otros estados democráticos fue gestionado por institutos principalmente municipales o descentralizados del Estado. El fascismo entró en competencia con institutos de caridad religiosos y barrió todas las formas de asistencia creadas autónomamente en época liberal por las organizaciones y administraciones municipales de izquierda, sustituyéndolas por la ONB, la Opera Maternità e Infanzia y por la creación de un específico Ente Opere Assistenziali. A través de estos organismos, el Partido gestionó los patronatos escolares, que fueron absorbidos totalmente por la GIL en 1938-39, la asistencia a la infancia necesitada, los servicios sanitarios y aseguradores (el Fondo Arnaldo fundado por la ONB para el socorro de los accidentes y las enfermedades que afectaban a sus inscritos) y las colonias para la infancia. Las familias más necesitadas entraban en contacto con estos servicios reservados a los muchachos inscritos en la ONB a través de las escuelas a las que iban, las federaciones provinciales del PNF y, a partir de 1937, a través de los organismos municipales de asistencia. Uno de los momentos simbólicos de esta asistencia era la Befana fascista, instituida a partir de 1928: el día de la Epifanía, el 6 de enero, durante una ceremonia, se daba a las familias más pobres que lo pedían paquetes con alimentos y ropa junto a la siempre presente foto del Duce.

Por primera vez, el Estado unitario se comprometió directamente con su juventud en la construcción de instalaciones deportivas y de centros dedicados a ella. En 1928 el secretario del Partido, Turati, ordenó a las federaciones provinciales que hiciesen todo lo posible para que todos los ayuntamientos

contasen con un campo deportivo del Littorio provisto de instalaciones para el atletismo ligero y de un campo de fútbol. En 1930 se calcularon 3.280 campos terminados o declarados en obras, de los cuales más de 2.500 estaban situados en el norte. El otro proyecto de construcción fue la realización de Case della Gioventù: se trataba de Case del Balilla, después se convirtieron en casas de la GIL, construidas en municipios y capitales de sedes federales del Partido Fascista según un modelo arquitectónico estándar, caracterizado por el color exterior rojo pompeyano creado por Renato Ricci, que preveía espacios y servicios como gimnasios con duchas, bibliotecas y salas de cine y para escuchar la radio. En 1936 más de 3.700.000 inscritos a la ONB realizaban actividades gimnástico-deportivas en alrededor de 5.000 centros con gimnasios. Pero la actividad deportiva más intensa era la realizada por los Fasci Giovanili: en 1934 practicaban atletismo oficialmente cerca de 80.000 jóvenes, alrededor de 10.000 hacían ciclismo, más de 6.000 esquí y más de 3.000 natación. Sin embargo, en muchas localidades las estructuras seguían siendo pocas y con pocos medios, a veces declaradas solo en los documentos y sustituidas por pequeños campos y aulas improvisadas que se quedaron así incluso hasta la Italia republicana, heredera de las instalaciones. En cuanto a las piscinas declaradas disponibles en el territorio nacional eran solo cuarenta y seis, y a veces habían sido construidas como instalación de prestigio al lado de los grandes estadios de las ciudades; extraño destino para un país rodeado por el mar pero con una población masculina y sobre todo femenina que en su mayoría era incapaz hasta de flotar.

La gran obra urbanística del régimen consistió sobre todo en la construcción de asentamientos residenciales para la salud y las vacaciones de los Balilla: las colonias de verano, de montaña y sobre todo de playa. Estas colonias fueron construidas principalmente en lugares en los que antes y durante la Gran Guerra habían surgido los primeros centros recreativos y sobre todo los sanatorios –aún eran denominados hospicios–, que habían sido solicitados para la infancia necesitada por las asociaciones filantrópicas y religiosas, las administraciones locales y los patronatos escolares, la burguesía ilustrada y empresarial y las organizaciones del movimiento obrero. En 1885 ya existían diecinueve hospicios marinos situados en el Adriático y en el Tirreno septentrionales. El desarrollo tuvo lugar en época liberal y se dio prioridad a los hospicios marinos (cuarenta y dos en 1913) y a las colonias climáticas y escolares que preveían también largos ingresos para los niños enfermos de escrofulosis y tuberculosis; esta última, constantemente latente en el país, volvió a aparecer con fuerza durante la Gran Guerra. Entre 1926 y 1930 el régimen retiró la gestión de las colonias a las organizaciones autónomas que las habían fundado; solo sobrevivieron durante un

cierto periodo las que pasaron a la Federazione Nazionale Fascista delle Cooperative di Consumo, cooperativas que se ocupaban de la «potenciación de la estirpe» y que estaban arraigadas especialmente en las grandes ciudades del norte y en los nuevos territorios (Trieste, Friuli e Istria). En general, las colonias existentes a nivel local se pusieron en manos de las federaciones del Partido y de sus Casse Provinciali di Previdenza, institutos destinados a las obras de beneficencia y asistencia fascistas, que fueron unificados en 1931 en el Ente Opere Assistenziali al cual contribuían tanto la Opera Nazionale Maternità e Infanzia como la ONB. En 1937 fueron puestas directamente en manos de la GIL, en colaboración con los Fasci Femminili. El patronato, el Estado y las corporaciones contribuían económicamente a la construcción de las obras de albañilería y a la disposición de los campamentos. Después de un decenio de crecimiento importante pero caótico, el fascismo se esforzó por dar una identidad definitiva a las colonias estivales a tres niveles: sanitario, político y urbanístico-arquitectónico. En 1935 se celebró en Rímini un congreso nacional médico dedicado concretamente a las colonias en el que se elaboró una clasificación de las enfermedades infantiles y de las intervenciones profilácticas y se redactó un primer reglamento general para el personal sanitario y directivo de estas. Y en junio de 1937 la Mostra delle Colonie Estive de Roma celebraba la política adoptada por el fascismo para la sanidad de la estirpe italiana. El paso del clima imperial de Roma al clima racial fue breve y en 1939 el primer reglamento fue sustituido por un compromiso para la defensa de la raza a través del cuidado y de la asistencia a las nuevas generaciones. Manteniendo activas algunas colonias permanentes que funcionaban como sanatorios para niños con enfermedades graves e infecciosas, en los años treinta la atención organizativa y propagandística del régimen se dirigió a las colonias temporales y diurnas con finalidades terapéuticas y profilácticas que estaban reservadas a «todos los muchachos de entre seis y trece años, inscritos regularmente a la GIL». La admisión a las colonias estivales era reservada principalmente a los niños de familias necesitadas, y en concreto se daba

preferencia absoluta a los huérfanos de los Caídos; a los hijos de los mutilados y de los inválidos por la Gran Guerra, por la Revolución, por la campaña en A.O. [África oriental] y por España; a los muchachos pertenecientes a familias numerosas.

A mediados de los años treinta, aproximadamente el 10% de los niños de entre seis y trece años de las categorías sociales beneficiadas disfrutaron de una estancia media de un mes en la playa o en la montaña. Sus vacaciones, según la normativa transmitida a las directoras y a las asistentes de las colonias, reclutadas entre las inscritas a los Fasci Femminili y preparadas con cursos específicos con nociones de puericultura y pedagogía, estaban organizadas a partir de horarios y rituales muy precisos que giraban en torno a la ceremonia de izar y arriar la bandera, acompañada de rígidas reglas de formación, de la «ejecución de un canto o bien de las primeras estrofas (Marcia Reale, Giovinezza, Inno a Roma, etc.)», del «saludo al REY –Saboya– Saludo al DUCE –A Nosotros» y del «recuerdo de un Caído (siguiendo la lista que aparece en la publicación Biografie di caduti per la Rivoluzione)» (Bonadies-Calugiuri: 10). Además, estaba prevista una hora al día de conversación sobre temas de cultura fascista a partir del manual Il primo libro del fascista, que los niños recibían junto al retrato del Duce, su benefactor. Las colonias temporales, según las estimaciones oficiales de la época, pasaron de alrededor de un centenar en 1926 (que acogían aproximadamente a cien mil niños) a más de tres mil a mediados de los años treinta (de las cuales 350 eran marinas, 280 de montaña, 330 fluviales y 2000 diurnas helioterapéuticas), llegando a alojar a más de medio millón de hijos de italianos residentes en Italia y en el extranjero. Estos últimos, organizados por la Segreteria Generale dei Fasci all’Estero, llegaron a los 15.000 en el verano de 1935. Los niños eran enviados sobre todo a Cattolica; las niñas a Tirrenia. Las fuentes oficiales hablaban de un total de 568.680 asistidos en el año 1935 y de 806.964 en 1939. A estos se sumaban los campamentos de verano para avanguardisti, donde los jóvenes se entretenían con actividades deportivas y premilitares y con actividades prelaborales de artesanía, mecánica y agricultura. En 1943 el número de colonias y de centros que alojaban aproximadamente a un millón de niños, particularmente afectados en la esfera emotiva y económica por el drama de la guerra, aumentó a 7.000.

Los años treinta fueron testigos, además, de la concentración territorial de las colonias marítimas y del gigantismo urbanístico, que tenían el propósito de aumentar la capacidad receptiva pero también de exhibir modelos arquitectónicos avanzados por funcionalidad y estilo. La elección recayó en la costa adriático-romañola por varias razones: Mussolini, con su familia, regresaba a su tierra natal para pasar las vacaciones de verano; el litoral llano y arenoso permitía la realización de grandes asentamientos y la costa ya estaba provista de infraestructuras. Se privilegió el territorio de la provincia de Rímini comprendido entre Cattolica y Bellaria, donde surgieron veintitrés nuevas colonias correspondientes a un total de medio millón de metros cúbicos edificados. Solo en el área de Rímini se pasó de poco más de 6.000 jóvenes huéspedes anuales en los años veinte a 16.000 en 1932 y a 18.000 en 1934. Los asentamientos fueron proyectados en terrenos periféricos respecto a las nuevas localidades vacacionales de la burguesía, en áreas reservadas a la infancia pobre, lejos de los ritos y la pompa de la nueva moda vacacional de los jerarcas del Partido y de la burguesía ciudadana alojada en los Grand Hotel y en los nuevos chalets residenciales. Así surgieron las ciudades de las colonias, como Igea Marina, al norte de Rímini. Las colonias más grandes alcanzaron la ambiciosa cifra de mil niños y se convirtieron en símbolos visibles y de propaganda del compromiso del régimen con la infancia, a la cual dirigió su principal inversión financiera en la construcción balnearia. En el verano de 1934 fue inaugurada en Cattolica la colonia XXVIII Ottobre, más conocida como Le Navi. El asentamiento colonial, considerado el único caso de arquitectura (neo)futurista de la región, debía representar una flota: constaba de cuatro pabellones dormitorio (preparados para alojar en total a novecientos muchachos) con forma de barco que rodeaban un edificio central que representaba un buque insignia. En la segunda mitad de los años treinta se construyeron más al norte, en el área de Rávena, las colonias con más capacidad y más representativas desde el punto de vista arquitectónico. Entre 1937 y 1939 se inauguraron la Sandro Mussolini de Cesenático y la Costanzo Ciano y la Montecatini de Cervia-Milano Marittima, repetidamente presentadas y estudiadas por las principales revistas de arquitectura italianas y extranjeras de la época. En el difícil periodo de 1943-45 muchos establecimientos de colonias fueron reacondicionados como hospitales, casas de convalecencia, orfanatos y hospicios. A partir de 1944 el patrimonio de la GIL sería puesto a cargo de un comisario del Estado (hasta la ley del 18 de noviembre de 1975) y las colonias pasarían a ser gestionadas por otras administraciones, a menudo locales. Las colonias estacionales para la infancia protagonizaron un nuevo auge de la construcción en los años cincuenta y en los

primeros años sesenta, pero en este caso se trató de una construcción pobre, como pobre fue, en general, la construcción civil de aquellos años. Ningún nuevo asentamiento se caracterizó por una ambición experimental y formal, de la que habían dado prueba arquitectos como Giuseppe Vaccaro y Lario Loret, ni alcanzó los espacios volumétricos obtenidos en la anteguerra. Hoy, muchas de las principales colonias fascistas, cuyos terrenos pertenecientes al Estado han pasado en parte a las regiones, han sido derribadas o abandonadas después de haber sido readaptadas o reutilizadas con niveles de calidad inferiores.

Frente a las políticas positivas para los menores, el régimen reprimió severamente toda manifestación de comportamiento asocial. En la inmediata posguerra y con mayor lucidez a partir de la Gran Crisis, todos los países que habían salido de la Gran Guerra, desde los Estados Unidos hasta la Rusia comunista pasando por Francia, Alemania y Gran Bretaña, pusieron en práctica políticas de control y a menudo de reclusión de menores mediante trabajos voluntarios u obligatorios de reeducación; identificaron concretamente la edad adolescente como la más peligrosa desde el punto de vista social y la más reacia a las formas de integración. El fascismo había llegado al poder gracias a un periodo de fuerte inestabilidad social y de dura conflictividad, debida también a los fermentos provenientes de los grupos más jóvenes. Era consciente, por tanto, de lo desestabilizante que era para el régimen cualquier forma de comportamiento asocial y de delincuencia juvenil, sobre todo las que emergían en fases económicas críticas, tal y como demostraban el alto número de procesos judiciales iniciados y de condenas a menores a finales del ochocientos, a consecuencia de la «semana roja» de junio de 1914 y a lo largo de la Gran Guerra. Achille Starace solía subrayar que los responsables de los Fasci Giovanili «sobre todo deben impedir cualquier forma desviación, teniendo siempre bien en cuenta que, de los 18 a los 21 años, toda acción se cubre de pasión». Una de las intervenciones tanto preventiva como penal se basó en los principios de la escuela positivista de antropología criminal fundada por Cesare Lombroso a finales de siglo: esta consideraba al adolescente como un salvaje, un rebelde natural con características de criminal potencial que había que corregir con el control y con la disciplina. En época liberal dicho control recaía en la tutela paterna garantizada por el Código Civil de 1865 y, a partir de 1907, también en los institutos correccionales, mantenidos en gran parte por instituciones de caridad, sobre todo católicas, a los que se confiaba indistintamente a niños abandonados, vagabundos y jóvenes culpables de acciones consideradas criminales. A diferencia de la política expresamente represiva practicada por la Alemania nazi, el control de la juventud en Italia se

llevó a cabo fundamentalmente de tres maneras: a través del desarrollo de una legislación penal específica destinada a los menores; de la llamada a la moral tradicional, realizada con un intenso esfuerzo por parte de la Iglesia católica dirigido sobre todo a la juventud femenina, y del chantaje de la beneficencia, cuya interrupción, en una situación de consumo bajo, de escasez de servicios y de pobreza extendida en el país, resultaba para los jóvenes y para sus familias todavía más punitiva que las condenas.

Una legislación penal específica destinada a los menores fue puesta en marcha por el ministro de Justicia Alfredo Rocco a finales de 1929, cuando la crisis económica internacional también empezaba a manifestarse en Italia. Entre 1929 y 1939 la intervención fue organizada considerando dos fases de edad: de los catorce (edad en la que el joven era considerado perseguible penalmente) a los dieciocho, y de los dieciocho a los veinticinco años. Fueron creados tribunales especiales para los menores y una escala de instituciones según el peligro del joven –casas de reeducación, reformatorios judiciales, centros penitenciarios especiales y centros de reeducación–, eliminando así también la promiscuidad entre los sexos y entre adultos y menores. Se intentaba realizar, como describía el lenguaje de la época, una obra de «profilaxis» entre los jóvenes para evitar toda forma de «contagio moral». Hasta comienzos de los años treinta los menores eran entregados a las casas correccionales solo bajo petición de las fuerzas de policía y de quien ejercía la patria potestad; pero a partir de entonces los funcionarios de la ONMI y los dirigentes de la ONB también podían señalar a la autoridad judicial a los menores que, a su parecer, necesitaban una reeducación moral y mostraban señales de corrupción y reincidencia. Fue puesta en marcha una verdadera batalla para que los jóvenes se identificasen con los principios del régimen e interrumpiesen cualquier forma de veleidad y de disociación. En 1941, el entonces ministro de Gracia y Justicia Dino Grandi definió esta operación como un «saneamiento humano» análogo al llevado a cabo por el régimen para recuperar las tierras pantanosas e infectas.

Los alrededor de cincuenta institutos correccionales creados en la época liberal a finales de los años treinta habían sido organizados en 140 sedes. La primera intervención fue llevada a cabo con la puesta en marcha de centros de observación creados dentro de la ONMI con la función de señalar formas de desvío y defectos tanto físicos como psíquicos de los más jóvenes. Ampliamente discutidos desde 1912 en el texto de un Código Penal específico, los tribunales de menores fueron instituidos con un decreto del 29 de julio de 1934. Cuatro años después, con otro decreto ley del 15 de noviembre de 1938 fueron creados,

en todas las sedes de los tribunales de apelación, centros de reeducación para menores que comprendían un instituto de observación, una casa de reeducación, un reformatorio judicial y una cárcel. Con esta legislación el régimen introducía el principio de total control público de la desviación juvenil. Concretamente, los institutos de observación «tienen como principal propósito llevar a cabo el examen científico del menor, establecer la verdadera personalidad y señalar los medios más idóneos para asegurar el restablecimiento a la vida social». El reglamento para las casas de reeducación, aprobado en abril de 1934, consideraba como pilares del proceso de rehabilitación, citados en orden: la religión católica, la escuela, el trabajo, las actividades gimnásticas y deportivas y por último las recompensas, que consistían, en caso de buena conducta, en «el permiso con los padres los días festivos [...], la donación de los libros, la inscripción a la GIL y la participación en el Campo Dux». Educación y moralización equivalían por tanto a la fascistización del joven. A principios de la guerra era recordado con orgullo que algunos de los primeros caídos en el frente e incluso un condecorado con la medalla de oro al valor militar (caído en el «campo de honor» el 22 de junio de 1940) habían sido exdetenidos. Como para las colonias estivales, el programa urbanístico fascista también se movilizó para la construcción de cárceles de menores, creando algunas colonias penales modelo como la isla de Nisida en el golfo de Nápoles, convertida en reformatorio para trescientos cincuenta jóvenes en 1935. En vísperas de la entrada en guerra, la redacción del nuevo Código Civil modificaba los requisitos legales para tener la patria potestad: el padre o el tutor podían ser sometidos a controles por parte de las autoridades y podía ser revocada la autoridad sobre el menor por parte de la judicatura en caso de que no se le educase en la fe fascista y en los principios cristianos. Con las leyes antijudías de 1938 se hacía automática «la pérdida de potestad a cargo del padre no ario que, en un nuevo matrimonio, imparte a los hijos una educación no conforme con los propósitos nacionales».

Si comparamos la organización italiana juvenil masculina con la Hitlerjugend nazi vemos diferencias considerables. La organización italiana era muy extensa y fue casi totalmente aceptada por los jóvenes, mientras que la dura disciplina organizativa e ideológica impartida a la juventud del Tercer Reich generó incluso formas de disidencia: cultural y comportamental entre las clases medias (escuchar música prohibida como los Harlem Club o los Swingers) y de informal autonomía asociativa en los barrios obreros a través de la formación de grupos juveniles, desde Leipzig hasta Colonia, que se consideraban Edelweisspiraten («Piratas de Edelweiss»). Este último fenómeno fue el resultado del pleno

empleo en Alemania en la segunda mitad de los años treinta; fenómeno del cual disfrutaron también los jóvenes trabajadores, sobre todo los adolescentes que todavía no tenían la edad del servicio de trabajo obligatorio ni del servicio militar. La relativa autonomía económica de los jóvenes con relación a sus familias y al sistema de prestaciones llevó a algunos de ellos a adoptar posturas inconformistas en la ropa, en las costumbres y también en el empleo del tiempo libre respecto a los modelos convencionales impuestos por el nazismo. A diferencia de Alemania, donde después de 1933 fue introducido el servicio de trabajo obligatorio, en la Italia fascista faltaron tanto una destacada política de obligaciones como una igualmente intensa represión de la disidencia juvenil, que en cambio en Alemania llegó incluso a condenas a pena de muerte. El resultado fue un por lo menos aparente y a veces incluso convencido consenso difundido entre las jóvenes generaciones que se prolongó hasta bien entrada la guerra y que se mantuvo de forma voluntaria debido a un encuadramiento menos rígido, aunque también a la presión social que realizaban la escuela y la propaganda. En Italia el desempleo crónico, especialmente juvenil, acentuado al detenerse el desahogo de la emigración, daba a los jóvenes pocos recursos para mantenerse y para el ocio. Para la mayoría el hecho de recurrir a los servicios estatales y a las iniciativas propuestas y filtradas por el régimen a través de la ONB era inevitable e incluso necesario. Niveles de vida y de consumo todavía extremadamente bajos no dejaban espacio a una autonomía de recursos ni a formas alternativas de asociacionismo juvenil, que en Alemania y en Austria se inspiraban en una larga tradición tanto obrera como burguesa. En este proceso de entrada rápida y a menudo forzada de los jóvenes italianos en la esfera pública, fue sobre todo la organización del tiempo libre el principal factor de novedad y de modernidad y, bajo ciertos aspectos, de nivelación social en un país todavía ampliamente agrícola y marcado por la división de clases.

L

A EDUCACIÓN

La reforma de la enseñanza, puesta en marcha con un conjunto de leyes aprobadas muy precozmente, entre finales de 1922 y 1923, fue presentada por el régimen como «la más fascista de las reformas», y es recordada en la memoria histórica y por la gente como la «reforma Gentile» por el nombre del filósofo Giovanni Gentile, que fue su autor. De hecho, a lo largo del régimen los reales decretos del 31 de diciembre de 1922 y del 16 de julio de 1923 sobre la administración escolar, del 6 de mayo de 1923 sobre la reforma de la scuola media (educación media o secundaria), del 30 de septiembre de 1923 sobre la universidad y por último del 1 de octubre de 1923, que redefinía la educación elementare (elemental o primaria), fueron repetidamente modificados durante el ventenio fascista en un pulso entre gentilianos y antigentilianos presentes en la cúpula de la educación pública y del régimen. En cualquier caso, el esqueleto y parte de los propósitos atribuidos por Gentile a la reforma permanecieron y superaron la caída de la dictadura, prolongándose en la época republicana durante al menos dos decenios. Además, hay que observar que la reforma Gentile, más que la afirmación de una idea fascista de educación, fue el triunfo de una corriente de pensamiento y de hombres sobre el positivismo de los decenios precedentes a la Gran Guerra. Giovanni Gentile (Sicilia, 1875), profesor universitario de filosofía teórica, en cuanto fue nombrado ministro (el 31 de octubre de 1922) eligió como dirigentes y expertos para colaborar en su Ministerio a algunos de sus compañeros de la Scuola Normale Superiore de Pisa; a maestros y colegas de más edad, como Benedetto Croce y los amigos con los que compartía el mismo deseo de renovación escolar, como el importante pedagogo Giuseppe Lombardo Radice, también siciliano, y Ernesto Codignola; y a un grupo de sus exalumnos de la Universidad de Palermo, unidos por la misma visión filosófica del mundo, entre los que se encontraban Adolfo Omodeo y Guido De Ruggiero. Gentile quiso llevar a cabo una intervención radical y omnicomprensiva: todo el itinerario escolar, desde el aprendizaje de base hasta la universidad, según un modelo neoidealista que tenía como objetivo la formación del individuo como parte integrante de la nación, debía «formar el espíritu en su integridad» y al ciudadano en el «sacrificio, devoción de sí al ideal que lo trasciende, [en el] reconocimiento de una ley que le es superior». Con esta visión

la reforma manifestó claramente dos propósitos: abolir la fragmentación del saber entre el planteamiento positivista, que había indicado algunas asignaturas como claves para la formación, y el planteamiento humanista, y crear una escuela de cultura, mientras que el resto de escuelas eran especiales, es decir, imperfectas, solo útiles para desarrollar una parte del espíritu y las capacidades profesionales. Así pues, las escuelas de cultura por excelencia fueron consideradas la escuela primaria o elemental, apta para la educación de todos, y el ginnasio-liceo.

En vísperas de la reforma, la educación primaria se encontraba, según los resultados de una investigación presentada por Lombardo Radice en 1923, en un estado dramático: asistía solo el 60% de la población infantil nacional, con porcentajes de ausencia mucho más altos en las áreas rurales sobre todo del sur. A los factores económicos y culturales que empujaban a las familias más pobres a poner a trabajar a sus hijos y a no considerar necesaria para las niñas una instrucción básica, se sumaba una pésima organización de la escuela elemental, prevista por la ley Daneo-Credaro de 1911. Las clases, que llegaban a los sesenta o setenta alumnos, la carencia de espacios, la mala distribución de los profesores en el territorio nacional, la selección inútil de los alumnos desde los primeros cursos (más de un tercio eran suspendidos) y la escasez de colegios en el territorio incentivaban un abandono precoz. En 1921, si en Piamonte el porcentaje de los matriculados entre quienes estaban en edad de la enseñanza obligatoria era del 95%, en Sicilia era del 59% y en Calabria del 57%. La media nacional de los analfabetos era aún del 35%, con oscilaciones que iban del 60% en Calabria a menos del 2% en el Trentino-Alto Adigio. El analfabetismo se extendía sobre todo entre la población femenina rural, mientras que era difícil calcular el número de los semianalfabetos y los analfabetos por desuso que habían asistido de manera interrumpida a los primeros cursos de educación primaria. La intención del grupo reunido por Gentile era crear una enseñanza primaria de seis años y asumir las recomendaciones hechas por la Organización Internacional del Trabajo a los países occidentales para prolongar la enseñanza obligatoria hasta los catorce años. Pero estos se adaptaron a unos objetivos más concretos y factibles: la creación de una enseñanza estatal primaria única de cinco años, precedida por una educación preescolar de tres años impartida en escuelas infantiles. A su vez, el ciclo de primaria estaba dividido, atendiendo a los programas didácticos, en un bienio que tenía como finalidad iniciar al alumno en la lectura, la escritura, la aritmética y el aprendizaje de la lengua italiana, con ejercicios de traducción del dialecto, y en un trienio de grado superior, al cual se accedía con un examen, que contaba con asignaturas

específicas como geografía, historia y dibujo. Después del examen de quinto eran previstos otros dos años de formación profesional. Surgieron diecinueve juntas regionales y fueron creadas direcciones didácticas en todas las capitales; las escuelas de primaria fueron divididas en dos grupos: las «clasificadas», que respondían al modelo previsto (el recorrido completo de cinco años con clases que no superaban los cuarenta alumnos), administradas directamente por el Estado o por este a través de los ayuntamientos, y las escuelas provisionales o «de escaso rendimiento», reducidas a tres años, con clases de pocos alumnos a menudo de edades diferentes y puestas a cargo, con un contrato trienal, de asociaciones e institutos culturales que vivían de financiaciones públicas y privadas. Al mismo tiempo, según cuatro categorías de ayuntamientos, aumentaron los subsidios estatales a la enseñanza primaria, que eran calculados sobre la base del porcentaje de analfabetos y del número de clases que se debían formar, y se introdujeron multas para las familias que no cumplieran con la obligación de escolarizar a sus hijos y para los empresarios que emplearan a niños de menos de once años. La reforma del ministro Gentile se ocupó también de la colocación de los maestros en el territorio, de su formación mediante la creación de institutos magistrales y de su reclutamiento a través de concursos obligatorios y públicos que permitían crear listas a las cuales las juntas y las administraciones municipales acudían para cubrir las plazas.

Pero el punto fuerte de la reforma Gentile, que la distinguió de otras precedentes y de los retoques sucesivos, fue la creación del ginnasio-liceo clásico, visto como lugar de formación exclusivamente cultural y, en cuanto ciclo superior,[2] dirigido solo a la formación de una pequeña élite destinada a convertirse en la clase dirigente. Esta preveía una serie de pruebas que iban desde el examen de acceso hasta las reválidas al final de tercero y quinto del ginnasio, antes del auténtico liceo, que duraba tres años y que constituía el único camino de estudios que permitía el ingreso en todas las facultades universitarias. Las asignaturas humanísticas y literarias eran las predominantes y se reforzaban con el estudio de griego a partir de cuarto del ginnasio y con la potenciación de las asignaturas científicas (matemáticas, física, biología y química) en el trienio del liceo. El examen de final del liceo se convertía en un examen de Estado y era la única prueba de admisión a la universidad, donde el estudiante finalmente llevaba a cabo una elección profesional. Al privilegiar el liceo classico, las otras escuelas de enseñanza secundaria y de secundaria inferior eran clasificadas por fuerza como escuelas de segunda clase: fue abolido el liceo moderno, organizado sobre la base del conocimiento lingüístico contemporáneo, y el único grado liceal que sobrevivió fue el liceo scientifico, pero no permitía ingresar en las facultades de

Filosofía y Letras ni de Derecho, que tradicionalmente formaban a la clase política. La multitud de alumnos que salían de la enseñanza primaria, si no se ponían a trabajar inmediatamente, era conducida de todas formas a una escuela trienal complementaria sin salida. El latín y el italiano también predominaban en parte de los estudios llevados a cabo en los institutos técnicos; en cambio, las escuelas profesionales industriales y agraria quedaron a cargo del Ministerio de Economía Nacional; los institutos de educación artística y artesanía pasaron a la tutela del Ministerio de Educación. Además de los ya existentes institutos magistrales, fueron crearos los institutos superiores de Magisterio, que prepararían a los dirigentes y a los instructores periféricos en el campo de la educación nacional y de las organizaciones juveniles del Partido. La intención explícita de la reforma Gentile de reducir drásticamente el número de los estudiantes del liceo a un grupo selecto y de preparar lo antes posible a los adolescentes para entrar en el mercado laboral fue análoga a la voluntad puesta de manifiesto de limitar la entrada de parte de la población femenina a las escuelas estatales superiores. La universidad italiana había abierto sus puertas a las jóvenes en 1875; diez años después las chicas obtuvieron el derecho a matricularse en los institutos técnicos, llegando en el año escolar 1921-22 al 30% de las matriculaciones, mientras el 28,4% de la población estudiantil del liceo era femenina. Desde 1918 Gentile interpretó esta emancipación como una invasión por parte de las mujeres, las cuales eran juzgadas por el filósofo, aún a mediados de los años treinta, como seres inferiores a los hombres, infantiles por naturaleza, «idealmente madres antes de serlo naturalmente». Compartiendo casi con las mismas palabras lo que Mussolini y antes que él Alfredo Oriani habían dicho, Gentile consideraba que las mujeres «no tienen y nunca tendrán ni la animosa generosidad de pensamiento, ni el férreo vigor espiritual, que son las fuerzas superiores, intelectuales y morales, de la humanidad» (Gentile: 24). Así que intentó desviar a las jóvenes hacia una escuela secundaria superior llamada liceo femminile, que asumía la función de responder a las necesidades culturales y de posición social de las chicas de las clases medias sin garantizarles una salida universitaria ni un claro futuro profesional: después de una enseñanza superficial, la chicas podían volver con sus familias. El liceo femenino no consiguió competir como alternativa seria con los liceos y a finales de los años veinte desapareció totalmente.

En general, la reforma Gentile obtuvo algunos de los resultados deseados. Redujo el número de los liceales y el acceso a las universidades (para las cuales, en consecuencia, nunca fue propuesto un número cerrado) mediante la reducción de los institutos de formación superiores (liceos e institutos magistrales) en todo

el territorio nacional y del número de alumnos por clase y también mediante el aumento de las tasas escolares, de las que solo estaban exentos los huérfanos y los hijos de los inválidos de guerra. De igual manera, reestructuró ampliamente el número y la figura de los docentes de todos los grados, sometiéndolos a exámenes de acceso y a controles periódicos llevados a cabo por los responsables y por los directores didácticos, que se convirtieron en verdaderos intérpretes de una disciplina impuesta a la enseñanza que pronto se transformaría en un instrumento para su fascistización. Y las mujeres fueron excluidas automáticamente de la función de director-duce. Estos aspectos provocaron una disminución del personal docente antes aún de que fuese sometido a un control político. Además del juramento solicitado a todos los empleados estatales de fidelidad al rey, al Estatuto y al Estado, introducido por ley en 1908, en 1923-24 fue añadida, también para los profesores de primaria y de secundaria, la fórmula de promesa de no pertenencia ni en el presente ni en el futuro «a asociaciones o partidos cuya actividad no se concilie con las funciones de mi puesto», que podríamos leer más explícitamente como una declaración de fidelidad al fascismo. En abierta contradicción con la disciplina, se planteaba la concepción gentiliana del docente, al cual se le pedía capacidad autónoma para elaborar programas y contenidos y a quien le era concedida una libertad de enseñanza entendida como capacidad de asumir la labor de combatir la presunta fragmentariedad positivista de la cultura y de procurar una cultura humanista e idealista completa y aglutinadora de muchos temas; petición que muchos docentes no consiguieron satisfacer.

Pero Gentile encontró opositores dentro y fuera del PNF –al que él se había afiliado en mayo de 1923– que estaban en contra de algunas de sus propuestas, como la introducción de la religión como asignatura obligatoria, y sobre todo la escasez de medidas relativas a la enseñanza profesional. Entre los opositores estaba el ingeniero véneto Giuseppe Belluzzo. Proveniente de las filas nacionalistas y de origen obrero, Belluzzo había llegado a la docencia universitaria a través de la enseñanza técnica y tenía contactos con el mundo empresarial. En 1925 se convirtió en ministro de la Economía Nacional y en 1928 ocupó durante un año la cartera de Educación. Belluzzo hizo lo posible para que la enseñanza profesional, que Gentile había mantenido separada del sistema escolar, fuese incluida en este. Así, pasó del Ministerio de Economía al de Educación en 1927, y en 1929 fue creada la escuela secundaria para la iniciación laboral: se trataba de una prolongación de tres años de la enseñanza primaria, con orientación agraria, comercial e industrial, que podía ser a su vez completada por cursos bienales de perfeccionamiento o bien permitía el acceso,

aprobando los exámenes de ingreso, a los institutos técnicos y magistrales, aunque no consentía de ninguna manera el ingreso en la enseñanza media superior, que conservaba por lo tanto el carácter exclusivo impreso por Gentile. Los institutos técnicos fueron reglamentados de nuevo con la ley aprobada el 2 de agosto de 1931, que preveía su organización en seis tipos de enseñanza: cursos normales y bienales de iniciación, escuelas técnicas, escuelas profesionales femeninas, escuelas de magisterio profesional para la mujer, institutos técnicos propiamente dichos y cursos para la formación de oficios. La escuela profesional también fue concebida como instrumento para reducir el trabajo realizado por menores entre los diez y los catorce años. Recordemos que, siguiendo las indicaciones de la Organización Internacional del Trabajo, Italia había introducido la enseñanza obligatoria hasta los catorce años, repartida entre la enseñanza primaria y los cursos de iniciación laboral. Pero en realidad la ley fue ampliamente desatendida no solo en el trabajo clandestino de menores, sino también abiertamente, sobre todo en las áreas industriales del norte, en la concesión de permisos laborales a quienes estaban en edad escolar. En 1931 los datos oficiales hablaban de al menos 700.000 niños de entre diez y catorce años que se dedicaban a trabajos agrícolas (el 62%) e industriales (el 28%). Hasta la ley del 26 de abril de 1934 no se prohibió el empleo de mano de obra juvenil inferior a los catorce años; la introducción en 1935 de la obligación de la cartilla de trabajo conllevó ulteriores controles. Sin embargo, el trabajo infantil ha seguido siendo una plaga en Italia hasta el día de hoy, estando en contradicción con la enseñanza obligatoria. Pero hasta la introducción de la enseñanza secundaria obligatoria en 1961, y bajo muchos aspectos también durante los dos decenios posteriores, la existencia del trabajo infantil se acentuó por la naturaleza humanista de la reforma Gentile, incapaz de enfrentarse con el mundo productivo y de impartir a varios niveles, teniendo en cuenta la edad y el origen social, un conocimiento científico y tecnológico digno de un país que quería entrar en el mundo científico e industrial del siglo XX.

L

A EDUCACIÓN SUPERIOR Y LA UNIVERSIDAD

La reforma Gentile también afectó a las universidades italianas, que fueron divididas en dos categorías: las financiadas por el Estado, que contaban con las facultades más tradicionales de Derecho, Filosofía y Letras, Medicina y Cirugía y Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales, que estaban en las diez ciudades universitarias más antiguas e importantes; y las de financiación mixta, estatal, local y privada, entre las que se encontraban los politécnicos de Milán y de Turín, Ingeniería Naval de Génova y los institutos superiores de Química. Al mismo tiempo, mientras la ley aseguraba la autonomía universitaria en la dirección de los propios órganos y en la elección de los docentes (distribuidos en docentes libres y en docentes titulares elegidos a través de oposiciones a cátedra convocadas por las facultades individualmente), lo que en realidad hacía la reforma era enredar a las universidades en una serie de controles y de autorizaciones para la elección de los decanos y del senado académico. La reforma modificaba las modalidades de examen y sobre todo aumentaba las tasas de inscripción, congeladas desde 1910, justificando dicha medida con la adecuación a la inflación de la posguerra: el aumento de tres a cinco veces de las tasas precedentes limitó considerablemente el ingreso de los jóvenes que procedían de las clases populares y de la pequeña burguesía, lo que contrastaba con la facilidad con la que los excombatientes habían conseguido un título de estudios universitarios inmediatamente después del conflicto bélico. La reforma de la enseñanza secundaria y el aumento de las tasas repercutieron inmediatamente en la composición numérica y social de la población estudiantil universitaria, que en el segundo quinquenio de los años veinte bajó del 10%, pero sobre todo se redujo en las facultades que anteriormente recibían estudiantes de los institutos técnicos: Ingeniería y Ciencias Naturales superaron picos del 40% de disminución, que fueron compensados por las nuevas facultades que atraían a los diplomados: Economía y Comercio, Ciencias Políticas y Agraria.

A partir de mayo de 1924 los profesores fueron sometidos a la condición jurídica de empleados civiles del Estado y sobre ellos fue practicada una depuración «suave», al menos hasta 1931. Desde 1927 fue posible excluir de las oposiciones

a cátedra y despedir a los docentes titulares que no garantizaran la fidelidad política, pero las universidades defendieron y atenuaron las responsabilidades individuales con el pretexto de la libertad y la autonomía de cátedra. La campaña para una completa fascistización de las universidades comenzó en 1928 y desembocó en la imposición del juramento de «ser fiel al Rey, a Sus Reales Sucesores y al Régimen Fascista» en el año académico 1931-32. Solo 12 profesores titulares de 1.213 presentes en las universidades del Reino se negaron aludiendo motivos diferentes; solo uno, el historiador turinés Leonello Venturi, emigró a Francia y después a Estados Unidos. Antes del juramento impuesto a los docentes, la universidad italiana ya había sufrido una primera fascistización a través de las organizaciones estudiantiles. Se había visto afectada por el nacimiento de los GUF, por la formación de una Milizia Universitaria en 1924 y sobre todo por las iniciativas y las publicaciones de la goliardía fascista. A mediados de los años veinte vio la luz la primera prensa estudiantil fascista; mientras tanto, se iba produciendo la disolución o la absorción en los GUF de las organizaciones estudiantiles que habían permanecido autónomas y activas en 1924, durante la «fase de Aventino» de las universidades. Con esta denominación se aludía a una variada gama de asociaciones goliardescas más o menos politizadas, pero fuera del control directo de los GUF, que habían surgido a lo largo de 1924 cuando, junto a la crisis Matteotti, la universidad vivía un periodo difícil después de la reforma Gentile, la cual también se había encontrado con la oposición y el descontento de los estudiantes que se estaban acercando al fascismo. Muchos periódicos ya alineados con el régimen desencadenaron una violenta campaña denigratoria, ayudando a neutralizar a los docentes considerados «demoliberales y masones» y reacios a un alineamiento político y cultural con el fascismo. Aquella campaña fue especialmente violenta en algunas universidades, como en la de la capital, donde los estudiantes se vieron implicados en depurar el ateneo universitario de profesores, a menudo titulares y asistentes, considerados antifascistas. A finales de 1930 el secretario del PNF, Giovanni Giuriati, elaboró un nuevo ordenamiento de los GUF que los sometía al control de las federaciones provinciales del Partido. Muchos periódicos universitarios, concluida la labor de fascistización del cuerpo estudiantil y docente, ya no tenían razón de ser y parte de ellos desaparecieron o la dirección de los GUF los obligó a cerrar. En 1931 el secretario nacional de los GUF, Carlo Scorza, puso en marcha la publicación del diario oficial Gioventù fascista y seleccionó las pocas revistas locales que habían sobrevivido. Aun así, más allá de la política vejatoria y centralizadora llevada a cabo por Scorza, durante toda la década de los años veinte la universidad italiana, y sobre todo su población estudiantil, sufrieron una crisis de identidad y una escasa atención por

parte de la dirección fascista. A la disolución del asociacionismo goliardesco prefascista le había seguido una fase de estancamiento y de apatía entre los estudiantes universitarios que se prolongó por lo menos hasta 1929 en todas las universidades italianas, incluso en sedes como la Scuola Normale de Pisa, notablemente activa en los debates políticos y culturales.

Pero si en los años veinte la gran masa de estudiantes estaba lejos o completamente fuera de los GUF, la situación cambió a principios del segundo decenio fascista, cuando se registró un aumento de los GUF en las ciudades universitarias y en las ciudades de provincia en las que había liceos. En 1931 dos tercios de los matriculados en las universidades se adherían a los GUF. Es difícil afirmar, si no es a través de encuestas específicas por muestreo, si dicha adhesión estuvo determinada por una mayor afluencia a la universidad de jóvenes de las clases medias y medio-bajas que aspiraban a convertirse en la nueva clase dirigente y a entrar en las profesiones liberales. Además, los GUF ofrecían servicios internos, como apuntes universitarios, que facilitaban que siguiesen los cursos los estudiantes pertenecientes a familias para las que mandar a un hijo a la universidad era un sacrificio económico. Políticamente también seguía habiendo incongruencias internas. Después de la difícil normalización del escuadrismo goliardesco, no estaba claro qué se entendía por avanguardie universitarias: si una élite juvenil fascista en la universidad o bien la fascistización de todos los estudiantes universitarios, lo que también comportaba a menudo una relación ambigua entre GUF y Milizia Universitaria. Por ejemplo, en la Universidad de Pisa, en diciembre de 1928, de 1.100 estudiantes de ese año, 629 estaban inscritos en el GUF y 487 en la MVSN. Fue sobre todo Giuseppe Bottai (1895-1959) quien entre 1936 y 1943, a través de las revistas que él dirigía (Critica fascista y Primato), en cuanto docente de las universidades de Pisa (1930-1936) y de Roma (1936-1943) y posteriormente como ministro de Educación, intentó llevar a los jóvenes, sobre todo a los estudiantes y a los intelectuales, a un debate abierto y formativo sobre la política y las funciones de las nuevas generaciones en la era fascista. Entre 1937 y 1940 resurgían las revistas locales de los GUF, atentas a la literatura, el cine, el arte, el teatro, los debates culturales y políticos, convirtiéndose en plataformas de formación para muchos jóvenes críticos. El propósito era el de crear una nueva élite política y con este objetivo se organizaron cursos de preparación política y premilitar en las sedes provinciales locales de los Fasci di Combattimento. En 1939 también fue inaugurado en Roma por el PNF un centro de preparación política destinado a acoger en un bienio a un centenar de jóvenes entre los veintiún y los veintiocho años de edad.

En 1934, por iniciativa de Bruno y Vittorio Mussolini, en aquel entonces estudiantes liceales, eran promovidos los Ludi Juveniles, competiciones de carácter deportivo y cultural en las que se ponían a prueba, a nivel provincial y luego (los finalistas) a nivel nacional, los jóvenes de dieciséis a veintiún años. La competición entre jóvenes, al principio deportiva, tenía una larga historia: en la capital, en abril de 1922, había tenido lugar un primer encuentro internacional. Una vez fundados los GUF, estos habían acogido en Roma en 1927, con la colaboración del Comitato Olimpico Nazionale Italiano (CONI) y la Confédération Internationale des Étudiants (CIE), la segunda edición de los Juegos Mundiales Universitarios y en Cortina d’Ampezzo, en 1928, la primera de los de invierno. Entre 1928 y 1933 los GUF jugaron un papel fundamental en el deporte universitario internacional por presencia, capacidad organizativa y victorias obtenidas. El secretario de los GUF, Roberto Maltini, de Brescia, y próximo a Augusto Turati, asumió la dirección deportiva de la CIE y se prodigó a que la juventud estudiantil fuese representativa del deporte nacional. A partir de 1933 los Juegos Universitarios se fueron presentando cada vez más como un desafío político entre países del que tanto los estudiantes estadounidenses, que constituían poco menos de la mitad del millón de asociados a la CIE, como los franceses, intentaron distanciarse. En 1935 la CIE manifestó algunas reservas a la hora de aceptar a los atletas italianos en los Juegos Universitarios de Budapest previstos para agosto, tanto que la dirección de los GUF prefirió renunciar a participar con el pretexto de que muchos atletas habían sido movilizados en previsión de la campaña militar etíope. A partir de 1932 los dirigentes de los GUF promovieron los Littoriali dello Sport, abiertos hasta 1938 exclusivamente a los estudiantes varones; a partir de septiembre de ese año les reservaron a las estudiantes Littoriali separados, de verano y de invierno, que se celebraban en periodos diferentes a los de los varones. A finales de 1939 el CONI asumió el control técnico de los Littoriali deportivos, que perdieron importancia con la entrada en la guerra y se abolieron en 1941. El régimen se concentró en la promoción de las actividades recreativas y deportivas en Italia dejando de perseguir el prestigio internacional e intentando obtener el último consenso interior. Los Ludi Juveniles y luego los Littoriali della Cultura e dell’Arte surgieron, pues, bajo el modelo de los Littoriali dello Sport. Eran concursos anuales que se celebraban en una sede universitaria y en los que participaban candidatos de disciplinas como las ciencias, el arte y la cultura que habían sido elegidos anteriormente en los juegos Agonali de los GUF periféricos y con una última selección en los Prelittoriali de los GUF de las veintiséis ciudades italianas con sede universitaria. Cada uno de los Prelittoriali nombraba a dos competidores para cada concurso y los primeros diez clasificados de cada

concurso, con una lista realizada por los jurados, eran galardonados con el título de Littori. Las fases preparatorias atraían a muchos estudiantes: el título de Littore facilitaba el camino de los estudios e incluso profesional del competidor. El primer Littoriale se celebró en Florencia en 1934; el segundo en Roma en 1935; en 1937 en Nápoles y en 1938 en Palermo. A partir de 1939, siguiendo el ejemplo de los encuentros deportivos, fueron admitidas las estudiantes. En las memorias de los participantes que después se hicieron antifascistas se ha subrayado varias veces que los Littoriali facilitaron los encuentros de jóvenes críticos y el desarrollo por parte de estos de un libre pensamiento, de un deseo de renovación de la política y de la sociedad que los llevó a tomar decisiones no conformes a lo que el fascismo pedía, empujando a algunos a adoptar una postura explícitamente antifascista. Pero hay que tener en cuenta el tiempo que se necesitó para que esta idea madurase; para muchos, esto no ocurrió, también a causa de su jovencísima edad, hasta los primeros años de guerra y hasta el fracaso evidente de los fascismos europeos. Muchos estudiantes universitarios partieron voluntarios y entusiasmados para participar en la campaña colonial etíope y para apoyar a los sublevados en España, entre 1935 y 1937. En octubre de 1935 fue constituido el batallón Camicie Nere Universitarie Curtatone e Montara, que contaba con 830 universitarios provenientes de toda Italia y que fue empleado en el frente somalí. Todos volvieron con el grado de oficial de complemento (grado al que eran destinados los estudiantes con título superior); después muchos tomarían parte en la Guerra Civil española y en la Segunda Guerra Mundial.

Esta generación fascista, la única que nació o por lo menos creció durante el régimen, fue particularmente entusiasta y sufrió grandes crisis morales; le fue transmitida una idea de «Nueva Europa», de regeneración de una Europa burguesa, corrompida y democrática gracias a los fascismos europeos, a la cual los jóvenes italianos y alemanes dedicarían lo mejor de sus años y de sus estudios; una Europa de nuevo en armas, pero en cualquier caso redefinida por un orden que trascendía las ideas y el sentimiento puramente nacionales y nacionalistas en los que se habían formado los padres y los hermanos mayores durante las dos primeras décadas del siglo. A ellos se les dio la oportunidad de «probar» el evento bélico, pero de manera protegida, triunfalista, lejos de la cruda realidad y de las derrotas que les esperarían con la guerra mundial en los años 1941-1943. Tuvieron muy cerca el racismo y el antisemitismo, pero pocos de ellos percibieron su alcance real; la hermandad con los estudiantes alemanes fue creada a través de encuentros en las capitales culturales de Florencia y Weimar sin que supusiesen que ya existían campos de concentración abiertos en

el Tercer Reich, como en Buchenwald, a pocos kilómetros de la Weimar clásica de Goethe y Schiller. Estos jóvenes creían que estaban exentos de las decepciones y de los eventos trágicos que habían afectado a la generación anterior de intelectuales que había entrado en la Primera Guerra Mundial y que había salido como «generación perdida». A partir de 1939 su ropa se convirtió en uniformes y las voluntades individuales desaparecieron ante el orden militar; la cultura se volvió ciencia militar. En 1941 empezaron a percibir que la nueva Europa no era otra cosa que la tierra conquistada por el nazismo, su «nueva ordenación europea».

En la segunda posguerra se escogió a un universitario y joven intelectual para que representase a esta generación, sus ilusiones y sus desilusiones: Giaime Pintor. Pintor había sido estudiante de Derecho en Roma y culto y apasionado traductor y crítico de la literatura italiana y sobre todo alemana, colaborador tanto de Primato como de la sede romana de la casa editorial Einaudi. Fue de los primeros que se preguntó, en las páginas de Primato del 1 de febrero de 1941, por las características de su generación respecto a la precedente, ya que ambas habían entrado en guerra:

... la generación perdida no es una invención literaria. Es un duro problema, y cada guerra replantea sus cuestiones a nuestra atención y a nuestra inquietud [...] «Denn wir sind Soltaten geworden: Por qué nos hemos convertido en soldados» [...] Llegados a este punto es lícito acoger con alguna incerteza la solución tomada. Porque, llevado hasta semejante rigor el culto de la disciplina, la victoria confina con la abdicación; la elección de una misión con la negación de las responsabilidades [...]; mientras que el éxito acompañe a las grises armadas del Reich y sobre las ciudades conquistadas se agite la bandera blanca y roja, no habrá lugar en Europa para otros hombres ni para una idea contraria (Pintor: 73-78).

Pintor moriría con solo veinticuatro años, el 1 de diciembre de 1943, intentando cruzar las líneas fascistas para alcanzar las primeras partidas partisanas. Esta decisión se la explicó a su hermano menor, Luigi, en una carta-testamento, escrita tres días antes de morir, que nos proporciona una clave de análisis de esos tiempos. Muchos de sus amigos de estudio y de los GUF se habían acercado

hacía tiempo a Croce y a los intelectuales discrepantes de la primera hora, y sobre todo habían tomado contacto con organizaciones antifascistas:

Sin la guerra yo sería un intelectual con intereses prevalentemente literarios [...]. Solo la guerra ha resuelto la situación, derribando ciertos obstáculos, barriendo el terreno de muchos reparos cómodos y poniéndome brutalmente en contacto con un mundo inconciliable. [...] Fenómenos de este tipo se repiten cada vez que la política deja de ser ordinaria administración y empeña a todas las fuerzas de una sociedad para que se salve de una enfermedad grave, para que responda a un peligro extremo [...]. Hace veinte años la confusión dominante podía llevar a tomar en serio la empresa de Fiume. Hoy se vuelven a abrir a los italianos todas las posibilidades del Risorgimento: ningún gesto es inútil si no está finalizado en sí mismo. Respecto a mí, te aseguro que la idea de ir a hacer el partisano en este periodo me divierte poquísimo. Sin embargo, es la única posibilidad abierta, y la aprovecho (Pintor: 185-188).

[1] La revista La Rivoluzione Liberale fue fundada por Piero Gobetti. (N. de la t.)

[2] 1.º, 2.º y 3.º del ginnasio formaban parte de la enseñanza secundaria de primer grado, mientras que 4.º y 5.º del ginnasio y los tres años del liceo, de la secundaria de segundo grado o superior. (N. de la t.)

VI. EL TIEMPO LIBRE Y LA CULTURA DE MASAS DE LOS ITALIANOS BAJO EL FASCISMO

D

EPORTE Y NACIÓN

El primer alistamiento masivo a causa de la Gran Guerra había revelado la debilidad física de la población masculina italiana. La guerra misma había empeorado los trastornos a menudo congénitos: problemas cardíacos, raquitismo, enfermedades de la piel y del sistema nervioso producidas por la pelagra y otras deficiencias nutricionales. Las fuentes militares hacen difícil, todavía hoy, una valoración de las pérdidas humanas en la guerra y en la posguerra no debidas a combates, sino a la aparición de trastornos, acentuados por el esfuerzo prolongado, por la promiscuidad forzada en las trincheras, por las pésimas condiciones de alimentación y descanso y por los piojos y otros parásitos, que contribuyeron a difundir enfermedades infecciosas; después, la gripe «española» dio el golpe de gracia a muchos cuerpos ya exhaustos. Al recibir esta herencia, el fascismo también se propuso como objetivo recuperar físicamente a los italianos: su mejora física significaba, más que el bienestar para el individuo, el perfeccionamiento de la estirpe. El educador físico tenía la función de «ingeniero biológico y de constructor de la máquina hombre». Transformar la educación deportiva de la nación significaba restituirle el sentido de la virilidad, la camaradería y la disciplina. La aportación de ideas y de experiencias anteriores fue esencial: fundamentalmente el fascismo se apropió de las posturas ya ampliamente manifestadas en época liberal por sectores conservadores y nacionalistas que veían en la actividad física uno de los mejores instrumentos de educación patriótica y militar y de higiene física y moral. Y criticó duramente el «analfabetismo físico» al que la Italia liberal había relegado a los italianos «de aliento corto, piernas que no saltan, soldados que se ahogan en los vados de los ríos Tagliamento y Piave», con algunas excepciones durante la guerra gracias a las duras escuelas de Arditi y a la preparación física natural de los Alpini; «fue el fascismo el que entendió el problema en su totalidad, el que afirmó la inmensa transcendencia ética y política, el que lo hizo una piedra angular de su programa» (Varale, 1929). En los años veinte, el fascismo se preocupó por tanto de definir claramente las actividades físicas y deportivas, eliminando también en este campo a los opositores peligrosos, mientras que en los primeros años treinta caracterizó el deporte fundamentalmente como un instrumento de propaganda nacionalista en Italia y en el extranjero, anticipando

con una competitividad exacerbada el enfrentamiento entre países e ideologías que muy pronto pasarían de nuevo del terreno de juego al campo de batalla. El deporte y, más en general, las actividades físicas y recreativas se volvieron uno de los instrumentos más eficaces del régimen totalitario italiano para crear una cultura popular fascista y para fortalecer un sentimiento de comunidad e identidad nacional en torno a símbolos, mitos, rituales y lugares. El fascismo lo identificó como uno de los instrumentos más eficaces de educación del «nuevo italiano» en cuanto que requería fuerza de voluntad, disciplina y esfuerzo, como explicó en 1928 el psicólogo turinés Ernesto Casalis en su Manuale di educazione della volontà per il popolo d'Italia a la hora de tomar como ejemplos de la voluntad itálica al papa Achille Ratti, al duque de Abruzzo, al Duce y a su maestro Oriani, ciclista y «adivino de la nueva Italia».

El escuadrismo se había comprometido a cerrar sociedades y centros deportivos pertenecientes a las organizaciones obreras socialistas y católicas. Concretamente las federaciones de gimnasia y de deporte de la izquierda socialista y sindical, que se habían difundido en toda la Europa industrializada en la segunda mitad del Ochocientos para mejorar la salud, por ocio y por proselitismo entre la clase obrera, también se habían convertido en el periodo revolucionario de la primera posguerra en centros para reclutar a militantes para defender las sedes y los barrios proletarios. En este ámbito el fascismo se fijaba tres objetivos principales: asumir el control de la actividad física de los jóvenes, arrebatándoselo a los adversarios; absorber las primeras asociaciones deportivas que actuaban en el mundo del dopolavoro industrial, expandiéndolas luego a nivel masivo, y tener la hegemonía de las sociedades gimnástico-deportivas afiliadas a las federaciones deportivas nacionales. Todo esto ocurrió rápidamente, en los años 1925 y 1926, gracias a la Opera Nazionale Balilla (ONB), a la Opera Nazionale Dopolavoro (OND) y al Comitato Olimpico Nazionale (CONI).

Sobre las características y la dirección que había que dar a la educación física prevaleció, después de un largo debate que tuvo lugar a lo largo de 1923, la postura de quien privilegiaba las actividades deportivas preferiblemente al aire libre con respecto a la disciplina gimnástica en sentido estricto y sobre todo en el gimnasio; dichas actividades deportivas se confiarían a una organización autónoma, quitándoles al ejército y a la escuela la tutela exclusiva de estas. En aquel año la reforma Gentile desmanteló el sistema de educación física presente en las escuelas de secundaria y en los institutos estatales desde 1878, lo puso en manos del Ente Nazionale per l'Educazione Fisica (ENEF) y jubiló o trasladó a

otros puestos a los profesores de gimnasia, cerrando los institutos magistrales de Educación Física de Turín, Roma y Nápoles, que eran los centros para su formación. Al ENEF le costó mucho ponerse en marcha debido a la falta de medios y sobre todo de instalaciones deportivas, de manera que, a los cuatro años, el encargo de ocuparse de la educación física de los jóvenes en edad escolar pasó directamente a la ONB, que a su vez empezó a servirse de oficiales de la Milizia y de personal proveniente del ejército para la preparación atlética, a la espera de que se crease una nueva figura de instructor deportivo. Para esta labor se crearon un magisterio deportivo para hombres, que se abrió en Roma en febrero de 1928, y una academia para educadoras deportivas, que se inauguró en Orvieto en 1932. Con esta operación se aumentó rápidamente el número de los instructores deportivos, que en 1936 llegaron a 14.000. En 1939 las dos academias pasaron a tener el grado de facultad universitaria y, dos años después, la asignatura de educación física fue equiparada a las otras impartidas en las escuelas de secundaria. En ambas academias el internado corría a cargo del Estado y era obligatorio, como lo era estar inscrito en el PNF. Después de una dura selección aptitudinal, los alumnos y las alumnas cursaban un bienio, que se podía prolongar a un trienio para la especialización, de prácticas y estudios pedagógicos y de mística y legislación fascistas. A las alumnas también se les impartían nociones de puericultura para prepararlas para una función de dirigente en los Fasci Femminili, en la ONB y en la ONMI. En las pruebas públicas de gimnasia, ampliamente divulgadas por los documentales cinematográficos del Istituto LUCE, estos jóvenes debían dar prueba de valentía, abnegación y virilidad; las jóvenes, de gracia y de salud. Según las ambiciones del fascismo, las dos academias debían forjar las características psicofísicas del hombre y de la mujer «nuevos», modelos para las nuevas generaciones de italianos. Además, ante la carencia crónica de instalaciones deportivas en un país que quería hacerse rápidamente competitivo, las estructuras que las dos academias ponían a disposición de los alumnos se presentaban a la vanguardia en cuanto a funcionalidad arquitectónica y modernidad de las instalaciones.

En 1925 el régimen fascistizó también el CONI, fundado en 1914 por una precedente delegación italiana del Comité Olímpico Internacional. Mussolini llamó para que lo presidiese a Lando Ferretti, de apenas treinta años, escuadrista de Pontedera y en aquel tiempo redactor jefe de la Gazzetta dello Sport. Ferretti se ocupó, durante los tres años que duró en el cargo, antes de entrar en la oficina de prensa de la Presidencia del Gobierno, de imprimir al deporte nacional una huella fascista y de someter a las más recalcitrantes federaciones deportivas al nuevo régimen. La federación de fútbol, reglamentada en 1926 por un nuevo

Estatuto Federal (la Carta di Viareggio), fue puesta a cargo del federal de Bolonia, Leandro Arpinati, mientras que las veintisiete federaciones deportivas se pusieron bajo la presidencia de hombres fieles provenientes de las filas de la Milizia y del ejército. A partir de 1926 el CONI fue considerado a todos los efectos un organismo bajo la dependencia directa del PNF, el cual nombraba a los dirigentes de las diversas federaciones e imponía el fascio littorio en todos los emblemas deportivos. Una oficina nacional se ocupaba de las relaciones entre el CONI, el PNF y los organismos deportivos provinciales fascistas, que estaban dirigidos por el secretario provincial del Partido, por una representante local del CONI y por uno del OND.

La llegada de Turati a la secretaría del PNF también reanimó el campo estrictamente agonístico. El verano de 1928, después de los escasos resultados obtenidos por los atletas italianos en las olimpiadas de Ámsterdam de aquel año, Ferretti fue sustituido en la presidencia del CONI por el secretario del Partido Fascista y encargado de la edición de la prestigiosa revista mensual Lo Sport fascista, destinada a circular por todas las sedes deportivas y del Partido. Turati, deportista practicante, se esforzó por redefinir el papel del deporte en la política fascista. En diciembre de 1928 fue redactada la Carta dello Sport, que definía las funciones que cada uno de los órganos del Partido y del Gobierno deberían tener en este campo. La educación física de los jóvenes desde los seis hasta los diecisiete años era prerrogativa de la ONB, aunque después de los catorce años podían estar inscritos al mismo tiempo en las disciplinas deportivas del CONI. Ningún adolescente no inscrito en la ONB podía participar en las competiciones organizadas por las federaciones deportivas del CONI. A la MVSN se le confiaba «la preparación física de los Camisas Negras, en la forma y en el carácter puramente militar», mientras que para las competiciones federales estos debían dirigirse al CONI. Este último comité, pues, se ocuparía del deporte tanto profesional como amateur promovido por las federaciones deportivas. En definitiva, todos aquellos que querían practicar cualquier forma de actividad competitiva debían necesariamente estar inscritos, a través de sus organizaciones (ONB, OND, GUF, MVSN), en el CONI después de un pago anual de 5 liras, 2 para los jóvenes del ONB y del GUF y para las familias del OND, «que da derecho a descuentos ferroviarios del 30% para los grupos de cinco o más personas cualquier día de la semana». El CONI se ocupaba del atletismo, la halterofilia y el combate, la gimnasia, el ciclismo, el remo, el boxeo, la natación, el fútbol, el tenis, el rugby, el esquí y otros deportes de invierno, el baloncesto, el tiro al blanco, la lucha libre japonesa, es decir, de todas las disciplinas que el régimen intentaba desarrollar en aquellos años a nivel profesional. En 1930

Turati también suprimió los organismos provinciales deportivos y otorgó a los secretarios federales la responsabilidad directa de administrar los fondos y de potenciar algunas disciplinas deportivas, en concreto el atletismo, la natación, el esquí y el tiro al blanco, y de velar por la lealtad política de los dirigentes y los inscritos. También dejó de existir la Federazione Autonoma di Atletica Femminile, que fue incluida en la más general Federazione di Atletica Leggera. En cambio, a la OND se le reservaron las actividades recreativas ofrecidas a las grandes masas y practicadas de manera diferente en las diversas tradiciones regionales: petanca, balonmano, tamburello o tenis con pandereta, tiro de cuerda, remo de banco fijo, voleibol y un nuevo juego, la volata, una mezcla de fútbol y de rugby inventada por Augusto Turati con la idea de reintroducir en los hábitos deportivos italianos una forma de fútbol de tradición italiana en la que se usaban también las manos, contra la degeneración anglosajona del uso exclusivo de los pies. La volata, a pesar de que fue promovida, terminó por sucumbir ante el éxito popular del fútbol. Obligado a dimitir como secretario del PNF en septiembre de 1930, Turati también fue sustituido en la presidencia del CONI, que en menos de tres años pasó a manos de Iti Bacci y luego a Leandro Arpinati, que condujo a Italia a los éxitos obtenidos en las olimpiadas de Los Ángeles en 1932. Arpinati había creado en Bolonia, en diciembre de 1927, el diario deportivo Il Littoriale, que a finales de 1929 fue trasladado a Roma y partir de 1931 se convirtió en la plataforma oficial del CONI, que estaba dirigido por Bacci. Cuando también cayó en desgracia Arpinati, el CONI fue puesto en manos del secretario del PNF Starace, que acaparó la dirección del Partido, de los GUF, de la ONB/GIL y del CONI y trató el deporte como uno de los muchos engranajes de la máquina del consenso fascista.

Precisamente en esos años de rápidos cambios en la cúpula, de 1930 a 1935, el deporte italiano conoció el éxito internacional. En las olimpiadas de Los Ángeles de 1932 ganó doce medallas de oro, colocándose en segundo lugar en la clasificación internacional después de Estados Unidos. Mientras tanto, también en el continente norteamericano, un emigrado italiano que se había formado en Francia, Primo Carnera, conquistaba en el boxeo el título mundial de los pesos pesados en julio de 1933. Carnera se convirtió en el prototipo del «italiano nuevo» capaz de vencer a las adversidades derivadas de su humilde origen friulano y del drama de la emigración (y después fue eclipsado rápidamente en junio de 1935, cuando fue noqueado por el afroamericano Joe Louis en vísperas de la campaña etíope y el mismo Mussolini prohibió que se publicasen imágenes de Carnera tirado en el ring). El fascismo invirtió cada vez menos en las hazañas del héroe solitario y fue privilegiando el juego de equipo. Sobre todo fue el

fútbol el que se adueñó progresivamente del corazón de los italianos y los representó en las victorias en el extranjero, ganando dos veces la copa mundial, en 1934 en Roma y en 1938 en París, la copa de Europa central en 1938 y el título olímpico en 1936. El fútbol, entre las dos guerras, estaba pasando de ser un deporte amateur al deporte nacional por excelencia, apoyado por el régimen y por el patronato industrial. El fútbol es un juego de equipo, y se ajustaba bien al espíritu fascista: se mostraba viril, disciplinado y sometido a la voluntad de un entrenador, en aquel momento Vittorio Pozzo, a quien le gustaba animar a los jugadores a que imitasen a los arditi de la Primera Guerra Mundial en el espíritu de equipo y de sacrificio hasta la victoria. El mismo lenguaje futbolístico utilizaba términos de resonancias bélicas, como «la línea del Piave», para hablar de encuentros decisivos. Además, hacía soñar a muchas jóvenes promesas porque creaba por primera vez un mercado profesional, con altas ganancias para la época y generosas compensaciones por partido que atraían mucho más que los beneficios ofrecidos por el régimen a otras disciplinas y que consistían principalmente en seguros de vida para los atletas que se convertían en padres y en premios y medallas al valor atlético.

El régimen fascista convirtió Italia en una de las primeras naciones modernas que supo utilizar el deporte como instrumento de propaganda política y hacer de los propios atletas los más famosos embajadores en el extranjero. En la segunda posguerra, sociólogos e historiadores destacaron la importancia de las competiciones deportivas internacionales en tiempos de paz, especialmente de las olimpiadas modernas desde 1896 hasta hoy, para mantener vivos el patriotismo y el nacionalismo y al mismo tiempo para descargar en el juego la acumulación de tensiones internacionales. Ya en abril de 1929 el partido de fútbol entre los equipos de la Italia fascista y de la Primera República austriaca que se celebró en la «Viena roja» había provocado fuerte tensiones entre los aficionados fascistas y antifascistas en el estadio de fútbol y un intercambio de acusaciones entre las respectivas diplomacias. Pero para los italianos también tenía otro objetivo: la revancha psicológica sobre un mundo occidental, concretamente anglo-americano, que los consideraba un pueblo disperso de emigrantes pobres y débiles desde el punto de vista de la fuerza física y de la civilización. Al despedirse de los atletas italianos que salían hacia Múnich a principios de agosto de 1936, Lando Ferretti los exhortaba a luchar «en nombre de los muertos [de la Gran Guerra], ¡para la gloria de los vivos!». Las victorias de los atletas italianos fueron, sin duda, la mejor propaganda del fascismo entre los emigrantes, y también frenaron algunas tensiones que había en Italia.

Mientras a principios de los años treinta, a pesar de coincidir con el aumento de la financiación estatal al CONI, disminuía la esperanza de convertir a los italianos en un pueblo de deportistas activos, el fascismo intentaba transformarlos al menos en un pueblo de espectadores y de aficionados. En 1930 el CONI calculaba que sus inscritos correspondían al 0,75% de la población y al 5% de la juventud masculina; una fuerte minoría estaba constituida no obstante por futbolistas. En 1936 las cifras oficiales ponían el fútbol a la cabeza de los deportes espectáculo, adjudicándose el 73,4% de todos los ingresos recaudados por entradas a eventos deportivos, lo que equivalía a 4.350.000 espectadores, seguido del ciclismo, suponemos en velódromo (418.700 entradas), el boxeo (256.400), el automovilismo, la hípica, el atletismo y el tenis. El fútbol también resultaba estar entre los más baratos como espectáculo y como práctica deportiva. El público deportivo se concentraba sobre todo en el norte, con casi el 65% de los espectadores, y en el centro, con poco menos del 24% (con picos en Lombardía, Piamonte, Liguria, Toscana y Lacio), mientras que en el sur llegaba solo al 11% (era seguido sobre todo en Campania, mientras que en Lucania era casi inexistente). Los esfuerzos estuvieron dirigidos principalmente a incrementar el número de los atletas profesionales y de la juventud que lo practicaba, mientras que para la mayoría de italianos adultos el deporte se convirtió en un espectáculo de evasión de los problemas cotidianos, como el desempleo y la baja calidad de vida. El crecimiento del público deportivo, que concretamente seguía las manifestaciones gratuitas en vivo o radiotransmitidas, fue un fenómeno común a todos los países occidentales afectados por la Gran Crisis. Pero mientras que en algunos de ellos, como Estados Unidos, las actividades recreativas y deportivas también se transformaron con el tiempo en una de las palancas que más repercutió a la hora de relanzar el consumo, en Italia el deporte siguió siendo principalmente un compensador de la larga crisis económica. Identificarse con las hazañas y las victorias de atletas y personajes del fascismo ayudaba a olvidar la preocupación por el futuro y las dificultades cotidianas. Esto fue entendido perfectamente por Mussolini, que, a pesar de pertenecer a una generación formada en el movimiento obrero de principios de siglo básicamente hostil al deporte, considerado burgués, cambió después de opinión y se convirtió a este nuevo instrumento de propaganda política. Incluso fue su protagonista, haciéndose pasar por deportista en muchas disciplinas: piloto de coches y de aviones, nadador, jinete, gimnasta, esquiador. Siguiendo este ejemplo, muchos jóvenes dirigentes del Partido eligieron practicar al menos un deporte que, a menudo, también controlaban como si fuese un pequeño feudo. Alessandro Pavolini, escuadrista florentino, eligió el ciclismo (escribió también un libro sobre el Giro de Italia en 1928), que le permitía influir sobre las legiones

de ciclistas con camisa negra. Así se presentaba en el número de enero de 1929 de Sport fascista la primera Legione Ciclisti de Mirandola, en la provincia de Módena: «todos los deportistas italianos son soldados al servicio del Régimen y de la Patria». Pero fue Mussolini, hombre de origen popular, quien mejor podía transmitir a los italianos la ilusión de que ya no había disciplinas deportivas ni actividades recreativas reservadas a las clases acomodadas y que las nuevas clases sociales, sobre todo las clases medias, podían acceder a los ritos, a los círculos y a los ambientes recreativos y dedicados al tiempo libre que antes habían sido exclusivos de la aristocracia y de la alta burguesía.

En el país el año deportivo giraba en torno a tres grandes acontecimientos: el campeonato de fútbol, el Giro y la Mille Miglia, que se creó en 1927 y duró hasta 1957, cuando la motorización masiva, las autopistas y los límites de velocidad en la carretera llevaron a su fin. Si el calendario futbolístico ponía a prueba a los italianos en su espíritu localista, el Giro y la carrera automovilística suscitaban en ellos el orgullo nacional. Los recorridos deportivos mostraban una Italia unificada y pacificada, fascistizada. No eran solo los deportistas los que suscitaban la atención del público y de la prensa; los lugares también hicieron de protagonistas. En aquellos años destacaron ciclistas como Girardengo, Bindi, luego Guerra y Bartali, que ganaría también el Tour de Francia en 1938, y por último Coppi, la estrella en ascenso. Desde principios de siglo los itinerarios trazados en Italia para el Giro, igual que en Francia para el Tour, tuvieron claras finalidades nacionalistas y propagandistas, a menudo de desafío hacia los países limítrofes. Reconquistadas las tierras disputadas a Austria y a Alemania, los circuitos serpenteaban, triunfantes, según programas con claras referencias patrióticas, por las carreteras de la Venecia Tridentina y de Istria, así como de Alsacia y Lorena. Con la Mille Miglia (1.600 kilómetros desde Brescia hasta Roma) se quería demostrar que Italia se había puesto al nivel de las naciones que estaban a la vanguardia en cuanto a modernización y calidad de la red de carreteras y de la técnica mecánica y motorística. Tazio Nuvolari corría y llevaba consigo la imagen de una Italia moderna, competitiva, casi mítica, pero de la cual faltaban el sur y las dos grandes islas, no atravesadas por la Mille Miglia. En la epopeya de las conquistas en vísperas de la Segunda Guerra Mundial también se promovió el alpinismo profesional, compitiendo con otras naciones, como Alemania y Gran Bretaña, dedicadas a la conquista de altas cumbres.

Pero las hazañas que causaron más sensación fueron las travesías con hidroaviones, a cargo de pilotos profesionales y dirigentes del Partido. Entre los primeros destacaba el comandante Francesco De Pinedo, protagonista de

atrevidos vuelos solitarios, al que Farinacci calificó como el «italiano nuevo» cuando el 17 de noviembre de 1925, en una solemne ceremonia celebrada en Roma, le otorgó el carné con carácter honorífico del PNF. Entre los segundos, Italo Balbo, que fue subsecretario y después ministro de la Fuerza Aérea de 1926 a 1933. Con la Gran Guerra habían surgido técnicas, estilos y ritos aeronáuticos; y con ella también había surgido la imagen, común a todas las naciones en guerra, del piloto, espíritu libre y solitario que volaba en el cielo abierto por encima de las claustrofóbicas y oscuras trincheras y desafiaba a sus adversarios con espíritu caballeresco. En Italia, quien representaba esta imagen era el joven Francesco Baracca, romañolo como Mussolini, de Lugo, que había fallecido al caer su avión en el área del río Piave y al cual el fascismo le dedicó honores y un mausoleo en su ciudad natal; en la primera posguerra, D'Annunzio trasladó esta imagen guerrera a la política con la complicidad de los futuristas. El mismo Mussolini, que había entendido inmediatamente la potencialidad propagandística del mito, se convirtió en piloto a edad madura. A diferencia de Hitler, que hacía que lo llevasen, como muestra la película El triunfo de la voluntad de Leni Rienfenstahl (1935), a finales de los años treinta Mussolini tomó la costumbre de pilotar personalmente aviones e hidroaviones y, gracias a una serie de pequeños y medianos aeropuertos militares y civiles instalados en la Italia centro-septentrional (entre los que se encontraban los de Bolonia, Miramare de Rímini, Forlí, Pisa, Novara y Fiume), de aumentar sus visitas relámpago y al mismo tiempo de prolongar sus estancias en Romaña. El periodista e instructor de vuelo Guido Mattioli escribió Mussolini aviatore e la sua opera per l'aviazione (Roma, 1936) y dedicó a la aviación, entre 1929 y 1940, diecisiete obras que elogian este deporte como fuerza militar. En la primera mitad de los años treinta, las publicaciones aeronáuticas abundaban gracias a nombres como Cesare Redaelli, Attilio Longoni, Giuseppe D'Avanzo, Paolo Orano y el mismo Balbo. Y desde el punto de vista práctico, Mussolini también fue seguido por sus familiares, como el yerno Galeazzo Ciano y los hijos Vittorio y Bruno. Desde los primeros encuentros aeronáuticos de 1923, el mito del piloto solitario se había ido sustituyendo por la eficiencia y por la disciplina de equipo; por un cuerpo de pilotos, provenientes esencialmente del ejército, que presumían de vestir en vuelo la camisa negra bajo el uniforme de piloto. «La aviación, que es el más potente y el más soberbio instrumento de fuerza y de dominio, debe contar con gente invadida por el orgullo de la raza, que es un sentimiento puramente fascista», afirmaba Balbo en una circular enviada el 6 de diciembre de 1927 a todos los oficiales del cuerpo (Rochat: 125). En noviembre de 1926 el equipo italiano consiguió ganar por tercera vez la copa Schneider de velocidad pura para hidroaviones. A partir de ese momento, Balbo apostó por los récords de

escuadrillas con aviones y sobre todo con hidroaviones, abandonando el sector de los dirigibles, que con Umberto Nobile y sus exploraciones en el Polo Norte (la última finalizada trágicamente en la primavera de 1928) había vivido una breve temporada de entusiasmos. Los proyectos habían sido apoyados por las empresas productoras Caproni, Macchi, Fiat y Siai, en plena expansión, y por los centros de la aeronáutica militar de Montecelio, Desenzano del Garda y Orbetello. Balbo fue el primero que realizó cruceros aéreos de escuadrilla en el área del Mediterráneo, antes de dar el salto a Brasil, en 1931, y de intentar la difícil travesía del Atlántico norte en el verano de 1933, que concluyó de manera triunfal en Chicago, donde ese año tenía lugar la Exposición Universal. Estas hazañas hicieron que Balbo alcanzase el mismo nivel de popularidad internacional que el aviador solitario americano Lindbergh y lo convirtieron, después de Mussolini, en el dirigente fascista más conocido en el extranjero.

Los hermanos Vittorio y sobre todo Bruno Mussolini participaron en las empresas aéreas después de la gran temporada de los hidroaviones, cuando Italia ya apostaba por la aeronáutica tanto por motivos estratégicos en el área mediterránea y africana como para abrir vías de comunicación y de comercio transoceánicas, sobre todo con América Latina. En 1937-1938 Bruno intensificó su labor en la aeronáutica: fue segundo del teniente coronel Attilio Biseo en la escuadrilla denominada «Sorci Verdi» en el vuelo hasta Damasco, en pruebas de velocidad de mil kilómetros; en enero de 1938 llevó a cabo la travesía atlántica Italia-Brasil. Y, lo más importante, se marchó junto a otros voluntarios para apoyar a Franco en España: «Bruno saldrá el 22 para Palma. Y con él el escuadrón de Biseo. Los envidio. Pero no me puedo mover de esta mesa, al menos por ahora», escribía Ciano en su diario el 19 de septiembre de 1937. Los familiares de Mussolini intervinieron, bajo los reflectores internacionales, cuando la aviación italiana ya casi estaba pasando de las empresas deportivas al uso indiscriminado de los aviones para aterrorizar a las poblaciones y para atacar objetivos militares y civiles, como había ocurrido de manera experimental en Libia, masivamente en la conquista etíope y después en los ataques a los territorios de la República española. La prensa internacional, sobre todo británica y estadounidense, denunció en varias ocasiones ante la opinión pública estos bombardeos indiscriminados a objetivos civiles y humanitarios y facilitó pruebas a la Sociedad de las Naciones. Uno de los primeros fue el periodista George Lowther Steer con el libro, publicado en Boston en 1937, Caesar in Abyssinia, seguido un año después por la investigación-denuncia The Italian Airforce in Spain publicada por la United Editorial Ltd. de Londres, que utilizó numerosas fotos y pruebas que habían sido publicadas, con gran lujo de detalles e incluso

con entusiasmo, por Guido Mattioli en el volumen editado en Roma L’aviazione legionaria in Spagna. Entre los pilotos que actuaron en Etiopía también fue identificado Vittorio Mussolini, sospechoso de haber dirigido un bombardeo a un campamento de la Cruz Roja. Por otra parte, el Gobierno fascista no había reconocido la intervención humanitaria de la Cruz Roja Internacional en ayuda de la población etíope. A pesar de todo, el mito aéreo seguía sobreviviendo entre las jóvenes generaciones: el día más bello del Balilla Vittorio, personaje surgido de la pluma de Roberto Forges Davanzati y destinado a los alumnos de quinto de primaria, fue el del «bautismo del aire»: un breve vuelo con algunos coetáneos sobre el aeropuerto del Littorio de Roma. Eran muchos los jóvenes que en aquellos años querían ser reclutados en la aviación militar; como un genovés de quince años de origen humilde que escribía a Mussolini en junio de 1937 en plena guerra española:

Me enteré de las grandísimas hazañas cumplidas por nuestros pilotos durante la conquista del Imperio [...] así que ¿por qué no estar yo también con esos valientes hijos de Italia? (Mezzatosta-Volpi: 55).

Un año después, la película Luciano Serra pilota (Luciano Serra piloto) de Goffredo Alessandrini, presentada en el Festival de Venecia, ratificaba también en el campo cinematográfico el mito aéreo; y solo fue la primera de una serie de películas de aviación.

Italia disfrutó de un periodo favorable de éxitos deportivos en muchas disciplinas y competiciones entre 1928 y 1935. A partir de 1936, a excepción del fútbol, el declive fue visible y debido principalmente a dos razones: al rápido surgimiento de la Alemania nazi, que eclipsó las victorias y las iniciativas de la Italia fascista, y sobre todo a la crisis de las relaciones internacionales, con el rápido deslizamiento de Europa hacia la guerra, que repercutió irremediablemente en la organización de los encuentros deportivos. Los campos de deporte y los estadios eran lugares a menudo todavía más favorables que las plazas históricas para organizar manifestaciones. A las plazas fueron dirigidos los discursos políticos, ya que en ellas se podía mantener un contacto directo, impulsivo y casi erótico entre el jefe y la multitud. Las plazas permitían normalmente solo dos niveles: el dominante del orador y el igualado de los

presentes. En cambio, los campos deportivos se adaptaban a los nuevos ritos y a las coreografías de la religión fascista: el pueblo dejaba de ser caótico y desorganizado y se convertía en espectador y al mismo tiempo en actor de una liturgia colectiva. Los grandes estadios, así como los pequeños campos deportivos de los centros urbanos menores construidos a lo largo del ventenio fascista (y muchos en uso todavía hoy) fueron concebidos como multifuncionales, hechos para acoger encuentros deportivos, pero también ejercicios militares y pruebas gimnástico-coreográficas. La planimetría en forma de herradura, que imitaba el modelo antiguo de estadio que ya había sido reproducido para el estadio Panathinaiko de Atenas, sede de las primeras olimpiadas de la edad moderna en 1896, con el comienzo del nuevo siglo fue rápidamente sustituida por el modelo de estadio cerrado, con tribunas y gradas elevadas y con la pista de atletismo que rodeaba el terreno de juego. Los primeros estadios italianos que se proyectaron entre 1924 y 1927, siguiendo el modelo que se impuso en las olimpiadas de Amberes de 1920, fueron los de Nápoles, Bérgamo y Génova. Pero fue el estadio Littoriale de Bolonia, que quiso Arpinati y que fue diseñado por Costanzini y Arata e inaugurado por Mussolini el 31 de octubre de 1926 (pocas horas antes de que sufriese el atentado atribuido al joven Anteo Zamboni) el que dictó las pautas para los posteriores. El Littoriale de Bolonia contenía estructuras y gimnasios para atletismo y fútbol, una piscina, campos de tenis y una corona de gradas que, según los cálculos de la época, podían contener en tres filas hasta 40.000 personas; la torre de maratón, que alojaba una estatua ecuestre de Mussolini, indicaba la entrada monumental. El modelo boloñés fue perfeccionado en la construcción del estadio Berta de Florencia, con el proyecto del ingeniero Luigi Nervi, en 1931. Ambos fueron estudiados por las principales revistas internacionales de arquitectura. Para la fecha de los campeonatos mundiales de fútbol, que se celebraron en Italia en 1934, también estaban listos el estadio Mussolini de Turín y el Vittoria de Bari, además del estadio reconstruido de Roma, donde estaba prevista la final, que Italia disputó contra Checoslovaquia. De hecho, en 1911, con motivo de los 50 años de la unidad de Italia, se había preparado un área para el estadio que había sido diseñada sobre una planta en forma de herradura por el arquitecto Marcello Piacentini; en ella se celebraban manifestaciones deportivas y culturales. El fascismo pidió de nuevo a Piacentini que lo readaptase para erigirlo, en 1928, en estadio nacional. El último en orden temporal fue el estadio Partenopeo, provisto de 50.000 plazas, que se sumaba al anterior del barrio del Vomero abierto en 1929; inaugurado en 1935, surgió de las ambiciones imperiales africanas y de expansión en el Mediterráneo que querían valorizar Nápoles como la principal ciudad portuaria de Italia.

La ambición más grande del régimen seguía siendo de todos modos la de hacer de Roma la sede de las olimpiadas en 1940 o como máximo en 1944, antes o después de que la capital del nuevo Imperio acogiese la Exposición Universal prevista para 1941 y de que el régimen cambiara a 1942 para celebrar ante el mundo su vigésimo aniversario. La candidatura de Roma en el Comité Olímpico Internacional fue acompañada, en 1935, por un importante plan para dotar a la capital de una «ciudad deportiva» que debería colocarse en el norte, a orillas del Tevere. De hecho, en 1927 ya había empezado la construcción del Foro Mussolini en el área llamada de la Farnesina, a cargo del arquitecto Enrico Del Debbio en nombre de la ONB. El proyecto preveía la construcción de pabellones e instalaciones deportivas en un parque monumental que tenía que celebrar los triunfos atléticos y guerreros del régimen. En 1935 el Foro acogía la Accademia Fascista di Educazione Fisica, los alojamientos para los atletas, el Stadio dei Marmi y el Stadio dei Cipressi (este último ampliado en 1938 con motivo de la visita de Hitler a Roma) y los campos de tenis; mientras, estaban en construcción o en fase de proyecto la Casa delle Armi para el esgrima, la piscina cubierta, un teatro y una Casa del Balilla, un centro helioterápico, balnearios y el instituto de ortogénesis. Además, estaba prevista la construcción de una villa olímpica y de un palacio de deportes al lado del estadio Piacentini, en el barrio Flaminio. Parte de los proyectos fueron retomados en la segunda posguerra para adaptar las estructuras deportivas a las exigencias de las olimpiadas romanas de 1960.

El abandono definitivo del deporte italiano como instrumento de propaganda nacionalista en el extranjero tuvo lugar con las olimpiadas de Berlín de agosto de 1936. Sobre los juegos olímpicos de Berlín se ha escrito mucho: sobre la espectacularidad, la organización impecable que exhibió el Tercer Reich, el uso ideológico que se hizo del cuerpo del atleta para exaltar la supremacía aria y sobre las contradicciones provocadas por esta instrumentalización gracias a la victoria de los atletas negros americanos y de los asiáticos e incluso por las imágenes propuestas por Leni Riefenstahl en el film rodado durante los juegos: Olympia. El Comité Olímpico había encargado a Alemania, que había sido excluida de las olimpiadas de 1920 y 1924, la preparación de las previstas para 1936 desde 1932 para animar económica y moralmente a la República de Weimar a superar aquel durísimo año de crisis económica e institucional. Inútilmente, y demasiado tímidamente, un movimiento de opinión iniciado en el mundo anglosajón y estadounidense, al que se asociaron las izquierdas europeas, promovió un boicot de los juegos por la violencia y sobre todo por las discriminaciones antisemitas que afectaron también a los atletas alemanes. El nazismo, por su parte, había dado prueba de gran rapidez y eficacia en la

preparación de Berlín como sede de los juegos. Hitler confió al Estado alemán la responsabilidad directa y los costes y realizó en dos años y medio la ciudad del deporte más grande, imponente y espaciosa que había existido hasta aquel momento. Italia, que había quedado segunda en las olimpiadas de Los Ángeles, tuvo que ceder el primer puesto europeo a Alemania, que fue la primera en el medallero absoluto con 33 medallas de oro y 89 en total, seguida de Estados Unidos (24 medallas de oro y 56 en total), y alcanzó solo la cuarta posición (8 y 22 medallas respectivamente), después de Hungría. Pero, mientras, un nuevo fenómeno había tenido lugar: la presencia de atletas italianas en las olimpiadas de Berlín y en competiciones internacionales, donde Claudia Testoni y Ondina Valla, ambas de veinte años, ganaron medallas. A pesar de que el fascismo considerase la actividad física practicada por las mujeres con la finalidad esencialmente de reforzar el cuerpo de las futuras madres, el deporte se había convertido para una élite de chicas que lo practicaban en organizaciones juveniles en un instrumento de emancipación y de libertad de costumbres. El hecho de participar en actividades gimnásticas y deportivas les permitía salir, viajar, ejercitarse y también mostrar libremente su cuerpo con ropa exclusivamente masculina, como los pantalones, que en la vida normal eran considerados una forma de «travestismo» y, por lo tanto, eran condenables moralmente y sancionables por la ley. El cambio de la representación del cuerpo femenino respecto a los años veinte –más atlético, más delgado, menos ancho de caderas, más moderno y cercano a los modelos sugeridos por el cine, sobre todo el americano y el italiano de los «teléfonos blancos»– es fácilmente perceptible en las imágenes fotocinematográficas de las jóvenes de la academia de Orvieto a finales de los años treinta y en la película producida por Giorgio Ferroni en 1940 para el Istituto LUCE y presentada en el Festival de Venecia en 1941 L’Accademia dei vent’anni. Después de las olimpiadas de Berlín, la Italia fascista puso sus energías en otras cosas: la construcción del Imperio, la guerra en España y la expansión en el Mediterráneo. Su última veleidad desapareció en junio de 1939, cuando el Comité Olímpico prefirió Londres a Roma como sede para las olimpiadas de 1944. Las razones eran estrictamente políticas: en abril de 1939 Italia había ocupado Albania y en mayo había reforzado con el Pacto de Acero la alianza con Alemania. Lo cierto es que la Italia fascista no daba muestras de los valores de paz y libertad sobre los que el barón Pierre de Coubertin había basado las olimpiadas modernas. Las obras del Foro Mussolini, que debía estar terminado para 1940, nunca se acabaron. En aquellos últimos momentos de paz la Italia fascista se conformó con desafiar futbolísticamente a Inglaterra en Milán ante 65.000 espectadores.

A principios de 1940, por tanto, el escenario había cambiado: el aliado nazi ya está en guerra y la Italia fascista no quiere perder la ocasión de ejercer su papel, a pesar de que los dirigentes políticos y militares saben que no está preparada. Una vez más los recuerdos de la Gran Guerra vuelven obsesivamente y por ello en enero de 1940 se dan instrucciones para que todas las organizaciones actúen al unísono para preparar la nueva leva: GIL, GUF, OND y CONI. «De la GIL a la OND se abarca un grupo de edad que va de los 14 a los 23 años», sostenía en agosto de 1941 un artículo (de Romeo Panti) publicado en la revista mensual Lo sport fascista; y también: «el hombre a los treinta años, de mente y estilo de vida sanos, es perfectamente joven y apto para aportar esfuerzo atlético-agonístico». En abril de 1941 la GIL aumenta de seis a trece las disciplinas deportivas en común con el CONI: deportes invernales, natación, ciclismo, boxeo, esgrima, gimnasia, baloncesto, lucha grecorromana, remo, balón ovalado, tenis. Pero fueron sobre todo tres los deportes en los que la GIL concentró sus esfuerzos, en memoria de la Gran Guerra: la marcha, la natación y los deportes invernales (esquí y alpinismo). En septiembre de 1940, veinticuatro batallones de la GIL formados por un total de 24.000 jóvenes nacidos en 1922 llevan a cabo una marcha de 420 kilómetros en veintitrés días, desde Liguria, tierra de la hazaña de los garibaldinos, hasta Véneto, tierra de la Gran Guerra, siguiendo las antiguas vías consulares. La marcha de la juventud tenía como finalidad la instrucción, pero también la propaganda. Muchos de ellos, que todavía no tenían edad para ser reclutados, constituirían los batallones de jóvenes fascistas voluntarios enviados pocos meses después a luchar en África septentrional, distinguiéndose en los enfrentamientos de Bir el Gobi, en diciembre de 1941. «Resistencia, base de la victoria», escribía en Lo sport fascista Sisto Favre en el editorial que abría el número de enero de 1941: «la hora de la guerra no ha anulado la hora del deporte. La Gioventú Littoria en perenne entrenamiento e instrucción, con fines, a través del ejercicio atlético, cada vez más estrictamente militares». En agosto de 1941 también se organiza un campeonato de travesía a nado, en uniforme y con dotación de armas, del río Po, en Guastalla, en el que participan avanguardisti y giovani fascisti. El destino quiso que precisamente los más jóvenes de Salò fuesen dejados allí para defender in extremis esas orillas ante el avance de los angloamericanos en abril de 1945. Y todavía en el número de junio de 1943 de Lo sport fascista, que salió a principios de julio, pocas semanas antes de la caída del fascismo y a los pocos días del desembarco aliado en Sicilia, el secretario del PNF Carlo Scorza afirmaba que «el deporte italiano seguirá persiguiendo el objetivo fundamental de preparar a los jóvenes a ser, física y moralmente, aptos para la lucha». Pero los jóvenes italianos, en aquel verano de 1943, ya no tenían ganas de luchar, y mucho menos de dedicarse a la gimnasia

en las ciudades bombardeadas y en los frentes de batalla. El consenso tan difundido entre los jóvenes en los años treinta se había agotado rápidamente en los tres años de guerra desastrosa y había hecho vano el ambicioso proyecto de crear, gracias al deporte, el cuerpo y el carácter del «hombre nuevo» y de la «mujer nueva» de la Italia fascista.

C

ULTURA POPULAR

La Opera Nazionale Dopolavoro, organismo también paraestatal, había sido fundada por decreto en la significativa fecha del 1 de mayo de 1925 (a los dos años de la abolición de la fiesta del trabajador), mientras progresivamente iban cerrando los círculos obreros recreativos y deportivos, las sociedades de ayuda mutua y las bibliotecas populares. Se basaba en un proyecto anterior, inspirado en el modelo empresarial norteamericano, que fue introducido en Italia en la inmediata posguerra por el ingeniero Mario Giani, uno de los primeros del país que se ocupó, en el ámbito de la organización científica del trabajo, de cómo empleaban el tiempo libre sobre todo los trabajadores de la industria. La idea era la de hacer que las industrias asumiesen el control y el cuidado de los espacios y del tiempo de la sociabilidad popular, quitándoselos a la iniciativa de las organizaciones de izquierda y de la Iglesia: un moderno y eficiente paternalismo orientado a cubrir toda la jornada laboral y de la vida del trabajador, implicándolo en iniciativas empresariales junto a su familia. Después de un comienzo vacilante y a través de la actividad de los departamentos de asistencia social y de los polideportivos abiertos y financiados por pocas y grandes fábricas del triángulo industrial (Milán, Turín y Génova), sobre todo mecánicas y automovilísticas, los sindicatos fascistas asumieron directamente la iniciativa intuyendo su potencialidad asociativa, especialmente después de la aprobación en marzo de 1923 de la primera ley relativa a la introducción de las ocho horas laborales diarias en el sector industrial. En mayo de 1923 Giani fue invitado a colaborar en la organización de los sindicatos fascistas y en su revista La stirpe y su instituto de investigación sobre el dopolavoro, creado en 1919 por iniciativa privada, se convirtió en el Ufficio Centrale per il Dopolavoro a cargo de la dirección de los sindicatos. El Ufficio seguiría siendo competencia de los sindicatos fascistas hasta la ley de 1925, para pasar después al control directo de la secretaría del Partido. En el trienio 1927-1929 le dio un fuerte impulso Augusto Turati, el cual alejó a Giani y se rodeó de funcionarios a tiempo completo y de voluntarios en las sedes provinciales y en la sede romana; entre estos destacó un incondicional de Turati, Enrico Beretta, que dirigió la oficina central en los primeros años treinta.

Con los años, la OND se transformó en una asociación de masas. En 1928 contaba oficialmente con poco más de 650.000 afiliados, sobre todo en Piamonte y en Lombardía (120.000 y 151.000 respectivamente), es decir, en las regiones industriales donde había surgido el dopolavorismo privado, seguidas de Lazio, Véneto (con cifras de poco más de 50.000 inscritos), Campania (45.000) y las todavía campesinas Toscana (por debajo de los 40.000) y Emilia (por debajo de los 30.000). Pero a mediados de los años treinta la situación cambió completamente. En 1936 la OND tenía casi tres millones de afiliados sobre alrededor de once millones de asalariados; 3.800.000 en 1939. Desde 1927-1928 la OND había emprendido iniciativas de proselitismo entre las comunidades de emigrados en el extranjero, en las colonias y en los campos italianos. Había sufrido una reducción en los años más duros de la crisis económica, pero luego había vuelto a crecer. En 1935 los datos que difundieron las fuentes oficiales mostraban que el 20% de la mano de obra industrial, el 7% de la agrícola y, en contraste, el 80% de los empleados de los sectores públicos y privados estaban inscritos en la OND. Además nos revelan que a una estructura organizativa territorial, extendida en los barrios, los distritos y los pequeños municipios, pertenecía el 64% de las sedes «dopolavorísticas», mientras solo el 13% estaba administrado por las empresas privadas y el 2% por el empleo público. Así pues, la naturaleza del dopolavoro, tal y como lo había concebido Giani, se había modificado bajo la gestión del PNF, convirtiéndose en un importante pilar de la construcción del consenso respecto al régimen en sectores populares y no industriales. El hecho de que la OND tuviese un escaso éxito en las grandes industrias ha sido considerado por algunos historiadores (Paul Corner y Gloria Chianese especialmente) un indicador de una más general resistencia de los obreros para adherirse con convicción al fascismo. Fueron probablemente los obreros más jóvenes los que se sintieron más atraídos por la oferta deportiva y recreativa del régimen, considerada más moderna que las tradicionales formas obreras asociativas anteriores a la guerra. Asimismo los empleados en parte fueron obligados a participar, con más intensidad después de la introducción por ley en 1935 del «sábado fascista». Las oficinas públicas no debían permanecer abiertas después de la una de la tarde del sábado y los funcionarios estaban invitados (los jóvenes por debajo de los veintiún años obligados) a dedicarse a la instrucción pre y post militar y a actividades de formación política, cultural, recreativa y deportiva (estas últimas continuaban hasta el domingo). A finales de 1936 fue introducido, además, el «sábado teatral», del que se encargaban la GIL y la OND para «acercar las masas populares al teatro con el fin de elevar la cultura a través de un sano placer».

El éxito popular conseguido por la OND se debió a la falta de verdaderas alternativas de ocio popular después de la destrucción de la red asociativa obrera precedente y a las modificaciones llevadas a cabo en la primera posguerra relativas al tiempo libre, independientemente de la presencia monocultural del fascismo en el país. Además, la constante disminución del consumo en el país hizo que para muchos el único acceso a las formas de diversión colectiva, a diferencia de lo que ocurría en otros países occidentales en los años posteriores a la crisis, pudiese tener lugar solo a través de la red disciplinada del Partido y de sus organizaciones. Fue así que, por iniciativa sobre todo de Turati y de Beretta, la OND amplió la oferta deportivo-recreativa inicial a un sinfín de servicios de carácter social en el campo de la enseñanza (cultura popular y formación profesional), de la educación y la promoción artística (en el ámbito de las compañías teatrales de aficionados, la música, el folclore, el cine), de la asistencia y la higiene en la vivienda y de la seguridad social. La OND era la organización que mejor correspondía a una imagen familiarista y al mismo tiempo corporativa de la sociedad. Pero hay que evitar las generalizaciones y, por el contrario, poner rostro a los asociados: la mayoría varones jóvenes, a menudo sin compromisos familiares y sobre todo residentes en áreas urbanas, al igual que quienes participaban en las competiciones propuestas por el Partido. A menudo eran excluidas las mujeres casadas y las madres, así como los padres de familia y las personas mayores, aunque la OND, a través de una serie de actividades cultural-recreativas y de ayudas para efectuar excursiones y visitas, tuvo la posibilidad de penetrar en los núcleos familiares y entre los sujetos y edades marginados de la política activa. Los datos sobre la participación de los empleados y los obreros y sobre la de los agricultores, escasísima, hablan claro. La OND no se libra de las contradicciones de la naturaleza misma del régimen: el aumento de las actividades de tiempo libre no significaba democratizarlo ni tampoco ejercer un monopolio sobre todos los espacios de sociabilidad. En este campo el fascismo también aplicó un «totalitarismo selectivo», tolerando fuera del OND círculos privados y parroquiales, reuniones y cafés burgueses y proletarios. Las diferencias de clase seguían existiendo, con una clase pequeñoburguesa que tendía a utilizar todos los instrumentos que el partido ponía a su disposición, pero que de todas maneras permanecía excluida de los ambientes de la vieja y nueva burguesía propietaria y profesional. Esta última fue muy reacia, excepto en las ocasiones oficiales y de homenaje al régimen, a mezclarse con las muchedumbres populares de los encuentros dopolavoristici, prefiriendo asistir a los círculos de tenis y equitación y empezando a practicar el golf anglosajón, financiando y multiplicando los Rotary Club.

La penetración de la organización del dopolavoro en las zonas rurales fue muy difícil y tuvo lugar más tarde no solo por razones ambientales, de aislamiento, por las costumbres, por la estructura social, por las actividades laborales y por falta de instalaciones, sino también porque en muchas zonas de jornaleros la OND representaba la victoria del escuadrismo agrario y la destrucción, con la ocupación de las mismas sedes, de los precedentes centros de cultura, ocio y asistencia cooperativa, como las Case del Popolo. Nos ha llegado información del caso de los trabajadores de la tierra de la provincia de Rávena, reacios a ultranza a una participación en la OND. También a muchos antiguos centros sociales del sur les afectó solo superficialmente la nacionalización cultural por parte de la OND: la simple afiliación a la Opera no cambiaba ni las costumbres ni el carácter local. Otra ambigüedad consiste en la entrada de las mujeres en la socialización externa, en total contradicción con el modelo de esposa y madre ejemplar difundido por el fascismo. A principios de los años treinta, alrededor de cien mil mujeres tenían acceso a las actividades deportivas y recreativas y a los espectáculos cinematográficos y teatrales ofrecidos por la OND. Las inscripciones individuales femeninas eran filtradas por los Fasci Femminili, que también se ocupaban de ofrecer a las mujeres, a través de la Opera, actividades separadas de las de los hombres. La OND animaba sobre todo a realizar actividades no competitivas, «juegos de puro origen italiano» y preferiblemente de equipo, con la explícita intención de disminuir el espíritu competitivo individual y al mismo tiempo educar a quienes lo practicaban en la disciplina del cuerpo y la solidaridad de grupo, favoreciendo su educación moral. Mientras el deporte competitivo debía dar lustre a la nación, las actividades recreativas del dopolavoro tenían que difundir un sentimiento común de identidad nacional y corporativa. Los equipos defendían especialmente el buen nombre de la empresa a la que representaban. Según las estimaciones oficiales difundidas por el PNF, en 1933 la OND contaba con 19.029 inscritas orientadas principalmente a las actividades culturales, cinematográficas y teatrales y a los cursos de formación profesional; de estas, 7.294 se dedicaban a la actividad física para un total de 191.773 competiciones de carácter deportivo. Las asociaciones de la OND, a las que iban las familias y que dependían a menudo de las empresas, conseguían que se acercasen y participasen en competiciones y en excursiones muchas más chicas y mujeres de lo que lo hacían las federaciones de los deportes nobles, y fundamentalmente viriles. La crisis económica y los esfuerzos militares desviaron las energías y los fondos de la promoción de actividades recreativas, tanto que en 1936 las competiciones deportivas en el contexto de la ONB descendieron a 102.547, incluidas las partidas de ajedrez. Hay que añadir que la OND no fue objeto de los grandes proyectos urbanísticos del régimen, al

contrario que la ONB y también que su «hermana» nazi, la organización Kraft durch Freude, la cual, en cambio, gracias al apoyo conjunto del Partido y de los sindicatos, construyó localidades enteras de vacaciones para familias de trabajadores, como la localidad modelo situada en las playas de Rügen en el mar Báltico.

Otra pregunta que hay que hacerse es si efectivamente la OND contribuyó a aumentar la divulgación cultural entre las clases populares o se limitó a controlar las instituciones ya existentes y a integrarlas en el sistema totalitario. Un buen ejemplo lo podemos encontrar en el sector de la lectura popular. El fascismo, con el «acercar el libro al pueblo», aprovechó el patrimonio de experiencias y de sedes que el movimiento de cultura popular había acumulado a principios de siglo gracias al apoyo de filántropos y políticos, guiados esencialmente por exponentes de la burguesía radical-democrática y por militantes socialistas y sindicalistas, alimentados por una cultura positivista e inspirados por propósitos de reforma social. En 1908 había sido fundada en Roma la Federazione Italiana delle Biblioteche e Università Popolari, a cuya presidencia fue llamada una de las figuras más respetadas del socialismo italiano, Filippo Turati, y a la secretaría un gran animador de la cultura obrera milanesa de la época, Ettore Fabietti. En 1917, el año más difícil de la guerra, una ley había otorgado a las administraciones locales la labor de crear bibliotecas municipales y escolares con la función implícita de instruir, de comprometerse en la lectura y de educar en el amor a la patria sobre todo a las clases medias y populares más afectadas por los sacrificios y los lutos del conflicto que estaba teniendo lugar; y una iniciativa análoga había sido tomada por los altos mandos militares después de la derrota de Caporetto en el intento, con la difusión de lugares de lectura en el frente y en la retaguardia, de levantar la moral de las tropas. Esta experiencia en la lectura popular creció en la inmediata posguerra, uniéndose por afinidad a las iniciativas obreras, nocturnas y diurnas, en el campo de la formación profesional y colocándose en una natural oposición ideológica y política al fascismo naciente.

En 1926 la Federazione delle Biblioteche Popolari fue fascistizada, así como su periódico La parola e il libro. Fabietti desapareció de escena y la dirección fue asignada a hombres procedentes de la OND y de los institutos de cultura fascistas. Lo que tuvo lugar en la cúpula fue una verdadera sustitución de un grupo reformista y democrático milanés, propulsor de la lectura y la educación popular, por una nueva dirección fascista cuyo representante era Leo Pollini, portavoz de los ambientes culturales, periodísticos y sobre todo editoriales de la

capital lombarda. Al mismo tiempo también era fascistizada la Associazione per le Biblioteche Scolastiche, que había sido fundada con fines filantrópicos en 1903. En 1928, la Associazione entró bajo la jurisdicción de un Ufficio per Biblioteche, oficina creada por Giuseppe Belluzzo en su Ministerio de Educación e ideada por el subsecretario Pier Silverio Leicht, que se convertiría poco tiempo después en el presidente de la recién fundada Associacione Italiana delle Biblioteche y en miembro del consejo de administración de la editorial boloñesa Zanichelli. Después de una larga fase de neutralización de las redes de lectura pública ya existentes, se pasó, en 1932, a la constitución del Ente Nazionale per le Biblioteche Popolari e Scolastiche, que absorbió el patrimonio de los dos organismos anteriores y su revista. El organismo, en cuanto obra asistencial, debía tener su sede en Roma, pero muy pronto se dio cuenta de que buena parte de su patrimonio y de las principales relaciones con las editoriales estaban ubicados en el norte, por lo que en 1936 se creó una segunda sede en Milán. Si bien en 1937 declaró la existencia de 13.000 bibliotecas, entre populares, de partido y escolares, frente a las menos de 4.000 iniciales, en realidad el ente no logró controlar toda la red de lectura pública. Ofrecía servicios e información bibliográfica con el pago de una cuota asociativa. Se trataba de un gran negocio en el que estaban implicadas las principales editoriales italianas, que vendían sus catálogos a las bibliotecas a través del organismo. A lo largo de los años treinta la relación se fue haciendo cada vez más estrecha: las editoriales italianas ya habían vivido una primera crisis de producción a principios de los años veinte que les había llevado, salvo alguna excepción, a apoyar al fascismo. Si estas se atenían a las reglas de censura y autocensura, el régimen les facilitaba las ventas. A mediados de los años treinta, la crisis y las sanciones también habían repercutido en el mercado del libro: los costes casi prohibitivos de la celulosa hicieron aumentar el precio de los libros. Pocos años antes, la introducción de un texto único en la enseñanza obligatoria y el atento examen y disminución del número de manuales en circulación en los institutos de enseñanza superior también habían reducido las ganancias en el sector editorial escolar. Factores como el analfabetismo, inicial y por desuso, aún presente entre la población femenina, en el campo y en las áreas de montaña, el escaso hábito de lectura, el hecho de que se sustituyese la poca lectura por la radio y el cine y los bajos ingresos de las clases populares y de la pequeña burguesía hacían casi imposible la adquisición de productos superfluos como eran los libros. En 1931 las estadísticas oficiales daban, por ejemplo, en Calabria un porcentaje del 34,4% de adultos varones analfabetos entre veinte y treinta años y un 47% de la población feme nina de la misma edad; en Basilicata los porcentajes eran respectivamente del 33,9 y del 42,1%; en Sicilia del 29,5% para

ambos sexos; en Umbría del 10,7 y del 17,4%. Resulta imposible calcular el número de semianalfabetos en todo el territorio nacional.

A diferencia de lo que ocurría anteriormente, en la época fascista la red de bibliotecas públicas tenía la función de apoyar la crisis de la edición privada, convirtiéndose de hecho en un monopolio de algunas editoriales privadas (y de pocas ediciones directamente impresas y difundidas por el PNF) que distribuían en las escuelas, en las sedes del Partido, en las asociaciones u Opere que estaban en Italia y en el extranjero y en los ministerios. Entre las editoriales más despiadadas a la hora de usar todos los canales disponibles se encontraba la de Arnoldo Mondadori, que disfrutó de grandes favores por parte del régimen, tanto como para permitirse poner en venta traducciones de autores extranjeros prohibidos por la censura hasta ya iniciada la guerra mundial. Pero Mondadori también fue la casa editorial que se ocupó de publicar y difundir, con amplias ganancias, el catequismo político del fascismo en la versión para las escuelas primarias y secundarias. Casi todas las editoriales con distribución popular, escolar y también universitaria se amoldaron a los tiempos (entre estas Treves, Vallecchi, Cappelli, Zanichelli) con cambios de propiedad, variaciones en el catálogo y la introducción de miembros del Partido entre asesores y socios. Entre los intelectuales más activos en este ámbito estaba Giovanni Gentile, que en 1933 se hizo propietario mayoritario de la editorial Sansoni, administrada por dos de sus hijos. Contemporáneamente dos editoriales, también familiares, la Laterza de Bari, fundada en 1907, que contaba con Benedetto Croce como asesor, y la creada por el joven Giulio Einaudi, hijo de Luigi, eran toleradas y conseguían introducir en Italia obras y corrientes culturales europeas. En cualquier caso, las editoriales Laterza y Einaudi fueron excepciones, contando como contaban con un número restringido de colaboradores intelectuales a menudo disidentes y dirigiéndose a una élite de lectores.

La industria editorial italiana fue, por tanto, un sector altamente protegido por el régimen. Pero para poder vender debía responder a lo que el Estado fascista quería, privilegiando géneros que estaban entre el político, el celebrativo, el patriótico-triunfalista, el militar y el biográfico. Sobre todo en este último hubo una verdadera proliferación de obras sobre el Duce, sobre exponentes del régimen y de la familia real y sobre personajes históricos; santos, héroes y mártires conocidos y menos conocidos del Risorgimento y de la Gran Guerra. Fueron contratados escritores a menudo mediocres dispuestos a poner su pluma al servicio del régimen y del mercado. En las bibliotecas públicas nunca faltaban las obras de D’Annunzio, Alfredo Oriani (veintiocho volúmenes publicados por

la casa editorial Cappelli entre 1923 y 1927, con prefacio del mismo Mussolini), Giosuè Carducci (editadas por Mondadori a cargo de Albano Sorbelli, uno de los primeros docentes de biblioteconomía de la Universidad de Bolonia), los escritos y los discursos del Duce, algunas biografías mussolinianas, desde Uomo nuovo de Beltramelli hasta Mussolini de Giorgio Pini, que vendió en los años treinta más de 400.000 copias, historias de la Revolución fascista y algunas historias de Italia aceptadas oficialmente: verdaderos best seller de la época. Sin embargo, hasta la primera mitad de los años treinta, el catálogo del Ente Nazionale per le Biblioteche Popolari e Scolastiche seguía incluyendo a autores estimados por las precedentes bibliotecas populares: De Amicis, Capuana, Verga, Matilde Serao, Aleramo y, sobre todo, Deledda y Pirandello, junto a una nueva literatura con nombres como Panzini, Bontempelli, Bacchelli, Palazzeschi y Svevo. Había muchos autores extranjeros de los siglos XIX y XX: a las grandes novelas francesas y rusas se unían los cuentos del Novecientos de la literatura alemana, francesa y americana. Pero a los autores más conocidos hay que añadir decenas de nombres que después desaparecieron y que, gracias al mercado protegido del régimen, publicaron en el ventenio fascista obras encomiásticas, de escasa calidad literaria, basura que circuló ampliamente en la red bibliotecaria nacional y que a muchos dio fama y sobre todo «pan para vivir».

La oferta se empobreció todavía más a partir de 1937-1938, mostrando los resultados de un «saneamiento librero» llevado a cabo por Vecchi y luego, a partir de 1936, por su sucesor como ministro de Educación Nacional, Bottai. La depuración había comenzado en 1928, afectando a autores y textos que se consideraba que no estaban en sintonía con el fascismo, por no decir claramente antifascistas; con el tiempo, se fue imponiendo una autarquía editorial mediante el bloqueo de nuevas traducciones y la retirada de obras extranjeras que se completó en 1938 con la eliminación de los autores de origen judío de los catálogos y de los estantes. Una circular de junio de 1937 sacaba de la circulación pública, exiliándolas en repartos reservados a un público selecto, todas las obras consideradas contrarias a los principios políticos y culturales del fascismo. En 1938 el Ufficio Studi e Propaganda sulla Razza del Ministero de Cultura Popular (conocido con el término abreviado de Minculpop) estudiaba a través de una comisión específica la eliminación

de la circulación [de] escritores judíos, de tendencias judaizantes o en cualquier caso decadentes y [pedía que] se impartiesen a los directores de periódicos y

revistas órdenes perentorias y precisas, compilando una lista de autores que había que evitar.

El «saneamiento de la malaria intelectual» judía fue llevado a cabo en un primer momento en todas las obras publicadas desde 1914 y, después, desde 1850. La comisión, de la cual formaban parte el director general de la prensa italiana Gherardo Casini, Alessandro Pavolini, Ezio Maria Gray y Filippo Tommaso Marinetti, amplió sus competencias a la literatura extranjera después de que Italia y Alemania llegasen a un acuerdo cultural. Desaparecieron de las bibliotecas y de las librerías autores de éxito italianos, como Pitigrilli y Sarfatti, y extranjeros, en primer lugar los alemanes y los austríacos ya prohibidos en Alemania: los Mann, Roth, Zweig, Schnitzler, Feuchtwanger. Igual ocurrió con los antimilitaristas y quienes se habían manchado con la culpa de haber apoyado a la España republicana y comunista: Erich Maria Remarque, Hans Fallada, André Gide, Claude Bernanos. También desaparecieron las editoriales de familias y sociedades de origen judío. Bemporad vendió para convertirse en Marzorati; el modenés de familia judía, con muchas ramas católicas, Angelo Fortunato Formiggini (nacido en 1878) se suicidó tirándose de la torre del campanario símbolo de su ciudad natal, conocida como la Ghirlandina, el 29 de noviembre de 1938, realizando un acto de desesperada protesta contra «la absurdidad malvada de las medidas racistas». Él había sido uno de quienes más se habían movilizado por la difusión de una cultura popular, pasando de manera convencida del socialismo a la Revolución fascista.

Las grandes bibliotecas nacionales y universitarias también fueron objeto de programas de valoración del patrimonio bibliográfico, que contrastaban, sin embargo, con la carencia crónica de fondos y personal. El régimen se concentró en la construcción de la nueva y prestigiosa sede de la biblioteca nacional en Florencia. Mientras que en Europa y Norteamérica la profesión de bibliotecario se feminizaba precisamente en estos dos decenios, sumando una nueva tarea, y misión, a los oficios ya llevados a cabo por las mujeres en el ámbito laboral educativo y asistencial, en Italia las mujeres no solo eran progresivamente excluidas de la cúpula de la carrera directiva, sino que también eran reducidas al 10% del personal en las bibliotecas sobre la base del real decreto del 5 de septiembre de 1938, que imponía a las mujeres este límite máximo en todos los sectores del empleo público. La lectura quedó como un privilegio de las clases cultas de la burguesía, capaces de llevar a cabo elecciones autónomas y a

menudo transgresoras. La misma lectura popular se alejó de las obras más difundidas para dedicarse a la novela rosa y a los folletines, a la lectura de evasión, a la moda y al tebeo. Queda por preguntarnos qué se leía verdaderamente en la época fascista, y quién leía, y si el intento de una lectura para la población surtía el efecto deseado de educar en el sentido fascista al pueblo italiano o si al menos contribuía a crear al italiano deseado e imaginado solo por el fascismo. Tuvo lugar una proliferación de bibliotecas medianas y pequeñas destinadas a los institutos escolares, a las sedes de dopolavori empresariales y de barrio, a los cuarteles y a las casas de la ONB: bibliotecas creadas de manera caótica, repletas de mucha pacotilla hagiográfica. Mientras que en muchos países occidentales el periodo de entreguerras fue crucial para que se definiese el papel de la lectura pública como moderno instrumento de formación de la ciudadanía y de las bibliotecas públicas como lugares privilegiados de socialización, educación popular y ocio, la política del fascismo en este ámbito se muestra fragmentaria y sin línea alguna, inclinada a llenar y proporcionar espacios de encuentro, a veces arrancados a iniciativas culturales precedentes, más que a valorizar la lectura como un auténtico medio de alfabetización, de educación popular y de formación profesional. Pero hubo algunas excepciones que todavía hay que estudiar: las sedes de las federaciones provinciales del PNF que se dotaron de valiosas colecciones bibliográficas y de salas de lectura de diarios y revistas dirigidos a un público local selecto, de intelectuales, profesionales y dirigentes políticos, como fue el caso, que sepamos, de la Casa del Fascio de la Bolonia arpinatiana.

I

NFORMACIÓN Y ESPECTÁCULO

A diferencia del sector editorial, la prensa italiana fue sometida a la homologación y a la uniformidad de las noticias y de los comentarios, que solo pocos periódicos esporádicamente lograban eludir. La censura era la última y a menudo inútil fase de control, que comenzaba con el examen de las noticias por parte de la Oficina de Prensa del Gobierno y su difusión a través de la Agenzia Stefani, la agencia más importante de la prensa italiana, creada en 1853 y dirigida desde 1924 hasta 1943 por un incondicional ejecutor del fascismo, que la convirtió en un monopolio del régimen: Manlio Morgagni. La elección de las noticias, cómo presentarlas a los lectores, los temas que debían remarcarse periódicamente y las imágenes que tenían que acompañarlos, dependían de la Oficina de Prensa del Gobierno (dividida en tres secciones de prensa: italiana, extranjera y propaganda). A partir de 1930 las noticias eran transmitidas a través de veline (comunicados que eran reproducidos en muchas copias mediante papel carbón), que se difundieron ampliamente y de manera obsesiva a partir de la campaña colonial etíope de 1935. Hasta 1934 el control de la información y de la propaganda había dependido de la Oficina de Prensa del Gobierno, es decir, directamente de Mussolini. En agosto de 1933 había sido nombrado responsable de la Oficina Galeazzo Ciano, que había aumentado las competencias y el personal. Ciano contrató a expertos en radio y en cine e intensificó la relación entre el centro y la periferia a través de la figura de encargados de prensa destinados en las principales prefecturas. El ejemplo del nazismo, que pocos meses después de la toma del poder ya había creado un Ministerio de Cultura Popular y Propaganda específico bajo la dirección de Joseph Goebbels, parece que estimuló al fascismo para transformar la Oficina de Prensa en un Secretariado de Prensa y Propaganda que fue confiado a Ciano. La labor de este órgano no solo consistía en un control político más específico de la información en general y de la prensa en particular, sino también en una coordinación de otros sectores de la educación, de la cultura y del espectáculo que antes estaban bajo la dependencia de diversos ministerios y que ahora debían contribuir a la propaganda de una imagen positiva y a menudo triunfalista de la Italia fascista y de sus logros en el país y en el extranjero. En el ámbito del Secretariado fueron creadas por tanto una oficina general para la cinematografía, una para el turismo,

una oficina de inspección para la música y el teatro y un comité de supervisión para la radio. A cargo de este organismo, que en junio de 1935 de secretariado pasó a ministerio autónomo, se sucedieron hasta 1943 Ciano, Dino Alfieri, Alessandro Pavolini y Gaetano Polverelli. En 1934 habían pasado a ser competencia del Secretariado las instituciones y asociaciones culturales nacionales: los principales teatros, el Istituto Cinematografico LUCE, el Ente Nazionale Italiano per il Turismo y el Ente Italiano Audizioni Radiofoniche, el Automobile Club d’Italia, la Discoteca Nazionale y la Società Italiana Autori ed Editori. Otros organismos, como el Istituto di Cultura (convertido en 1937 en el Istituto Nazionale di Cultura Fascista con una vasta ramificación en el país), la Società Dante Alighieri y la Academia d’Italia eran administrados en colaboración con el Ministerio de Prensa y Propaganda, el Ministerio de Educación Nacional y el PNF. En junio de 1936, con el paso de Ciano a la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores, le sucedió el secretario Dino Alfieri, que ya lo había sustituido provisionalmente cuando Galeazzo había ido a conquistar la gloria en los cielos y en los campos de batalla de Etiopía. Alfieri venía de las filas de los nacionalistas y tenía una gran experiencia en el ámbito de la organización cultural en las sedes milanesas y romanas de los institutos de cultura y de la Società Dante Alighieri; además, había sido presidente de la SIAE (acrónimo de la Società Italiana degli Autori ed Editori) y de las celebraciones del décimo aniversario de la Revolución fascista. Fue Alfieri, en mayo de 1937, quien rebautizó su Ministerio como Ministerio de la Cultura Popular (Minculpop). Se dejó por tanto de hablar de propaganda, vista como una operación coercitiva, y se prefirió una denominación que aludiese a la cultura popular. En realidad los contenidos no cambiaron. El Minculpop se transformó en una mastodóntica máquina administrativa y de asunción de funcionarios intelectuales (de menos de doscientos se pasó a aproximadamente ochocientos en un trienio), así como de distribución externa de contratas y de labores a otros tantos numerosos intelectuales y profesionales (periodistas, fotógrafos, arquitectos, artistas, directores y comediógrafos) comprometidos en una extensa propaganda en un país que se ocupaba cada vez más de la expansión militar en el extranjero (España y Albania) y de la autorrepresentación retórica triunfalista del régimen en los últimos años del secretariado de Starace.

En octubre de 1935 los poderes de control e incautación de la prensa pasaron de las autoridades de seguridad pública al recién constituido Ministerio y, como de hecho toda la jurisdicción sobre las publicaciones, comprendida la edición literaria y científica, fue confiada a un departamento especial de libros. Para este estratégico sector fue definida la figura de un director general para la prensa

italiana. Después de una breve alternancia en 1935 entre Neos Dinale (nacido en 1901, hijo del sindicalista revolucionario Ottavio Dinale) y Francesco Felice, se estableció en la dirección de Gherardo Casini, que la ocupó hasta 1942. Casini, que nació en 1903 en Pisa, era un intelectual y periodista próximo a Bottai y un convencido corporativista; él dio un viraje totalitario al sector de la información pidiéndole que se atuviese a las órdenes cotidianas que se impartían a la prensa. En los años treinta, la calidad tipográfica y de reproducción de imágenes había mejorado notablemente, contribuyendo a la difusión de diarios y sobre todo de insertos y periódicos ilustrados. Periódicos como Il Corriere della Sera y La Stampa aumentaron así el número de lectores, compitiendo con el diario preferido del régimen, en el cual Mussolini seguía escribiendo y anticipando las novedades políticas: Il Popolo d’Italia. Dirigido, después de la muerte de su hermano Arnaldo, por Giorgio Pini, en él colaboraban los periodistas más conocidos de la época, entre los cuales se encontraban Luigi Barzini y Mario Appelius, este último famoso por ser corresponsal en Etiopía. Los diarios católicos fueron los únicos que se negaron al control total, protegidos por las cláusulas del Concordato de 1929, que dejaban al Vaticano autonomía de prensa: el Osservatore romano y la Civiltà cattolica fueron por tanto periódicos en los que se podían leer noticias, especialmente de política exterior, que escapaban al control de la censura fascista. En cualquier caso, la alineación de la Iglesia con la política fascista hizo que la prensa católica fuese un terreno neutro y variable en el ámbito de la información, a veces afascista, crítica hacia algunos movimientos, especialmente respecto a la alianza ideológica con el nazismo, nunca antifascista y a menudo abiertamente a favor de las acciones fascistas. En 1939 el control del régimen sobre la prensa de partido era total: en aquel año fue creada una Oficina Federal de la Prensa Fascista para facilitar la difusión de la prensa de partido, que pasó bajo la jurisdicción del Ministerio de Cultura Popular, quitándole así al secretario del PNF también esta competencia. En abril de 1940 fue creado el Ente Stampa, un organismo de prensa que se ocupaba de ayudar financiera y profesionalmente a los periódicos provinciales para prepararlos para ser competitivos con las grandes cabeceras nacionales. El periodismo de provincias había sido domesticado, ya no suscitaba temores, es más, se prefería al nacional de más alta calidad y a veces de menor conformismo. A principios de 1939 era ministro de Cultura Popular Alessandro Pavolini, nacido en 1903, gran amigo de Ciano (lo que no le impidió apoyar su condena a muerte como secretario del Partido Fascista Republicano durante los meses de Saló) y proveniente del escuadrismo florentino toscano. Fue Pavolini quien movilizó y dirigió la información y la propaganda en el esfuerzo bélico, con plenos poderes sobre los medios de comunicación de masas.

Durante el primer decenio en el poder, el régimen había privilegiado la información y la propaganda escrita, dándose cuenta solo con el tiempo de la capacidad de penetración y disuasión que el instrumento radiofónico podía tener en un país con todavía un alto nivel de analfabetismo y una escasa propensión a la lectura. Mussolini y la primera generación de dirigentes fascistas se habían formado como políticos profesionales fundamentalmente en el ámbito de la prensa escrita y de la relación entre partido político y órgano de prensa, por lo que afrontaron con una inicial dificultad y desconfianza el paso a las nuevas y más modernas formas de comunicación. La radio se asomó al mercado italiano a mediados de los años veinte, con algún año de retraso respecto a otros países europeos y a Estados Unidos. En agosto de 1924 dos sociedades de radiocomunicación pioneras crearon la Unione Radiofonica Italiana, a la cual le fue concedida, por el entonces ministro de Comunicaciones Costanzo Ciano, el primer monopolio estatal de la difusión de programas radiofónicos desde las estaciones de Milán y Roma (la estación de Nápoles entraría en funcionamiento en 1926). Un segundo paso importante fue realizado con el decreto ley del 17 de noviembre de 1927, que transformaba la precedente Unione Radiofonica en Ente Italiano per le Audizioni Radiofoniche (EIAR): entidad de capital privado con apoyo financiero del Estado que le permitía ejercer la radiodifusión en el país con un contrato de veinticinco años de duración. Y fue creado un comité de vigilancia sobre los programas y los noticiarios (por si las noticias no eran procuradas por la Agencia Stefani) compuesto por políticos e intelectuales designados por Mussolini bajo propuesta del ministro de Comunicaciones. El EIAR aumentó rápidamente el propio capital social con la entrada de grupos industriales interesados en la producción, instalación y venta de materiales e instalaciones radioeléctricas. En 1929 la Società Idroelettrica Piemonte (SIP) se convirtió en accionista mayoritario y en consecuencia en enero de 1930 la dirección de los programas del EIAR fue trasladada a Turín.

También entraron inmediatamente en funcionamiento las estaciones de Génova y Bolzano, garantizando una buena cobertura a parte del norte; en 1930 fueron modernizados los transmisores de Roma y en 1931 fueron terminadas las estaciones radiofónicas de Palermo y Trieste; entre 1932 y 1933 también fueron terminadas las de Bari y Florencia y, además, se duplicó la potencia a las de Milán y Turín. En 1934 la red nacional podía considerarse completa y organizada en dos grupos de emisores, en el norte, hasta Florencia, y en el centro-sur. También en ese mismo año, la presidencia del EIAR pasaba a Giancarlo Vallauri, ya presidente de la SIP, que había sido salvada económicamente en 1933 por el IRI (Istituto per la Ricostruzione Industriale).

Así pues, dinero y control público hicieron en realidad de la EIAR una empresa estatal: en consecuencia, la cuota que la empresa debía al Estado fue disminuida y se invirtió en nuevas instalaciones. También aumentó el número de suscriptores. En 1927, en el momento de la fundación de la EIAR, eran 40.000, frente a las 2.500.000 suscripciones ya realizadas en aquel momento en Gran Bretaña. En 1931 eran casi 112.000 y, en 1934, los suscriptores eran alrededor de 439.000, distribuidos principalmente en el norte y el centro (281.400 en el norte contra los 85.700 del centro y los cerca de 71.500 del sur y de las grandes islas). En enero de 1930 también apareció el semanal Radiocorriere, una guía para escuchar la radio que con el tiempo se convirtió en un importante órgano de propaganda. El semanal promovía loterías entre los suscriptores, exposiciones sobre la radio y semanas de promoción de aparatos radiofónicos a precios competitivos.

Hasta mediados de los años treinta, el crecimiento de los suscriptores había tenido lugar de manera lenta y constante; la evolución de la tecnología, con el paso de los aparatos con cascos a los dotados de altavoces, más cómodos y menos caros, favoreció la entrada de la radio en los salones de la pequeña y mediana burguesía italiana. En 1935 los suscriptores ya eran algo más de medio millón, para ser exactos 535.971 (respecto a los cinco millones de alemanes y a los seis de ingleses). Los aparatos seguían siendo demasiado caros para que los comprasen las clases populares: 600 liras por una Radiorurale a mediados de los años treinta; 430 en 1937 por una Radiobalilla para escuchar principalmente en grupo (de estas últimas se introdujeron pocas en el mercado y de manera apresurada, con muchos defectos de fábrica), frente a un precio de 76 marcos (380 liras al cambio) con el que los alemanes podían comprar, a partir de 1933, el aparato Volksempfänger VE 301, del que se vendió un millón y medio de unidades en los dos primeros años de fabricación. En 1938 el Tercer Reich introdujo en el mercado, a solo 35 marcos, es decir, a poco más de 150 liras, un nuevo aparato familiar, el Kleinempfänger. Las transmisiones del 1 de mayo de 1939 fueron escuchadas por doce millones y medio de alemanes. El régimen italiano se estaba aventurando en nuevas empresas militares que necesitaban una información rápida y que causase sensación; encontró una primera solución dotando de aparatos radiofónicos a las sedes municipales, las de partido, los colegios y los cuarteles. En definitiva, multiplicaba las escuchas colectivas en sedes de reunión; locales públicos como cafeterías y bares disfrutaban de desgravaciones fiscales si se convertían en lugares para escuchar la radio. Al mismo tiempo, el EIAR era sometido a un mayor control político: el 26 de septiembre de 1935 este control pasaba del Ministerio de Comunicaciones al

recién constituido Ministerio de Prensa y Propaganda. Un año después un decreto ley del 24 de septiembre de 1936 confiaba los programas radiofónicos dirigidos al interior y al exterior a la Direzione Generale per i Servizi di Propaganda; el 22 de abril de 1937 surgía, en el mismo Ministerio, una oficina de inspección para la radiodifusión. Al mismo tiempo, gracias al aumento del capital social del EIAR, se ampliaba la red: la estación radiofónica de Bolonia abría en 1936; dos años después se potenciaban las estaciones de Turín y Florencia y se creaban nuevas instalaciones en Venecia, Padua, Verona, L'Aquila y San Remo. Además, a partir del 29 de octubre de 1937, era difundido un tercer programa de tarde. En vísperas de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial, el EIAR tenía veinte sedes con un personal estable de aproximadamente dos mil personas; utilizaba treinta y seis transmisores, de ondas medias y cortas, y estaba experimentando con otros quince. La sede de Bari transmitía desde 1933 en lengua extranjera (principalmente en albanés y en árabe) hacia países del Mediterráneo. En 1939 la emisora Corsica libera intentaba fomentar el separatismo corso. Mussolini había comenzado a difundir a intervalos los propios discursos a través de la radio el 28 de octubre y el 4 de noviembre de 1925. En 1926 se retransmitieron los primeros noticiarios, breves y no programados. La politización de la información radiofónica tuvo lugar más tarde. A partir de 1930 fue introducido en la programación y difundido, en canales unificados en todo el territorio nacional, el Giornale radio, espacio informativo cotidiano. Solo en 1936 la dirección de la información fue concentrada en la capital y los boletines de noticias se emitieron en canales unificados en seis ediciones diarias con un progresivo aumento de duración.

Desde la estación radiofónica de Roma, el 27 de noviembre de 1933, se retransmitieron Le cronache del regime, a cargo de Roberto Forges Davanzati. Este programa se transmitía en el canal nacional todas las tardes a las 20:30 y era un eficaz comentario propagandístico de las noticias del día. El nombre de Forges Davanzati había sido propuesto por Galeazzo Ciano, que en aquel tiempo dirigía la Oficina de Prensa de la Presidencia del Consejo de Ministros; rápidamente Forges Davanzati se convirtió en el locutor de radio más famoso gracias a su voz persuasiva y al modo de presentar el programa y de elegir los temas. Después de su fallecimiento, en mayo de 1936, mes en el que se estableció la proclamación del Imperio, el programa Commenti ai fatti del giorno se puso en manos de Gayda, al cual las oficinas de propaganda le hacían llegar los temas y la manera de afrontar las cuestiones que debía comentar. En espera de que fuese definida la línea de la política exterior, durante el último año que precedió a la entrada en guerra el régimen suspendió el programa y lo sustituyó

por otro que tenía por objeto fundamentalmente las acciones internas del régimen: Cronache fasciste. Además, el Concordato con la Iglesia católica había introducido la religión en el programa radiofónico en los periodos navideños, de cuaresma y todos los domingos por la mañana. Quien llevó a cabo esta operación de evangelización radiofónica fue otra voz que también se hizo rápidamente famosa, la del padre Vittorio Facchinetti, que había empezado a transmitir en Radio Milano desde 1927 y que tuvo un papel fundamental a la hora de dar prueba, con sus sermones radiotransmitidos, del apoyo de la Iglesia a la campaña etíope. El gran seguimiento de los acontecimientos deportivos retransmitidos en directo por la radio, especialmente los partidos de fútbol, desde 1927, convenció a los dirigentes de la eficacia de la radiocrónica para documentar las manifestaciones y las celebraciones del régimen. El primer discurso de Mussolini retransmitido por la radio en directo fue el pronunciado en Nápoles el 25 de octubre de 1931. A partir de 1935 la programación en directo de los discursos del Duce y de la crónica de los eventos más importantes era preparada cuidadosamente y era anunciada con días de antelación, suscitando atención y expectativas: la salida de los buques que iban a Etiopía, la toma de Addis Abeba y la fundación del Imperio, la visita de Mussolini a Alemania en 1937 y sobre todo la visita de Hitler a Italia del 2 al 10 de mayo de 1938 (esta última dando lugar a diecinueve retransmisiones en directo). El EIAR había creado un pequeño pero eficaz equipo de cronistas radiofónicos. El discurso que Mussolini pronunció desde el balcón de Piazza Venezia a las 18:30 del 2 de octubre de 1935 para anunciar la invasión de Etiopía y para advertir a la Sociedad de las Naciones de que no aplicase sanciones contra Italia se convirtió en el prototipo de transmisión especial. Desde entonces, las proclamaciones de las decisiones importantes en política interior y sobre todo internacional se organizarían así; estas tendrían su momento más dramático en la proclamación de la entrada en guerra de Italia el 10 de junio de 1940. Los objetivos principales de la empresa a lo largo de los años siempre fueron alcanzar y formar a radioyentes entre un público joven y penetrar en las áreas rurales con la finalidad de modificar lo que había sido la radio hasta entonces: un entretenimiento fundamentalmente urbano. Con este fin, un decreto ley del 15 de junio de 1933 creaba un organismo específico de radio popular: el Ente Radio Rurale, que pasó rápidamente a cargo del PNF y permaneció activo hasta abril de 1940.

La radio rural produjo programas especiales destinados a los colegios y a los cuarteles. De hecho, a los centros agrícolas, a las sedes de la OND, a las escuelas y a los cuarteles se les sugirió que se procurasen aparatos radiofónicos. Un programa especial para el campo fue el anunciado por la publicación mensual La

radio rurale: el programa se llamaba L'ora dell'agricoltore y empezó a emitirse el 21 de abril de 1934. Mientras tanto, el EIAR había puesto en marcha un mayor control de los programas dirigidos a la infancia y a la juventud y terminó con los programas para ellos que habían caracterizado la primera fase de las transmisiones producidas por las estaciones locales: Il cantuccino dei bambini desde Radio Milano, Il giornalino del fanciullo desde Radio Roma y Bambinopoli desde Nápoles. A partir de octubre de 1931 el EIAR comenzó a transmitir el programa Balilla a noi! y el Ente Radio Rurale comenzaba el programa Camerata dei balilla e delle piccole italiane, cada vez más caracterizado por temas históricos, de educación militar y lecciones sobre el culto de los héroes y los mártires del fascismo. Esta radio retransmitía durante las horas escolares, normalmente durante media hora, entre las diez y las once de la mañana. Además, los textos del programa eran repartidos gratuitamente en fascículos a los colegios que tenían aparatos de radio. A mediados de los años treinta se impusieron las radionovelas de tema histórico y conmemorativo, como la reconstrucción de la Marcha sobre Roma o los episodios de heroísmo de la Guerra Mundial, de las empresas coloniales y de la defensa de la civilización contra el «terror rojo». También se retransmitían fragmentos de discursos de los líderes de la patria (hábil forma de educar y acostumbrar al pequeño italiano a las declaraciones solemnes y a las órdenes) y a menudo los programas guiaban a los niños en el canto coral de himnos y canciones patrióticas. El EIAR, además, estimulaba el interés y la competición entre los Balilla y las Giovani Italiane mediante concursos con premios (entre estos «un soberbio mosquete Balilla modelo 91, con balas y bayoneta»). Los niños tenían que mandar por escrito a la dirección de la radio respuestas a preguntas como «¿por qué quiero al Duce?». Concluida la operación Radio Rural en 1940, los suscriptores individuales al EIAR eran casi 1.200.000 y seguían siendo principalmente de clase media y pequeño burguesa y se concentraban en las áreas urbanas centro-septentrionales del país.

El régimen se apropió lentamente de la imagen cinematográfica para fines propagandísticos y de cultura política. Hasta la segunda mitad de los años treinta el eslogan «la cinematografía es el arma más fuerte» no guió la política de empleo de la cámara. Además, hay que recordar que únicamente la cinematografía documental fue producida directamente por organismos del Estado, mientras que la realización de películas de ficción siguió estando en manos de productores y distribuidores privados, sometidos al control y a la censura del régimen. Tanto en el cine como en la radio y aún más en la edición, la industria cultural permaneció ampliamente en manos de particulares y grupos

de empresarios, que también obtenían beneficios del suministro de equipos y de energía. El Estado intervenía exclusivamente en caso de ayuda financiera y de rescate de capitales privados. En estas condiciones, el cine italiano de entreguerras pudo superar numerosas crisis y adversidades y resistió la fuerte competencia de una cinematografía extranjera de mayor calidad y mucha demanda, principalmente estadounidense, alemana y francesa, solamente gracias a un régimen de monopolio y proteccionismo creado por el fascismo en defensa del producto italiano. La producción cinematográfica italiana, que en la preguerra había vivido una de las etapas más interesantes del cine europeo, sufrió una profunda crisis de ideas, personas y financiación a principios de los años veinte. La Unione Cinematografica Italiana, que era un grupo de inversores, después de una lenta agonía se disolvía en 1927. Recogía sus restos un empresario de Turín, Stefano Pittaluga, que formó la sociedad Cines. Era la época de los «teléfonos blancos», del cine sentimental y de evasión que reproducía los clichés hollywoodienses y mostraba comodidades y costumbres alto-burguesas y metropolitanas extrañas a la realidad cotidiana del país.

La actividad del régimen se había desarrollado principalmente en dos direcciones: en el control censorio de los contenidos de las películas italianas y extranjeras y en la producción de programas cinematográficos dirigidos a la «educación de base y la cultura popular». Fundada a finales de 1925 con capital mixto, privado y público, la Unione Cinematografica Educativa, recordada con el acrónimo LUCE, se transformó, al año siguiente, en una entidad estatal con la función de producir y difundir películas didácticas y de actualidad. Entre las entidades fundacionales estaban, además de varias compañías de seguros, la ONC, la OND y la Società Dante Alighieri. El Instituto LUCE estaba afiliado al Instituto Internazionale di Cinematografia Educativa (creado por la Sociedad de las Naciones) que Italia había querido que tuviese sede en Roma. Por eso habían sido nombrados para presidir el Istituto LUCE hombres que habían tenido una función importante en el ámbito de la política exterior: Giuseppe De Michelis, que se había ocupado de emigración, y el diplomático Paulucci di Calboli Barone, jefe de gabinete de Mussolini entre 1922 y 1927 y hasta 1932 delegado italiano y vicesecretario de la Sociedad de las Naciones. El periodista Luciano De Feo se hizo cargo de la dirección y en 1929 el Istituto LUCE fue colocado bajo la dependencia directa de la oficina de prensa de la Presidencia del Consejo de Ministros. Fue dividido en un departamento fotográfico, en una redacción de noticiarios cinematográficos y en ocho secciones temáticas, como la radio (y de acuerdo con el Istituto Internazionale), y también produjo programas didácticos que constituyeron una filmoteca escolar, distribuida por el Ministerio de

Educación Nacional. A partir de marzo de 1926, las salas de cine estaban obligadas a proyectar un producto LUCE antes de todos los largometrajes. La nueva época de los documentales fue inaugurada con la película propagandística Il Decennale, realizada en 1932. A partir de 1933, el instituto producía semanalmente cuatro noticiarios (los Giornale LUCE) y dos cortometrajes temáticos (sobre eventos deportivos y culturales) que tendían cada vez más a hacer propaganda de las iniciativas y las realizaciones del fascismo en política interior e internacional y de las actividades de las organizaciones del PNF. Un compendio de esta producción fue el largometraje distribuido en 1939 Credere, obbedire, combattere! Mientras que la primera producción documental LUCE se concentraba en gran medida en el esfuerzo de transformación económica y demográfica del país, especialmente en la ruralización, recibiendo el apoyo económico del Ministerio de la Economía Nacional y de la ONC, a mitad de los años treinta el expansionismo militar italiano hizo necesario otro tipo de labor. Se realizaron una serie de cortos y largometrajes sobre la campaña etíope (Il cammino degli eroi, 1936) y el nacimiento del Imperio colonial (Cronache dell’Impero, 1937). En 1938 también se creaba una empresa privada de cortometrajes, la INCOM, a la que el régimen se dirigió por la calidad de la producción y porque obedecía en los diálogos y el montaje a los cánones propagandísticos. Bajo la dirección de Giorgio Ferroni y con la fotografía de Mario Craveri y Vicenzo Seratrice, la INCOM produjo España una, grande, libre! Dalla barbarie rossa al trionfo della civiltà fascista para denunciar, con hastío, la actividad de los comunistas en la España católica. Cuando Italia entró en guerra el patrimonio del Istituto LUCE era de al menos diez mil noticiarios producidos y, mientras tanto, iba aumentando la realización de largometra jes monográficos, caracterizados y repartidos entre la exigencia de seguir dando una imagen tranquilizadora e inalterada de Italia y la necesidad de subir los ánimos para la nueva y cada vez más difícil empresa bélica.

También a mediados de los años treinta, el cine se transformaba y se politizaba. La transición fue larga y estuvo caracterizada sustancialmente por una intervención del Estado más decidida y concreta: a partir de 1931 se comprometió a subvencionar la producción cinematográfica y, a partir de octubre de 1933, una legislación específica defendía el producto italiano ante la importación extranjera con algunas reglas específicas: el doblaje y la proyección de una película italiana cada tres extranjeras en las salas de cine de las ciudades (en 1935 la proporción se modificó a una película italiana cada dos extranjeras y a tres películas italianas cada cuatro meses). Además, aumentaban las tasas por la importación de películas extranjeras a la vez que el Estado concedía premios

anuales a las producciones italianas reconocidas por su calidad técnica y narrativa. Salvo raras precedentes excepciones, los primeros largometrajes de tema fascista fueron realizados a partir de 1933: Camicia nera (Camisa negra) de Giovacchino Forzano y Vecchia guardia (Vieja Guardia) de Alessandro Blasetti (1934). En septiembre de 1934 fue encargada a Luigi Freddi, que había pasado varios meses en Hollywood para estudiar el sistema de producción estadounidense, la Direzione Generale per la Cinematografia, bajo el Secretariado para Prensa y Propaganda. Freddi nombró como colaboradores a artistas y a críticos cinematográficos y los implicó en la elaboración de una política cinematográfica que tenía que trabajar sobre las técnicas y los contenidos y examinar atentamente, a través del instrumento de la censura, los guiones y los temas que había que producir. Después de 1935 la producción cinematográfica, si bien siguió estando en manos de particulares, ya casi dependía totalmente de la estructura pública para obtener financiaciones, premios de producción y permisos de distribución. En 1935 también fue creado como monopolio privado con financiación pública el Ente Nazionale Industrie Cinematografiche; en 1936 las licencias para las salas de cine fueron sometidas a una regulación más estricta. Después de la muerte de Pittaluga varias transferencias de propiedad de la sociedad Cines llevaron a Freddi y a algunos inversores a crear, siguiendo el modelo hollywoodiense, un único lugar para los estudios y los establecimientos de producción.

El 28 de abril de 1937, a lo largo de la via Tuscolana, a las puertas de Roma, era inaugurada después de que oficialmente el Duce pusiese la primera piedra el 29 de enero de 1936, Cinecittà, la ciudad del cine, que en 1938 fue comprada por el Estado. Aquí se producirían en los años sucesivos las superproducciones históricas, las películas políticas y de entretenimiento del régimen: cincuenta y ocho en 1938, ochenta y ocho en 1939, ochenta y dos en 1940, noventa en 1941. En 1942 todavía salieron unas cincuenta. Los italianos descubrían el cine, se multiplicaban las salas cinematográficas de las ciudades y de las del dopolavoro y los cineclubes: 359 millones de entradas vendidas en 1939, 386 el año de la entrada en guerra. Entre las grandes producciones de Cinecittà: Condottieri (inspirada en la vida de Giovanni dalle Bande Nere, 1936) de Luis Trenker y La corona di ferro (La corona de hierro) (1940) y La cena delle beffe (La cena de las burlas) (1941) de Alessandro Blasetti. Después de 1936 proliferaron las películas de guerra, con héroes y sucesos que celebraban las hazañas y la habilidad de los guerreros italianos: Lo squadrone bianco (El escuadrón blanco) (1936) de Augusto Genina, ambientado en Libia; Sentinelle di bronzo (Centinelas de bronce) de Romolo Marcellini e Il grande appello (La gran

llamada) de Mario Camerini, ambos de 1937 sobre la acción etíope, así como L'assedio dell'Alcazar (Sin novedad en el Alcázar) (1939-40) de Genina sobre la participación fascista italiana en la Guerra Civil española. En aquellos años Cinecittà acogió y apoyó una producción cinematográfica nacionalista española que al comenzar la Guerra Mundial prefirió ser alojada en las modernas instalaciones de la UFA, la producción cinematográfica nazi con sede en Potsdam, en la región berlinesa. En la siguiente etapa cinematográfica empezó a surgir una nueva generación de directores, actores y críticos de cine. A partir de 1934 empezaban a multiplicarse en las sedes de los estudiantes de enseñanza secundaria superior y de los universitarios los Cineguf.[1] En 1935 Freddi llamaba a Luigi Chiarini para abrir y dirigir en Roma un centro experimental de cinematografía, que fue hasta 1942 un instituto independiente del Estado, pero financiado por él. Acogía para los cursos bienales a un centenar de estudiantes, indicados principalmente por los Cineguf, que se ponían en manos de profesionales de la técnica y del arte cinematográfico. En el centro experimental se formaron los jóvenes que producirían sus obras cinematográficas durante la guerra y en los años de la posguerra, haciendo que el cine pasase de las producciones estereotipadas fascistas a una nueva fase, en gran parte neorrealista: Roberto Rossellini, Michelangelo Antonioni, Giuseppe De Santis, Pietro Germi y Luigi Zampa.

UN ARTE AL SERVICIO DE LAS MASAS

El cine no fue el único ni el último arte que el fascismo puso a su servicio. Una serie de órganos estatales se ocuparon de que los artistas se pusiesen a trabajar para la nación fascista. Una primera sección de Bellas Artes fue creada en el Ministerio de Educación Nacional en 1926. A mediados de los años treinta, cuando el Ministerio pasó bajo la dirección de Bottai, fue potenciada la Dirección General de Antigüedades y Bellas Artes (que se convirtió en 1939 en la Dirección General de las Artes), puesta en manos de Marino Lazzari, afín a Bottai por ideas y militancia. Además, en 1939 fue creada la Oficina para el Arte Contemporáneo como colofón del esfuerzo realizado para dar una identidad expresiva a un arte en función del régimen y en previsión de una intervención decisiva en el ámbito de la pintura y de las artes plásticas para la realización de la E42.

En la segunda mitad de los años veinte, artistas y profesionales de las artes y del espectáculo fueron llamados para entrar a formar parte de corporaciones específicas, que se convirtieron, de hecho, en el único órgano de representación y contratación para quienes querían seguir trabajando en Italia pasando de un mercado restringido, fundamentalmente privado, de galeristas y coleccionistas, a un vasto mecenazgo estatal para la realización de las grandes obras del régimen y a un empleo comercial en un sector publicitario en expansión. En 1934 los artistas fueron agrupados en la Corporazione delle Professioni e delle Arti, que también incluía a quienes trabajaban en el mundo del espectáculo y que a finales de ese decenio contaba ya con más de 425.000 inscritos. La indicación de los nombres de los artistas y la elaboración de un nuevo estilo fascista tenían lugar principalmente en las exposiciones oficiales que se iban alternando en diversas ciudades de Italia durante los años treinta. La primera exposición, propuesta por el artista miembro de la Accademia d’Italia Cipriano Efisio Oppo, fue la Quadriennale romana, que comenzó en 1931. En 1933 se iniciaba la Triennale milanesa; al mismo tiempo se imponía la Biennale de Venecia y, mientras, un sinfín de exposiciones corporativas y militantes eran realizadas en varias ciudades italianas. El paso fundamental fue la gran exposición para el Decennale, el décimo aniversario del régimen, en 1932, que consagró la relación

entre artistas y régimen y destacó las principales formas de expresión artística con las que el fascismo quería representar la nueva era: la fotografía y el fotomontaje, la arquitectura, el fresco y el mosaico. La celebración del Decennale de la Revolución fascista representó la ocasión para definir un arte de Estado y para examinar las corrientes y a los artistas que formarían parte de él, a pesar de la diversidad de orígenes y de expresiones: la revolución de los futuristas, la espiritualidad de los racionalistas, la linealidad del grupo Novecento y la sencillez sofisticada de la corriente de Strapaese. Para la realización de la exposición para el Decennale se hizo un uso generoso de las formas expresivas de las vanguardias europeas (fotomontajes, collage, sobreposiciones de imágenes y objetos), desde el dadaísmo y la Bauhaus alemanes hasta el constructivismo soviético. En los años treinta se confirmaron artistas, arquitectos y tendencias: los racionalistas Adalberto Libera y Mario De Renzi, fundador del movimiento italiano para la arquitectura racional; el modernista Giuseppe Terragni, que ofrecería el mejor ejemplo de este estilo con la realización de la Casa del Fascio de Como, un templo de la política contemporánea; o el pintor Mario Sironi, que desde las filas futuristas desembocó en un estilo retórico y clasicista con el cual definió numerosos adornos monumentales del régimen. La pintura mural fue definida por Sironi y Achille Funi como «la pintura social por excelencia». Estos reivindicaron su pertenencia a una tradición artística italiana, laica y religiosa, que encontraba sus raíces en el fresco de época romana y que continuaba a través de las técnicas y de los temas amados por Giotto, Masaccio y Piero della Francesca. Los interiores y las fachadas de los edificios públicos fueron reservados a imágenes pictóricas con evidente intención educativa y propagandística no diferente de los lemas que aparecían escritos por todas partes, en los edificios públicos cívicos y del fascio, en las casas concedidas a los colonos, en las corporaciones y las cooperativas fascistas diseminadas en el campo y en los pequeños pueblos de Italia. El régimen se planteaba como objetivo la realización de un arte popular, entendido como arte que debía alcanzar a las masas, simplificando los mensajes y los estilos, codificando los lenguajes y prescribiendo los que consideraba que eran los caracteres originales del arte, de la historia y de la tradición: la italianidad, la mediterraneidad, la romanidad, la ruralidad y la simbiosis corporativa de un pueblo trabajador. Sironi y Funi representaron familias patriarcales, mujeres fértiles y maternas, escenas agrestes y atletas robustos y trabajadores; Carlo Carrà volvió a la Italia romana con una representación clásica de desnudos juveniles y femeninos. Todos estos artistas trabajarían intensamente para decorar interiores y esculpir bajorrelieves en edificios de justicia, sedes de corporaciones y organizaciones, cuarteles y casas del Fascio y

del Balilla, siguiendo los dictados de la exposición de plástica mural que se abrió en 1934. Las exposiciones de aquellos años guiaron a los artistas y a los artesanos en el montaje rápido de fachadas, palcos, torres, M musolinianas y DUX de papel pinocho, de perfiles de flores y gigantografías de la cabeza y de mensajes coreográficos realizados con personas; de todo ese efímero triunfalismo que acompañaba las visitas del Duce a las regiones de Italia.

En los años veinte la celebración de la modernidad que manifestó el nuevo siglo siguió siendo apreciada por algunas corrientes artísticas, principalmente la del Novecento, promovida por un grupo de artistas y críticos, entre los cuales se encontraba Margherita Sarfatti, que organizaron en 1926 y 1929 dos grandes exposiciones en Milán. Estos querían demostrar que la Revolución fascista también había creado un arte intérprete de los tiempos modernos que representaba el regreso de ideas frescas y juveniles al arte contemporáneo. Intentaban una síntesis de estilos expresivos al servicio de la nueva era. Luego prevaleció sobre ellos la corriente que representa el mundo incontaminado por la vertiginosa vida urbana: el sereno mundo artesano y campesino de la pintura de Ottone Rosai y Ardengo Soffici. En cuanto a los representantes del futurismo, y casi ya del neofuturismo, se estaban dispersando en experiencias locales. El manifiesto preparado por el movimiento turinés de los Sindicati di Artisti Futuristi en 1929 reivindicaba la misión modernizadora del futurismo con respecto a la «gran masa productora (que mañana será el único imperialismo consciente de Italia) que está en el centro de la civilización industrial y metálica, mecanizando todas las fuerzas y todos los pensamientos». También de 1929 fueron los manifiestos futuristas de la aeropintura y de Marinetti sobre el arte sacro futurista, que marcaron la entrada del futurismo en el fascismo. Aquel año Marinetti, junto a Panzini y Pirandello, entraba en la Accademia d’Italia.

El reflujo de las vanguardias, especialmente del futurismo y de la metafísica, no era un fenómeno solo italiano, sino europeo, aunque en Italia asumió un valor particular porque el arte se sometió a los dictámenes del régimen y se aisló, a pesar de los esfuerzos individuales de algunos artistas, con respecto a la nueva búsqueda europea; por ejemplo con respecto al surrealismo. Algunos artistas, como el boloñés Giorgio Morandi, se apartaron, persiguiendo formas puras y naturalezas muertas, carentes de significado inmediato. La corriente más genuina del futurismo que sobrevivió fue la de la aeropintura de Gerardo Dottori, Ugo Pozzo y Fortunato Depero, que celebraban los triunfos aeronáuticos del régimen, pero también encontraban nuevos modos de estilizar las máquinas, el progreso, la robótica, el hombre máquina. Estos cedieron temas a la publicidad (como por

otra parte hacían los artistas de la Bauhaus en Alemania o Delaunay en Francia), que utilizaba en el mercado mensajes políticos y nacionalistas del régimen. En los años veinte todavía se enfrentaban los lenguajes pictóricos provenientes de los artistas de la corriente de Strapaese, que defendía el ruralismo, el catolicismo, el antimodernismo, la tradición y la autoridad, del modernismo del grupo Novecento y del industrialismo de los neofuturistas. Durante los años treinta, el enfrentamiento artístico se empobreció y el pluralismo de los lenguajes desapareció para dar lugar a una expresión artística llamada a una función pública de celebración de los mitos fundadores del nuevo Imperio y de apoyo a la nueva alianza ideológica y militar con el nazismo. La exposición del Decennale marcó este paso y unió quizá por última vez a los principales artistas de tendencia: Sironi y los arquitectos racionalistas (entre los cuales estaba Terragni), diversos futuristas (Dottori, Nizzoli, Pratelli, Prampolini, Santagata) y el grupo de Novecento (Funi, Marini, Rambelli). Luego, la representación artística estuvo cada vez más orientada a fines propagandísticos, llegando a representar un país únicamente imaginado por el fascismo, en contraposición a lo que estaba realmente ocurriendo. Mientras se desvanecía el proyecto de ruralización y crecimiento demográfico de Italia, los lienzos, los frescos y las estatuas representaban a campesinos italianos y familias numerosas; se afirmaba la romanidad con la Mostra Augustea de 1937 y Enrico Del Debbio la volvía a proponer en la exposición estatuaria del Foro Mussolini, en los proyectos para la ciudad expositiva de la E42 y en muchas otras realizaciones que se llevaron a cabo en la península. El arte figurativo se unía a las grandes obras de arquitectura, ambas artes vistas como un importante instrumento de educación de las masas, protagonistas del proceso de totalización de la sociedad.

En la búsqueda de nuevas formas de representación artística, el régimen también acudió al teatro y a la música. El sector teatral fue uno de los que más recibió financiaciones públicas, lo que lo salvó de una crisis por carencia de ideas y sobre todo de público que había marcado la primeras estaciones teatrales y musicales de la posguerra y que ya había sido señalada en 1921 por una comisión permanente para las artes teatral y musical que actuaba dentro del Secretariado a las Bellas Artes y estaba formada por autores y críticos de gran relieve como Giacomo Puccini, Pietro Mascagni, Luigi Pirandello y Silvio D’Amico. Algunos de ellos, como Pirandello y otras figuras destacadas de la dirección teatral, como Bragaglia y Giovacchino Forzano, actores como Raffaele Viviani y Ettore Petrolini y escritores como Massimo Bontempelli, firmaron el Manifesto degli intellettuali fascisti o se adhirieron al fascismo en sus primeros años. En 1929 la Accademia d’Italia acogía entre sus miembros, además de a

Pirandello, a Lucio D'Ambra, Salvatore Di Giacomo, Renato Simoni y Bontempelli. Unos por convicción, otros por falta de opciones, todos veían en el nuevo rumbo fascista el remedio a la crisis. En 1923 se fundó la Corporazione Nazionale del Teatro e della Regia Teatrale y, al año después, el Ente Nazionale Teatro, bajo la dirección de Franco Ciarlantini. Hasta 1931 la censura teatral, al igual que la prensa, corría a cargo de los prefectos a nivel local y solo en 1935 fue definitivamente centralizada en manos de una oficina de inspección, convertida después en dirección general, para el teatro y para la música, con Nicola De Pirro como responsable. Más que la censura, lo que le preocupaba al sector teatral era el presupuesto. Durante los años veinte los órganos responsables del arte musical y dramático del Ministerio de Educación examinaban las propuestas y sobre la base de ello financiaban los principales teatros, sin una programación real en el territorio. En la etapa 1929-1930 aún se destinaba solo el 10% de los fondos públicos al teatro popular y nacional, lo demás se destinaba a la lírica, y la distribución privilegiaba los teatros del norte (a la cabeza Emilia Romaña y Las Marcas, seguidas de Piamonte y Lombardía), respecto a una casi ausencia de programación pública en el sur. La intervención del crítico e historiador del teatro D'Amico, uno de los principales dirigentes, junto a Forges Davanzati y De Pirro de la Corporazione dello Spettacolo, fue esencial para definir una línea moderada que salvaguardase un teatro dramático de calidad de las inquietudes formales y de contenido de los escenarios europeos.

Los cambios fueron visibles a mitad de los años treinta, con la entrada en escena de Ciano y de su nuevo Secretariado. En 1935 fue creada una comisión de inspección para el teatro que empezó a seleccionar todas las compañías que había que subvencionar y a determinar la cantidad de las financiaciones, devolviendo a las actividades teatrales un porcentaje anual (alrededor del 6%) de las suscripciones radiofónicas recogidas por el Estado gracias a la tasa del EIAR. Un decreto del 3 de febrero de 1936 hacía obligatoria, antes del comienzo de la temporada teatral, la aprobación por parte de órganos públicos de los programas, del nombre de los intérpretes y de sus pagas. Pero el fascismo nunca intervino en la estatalización del teatro, como había ocurrido tanto en la Alemania nazi como en la Unión Soviética: su principal objetivo era asegurarse de que los espectáculos teatrales fueran coherentes con la línea política del régimen y siguiesen un programa nacional y en lengua italiana. Fue por ello por lo que los géneros menores como el espectáculo de variedades y el entremés y sobre todo el teatro dialectal fueron tan penalizados, modificando profundamente la oferta teatral a partir de la temporada 1935-36. Además, fue creado un monopolio de

distribución a través de la Unione Nazionale dell'Arte Teatrale que, llevada por los empresarios del espectáculo, determinaba la estipulación de los contratos entre salas y compañías. A través de la Unione, las compañías de variedades y de entremeses pudieron actuar en el circuito de los cinematógrafos, lo que se vio, hasta que el Estado intervino de manera más decisiva, como una competencia inapropiada con el cine italiano, que fue denunciada por los productores cinematográficos Marino y Pittaluga en 1931. En aquellos años creció la demanda popular con respecto al teatro; el interés también había surgido gracias a las transmisiones radiofónicas (en la programación aumentaron las horas dedicadas a la prosa, a la lírica y a los conciertos) y a la iniciativa del dopolavoro del sábado teatral (espectáculos con entradas a precios muy bajos). La misma OND promovía la formación de grupos de aficionados: alrededor de ochocientos a finales de los años veinte que superaron los dos mil, según un amplio análisis llevado a cabo en 1937. Las mismas cifras oficiales hablaban de 32.000 inscritos en compañías filodramáticas que se exhibían ante dos millones de espectadores.

Una ambición concreta del régimen fue la de crear un teatro de masas, parecido al teatro popular y revolucionario de finales del siglo XIX y principios del XX, pero en el cual las masas no debían ser protagonistas, sino espectadoras o como máximo comparsas. Aunque no se consiguió que se impusiese ni se difundiese ningún nuevo género, fueron realizados algunos espectáculos. El más conocido y estudiado de ellos fue el realizado en el Parco delle Cascine de Florencia la tarde del 29 de abril de 1934: 18 BL. En un amplio espacio abierto, bajo la dirección de Alesandro Blasetti, se representó la historia, escrita por ocho jóvenes intelectuales, de un camión militar, el 18 BL: un medio mecánico que moviéndose en una escena de 250 metros participa en tres episodios colectivos: la Gran Guerra, la Marcha sobre Roma y la repacificación y alacridad de la nueva Italia. El teatro de masas intentó transformarse en la segunda mitad de los años treinta en teatro político, con una mayor adhesión a las ambiciones militares y coloniales del régimen: fueron escritos y representados textos sobre la campaña etíope y sobre la expedición fascista en España, retomando episodios y temas ricos de pathos y heroísmo. El mismo Mussolini, con la ayuda de Giovacchino Forzano y el montaje de Paolo Giordani, probó con la escritura teatral: en 1929 con Campo di maggio (de la que se hizo una versión cinematográfica), en 1931 con Villafranca y en 1939 con Cesare. Pero fueron los llamados Carri di Tespi los que consiguieron mayor éxito: creados por iniciativa de Forzano, su propósito era retomar la tradición italiana de las compañías ambulantes. Cuatro compañías teatrales (tres de prosa y una de lírica) recorrían la península llevando a las plazas obras que conseguían atraer a veces incluso

hasta cinco mil espectadores que acogían en plateas que montaban en el momento. A mediados de los años treinta, con el apoyo de la OND, los datos oficiales hablan de casi doscientos espectáculos por temporada, actuando también en rincones remotos de Italia donde tradicionalmente no existían espacios teatrales estables, con la asistencia de poco menos de un millón de personas. Después de semejante éxito, el cine también empezó a viajar: las furgonetas llevaban proyectores y pantallas por las provincias de Italia, mostrando las películas italianas y los noticiarios del Istituto LUCE.

También surgió una nueva generación de actores. De manera similar a la creación del Centro Sperimentale, en octubre de 1935 la Regia Scuola di Recitazione Eleonora Duse fue transformada en la Accademia Nazionale d’Arte Drammatica, que unía el aprendizaje con la selección de nuevos talentos para contratos teatrales. De ahí saldrían los actores que ocuparían los escenarios de la guerra y de la posguerra: Aroldo Tieri, Ave Ninchi, Ubaldo Lay, Adolfo Celi, Lea Padovani, Vittorio Gassman. Mientras tanto las oficinas estatales se ocupaban de la selección de jóvenes actores que ya actuaban en compañías de teatro amateur y de revista. Algunos de ellos se hicieron famosos rápidamente: Amedeo Nazzari, Salvo Randone, Lilla Brignone, Andreina Pagnani, Elsa Merlini, Anna Magnani. La carrera de un gran actor de aquella época, Renato Cialente, muerto prematuramente con solo cuarenta y seis años en 1943, resulta significativa: partiendo de un teatro experimental europeo y de las enseñanzas de Stanislavskij y de su intérprete en Italia Tatiana Pavlova, a mediados de los años treinta Cialente se adaptó a un género teatral ligero y a algunos clichés que repitió en una intensa participación cinematográfica durante los primeros años de la guerra; solo en vísperas de su muerte, causada por un atropello sospechoso por parte de un vehículo militar alemán, volvió libremente a la profundidad del teatro europeo de Shakespeare y Gorkij.

Si en el campo de la prosa al menos hubo un intento de innovación, el campo de la música fue mucho más decepcionante. Después de la muerte de Puccini, en 1924, y de que Toscanini se marchase, en 1931, el panorama operístico y concertístico italiano estuvo dominado por Ottorino Respighi y sobre todo por Pietro Mascagni, que llegó a ser miembro de la Accademia d’Italia y ofreció al país una música tradicional y de corte ochocentesco y conservador y al régimen obras históricas sensibleras como Nerón. Y mientras las artes pictóricas al menos se habían enfrentado y habían acudido inicialmente a las vanguardias, la música permaneció cerrada y reacia a cuanto se producía musicalmente más allá de los Alpes, tanto por la escuela vienesa como por los grupos parisinos. La música de

entretenimiento fue más sensible, pero estuvo más reprimida por el régimen en lo que respecta a la recepción y a la reproducción de la música americana, como el jazz, que se fue prohibiendo progresivamente porque era considerado un producto de razas inferiores y contaminadas como la afroamericana.

¿U

NA CULTURA AL SERVICIO DEL RÉGIMEN

?

Desde hace tiempo se discute sobre si ha existido o no una cultura fascista. A menudo el debate ha enfrentado voces y opiniones entre quienes defienden una estrecha relación entre ideología y cultura a lo largo del fascismo; quienes destacan la capacidad de los intelectuales de encontrar espacios y de realizar sus propios estudios sin adherirse al régimen, que por otra parte se mostraba tolerante con ellos, y quienes subrayan el constante conflicto entre los intelectuales y el régimen. El debate también había empezado por los testimonios personales de los intelectuales que en la segunda posguerra habían intentado presentar como coherente su trayectoria del fascismo al antifascismo (fue emblemática la autoabsolución del «vicio de origen» de un escritor como Elio Vittorini), o bien demostrar cómo el ambiente podía inducir a que se llevasen a cabo actos de deferencia, pero, al mismo tiempo, ofrecía al joven intelectual lugares, como la universidad, abiertos a la libertad de pensamiento y de reunión (es el caso de la última larga entrevista concedida por Norberto Bobbio). Las investigaciones sobre ello han revelado una realidad mucho más compleja en desacuerdo con la interpretación crociana de una cultura originariamente alternativa al fascismo y también con la forzada visión del régimen como fuerza modernizadora e impulsora de la cultura. En realidad es difícil dar una visión unívoca de los intelectuales militantes, Bottai a la cabeza, como actores capaces, habiendo podido hacerlo, de salvar al régimen de la esclerotización y del conformismo. Es necesario que nos entendamos cuando hablamos de cultura fascista: ¿entendemos algunas figuras de grandes intelectuales que se adhirieron al fascismo y crearon para él obras e instituciones culturales (entre los más importantes el filósofo Giovanni Gentile y el historiador Gioacchino Volpe)?; ¿entendemos escuelas y corrientes filosóficas, intelectuales o artísticas que dialogaron con el fascismo y contribuyeron a formar su cultura?; ¿o pensamos en la relación cotidiana entre cultura y política, entre difusión de la cultura y fascistización de los italianos para crear el consenso? ¿Podemos hablar de ambientes y ciudades que se impregnaron más,

que fueron favorables al fascismo, y de otros lugares más ajenos? Parece, por ejemplo, que las universidades y algunas de sus facultades lo apoyaron con vigor, junto a gran parte del cuerpo académico. O quizá fueron las ciudades universitarias las que determinaron el favor o no de sus academias, si nos atenemos a lo que ha escrito Angelo D’Orsi sobre una Turín resistente, en sus instituciones culturales y en sus editoriales, al fascismo respecto, por ejemplo, a una Bolonia que vio bien alineados al fascismo al cuerpo docente y a los círculos culturales. Y ¿es posible hablar tout court de una «cultura fascista» sin definir un desarrollo, una historia atenta de los fenómenos y de las producciones culturales de los decenios de la Italia fascista?

El fascismo amalgamó y reelaboró «culturas» que luego hizo suyas y puso en circulación. Con este objetivo se sirvió de intelectuales que idearon mensajes y de intelectuales que se hicieron intérpretes de esos mensajes; son quienes, con una feliz fórmula, han sido llamados intelectuales militantes e intelectuales funcionarios. Como hemos visto, originariamente el fascismo fue el fruto de culturas heterogéneas y el ancla política para corrientes literarias, artísticas y de pensamiento. Con la Gran Guerra, y especialmente después de Caporetto, el papel de los intelectuales había cambiado; el Gobierno recurrió a ellos para perfeccionar una «pedagogía de la nación» y mantener una resistencia psicológica de la población civil y en armas. El nacionalismo de Corradini, el antiliberalismo de Oriani, el vitalismo de D’Annunzio, el neoidealismo de Gentile, el futurismo a lo Marinetti y los círculos literarios florentinos (monopolizados por Papini, Prezzolini, Soffici), todos ellos, de manera diferente, mostraban descontento por el tibio patriotismo de los liberales y por su debilidad en el ámbito internacional, irritación por las formas parlamentarias y democráticas del juego político y por la debilidad del Estado y, por último, temor de una hegemonía de las masas populares y de sus representantes. La relación entre estas corrientes y el naciente fascismo no fue fácil al principio: el escuadrismo era por su naturaleza antiintelectual; concebía la cultura como intelectualismo vacío, el intelecto como parálisis, al intelectual como un ser inactivo al comparar la fuerza que la ideología tiene sobre la acción con la que tiene la acción en cuanto tal sobre las transformaciones políticas. A principios de los años veinte se delinearon un estilo fascista y una mística de la acción, una voluntad de expresar y ejercer la violencia. El escuadrismo identificaba la clase intelectual con la clase dirigente de la Italia liberal y por naturaleza estaba contra la cultura y el pensamiento modernos, culpables de haber generado primero el iluminismo y después el liberalismo, el materialismo y el marxismo. La técnica de la acción y de la violencia seguiría siendo intrínseca a la naturaleza del

fascismo cuando de escuadrismo pasó a ser Estado; este tradujo en cultura su voluntad de imponerse y buscó una justificación teórica de su acción.

Debido a esta exigencia de teorizar tuvo lugar el encuentro del fascismo con algunos pensadores de la época, concretamente con Giovanni Gentile. Gentile no intentó elaborar una doctrina autónoma para el fascismo (al contrario de lo que haría Heidegger en Alemania para el nazismo), sino integrarlo en el idealismo y reforzar con él la idea de Estado, satisfaciendo a los nacionalistas. Además, concibió el fascismo no como evento trascendental, sino como etapa necesaria de la historia de Italia y Europa y vio en este recorrido parte de la historiografía italiana, alejándose consecuentemente de Croce, con quien había colaborado antes de la guerra. El fascismo, según Gentile, «no es una ideología, no es un sistema cerrado [...]; es más una actitud espiritual que un cierto contenido de pensamiento». En definitiva, es el instrumento para hacer renacer el idealismo contra el individualismo, contra el particularismo que ha caracterizado la historia de Italia desde el Renacimiento hasta su rescate resurgimental. El fascismo es una misión regeneradora del Estado italiano, el renacimiento del Estado ético contra el «Estado agnóstico del viejo liberalismo. Su ética es espiritualidad». A los intelectuales les esperaba el deber de «hacer trabajo intelectual» en función del fortalecimiento del Estado, de no ser perezosos, disfuncionales, individualistas ni anticonformistas; a la cultura le fueron asignadas dos tareas: definir un programa político que, a través de la exaltación de la jerarquía, la creencia en un jefe y la fidelidad a una estirpe, reforzase y completase históricamente al Estado e identificar los instrumentos pedagógicos para formar al Italiano, necesariamente fascista, y para construir el consenso en torno al nuevo sistema político. Gentile, en marzo de 1925, en un congreso que se celebró en Bolonia, solicitó a los intelectuales que ya habían expresado su consenso con el fascismo, incluso en los meses más difíciles de la crisis Matteotti, que colaborasen en este proyecto; entre ellos estaba Pirandello, que se había inscrito en el PNF en 1924.

El resultado fue un primer y único Manifesto degli intelletuali fascisti, que se publicó el 21 de abril de 1925, al que Croce respondería el 1 de mayo con un contramanifiesto, publicado en el Mondo y firmado por nombres como Emilio Cecchi, Luigi Einaudi, Giustino Fortunato, Rodolfo Morandi, Gaetano Salvemini y Luigi Salvatorelli. Los manifiestos marcaron la ruptura definitiva entre los dos filósofos y entre una minoría de intelectuales críticos y un número cada vez mayor de docentes, artistas e intelectuales que se adherirían al fascismo. La primera llamada a los intelectuales la hizo Mussolini, que en la nueva aventura

política preparó junto con Gentile el Manifesto. Gentile y Croce se enfrentaron más con el objetivo de hacer prevalecer la propia interpretación idealista de la historia y del liberalismo (trascendido con el fascismo o bien expulsado por el nuevo fenómeno político) que con el de analizar la labor que debían hacer en aquel momento los intelectuales y su relación con la sociedad. Ambos partían de posiciones conservadoras, temerosas de la Revolución bolchevique, del poder potencial reservado a las masas y del final de las élites del Ochocientos. La posición de Croce no era diferente a la de otros grandes intelectuales europeos de formación liberal conservadora que en los años siguientes también deberían tomar posiciones respecto a los fascismos (Thomas Mann igual que Ortega y Gasset). Pero el manifiesto promovido por Gentile tenía mucho más atractivo: pedía que pusiesen la cultura al servicio de la política, que se esforzasen en fortalecer el Estado, el país y sus tradiciones, que uniesen la comunidad nacional y que intensificasen el orgullo del propio origen y la propia raza: todo lo que había crecido (y que Croce había negado) durante los años de guerra. También representaba la revancha de las nuevas clases medias intelectuales sobre los hombres de cultura burgueses aún arraigados a los valores del Ochocientos y cosmopolitas que ellas habían superado.

Pero no hay que entender estos manifiestos y los nombres de quienes los firmaron como algo estático: varios intelectuales pasarían con los años de un bando al otro. Muchos más se alinearían después por conveniencia o convicción. También es importante subrayar la diferencia que separa Italia de Alemania, donde la oposición nazi encontró fuerza en la voz de muchos intelectuales alemanes. El trasfondo había sido diferente: los quince años de cultura weimariana habían sido democráticos, revolucionarios, innovadores y radicales en los contenidos y en los lenguajes; la breve etapa político-cultural de Italia unió a intelectuales y artistas, que se habían movilizado a favor de la guerra, en un común rechazo hacia el regreso del liberalismo corrupto y hacia la sociedad soñolienta, provincial y opaca de la preguerra. Pero esto no justifica la igualmente conformista adhesión al fascismo cuando el régimen les pedía fidelidad, que premiaba con cargos y reconocimientos. Además, hasta las leyes raciales de 1938 no hubo una destacada emigración de intelectuales italianos; la permanencia en Italia no fue debida a una particular tolerancia del fascismo italiano hacia los intelectuales, sino más bien a un alto grado de adhesión y de consenso de estos últimos. Hubo intelectuales convencidos y de buena fe e intelectuales fascistas por conveniencia. Es difícil diferenciar las dos categorías, a no ser que se analice la confluencia de su labor en la obra de construcción del fascismo y se distingan los orígenes académicos y regionales y sobre todo las

generaciones. Había una enorme diferencia de mentalidad y de ideología entre quienes se hicieron fascistas y quienes crecieron en el fascismo; entre el realismo y el pragmatismo de muchos universitarios e investigadores dispuestos a conformarse con lo que el régimen pedía y quienes, formándose en los estudios entre las dos guerras, consideraron que contribuían a sus líneas culturales y teóricas, a veces rompiendo esquemas ya consolidados y por tanto siendo considerados, sobre todo por la historiografía de la posguerra, como fascistas críticos, fascistas rebeldes, a veces incluso afascistas y también antifascistas. La trayectoria dentro del fascismo antes de distanciarse de este, y en algunos casos de asumir una clara oposición, fue en cambio larga y compleja, ardua, en cualquier caso fue diferente en cada protagonista. A menudo interpretaciones justificacionistas, o mejor, que minimizan el fenómeno fascista como régimen intolerante, censorio y coercitivo, han contribuido a definir a algunos intelectuales que asumieron durante todo el periodo funciones directivas en el régimen como disidentes a los que un sistema permisivo dejó trabajar libremente, exculpando así, a la vez, a los hombres y al sistema. Es el caso de la relectura realizada de Bottai como fascista crítico, mientras que él actuó para crear una cultura y formar a un grupo de jóvenes intelectuales homogéneo, fuerte y convencido; en resumen, para fundar una hegemonía cultural del fascismo que todavía faltaba, tal y como entonces también observaban los principales opositores al régimen (el primero de todos Gramsci, desde la cárcel). Si no distinguimos, terminamos por confundir a Bottai con algunos de sus alumnos, con los jóvenes desilusionados que pasaron al antifascismo durante los años de la guerra; acabamos exculpando a Bottai utilizando su fracaso. Bottai representó el alma política de la cultura fascista.

El fascismo tampoco fue un monolito en la cultura; más bien permitió la convivencia de diversos componentes. Desde el principio algunos fascistas se opusieron a la visión gentiliana, historicista y espiritualista del Estado y de su papel, considerando a Gentile un peligroso hereje liberal y burgués perjudicial para la construcción de un régimen revolucionario y absolutista. En el fascismo, además, se enfrentaron durante mucho tiempo corrientes antimodernistas, ruralista y strapaesane, y corrientes modernistas y urbanas; ambos frentes estaban convencidos de ser los únicos que representaban dignamente el desarrollo cultural del fascismo. Por una parte estaba el selvaggismo («salvajismo»), del título de la revista Selvaggio, publicada en Toscana por Mino Maccari entre 1924 y 1943, que recogía las posturas expresadas por Papini, Soffici y Malaparte y daba voz al escuadrismo aparcero, toscano, rural y de revancha de la provincia, que se consideraba la única depositaria de la

italianidad. Por otra, la corriente en torno al grupo literario y artístico milanés del Novecento, en busca de un nuevo orden: moderno y racional en las formas, pero igualmente heredero del clasicismo. Por último se enfrentaron laicidad y catolicismo, este último cada vez más intenso y más presente en la cultura y la sociedad italiana de los años treinta. El fascismo intentó dar un lugar a todos los que lo apoyaron; premió a los intelectuales de profesión y a los artistas afirmados que lo reconocieron procurándoles identidad, títulos, ventajas a través de la proliferación de institutos y academias, algunos creados ad hoc, otros simplemente recuperados de la rica tradición de asociacionismo cultural local ya existente en la Italia pre y posunitaria y reintroducidos en una red nacionalizada y homogénea. En lo que respecta la ciencia y la alta cultura, las principales realizaciones del régimen fueron dos: la Accademia d'Italia y la Enciclopedia Italiana. A estas hay que añadir el Istituto Nazionale Fascista di Cultura, inaugurado el 19 de diciembre de 1925 y dirigido por Gentile. Anunciada cuando se estaba realizando en 1926, la Accademia d'Italia se inauguró en 1929 y se confió a la dirección de Volpe. La Accademia se ocupaba «del estudio y la discusión de los problemas más importantes concernientes a las ciencias, las letras y las artes». Tenía personalidad jurídica y un patrimonio mobiliario e inmobiliario propio. Formaban parte de esta sesenta académicos, quince por cada una de las secciones: ciencias morales e históricas, ciencias físicas matemáticas y naturales, letras y artes. Los académicos eran nombrados de manera vitalicia por el rey, bajo propuesta del jefe del Gobierno, después de haber consultado a los ministros; asumían el título de «excelencia» y disfrutaban de cheques anuales y gratificaciones especiales según los cargos externos que asumían. De este modo, el régimen pretendía honrar a sus hombres de ciencia y cultura más ilustres y, al mismo tiempo, a través de ellos, indicar una línea oficial de desarrollo e interpretación de las artes, las ciencias, el derecho, la historia y la literatura, con especial atención a los estudios clásicos. El académico más prestigioso en las ciencias exactas fue, hasta su muerte en 1937, Guglielmo Marconi, que en 1928 también se convirtió en el presidente del Consiglio Nazionale delle Ricerche. Marconi había simpatizado con Mussolini desde 1922 y como presidente del CNR apoyó la política fascista de control de la investigación, de la actividad y de la circulación de los investigadores, sobre todo en las relaciones con círculos científicos extranjeros.

La obra monumental en treinta y dos volúmenes de la Enciclopedia Italiana fue realizada entre 1929 y 1937 bajo la dirección de Giovanni Gentile y con la financiación del empresario Giovanni Treccani. Fueron pocos los intelectuales que se negaron a colaborar (como Croce), incluso entre los que estaban menos

de acuerdo con el fascismo, como Gaetano De Sanctis, uno de los doce profesores universitarios que se negó a jurar fidelidad al fascismo en 1931; y fueron alrededor de noventa los que habían firmado el manifiesto de Croce (como Rodolfo Morandi), por lo que se ha considerado la realización de la Enciclopedia como el ejemplo más importante de «nicodemismo». Este es un término acuñado a finales de los años treinta por el historiador Delio Cantimori al estudiar el movimiento herético del siglo XVI: el «nicodemismo» caracterizaría la actitud de los intelectuales durante el fascismo, es decir, la disimulación de la propia convicción política, manifestando respeto hacia la autoridad, en espera de tiempos mejores para realizar una oposición abierta. El consejo directivo de la Enciclopedia, constituido en 1925-1926, representó una especie de frente nacional de la cultura y en parte de la política activa, demostrando así las intenciones no exclusivamente culturales de la empresa, en la que también estaban representados los intelectuales liberales y católicos que solo con el paso del tiempo se alejarían del proyecto. 3.266 autores contribuirían a las entradas hasta 1937; con los años, los católicos unidos al padre Agostino Gemelli, fundador de la Universidad Católica de Milán y líder de la corriente neoescolástica, aumentarían en cantidad y en influencia, coincidiendo con el acercamiento entre el fascismo y la Iglesia católica y con la firma del Concordato.

Bajo el término intelectual se agrupó a una muy amplia categoría de actores culturales, lo que hizo que Italia se alinease con los principales países europeos que desde la segunda mitad del Ochocientos habían visto surgir, principalmente en las capitales y en las ciudades culturales, un denso grupo de clérigos de la cultura y de la información: escritores, periodistas de medios impresos y luego de la radio y de las imágenes, profesores, bibliotecarios, editores, artistas, hombres y mujeres del espectáculo, comediógrafos, músicos, directores. A través de ellos se desarrolló una industria cultural, poco propensa a dejar espacio a la disidencia. Por su parte, el régimen intentó definir una nueva figura de intelectual funcionario que adoptase el mismo lenguaje, la misma actitud, la misma forma mentis en todo el territorio nacional, sin ninguna distinción entre el sur y el norte del país.

▪

[1] Círculos de los Grupos Universitarios Fascistas encargados de promover entre los jóvenes la pasión por el cine y la producción cinematográfica amateur. (N. de la t.)

VII. LA GRAN NACIÓN FASCISTA

L

A IDEA FASCISTA DE PATRIA Y NACIÓN

«El secreto de las dictaduras de derecha, y su ventaja con respecto a otros regímenes, consiste precisamente en que tienen una fórmula nacional. Italia y Alemania la han encontrado. Los alemanes en el racismo. Nosotros en el imperialismo romano», anotaba Ciano en su diario el 20 de noviembre de 1937, dos semanas después de haber firmado el pacto de alianza ítalo-alemán. La romanidad había sido reivindicada en los años precedentes como inspiradora del fascismo en su deber civilizador en el mundo. El recurso a la romanidad no era original: ya había sido utilizada por la clase política liberal para legitimar las aspiraciones coloniales del Mediterráneo norteafricano y oriental. Los liberales, y con ellos los católicos, habían presentado el colonialismo como un instrumento necesario para la defensa de la cultura europea frente a la decadencia de Oriente, representada por el Imperio Otomano en disolución, y como apoyo a los valores espirituales y católicos ante el temido avance del materialismo germánico en su doble naturaleza protestante y marxista. Además, las culturas de derecha de principios de siglo habían apelado al renacimiento de un clasicismo fiel a la lectura de los textos, a una visión ética de la historia y sobre todo a una geopolítica atenta a la recuperación del pasado clásico e imperial romano.

La misma escuela arqueológica nacional había nacido sobre estas bases: sobre una concepción clásica de la antigüedad y con el objetivo de identificar las raíces y la supremacía de la civilización itálica en el movimiento de pueblos y en la proliferación de asentamientos en la cuenca mediterránea. Y más tarde había sido fortalecida por una especulación racial de las civilizaciones. En el año 1930, en la publicación mensual Le Vie d’Italia (p. 785), un colaborador de la sección arqueológica del Touring Club Italiano, Mario Giradelli, con algunas «Divagazioni sulla razza e la civiltà mediterranee» explicaba a los lectores, un público generalmente culto, que los pueblos de Europa nacían de tres principales cepas raciales: nórdica, alpina y mediterránea. Las tres habían tenido una influencia en la formación de la estirpe itálica que representaba, así pues, uno de los ejemplos más completos de la «fusión en un solo pueblo de los conquistados y de los conquistadores» hasta dar vida a una «civilización mediterránea, en su deslumbrante vestidura de sus nuevos medios de expresión fónica» (el latín y

neolatín) capaz, en su «espléndido renacimiento», de «ser lo bastante madura como para pasar a la conquista del mundo». Inicialmente hostil a la ciudad de Roma, plebeya y liberal y por lo tanto poco en sintonía con el escuadrismo septentrional que la había conquistado, el fascismo se había comprometido a transformar la capital en el centro de la romanidad fascista, en un lugar ideal y universal de religión civil y cosmología política. Luego la romanidad constituyó la justificación histórica e ideológica para sus ambiciones expansionistas en el área mediterránea, transformándose en un proyecto para la refundación de una moderna civilización itálica y cristiana. Para tal objetivo el régimen necesitaba una visión fuerte de la historia, fundada en una atenta selección del pasado nacional. Se procedió, pues, a construir una nueva historia pública de Italia, descartando todas las experiencias históricas consideradas débiles: las fases de decadencia de los sistemas políticos y las de sujeción a potencias extranjeras, contrarias a la espiritualidad de la tradición latina. Fueron condenadas, por este orden, las experiencias de la Magna Grecia, los estados medievales, la Reforma, la Italia española, el Iluminismo y las revoluciones de inspiración francesa y las corrientes y el pensamiento socialistas y liberales del siglo XIX. En cambio fue valorizado el Renacimiento, como movimiento de renovación del clasicismo, y el papel que en él tuvo la Iglesia en la defensa y conservación de la tradición católico-romana. Fueron indicados como padres espirituales de la nueva civilización itálica Tomás de Aquino y Vico, y sobre todo Dante, creador de la lengua italiana, y Maquiavelo, creador de la ciencia política moderna y partidario de una identidad estatal nacional. Más combatido fue el juicio sobre el Risorgimento, juzgado como despertar nacional y patriótico, pero considerado imperfecto ideal y territorialmente, y por tanto completado solo por la Gran Guerra y por la refundación del Estado nación por obra del fascismo. La misma historia romana fue sometida a una atenta selección de las fases áureas y de las de decadencia y a una fuerte analogía con la historia del fascismo. Una primera versión había sido introducida en el mundo universitario por el mismo Mussolini, al inaugurar el 5 de octubre de 1926 el año académico en Perugia:

Resumiendo, la historia marítima de la Roma antigua puede dividirse en tres épocas; la primera, en la que Roma sufre las talasocracias siracusana, griega, etrusca y cartaginense. La segunda, en la que Roma lucha y anula la superviviente supremacía cartaginense. La tercera, que va desde el año 147 a. C. hasta tres siglos después de Cristo, durante la cual Roma tuvo el dominio absoluto del Mediterráneo. Se puede, por tanto, afirmar que Roma también fue

potente en el mar y que esta potencia fue el resultado de grandes sacrificios, de una tenacidad inquebrantable, de una voluntad constante. Estas virtudes valían ayer, valdrán mañana y siempre (Mussolini, 1926).

El fascismo valorizó el periodo romano relativo a los años 133-127 a. C.; desde la formación, después de la derrota de Cartago por obra de Escipión el Africano, de las primeras ocho provincias romanas (que comprendían territorios que el fascismo ambicionaba conquistar: Dalmacia, Grecia, Asia menor, Túnez) hasta el establecimiento de la Pax Augustea. Además de Julio César y el emperador Augusto, otros personajes históricos fueron exaltados y actualizados. Por ejemplo, los hermanos Tiberio y Cayo Gracco, por la ley agraria que introdujo el primero en el año 133 a. C. y la distribución del trigo a los veteranos que llevó a cabo el segundo, que Mussolini quiso leer como episodios precursores del saneamiento integral y de la «batalla del trigo». En Lucio Cornelio Silla, que en el año 83 a. C. acabó con la guerra civil y la corrupción en la República romana, convirtiéndose en un dictador apoyado por sus soldados, Mussolini se quiso proyectar una vez más a sí mismo y a los cuadrunviros[1] en el momento de la Marcha sobre Roma. Sin embargo, fue sobre todo en la superposición de las dos figuras de Julio César y de Augusto donde el Duce vislumbró una síntesis de su mandato político. César, hay que recordarlo, conquistó la Galia y atravesó el Canal de la Mancha, y sobre todo acabó con las discordias internas; victorias estas que su sucesor, Augusto, transformó en una paz interna duradera y en el nacimiento de un Imperio. El Estado romano fundado por César y por Augusto representaba el modelo histórico de estado totalitario y corporativo; una entidad orgánica entre individuo y colectividad extendida a un vasto territorio pacificado, jamás alcanzada ni por la Grecia antigua, siempre dividida y en guerra, ni tampoco por la Edad Media italiana, sacudida por las disputas entre ciudades-estado. Además, el Imperio augusto se basaba en el consenso y en el culto del Estado y de su jefe: antes de Augusto un ciudadano romano nunca había dado al cargo político un valor sacro e inviolable, lo que ocurrió gracias al reconocimiento del Senado. De igual manera, en pocos años, desde el 28 de octubre de 1922, la Revolución fascista había conducido nuevamente a la Italia de la guerra civil, y de un modelo de poder cerrado y corrupto, como era considerado el liberal, a una monarquía imperial, que no exaltaba la libertas individual, representada por los partidos, sino la virtus romana basada en la defensa de intereses comunes y centrada en el corporativismo. El catolicismo enriquecía el Imperio de contenidos cristianos y contribuía a la misión

civilizadora en el mundo con valores espirituales y objetivos de evangelización. Este planteamiento fue fuertemente apoyado por algunos ambientes católicos, como lo testimonia el escrito de 1937 del pensador católico y sacerdote Romolo Murri: L’idea universale di Roma: dalle origini al fascismo.

En este cuadro interpretativo, el Estado fascista convertido en Imperio celebró en 1937-1938 el aniversario de los dos mil años augustos con una imponente exposición de la romanidad imperial, sometiendo el centro de Roma a una profunda transformación urbanística que exaltaba el plano original de las viviendas y de las instalaciones civiles de los foros de edad cesárea e imperial. Más de un millón de visitantes se dirigieron a Roma para visitar la Mostra Augustea della Romanità, que se inauguró oficialmente el 23 de septiembre de 1937. Con ella se intentó actualizar la exposición de los diez años de la Revolución fascista, ofreciendo un cuadro histórico y mitológico de la civilización romano-itálica desde el antiguo Imperio hasta la refundación del nuevo, en 1936, e interpretando la Revolución permanente fascista como una misión de profundas raíces históricas. El público en general, que no tenía la oportunidad de viajar hasta Roma, se podía conformar con centenares de iniciativas sobre la romanidad organizadas por la OND (excursiones, conferencias) y sobre todo admirar en las pantallas cinematográficas la producción triunfalista y de cartón de las glorias y de las conquistas de la antigua Roma, cuyo producto más popular y caro fue la película Scipione l’Africano (Escipión, el Africano), rodada en 1937 por Carmine Gallone y producida por Cinecittà.

El fascismo había dado un fuerte impulso al desarrollo de la arqueología romana y de los estudios sobre la antigüedad clásica gracias, sobre todo, a la actividad de tres centros situados en la capital: el Istituto di Studi Romani, el Istituto Nazionale di Cultura Fascista y la Universidad de Roma. El Istituto di Studi Romani fue fundado en 1925 y el Istituto Nazionale di Cultura Fascista fue creado el mismo año por el PNF y presidido por Pietro De Francisci, docente de derecho romano, ministro de Justicia en 1930 y rector de la Universidad de Roma en 1935, precisamente cuando este tercer centro de elaboración jurídica e histórica al servicio del régimen se estaba estableciendo en la nueva y prestigiosa sede. Con ocasión de la celebración de los dos mil años los tres centros dieron vida a una colección de estudios que ponían de manifiesto la interpretación de la descendencia orgánica del fascismo del Imperio romano; Bottai contribuyó a la colección escribiendo Roma e fascismo (1937) y L’Italia di Augusto e l’Italia oggi (1938). También fueron muchas las revistas que se publicaron para exaltar

el culto de la romanidad: Roma, Capitolium, Urbes. Y pocos los arqueólogos académicos que eludieron el atractivo de una colaboración activa e interpretativa del pasado: Pace, Giglioli, Ducati, Anti. Uno de los más influyentes fue Pericle Ducati, docente en Bolonia, que interpretó la historia y el arte etrusco como la primera manifestación autónoma del pueblo itálico. Ducati, junto con Carlo Anti, que se había convertido en rector de la Universidad de Padua, y con el rector de la Universidad de Bolonia, el papirólogo Goffredo Coppola, se adhirió después a la República Social Italiana. Ducati y Coppola fueron asesinados por esta adhesión en 1945, el primero como consecuencia de un atentado, el segundo en Dongo junto a Mussolini. En 1926 Giulio Quirino Giglioli emprendió la excavación del Mausoleo de Augusto con el preciso objetivo de aislar y poner en valor la tumba del primer fundador del Imperio romano y organizó en 1927 el Museo del Imperio Romano y diez años después la ya recordada exposición por el milenio. Algunos arqueólogos e historiadores de la antigüedad como Mario Segre y Alessandro Della Seta, director de la prestigiosa Scuola Archeologica Italiana di Atene, fueron víctimas de las leyes raciales.

La legitimación de una supremacía romana en las tierras bañadas por el Mediterráneo, Mare Nostrum, reforzó una arqueología colonial que ya había tenido su origen durante la época liberal en Libia, en el Dodecaneso y en Albania. En Libia fue enfatizado el hecho de haberse anticipado a los árabes en lo que concierne a la transformación arquitectónica de Trípoli y al sacar a la luz las ciudades desaparecidas de Sabratha y Leptis Magna en Tripolitania y de Cirene y Tolemaide en la Cirenáica. Sobre todo después de 1934, bajo el gobierno de Balbo y después de la unificación administrativa y política y de la creación de la carretera del litoral, muchas excavaciones estuvieron encaminadas al desarrollo turístico de la colonia, privilegiando los aspectos más llamativos y monumentales de los sitios arqueológicos. En el caso de la isla de Rodas, la principal del archipiélago griego del Dodecaneso ocupado por Italia en 1912, la actividad se había iniciado en época liberal, durante la misión de Amedeo Maturi, entre 1914 y 1924, y se acentuó en época fascista con una importante intervención en el ámbito urbanístico y arqueológico, llevada a cabo especialmente en la capital: la eliminación de las huellas de la precedente civilización musulmana, intervención que corrió a cargo de los superintendentes que se turnaron en el Dodecaneso, de la actividad del Instituto Histórico Arqueológico de Rodas (el FERT, creado en 1927) y del estudioso clásico Giuseppe Gerola. Después de la Gran Guerra, Rodas y su archipiélago, habitado por unas 145.000 personas, en su mayoría de lengua y cultura griegas, asumieron una importancia estratégica para Italia en un área de tránsito hacia los

Dardanelos y Turquía. Además, el «buen gobierno» del Dodecaneso debía ser fuente de prestigio para la Italia fascista. El primer gobernador nombrado por el nuevo Gobierno fue Mario Lago, que ocupó el cargo de 1923 a 1936, y se esforzó para que la administración italiana mostrase su parte más severa pero más ilustrada y se convirtiese en un puesto de avanzadilla de la civilización y de la modernidad europea e italiana en un área oriental considerada retrasada y bárbara. En efecto, bajo la administración de Lago, principalmente en las islas de Rodas, Kos y Leros, se introdujeron experimentos agrícolas, se construyeron carreteras, se sanearon y reforestaron terrenos y se puso en marcha un primer experimento de valorización turística en la zona moderna de la ciudad de Rodas. La llegada de Cesare De Vecchi, conde de Val Cismon (1884-1959) como nuevo gobernador en 1936 (permaneció hasta noviembre de 1940) puso fin a esta experiencia. Para De Vecchi italianización era sinónimo de fascistización, y él la emprendió de manera coercitiva sobre la población griega a través de la obligación de la enseñanza en italiano en las escuelas y de la participación en las organizaciones del PNF. La introducción de acciones escuadristas para reprimir cualquier expresión de irredentismo griego en el ámbito privado o público (incluso fue prohibida la combinación de los colores nacionales helénicos, el blanco y el azul, sobre las fachadas y las ventanas de las casas), la anulación de formas de autogobierno local y la extensión de un estado de policía empujaron al exilio a diversos intelectuales y acentuaron el sentimiento de ocupación y el renacimiento de un nacionalismo helénico. Estas diferentes políticas contribuyeron a imprimir en la memoria de los habitantes del Dodecaneso el recuerdo de dos fases muy distintas de la ocupación italiana: el contraste entre la influencia positiva de la italianidad puesta de manifiesto por la administración Lago y el fascismo represivo y nacionalista del dictador De Vecchi. En realidad representaban dos caras de la misma política de ocupación. Las medidas de discriminación racial introducidas para las poblaciones africanas no eran aplicables a los griegos. A estos el fascismo les reservaba una política de asimilación a la civilización itálica dentro de un vasto proyecto de soberanía sobre el Mediterráneo, al igual que, en la antigüedad, Roma había absorbido a Atenas.

Cesare Maria De Vecchi también fue protagonista de una vasta operación de fascistización de la historia del Risorgimento, cuando se convirtió en ministro de Educación. A partir de 1932, año crucial del establecimiento de la historia nacional con función fascista, los dos principales intelectuales del fascismo, Giovanni Gentile y Gioacchino Volpe, se habían comprometido en una amplia revisión interpretativa de los orígenes del estado moderno italiano, sosteniendo

que dichos orígenes eran el resultado de las transformaciones institucionales del setecientos y de las relaciones culturales y económicas de los antiguos estados italianos con Europa más que de una aportación directa de los ideales revolucionarios franceses y del gobierno napoleónico. En concreto, Gentile identificaba en el periodo del Risorgimento la formación de un patriotismo espiritual que llevaría, a través de la obra de Mazzini, Cavour y de la derecha histórica, a la definición de un Estado con una fuerte carga ética plenamente representado por el Gobierno fascista. Al mismo tiempo, políticos y funcionarios de partido habían intervenido para reorganizar los institutos históricos italianos según los principios de centralización administrativa y de un «uso escolástico» de la historia nacional. Así pues, entre 1932 y 1935, fueron reorganizados los regi istituti: per la Storia Antica, el Storico Italiano per il Medioevo, el Storico per la Età Moderna e Contemporanea y el Istituto per la Storia del Risorgimento. Estos últimos dos institutos supervisaban respectivamente la producción científica sobre el Risorgimento y el cuidado de los museos a él dedicados junto a la divulgación histórica de la época de la unificación y de la Gran Guerra. En definitiva, estos heredaban, separadas, las actividades que habían estado a cargo, desde 1906 a 1907, del Comitato Nazionale per la Storia del Risorgimento y de la Società Nazionale per la Storia del Risorgimento. La repetición modificada de la denominación de las diversas instituciones puede parecer pesada e incluso inútil al lector; sin embargo, dicha denominación esconde una amplia reelaboración de la historia contemporánea italiana que distanciaba y a menudo colocaba en posiciones contrarias a los intelectuales del régimen, por una parte, y a los personajes de la política y del ejército por otra, que eran defensores de una visión destacadamente militar y saboyista de la historia de la unificación de Italia y de la Gran Guerra. Esta última corriente, encabezada por el general Giardino, presidente de la Società hasta 1933, y por su sucesor De Vecchi, interpretaba la historia italiana pre y postunitaria como el éxito de la capacidad militar de la casa Saboya apoyada por una clase dirigente militar y civil que veía en el fascismo el momento de total fusión y culminación de la propia misión nacional. Fue precisamente esta corriente la que más se activó para repartir por el territorio nacional comités y museos del Risorgimento, con salas relativas a las hazañas militares y heroicas de la Primera Guerra Mundial, implicando directamente a los centros escolares, a las organizaciones del PNF y a los institutos fascistas de cultura y a las asociaciones y patronatos locales. Estos también contribuían a la centralización de la dirección cultural y a difundir la historia patria, haciendo funcionar los centros periféricos pero al mismo tiempo privándolos de autonomía. Por otra parte, toda la liturgia patriótica y nacional, comprendida la última más destacadamente fascista, estaba sometida a un atento

examen por parte del régimen: desde el control y la domesticación del asociacionismo garibaldino, compuesto por exgaribaldinos y comités de honor locales que habían dado vida a celebraciones en los lugares de paso y de combate de Giuseppe Garibaldi, hasta una «estatuamanía» del general esparcida por el territorio nacional. Esta operación fue facilitada por la adhesión al fascismo de un nieto del líder: Ezio Garibaldi, hijo de Ricciotti, voluntario en Francia junto al padre y a los hermanos en 1914. En junio de 1932 era el cincuenta aniversario de la muerte de Garibaldi, lo que se utilizó como ocasión oficial para celebrar la tradición garibaldina precursora de otras empresas patrióticas llevadas a cabo por voluntarios interventistas, fiumanos y avanguardisti: el 30 de abril se inauguró en Roma la gran exposición sobre el «héroe de los dos mundos», a la que le siguió, el 2 de junio, la peregrinación a la isla de Caprera y, dos días después, la inauguración de la estatua de Anita a caballo realizada por Mario Rutelli y situada en la cima del Gianicolo, la publicación oficial de los escritos y los discursos a lo largo de los cinco años siguientes y la realización, en 1934, de la película épica de Blasetti 1860.

La bandera tricolor italiana fue introducida extensamente en la liturgia patriótica y en la educación del «nuevo italiano», junto con mensajes que asimilaban los términos nación con dinamismo y modernidad, y modernidad con fascismo. La Italia unida había adoptado oficialmente, el 27 de noviembre de 1890, la bandera tricolor, añadiendo en el centro el escudo de los Saboya (cruz blanca-plateada sobre un fondo rojo). Los colores verde, blanco y rojo habían sido introducidos en la península con los ideales de libertad e igualdad de la Revolución francesa y después habían sido difundidos en los levantamientos y en las luchas por la Unificación italiana. En 1923 el ministro Giuriati promulgaba un decreto que regulaba y ampliaba el uso público de la bandera nacional. En abril de 1929, con otro decreto, el fascismo añadió al escudo con la cruz dos fasci littori (fasces o haces de lictores). El haz de varas entrelazadas, en sus diversas variantes, había sido recuperado por el asociacionismo político del Ochocientos; el fascismo lo hizo suyo y, con la ayuda de historiadores y arqueólogos, legitimó sus orígenes romanos. A finales de los años veinte, los tres colores nacionales, junto con el fascio, invaden todos los espacios públicos disponibles; son reproducidos en las cubiertas de los libros escolares e infantiles y, a partir de las sanciones impuestas a Italia durante la campaña de Etiopía, de manera obsesiva en el arte aplicado de origen futurista y posfuturista destinado al mercado, en la publicidad y en los eventos deportivos. También habían sido redefinidas y multiplicadas las fiestas civiles. El primer domingo de junio se seguía manteniendo la fiesta del Estatuto, introducida por ley el 5 de mayo de 1861, aunque había perdido el brillo original

al estar asociada a los honores dirigidos anualmente a la casa reinante de los Saboya, que se celebraban tanto aquel día como con ocasión de los cumpleaños del rey, de la reina y del príncipe heredero (respectivamente el 11 de noviembre, el 8 de enero y el 15 de septiembre). En 1930 fue abolida la fiesta nacional del 20 de septiembre, que al recordar la toma de Roma de 1870 perturbaba la reconciliación con la Iglesia. Al mismo tiempo eran introducidas nuevas fiestas civiles destinadas a celebrar el régimen fascista: las fiestas del 23 de marzo (día de la fundación de los Fasci di Combattimento en 1919), del 24 de mayo y del 4 de noviembre (la entrada en guerra de Italia en 1915 y la victoria en 1918, oficializadas en 1922-1923) eran recordadas solamente después de la jornada laboral; eran festivos el 21 de abril (nacimiento de Roma y fiesta de la primavera, sustituyendo desde 1923 al 1 de mayo, aunque muchos trabajadores seguían celebrándolo clandestinamente) y el 28 de octubre (para celebrar la Marcha sobre Roma, fiesta desde 1926). A partir de la secretaría de Turati, el PNF limitó las celebraciones y las festividades civiles solo a las nacionales, reduciendo las fiestas locales y vigilando desde el centro todas las iniciativas periféricas.

La legislación vigente en la época fascista preveía en las ocasiones solemnes como himnos nacionales la Marcia reale y Giovinezza. Pero cantar en grupo y en coro se convirtió para el fascismo en un instrumento de cohesión e identidad muy fuerte, tanto que el fascismo hizo que proliferasen las ocasiones durante el ventenio y que se convirtiesen en éxito temas como el Inno a Roma de Giacomo Puccini, canciones coloniales como Faccetta nera de 1936, o contra las sanciones como Noi tireremo diritto y de guerra como Vincere que se estrenó, en 1940, junto a una canción sobre otro tipo de sentimiento que se hizo igualmente popular entre los soldados y sus familias: Mamma, de Beniamino Gigli, a cuya fama se unió más tarde, con la traducción italiana hecha por Nino Rastelli, Lili Marleen, cantada por la «novia nacional»: Lina Termini. Hubo muchas canciones vernáculas y algunas de ellas también de origen escuadrista, especialmente en el área padana y toscana (Fascisti, a noi! es un buen ejemplo), y romanas, cantadas en festivales de la canción; fueron mal toleradas y después absolutamente prohibidas a finales de los años treinta en la versión dialectal, así como también lo fueron las parodias cantadas que eran una crítica velada al régimen. Dedicada a la alianza militar ítalo-alemana llegó en 1941, de Mario Ruccione, Camerata Richard («¡Camarada Richard, bienvenido! /[...] ¿Veintiún años? / Mi misma edad... / este, ves, es mi primer hijo... / ¿y tú tienes novia en Berlín / y vivís en Krausenstrasse? / ¡Si mi madre supiese / que he encontrado un amigo cercano...!»); la Resistencia la transformó en Compagno partigiano. La

guerra de las canciones se recrudeció con la caída del fascismo, el 25 de julio de 1943, quedando solo la Marcia reale en los cuarenta y cinco días de Badoglio, mientras que la República Social readaptó el himno a la juventud, Giovinezza, junto al de Mameli.

Los esfuerzos de la Secretaría del PNF se concentraron desde finales de los años veinte en la preparación de los diez años de la Marcha sobre Roma y de la gran Mostra della Rivoluzione Fascista que, inaugurada en Roma en el Palazzo delle Esposizioni en octubre de 1932, estuvo abierta durante dos años, hasta el 28 de octubre de 1934 (para después hacerse permanente y actualizarse constantemente en un pabellón montado en la zona de Valle Giulia). Fue visitada por alrededor de 2.800.000 visitantes italianos y extranjeros. La exposición comenzaba con la formación de las vanguardias fascistas, pasaba por la conquista del poder y los logros del fascismo y terminaba con el homenaje a los mártires de la Revolución. La exposición representó una primera gran experiencia en varios sectores; en primer lugar, en el turismo nacional, con el desplazamiento de miles de personas por la península, a las que hacían confluir en la nueva capital de la era fascista para que visitasen las exposiciones destinadas a exaltar sus realizaciones. Las tarifas ferroviarias reducidas aplicadas y combinadas con las entradas a la exposición del Decennale y a las zonas arqueológicas y monumentales romanas volvieron a ser ofrecidas durante los años siguientes. Después de este éxito organizativo, en los años treinta se intensificó la actividad expositiva hasta convertirse en una verdadera explosión de exhibiciones monográficas sobre las conquistas de la Italia fascista, que tuvieron lugar en el Palazzo dell’Arte de Milán o en el escenario arqueológico del Circo Massimo en Roma: la exposición sobre la aeronáutica y el deporte en Milán, en 1934 y 1935; la de las colonias estivales, en 1937, y la de los saneamientos, abierta en diciembre en 1938, ambas en Roma; la del dopolavoro y las diversas exposiciones para celebrar las producciones nacionales en época de autarquía; y, por último, la exposición napolitana sobre el Imperio colonial en 1940. Esta enorme experiencia expositiva debía confluir en la realización de la exposición permanente de los logros de la Italia fascista en el nuevo barrio situado en el eje Roma-costa, con motivo de los veinte años de la Revolución fascista, en 1942. Al mismo tiempo, varias ciudades se convertían en sedes de ferias comerciales que todavía siguen activas hoy, como la feria del levante de Bari, abierta desde 1930, que hizo de esta ciudad el puente entre la Italia fascista y el Medio Oriente. En 1932 también fueron perfeccionadas las técnicas expositivas y sus lenguajes comunicativos; concretamente de la exposición del Decennale de la Revolución fascista partió ese proceso de revisión de la

estructura expositiva de la historia italiana bajo la supervisión de los institutos históricos y de su junta central. En abril de 1933, durante el tercer congreso de los institutos fascistas de cultura que tuvo lugar en Milán, se volvieron a discutir los contenidos de los museos napoleónicos y de los del Risorgimento: de los primeros se criticó sobre todo el planteamiento xenófilo, «el haber descuidado completamente la magnífica obra cumplida en el ámbito estatal y social, en el ámbito del pensamiento y la ciencia de los italianos» durante los años franceses y, por el contrario, el haber prestado atención fundamentalmente a las empresas del ejército napoleónico. De los segundos se volvió a definir toda la organización, ampliando el arco histórico, desde los Saboya hasta la Gran Guerra, y sobre todo fue tomada como ejemplo la exposición del Decennale por los aspectos museográficos y por la eficacia de los mensajes visuales.

Mientras tanto, la aversión a cualquier forma de xenofilia se había extendido del pasado al presente. La exposición de 1932 había sido interpretada como una de las expresiones del Modernismo estilístico italiano, compensado por las culturas del entorno provincial y rural, realmente nacional y por tanto lo suficientemente fuerte como para no ser influido por el individualismo y el materialismo americano o por el colectivismo bolchevique. Sin embargo, un clima conspirativo contra posibles contaminaciones de la pureza cultural italiana crecía en concomitancia con el sentimiento de aislamiento vivido en el país después de la aplicación de las sanciones económicas de 1935. En este clima se reveló un verdadero síndrome antiamericano, que sospechaba de todos los productos culturales provenientes de Estados Unidos, desde la cinematografía hasta la literatura de evasión y la música «negra» del jazz. Algunos intelectuales fascistas, como Giulio Evola, temían la introducción de valores que contaminasen el espíritu, que lo deshumanizasen con la civilización de las máquinas y el taylorismo (contrario a las tradiciones artesanas nacionales), con el establecimiento de grupos étnicos en las grandes ciudades y con el consumismo y la masificación. Componían esta gran lista antimodernista periodistas y publicistas como Curzio Malaparte y Leo Longanesi y Giovanni Papini y Ardengo Soffici. Los Estados Unidos de la época de Roosevelt representaban la amenaza sutil y corruptora proveniente de los judíos, de los masones y de los capitalistas protestantes.

En 1927 había sido introducido un visado preventivo de importación de películas extranjeras en Italia y a partir de 1934 la censura actuó atentamente vigilada por Luigi Freddi, jefe de la dirección general para la cinematografía, y por el mismo Mussolini, apasionado espectador cinematográfico (como, por otra parte, otros

modernos dictadores). Pero fue a partir de 1938 cuando esta censura se intensificó con respecto a las grandes industrias cinematográficas de Hollywood, que se consideraba que estaban dominadas por los judíos, hábiles a la hora de introducir solapadamente mensajes e imágenes. De hecho, a finales de aquel año, las grandes industrias cinematográficas estadounidenses se retiraron del mercado italiano, dejando espacio a una producción propia. Además de cuestiones ideológicas, en este sentido también se dieron causas comerciales. En 1934, una película conmemorativa como Camisa negra había sido casi un total fracaso, mientras que La fiebre del oro de Charlie Chaplin también había tenido mucho éxito en Italia. Las empresas cinematográficas italianas tenían, pues, que responder a los gustos de un público conquistado por los géneros americanos; lo hicieron con una versión italiana del género ligero de los «teléfonos blancos», basada en ambientes urbanos y de clase media, y con musicales italianos. Este gran temor por las conspiraciones de ultramar también afectó a las novelas policíacas, sobre todo a las de los escritores norteamericanos que habían tenido un gran éxito de lectores en Italia gracias a su traducción en la colección «i gialli» de Mondadori, llamados así porque se distinguían por la tapa de color amarillo canario. La primera contraofensiva, que se inició a mediados de los años treinta, fue la de incentivar la producción de novelas policíacas autárquicas, que, sin embargo, no encontraron la misma acogida y no fueron de la misma calidad que las de los americanos, los ingleses y los franceses. El régimen mantuvo bajo presión a los mejores escritores policíacos, prohibiéndoles que introdujesen en la narración algunos aspectos delictivos (el suicidio fue prohibido como solución narrativa, en cuanto que oscurecía la imagen vitalista y positiva del italiano) y vigilando los posibles mensajes políticos escondidos en los pliegues de la historia. Algunos escritores italianos de origen judío (como Danilo Lebrecht, que usaba el seudónimo de Lorenzo Montano) fueron obligados, además, a abandonar la producción en 1938. Finalmente, a principios de 1941 fue prohibida la impresión, la venta y la circulación de las novelas policíacas inglesas; en agosto de 1941 la colección de Mondadori se interrumpió.

Una prohibición similar fue la de introducir y traducir en Italia cómics extranjeros a partir de 1938. Fueron una excepción los de Walt Disney, también importados por Mondadori y reproducidos en el popularísimo tebeo Topolino, que a finales de los años treinta leían al menos 140.000 personas, incluidos los jóvenes de la casa Mussolini. Las viñetas de Mickey Mouse fueron publicadas, sin aparecer ya el nombre ni la nacionalidad del dibujante, durante al menos otros tres meses después de que estallara el conflicto entre Italia y Estados Unidos, hasta febrero de 1942, y esto fue gracias a la capacidad de contratación

con el régimen del editor Mondadori y sobre todo por la dificultad de sustituir en el gusto y en las expectativas de los lectores italianos la calidad de los dibujos y las historias americanas con los productos italianos. Varios intelectuales habían seguido con pasión en los años treinta la producción estadounidense, especialmente cinematográfica. Revistas como Primato, de Bottai, que contaba con el crítico cinematográfico Francesco Pasinetti, y Omnibus, de Leo Longanesi, que había asignado a Mario Pannunzio la sección de espectáculos; periódicos especializados, como Cinema o Bianco e Nero, que empezó a publicarse en enero de 1937 con la dirección de Luigi Chiarini; y las páginas del GUF, seguían con interés lo que se producía en la otra parte del océano, a menudo evitando comentarios para no caer en ningún tipo de censura, pero casi siempre destacando la técnica óptima y la espectacularidad de la cinematografía americana. El mismo Vittorio Mussolini fue uno de los fundadores, en julio de 1936, de la revista Cinema, de la cual, a partir de octubre de 1938, cuando pasó de la editorial Hoepli a la Rizzoli, se convirtió en director. Vittorio, que mientras tanto también se había hecho autor y productor cinematográfico, manifestó todas las contradicciones de su generación: una generación intensamente crítica pero atraída por el sueño hollywoodiense, el cual se le presentó al joven Mussolini en 1937 bajo el prometedor aspecto de una sociedad anónima de coproducción ítalo-americana, la RAM, sigla de los apellidos del productor americano Hal Roach y de Mussolini. La empresa fracasó por la debilidad del proyecto y, sobre todo, por la hostilidad con la que Vittorio se encontró personalmente, cuando fue a EE. UU. en otoño de 1937, en los ambientes cinematográficos de Los Ángeles, llenos de radicales, antifascistas, judíos y emigrantes alemanes ciertamente poco propensos a aceptar en su mundo a un miembro de la familia de un jefe de Estado que estaba consolidando una alianza con la Alemania nazi y poniendo en marcha una política racial. Para otros jóvenes, Estados Unidos no representó solo un capricho y una ambición personal, sino valores de democracia, libertad, antirretórica y sobriedad de los lenguajes literarios y políticos, básicamente un modo de ser antifascistas que caracterizaría el alejamiento intelectual de escritores como Cesare Pavese y Elio Vittorini y la adhesión a la Resistencia del más joven de ellos, Beppe Fenoglio.

UNA NACIÓN = UNA LENGUA

En cualquier caso, esta operación debe colocarse en la política más general de unificación lingüística emprendida desde el principio por el fascismo bajo la idea de una nación = una lengua. En Italia esta política se manifestó bajo el aspecto de una doble hostilidad hacia los dialectos y hacia las lenguas habladas por las minorías lingüísticas, desembocando en formas radicales de xenofobia que intentaban, extirpando huellas lingüísticas extranjeras, borrar la presencia de grupos étnico-lingüísticos con culturas y tradiciones diferentes de las consideradas nacionales. Al igual que lo que ocurrió con la campaña racial, la política lingüística italiana también se perfiló y se concretó en la segunda mitad de los años treinta, partiendo de una serie de condiciones establecidas desde 1923. Y al igual que la primera, presentó dos momentos diferentes: una fase solo defensiva y otra propositiva y, bajo muchos aspectos, también agresiva. La campaña partió de la búsqueda de una italianidad lingüística, ampliamente apoyada por una pequeña burguesía de formación humanística y patriótica, y requirió una intervención pública con respecto a la lengua hablada y escrita, que muy pronto se transformó en un «purismo de estado». Una primera intervención tuvo lugar entre 1923 y 1925 para defender la lengua de barbarismos y de «elementos perturbadores»; esta coincidió con la italianización forzada de las nuevas tierras anexionadas al Estado italiano. Y también se manifestó en el cambio de nombres de localidades de otras partes de Italia para subrayar el origen itálico y romano de los lugares y, como recordaban en 1932 algunos cartógrafos, «para dar testimonio de la nobleza de la estirpe». Así, la región Basilicata fue rebautizada Lucania en 1932; en 1924 Monteleone de Calabria se había convertido en Vibo Valentia; en 1927 Girgenti había sido transformada en Agrigento y Borgo San Donnino en Fidenza; después Cotrone en Crotone; Castrogiovanni en Enna; en 1934 Gerace Marina en Locri; en 1938 Vasto en Istorio y en 1939 Intra-Pallanza en Verbania y Anzio-Nettuno en Nettunia. Las localidades valdostanas Chatillon, La Thuile y Pont Boset se convirtieron en Costiglion Dora, Porta Littoria y Pianboseto.

La política lingüística prosiguió luego con las prohibiciones realizadas entre 1930 y 1934: se prohibía introducir y mantener palabras y diálogos en lengua

extranjera en los espectáculos cinematográficos y en los periódicos, haciendo así que la lingüística fuera un punto más de la nueva política autárquica inaugurada por el régimen. Solo a partir de 1938, y quizá sea innecesario subrayar la coincidencia con la acentuación de la campaña xenófoba y del comienzo de la antisemita, se hizo fuertemente impositiva. En febrero de 1938 empezó la campaña contra el uso del Lei, considerado un hispanismo, deformación de usted, introducido en la «edad oscura» de ocupación española de la península, y para la reintroducción del Voi[2] entre los inscritos a las organizaciones de la GIL y del PNF. En abril de 1938 el Voi fue definitivamente impuesto a los empleados públicos y, a partir de 1939, en la correspondencia oficial. Y también entre 1938 y 1940 fueron promulgados una serie de decretos para la protección del producto italiano contra la ilícita competencia del producto extranjero. Si desde 1923 cualquiera que utilizase nombres extranjeros estaba obligado a pagar una tasa, en 1940 fue prohibido el uso de todas las palabras extranjeras en los nombres de las empresas y en la publicidad. Un gran número de lingüistas neopuristas, encabezados por Bruno Migliorini y Giacomo Devoto, que se defendían de las posibles influencias del estructuralismo que se estaba difundiendo tanto en Europa como en Estados Unidos, se pusieron a trabajar para apoyar y estimular esta política, dando vida en 1939 a la revista Lingua Nostra. La revista difundía las intervenciones legislativas y administrativas inherentes a la lengua italiana y hacía del neopurismo un baluarte, «una lucha contra toda especie de innovación. [En el pasado] el purismo había apuntado sobre todo a la lengua literaria; el neopurismo también amplía la mira a las lenguas especiales», como afirmaba el mismo Migliorini en 1940. Es decir, a los lenguajes utilizados en las actividades comerciales, en la producción cultural e incluso en la lengua de uso cotidiano. El principal trabajo de depuración lingüística fue producido, en cualquier caso, por una comisión especial para la italianidad de la lengua fundada en 1940 por la Regia Accademia d’Italia. La comisión estaba compuesta por docentes universitarios, académicos como Filippo Tommaso Marinetti, y funcionarios del PNF y de los ministerios competentes (Interior, Cultura Popular, Corporaciones). Coordinada por Enrico Falqui y dirigida por Migliorini, durante tres años de trabajo fue extremadamente activa en centros y corporaciones y produjo quince listas de términos italianos que sustituían a los extranjeros. En esta última fase, la italianización lingüística también coincidió con una política antidialectal que intentó suprimir las hablas regionales del uso cotidiano y sobre todo de la producción artística, especialmente del teatro popular. Antes de la intervención docta de la Accademia d’Italia ya se había movilizado desde 1938 la radio nacional, la EIAR, con cursos de lengua italiana y programas especiales de defensa de la lengua italiana.

La Italia fascista no estuvo aislada en la intervención lingüística. A lo largo del Novecientos, hubo sistemas políticos, no solo totalitarios, aunque de todas formas guiados por un fuerte programa de nacionalización, que aplicaron políticas similares para reforzar con una lengua oficial una unívoca identidad nacional y para excluir a las minorías que se expresaban en otras lenguas. Contemporáneamente a lo que se estaba experimentando en Italia, a finales de los años veinte la Turquía gobernada por Kemal Atatürk daba pasos parecidos en la depuración de términos árabes y persas de la lengua turca, y análogas políticas iban avanzando en los nuevos estados de la Europa centro-oriental y balcánica. Ya la República de Weimar había comenzado a proponer la lengua alemana como instrumento de expansión cultural y nacional más allá de las fronteras establecidas por los tratados de paz. La Deutsche Akademie, la Academia alemana, tenía fondos bibliográficos y personal bibliotecario en áreas fronterizas, haciendo de ellos auténticas avanzadillas de la lengua y la cultura alemanas proyectadas hacia las regiones con población germánica, como los Sudetes. En 1932 la Academia alemana también había fundado el Goethe Institut, que debía funcionar como escuela lingüística en la patria y en el exterior. El Tercer Reich heredó y perfeccionó esta política, utilizándola como un auténtico instrumento de expansión más allá de las fronteras y, durante la guerra, de discriminación entre las poblaciones que no solo se distinguían por el origen racial, sino también por las familias lingüísticas. Son conocidas las disposiciones sobre política lingüística emitidas por Alfred Rosenberg: las poblaciones de las provincias bálticas y los rutenos eran animados a aprender alemán para una más rápida asimilación en el gran Reich, mientras a los rusos y a los ucranianos, y en general a las poblaciones eslavas, se les reservaba exclusivamente un conocimiento básico para obedecer las órdenes y efectuar deberes. Comparándolos, el fascismo italiano adoptó una política lingüística para apoyar una nacionalización interior adversa a formas de regionalismo y de esterofilia, consideradas sinónimos de degradación cultural. En cambio, el nazismo la adoptó como un instrumento de identificación de las poblaciones Volksdeutsch y no emprendió jamás una línea neopurista, prefiriendo por el contrario la práctica de la lengua alemana estandarizada y común a todos aquellos que eran considerados parte de la comunidad de lengua y raza alemanas.

El uso obligatorio del italiano como única lengua en la enseñanza fue decretado por el ministro Gentile el 1 de octubre de 1923; más tarde, el nuevo ministro de Educación Nacional Pietro Fedele suprimió, por decreto ley del 22 de noviembre de 1925, las lenguas alemana, eslovena, croata y francesa como lengua adicional para algunos alófonos, es decir, hablantes de una lengua materna diferente a la

italiana, presentes en las provincias de Bolzano, Aosta y Venecia Julia. Estas medidas fueron aplicadas y perfeccionadas a partir de 1927 contra las minorías eslavas. Además, mientras que el francés y el alemán permanecieron como lenguas modernas optativas en el ginnasio y en los institutos magistrales y técnicos, el esloveno fue eliminado en las escuelas superiores en las provincias de Gorizia, Udine y Trieste. En 1928 también se llevó a cabo una intervención radical con respecto a los profesores a través de subvenciones y mejoras en el escalafón concedidas a quienes, de lengua italiana, estuviesen dispuestos a trasladarse a Alto Adigio y Venecia Julia. En 1926 había sido suprimida la liga de las asociaciones de los maestros eslovenos, acusada de alimentar el nacionalismo eslavo. En octubre de 1930 se cerró definitivamente en Trieste el último colegio eslavo existente, al que asistían alrededor de mil estudiantes. El año anterior se habían eliminado en Alto Adigio las treinta clases que quedaban (de 790 registradas en 1923) en las que todavía se impartían clases suplementarias en lengua alemana. La respuesta a esta negación de la propia identidad lingüística tuvo lugar en el área de Bolzano con la apertura de colegios «clandestinos» de enseñanza primaria en alemán, las llamadas Katakombenschulen (escuelas catacumba). Los cursos, que empezaron en 1925 con la formación de las primeras maestras, tenían lugar en granjas y en lugares de encuentro cotidiano (graneros, iglesias y tabernas) y superaron en 1939 las trescientas clases. El esfuerzo no obtuvo los resultados deseados por falta de medios y de profesores, pero representó una de las pocas acciones continuadas y activas de resistencia a la italianización forzada.

Hacia mediados de los años treinta, el acercamiento de Italia a Alemania hizo más tolerable la existencia de la lengua alemana en la provincia de Bolzano, donde tuvo lugar la reintroducción de la enseñanza del alemán en algunas escuelas de primaria en 1935 y la reapertura en 1939 de escuelas alemanas para las familias que habían decidido trasladarse al Tercer Reich. En 1926, en Valle de Aosta, en el momento en el que se creó la provincia, se fundó el movimiento Jeune Vallée d’Aoste, inspirado en parte por grupos católicos, que tenía como objetivo conservar una cultura regional. Estos ambientes regionalistas fueron moderadamente tolerados por el fascismo, que buscaba en ellos el apoyo para el proyecto de industrialización del área, consistente en la creación de plantas metalúrgicas, en el fomento de la actividad minera en Cogne y sobre todo en la construcción de instalaciones hidroeléctricas. Así pues, en Valle de Aosta, fue evitada parcialmente la fuerte presión nacionalista que se manifestó en otras regiones, mientras que se desarrollaba, también en la capital de la provincia, un plan de expansión urbanística que debía crear la «gran Aosta». Por el contrario,

la situación para los ciudadanos italianos de lengua eslava, con la movilización y después con la invasión de Yugoslavia, se hizo dificilísima. A mediados de los años treinta el régimen había comprobado la resistencia en los colegios del área eslovena y croata de las provincias de Trieste, Goricia, Fiume y Pola a la hora de adoptar programas y libros de texto en italiano, por lo que puso en marcha una campaña de distribución gratuita de libros escolares que duró hasta la entrada en guerra. Al mismo tiempo se prohibió la lengua eslovena en los lugares públicos y empezaron las redadas masivas para trasladar a las familias de nacionalidad italiana, pero pertenecientes a las comunidades eslavas, de las áreas de frontera y para aislar a los hombres en edad de servicio militar en batallones sometidos a un control especial. El ejército italiano registró a mediados de los años treinta varios casos de deserción: jóvenes eslovenos y croatas de Istria huían a Yugoslavia para no ir al frente. Para algunos esta marcha se iniciaba mucho antes, con la decisión de estudiar en colegios de lengua eslava y de no volver una vez acabados los estudios. Estas formas de deserción se hicieron más difíciles después de la firma, el 25 de marzo de 1937, del tratado de amistad ítalo-yugoslavo, que regulaba los flujos y el control a lo largo de las fronteras.

F

ASCISTIZAR LAS COMUNIDADES ITALIANAS EN EL EXTRANJERO

En los años veinte el fascismo identificó los Fasci Italiani all’Estero (FIE) como el principal vehículo para su expansión ideológica y organizativa fuera del país. La dirección del Partido había empezado a discutir sobre la creación de los FIE desde el verano de 1922; después, el Gran Consejo del fascismo, en la sesión del 16 de febrero de 1923, bajo propuesta del vicesecretario del Partido, Giuseppe Bastianini, examinó seriamente la cuestión con el intento de dar forma e identidad a los pequeños grupos de fascistas que se habían formado donde había comunidades de italianos, en el área mediterránea y en América. Se estableció, así,

la constitución de los Fasci Italiani all’Estero, a los cuales [se] quiso atribuir, además de una alta función de cohesión entre todos los italianos emigrados, una purísima acción encaminada a mantener viva la llama del amor patrio en todos los hijos de Italia.

En 1923 poco más de 4.300 se habían inscrito en los Fasci creados en el extranjero y en las colonias italianas. La recién creada oficina central de la Secretaría de los FIE fue puesta en manos de Bastianini y se dividió en cinco secciones de trabajo según una distribución geográfica que preveía intervenciones específicas en Europa, América septentrional, América meridional, Asia y África. Bastianini ocupó el cargo de secretario hasta finales de 1926, cuando se convirtió en subsecretario de Economía Nacional. Bastianini (1899-1961) era entonces un joven de veinte años que se había distinguido como jefe del movimiento fascista de Perugia tanto como para ser llamado en noviembre de 1921 por la dirección del PNF por sus dotes de organizador político. Como organizador de los Fasci Italiani en el extranjero (y luego en las colonias) entró en el primer grupo de fascistas que se ocuparon a tiempo completo de la política exterior y fue uno de los pocos ventottisti[3] que

alcanzaron la cumbre de la carrera diplomática. Además de varios cargos de embajador, en 1936 fue nombrado subsecretario de Asuntos Exteriores al servicio de su amigo Ciano, sustituyó a Grandi en Londres a partir de 1939 y durante la guerra fue gobernador de Dalmacia. Bajo la dirección de Bastianini, los FIE tuvieron una primera expansión en las comunidades italianas en el exterior, complicándose en ese momento su crecimiento a causa de los trabajadores que huían de Italia por la propagación del fascismo. Hubo enfrentamientos entre bandos de militantes fascistas y antifascistas, sobre todo en Francia, en los meses que transcurrieron entre la Marcha sobre Roma y el delito Matteotti, que causaron heridos y algunas muertes violentas. Oficialmente el PNF registró entre sus caídos en Francia a quince personas: tres en 1923, tres en 1924, una en 1927, tres en 1928 y una cada año desde 1929 hasta 1933. La primera oleada de violencia se desencadenó principalmente en la ciudad de París y en su periferia obrera, y después se trasladó a las grandes concentraciones de emigrantes presentes en Niza, Marsella, Lion y en las cuencas mineras del nordeste. El acto sangriento más conocido fue el que tuvo lugar en París el 20 de febrero de 1924, en el que quedó herido mortalmente el secretario del Fascio de la capital, el periodista Nicola Bonservizi, director del periódico L'Italie nouvelle y correspondiente de Il Popolo d'Italia. Bonservizi también había sido uno de los inspiradores de los Fasci all'Estero, realizando para la dirección nacional del PNF, en diciembre de 1922, un primer boceto de su estatuto. El cuerpo de Bonservizi fue transportado a Milán, donde sus funerales dieron lugar a una gran manifestación fascista que contó con la participación del mismo Mussolini.

Entre 1927 y 1929 una nueva oleada de violencia se desencadenó en las comunidades italianas de Bélgica y Luxemburgo, provocando varias víctimas, y se extendió a Estados Unidos entre 1927 y 1932. La comunidad italiana en EE. UU. había sufrido fuertes disputas en su interior, acentuadas por las manifestaciones que acompañaron el caso, hasta su ejecución en agosto de 1927, de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, condenados a muerte injustamente en 1921. También hubo acciones violentas en Nueva York y los cuerpos de dos fascistas asesinados en la primavera de 1927 fueron transportados a Italia, donde fueron recibidos con todos los honores por el subsecretario de Asuntos Exteriores Dino Grandi y por el nuevo secretario de los FIE Cornelio Di Marzio. El PNF incluyó entre sus caídos a un italiano muerto en Argentina y a otro en Brasil. Como estaba ocurriendo en Italia, se les dedicaron honores de héroes fascistas a personas de dudosa e incluso póstuma adhesión al movimiento; además, no siempre las causas de su muerte violenta fueron claramente políticas. La descripción de los hechos realizada por las mismas fuentes fascistas deja suponer que, a veces, los heridos y las muertes eran debidos a la delincuencia común y a ajustes de cuentas entre miembros de comunidades italianas. Pero algunas víctimas de las agresiones fueron representantes oficiales del Gobierno fascista, como en los casos del vicecónsul en París Carlo Nardini, asesinado en la sede del consulado el 12 de septiembre de 1927, y del canciller de la delegación de Italia en Luxemburgo, Alfonso Arena, asesinado por un «anarquista» (las fuentes fascistas nunca desvelan el nombre de los ejecutores), que «fue enviado por la Lega del Diritto d'Asilo de Bruselas y la concentración antifascista de París para perpetrar el asesinato» (Caduti per la rivoluzione: 73-82).

La oposición entre los dos frentes que se crearon en las comunidades italianas fue acentuada por la línea tomada por Bastianini. Perteneciente a la corriente intransigente e integrista del Partido, quería utilizar los Fasci como instrumento hegemónico y de propaganda del régimen en la política exterior y para la implementación de un internacionalismo fascista. En consecuencia, para ello era necesario antes que nada destruir cualquier señal de asociacionismo autónomo en las comunidades italianas y poner al servicio de los Fasci a las autoridades diplomáticas y consulares. A lo largo de 1925, animado probablemente también por la Secretaría nacional a cargo de Farinacci, al que era afín ideológicamente, Bastianini concretó todavía más su línea, que implicaba juicios sobre la naturaleza del fascismo, suscitando no pocas perplejidades dentro de la misma dirección del Partido. Bastianini creía en el valor universal de la ideología

fascista como instrumento moral y político para imponer fuera de Italia una nueva civilización: el fascismo era, en última instancia, una revolución espiritual con características internacionales, apta para regenerar el mundo occidental y contraponerse a las ideologías materialistas del comunismo y democráticas y decadentes del parlamentarismo burgués. Para lograr este propósito también había que acabar con la diplomacia tradicional, creando una nueva a través de los fascistas residentes en el exterior que tuviese como objetivo el acuerdo entre las corrientes de la derecha fascista en el mundo. Otros dirigentes del Partido, en cambio, entendían el fascismo como un fenómeno esencialmente italiano, basado en un nacionalismo que, después de la Gran Guerra, confería nuevos valores y nueva savia al patriotismo pasado. Además, el activismo requerido a los FIE, que antes era competencia de la autoridad consular, dificultaba las relaciones entre el Gobierno y el cuerpo diplomático. El primer y único congreso de los FIE tuvo lugar en Roma en noviembre de 1925 y estuvo presidido por el subsecretario Lupi y por Forges Davanzati. En su ponencia introductoria, Bastianini describió los objetivos de la propaganda fascista en el extranjero y definió la figura del italiano y del modelo de italianidad que el nuevo régimen tenía intención de exportar al exterior, tanto en las colonias italianas como entre las poblaciones de origen italiano residentes en países extranjeros. Él también partía del presupuesto de que solo el fascista era verdadero italiano. Este, en cuanto embajador de la nueva nación italiana, debía ser recto, honesto, decoroso, disciplinado y patriótico. En cambio, eran otras las preocupaciones del jefe del Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores, Mussolini, que, también en los meses precedentes, en más de una ocasión, había tenido que llamar a una colaboración conjunta a los consulados y a los Fasci. En el discurso de clausura del congreso, Mussolini, al pedir que

los fascistas que están en el exterior deben respetar las leyes del país huésped [;] vuestro sencillo ejemplo dará una idea de lo que es nuestra Italia, la viril Italia, que nosotros estamos creando con un esfuerzo asiduo y cotidiano,

sintetizaba la línea que se debía seguir:

no inmiscuirse en la política interior de los países donde los fascistas son acogidos; no suscitar discordias en las colonias, sino más bien sanarlas a la sombra del Littorio; dar ejemplo de rectitud pública y privada; respetar a los representantes de Italia en el exterior; defender la italianidad en el pasado y en el presente; asistir a los italianos menesterosos (Il Decennale: 428).

La posición de Mussolini no era original, sino todo lo contrario: se inspiraba en la posición nacionalista que, desde principios de siglo, veía en la comunidad italiana en el exterior un instrumento potencial de expansión demográfica, colateral a las ambiciones coloniales alimentadas en un primer momento principalmente por los ambientes militares. Se consideraba que las comunidades italianas compactas, una vez establecidas en países en los que todavía no estaban bien definidas la cultura y las instituciones políticas, podían resultar hegemónicas e imponer caracteres de italianidad, como en América Latina y África. Antes de la Gran Guerra, tanto las corrientes de pensamiento populistas como las liberales y las nacionalistas coincidían en que se debía crear una especie de mercado común, de Commonwealth italiano: un conjunto de comunidades italianas unidas por la misma raza y la misma civilización y fundadas en el trabajo, la propiedad y la libertad de empresa y la cooperación. Estos aspectos debían constituir la «misión histórica» de los italianos cantada por Pascoli y las premisas para un «príncipe mercante» italiano, motor de un libre comercio entre la patria y las regiones de residencia, proyectado por el economista liberal Luigi Einaudi en un estudio de 1898: Per l’espansione coloniale italiana. Estos temas habían sido retomados en la primera posguerra tanto por los liberales como por los nacionalistas moderados. En 1920 Vittorio Emanuele Orlando y Giovanni Giuriati habían estimulado la fundación de una liga italiana para la tutela de los intereses nacionales, que en 1923 fue disuelta por voluntad de Bastianini, que no deseaba asociaciones que hiciesen la competencia a los Fasci. De hecho, los FIE, persiguiendo el objetivo de fascistizar la «gran Nación» italiana en el exterior, calculada en diez millones de oriundos, se colocaban en el camino de lo que ya había sido concebido con anterioridad. Creado el proyecto, se necesitaban los hombres para realizarlo. Con este objetivo, en la primera mitad de los años veinte Giuseppe Bottai y Giovanni Giuriati realizaron algunos viajes exploratorios a América Latina y a Estados Unidos, apostando sobre todo por la fascistización de las comunidades italianas de Argentina y de Nueva York y Boston. La debilidad contractual de Italia en el exterior era bien conocida: además de una ausencia congénita de órganos de

información en lengua italiana, las comunidades no estaban cohesionadas y no tenían, excepto raras excepciones, poder financiero en los países huéspedes. Al fascismo se le presentaban tres problemas: aislar a los antifascistas en las comunidades exteriores; resolver las disputas entre fascistas en cada uno de los FIE y fascistizar al cuerpo diplomático y definir su relación con los FIE. La primera cuestión fue afrontada partiendo de la ley del 31 de enero de 1926, que castigaba la actividad de propaganda antifascista en el extranjero. A partir de aquel año el régimen intentó evitar los enfrentamientos entre fascistas y antifascistas porque podían provocar reacciones por parte de las autoridades diplomáticas de los países huéspedes y en la opinión pública extranjera. Optó, en cambio, por una acción de control e infiltración de agentes de la policía política (OVRA) y de informadores en la comunidad italiana, como lo demuestran los informes y la información de personas y lugares que se encuentran en las carpetas personales del Casellario Politico Centrale. A menudo la acción de la OVRA tenía lugar autónomamente, sin ningún contacto con los representantes diplomáticos; a veces solo con el respaldo de los cónsules que el PNF nombraba directamente desde 1927.

A la normalización del escuadrismo en Italia le siguió su normalización en el exterior. Bastianini intervino con severidad para devolver el orden a las filas de los FIE, expulsando a militantes y no reconociendo a por lo menos un centenar de nuevos Fasci que no daban garantías ni de disciplina ni de fe política. En un primer momento podían formar parte de los FIE todos los italianos; los varones a partir de los veintiún años y las mujeres de los dieciocho. Dependían tanto de la Secretaría General, representada en la dirección del Partido en Roma, como de las autoridades consulares. Los militantes y los dirigentes de los Fasci Esteri era sometidos, así pues, a una doble disciplina: de fidelidad hacia el Partido y de lealtad y obediencia a la representación italiana en el exterior. El personal diplomático en el exterior funcionaba como los prefectos en Italia: así eran neutralizados los pequeños ras de las comunidades italianas en el exterior. Entre Bastianini y el subsecretario de Asuntos Exteriores Grandi se creó un fuerte desacuerdo por la relación entre los FIE y la representación consular; desacuerdo semejante al que se produjo en el país entre Farinacci y Federzoni. Bastianini defendía el monopolio del Partido y de su representación en la comunidad italiana en el exterior y, en definitiva, pedía que las autoridades consulares estuvieran al servicio de los Fasci. Grandi, en cambio, reconsideró el papel del cuerpo diplomático como el único representante del Estado fascista en el exterior; y, al mismo tiempo, llevó a cabo una «fascistización suave» del personal diplomático. La presencia de Dino Grandi al lado de Mussolini en el

Ministerio de Asuntos Exteriores fue de gran importancia para los acontecimientos posteriores. Grandi decantó a favor de la diplomacia fascistizada la indecisión de Mussolini entre los dos contendientes, poniendo fin a la diarquía, y a menudo a la confusión de competencias entre los representantes del Partido y los de Asuntos Exteriores, que se había establecido en las embajadas y en las sedes consulares. Y no solo eso, Grandi también explicitó e hizo visible su política, delineando para los FIE un papel alternativo al que quería Bastianini: centros de solidaridad, italianidad y educación dirigidos a los italianos residentes en el exterior que no querían perder el contacto con la patria de origen, que ahora era presentada como resurgida por haber recuperado con el fascismo su profunda identidad política e ideal. Grandi después puso en práctica esta línea general cuando fue enviado como embajador a Londres en el verano de 1932, poniendo en contacto al Fascio londinense –que, fundado el 12 de junio de 1921, fue uno de los primeros del extranjero– con la comunidad económica de los italianos residentes en Gran Bretaña y ofreciéndoles instrumentos jurídicos y de conocimiento mutuo para poder establecer actividades comerciales y negocios en tierra británica y con la Italia fascista, como resulta de la lectura de las tres sucesivas ediciones de la Guida generale degli italiani in Gran Bretagna, publicada por la Embajada de Italia en Londres en la segunda mitad de los años treinta. El nuevo embajador estimuló, además, el asociacionismo excombatestista (gracias a la Italian Legion) como relación ideal con la patria fascistizada. Esta política de apoyo económico fue aplicada sobre todo a las comunidades italianas menores, constituidas por empresarios y profesionales más que por inmigrantes que buscaban trabajo. Fue el caso de Portugal, que con la llegada de Salazar también estrechó relaciones políticas con Italia, la cual lo ayudó a construir el nuevo Estado especialmente en el sector de investigación y represivo, enviando a sus funcionarios de policía como asesores.

El paso definitivo de los Fasci al Ministerio de Asuntos Exteriores comportó, a finales de 1926, la dimisión de Bastianini y su sustitución en la dirección de los FIE por una directiva que llegaba principalmente del sector periodístico y propagandístico. Para la Secretaría General fueron nombrados el periodista Cornelio Di Marzio, exnacionalista y anteriormente jefe de la oficina de prensa en la embajada italiana de Constantinopla y, como subsecretario (sustituyendo al anterior diputado de la Cirenaica, Guido Sollazzo), Luigi Freddi, que dejó el puesto de jefe de la oficina de prensa del PNF. Di Marzio se había distinguido muy pronto en la política relativa a los emigrantes italianos, cuando en 1923 había propuesto (y resumido en el volumen Il fascismo all’estero) que estos fuesen representados en el parlamento nacional a través de sus propios delegados

elegidos en consejos en el exterior pero incluidos como diputados en algunos colegios italianos costeros y abiertos a la emigración, como los de Génova y Bari. Una propuesta que fracasó muy pronto con la disolución del mismo parlamento, pero que ha permanecido en la memoria de la derecha italiana hasta hace poco tiempo. Di Marzio permaneció en la dirección de los FIE solo un año, desde el 15 de enero de 1927 hasta el 7 de enero de 1928, pero tuvo tiempo de realizar una vasta actividad de proselitismo, de multiplicación de los Fasci y de una mayor organización interna de estos, siguiendo la línea emprendida en Italia por el nuevo secretario general del PNF, Augusto Turati. Cada uno de los Fasci extranjeros fueron reestructurados como las federaciones provinciales del Partido en Italia, con secciones orientadas a la propaganda para las mujeres y para los jóvenes que entraban a formar parte de las secciones femeninas, de los grupos avanguardisti y de los Balilla. Los militantes que seleccionaban pasaban a formar parte de la MVSN. Además, Di Marzio y Freddi dieron espacio a la prensa: el periódico Il Legionario (fruto de la transformación, en 1926, del diario creado el año anterior I Fasci Italiani all'Estero) fue organizado para que se convirtiera en un periódico de amplia distribución y «órgano de los italianos en el exterior y en las colonias». Bajo la secretaría de Di Marzio, los FIE se extendieron y se agruparon en delegaciones, es decir, en organismos coordinadores externos, en nuevos países como Albania, Polonia, México y Sudáfrica. Pero la secretaría de Di Marzio no consiguió resolver del todo las disputas entre el personal diplomático y los cuadros dirigentes del Partido, lo que probablemente provocó la sustitución del secretario. A Di Marzio le sucedió, el 6 de enero de 1928, Piero Parini, un «ventottista» en la diplomacia además de redactor de política exterior para Il Popolo d'Italia. Parini se atuvo a los principios dictados por Mussolini en 1925 y transformados en el Estatuto de los Fasci Italiani all'Estero, aprobado el 28 de enero de 1928. Este especificaba que no se admitía ninguna «repartición» en el ejercicio de la representación. Eso sería antifascista, porque

Fascismo es sobre todo Régimen de autoridad, es Estado unitario [...]. La fascistización de la diplomacia procede con ritmo acelerado y por lo tanto también los residuos de incomprensión y los casos de escasa adaptabilidad a los nuevos tiempos desaparecerán en poco tiempo.

Parini expresaba la nueva línea nacional y populista del Partido: pragmática, sin ninguna pretensión ni casi huella del fideísmo alimentado por Bastianini y por la primera generación revolucionaria de los FIE en la misión fascista entre los emigrados italianos. Apoyado por Roma, él se movía para hacer que la «gran nación» italiana en el extranjero se repacificase y se reconociese en el fascismo, que representaba no un gobierno transitorio del país, sino la esencia misma del patriotismo y de la fidelidad a los valores nacionales. Esto tendría que ocurrir con menos adoctrinamiento político y con más asistencia, educación y orgullo patriótico que transmitir a los emigrantes, atribuyendo a los gobiernos anteriores al fascismo toda la responsabilidad de su condición de emigrantes. Parini defendía que

no se puede ni se debe pretender que todos los italianos que están fuera sean héroes o fascistas integrales. Hay que pensar que la emigración italiana tumultuosa e incontrolada ha sido durante 40 años una verdadera vergüenza del Estado italiano [...]. A la hora de examinar la posición personal y política de estos trabajadores se debe considerar el pasado y las circunstancias objetivas de algún error pasado y de la tibieza del sentimiento nacional.

Además, un apoyo a esta política llegaba, después del Concordado con la Iglesia romana de 1929, del clero destinado en el extranjero, especialmente en los países de origen anglosajón, en los que el catolicismo era minoritario y tenía ambiciones de evangelización. El fascismo se presentaba en el doble papel de portador de fe nacional y de civilización católica. En lugar de combatir el antifascismo, Parini daba explícitas indicaciones a los FIE de aislarlo y minimizarlo. Él insistía en no sobrevalorar a los exiliados:

vigilarlos es un deber: combatirlos es igualmente otro deber, pero, por Dios, no den la impresión de que el fascismo les teme. El Duce, solidísimo y firmísimo, el Régimen es formidable, Italia una gran potencia. Los exiliados están recogiendo el desprecio de los extranjeros: de hecho, nadie puede estimar a los traidores de su país (Il Decennale: 423-446).

En los años veinte los exiliados socialistas, católicos y liberales se habían refugiado principalmente en Francia, Suiza y Bélgica; algunos prosiguieron de Francia hacia Inglaterra y luego también a Estados Unidos. Los anarquistas y los anarcosindicalistas prefirieron dirigirse, como en la anterior época liberal, hacia Suiza y España. Francia siguió siendo hasta la guerra el país huésped principal, o el país de paso, de todos los antifascistas, sobre todo para la gran masa anónima de ellos. Gracias a la red organizativa de la Tercera Internacional, los comunistas encontraron apoyo en Francia, Suiza, Bélgica, en la Alemania weimariana y en la República austriaca, pero fue sobre todo la Unión Soviética, entre 1925 y 1935, la que los acogió como trabajadores y como cuadros políticos. El artículo 22 de la Constitución soviética, aprobada en 1925, daba derecho a asilo a todos los perseguidos políticos: las repúblicas soviéticas más que como tierra de exilio se presentaban como una nueva patria. A diferencia de la posterior emigración alemana y austriaca, principalmente formada por cuadros políticos e intelectuales (y a partir de 1938 también por los judíos más pudientes o más emprendedores a la hora de huir de la persecución racial), la emigración italiana se caracterizó por el éxodo de trabajadores manuales, amenazados por el fascismo por su orientación política, privados ya casi por completo de la red de solidaridad que les permitía un empleo en Italia (ligas, oficinas municipales de empleo, cámaras del trabajo) al ser reacios a afiliarse a las corporaciones fascistas. En Francia, a principios de los años treinta constaban alrededor de 800.000 italianos de reciente inmigración, concentrados principalmente en la región de París, Lorena y el sur del Mediterráneo, y empleados en la construcción, la industria minera y los trabajos agrícolas estacionales. Habían sido acogidos por la red formada por los núcleos familiares ampliados, las comunidades locales y regionales de origen, en barrios y municipios donde prevalecía la presencia de connacionales; acudían a los lugares a los que iban otros italianos y a los círculos de los partidos «hermanos» franceses. En 1928 el Partido Comunista francés declaraba que en él militaban cerca de 6.000 extranjeros –de los cuales la mayoría eran italianos– y que en el sindicato de orientación comunista CGTU los extranjeros inscritos eran unos 60.000, de los cuales el 60% eran de origen italiano. En 1932, el PCF, de acuerdo con la Tercera Internacional, fundó el movimiento sindical Main-d’œuvre immigrée (MOI) según secciones nacionales y lingüísticas. Y el Frente Popular, en 1936, no solo solicitaría la superación de divisiones dentro del movimiento sindical francés, sino que facilitaría el nacimiento de un Centre de Liaison entre los trabajadores emigrantes que contaría con más de 25.000 italianos inscritos. En este clima político de frente popular contra fascismo, llegaban solicitudes de ayuda cada vez más insistentes por parte de las derechas subversivas francesas.

Ciano, el 3 de septiembre de 1937, anota en su diario: al fascista francés «Doriot daremos dinero: no armas»; pocos días después, el 8 de septiembre de 1937, escribía de nuevo con relación a los belgas nacional-fascistas: «Decidido reanudar la subvención a los rexistas: 250.000 al mes». Al haber financiado tantos movimientos fascistas y subversivos en Europa (principalmente en España, Austria y Croacia) el fascismo italiano consideraba que había llegado el momento de pedirles su ayuda para llevar a cabo una ofensiva contra los nuevos cuadros dirigentes del antifascismo. En esta operación se enmarca el asesinato del principal exponente de Giustizia e Libertà, Carlo Rosselli, y de su hermano Nello el 9 de junio de 1937 por parte de un grupo de fascistas franceses, los cagoulards. Carlo había vuelto a Francia después de haber estado en España, donde había ido para organizar a los voluntarios italianos que habían ido en defensa de la República española.

Entre 1928 y 1932 cambió la naturaleza y la configuración de los FIE: fueron eliminadas las delegaciones territoriales y los Fasci fueron sometidos a la autoridad consular y a sus circunscripciones. En Roma, los FIE se convirtieron en un sector de Asuntos Exteriores y fueron incorporados en 1929 a la Dirección de los Italianos en el Exterior y Escuelas, dirigida aún por Parini, que en los años siguientes asumiría competencias cada vez mayores relativas a las expatriaciones, a la tutela de los emigrantes y a la actividad de propaganda y cultural en las comunidades italianas. De esta fue escindida la tutela económica, que fue a una recién fundada Dirección General del Trabajo Italiano en el Exterior. A partir de aquel momento el secretario general de los Fasci debería pertenecer al cuerpo diplomático y ocuparse también de la dirección de las escuelas italianas en el exterior. Las transformaciones dieron la oportunidad a Parini de examinar atentamente la obra y la dirección de los Fasci ya existentes, nombrando también a nuevos secretarios en las ciudades más importantes, organizando más al personal (como ya estaba ocurriendo en el PNF en Italia) y añadiendo secretarios de zona, inspectores y responsables de núcleo. Además, a partir de entonces se evitó utilizar el término emigrante. Quien mantenía relaciones culturales, institucionales o lingüísticas con la Italia fascista era considerado un «Italiano en el extranjero». La modificación no era solo terminológica, sino que connotaba la valoración y la naturaleza de la intervención oficial del Estado y del Partido Fascista en el extranjero. De la intervención política se pasó progresivamente a otras, en el ámbito cultural, del tiempo libre y del trabajo, destinadas a crear también entre las masas emigradas un consenso respecto al régimen que gobernaba el destino del país de origen. Los informes consulares indicaban que entre los emigrantes prevalecía la

decisión de encontrarse entre compatriotas durante las horas de tiempo libre o en función de las relaciones profesionales y laborales; la política activa, sobre todo la que concernía a Italia, involucraba solo a algunas minorías. Además, el hecho de que en muchos países, sobre todo americanos (Estados Unidos, Brasil), se prohibiese a los extranjeros desarrollar actividades políticas explícitas hizo que la Dirección de los Italianos en el Exterior mimetizase muchas actividades bajo formas recreativas y culturales. Por último, y aquí solo formulamos una hipótesis, la ausencia de la «vieja guardia» en la dirección de los FIE y la salida de Grandi como ministro de Asuntos Exteriores hicieron que se ocuparan de los emigrantes los dirigentes que creían muy poco en la eficacia y en la capacidad política de una expansión del fascismo entre las comunidades italianas en el exterior, sobre todo en la otra orilla del océano. Los grandes flujos transoceánicos se habían detenido; en menos de una generación los emigrantes tendían a integrarse en el país huésped, aunque a menudo siguiesen con entusiasmo las iniciativas internacionales de la Italia fascista. Después de 1936 muchos ambientes romanos ponían muy en duda la fiabilidad política de los italianos en el extranjero. Un síntoma del cambio de visión es el desprecio con el que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano, juzgaba a muchos emigrantes, italoargentinos en el caso citado aquí. El 30 de enero de 1938 anotaba en su diario:

Durante muchos años, cuando muchos desechos de la humanidad iban a Sudamérica, los peores se paraban en el punto de llegada; allí surgió Buenos Aires [...] a la ya no buena mezcla se ha añadido, en estos últimos años, y en gran cantidad, el elemento judío. No creo que esto haya servido para mejorarla.

Con la misma actitud Ciano había escuchado a Federzoni, entonces presidente del Senado, a la vuelta de un viaje a Argentina, Brasil y Uruguay, donde había sido acogido muy calurosamente por las organizaciones italianas del dopolavoro fascista: 27 de agosto de 1937, «He recibido a Federzoni, retour d’Amerique. El resumen del viaje ha sido personal y banal». El Ministerio de Asuntos Exteriores parecía ya orientado a la política europea y mediterránea. La etapa de los cruceros aeronáuticos y navales deportivos y de propaganda hacia América se iba apagando lentamente. Al mismo tiempo Ciano, el 8 de octubre de 1937, sustituía a Parini por el todavía más pálido funcionario Attilio De Cicco, otro

«ventottista» que había dirigido el consulado general italiano en Beirut hasta 1936 y durante un año había acompañado a Parini como subsecretario. De Cicco dirigiría la Dirección General de los Italianos en el Exterior hasta el verano de 1943, dejando pocas huellas de su labor.

Es difícil una reconstrucción numérica de quienes a lo largo de los años se adhirieron a los FIE y a las organizaciones fascistas de masas. Según las fuentes, en 1929 estaban registrados entre 580 y 582 FIE, con un número oscilante de inscritos, entre los 121.000 y 125.000. Los Fasci más numerosos estaban en Europa y América (respectivamente 300 y 210). Las principales novedades consistían en la organización de la cultura y de la juventud: en la Opera Nazionale Balilla (desde 1928 Il Legionario, diario de los italianos en el extranjero, publicaba también un suplemento semanal dirigido a los Aquilotti d'Italia)[4] y en los servicios que se le prestaba desde la Opera Nazionale Maternità e Infanzia, enviando por primera vez en 1928 a 7.200 niños de seis a doce años y a jóvenes avanguardisti de países de Europa y de la cuenca mediterránea a Italia para estancias y formación en campamentos de verano. Además, los FIE facilitaron y promocionaron el regreso a Italia de mujeres embarazadas, especialmente de Francia. El objetivo era doble: mostrar la eficiencia de la asistencia a la maternidad italiana (las mujeres recibían alojamiento en casas de maternidad, el billete de viaje, un subsidio y lo necesario para el recién nacido) y evitar que los recién nacidos pudiesen disfrutar en el futuro de la ley francesa sobre la naturalización aplicable a quienes nacían en Francia. Después estaban las asociaciones del dopolavoro que, teniendo como objetivo el proselitismo fascista, se convertían de hecho en lugares donde la comunidad italiana se encontraba durante su tiempo libre, organizaba fiestas y competiciones deportivas. También en este sector son escasas las fuentes para valorar, al menos oficialmente, las inscripciones: en 1932 los emigrados italianos que se adherían oficialmente a la OND eran 35.000. El dopolavoro estaba relacionado, además, con otra forma de asociacionismo muy presente tanto entonces como ahora entre los italianos emigrados, especialmente en los países más distantes de la tierra natal: el militar. El número oficial de los inscritos no es indicativo – todavía es menos indicativo que el número de inscritos en Italia– del éxito efectivo de la operación de proselitismo. Pero parece que la construcción de las Casas de Italia, lugares de encuentro que alojaban también a las organizaciones relacionadas con los Fasci, tuvo un sorprendente éxito en los años treinta, sobre todo entre las clases pequeñoburguesas emergentes de los emigrados que se habían establecido en áreas urbanas de las Américas.

En las Casas de Italia que el fascismo ha fundado –sostenía Bastianini en 1939– de un extremo al otro del mundo, el italiano, cualquiera que sea su condición, encuentra el clima de fraternidad más acogedor entre la gente de su misma raza que sabe comprenderlo y sabe ayudarlo cuando es necesario [...]. Todo es un fervor operativo y de iniciativas, un trabajo armónico que se realiza cada día, bajo la vigilancia de los cónsules y la guía de los secretarios de los Fasci (Bastianini: 62-63).

La situación no fue siempre así de tranquila: algunas Casas de Italia se trasformaron en lugares que se disputaban los emigrantes fascistas y antifascistas. Fue el caso de la de Melbourne, Australia, creada en 1932 (el fascismo había llegado a ese continente en torno a 1926), que se mantuvo mucho tiempo autónoma con respecto a las autoridades oficiales italianas. La difusión de la cultura italiana había tenido lugar en los años veinte a través de las redes bibliotecarias, las escuelas italianas y los institutos italianos de cultura; pero es importante distinguir sus funciones. Las bibliotecas tenían principalmente un papel propagandístico ya que contaban con las publicaciones del régimen: las obras más recientes de y sobre Mussolini, sobre la Revolución fascista y los fundamentos ideológicos del fascismo, la memorialística de guerra y la literatura infantil difundida por el fascismo. Eran pocas las bibliotecas que ampliaban su horizonte a la literatura clásica y moderna. A pesar de que el programa de intervención de los FIE contemplase la difusión del libro, del teatro y sobre todo de la música italiana en el extranjero en colaboración con las secciones de la OND, Parini y sus funcionarios consideraron que las corales eran la forma de educación patriótica más eficaz, tanto que los FIE y sus bibliotecas fueron invadidas de octavillas con música y letras de cantos nacionales y fascistas.

Una de las lagunas más dolorosas de los italianos, en el pasado, era la de no saber cantar en coro ninguno de los himnos patrios [...]. En cambio, el Italiano de la Era fascista –sostenía Parini− debe saber los himnos de su país. El canto coral es uno de los medios más seguros para lograr la unificación de los espíritus [...]. Nuestras bellas canciones de guerra, las canciones de la Revolución se cantarán con alegría en todas las manifestaciones fascistas y servirán para

conmover y abrir a los altos ideales patrios los espíritus de los camaradas transalpinos y de ultramar (Il Decennale: 442).

Los institutos de cultura habían sido creados a partir de 1927 después de al menos cinco años de debate entre el Ministerio de Educación y el de Asuntos Exteriores sobre sus finalidades y, junto a las cátedras de literatura y civilización italiana, tenían la ambición de presentar una cultura alta, no popular, de Italia y de sus nuevas instituciones, dirigida ya no solo a las comunidades italianas, sino también a las élites cultas de los países huéspedes. El punto de inflexión en el concepto y en los contenidos de la cultura fascista que debían ser difundidos en el exterior volvió a correr a cargo de Giuseppe Bottai en 1933-1934 y luego pasó en los años siguientes a cargo del Ministerio de Prensa y Propaganda que se estaba creando, que absorbió tanto las actividades culturales destinadas al exterior, que hasta aquel momento habían sido competencia de la Dirección General de los Italianos en el Exterior, como el servicio de propaganda exterior que en 1926 había sido creado por Lando Ferretti en la oficina de prensa de la Presidencia del Gobierno. Un interesante caso en este contexto fue el Istituto Italiano de Budapest, creado en 1935 sobre la base de una serie de memorandos de entendimiento entre el Gobierno fascista y la dictadura de derechas de Gyula Gömbös, firmados entre 1934 y 1935, que también preveían intercambios culturales y la creación de cátedras de lengua y literatura italiana en las universidades húngaras. El fascismo italiano, utilizando la buena relación con Hungría, intentaba así poner freno a la expansión cultural e ideológica del nazismo a lo largo del área danubiana y promover la latinidad como la única y auténtica naturaleza hegemónica de la civilización occidental respecto a la barbarie germánica. La difusión del libro italiano había tenido antes un cierto éxito en Croacia y en Hungría, especialmente en las ciudades de Zagabria y Budapest; y a la promoción literaria le había seguido la lingüística, en manos de la Società Dante Alighieri. Esta última había sido fundada en Roma en 1889 con la finalidad de difundir la lengua italiana en el exterior; estaba organizada en comités nacionales y con el fascismo había sido puesta primero bajo el control del Ministerio de Educación y, a partir del 1937, del Ministerio de Cultura Popular. La sociedad había sido revitalizada a principios de los años treinta y absorbida por las actividades de los institutos italianos de cultura, como el de Londres, cuya sede desde diciembre de 1936 estaba en la representativa Casa del Littorio, situada en la centralísima Charing Cross Road.

En el campo cultural y político recordamos como ejemplo y, bajo ciertos aspectos como anomalía, lo ocurrido con la organización fascista en Estados Unidos. El fascismo italiano aglutinó muchas simpatías entre la opinión pública americana y entre los políticos y financieros estadounidenses, al menos hasta la empresa colonial en Etiopía de 1935. Tanto la dirección fascista de Italia como el cuerpo diplomático de Estados Unidos intentaron evitar roces y comprender el ambiente social en el que los emigrantes italianos estaban inmersos. Bien pronto, haciendo una excepción respecto a la línea general, el fascismo aceptó a regañadientes una política de naturalización de los italianos en EE. UU. para adquirir a través de la formación de un grupo de presión ítalo-americano una mayor consideración. La Liga Fascista de Norteamérica, que en contacto con los FIE reunía tanto a italianos como a americanos simpatizantes con la Italia fascista, era expresión de esta política. La Liga participó en Filadelfia, el 14 de noviembre de 1926, en el primer Congreso de los fascistas italianos en Estados Unidos. Otro de los contactos con Estados Unidos se estableció a través de los ambientes financieros, en concreto entre la Cámara de Comercio Italiana en Nueva York y el Banco J. P. Morgan, que en 1925 había acordado préstamos con institutos financieros italianos, especialmente con los bancos de Italia, de Nápoles y de Sicilia. El empresario Giuseppe Volpi, de acuerdo con el Banco Morgan, promovió en 1927 a cargo de la sociedad neoyorquina (fundada en 1917 para intensificar las relaciones ítalo-americanas en tiempo de guerra) la Italy-America Society, una oficina de prensa que debía mantener alta la confianza en el nuevo curso político y económico de Italia. La oficina fue acogida después, entre 1928 y 1930, en la Casa Italiana de Nueva York y principalmente tenía como finalidad fomentar la confianza en el Gobierno fascista entre los hombres de negocios estadounidenses y convencerlos para que invirtiesen en Italia o emprendiesen negocios comunes en las regiones balcánicas y del mediterráneo. Cuando la Liga Fascista se disolvió, a finales de 1929, por expresa petición del Departamento de Estado Federal –después de que un reportaje del periodista Duffield publicado en noviembre de ese año en el Harper's Magazine (titulado «Mussolini's American Empire») denunciase las injerencias italianas en la política interior americana–, todo estaba listo para que la política de los Fasci fuese sustituida por una actividad exclusivamente de apariencia cultural capaz de mantener una fuerza de penetración propagandística tanto en la comunidad italoamericana como en los ambientes de la burguesía profesional y de negocios americana. En esta última pensó el Istituto di Cultura Italiana de Nueva York, fundado en 1923 (el Fascio de Nueva York había sido de los primeros fundados en EE. UU., en abril de 1921), que en 1927 fue acogido en el nuevo edificio de la Casa Italiana de la Columbia University, financiado

por personajes de relieve de la comunidad italoamericana de la metrópolis, de credo masónico y fascista.

La Casa Italiana fue inaugurada, pues, el 12 de octubre de 1927, el Columbus Day, con la presencia de Guglielmo Marconi, que había hecho de Estados Unidos, en concreto de Cabo Cod, su segunda patria. En 1929 llegó para dirigirla (el nombramiento de director se oficializó en 1930) Giuseppe Prezzolini, que había sido llamado por la Columbia University como visiting professor. A partir de aquel momento Prezzolini hizo de la Casa uno de los principales centros de propaganda cultural del fascismo no solo en Nueva York, sino más extensamente en Norteamérica, de acuerdo con la Società Dante Alighieri y la Italian Teachers Association, que se ocupaba tanto en las escuelas italianas como en las escuelas públicas estadounidenses del correcto aprendizaje del italiano como segunda lengua. El éxito fue rápido: solo en la ciudad de Nueva York, con una alta densidad de oriundos italianos, la enseñanza del italiano pasó de las nueve escuelas en las que se impartía en 1922 a las cuarenta y seis en 1938, pasando de poco más de 1.500 estudiantes a 16.000. Y esto ocurría a la vez que tenía lugar la ampliación del acceso a la enseñanza superior de estudiantes no anglosajones: en la Columbia University los treinta estudiantes de origen italiano de 1919 llegaron a ser ochocientos en 1929. El éxito de esta actividad promocional de Prezzolini y del Gobierno fascista italiano duró hasta 1935, siendo tal vez 1934 el mejor año, con manifestaciones públicas como el congreso de 240 sociedades ítalo-americanas, que tuvo lugar a bordo del transatlántico Rex, el 27 de abril de 1934, y la ceremonia que acogió a Italo Balbo en el Madison Square Garden. En aquellos años el fascismo intentó mantener la propaganda con la radio y sobre todo con el cine, buscando acuerdos con las empresas de distribución y con las cadenas radiofónicas americanas. No tuvo mucho éxito, pero al menos consiguió que se proyectase en 1933-1934 Camicia nera, en la versión inglesa Man of courage, y que se produjese en colaboración con la Columbia Pictures Mussolini Speaks, película que alimentó el mito mussoliniano que ya existía entre los italoamericanos. También contribuyó a la fundación de la Unione Italiana d’America en 1935 a cargo del hijo de D’Annunzio, Ugo Veniero, y a la realización, con el apoyo directo italiano, de una Italian Library of Information, una agencia de información y propaganda en Nueva York en 1938. Las relaciones empezaron a entrar en crisis con la campaña etíope y se acentuaron con la intervención fascista en la Guerra Civil española. Pero las posibilidades de que los ítalioamericanos pudiesen convertirse en una quinta columna militar dentro de Estados Unidos fueron muy remotas. Fue un peligro que se temió en el momento del alistamiento de diversos emigrados italianos en los regimientos que

el Gobierno fascista envió para combatir junto a los insurrectos contra la República española. Pero el clima político en Estados Unidos a mediados de los años treinta había cambiado, dándose disputas ideológicas entre sectores de la sociedad americana (intelectuales, clase obrera multiétnica, algunas clases campesinas) que se habían radicalizado a la izquierda del Nuevo Trato rooseveltiano y una mayoría de los italoamericanos que veían la empresa en Etiopía, así como todas la iniciativas en política exterior y también interior tomadas por el fascismo, como ocasiones importantes de rescate sociocultural, más que político, para una minoría étnica todavía ampliamente marginada. La ya difícil convivencia urbana entre la comunidad de italoamericanos, tendenciosamente filofascistas, y la comunidad afroamericana, a favor de la defensa de la última dinastía reinante en África, empeoró todavía más con la guerra de España. Entre los voluntarios norteamericanos que se alistaron en las brigadas internacionales en España había muchos afroamericanos, tantos que constituían la mayoría de la brigada Washington; estos querían en España lo que todavía no podían hacer en su tierra natal: combatir el racismo.

El activismo propagandístico y cultural del fascismo italiano en Norteamérica, fundamentalmente en las ciudades de la costa oriental, con alta densidad de inmigrantes italianos, también se bloqueó con la llegada a Estados Unidos de cuatro intelectuales europeos que huían de la represión política y de las discriminaciones antisemitas que indicaban el aumento del peligro de los fascismos europeos. Respecto a la llegada importante de intelectuales, académicos, científicos y técnicos alemanes, el éxodo intelectual italiano fue de muy escasa importancia, al menos hasta las leyes raciales italianas de 1938, que empujaron al grupo de físicos del entorno de Fermi y a algunos artistas como Arturo Toscanini a pedir refugio en Estados Unidos. La llegada de algunos intelectuales antifascistas italianos a Estados Unidos logró romper el monopolio cultural que estaba en manos de los centros de cultura promovidos por el Gobierno italiano y sus simpatizantes italoamericanos. Algunos de estos, académicos, historiadores, politólogos, Giorgio La Piana, Max Ascoli, Gaetano Salvemini, Giuseppe Antonio Borgese, fundaron la Mazzini Society con la intención de presentar ante la opinión pública y la cultura estadounidense una tradición italiana risorgimentale, democrática y también libertaria, y una interpretación del origen y de la naturaleza del fascismo diferente de las que proporcionaban oficialmente los centros culturales y consulares del Gobierno fascista. Entre los primeros que llegó a EE. UU., en 1931, estaba Borgese, discípulo de Croce, que se había negado a pronunciar el juramento de fidelidad que el régimen pidió que realizasen los profesores universitarios. Fue contratado

por la Universidad de Chicago, donde conoció y se casó con la hija de Thomas Mann, estrechando así, también a través de la familia, las relaciones entre dos emigraciones intelectuales. En 1934 Borgese publicó un primer ensayo sobre los orígenes intelectuales del fascismo y en 1937, en Nueva York, apareció el volumen Goliath: The March of Fascism.

La actividad intelectual de Borgese en Estados Unidos fue reforzada en 1934 con la llamada a Gaetano Salvemini para que ocupase la cátedra de Historia Italiana creada en la Universidad de Harvard por la familia y los amigos de un joven intelectual antifascista e idealista, de credo liberal-monárquico, que cayó con su avión después de una acción de propaganda en el cielo de Roma: Lauro De Bosis (1901-1931). De Bosis había completado diversos periodos de estudio y trabajo en Estados Unidos, tanto en Harvard como en la Columbia University, y había sido secretario ejecutivo de la Italy America Society en 1928. Salvemini impartió clases que tenían como objetivo la elaboración de una cultura antifascista y de un análisis del sistema político italiano. En los numerosos escritos que acompañaron a sus clases, Salvemini intentó constantemente recordar la existencia de una tradición nacional que en sus presupuestos de convivencia y democracia se basaba en el pasado de las comunas urbanas de la Italia medieval y en el más reciente Risorgimento; fue también interesante la distinta lectura que realizó de Machiavelli con respecto al fascismo, así como de las formas de gobierno propuestas por el Príncipe. Cuando Salvemini fue invitado para dar una conferencia en la Columbia University, Prezzolini le negó el acceso a la Casa de Italia siguiendo la lógica que había guiado todas las iniciativas de los FIE y de sus centros culturales y asistenciales: quien era antifascista se había alejado de la comunidad nacional y, por lo tanto, además de una condena política, era emitida una expulsión moral que lo transformaba en un «paria» y un apátrida. Por otro lado, Salvemini había sido privado de la nacionalidad italiana en 1926 precisamente sobre esta base. De todos modos, Salvemini habló en otra sede de la Columbia University: el History Club. En aquellos años el historiador iba recogiendo una amplia documentación sobre la actividad de los FIE y sobre la presencia y la acción de los grupos fascistas en contacto con Italia en Estados Unidos que publicó varias veces actualizada con el título Italian fascist activities in the United States. La última edición de 1940, a cargo del American Council on Public Affairs, obligó a Prezzolini a dimitir de su cargo en cuanto persona no grata en EE. UU. En 1943, además, mientras las tropas angloamericanas desembarcaban en Sicilia, Salvemini y George La Piana, compañero suyo en Harvard y también historiador, publicaron What to do with Italy: un volumen que recogía algunas propuestas para reconstruir una identidad

italiana después de la caída del fascismo, dedicándolo significativamente al

Maestro Arturo Toscanini que en las horas más oscuras de los crímenes fascistas, de la vergüenza de Italia y de la locura del mundo se ha abrazado a los ideales de Mazzini y Garibaldi y con indómita fe ha anticipado el alba del segundo Risorgimento italiano.

▪

[1] Italo Balbo, Cesare De Vecchi, Emilio De Bono y Michele Bianchi. (N. de la t.)

[2] Pronombre alocutivo de 2.ª persona del plural. (N. de la t.)

[3] Véase cap. II («La clase dirigente fascista»), p. 76.

[4] Literalmente «rapaces de Italia», referido a los niños. (N. de la t.)

VIII. ITALIANOS Y NO ITALIANOS

I

TALIANOS A LA FUERZA

El concepto de nación acuñado por el fascismo resulta complejo y está formado por elementos heterogéneos, pero se caracteriza por un proceso de exclusión de todo lo que en la historia y en la sociedad era considerado un cuerpo extraño y no atribuible a la idea de nación fuerte, homogénea, preparada para la primacía ideal e histórica de Italia sobre las otras naciones y pueblos. Los cuerpos extraños eran las formas de xenofilia, los productos de culturas extranjeras, los hombres y las ideas que no compartían la convicción de que el fascismo era la única y más completa fase de la evolución histórica y estatal de Italia: de que el fascismo era la nación italiana. En Italia, el fascismo empobreció la idea de nación, privándola de los nexos con la libertad, la humanidad, la igualdad entre estados y ciudadanos. En septiembre de 1925 Farinacci simplificaba rudamente esta idea: «en Italia nadie podrá ser antifascista porque el antifascista no puede ser italiano» (Farinacci: 263). El término antifascista también asumía multitud de connotaciones; no era solo el opositor político, sino todo aquel que no se integrase o no fuese considerado asimilable por la sociedad diseñada por el régimen: extranjeros, súbditos coloniales, judíos y minorías religiosas y homosexuales.

En el periodo de entreguerras, las minorías lingüísticas representaban cerca del 2% de la población interna italiana y estaban esencialmente concentradas (además del grupo francófono ya presente en Valle de Aosta) en las nuevas provincias del Tirol del Sur y de Venecia Julia, anexionadas a Italia después de la Primera Guerra Mundial: alrededor de 228.000 personas se declaraban de lengua materna alemana, 327.000 eslovena y 98.000 croata. Estas minorías fueron sometidas a una fuerte presión por parte del régimen para que se italianizasen y abandonasen su cultura de origen. Los tratados de paz no imponían ninguna regla sobre el paso de estas regiones a Italia. A pesar de que el rey, en un discurso pronunciado en diciembre de 1919, había insistido en la voluntad oficial del Reino de garantizar a estos territorios «una escrupulosa tutela de las instituciones locales y de la administración autónoma», después del traspaso de poderes de los gobernadores militares a las administraciones civiles en el verano de 1919, los gobiernos liberales se mostraron inseguros sobre la política que

debían llevar a cabo con respecto a la minorías lingüísticas y a sus territorios. En julio de 1919 el presidente del Gobierno, Francesco Saverio Nitti, había nombrado a Luigi Credaro, laico, neutralista y germanista de formación, comisario civil general del Trentino Alto Adigio y de Ampezzo. Credaro trabajó para conseguir una solución equilibrada y democrática a la convivencia entre trentinos y tiroleses del sur a través de la constitución de una región autónoma y unida, la Venecia Tridentina, provista de una amplia autonomía administrativa. Le faltó el apoyo decisivo de Roma y fue duramente criticado por los sectores conservadores católicos, por los nacionalistas y por los grupos irredentistas y del combattentismo. Por el contrario, la llegada al poder del fascismo representó un cambio decisivo hacia una política radical intervencionista destinada a transformar de manera indeleble el tejido económico, la composición demográfica y lingüística, la cultura e incluso la arquitectura del área de población alemana, produciendo así una alteración numérica y geográfica entre los grupos lingüísticos capaz de desencadenar profundos conflictos durante y después de la época fascista.

El fascismo había adoptado las tesis del roveretano Ettore Tolomei que, desde los años noventa con el periódico La Nazione italiana, y luego a partir de 1906 desde las páginas de la revista Archivio per l’Alto Adige, predicaba la expansión italiana hasta el puerto de montaña del Brennero, considerando el área del Tirol meridional histórica y geográficamente italiana. Fue por tanto prohibida la denominación Sudtirolo (Tirol del Sur) y sustituida por el término Alto Adige (Alto Adigio) y el gentilicio altoatesino. En 1926 fue constituida la provincia de Bolzano, separada de la de Trento, sin conferirle ninguna autonomía administrativa que respetase antiguas normas y derechos ya consolidados. Los residentes y los funcionarios públicos de nacionalidad austríaca fueron obligados a abandonar la provincia. El italiano se convirtió en la única lengua oficial en las oficinas públicas y en los tribunales; en 1929 entró en vigor el Código Civil italiano, que tuvo drásticas consecuencias en el derecho de propiedad y de sucesión en la provincia, de extenso asentamiento agrícola. En los primeros años de gobierno, el fascismo suprimió los periódicos y las escuelas de lengua alemana, italianizó la toponimia alemana, cambió los nombres a los centros habitados, calles, plazas, carteles públicos y publicitarios; en 1927 prohibió incluso el uso del alemán en las lápidas de las tumbas. La italianización de las localidades y de las inscripciones se impuso radicalmente, antes de 1927, en Alto Adigio, de manera más blanda en Venecia Julia y mucho menos traumática en Valle de Aosta, que se había convertido en provincia en 1926 y donde eran reconocidas las raíces comunes latinas en los topónimos franceses e italianos.

Por el contrario, la modificación de la onomástica, es decir, de los nombres propios y de familia, basándose en un supuesto derecho de restituir la forma itálica a apellidos eslavizados y germanizados a lo largo de los siglos, tuvo lugar más en Venecia Julia que en Alto Adigio. En cualquier caso, a partir de julio de 1939 ya no fue posible registrar con nombres extranjeros a los recién nacidos de nacionalidad italiana.

Ettore Tolomei había pasado en la posguerra de las filas del irredentismo de derechas a las del movimiento fascista, por el cual fue elegido senador. Lingüista y geógrafo, fue muy criticado por sus compañeros por la facilidad, e imaginación, con la que resolvía los problemas lingüísticos y toponímicos. Él afirmaba que más del 80% de los nombres de localidades y de familias del área sur del Brennero eran de origen latino, cuando hoy está probado que muchos nombres fueron asignados en época alemana-medieval o se remontan a tiempos prerromanos. En las ediciones actualizadas en 1929 y en 1935 del Prontuario dei nomi locali dell’Alto Adige, publicado por primera vez en 1916, Tolomei llegó a identificar 163.000 voces que debían ser reitalianizadas. La vasta labor, que había comenzado en el ámbito de las publicaciones del Archivio per l’Alto Adige, no la hizo solo, sino que fue apoyado por el Istituto di Studi per l’Alto Adige, creado por él mismo; por la Società Dante Alighieri, la cual, fundada en Florencia en 1889 como «asociación panitaliana para la defensa de la italianidad», hizo suyo el programa de Tolomei a partir de 1921; y, además, por la Scuola di Glottologia de la Universidad de Florencia que, en colaboración con el instituto de Tolomei y con la participación del Ministerio de Educación, publicó en los años treinta, en siete volúmenes, un Dizionario toponomastico atesino.

En el área del Tirol del Sur, antes de 1918 había poco más de 7.000 personas de lengua italiana, lo que equivalía al 3% de la población, relacionadas por origen o actividad a otras provincias del Imperio austrohúngaro y del Reino italiano; en 1943 alrededor del 35% de la población, equivalente a 104.750 personas, se reconocía en la lengua y en el origen italiano. La primera fase inmigratoria tuvo lugar entre 1919 y 1926 con la llegada de los funcionarios italianos y de sus familias: personal militar y empleados que ocuparon la administración de la nueva provincia. La segunda oleada inmigratoria, en cambio, fue más consistente y conllevó una alteración de los equilibrios preexistentes: estaba relacionada con el proyecto de industrialización de Bolzano y de los centros urbanos del valle (Merano, Bressanone, Fortezza). El proyecto fue propuesto entre 1934 y 1935, introduciendo el Alto Adigio en el plan nacional de

desarrollo. En 1935 el Gobierno, por decreto, establecía la creación de una zona industrial en el suroeste de Bolzano, invitando a las principales empresas industriales nacionales a que abriesen sus establecimientos allí: la Lancia y la Viberti Autoveicoli de Turín, la sociedad de las acerías Falk, el sector de aluminios de la Montecatini y la sociedad Magnesio. Las actividades para que se llevase a cabo el establecimiento administrativo e industrial de las empresas fueron asignadas al nuevo componente italiano, mientras que con una serie de medidas se intentaba que entrase en crisis el tradicional sector agrícola, en manos de la población de lengua alemana. Fue eliminado el apoyo comercial a la viticultura y se inició el desmantelamiento del anterior sistema de propiedad del suelo. Además de las primeras expropiaciones de terrenos agrícolas encaminadas a la creación de las nuevas áreas industriales, en enero de 1937 fue emitido un decreto ley que daba al Ente di Rinascita Agraria delle Tre Venezie el poder para exigir la «cesión por parte de cada propietario de las porciones de tierra que el instituto considera idóneas para formar pequeñas propiedades agrícolas y compactas unidades campesinas en las Tres Venecias». En otras palabras, los campesinos del Tirol del Sur sufrían las expropiaciones de sus fondos agrícolas, destinados a la colonización de italianos provenientes de otras regiones. Esta colonización ya había sido puesta en marcha desde finales de los años veinte en el área de Borgo Vittoria, en Merano, pero la iniciativa había fracasado tan clamorosamente que hizo que el régimen convirtiese parte de las tierras agrícolas en áreas residenciales para los obreros de Montecatini. La entrada en vigor del Código Civil italiano establecía, en 1929, el final del «maso chiuso»,[1] es decir, de la institución jurídica por la que se proclamaba la indivisibilidad de la propiedad campesina y su asignación a un único heredero. Esto provocó todavía más fragmentaciones de las propiedades y la disgregación de muchas comunidades campesinas locales. En 1939 los residentes de lengua italiana en los valles llegaban casi al 58% de la población; eran empleados, pero también pertenecían ya a las categorías de obreros del sector de la producción eléctrica y de las industrias. Mientras tanto en Bolzano seguía el proyecto de transformación urbana y de italianización de la ciudad sobre la base de un nuevo plan regulador, aprobado en 1935, que separaba la ciudad antigua, de planta y arquitectura habsbúrgica, de los nuevos barrios italianos, que acogían los edificios públicos. Las fronteras entre las dos ciudades estaban marcadas simbólicamente por el Monumento a la Victoria, diseñado por el arquitecto Piacentini e instalado en la base de un inacabado memorial a los soldados austríacos de la Gran Guerra.

Entre 1939 y 1943 se produjo otra alteración demográfica que correspondió con

la posibilidad que se les dio, sobre la base de un derecho de opción, a las comunidades de lengua y cultura alemanas y ladinas presentes en el territorio italiano de naturalizarse y asimilarse a la Volksgemeinschaft, a la comunidad alemana, y consecuentemente de abandonar el país y trasladarse con sus bienes a una provincia del Tercer Reich. Esta solución había sido discutida ampliamente después del encuentro entre Mussolini y Hitler en Roma en mayo de 1938 y después de la anexión, que también tuvo lugar ese año, del Estado austríaco al Tercer Reich. Después de diversos encuentros, se alcanzó un acuerdo en Berlín el 23 de junio de 1939: al fascismo le pareció la decisión más rápida e idónea para desembarazarse del gran peso de la población de lengua alemana. La Alemania nazi, por su parte, no podía adoptar con el aliado italiano la misma política agresiva que había adoptado en los territorios habitados por las comunidades de lengua alemana pertenecientes a Checoslovaquia y a Polonia; pero al mismo tiempo renunciar a la población del sur del Tirol habría parecido una evidente debilidad del proyecto de realización del Tercer Reich, además de una pérdida económica. De hecho, los tiroleses del sur representaban una reserva de mano de obra y disponían de patrimonios a los cuales los nazis difícilmente renunciarían. Las diversas reconstrucciones históricas llevadas a cabo a través de fuentes alemanas e italianas muestran algunas diferencias cuantitativas que no plantean ninguna duda sobre la esencia del acuerdo. Entre el 83 y el 90% de la población alemana y ladina establecida en la provincia de Bolzano y en las comunidades plurilingües presentes en Trento (Egna), Belluno (Cortina d’Ampezzo) y Údine (zona del Tarvisio), que equivale a 202.000-204.000 personas, eligieron, cuando llegó la fecha límite, el 31 de diciembre de 1939, emigrar durante los tres años siguientes. En realidad solo el 30% de ellos abandonaron el país. Cerca de 35.300 personas no se expresaron y por tanto fueron consideradas italianas a todos los efectos; en los primeros meses de 1940 el número de personas que decidieron marcharse pasó a ser de 198.784. El acuerdo fue perfeccionado en agosto de 1941 con el compromiso de mantener en Italia a no más de 15.000 naturalizados en espera de ser trasladados. En realidad, las dificultades que surgieron por la liquidación de los patrimonios de quienes se iban y por la guerra hicieron que se retrasasen las salidas; luego, la ocupación alemana, en septiembre de 1943, hizo que surgiese en muchos la esperanza de una anexión definitiva del territorio a Alemania, lo que contribuyó a que se quedasen. En 1943 alrededor de dos tercios aún residían en territorio italiano; de ellos cerca del 40% ya habían recibido la nacionalidad germánica. Los vacíos se llenaron inmediatamente con otros italianos, procedentes de Véneto (de las provincias de Belluno, Padua, Rovigo) y del sur. De cualquier modo, la alteración más importante ya había tenido lugar antes de 1939, no solo en las

relaciones demográficas (la presencia italiana en la ciudad de Bolzano pasó del 25,8 por mil entre 1921 y 1927 al 93,1 por mil entre 1937 y 1939), sino también en el tejido económico-social de la región.

Las resistencias por parte de la comunidad de lengua alemana a la política fascista resultaron muy eficaces. Más que por posturas conscientemente antifascistas y antiitalianas, que las hubo, o por posturas pangermánicas y abiertamente filonazis (gracias a la acción clandestina del movimiento Völkischer Kampfring Südtirols), estas fueron dictadas más bien por una resistencia pasiva, caracterizada por la tradición comunitaria y por el sentimiento de unión con el territorio. Cuando llegó el momento de restablecer el «maso chiuso» en 1954, resultó que solo el 6,2% de las originarias 12.000 unidades habían sido divididas, lo que indicaba una continuidad de la conducción familiar y heredera de la tierra. La dificultad de una rápida liquidación de propiedades inmobiliarias (aunque estuviese apoyada por una sociedad fiduciaria ítalo-alemana fundada expresamente para las transacciones de naturaleza financiera) retrasó la salida de agricultores y propietarios de empresas artesanales y comerciales. Quienes se marcharon fueron principalmente los empleados del sector público (transportes y educación), pero sobre todo de los sectores industrial, artesanal, hostelero y turístico, con picos del 80% en estos dos últimos sectores. Al final, los bienes patrimoniales que realmente se transfirieron a Alemania constituyeron una cantidad mucho menor de la que el Estado italiano habría ganado con su adquisición y su posterior venta. De todas formas las características de la alteración resultaron evidentes, y permanentes, solo cuando hubo acabado la guerra, mostrando una clara diferencia entre la comunidad italiana urbanizada del valle y la comunidad alemana campesina de la montaña. La obra del fascismo se proyectó, pues, en el tiempo y provocó fuertes problemas en la convivencia entre las dos comunidades, reavivando formas de protesta contra la autoridad del Estado italiano que se manifestarían en los decenios siguientes con actos de rechazo civil e incluso de terrorismo.

A través de las similitudes y de las diferencias con el Tirol se puede valorar la política adoptada por el fascismo en los territorios de la región Venecia Julia, que comprendía las provincias de Gorizia, Trieste, Pola, Fiume y Zara. El fascismo entró en la región a través del nacionalismo y de la discriminación étnica y nacional, ya iniciadas por las gobernaciones militares y luego civiles en época liberal. Durante siglos, en Venecia Julia se habían ido integrando nacionalidades diferentes: eslavas en las áreas rurales del interior, concretamente en el Carso y en el Valle del Isonzo, y vénetas a lo largo de las costas y en Istria occidental,

dedicadas a la pesca y al comercio después de la expansión económica y cultural de la República de Venecia. En esta área, el Estado italiano eligió Trieste como capital regional y base para la expansión italiana hacia el oriente, por el Adriático y en la península balcánica. Pero esto no logró interrumpir el declive de Trieste, tiempo atrás floreciente emporio y puerto habsbúrgico, ni tampoco definir un claro papel de la región en el contexto europeo-oriental: el resultado fue la apertura de fracturas profundas y la desconfianza en la capacidad de convivencia entre clases sociales diferentes y sobre todo entre italianos y eslavos. La italianización forzada había desnaturalizado la identidad de frontera, sin remplazarla por otra igualmente fuerte. Trieste, con sus actividades comerciales y con la industria naval, había jugado un papel no solo de polo urbano, sino también de ciudad cosmopolita. El establecimiento del fascismo en esta área desnaturalizó y rompió antiguos equilibrios y solo logró devolver una fisionomía socioeconómica a la región a través de la represión y de una política miope a nivel económico y llevada a cabo con los favoritismos y el clientelismo típicos de muchas intervenciones estatales del ventenio fascista.

La decadencia comercial de Trieste fue acompañada por la constricción política y luego económica de la clase obrera del triángulo industrial Muggia-Trieste-Monfalcone, afectada por una progresiva y prolongada crisis debida a la falta de una reconversión posbélica y luego a los problemas que surgieron con la Gran Crisis y las sanciones internacionales de 1935. El aumento de los aranceles aduaneros y la falta de materias primas y de suficientes fuentes de energía obligaban a los astilleros a trabajar muy por debajo de sus capacidades productivas, a salvo de los mercados, protegidos por aranceles y apoyados por subvenciones públicas. La crisis también era visible en los informes publicados en los años treinta por las compañías navales: en 1938 Lloyd Triestino reconocía que, después de un primer esfuerzo de expansión de la compañía entre 1923 y 1927, la actividad y sobre todo las aspiraciones se habían transformado en una «actitud de introspección y renuncia a cualquier iniciativa», limitando al mínimo los riesgos y alineándose con los parámetros del mercado naval italiano. Trieste conseguía así un triste récord de desempleo, que ni siquiera las fuentes de la Federazione Fascista podían ocultar: en 1933 eran señalados alrededor de 33.000 desocupados, 20.000 en 1935, 12.000 en 1938. La reducción del paro era debida esencialmente al empleo de mano de obra en obras públicas y no en actividades productivas. En la zona rural, la destrucción de la red económico-asociativa de los campesinos croatas y sobre todo eslovenos, creada tiempo atrás por cooperativas y cajas rurales, también se vio acentuada por las expropiaciones de tierras y casas de eslovenos a favor de los italianos perjudicados por la guerra

(especialmente en el norte de Gorizia y en el área de Cormons), lo que llevó a muchos campesinos eslavos al umbral de la proletarización. Estos cambios privaron a la región de la contribución cultural y asociativa de una clase obrera de lengua italiana que antes de 1914 se había revelado como una de las más activas y efervescentes de las comunidades nacional-profesionales del Imperio habsbúrgico. Al mismo tiempo, estos cambios provocaron irremediablemente la separación de las áreas urbanas de los campos istrianos y cársicos, donde el nuevo capital financiero italiano había barrido las economías eslovenas y croatas relacionadas con el comercio y el autoconsumo locales. Un observador del momento, el joven intelectual antifascista Eugenio Curiel, señalaba en 1944 que en la posguerra Istria y el Carso se habían convertido en

regiones en las que –proporcionalmente a los ingresos− pesaba una deuda hipotecaria más fuerte que en cualquier otra región italiana. La propiedad municipal, tan necesaria en una economía en buena parte zootécnica, era distribuida enriqueciendo las propiedades que los «señores» italianos habían usurpado desde hacía tiempo al campesino istriano (Apih: 13-14).

Este empobrecimiento hizo que parte de la población eslava pasase de la agricultura a realizar trabajos jornaleros, engrosando la fila de asalariados en la industria textil, metalmecánica, minera, naval o de trabajadores en los servicios portuarios y en las obras públicas.

Como consecuencia, la represión de dos reales o potenciales grupos de opositores al régimen, la clase obrera y la minoría eslava, fue particularmente dura en esta región y estuvo caracterizada por la intensa violencia y por su duración, que respecto a otras regiones superó los límites temporales del momento de la llegada al poder del fascismo y de su decadencia. La represión de corte militar fue llevada a cabo a partir de 1926 por un escuadrista local de origen humilde, Emilio Grazioli, al que pusieron a cargo de la Inspección del Carso, que era una oficina que se ocupaba de la represión y la desnacionalización de la población eslovena, y después a cargo de la Inspección del área de Montfalcone, que tenía la función de controlar a la población obrera de los astilleros. La trayectoria política de Grazioli, que mantuvo el cargo de federal de Trieste desde octubre de 1936 hasta mayo de 1941, cuando se

convirtió en comisario político de Lubiana hasta junio de 1943, y después en prefecto en la RSI, muestra la historia del fascismo triestino en las zonas de provincia y de su posterior función represiva en Eslovenia. Derrotada la línea intransigente en 1926, la gestión de la ciudad había sido entregada durante al menos un decenio a la parte nacionalista y moderada de la burguesía local, que llevó a cabo una política anticrisis, de servicios y apoyo asistencial para las clases medias urbanas. En cambio, el territorio de los alrededores había sido puesto en manos de la parte escuadrista para las operaciones de italianización y fascistización. Una vez finalizadas dichas operaciones, esta parte volvió a gobernar la ciudad la víspera de la promulgación de las leyes raciales y en el ámbito de la nueva alianza ítalo-alemana. En esta franja de tierra italiana se acumularon rápidamente factores explosivos –temor, odio y exclusión– que se consolidaron a causa de la política antiobrera y nacionalista emprendida por el régimen, a la cual la burguesía juliana y especialmente triestina se adhirió por convicción o como única posibilidad para la supervivencia y la autodefensa. Esto fue particularmente evidente a partir de 1936, cuando, en el contexto de las políticas de las izquierdas europeas para alcanzar la constitución del frente antifascista, los comunistas de Venecia Julia cerraron un pacto de unidad de acción con el movimiento nacional revolucionario de los eslovenos y de los croatas que también implicaba un reconocimiento del derecho de autodeterminación de las poblaciones eslavas de la región, «incluido el de la separación del Estado italiano».

La situación se agravó en 1938 cuando los vientos de guerra, que soplaban desde la conferencia de Múnich y que habían roto los equilibrios territoriales establecidos por los tratados de paz, también amenazaban la existencia de Trieste y de su región ante el apetito territorial del Tercer Reich y revelaban la inadecuación del proyecto originario fascista para la ciudad de Trieste y para Venecia Julia como puntos claves de una expansión comercial y militar en la Europa oriental y balcánica, no solo con respecto a la presencia en esa área de Francia y Gran Bretaña, sino inicialmente también de Alemania. Después de la anexión de Austria al Tercer Reich en marzo de 1938, se iba haciendo cada vez más evidente que la Alemania nazi se estaba haciendo la promotora de un proyecto pangermánico que tenía como objetivo el renacimiento de un imperio centroeuropeo que contase con parte de los territorios del anterior imperio austrohúngaro. Así pues, las clases burguesas y empresariales julianas y triestinas se encontraron amenazadas, por un lado, por las reivindicaciones eslavas consolidadas con la lucha de clases y, por otro, por el expansionismo alemán que el mismo régimen fascista estaba facilitando indirectamente. La

desorientación en la región también era cultural e ideológica: en menos de una generación se tendría que pasar de un irredentismo con destacadas características antialemanas, a su vez dividido en posiciones democrático-mazzinianas ahora de tendencias antifascistas y en posiciones nacionalistas que abrazaban el fascismo, a una fe política que realistamente justificaba la oportunidad de una alianza ideológica y militar con Alemania. Algunos intentaron resolver este conflicto refugiándose en una imagen nostálgica de una Mitteleuropa pasada: área ideal y tolerante de libre comercio, una imagen que todavía hoy sobrevive. La ciudad de Trieste, según el plan regulador de 1934 realizado por el ingeniero triestino Umberto Nordio, debía transformarse en la Roma de Oriente, en el puesto de avanzada de la civilización itálica hacia los Balcanes. Una vez borradas las huellas de contaminaciones históricas y estilísticas pasadas, los monumentos y los lugares históricos y arqueológicos de la ciudad y la región que la rodea deberían convertirse en testigos de la italianidad y representar un baluarte, como los santuarios cercanos de la Gran Guerra, ante las insistentes reivindicaciones eslavas. Aquí también, como en Bolzano, la modernización de las infraestructuras urbanas representó la ocasión para que las obras públicas y arquitectónicas no solo favoreciesen el empleo de mano de obra y la recuperación económica local, sino también se convirtiesen en sutiles instrumentos de seducción y persuasión de masas, y de afirmación de la autoridad central del Estado.

El monolítico Monumento alla Vittoria erigido en Bolzano para hacer una «advertencia perenne al extranjero» tuvo su equivalente en Triste en el Faro della Vittoria, inaugurado el 24 de mayo de 1927; pero en Trieste se prefirió adaptar visual y lingüísticamente el recorrido urbano de la renovada italianidad. Términos como «orígenes romanos», «liberación» y «redención» caracterizaron el área del Parco della Rimembranza situado en la colina de San Giusto, conectado idealmente con la capilla subyacente del irredentista Oberdan a través de la via Capitolina, la zona arqueológica y el Monumento ai Caduti (1926-1935). Aun así las obras para el plan regulador escondían la escasez de intervenciones con finalidades productivas, que dieron lugar a un único establecimiento situado en la zona industrial, la refinería Aquila, inaugurada en 1937. En 1938 las infraestructuras de la región se vieron potenciadas con la ampliación del puerto, de la red de carreteras y con la realización de acueductos, pero no contaba con ningún verdadero proyecto de utilización. Hoy sabemos, por las investigaciones realizadas, que había círculos económicos triestinos que tenían la intención de ofrecer al Reich las escalas de Trieste y de Fiume como puertos francos. La expectativa de una visita de Mussolini fue, pues, muy alta a

lo largo de 1938. Y finalmente tuvo lugar durante uno de los viajes oficiales más memorables realizados por el Duce en el país, que consistió en recorrer durante unos diez días, del 17 al 26 de septiembre de 1938, Véneto y Venecia Julia, faltando pocos días para el encuentro de las cuatro potencias europeas en Múnich, previsto para el 29 y el 30 y en el cual se debía decidir el destino de la nación checoslovaca y de la paz en Europa. El 18 de septiembre Mussolini pronunció en Trieste uno de los discursos más famosos y belicosos; sentía la exigencia de aclarar a los fascistas triestinos y al patronato local la línea italiana en política exterior y tranquilizarlos acerca de la sólida intención del régimen de defender la conquista de los territorios de Venecia Julia e Istria. De hecho, como era usual en el Duce, retórica y demagogia sirvieron para esconder la debilidad del programa político: más que ofrecer respuestas a los triestinos, él las sustituyó con invocaciones al pasado irredentista de la región y al compromiso sagrado de defender el suelo patrio, esta vez de los países eslavos. Ocultó, en cambio, la existencia de una crisis internacional bajo el disfraz de un nuevo enemigo interno: el judaísmo. Trieste era el escenario ideal para comenzar en Italia la campaña antisemita, que el país conocería perfectamente a partir de aquel otoño. La necesidad del cambio racial y antisemita debía disuadir a los triestinos, y a los italianos en general, de los temores por el expansionismo alemán, subrayando la común matriz ideológica y las recíprocas necesidades.

A partir de 1938 Venecia Julia y especialmente Trieste sufrieron en su propio territorio las consecuencias de la política racial fascista, no solo de manera particularmente dramática, sino también mucho antes de que se diese en otras regiones italianas. Este clima, preparado en el decenio anterior a 1938, se manifestó con especial virulencia con la entrada en la guerra y con la posterior ocupación de los territorios del Estado yugoslavo y fomentó un enfrentamiento civil que, sumándose al enfrentamiento militar y político entre ejércitos e ideologías, llevó a episodios extremadamente dramáticos como el de la masacre de las foibe, aperturas naturales del terreno cársico que escondieron a centenares de víctimas de este enfrentamiento. Pero hay que recordar que la posterior política antiitaliana, la asimilación e identificación de cualquier italiano con el fascista, el éxodo forzado de los istrianos de lengua italiana de sus tierras, no fueron solo el producto de la guerra partisana y luego de la guerra fría, sino también de una desatinada política fascista de discriminación que muchos italianos en esta región ignoraron o toleraron, e incluso sostuvieron, algunos por fe política, otros por intereses. La vigilancia de los jóvenes y de las familias eslovenas y croatas se intensificó a lo largo de 1939 como consecuencia de las preocupaciones expresadas por el Estado yugoslavo por la ocupación italiana de

Albania en abril de aquel año. Con la entrada en la guerra contra Francia y Grecia y para preparar el ataque a Yugoslavia, la OVRA atacó duramente al movimiento político y cultural esloveno que se había reorganizado en la segunda mitad de los años treinta e incluyó en las medidas de internamiento de civiles extranjeros y apátridas también a los ciudadanos italianos de origen eslavo, considerando a este grupo étnico potencialmente asimilable a la categoría de los antifascistas italianos y a la de «súbditos enemigos que podrían llevar armas o que en cualquier caso podrían desarrollar actividades perjudiciales para el Estado», como subrayaba el decreto promulgado el 8 de julio de 1938.

El clima nacionalista y racista que se instauró tan pronto en la región también tuvo consecuencias dramáticas en la comunidad israelí, reunida principalmente en la ciudad de Trieste: alrededor de 5.400 personas calculadas en 1938 sobre una población de poco más de 250.000 habitantes. Estas cifras, aunque consistentes, no muestran por sí solas la importancia de esta comunidad si no consideramos su importancia económica. En cambio, dicha importancia sí que fue evidente en el momento en el que se llevó a cabo la «arianización» de empresas «declaradas de interés para la defensa de la nación [...] y de empresas de todo tipo que empleen a cien o más personas», sobre la base del art. 10 de la ley racial del 17 de noviembre de 1938. Aproximadamente ciento quince empresas triestinas y de Venecia Julia sufrieron el proceso que llevó a la profunda transformación del tejido patrimonial de la ciudad. Esta política produjo beneficios y nueva riqueza a las familias arias, pero también una negociación en el ámbito de las relaciones económicas y familiares en el mundo empresarial triestino, llevando a alianzas y acuerdos de confianza entre judíos y arios y produciendo como consecuencia profundas heridas. En algunas áreas del país, y Trieste fue una de estas, el censo de los judíos realizado en 1938 fue particularmente atento y extenso, incluyendo en las listas a personas que tenían lazos de sangre o de parentesco adquirido, aunque fuesen lejanos, con el judaísmo. Ciertamente el clima racial instaurado por el régimen en la región influyó enormemente en esta política persecutoria, que aquí se inició antes que en otras áreas del país. Pero el antisemitismo también sirvió para acentuar un enfrentamiento interno en el PNF local y para solucionar muchas cuestiones abiertas gracias a la eliminación de algunos militantes de sangre mixta o casados con mixtos y judíos, eliminación que dejaba espacio a carreras y fortunas congeladas desde 1926. En la ciudad, después de 1938, también se complicó la existencia para los judíos extranjeros y para aquellos a quienes la legislación racial revocaba la nacionalidad italiana obtenida después de 1919. Posteriormente, en junio de 1942, fue fundado en Trieste un Centro per lo Studio

del Problema Ebraico que junto con un Archivio Stranieri-Razza de la comisaría se ocupó de tener actualizadas las listas del registro civil de los judíos presentes en la región. Luego, la persecución pasaría al acto físico entre el verano de 1942 y el de 1943, cuando en la región se empezó a librar «una pequeña guerra total» que vio renacer la violencia escuadrista: el 18 de julio de 1942 fue destruida la sinagoga de Trieste y el 19 de mayo de 1943 fueron saqueadas muchas tiendas propiedad de judíos y eslavos. Era el preludio a una «solución final» en la región que vio después, en la Risiera di San Sabba, bajo ocupación alemana, la creación del único campo de exterminio con cámara de gas presente en el territorio italiano durante la guerra, en el cual fueron encerrados y asesinados judíos, otras minorías perseguidas y partisanos eslavos e italianos.

En Italia los dramas provocados por el antisemitismo nazi se vieron muy pronto en Triste, cuyo puerto fue uno de los primeros que funcionó para vehicular el éxodo judío procedente de Europa centroriental. Desde 1925 el Lloyd triestino había creado una línea naval directa Trieste-Palestina. Después de 1933 la ciudad había acogido a muchos judíos alemanes que se dirigían hacia otras localidades italianas o al extranjero. Se ha calculado que alrededor de 18.000 judíos, de los cuales al menos 8.000 provenían de la Alemania nazificada (una parte polacos residentes en territorio alemán) encontraron refugio en Italia entre 1933 y 1945. Un acuerdo cambiario ítalo-alemán firmado en diciembre de 1935 les permitía transferir divisas a Italia. Después de noviembre de 1938 podían considerarse solo de paso, si bien ya desde 1935 una serie de acuerdos entre las autoridades alemanas y las italianas habían hecho difícil la entrada y la permanencia de judíos europeos en el territorio nacional. Por ejemplo, se prohibió el acceso, el 18 de marzo de 1938, a los prófugos austríacos, previendo un importante éxodo de judíos después del Anschluss (de la anexión). Una medida posterior, del 7 de septiembre de 1938, decretó la expulsión en seis meses de los judíos extranjeros que habían llegado a Italia después del 1 de enero de 1919, pero fue temporalmente mitigada por la concesión de visados turísticos para favorecer los intereses de las compañías de navegación, y hoy sabemos que también de las compañías de seguros. Noticias recientes muestran que las sociedades triestinas, especialmente la compañía de seguros Generali, hicieron grandes negocios haciendo pólizas de seguros de vida y capitalizando el dinero de los judíos residentes en la ciudad y de los que estaban de paso. Trieste, pues, fue testigo del antisemitismo ajeno antes de experimentarlo en la numerosa comunidad judía local. Toda la región, especialmente a lo largo de las fronteras cársicas e istrianas, conoció la guerra partisana casi dos años antes que el resto de Italia. La política de confinamiento construida desde los años veinte se basaba, como

afirmó el fascista triestino Livio Ragusin Righi, en el estado de predominio italiano sobre la población eslava destinada por su naturaleza a quedarse en un estado de subdesarrollo y de dependencia. El fascismo hizo que este estado se volviese permanente extirpando en las poblaciones eslavas su cultura y su lengua.

COLONIALISMO Y RACISMO

Incapaz de aliviar las grandes enfermedades sociales, en los años treinta la ciencia médica contribuyó al establecimiento de una política racial en Italia. El paso de la higiene social a una profilaxis sanitaria hasta el racismo fue gradual. Asociada a la escuela antropológica de inspiración lombrosiana que sostenía el origen hereditario, genético y social de los comportamientos desviados, la medicina se ocupó en un primer momento del campo de la ortogénesis, es decir, de la «correcta» evolución genética de la «estirpe» italiana. En 1932, en el congreso nacional de los sindicatos médicos fascistas, Mussolini había definido como misión de la profesión médica tutelar la identidad física de la población italiana. Cuatro años después, la construcción de un imperio colonial con marcadas características de apartheid y una relación ideológica más estrecha con el nazismo alemán llevarían a Italia a realizar el último paso decisivo en la transición del gran número de naciones modernas comprometidas en la prevención social y en las políticas demográficas pronatalistas al pequeño grupo de países con legislación racial. Las primeras señales de esta política se empezaron a ver en las campañas anuales contra la tuberculosis, que cada vez más marcadamente presentaron la enfermedad, bajo el aspecto metafórico, como desorden social. La evolución concluyó con la campaña antituberculosis de 1939, cuando en los sellos y en los manifiestos apareció, al lado de la cruz de Lorena, símbolo de la lucha contra la enfermedad, una espada que separa la raza aria de la camita y la semita. El Gran Consejo, en la sesión del 7 de octubre de 1938, al examinar un texto que al cabo de poco más de un mes se convertiría en una ley «para la defensa de la raza italiana», confirmaba que

desde hace dieciséis años el fascismo ha desarrollado y desarrolla una actividad positiva, orientada a la mejora cuantitativa y cualitativa de la raza italiana, mejora que podría ser gravemente comprometida, con consecuencias políticas incalculables, por cruces y alteraciones.

El año 1938 sistematizó y tradujo en la madre patria la política selectiva ya experimentada en las colonias.

Buena parte de la conquista colonial se había llevado a cabo desde una perspectiva demográfica. Ya desde las primeras empresas coloniales del Ochocientos, el Estado italiano había señalado las tierras conquistadas en África como lugares para establecer no solo la autoridad, sino también a la población italiana: «sustitución de raza con raza», había propuesto el general Baldissera antes de la derrota de Adua en 1896. Al heredar la cuestión colonial, Mussolini, ya solicitado por corrientes nacionalistas y populistas, había reiterado este destino de los territorios para satisfacer la famélica necesidad de tierra de los campesinos italianos pobres y para responder a la voluntad guerrera y a los anhelos de mando, carrera fácil y predominio absoluto de los grupos militares y cada vez más de las nuevas categorías de empleados. La adopción de una política colonial propia, respecto a una continuidad con los gobiernos precedentes, parece que se hizo más evidente con la primera visita de Mussolini a Libia en abril de 1926 con motivo del primer Congreso Agrícola Colonial. Afirmando en aquella ocasión que «nosotros tenemos hambre de tierras porque somos prolíficos y pensamos seguir siéndolo», Mussolini ya pensaba en las colonias no tanto como desahogo comercial, sino también, y sobre todo, como desahogo demográfico. Los discursos que siguieron, estudiados en 1937 en La politica demografica de Paolo Orano, en aquel entonces rector de la Universidad de Perugia, muestran el nexo precoz instaurado por el jefe del fascismo entre la imagen de «pueblos viriles y fecundos» y la reivindicación de su derecho a la expansión y a «propagar su raza en el mundo». La política colonial fue redefinida a lo largo del decenio 1926-1936, mientras ambientes italianos, que se presentaban como científicos, producían estudios históricos, antropológicos y médicos para demostrar la inferioridad natural y mental de las poblaciones africanas. Al dar una descripción histórica de África septentrional un colaborador del Centro di Studi Coloniali de la Universidad de Florencia, Roberto Paribeni, escribía en plena guerra mundial:

África siempre ha sido un país de menores; casi se podría decir que constituye un caso fisiológico de infantilismo colectivo. Ninguna de las poblaciones que la han habitado y que la habitan han podido engendrar una civilización original y algo más alta (Paribeni: 3).

La conquista de Etiopía, entre octubre de 1935 y mayo de 1936, fue realizada por los generales De Bono, Graziani y Badoglio como una auténtica guerra de exterminio, no diferente de la que los nazis desencadenaron cuatro años después en Europa oriental, empezando por Polonia, donde se procedería a la liquidación de la intelectualidad nacional. Las órdenes impartidas por Mussolini la víspera de la entrada de las tropas italianas en Addis Abeba, el 3 de mayo de 1936, eran «matar sumariamente» a la clase intelectual y dirigente de los «jóvenes etíopes» e identificar y eliminar a los jefes religiosos y políticos locales, así como a quienes ejercían algún tipo de autoridad en las localidades (magos, curanderos, charlatanes) y podían dirigir una resistencia antiitaliana. Las masacres fueron numerosas: la más conocida fue la represalia que en Addis Abeba siguió al atentado a Graziani, que tuvo lugar el 19 de febrero de 1937, así como también el exterminio de los monjes del convento de Debra Libanos en mayo de 1937, precedido por la matanza de la toda la comunidad de Zeret en abril (estos últimos episodios han sido recuperados gracias a la investigación de Marco Dominioni y a un cuento de Luciano Marrocu). La naturaleza del genocidio de la campaña etíope no escapó a la opinión pública internacional de la época.

El historiador Angelo Del Boca ha observado que Mussolini, rechazando tanto la actitud colonial francesa de asimilación de los indígenas, propuesta tímidamente por Italo Balbo, como el sistema inglés del indirect rule, sugerido por el general Pietro Badoglio, llegó a pensar en una nueva Etiopía sin etíopes. Con este objetivo quiso crear una administración directa, rígida, con claras características racistas y segregacionistas. El régimen de apartheid, similar al que se establecería en la segunda posguerra en Sudáfrica, fue elaborado casi enseguida por el ministro de Colonias Alessandro Lessona y por su ejecutor in situ, el virrey Graziani. Entre los veranos de 1936 y 1937 una serie de órdenes, mandatos y decretos aplicaron a todas las colonias italianas de África oriental, Eritrea, Somalia y Etiopía la medida de separación de los espacios privados y públicos entre italianos e indígenas: viviendas, cafeterías, restaurantes, hoteles, balnearios, cines, medios de transporte. Además, fueron introducidas, con un decreto del 19 de abril de 1937, «Sanciones por relaciones de naturaleza matrimonial entre ciudadanos y súbditos», que castigaban a los italianos residentes en las colonias que mantenían relaciones íntimas con personas pertenecientes a la población africana. Esta orden fue reiterada y acentuada con un posterior decreto del 29 de junio de 1939 que declaraba culpable tanto al indígena como al perteneciente a la «raza italiana» que cumplían actos contra la

moral pública y mantenían hábitos de promiscuidad considerados perjudiciales para el «prestigio de la raza» y la «imagen moral» de los italianos. La legislación colonial se completó con la ley del 13 de mayo de 1940 que excluía de la posibilidad de obtener la nacionalidad italiana a los mestizos, es decir, a quienes habían nacido de uniones entre italianos e indígenas. Hasta 1936 quienes habían sido considerados de sangre mixta podían obtener la nacionalidad y afiliarse al PNF y, si tenían una buena formación, también podían aspirar a obtener altos cargos militares y en la administración pública. Es conocido el caso de los seis hijos que el funcionario colonial Alberto Pollera tuvo con dos mujeres eritreas durante los cuarenta y cinco años que permaneció en África oriental; antes de 1939 habían recibido nacionalidad y formación italianas. Uno de ellos, Giorgio, estudiante universitario, murió en combate a finales de 1937 condecorado con la medalla al valor militar. Igualmente trágico fue el destino de los eritreos que habían combatido por Italia entre 1935 y 1941, los áscaris, que pensaron que podrían obtener la nacionalidad italiana con su contribución y su sacrificio.

Memorias y testimonios póstumos nos hacen pensar que la legislación racial en las colonias nunca fue completamente respetada, aunque contribuyó a recrudecer la relación entre indígenas e italianos. No habiendo análisis serios, no cedemos a la imagen errónea, y de la que tanto se ha abusado, de los «italianos, buena gente», aún utilizada a menudo para absolver a los italianos de crímenes de los que ellos fueron responsables en las colonias, en la guerra y respecto al antisemitismo. Sabemos que los privilegios de la vida en las colonias facilitaban el abuso de autoridad y las injusticias; pero también sabemos que se necesita tiempo para que se instauren costumbres y convicciones. Además, en colonias como Eritrea y Somalia no fue sencilla la convivencia entre los funcionarios italianos, que llegaron imponiendo nuevas normas, y las comunidades de colonos italianos pertenecientes a una burguesía empresarial que se había instalado en los decenios precedentes, acostumbrados a otro tipo de relaciones internas y con los indígenas. Algunos estudios recientes basados fundamentalmente en las cartas de los colonos examinadas por la censura y en los informes de las autoridades también demuestran que estas últimas intervinieron, a veces amenazando con el regreso a Italia, para limitar abusos y violencias en la explotación de la población indígena en las colonias, especialmente por parte de italianos recién llegados y de arribistas que, a menudo, interpretaban las rígidas leyes de segregación como una ausencia de la ley y una total libertad de explotación. Pero durante la breve existencia del Imperio italiano en África resultó difícil llevar a cabo una separación territorial neta entre las viviendas cuando todavía había una gran escasez de alojamientos

en albañilería, o convencer a los más de trescientos mil hombres en servicio en las colonias como soldados y civiles, la mayoría jóvenes y solteros, a recurrir solo a la prostitución de raza blanca, aunque fuese organizada e intensificada (1.500 prostitutas blancas solo en Addis Abeba) después de las leyes raciales. Era casi imposible hacer que olvidasen que en las promesas de «tierras al sol» que les habían hecho no había solo gloria y trabajo, sino también muchas faccette nere,[2] lo exótico sexual, cantado por la propaganda fascista. Era igualmente difícil engañar a muchas familias colonas, que habían sido delegadas como representantes de la civilización y la «raza itálica y aria» y habían llegado a África pobres y malnutridas, a propósito de la inferioridad física de esbeltos campesinos etíopes o de la orgullosa libertad y cultura de los nómadas árabes. Fenómenos de «madamato»[3] y sobre todo de concubinato sobrevivieron en las relaciones entre italianos y mujeres africanas. Basta recordar que hasta 1931 en la colonia eritrea, creada en 1890, residían oficialmente 4.188 italianos: 2.471 hombres, de los cuales 1.076 eran solteros por encima de 15 años, y 1.717 mujeres, de las cuales solo 398 eran solteras. En previsión del ataque a Etiopía, en 1935, fueron enviados a Eritrea al menos 50.000 obreros para construir carreteras y estructuras que facilitasen la invasión. En 1940, también en Eritrea, los italianos registrados como residentes llegaron a 75.000: 59.000 hombres y 16.000 mujeres. Según los datos recogidos después de la guerra por una comisión interaliada, el número de mujeres eritreas que vivían con italianos pasó de 1.150 en 1935 a 10.000 en 1937, y a 15.000 en 1940, casi igual al número de ciudadanas italianas residentes en la colonia; y más o menos igual al número de niños mestizos que nacieron en aquel periodo, cada uno con su propia historia de reconocimiento, afecto o abandono por parte de los padres italianos y de su posterior relación con la nación, la lengua y la cultura italianas.

Las poblaciones más afectadas por el régimen de apartheid fueron las urbanas, que crecieron rápidamente como resultado de la demanda de mano de obra para la construcción y de la demanda de servicio doméstico. Sobre estas se abatieron con violencia las disposiciones, promulgadas entre 1937 y 1940, para la realización de nuevos planes reguladores de las ciudades imperiales. Los indígenas estaban obligados a establecerse a un mínimo de 500 metros de distancia del centro urbano de los blancos; separación que era acentuada por barreras naturales: dunas, colinas, valles, o un río, como en Addis Abeba. Basándose en el concepto de zoning, de zonificación, que había caracterizado la separación social de las ciudades industriales europeas a lo largo del Ochocientos, y que seguía caracterizando los nuevos barrios obreros de la Italia fascista, en África oriental la separación se transformó en un «saneamiento

humano», que empezó con el incendio de los viejos barrios, con la erradicación y con la concentración en nuevas áreas de parte de los 100.000 indígenas que vivían en Addis Abeba, de los 60.000 de Mogadiscio (para dejar libres los terrenos que alojarían a los 20.000 italianos residentes en 1938), de los 45.000 de Asmara (para los 50.000 italianos) y de los de Massaua, que en 1936 registraba 98.000 habitantes de los cuales 53.000 eran italianos. La elaboración urbanística y arquitectónica para las colonias italianas fue muy compleja y estuvo sujeta a diversas fases políticas y a la voluntad personal de los gobernadores civiles y militares que se sucedían, hasta que culminó con el ambicioso proyecto del plan regulador para Addis Abeba, la «Nuova Roma dello Scioa». En el territorio etíope se desencadenaron las mismas ambiciones y las mismas rivalidades personales, profesionales y académicas que interfirieron en los planes reguladores de las ciudades italianas (y encontramos los mismos arquitectos). La única excepción fue la entrada en juego de una autoridad internacional, Le Corbusier, que intercambió puntos de vista con Piacentini sobre la visión general, planificadora y de «civilización moderna», de los territorios en torno al eje equipado y centro irradiador de mando representado por la nueva capital etíope. En cuanto al resto, los nombres fueron los mismos: Cesare Valle e Ignazio Guidi firmaron el plan regulador para la capital y los arquitectos Del Debbio, Ponti y Vaccaro proyectaron monumentos y grandes espacios para Addis Abeba, que estaba en construcción cuando llegaron las tropas inglesas que la ocuparon en abril de 1941. Los resultados no fueron por tanto los esperados: a principios de los años cuarenta, en el África oriental italiana, las realizaciones en el sector de la construcción eran principalmente de infraestructuras, militares y destinadas a los servicios de representación, financiadas por el Estado y por las sociedades y los bancos con intereses en el territorio.

Se repetía la situación registrada en la madre patria en los años treinta; la financiación pública y con capital mixto iba a obras concretas y a edificios de representación: correos, hoteles, cines y teatros o a las primeras gasolineras. Solo en Asmara, en 1937-1938, se construyeron tres salas cinematográficas y el gran hotel de la Compagnia Immobiliarie Africa Orientale. Pero, debido a los altos costes de los materiales y los transportes y a la inseguridad de muchos territorios, las inversiones privadas seguían siendo escasas y la construcción privada de viviendas insuficiente. A finales de 1939 el Instituto Nazionale Case Impiegati di Stato, creado en 1924, había construido en África oriental, para los cuadros dirigentes civiles y militares, 252 alojamientos, en Libia 377 y 59 en el Dodecaneso. Y también había sido decepcionante la labor colonizadora agrícola, que se había puesto en marcha con el mismo modelo regional del Agro Pontino,

en colaboración con la Opera Nazionale Combattenti, el Istituto Nazionale della Previdenza Sociale y con institutos financieros. En 1937 se fundaron, así pues, el Ente Romagna d'Etiopia, fruto de la voluntad personal de Mussolini para sus correligionarios, y los Ente Veneto y Puglia, seguidos en 1939 por un organismo de colonización destinado a los italianos residentes en el extranjero, a quienes les pedían que reinvirtiesen sus ganancias en la colonia. Los altos costes de los materiales y la tecnología inadecuada para tratar terrenos abruptos y desconocidos llevaron, entre otras cosas, a la creación de haciendas agrícolas unifamiliares de escasa cualidad habitacional y productiva y determinaron la construcción de un número limitado de granjas, entre 270 y 370 unidades en cinco años. Alrededor de 600.000 italianos solicitaron ir a trabajar a Etiopía; es necesario considerar cuántos de ellos realmente partieron. En el caso de los molisanos, por ejemplo, de 4.000 solicitudes 555 fueron atendidas y se materializaron. A pesar de que fueron presentados por el régimen como una élite de pioneros, colonizadores y portadores de civilización, en realidad fueron pocos los que sintieron un auténtico interés por el ambiente colonial, fundamentalmente técnicos e investigadores: veterinarios, técnicos agrarios, zoólogos, biólogos militares y universitarios. La gran masa de origen rural veía Etiopía como la salida a la condición de indigencia en la que vivían en su patria. El fascismo, en un principio, pensó que aumentaría el consenso entre los campesinos con la colonización y, en cambio, lo que obtuvo fue una migración deseada por pura supervivencia familiar y comunitaria.

Diferente fue el resultado de la colonización de Libia, que después de las confiscaciones de tierras en 1923, se desarrolló en torno a dos modelos contrapuestos: el del gran latifundio de capital privado y trabajadores italianos, y el de la colonización extendida, apoyada casi totalmente por el Estado. Para esta última, en 1925 el entonces gobernador De Bono había solicitado la introducción escalonada de 300.000 colonos italianos para 1950. La cifra fue aumentada a 500.000 después de que el general Graziani acabase con la revuelta de las poblaciones seminómadas de la meseta cirenaica. Su líder, Omar al Mukhtār, fue ahorcado en septiembre de 1931 y su pueblo sufrió deportaciones masivas que lo diezmaron. Todavía hoy es difícil hablar en Italia de al Mukhtār e incluso se ha impedido durante mucho tiempo la circulación de una película de estilo hollywoodiense, coproducción libio-estadounidense de escasa calidad artística pero de gran impacto emotivo, que ha reforzado en una parte de la población líbica el mito del héroe nacional: El león del desierto de Mustafà Akkad producida en 1980. En los años veinte, según estimaciones italianas, la Cirenaica contaba con alrededor de 225.000 habitantes; en el censo de 1931 descendieron a 142.000 (18.500 eran italianos): cerca de 20.000 habían huido a Egipto, los otros 60.000 habían muerto de hambre, agotamiento y enfermedades durante la deportación. El Ente di Colonizzazione della Cirenaica, fundado en 1932, se ocupó de la construcción de localidades modelo (cuatro completadas en 1934 para 290 familias, con una capacidad para 2.400 personas) según un modelo de pueblo dotado de servicios y de colonización rural extendida similar al que se estaba experimentando en el Agro Pontino. La política de poblamiento se intensificó con la unificación administrativa de las colonias de Tripolitania y Cirenaica en Libia y con el nombramiento en 1934 de su nuevo gobernador, Italo Balbo. Balbo facilitó una colonización demográfica para que se llevase a cabo un asentamiento masivo de colonos metropolitanos. La inicial oposición de Mussolini al proyecto fue superada en 1937 cuando se dio cuenta de las dificultades para destinar a África oriental un movimiento migratorio masivo. El decreto del 17 de mayo de 1938 puso en marcha un plan para el establecimiento anual de 20.000 personas durante cinco años que también preveía la incorporación del área septentrional de Libia al territorio nacional italiano en enero de 1939. El Ente di Colonizazzione della Libia y el INPS (acrónimo del Istituto Nazionale della Previdenza Sociale) asumieron las responsabilidades del plan, garantizando la tierra libre de impuestos, la construcción de casas y las herramientas agrícolas para la puesta en marcha de las haciendas. El tiempo previsto disminuyó al construir casas prefabricadas, lo que hizo posible la llegada del primer contingente de 20.000 colonos el día del aniversario de la

Marcha sobre Roma, el 28 de octubre de 1938, tal y como muestra la cuidadosa preparación del viaje, encargada a los secretarios federales de las provincias interesadas, prevista por la hoja de disposiciones n. 1.171 del PNF emitida el 19 de octubre:

en el momento del embarque de las familias colonas que migrarán a Libia: los inscritos en el PNF deberán llevar la camisa negra con pantalones militares. Los inscritos a la GIL los respectivos uniformes. A las amas de casa rurales les serán repartidos los pañuelos obligatorios.

El censo llevado a cabo en 1940 mostraba que en las tierras entregadas para el cultivo a través del programa de Balbo ya se habían establecido 3.900 familias en 3.675 fincas por un total de 232.000 hectáreas.

RACISMO Y SEXISMO EN LA MADRE PATRIA

Mientras tenía lugar el experimento en la colonias, el racismo fascista penetró sutilmente, antes de que se promulgase una específica legislación en la madre patria, a través de la sátira, de la literatura para la infancia y los tebeos, de la prensa diaria y de los programas radiofónicos y teatrales, que difundieron progresivamente imágenes estereotipadas del «negro» mentalmente subdesarrollado, animalesco, a veces incluso caníbal, y del astuto mercader judío relacionado con la conspiración judía internacional. Hace algunos años una historiadora alemana, Gisela Bock, pidió a la historiografía que reflexionase sobre la implicación que en Alemania tuvo el prejuicio del racismo en el destino de las mujeres y en su discriminación. La misma petición podríamos hacer para lo que concierne la relación racismo-sexismo en Italia. La inferioridad del género femenino en la patria encontraba en la imagen de la mujer africana, instintiva, animalesca y por tanto presa del conquistador, una confirmación y un refuerzo; heroísmo y virilidad se hacían sinónimos de conquista, por lo que los pueblos y los seres considerados miedosos e inferiores primero eran burlados y después eran excluidos: negros y homosexuales en primer lugar. El intelectual fascista Julius Evola, recurriendo también al pensamiento de Nietzsche, había proporcionado una identidad espiritualista a las razas: razas en las que prevalece una identidad débil, femenina, y razas con una identidad fuerte y masculina. Después de un largo silencio cultural e historiográfico que ayudó a absolver al fascismo italiano del «pecado original» del racismo, aislando solo el antisemitismo, considerado accidental y un producto de importación después de 1938 en virtud de la alianza política e ideológica con el nazismo alemán, hoy podemos hablar de «una vía italiana» hacia el racismo en la que confluyeron y convivieron corrientes y posiciones muy diferentes, que fueron adoptadas por el régimen por conveniencia en el ámbito de la política interior y exterior o que también dirigentes fascistas hicieron propias por convicción. Además, el racismo proporcionó otra oportunidad de conformismo y deferencia hacia el régimen a categorías profesionales, a cuadros intermedios de la administración central y periférica y a intelectuales que de otro modo habrían sido indiferentes a la cuestión. En la elaboración de políticas de discriminación racial, primero destinadas a los colonizados y luego a los ciudadanos italianos, contribuyeron

multitud de corrientes culturales a menudo tan opuestas entre ellas que podemos afirmar que Italia no solo no careció de una visión racial autónoma del mundo y de la sociedad, sino que también vivió en los años treinta un periodo en el cual abundaron y se enfrentaron posiciones ideológicas sobre la naturaleza del racismo italiano y, en definitiva, sobre los rasgos originarios y puros que había que atribuir a quienes habían habitado desde hacía siglos, si no milenos, la península. Les tocó a los políticos dar la forma legislativa a esta elaboración, contradiciendo en parte lo que todavía un comunicado de prensa del PNF del 25 de julio de 1938 afirmaba:

también en este campo el régimen ha seguido su tendencia principal: primero la acción, después la formulación doctrinaria, la cual no debe ser considerada académica, es decir, finalizada en sí misma, sino determinante para una ulterior acción política precisa.

Las manifestaciones de antisemitismo fueron muy tempranas en el mundo cultural fascista y católico conservador; Giovanni Papini se hizo su intérprete activo desde los años veinte. Convirtiéndose activamente al catolicismo y alimentándose del populismo fascista anticapitalista y del antimodernismo reaccionario, Papini a través de sus escritos produjo en el lector el temor de enemigos internos invisibles relacionados con complots internacionales capitalistas «judaico-bolcheviques». Insinuó en sus historias la sospecha de que en la sociedad existían seres aparentemente normales pero sin escrúpulos ni ideales, monstruos que escondían bajo la apariencia de una normal cotidianidad bestialidades instintivas, codicia y degeneraciones psicológicas. En 1931, Papini publicó la novela Gog. Goggins, llamado Gog, es un millonario mestizo, asistido por un servidor negro y un secretario judío. Novela de éxito, Gog, como por otra parte el precedente Dizionario dell’Omo selvatico (1923) y la posterior La leggenda del Gran Rabbino (1935), resume todos los estereotipos que condicionaron progresivamente el modo de pensar, y el inconsciente, de los lectores italianos: la vuelta del tema del deicidio y de la traición perpetrados por los judíos, el canibalismo y la bestialidad, únicamente reprimida donde el orden social y moral es fuerte. Papini solo fue el representante más culto y eficaz de una amplia literatura popular, tanto italiana como de importación, que se difundió en los años treinta, que iba desde las novelas históricas hasta las

policíacas y que preparó progresivamente a la opinión pública para que aceptase las tesis y las medidas raciales. A ella se sumaba una prensa agresiva y precozmente difamatoria que actuaba contra el judaísmo, el cual había ocupado el lugar de la masonería como sospechoso de ser el motor de la conspiración internacional y la fuerza de desestabilización interna de los sistema políticos, transformando a los judíos, se insistía en el ya recordado comunicado de prensa del 25 de julio de 1938, «en cada nación –con sus hombres y con sus medios– en el Estado Mayor del antifascismo». Los representantes más feroces de esta prensa eran el Tevere de Roma y sobre todo La Vita italiana di Giovanni Preziosi. Y, a partir de 1933, Farinacci les echó una mano con su diario cremonés Regime fascista. El exsecretario del Partido formaba parte del todavía exiguo número de fascistas intransigentes que pronto había adoptado el antisemitismo como señal distintiva y entusiasta de alianza racial con el nazismo y probablemente también como una nueva posibilidad para salir del aislamiento en el cual habían permanecido desde 1926. Farinacci también tenía un fuerte vínculo con los fascistas triestinos –en 1926 se habían opuesto a su destitución como secretario nacional–, que fueron de los primeros en expresar abiertamente posturas xenófobas y antisemitas.

Hasta ahora se han identificado tres líneas principales de pensamiento racista presentes en los años treinta y cuarenta en Italia: el racismo biológico, el nacional-racismo y el racismo esotérico-tradicionalista. El racismo biológico fue el que dominó cuando se impuso la legislación de apartheid en las colonias en 1937 y cuando la originaria intolerancia hacia los diferentes por origen, comportamiento y cultura se transformó en una intervención destinada a excluirlos de la comunidad nacional. Fue apoyado decididamente por Mussolini, que se dirigió a sus representantes para perfeccionar la política racial en las colonias y para afrontar finalmente la cuestión judía en la patria. A principios de 1938, Mussolini pensó en crear un grupo de trabajo en el Ministerio de Cultura Popular, que cristalizó en junio en la Oficina de Estudios sobre la Raza, cuyo responsable era Guido Landra, un joven antropólogo de poco más de veinte años. Landra parece haber sido el principal redactor de un primer documento con diez artículos, corregido y revisado por el mismo Mussolini, que fue publicado, anónimamente, el 14 de julio de 1938 en el Giornale d’Italia con el título «Il fascismo e i problemi della razza», conocido después como el «Manifesto degli scienziati razzisti» («Manifiesto de los científicos racistas»).[4] El decálogo establecía los principios para definir una raza italiana (el término raza sustituyó oficialmente al de estirpe a partir del 6 de agosto de 1938), acentuando los aspectos biológicos, de descendencia de sangre y de pertenencia genética a la

raza aria, excluyendo de ella toda contaminación pasada y futura por parte de poblaciones camíticas y semíticas establecidas en el área mediterránea: «Es necesario hacer una neta distinción entre los mediterráneos de Europa occidental por una parte y los orientales y los africanos por otra», se afirmaba en el punto 8. El manifiesto consideraba que la cepa originaria de la raza italiana se había demostrado muy resistente durante los siglos a contaminaciones, adoptando siempre un proceso de asimilación rapidísimo, como había ocurrido con la ocupación árabe en Sicilia. Por lo tanto se confirmaba la no pertenencia de los judíos italianos a la raza italiana, en cuanto pertenecientes a la «única población que nunca ha sido asimilada en Italia porque está constituida por elementos raciales no europeos». Landra formaba parte de un grupo de intelectuales que desde hacía tiempo expresaban abiertamente posiciones racistas. Entre ellos se encontraba el director del periódico Tevere, Telesio Interlandi, que a los pocos días de la publicación del manifiesto del racismo, el 5 de agosto de 1938, sacó el primer número de La Difesa della Razza. Esta revista ilustrada y cuidada gráficamente, subtitulada Scienza-Documentazione-Polemica-Questionario y financiada por un amplio abanico de instituciones bancarias y compañías de seguros y por grupos industriales, representó hasta su cierre (que coincidió con la caída del fascismo, en el verano de 1943) el más agresivo, anticonvencional y mendaz instrumento de difusión de las ideas racistas en Italia, y el de mayor impacto en la opinión pública. Los diez «estudiosos» reunidos por Landra en el verano de 1938 colaboraron activamente en la revista; la mitad formaban parte, junto al mismo Landra, del comité de redacción de la revista; entre ellos, un conocido antropólogo, Lidio Cipriani, director del museo de antropología de Florencia. El secretario de redacción era Giorgio Almirante, que luego tuvo un papel importante en la organización de la propaganda racial en la República Social Italiana como jefe de gabinete del ministro de Cultura Popular, Fernando Mezzasoma; Almirante llamaría como colaboradores a los mismos Cipriani e Interlandi. Otros «científicos» no se adhirieron personalmente al proyecto editorial de La Difesa della Razza, o bien porque estaban ocupados en otras cosas, como Franco Savorgnan, que sucedió a Corrado Gini en la presidencia del ISTAT en 1932, o bien porque no estaban de acuerdo en una fundamentación exclusivamente biológica del problema racial. Entre ellos Sabato Visco, que sustituiría a Landra en la dirección de la Oficina de Estudios sobre la Raza en diciembre de ese año, y el profesor y senador Nicola Pende, director del Istituto Biotipologico Ortonegetico de Roma.

El paso de una elaboración teórica a una política racial se retrasó en el verano de 1938 a causa de divergencias en el comité de los diez expertos. Por un lado, los

representados por Landra y Cipriani, sobre la base de lo que había ido elaborando la escuela antropológica italiana, sostenían un criterio puramente biológico a la hora de determinar la raza de pertenencia de la población italiana, blanca y aria, de la cual eran excluidos los judíos en cuanto pertenecientes a un «grupo racial no europeo». Por otro estaban quienes, liderados por Visco y Pende, insistían en la identificación de una «raza síntesis», a cuya formación habían contribuido factores étnicos, históricos, ambientales e incluso espirituales, herederos y continuadores de las civilizaciones romana y cristiano-católica. Este segundo grupo promovía un nacional-racismo; acentuaba el racismo ya presente en el originario nacionalismo y defendía la idea de una nación compacta, orgánica y jerarquizada, cuyos valores tradicionales había que defender de toda forma de contaminación tanto biológica como cultural. Esta postura era defendida por ambientes médicos, que se habían distinguido en la eugenésica, por nacionalistas como Giacomo Acerbo, que a partir de septiembre dirigiría un órgano consultivo del Ministerio del Interior, el Consejo Superior para la Demografía y la Raza, y también por ambientes del integrismo católico, próximos a la revista Civiltà cattolica. Fue del Consejo dirigido por Acerbo del que, en la primavera de 1942, partió la iniciativa de revisar los postulados biológicos del «Manifesto sulla razza» de julio de 1938; él convocó a famosos catedráticos de diversas disciplinas médicas y humanísticas, de anatomía y de genética, de antropología, de etnografía, de glotología y de topografía para que colaborasen en la redacción de una declaración sobre el concepto de raza italiana.

También a principios de los años cuarenta se fue delineando una nueva postura racista, definida como esotérico-tradicionalista, que fue presentada en el volumen Sintesi di dottrina della razza de Julius Evola en enero de 1941. Evola se convirtió en el promotor, apoyado por Mussolini −habiendo empezado ya la guerra y el exterminio en varias regiones de Europa−, de una relación más estrecha con el nazismo en el tema del racismo sobre la base de una diferenciación entre la raza nórdica, a la cual pertenecían los alemanes, y la raza ario-romana. Cada raza era definida, según esta corriente, no solo por elementos biológicos e históricos, sino también por características del espíritu y del alma, identificables a través de un proceso esotérico de descubrimiento de los aspectos ocultos y espirituales que constituyen al individuo y su descendencia. En apariencia oscura y elitista, esta corriente tuvo una influencia decisiva en la ya compleja máquina de propaganda racista, orientada casi exclusivamente en la dirección visceralmente antisemita desde 1941. Pende, Preziosi y otros colaboradores suyos actuaron en la información impresa y radiofónica

atribuyendo las principales responsabilidades de la guerra mundial a los judíos y a sus organizaciones internacionales. En los años de la República de Salò, Evola saldría temporalmente de escena, pero dejando que las posturas de su corriente fuesen expresadas y puestas trágicamente en práctica por algunos hombres, entre los cuales se encontraban Giovanni Preziosi, que dirigió la Inspección General para la Raza, y el director del Centro per lo Studio del Problema Ebraico, abierto en Trieste en junio de 1942 (otros fueron abiertos entre 1941 y 1943 en Milán, Génova, Bolonia, Florencia y Ancona), Ettore Martinoli, responsable de la prensa y de la propaganda de la República Social Italiana.

Las disquisiciones que animaron el mundo académico y publicitario en Italia no impidieron que Mussolini, basándose en las diversas corrientes, aportase su propia visión sobre el racismo italiano sobre la que empezar a predisponer la legislación discriminatoria. Mussolini defendió en algunos discursos, el último pronunciado en el Consejo Nacional del PNF el 25 de octubre de 1938, que los italianos pertenecían a la raza aria de tipo mediterráneo. El principal triunfo de la Roma imperial había sido precisamente el de haber asimilado y neutralizado a otras poblaciones. Para demostrar esto, Mussolini había hecho reconstruir y exponer en Roma, también en septiembre de 1938, el Ara Pacis Augustae, el monumento erigido entre el 13 y el 9 a. C. para celebrar la paz restablecida por el emperador Augusto después de las guerras de conquista. En Il Popolo d’Italia del 25 de julio de 1938 escribía:

A quienes quieran ver algunos tipos arios en su clásica pureza y nobleza de líneas, se les ruega que examinen los altorrelieves del Ara Pacis [...]: estos tipos reviven a través de cincuenta generaciones en los italianos de hoy, los cuales al menos desde hace mil años se perpetúan entre ellos, sin asimilaciones y sin aportaciones extranjeras a través de las «naturalizaciones» tan ampliamente aplicadas en los países donde las cunas son notablemente inferiores a los ataúdes.

Los italianos, pertenecientes al grupo indoeuropeo

y exactamente al de quienes han creado la civilización mundial se han

reproducido por tanto entre ellos, especialmente (y aquí volvía la posición ruralista de Mussolini, propuesta de nuevo a la luz del racismo) en el campo, donde es posible encontrar los elementos más puros.

Los principios raciales introducidos en la retórica nacional también tenían el objetivo de proteger a los italianos de toda forma de división interna, desautorizando un prejuicio que se había difundido sobre todo en las comunidades de emigrantes:

Aquí también nos habíamos convencido de que no somos un pueblo, sino un conjunto de razas, así que en Estados Unidos había motivo para decir: «Hay dos razas en Italia: la del valle del Po y la meridional».

La conquista de un imperio por parte de la Italia fascista había vuelto a poner en el punto de mira los problemas raciales, sobre todo en un pueblo que, a diferencia de otros, enviaba a la colonia a no pocos funcionarios: «nosotros iremos mandando a Libia y a AOI [África oriental italiana], con el paso del tiempo y por absoluta necesidad vital, a millones de hombres». Era lo que declaraba el 5 de agosto de 1938 el boletín n. 18 de la Informazione diplomatica, que desde octubre de 1937, bajo iniciativa del ministro de Exteriores Ciano, difundía en la prensa italiana y extranjera noticias relativas a la política internacional e interior del régimen. El boletín confirmaba que el fascismo se había declarado racista desde 1919 y que había llegado el momento de pasar de la primera fase, la del cuidado de la salud de la raza, de la cual se habían ocupado la política demográfica y la ciencia médica, a la de protección del peligro de mestizaje y de una demasiado fuerte y sutil invasión en la vida y en la política interna de cuerpos racialmente extraños, como eran los judíos italianos. A partir del verano de 1938 el fascismo instrumentalizó a su favor el sionismo para atribuir a los judíos su misma visión racial; propagó la idea de que eran los mismos judíos italianos, a través de sus rabinos, quienes se habían situado fuera de la nación italiana, proclamando su pertenencia a otra raza y mostrando solidaridad hacia el judaísmo internacional. Era el momento, pues, de reconsiderar su participación en la vida pública del Estado italiano, basándose en

su misma autoexclusión. El fascismo precisó con relación a los judíos de nacionalidad italiana que «discriminar no significa perseguir».

En 1938, además, se intensificaron la vigilancia y la condena de la homosexualidad, identidad negada en la Italia del Novecientos por perseguidores y moralistas y, a veces, incluso por otros perseguidos. Entre las intervenciones «profilácticas» para la protección de la integridad de la raza también estuvo la persecución de la homosexualidad y de los delitos registrados bajo esta denominación; pero esta ha sido omitida durante mucho tiempo por la historiografía e incluso por el asociacionismo antifascista de los perseguidos políticos. La copiosa documentación recogida sobre la persecución y el internamiento de los homosexuales bajo el Tercer Reich, la intervención militante del movimiento gay y lésbico italiano y también la producción y presentación a un amplio público de algunas películas particularmente sensibles a problemas sociales y situaciones obligadas al silencio y a la invisibilidad, como Una giornata particolare (Una jornada particular) de Ettore Scola, de 1977, y diez años después Gli occhiali d’oro (El hombre de los lentes de oro), que Giuliano Montaldo ha tomado de un cuento ferrarés de Giorgio Bassani, lentamente han descorrido el velo que cubría esta persecución y han empujado a la historiografía a estudiarla, explorando los archivos y solicitando a menudo con dificultad recuerdos y testimonios. El proceso de la represión de la homosexualidad tuvo un largo y singular recorrido. A diferencia de otros países, como Inglaterra y Alemania, donde era perseguida a nivel judicial (pensemos en el caso de Oscar Wilde a finales del Ochocientos y a su larga lucha por la derogación del artículo 175 del Código Penal alemán durante la República de Weimar), en Italia el Código Penal posunitario de Zanardelli no contenía ningún artículo sobre ella por la convicción, explicitada por el mismo Zanardelli en 1887, de que era «más útil la ignorancia del vicio». En definitiva, el silencio por parte del legislador a propósito de la existencia de esta práctica sexual era necesario para no suscitar clamores ni escándalos sobre temas de orden moral, preferiblemente competencia de los ámbitos religioso y privado; la ley debía intervenir solo en actos lesivos para el interés público.

Como se desprende de los informes de los trabajos preparatorios del nuevo Código Penal Rocco, elaborados entre 1927 y 1931, en un primer momento, bajo la presión de la campaña demográfica, los legisladores tuvieron en consideración el delito de homosexualidad y lo incluyeron en el título VIII, «Sanidad moral de la estirpe» y lo registraron bajo el artículo 528, relativo a las «Relaciones homosexuales» condenables de seis meses a seis años de cárcel, dependiendo de

si eran mantenidas entre adultos de mutuo acuerdo, con menores o con ánimo de lucro. Pero en 1932 el artículo desapareció del texto definitivo en virtud de la convicción manifestada por la Comisión de que

la previsión de este delito no es en absoluto necesaria porque, por suerte y orgullo de Italia, el vicio abominable al cual hace referencia no está tan difundido entre nosotros como para justificar la intervención del legislador.

La sola mención de la existencia de tendencias y relaciones no heterosexuales en el país constituía una amenaza a la representación que el régimen daba de la virilidad del hombre italiano. También estaba implícita la interpretación oficial de las prácticas homosexuales: un hecho social, no determinado por factores genético-biológicos, tal y como parte de la medicina y antropología positivista de finales de siglo defendía, y atribuible, pues, a la decadencia de las costumbres y a la degeneración de la sana camaradería alimentada con la experiencia en armas durante la Gran Guerra, consecuencia del individualismo de las sociedades capitalistas y democráticas. El castigo de estos delitos se confió, por tanto, a la aplicación del Texto único de Seguridad Pública, emendado y reorientado hacia el nuevo Código de Procedimiento Penal en 1931, que daba a la policía la facultad de marginar de la sociedad, a través de las medidas de requerimiento, amonestación y arresto domiciliario y, en última instancia, de confinamiento, a todos aquellos que constituían motivo de escándalo para la sociedad y para el régimen. Se instauraba así una compleja colaboración, que se movía en una doble moral, entra la Iglesia católica y el fascismo. La primera había reiterado con la encíclica Casti connubii que el acto sexual estaba dirigido solo a la procreación. El fascismo, en cambio, consideraba que su estilo de vida era suficiente a la hora de reforzar la identidad viril del hombre italiano como padre, marido-amante y combatiente, y además, por «naturales» y reconocidos impulsos, celebrado frecuentador de prostíbulos y lechos ajenos. En consecuencia, la homosexualidad era considerada lo opuesto a la virilidad: una especie de perversión masculina. El fenómeno de la homosexualidad era, pues, considerado marginal, relacionado con una morbosa práctica sexual soportada por los «sodomitas pasivos», normalmente clasificados como dedicados a la prostitución; relacionado con quienes más claramente manifestaban una «inversión» y, por tanto, rasgos marcadamente femeninos; en definitiva, según el

fascismo, una extrema minoría de varones y, por tanto, destinados a ser aislados por la sociedad. Las investigaciones han identificado algún caso aislado de juicio respecto a las mujeres. Los casos eran tratados de manera diferente, confundiendo y fundiendo en la orientación sexual presuntas manipulaciones, desobediencia a la patria potestad y actitudes anticonformistas, y también disidencia política; en cualquier caso, remarcando más la debilidad de la personalidad femenina que una específica elección sexual.

Se han establecido con certeza diez casos de condena a confinamiento político de homosexuales entre 1928 y 1936, mientras que entre 1938 y 1943 fueron alrededor de 300 los enviados a confinamiento, tanto político como común, y otros tantos fueron amonestados: 67 fueron los presos políticos conocidos entre 1938 y 1941; 250 los presos comunes, juzgados concretamente entre 1940 y 1942. Estos fueron destinados a las islas de Sicilia en las que el régimen fue confinando progresivamente a los delincuentes comunes y mafiosos; 57 de ellos habían sido enviados con arresto domiciliario a San Donnino, en las Tremiti. Debido a la poca claridad de la naturaleza del delito, las condenas infligidas a presuntos homosexuales se basaban en la discrecionalidad individual de los prefectos y de las comisiones provinciales, compuestas por un procurador y por miembros de los Carabinieri y de la Milizia. Esto, por tanto, comportaba diferencias en la cantidad y en la gravedad de las condenas infligidas, ya que dependía de la voluntad persecutoria de las autoridades locales más o menos devotas a las órdenes que llegaban de Roma, autoridades que también tenían la facultad de registrar el caso como delito común, lo que ocurría la mayoría de las veces, o político. Los procedimientos aumentaron de todos modos en todo el territorio nacional en 1938 como reflejo de la política racial y discriminatoria y, luego, del estado de guerra, que endureció, como hemos descrito anteriormente, toda la estructura de internamiento de los «no italianos»: antifascistas, apátridas, eslavos, judíos y homosexuales. A diferencia de los diez casos clasificados como políticos entre 1928 y 1937, entre 1938 y 1939 sesenta y cuatro casos de «pederastia», como entonces era llamado impropiamente el «vicio», fueron juzgados como políticos y, por tanto, los culpables fueron condenados a confinamiento político (la mayoría en la isla de San Domino). A partir de 1940, en el proceso de normalización y exaltación de la masculinidad italiana que se incorporaba al frente, la tendencia volvió a ser la de registrarlos entre los criminales comunes.

La situación en Alemania fue muy diferente, porque también había sido diferente la visibilidad del movimiento homosexual y, más en general, de liberación sexual

en la República de Weimar, esto último gracias al sexólogo Wilhem Reich, muy próximo a la KPD, Partido Comunista Alemán. El nazismo tendió a eliminar un mundo homosexual visible, activo, estructurado y consciente, alternativo a la normalización sexual y política emprendida después de 1933. Así pues, en la Alemania nazi se desencadenó muy precozmente sobre el movimiento homosexual una acción de represión mediante el envío de muchos homosexuales varones a los primeros campos de trabajo forzado y de reeducación (sobre todo en Sachsenhausen y en Dachau, campos adyacentes a las grandes comunidades homosexuales de Berlín y de Múnich) con la específica identificación criminal del triángulo rosa. Si Italia hubiese querido seguir a Alemania en su abierta persecución a los homosexuales, en primer lugar, paradójicamente, habría tenido que hacer visible lo que por elección política secular había tenido oculto, y luego habría tenido que reprimirlo para volver a ocultarlo. En cambio, eligió la manera encubierta del ataque a la homosexualidad a través de la sátira, la difamación y el aislamiento de los individuos. La persecución de la homosexualidad por parte de los regímenes fascistas se adscribe al capítulo general de sus políticas raciales y sexófobas, aunque en Italia, como confirmación de lo que se ha afirmado aquí (la tendencia a esconder para negar), la revista La difesa della razza nunca se ocupó abiertamente de la cuestión ni siquiera en los años más intensos de propaganda racista, sino que simplemente siguió confiando esta labor a los periódicos satíricos y de strapaese,[5] como el Italiano de Leo Longanesi, que desde mediados de los años veinte se habían ocupado de crear estereotipos de gente diferente y por tanto ajena a la sana estirpe itálica: hombres feminizados y mujeres andróginas.

ANTISEMITISMO Y JUDÍOS ITALIANOS

En Italia, la preparación de una legislación específica antisemita se desarrolló durante 1938; primero de manera discreta y luego, entre el verano y el otoño de ese año, muy rápidamente. Esta aceleración coincidió con un cambio más general en la persecución de los judíos europeos, especialmente en las regiones colindantes con el Tercer Reich y en países sometidos al dominio de regímenes fascistas: en Austria, en los Sudetes y en la ciudad de Gdansk, en correspondencia con la extensión y la intensidad de la legislación racial nazi, en Hungría y en Rumania. Siguiendo con la comparación, también hay que decir que las medidas persecutorias italianas eliminaron de la vida civil y pública a los judíos italianos, pero no atentaron deliberadamente contra su integridad física. Italia no vivió fenómenos de pogromo, linchamientos, destrucciones de sinagogas y locales pertenecientes a judíos al menos hasta entrada la guerra; no registró los fenómenos de violencia autorizada que vieron, en las devastaciones y en las matanzas perpetradas en Alemania en la noche de los cristales rotos, entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938, el momento más dramático anterior al exterminio. En Italia, la exclusión fue llevada a cabo de manera extensa y a la luz del día, pero sin hechos cruentos que preocupasen a la opinión pública, después de que el régimen hubiese sopesado las posibles reacciones y el fundamental apoyo de la Iglesia católica, de la Corona y los ambientes monárquicos, de las asociaciones de excombatientes y de la vieja guardia fascista. Solo se registraron algunas víctimas, personas que se quitaron la vida al día siguiente de la promulgación de las leyes raciales, el 17 de noviembre de 1938, que significaban su muerte civil. El censo de los italianos de raza y religión judía, llevado a cabo el 22 de agosto de 1938 por la Dirección General para la Demografía y la Raza (conocida como Demorazza), transformación de la anterior Oficina Central Demográfica del Ministerio de Interior, tuvo lugar tranquilamente, con la colaboración de las prefecturas y de las administraciones periféricas y, en algunos casos, también con las comunidades judías. Todo esto no debe confundirnos sobre la actitud de la población y de las autoridades italianas: la discriminación fue muy extensa; la indiferencia en la cual tuvo lugar no fue menos culpable de la violencia alemana (como hoy algunas memorias e historias tienden por fin a aceptar). El censo, no difundido, permaneció en los

archivos para ser utilizado por la República Social Italiana en colaboración con el aliado-ocupante nazi para la deportación de los judíos a los campos de exterminio.

La política antisemita, eufemísticamente considerada de «separación pero no de persecución», fue anunciada por Mussolini el 18 de septiembre de 1938 con ocasión del ya mencionado discurso que pronunció en la ciudad que mejor podía escucharlo: Trieste. La intervención fue inmediatamente difundida en el país a través de la prensa diaria y gracias al librito Monaco 1938. Discorsi di prima e dopo, que mostraba claramente un recorrido que había iniciado en Italia dos meses antes y que había llegado a su conclusión a finales de septiembre con la consolidación de la alianza con la Alemania nazi. En pocas y «claras» palabras, el jefe del fascismo sintetiza el recorrido ideológico que, a través de la realización de un Imperio colonial y de la nueva posición internacional, agresiva y fuera de la comunidad de las naciones fundadas después de la Gran Guerra, quería que emprendiese Italia, haciendo coincidir ya casi sin reservas de naturaleza diplomática la política interior con la política exterior.

Respecto a la política interior el problema de completa actualidad es el racial –reiteraba en aquella ocasión el Duce−; quienes hacen creer que nosotros hemos obedecido a imitaciones o, peor, a sugestiones, son pobres idiotas a los que no sabemos si destinar nuestro desprecio o nuestra piedad. El problema racial no ha estallado de repente como piensan quienes están acostumbrados a despertares bruscos, porque están acostumbrados a largos sueños holgazanes. Está relacionado con la conquista del Imperio; porque la historia nos enseña que los Imperios se conquistan con las armas, pero se mantienen con el prestigio. Y para el prestigio es necesaria una clara y severa conciencia racial que establezca no solo las diferencias, sino las clarísimas superioridades. El problema judío, pues –continuaba–, no es otra cosa que un aspecto de este fenómeno. Nuestra posición ha sido determinada por estos incontestables datos objetivos. El judaísmo mundial ha sido, durante 16 años, a pesar de nuestra política, un enemigo inconciliable del fascismo. En Italia nuestra política ha determinado en los elementos judíos lo que hoy se puede llamar, se podía llamar un auténtico salto al abordaje. Aun así, los judíos de nacionalidad italiana, los que tengan indiscutibles méritos militares y civiles respecto a Italia y el Régimen, encontrarán comprensión y justicia; en cuanto a los demás, se les aplicará una política de separación (Mussolini, 1938: 66-67).

Las principales figuras del régimen participaron en la elaboración de las medidas. Si hoy se muestra más relevante históricamente el papel personal de Mussolini en el asunto, de igual manera aparecen definidas las corresponsabilidades y las iniciativas de otras personalidades: del ministro de Educación Nacional Giuseppe Bottai, que solicitó una depuración completa de los judíos en el cuerpo docente; del ministro de Cultura Popular Dino Alfieri, que estimuló la obra ideológica y propagandista de los racistas italianos; del subsecretario de Interior Guido Buffarini Guidi (el Ministerio estaba a cargo de Mussolini provisionalmente), al preparar varios ambientes políticos para acoger las medidas y guiar el censo de los judíos italianos; de Giorgio Pini, responsable de Il Popolo d'Italia, por el apoyo incondicional dado por la prensa a la campaña antisemita. Y también de Galezzo Ciano, del cuadrunviro Emilio De Bono y de Luigi Federzoni, que se mostraron en un primer momento dubitativos con respecto a la extensión de las medidas discriminatorias a todos los judíos italianos. De Bono y Federzoni obtuvieron que al menos se excluyese a quienes tenían méritos de guerra y de pertenencia al primer fascismo. La adhesión al fascismo por parte de los judíos italianos había sido consistente desde el primer momento, en la media nacional. Se ha calculado que en 1938 cerca del 27% de los mayores de edad estaban afiliados al PNF (según la elaboración realizada por Michele Sarfatti) y que alrededor de doscientas personas habían recibido el carné por haber participado en la Marcha sobre Roma en 1922. La adhesión más cuantiosa al Partido tuvo lugar, como para los demás italianos, entre 1928 y 1933 por los canales habituales de educación y alistamiento: 3.735 (según los datos reconstruidos por Matard-Bonucci) eran los miembros declaradamente judíos en el PNF, de los que alrededor de un cuarto eran mujeres. Algunos habían ocupado cargos importantes, como Renzo Ravenna, potestad de la Ferrara «fascistísima» de Italo Balbo ininterrumpidamente desde 1926 hasta 1938. En aquel año, todavía tenía prioridad el hecho de pertenecer a un cuerpo de elegidos y mártires de la Gran Guerra y de la Revolución y las guerras de conquista fascistas respecto a la identidad racial, como si esos acontecimientos constituyesen una transfiguración y redención de la raza original y los introdujese en la nación. Esto no ocurrió en la Alemania nazi, donde se afirmó solo el principio biológico en la selección. También tuvo dudas Víctor Manuel III, preocupado, más que por la suerte de sus súbditos, por la de algunos altos oficiales y académicos de origen judío próximos a la corte; de cualquier modo, el rey puso su firma, sin demasiadas reticencias, en los decretos ley. La academia militar ya había excluido desde 1937 a los cadetes de origen judío; el cuerpo diplomático estaba

a punto de hacerlo con sus diplomáticos en servicio y en formación.

El 1 y el 3 de septiembre de 1938 el Consejo de Ministros examinó un primer paquete de medidas antijudías relativas a los judíos extranjeros presentes en el territorio nacional y en las colonias: principalmente concernían a «la defensa de la raza en la escuela fascista» y, en consecuencia, a la «institución de escuelas primarias para niños de raza judía». Además, fundó los ya recordados Consejo Superior para la Demografía y la Raza y la Dirección General para la Demografía y la Raza. Después de una serie de aplazamientos, debidos a la ausencia de Mussolini de Roma, el Gran Consejo del fascismo se reunió el 6 de octubre para dar su aprobación y un encuadramiento ideológico a las labores del Gobierno y decidir qué categorías incluir o excluir de las medidas antijudías y del PNF. Después de muchas correcciones y adiciones a causa de las diversas opiniones que había dentro de la cúpula del fascismo, fue realizada una «Dichiarazione sulla razza» que fue distribuida en el Foglio d'ordini del PNF el 26 de octubre. El último paso fue realizado por el Consejo de Ministros, reunido de nuevo los días 7, 9 y 10 de noviembre de 1938, que redactó el decreto ley con fecha del 17 de noviembre de 1938, que fue firmado por Mussolini, Ciano, Solmi, Di Revel y Lantini, contrafirmado por Víctor Manuel III y publicado en la Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia el 19, y que indicaba las «medidas para la defensa de la raza italiana» y proporcionaba la integración y la coordinación «en un único texto de las normas ya promulgadas para la defensa de la raza en la Escuela italiana» (decreto con fecha del 15 de noviembre y publicado en la Gazzetta el 29). La primera parte del decreto ley del 17 de noviembre se ocupaba del matrimonio. Prohibía el matrimonio entre los ciudadanos de raza aria y los pertenecientes a otra raza, y el matrimonio de italianos con extranjeros debía ser autorizado por el Ministerio del Interior, mientras que estaba prohibido a todos los funcionarios civiles y militares del Estado y del PNF. Las sanciones penalizaban tanto al oficial del Estado Civil que los registraba como al sacerdote que los celebraba; y para los contrayentes estaba prevista la pérdida del empleo y del grado militar.

La segunda parte, en cambio, trataba específicamente de los judíos, definiendo a quienes a efectos de la ley eran considerados de raza judía: quienes tenían padres judíos italianos, aunque la persona en cuestión fuese de otra religión, o uno de los padres de raza judía y el otro de nacionalidad extranjera, o bien quien, a pesar de ser de sangre mixta, profesaba el judaísmo o estaba registrado en una comunidad israelí. Al judío italiano, así definido, le estaba prohibido ser propietario o administrador de empresas e institutos bancarios y compañías de

seguros considerados de interés nacional y de empresas con más de cien empleados, y tampoco podía dirigirlas ni administrarlas; además, estaba obligado a limitar el número de sus propiedades inmuebles. La gestión de los bienes sustraídos a las familias y a las sociedades clasificadas como judías corrió a cargo del Ente di Gestione e Liquidazione Immobiliarie creado a principios de 1939, que actuó con la colaboración de las autoridades periféricas, prefecturas y comisarías, y con los bancos locales. Se puso en movimiento una auténtica operación de atraco y expoliación a los ciudadanos que, intensificada durante la guerra y después con la República Social, se concluyó con la lenta restitución de los bienes a los supervivientes en los años sesenta. Bajo la ocupación alemana, en enero de 1944, el régimen de Salò, también sobre la base de los censos llevados a cabo en 1938 y actualizados repetidamente, intensificó todavía más las medidas, llegando al secuestro y a la confiscación también de los bienes muebles y de las viviendas de los judíos, cediéndolos a las fuerzas militares y de policía italianas y alemanas así como a civiles arios particulares. Este fenómeno, gracias a una organizada administración civil que contaba con la colaboración de los institutos bancarios, tuvo lugar en toda la Europa ocupada por los nazi-fascistas. Por otra parte, al judío le estaba prohibido ejercer de tutor de un menor de raza aria y podía ser privado de la patria potestad de hijos de religión diferente de la judía, en caso de que hubiese ejercido una influencia religiosa y política contraria a su voluntad. Los asistentes arios no podían trabajar para las familias judías. Los judíos eran excluidos del servicio militar, de las administraciones civiles y militares del Estado, de las administraciones locales y paraestatales, de los sindicatos, de las asociaciones y de los institutos y las organizaciones de participación estatal. Quienes pertenecían a la raza judía no podían ser miembros del PNF ni de sus organizaciones de masas. En el sector de la propiedad de terrenos e inmuebles, del servicio militar y de la tutela de menores se concedían excepciones a una serie de categorías: a los familiares de los caídos en la guerra, a los mutilados, a los heridos y a los combatientes condecorados, poco menos de 2.500 familias; a los afiliados al PNF desde 1919 hasta 1922 y en el segundo semestre de 1924 (quienes habían seguido siendo fieles después de la crisis Matteotti) y a algunas otras excepciones por un total que superaba a penas las mil personas; y a los legionarios fiumanos, treinta y cinco.

Igual de duro era el decreto ley relativo a la educación, firmado por Mussolini, Bottai y Di Revel y también contrafirmado por el rey. La expulsión de los jóvenes judíos de todas las escuelas del reino, de todos los niveles, ya fuesen públicas o privadas, era todavía más dramática, bajo algunos aspectos, que la

expulsión de sus padres del empleo público y de las actividades comerciales, ya que eliminaba de la vida comunitaria a las futuras generaciones de jóvenes judíos, privando al país de su contribución intelectual, recluyéndolos en nuevos guetos escolares administrados solo por las comunidades israelíes y por profesores de raza judía. Algunas escuelas fueron de alto nivel y contribuyeron al descubrimiento de las propias raíces y tradiciones familiares y religiosas en una comunidad como la italiana, altamente secularizada y dispersa, así como también a la emancipación individual con respecto a la exclusión pública sufrida también por los más jóvenes, pero aun así fueron institutos que se fundaron por la coerción. Solo los estudiantes universitarios y de los institutos superiores podían terminar los estudios que habían emprendido. Pero ¿qué salida profesional les esperaba si a la vez la misma ley les negaba el acceso a la enseñanza y a la investigación? Los judíos de hecho estaban excluidos de las academias, los institutos y las asociaciones de ciencias, letras y artes y del cuerpo de profesores de todos los grados; sus publicaciones estaban excluidas del uso didáctico, también las realizadas en colaboración con autores arios. Annalisa Capristo ha comprobado que fueron 676, de los cuales 61 eran extranjeros, los expulsados de las academias y de las sociedades científicas; en las universidades 95 profesores entre ordinarios y extraordinarios perdieron la cátedra. Otros intelectuales y docentes estuvieron dispuestos a sustituirlos; algunos de ellos se involucraron directamente en la campaña antisemita, otros simplemente se aprovecharon de la ocasión. La depuración de los judíos, voluntad de Bottai, fue muy amplia en el sector educativo. Incluso el personal administrativo y de supervisión escolar era alejado de las escuelas si era de raza judía y no pertenecía a las limitadas categorías beneméritas para la nación y el fascismo, las cuales, de todas formas, eran trasladadas a otras administraciones. Las medidas raciales daban vida a un pueblo sombra, excluido de la vida civil e ignorado por la mayoría de los italianos que se interrogaría sobre su destino solo mucho más tarde, ya bien entrada la posguerra. Para una minoría de judíos antifascistas, las leyes raciales representaban una confirmación más de lo que ya rechazaban del fascismo; pero para muchos judíos, que habían apoyado o habían pertenecido al Partido Fascista (algunos incluso lo habían financiado), o que habían tolerado el régimen por tranquilidad o para sacar provecho o incluso para otros, profesionales y académicos, que de él habían recibido honor y autoridad, el cambio que se produjo en 1938 resultó todavía más dramático al ser imprevisto y drástico. Para los no judíos las leyes raciales constituyeron uno de los capítulos más vergonzosos de la historia de Italia y del fascismo: mostraron la pasividad, la negligencia, la indiferencia de la gran mayoría por la suerte de sus vecinos, colegas, conocidos, compañeros de estudio, y se aceptó la idea de

que si alguien es condenado por algo es porque es responsable de ello. «Buenísimas personas, aunque sean judías» los inquilinos Levi, repetía la portera Elsa, desde su papel de controladora de la vivienda que le había confiado el régimen, en el recuerdo de Rosetta Loy que, mejor que otros escritores y testigos, nos ha mostrado lo que vivió en los ambientes burgueses y católicos de la época, en este caso en la capital, que aceptaron pasivamente las leyes raciales.

Cuando el fascismo efectuó la discriminación de los judíos todavía no tenía un plan concreto para su eliminación, como por otra parte tampoco lo tenía en aquel momento el nazismo. El plan de expulsión que debía haber sido aplicado en marzo de 1939 se llevó a cabo solo con los judíos de origen extranjero que se habían refugiado en Italia y en sus colonias para huir del antisemitismo creciente en otras partes de Europa; de ellos la mitad, alrededor de 3.000, habían sido naturalizados y a estos se sumaban al menos 7.000 que habían conseguido la nacionalidad italiana en los territorios anexionados a Italia desde enero de 1919. Pero se entreveía a largo plazo, y la idea fue tomando forma cuando Italia entró en la guerra, una lenta expulsión de los italianos clasificados como judíos del cuerpo social del país, que posiblemente al cabo de diez años se «arianizaría». El censo llevado a cabo el 22 de agosto de 1938, es decir, antes de la legislación que especificaba las categorías perseguibles, había registrado a 58.412 personas de raza judía, incluyendo también los nacidos de matrimonios mixtos, de los cuales 48.032 eran de nacionalidad italiana. El posterior decreto ley del 17 de noviembre reducía el número de las personas a las que les afectaban inmediatamente las medidas, porque tenían madre y padre judíos o porque profesaban la religión judía, a 46.656, de las que 37.241 eran italianas y 9.415 extranjeras; estaban momentáneamente exentos 10.069 individuos que habían conseguido méritos bélicos o políticos. Una atenta investigación de los datos oficiales lleva a considerar que fueron alrededor de 30.700 las personas que, en el otoño de 1938, fueron excluidas inmediatamente de la vida civil: un italiano de cada mil. Es también interesante la composición socioprofesional de la comunidad, considerando la profesión del cabeza de familia, estudiada por Matard Bonucci: los comerciantes eran el componente más fuerte, poco menos que un tercio del total, seguidos por los empleados, menos de un cuarto; estos estaban muy lejos de los profesionales, los empresarios industriales y los titulares de rentas de propiedades; una mínima parte pertenecía a la clase obrera, a los artesanos y a los agricultores y 246 eran oficiales del ejército.

Pero es necesario salir de los puros datos numéricos para entender el impacto demográfico real que tuvieron las leyes raciales en esta porción de la población

italiana. Italia, a lo largo del Ochocientos y en los tres primeros decenios del Novecientos, se había quedado en la periferia de las grandes corrientes de migración judía que habían atravesado Europa después de la aparición del antisemitismo en muchas áreas centrocontinentales; estas se habían dirigido hacia las grandes aglomeraciones urbanas de Viena, Berlín, París y Londres o habían emprendido las primeras migraciones transoceánicas. El crecimiento demográfico, que durante el siglo XIX había llevado coherentemente con el aumento de la población total a los judíos europeos de 2 a 8,5 millones, había influido relativamente en la población de origen judío en Italia, la cual se había ajustado a los datos de crecimiento general del país y a los parámetros de aumento de los judíos de la Europa occidental, mucho más bajos respecto a los de la Europa centroriental. Además, los judíos italianos, en el periodo analizado, siguieron estado ausentes casi por completo del sur y se concentraron en ciudades centro-septentrionales medianas, determinando el declive de muchas comunidades establecidas en centros menores: las comunidades israelíes oficialmente constituidas pasaron de las ochenta y siete en 1840 a las veintitrés de 1931. Mientras tanto tuvo lugar un proceso de «secularización» de las comunidades con el aumento de matrimonios mixtos, especialmente en grandes ciudades como Trieste y Milán (la comunidad romana permaneció más compacta y tradicional, al menos hasta la Segunda Guerra Mundial), con el abandono de la práctica religiosa y con el cambio de los tradicionales oficios. En 1938 uno de cada dos matrimonios era mixto y para al menos tres cuartos de los hijos de estas uniones se había elegido la religión predominante en el país, es decir, habían sido bautizados. Estos procesos lentos y naturales fueron interrumpidos a partir del verano de 1938. La valoración de la persecución judía en Italia va más allá de las ya altas cifras de los deportados a los campos de exterminio, calculados hasta ahora en unas 7.500 personas, de las cuales 5.916 eran de nacionalidad italiana (con respecto a los 6.746 italianos que se fueron), a los que se suman al menos trescientos judíos caídos en la lucha antifascista. También implica las transformaciones demográficas más a largo plazo: caída del matrimonio y de la natalidad ante las incertezas del futuro, aumento de enfermedades debidas a los cambios repentinos de las condiciones económicas y laborales, emigraciones. Si habían sido solo unos cien los judíos que habían emigrado voluntariamente a Palestina antes de 1938, después de la promulgación de las leyes raciales los correligionarios fueron algo más de quinientos; solteros y familias, una vez aceptados prefirieron dirigirse hacia el continente americano, especialmente los intelectuales. Fueron aproximadamente seis mil los que se trasladaron entre 1938 y 1940 a Palestina y a Estados Unidos. La comunidad judía perdió oficialmente, por conversión a otra religión y por separación de esta, a 968 personas entre

1932 y 1937, 2.231 en 1938, 2.364 entre 1939 y 1940. Fueron enviadas decenas de solicitudes de «arianización» al Tribunal de la Raza. En 1942 alrededor de dos tercios de las solicitudes presentadas fueron aceptadas; las de algunas personalidades de prestigio y grandes familias, capaces también de pagar los gastos de los actos de «desjudaización», fueron personalmente apoyadas por Mussolini. Ha sido calculado el impacto demográfico de los años 1938-1945 sobre la población judía italiana entre 1938 y 1965 sobre la base de un hipotético desarrollo regular en el caso de que no hubiese sufrido la persecución ni la Shoah: un rotundo 41% que aumenta al 49% entre quienes en 1940 tenían entre cinco y veinticinco años.

Hay que superar, pues, la demarcación histórica, mantenida hasta tiempos recientes, entre el periodo discriminatorio de los judíos por parte del fascismo italiano y el periodo persecutorio iniciado con la ocupación alemana de la península. Con la entrada en guerra los judíos italianos, junto a los judíos extranjeros y a los extranjeros arios no pertenecientes a los países aliados, también fueron considerados política y socialmente peligrosos, a pesar de no haber expresado formas explícitas de oposición al régimen, en cuanto pertenecientes a un cuerpo extraño a la nación y, por tanto, en guerra, considerados automáticamente enemigos. El haber excluido del servicio militar a los judíos que tenían la edad para entrar en él hizo que las generaciones más jóvenes todavía fuesen más sospechosas. A partir del 6 de mayo de 1942 todos los judíos italianos, incluidas las categorías a las que anteriormente habían afectado solo de manera parcial las medidas discriminatorias de 1938, de ambos sexos y de edad comprendida entre los dieciocho y los cincuenta años, calculados en 15.517 personas inicialmente, fueron sometidos al «reclutamiento para el servicio del trabajo». En realidad, exclusivamente por carencias organizativas, solo 2.038 judíos fueron empleados en trabajos manuales. En septiembre de 1940 los judíos no italianos presentes en Libia fueron internados, mientras que en octubre de 1942 las medidas raciales que se habían perfeccionado desde 1938 fueron aplicadas también a los judíos italianos que residían allí. Igualmente, las autoridades militares se ocuparon de alrededor de 5.000 judíos de origen italiano presentes en Túnez en el momento de su ocupación directa en noviembre de 1942, aunque aquí el objetivo prioritario del ocupante fue la italianización y la fascistización de esta colonia francesa que desde hacía tiempo ambicionaba Italia, tanto como para dejar en segundo lugar el antisemitismo. Los judíos tunecinos, todavía considerados en la escala jerárquico-racial superiores a los árabes, evitaron en esas circunstancias la expropiación que, en cambio, les tocó a sus vecinos. Al igual que en Libia, el

fascismo descuidó temporalmente el antisemitismo para encontrar aliados y consenso para someter a la mayoritaria población árabe. Pero en junio de 1943, el nuevo ministro de Corporaciones, Tullio Cianetti, y el subsecretario de Interior, Umberto Albini, perfeccionaban la operación con un proyecto de movilización total de los judíos que también preveía un régimen de internamiento para ambos sexos entre los dieciocho y los treinta y seis años, igual que el de los prisioneros de guerra, el de los extranjeros provenientes de países enemigos y el de los judíos extranjeros presentes en el territorio italiano. La creación de los campos de trabajo forzado se detuvo por los acontecimientos del 25 de julio, como por otra parte ocurrió con el proyecto de extradición hacia los campos alemanes de los judíos extranjeros presentes entonces en Calabria, en el gran campo de concentración de Ferramonti di Tarsia.

▪

[1] Literalmente «granja cerrada». (N. de la t.)

[2] Literalmente «caritas negras»; también título de una famosa canción fascista. (N. de la t.)

[3] Relación conyugal entre una nativa de las colonias (madama) y un italiano que tenía lugar a través de una forma local de contrato social no registrada y no traducida como matrimonio. (N. de la t.)

[4] También es conocido como «Manifesto del razzismo», «Manifesto sulla razza» y «Manifesto della razza». (N. de la t.)

[5] Véase cap. II.

IX. DE LA GRAN AVENTURA A LA GRAN CATÁSTROFE

U

NA POLÍTICA EXTERIOR AL SERVICIO DE LA INTERIOR

La tesis más frecuente entre las que han tendido a minimizar las responsabilidades históricas y morales del fascismo italiano indica como único error grave en su trayectoria la alianza con la Alemania nazi y en consecuencia la entrada en guerra de Italia a su lado. Es decir, que sin este hecho, el fascismo habría podido sobrevivir como sistema populista, recoger los frutos de más largo plazo de su política económica y social, convertirse en un freno permanente a la expansión del comunismo en Europa y llevar a cabo una labor importante en el área mediterránea. Sin embargo, hay que recordar que la declaración de guerra de la Italia fascista a Francia y a Gran Bretaña, el 10 de junio de 1940, no fue una decisión impulsiva ni un acto debido a los compromisos tomados en el eje ítalo-alemán. Fue, por el contrario, un evento largamente preparado y consecuente con la línea seguida hasta ese momento, constantemente determinada por la política interior, social y económica del país y por la propaganda destinada al mantenimiento del consenso. El fascismo optó por acciones diplomáticas y militares para resolver las crisis cada vez más agudas que se sucedían en el país (tanto en el mercado laboral como con respecto a la necesidad energética y de materias primas), según los nuevos bandos y equilibrios internacionales, y porque la Sociedad de las Naciones no cumplió su función reguladora. El juicio que Salvemini dio ya en 1932 (antes de que la Alemania nazi entrase en escena) sobre esta política y su principal responsable fue tajante: «la mitad del entusiasmo de muchos extranjeros por Mussolini consiste en entusiasmo por el “gran hombre” y la otra mitad en desprecio por el pueblo que él gobierna». El prejuicio de las principales naciones occidentales era que «los italianos piensan solo en alimentarse y multiplicarse». Y concluía:

> de todos los delitos que los fascistas han cometido contra su patria, los italianos nunca tendrán que perdonar esto: la difamación sistemática que ellos han hecho de toda la nación, para poner a un único hombre en un pedestal de adulación y mentira (Salvemini: 258-259).

La primera fase de la política exterior fue heredada de la corriente nacionalista que fue a parar al fascismo, enriquecida por elementos primarios de la ideología fascista: agresividad, primacía política, ideológica y luego racial de la nación, exaltación de la guerra como permanente educación. La Italia fascista formaba parte del grupo de las naciones nuevas, vitales y pobladas, animadas por el deseo de conquistar tierras y contender el poder de pueblos en vía de extinción demográfica, débiles en los sistemas políticos y en la estructura social. Mussolini y los hombres de su generación se habían formado en un nacionalismo populista y en un socialismo que despreciaba a las naciones burguesas y coloniales, y se habían alimentado de las lecturas de Sorel, Corradini, Oriani, traduciéndolas en una constante movilización y reivindicación. En cualquier caso, ideología y propaganda tenían que conciliarse con el contexto internacional y diplomático y con diversas fuerzas e instituciones que componían la base del consenso fascista. Al menos hasta 1926 el fascismo se preocupó de consolidar su propio poder dentro del país, confiando la política exterior esencialmente a un cuerpo diplomático muy estable y moderado, representado por la figura del secretario general del Ministerio de Exteriores, cargo ocupado desde 1919 por Salvatore Contarini. El paso de un genérico nacionalismo a una política exterior más adecuada a la aspiración ideológica del fascismo y caracterizada por cambios repentinos y rápidas modificaciones de posiciones, tuvo lugar en la segunda mitad de los años veinte y determinó la desaparición de Contarini y la aparición de Dino Grandi como subsecretario. Desde el principio el espíritu revisionista de los tratados de paz firmados en 1919 inspiró la política exterior del régimen fascista, que tradujo dicho espíritu en una aversión hacia las principales potencias europeas, Gran Bretaña y Francia, acusadas de haber retomado y redimensionado las ambiciones internacionales de Italia; pero lo que en realidad hizo es perjudicar a la naciones menores en las cuales la Italia fascista había focalizado sus frustraciones y sus deseos insatisfechos de potencia. El intento de apropiarse de la isla de Corfú en 1923 muestra esta actitud. Mientras Francia ocupaba la cuenca del Ruhr como represalia por que Alemania no le había compensado las pérdidas de la guerra, Italia arrebataba la ciudad de Fiume a Yugoslavia e intentaba aducir como pretexto un accidente, la muerte de cuatro observadores italianos en territorio griego, para bombardear y ocupar con la marina militar Corfú el 31 de agosto de 1923. Después de las protestas de Grecia, que apeló a la Sociedad de las Naciones, y de Gran Bretaña, que amenazó con una intervención de su flota, Italia se vio obligada a evacuar la isla, que se convirtió en territorio griego metropolitano. Este episodio, aparentemente

aislado, tuvo consecuencias duraderas: aumentó la intolerancia italiana respecto al control británico del Mediterráneo y puso de manifiesto la interpretación revisionista italiana de los tratados de paz bajo la forma de una constante reivindicación de su influencia en el Adriático y en la península balcánica. Alimentada por informes y dictámenes de los estados mayores del ejército, la presencia de bases militares británicas en el Mediterráneo se convirtió en una verdadera obsesión para la Italia fascista. Esta mostraba señales de claustrofobia a causa de un mar naturalmente ya cerrado y militarmente controlado por Gran Bretaña en las puertas de Gibraltar y Suez; y al mismo tiempo mostraba síntomas de malestar por la presencia inglesa en Malta y Chipre y francesa en Córcega y Túnez. La creación de un Mare Nostrum se planteaba como uno de los objetivos vitales y estratégicos para Italia, cuya economía dependía en aquel momento sobre todo de los flujos comerciales marítimos de trigo y de materias primas en parte provenientes de ultramar.

Otro elemento de malestar lo constituía la fundación del Estado yugoslavo. Para obtener la ciudad de Fiume, en enero de 1924 Contarini había logrado la firma de un tratado de amistad ítalo-yugoslavo que, sin embargo, se oponía a la intención cada vez más fuerte de Mussolini de hacer de Yugoslavia un estado satélite de cara a la absorción de parte de sus territorios, empezando por Dalmacia. Algunos observadores de la época y después varios historiadores han visto, en el paso de una política sencillamente revisionista de los tratados a una política más explícita que tendía a redefinir los complejos equilibrios del área europea suroriental, un verdadero cambio en la política exterior italiana que determinó la dimisión de Contarini en 1926 y marcó el principio de una implicación más directa de Mussolini en la política exterior. Pero aquí también hubo factores internos que contribuyeron a este cambio, concretamente una reorganización del cuerpo diplomático y de las funciones del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se eliminó no solo a Contarini, sino también la figura misma del secretario general, y se dio mayor autoridad a la dirección política asumida por el ministro y el subsecretario, quitándosela en parte al personal diplomático. Mussolini había asumido provisionalmente el Ministerio desde octubre de 1922 hasta junio de 1924, y después definitivamente hasta septiembre de 1929, cuando lo dejó en manos de su subsecretario Dino Grandi. A partir de 1926 el jefe de Gobierno y de la diplomacia adoptó tonos más agresivos y caracterizó su política exterior con un doble juego, entre la diplomacia oficial con la Sociedad de las Naciones y la «diplomacia paralela», destinada a hacer saltar el orden mismo que se había impuesto a Europa en los tratados de paz. Si el objetivo principal era Yugoslavia, el verdadero obstáculo era la segunda potencia europea

de aquel momento: Francia, que entre 1924 y 1927 había desarrollado una serie de tratados bilaterales con los países que constituían desde 1921 la Pequeña Entente (Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia). Estos tratados hacían de Francia la garante del área centro-oriental, concretamente con respecto a las peticiones de revisión de los territorios provenientes de los estados redimensionados por la guerra, en primer lugar de Hungría.

Italia, a su vez, había facilitado la firma de los acuerdos de Locarno en octubre de 1925, que confirmaban las decisiones tomadas en Versalles y admitían a Alemania en la Sociedad de las Naciones. Pero dos años después, Italia, con explícita intención de sustituir a Francia en el área de los Balcanes, planeó una estrategia para cercar a Yugoslavia. A partir de abril de 1927 empezó a apoyar la solicitud de revisión de los territorios realizada por Hungría relativa a Yugoslavia y al mismo tiempo empezó a ayudar con armas al independentismo croata liderado por Kosutic y por el jefe del movimiento terrorista Ante Palević. En los cinco años posteriores Mussolini amenazó con atacar Yugoslavia, Túnez y Córcega. Estos propósitos le fueron desaconsejados por el general del ejército, Pietro Gazzera, y por Dino Grandi, convencido de que lo oportuno era seguir moviéndose en el campo de las concesiones logradas a través de la diplomacia oficial. La fase de tensión más alta tuvo lugar entre 1932 y 1933, con el intento fracasado de revuelta croata que partió de Zara y con los fuertes enfrentamientos diplomáticos entre Francia e Italia. En este clima, en julio de 1932 Grandi, que ya no era bienvenido como jefe de la diplomacia italiana, fue enviado como embajador a Londres y Mussolini retomó durante cuatro años la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores, con el apoyo del fiel Fulvio Suvich, de origen triestino e irredentista, hasta que vio en su yerno Galeazzo Ciano a un hombre de confianza al cual entregar, entre junio de 1936 y febrero de 1943, la titularidad del Ministerio. Grandi había sabido mantener una buena relación con la Sociedad de las Naciones; su alejamiento de Roma provocó que Italia se alejase de manera lenta pero decisiva de Ginebra y acabó con la sustitución completa del personal diplomático heredado de la época liberal por el personal fascista.

La subida al poder del nazismo, en enero de 1933, y el golpe de estado clérigo-fascista en Austria en febrero de 1934 cambiaron rápidamente el escenario. Además, en octubre de 1934 el ministro de Asuntos Exteriores francés, Barthou, defensor de la Pequeña Entente, y el rey de Yugoslavia, Alejandro I, murieron en Marsella en un atentado macedonio al servicio del movimiento extremista croata Ustaša. El Gobierno francés dirigido por el conservador y futuro colaboracionista Pierre Laval prefirió abandonar temporalmente la tutela de

Yugoslavia, que firmó un tratado con Italia, y asegurarse la amistad del fascismo en función antialemana. A su vez, Italia jugaba la carta francesa en defensa de la frontera del Brennero y de la tutela de Austria contra las ambiciones alemanas (el 25 de julio de 1934 había sido asesinado por filonazis el «filoitaliano» jefe del gobierno, Engelbert Dollfuss) y se aseguraba el apoyo de Francia para su expansión en África oriental. Desde esta perspectiva fue firmado el acuerdo franco-italiano el 7 de enero de 1935 y fue creado un frente antialemán en el encuentro que tuvo lugar en Stresa, en abril de 1935. En las intenciones fascistas la invasión de Yugoslavia solo había sido aplazada; Italia volvía a interesarse por África, considerada frente secundario respecto a Europa y a los Balcanes, pero digna de atención por dos razones: por el prestigio internacional y, sobre todo, por el consenso interno que recibiría al ampliar los dominios coloniales y ofrecer nuevas esperanzas de tierras y mercados a un país todavía atenazado por la crisis económica. El miedo a la asfixia del Mediterráneo no se había desvanecido con el paso del tiempo y la conquista de Etiopía podía ser el preludio de una unión territorial con Libia gracias a la expansión a través de Sudán y Egipto, que arrancaría el control de Suez a Gran Bretaña. También alejadas temporalmente las ambiciones sobre la Córcega francesa, la crisis política de España, que llevaría en poco tiempo a la Guerra Civil, hacía posible la conquista italiana de las islas Baleares, base estratégica del Mediterráneo occidental para enfrentarse con Gran Bretaña por el control de Gibraltar.

Las relaciones entre fascismo italiano y nazismo alemán no fueron siempre constantes. Las visitas de dirigentes nazis a Italia ya se habían hecho asiduas antes de 1933, concretamente entre 1931 y 1932, con motivo de la exposición romana del Decennale, cuando el fascismo todavía podía considerarse un modelo para las derechas en Alemania. Sin embargo, existían discrepancias y diferentes puntos de vista que se manifestaron con la subida del nazismo al poder: sobre la cuestión austriaca y el destino del Tirol del Sur y por la orientación antisemita y «neopagana» de los alemanes, precisamente cuando el fascismo estaba incorporando el catolicismo al régimen. Dentro del mismo movimiento nazi no todos compartían simpatías por el fascismo italiano. La corriente nacionalista alemana no había olvidado la «traición» italiana durante la Gran Guerra y a lo largo de los tratados de paz; incluso se habían realizado críticas a Hitler por su filomussolinismo, sobre todo por parte del ala revolucionaria del movimiento, las SA de Gregor Strasser. Por otra parte, en abril de 1935 Italia había participado en la Conferencia de Stresa y se había comprometido, junto a Francia y Gran Bretaña, a impedir el rearme alemán y la ampliación de los territorios del Reich, confirmando los equilibrios que ya se

habían establecido diez años antes en Locarno. El primer encuentro tuvo lugar después del apoyo que Alemania dio a Italia durante el periodo de las sanciones; a partir de ahí los dos países vieron la posibilidad de una acción común contra la autoridad «vejatoria» de la Sociedad de las Naciones. En la primavera de 1936 el triunfo electoral en España y en Francia de las izquierdas reunidas en el Frente Popular parecía concretar una amplia alianza contra los fascismos también deseada por la Tercera Internacional Comunista a partir de su VII Congreso, que había tenido lugar en 1935. Después de una serie de encuentros, en octubre de 1936 Italia y Alemania firmaron acuerdos políticos y diplomáticos que comprometían al nuevo eje Roma-Berlín a una ayuda recíproca en política internacional; el primero de ellos hacía referencia a la formación de un bando antibolchevique que debía intervenir a favor de los sublevados nacionalistas en España. El 25 de noviembre de 1936 Alemania firmó con Japón un pacto anti-Komintern, pero en realidad estaba dirigido contra la Unión Soviética; Italia se unió al pacto un año después, el 6 de noviembre de 1937. Esta decisión hizo que Italia se comprometiese en una compleja alianza militar e ideológica, pero en áreas no estratégicas para su expansión de pequeña potencia (Europa centroriental y Asia), y peligrosamente llena de consecuencias para el futuro al dejar atrás las anteriores buenas relaciones comerciales y diplomáticas mantenidas con la Unión Soviética y China. Aunque parecía más fuerte, Italia en realidad se encontró aislada en el tablero internacional, saliendo formalmente de la Sociedad de las Naciones a finales de 1937 (el acto fue aprobado por el Gran Consejo el 11 de diciembre) y jugando la carta de las relaciones bilaterales con las otras naciones, como en el caso del Pacto de Caballeros con Gran Bretaña para la coexistencia temporal en el Mediterráneo.

La culminación de esta fase tuvo lugar con el denominado Pacto de Acero con Alemania firmado por los dos ministros de Asuntos Exteriores, Ciano y Ribbentrop, el 22 de mayo de 1939 en Berlín. Ya no se trataba de un simple acuerdo para un apoyo a los movimientos subversivos de la derecha europea o para fomentar la ampliación de una Internacional Fascista opuesta a las internacionales Socialista y Comunista. El pacto unía a los dos países en una alianza militar de expansión en Europa sobre la base de afinidades ideológicas y de intereses comunes para conquistar espacios vitales. La Italia fascista reivindicaba Túnez, Córcega, Malta y la costa dálmata alegando razones de ocupación histórica y presencia de comunidades de lengua de origen latina e italiana. A su vez, la Alemania nazi aspiraba a buena parte del continente europeo sobre la base de una ideología cada vez más racial y jerárquica de los pueblos y las naciones a los que debía someter. Y todo esto mientras Alemania

se preparaba seriamente para la guerra, equipándose en lo que respecta a la tecnología, los recursos y la organización del trabajo y alcanzando el pleno empleo, por lo que juzgaba la acción armada necesaria para adquirir mano de obra adicional y materias primas. El fascismo, en cambio, estimulaba solo la vanidad de los altos mandos militares y jugaba sobre la constante movilización política de las masas. Después de la guerra en Etiopía había tenido lugar un progresivo cambio en la cúpula del ejército, acumulando mayores responsabilidades en comandantes como Roatta, Graziani y Cavallero, que concebían, respecto a la anterior generación todavía ligada a un modelo de guerra de posiciones, un nuevo esquema de guerra «relámpago», que no respondía, sin embargo, a las posibilidades reales del ejército italiano, a pesar de los apresurados y superficiales intentos de transformación que tuvieron lugar entre 1938 y 1940. Además, el cambio de alianzas desestabilizaba la organización táctica de los altos mandos, concretamente de la Marina, que hasta finales de los años treinta se había concebido como complementaria en el Mediterráneo a la flota británica, y no como su directa adversaria.

Italia se convirtió en un satélite de Alemania ya antes de la entrada en guerra al depender de la tecnología y sobre todo de las fuentes de energía alemanas (especialmente carbón), que recibió a cambio de la cesión de mano de obra. Esta dependencia fue aumentando lentamente con el tiempo y se basó en iniciales acuerdos comerciales alcanzados en 1934 entre el Istituto Italiano per i Cambi con l’Estero y el Reichsbank que preveían compensaciones por las transacciones sin transferir oro o moneda entre los dos países. Los acuerdos fueron perfeccionados con protocolos posteriores firmados por las oficinas competentes de los Ministerios de Asuntos Exteriores (por los subsecretarios Amedeo Giannini y Otto Sarnow) y entraron en 1937 en la órbita de la política del Eje. En la segunda mitad de los años treinta, el hecho de que Italia no se hubiese recuperado de la crisis económica había terminado con la ilusión, surgida con la Gran Guerra, de poder transformar el país en una gran potencia: este quedaba subordinado a mercados económicos y financieros aún dominados por Gran Bretaña y Francia y cada vez más por Estados Unidos. Sus ambiciones imperialistas, de expansión y control comercial e incluso territorial de otras áreas, se fueron redimensionando progresivamente. Después de 1938 Italia abandonó la actividad estrictamente diplomática de dificultar la presencia inglesa en el Mediterráneo, que primero la había llevado a apoyar las reivindicaciones sionistas en Palestina y después a hacerse paladín del independentismo árabe en el área mediooriental, y emprendió una iniciativa expansionista propia dirigida al Mediterráneo oriental. Además, el colapso italiano ante las ambiciones de

anexión de Alemania con respecto a Austria, que tuvo lugar con la anexión de esta última al Tercer Reich el 13 de marzo de 1938, intentó resolverse tanto a través de una alianza más estrecha entre los dos regímenes fascistas como con la búsqueda externa, por parte del fascismo italiano, de compensaciones territoriales exitosas. El 15 de marzo de 1939 la Alemania nazi, gracias al acuerdo de las cuatro potencias europeas alcanzado en Múnich en el septiembre anterior, que le había asignado la región de los Sudetes, invadía Checoslovaquia, la desmembraba y creaba posteriormente el protectorado de Bohemia y Moravia, mientras Eslovaquia, que se había mantenido autónoma, se transformaba en un estado satélite del nuevo Imperio alemán. De igual manera, Italia tomaba la iniciativa con respecto a Albania, respecto a cual mostraba fuertes ambiciones de expansión desde hacía más de un decenio.

El Estado albanés, fundado después de la primera guerra balcánica de 1912, estaba destrozado en la primera posguerra a causa del enfrentamiento entre clanes. En este enfrentamiento había destacado Ahmed Zogu, que, después de un breve exilio, alcanzó el poder en diciembre de 1924 y ocupó el cargo de presidente de la República que, en 1928, él mismo transformó en Reino, convirtiéndose en el soberano con el título de Zog I. En el intento de modernizar el país, depauperado, atrasado en el campo técnico y con un alto porcentaje de analfabetismo, Zog abrió Albania al capital extranjero, distanciándose de Yugoslavia, que lo había apoyado en su subida al poder, y desconfiando de Grecia, muy influyente en la comunidad ortodoxa albanesa y deseosa de extender sus territorios dentro de las fronteras albanesas. La alternativa no podía ser otra que el apoyo político y el capital proveniente de Italia, país con el que Albania había firmado un tratado de alianza defensiva en 1927, que de hecho hacía de ella un protectorado. Los ministros de Asuntos Exteriores Grandi y luego, con aún mayor frecuencia, Ciano visitaron repetidamente a Zog (Ciano fue incluso su padrino de boda el 28 de abril de 1938) y analizaron las posibilidades económicas del país y su resistencia política. Pero a Italia no le bastaba un simple protectorado para enfrentarse a Yugoslavia y Grecia. Además, Zog empezaba a mostrar su espíritu nacionalista oponiéndose a la total subordinación con respecto a Italia, sobre todo después del nacimiento de un heredero. Italia esperó el momento internacional más favorable para la completa conquista de Albania, que llegó en la primavera de 1939. La propaganda fascista presentó a la opinión pública italiana e internacional el desembarque de las tropas italianas en el puerto de Durrës el 7 de abril de 1939 como una intervención solicitada por el pueblo albanés para librarse de la dictadura de Zog, que fue obligado a huir. Los noticiarios cinematográficos LUCE mostraron

a la población albanesa de fiesta acogiendo en las calles a las tropas italianas y atribuyó la débil resistencia que encontraron a la obra de pocos seguidores de Zog y a los criminales liberados de las cárceles. No era la primera vez que la propaganda italiana y la alemana manipulaban imágenes para presentar acciones de conquista como actos de liberación; había ocurrido en Viena y en Praga y ocurriría cada vez más frecuentemente durante el primer año de la guerra mundial.

La fascistización de Albania fue puesta en marcha rápidamente con el pretexto de que era una obra de «justicia social, paz y respeto religioso». El 12 de abril, 180 representantes de las provincias albanesas reunidos en Tirana «ofrecieron» la corona del reino de Albania a Víctor Manuel III; después de la ratificación por parte del Gran Consejo del fascismo, el 16 de abril el rey también se pudo coronar como soberano de Albania, además de con el título de emperador. El 9 de mayo el ejército albanés juró fidelidad al nuevo rey, aportando al Imperio fascista una nueva contribución de hombres; el general Badoglio llegó a Tirana en junio para reorganizarlo y ponerlo bajo el control directo y el adiestramiento de oficiales italianos. También ese verano, Starace llegó a Albania con la misión de organizar allí el PNF, los FIE y el Partido Fascista albanés. Los jóvenes fueron acogidos en la Gioventù Albanese del Littorio y algunos centenares de ellos fueron enviados a Italia para participar en los campos de verano Dux de la Gioventù Italiana del Littorio. Así empezaba la «redención» de Albania, con un comportamiento paternalista y protector basado en el prejuicio del atraso y sobre todo en la inferioridad de la sociedad albanesa, de la que de todas maneras había que respetar hábitos y costumbres. La Italia fascista debía apartar a los albaneses de su tradicional nomadismo pastoral, procurarles carreteras («según la noble costumbre romana») y estructuras modernas para explotar minas y yacimientos de petróleo; así como los saneamientos y las granjas modelo renovarían la agricultura aún primitiva; en definitiva, Italia llevaría la civilización a ese país. Y lo implicaría enseguida, en el invierno de 1940-1941, en la guerra de los Balcanes para la conquista de Grecia, abriendo un frente de los más difíciles y sangrientos precisamente en las montañas que dividían las fronteras entre Albania y la nación helénica.

L

A GUERRA EN

E

SPAÑA

La Segunda República española fue proclamada en 1931. En 1935, para oponerse a las derechas oligárquicas y militares que habían gobernado con autoridad centralizadora y con represiones sangrientas en el bienio anterior, las izquierdas se habían unido en un frente electoral, bajo la denominación de Frente Popular, que ganó las elecciones generales el 16 de febrero de 1936. Pero el Gobierno que surgió de esta victoria dio muy pronto señales de debilidad interior, dividido por disputas entre las fuerzas reformadoras y las fuerzas más radicales y revolucionarias a la hora de aplicar los programas, y por una violencia difundida en el país, similar a la que se había desencadenado en la primera posguerra en Italia. La violencia llegaba tanto de las derechas fascistas y de la Falange como de la ola de reivindicaciones populares contra el poder secular de los latifundistas y de la Iglesia, que habían llevado a la ocupación de tierras y al asalto de las iglesias y los bienes eclesiásticos en el campo. Aprovechando el clima político, entre el 17 y el 19 de julio de 1936 tropas regulares y legionarios desplegados en Marruecos se sublevaron y, bajo el mando de los generales Sanjurjo, Mola y Francisco Franco, iniciaron un enfrentamiento militar en España que se convertiría muy pronto en una guerra civil y en un enfrentamiento internacional entre fuerzas fascistas y antifascistas. En agosto de 1936, las principales potencias europeas, Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia, acordaron una política de «no intervención» en la crisis interna española. Esta línea fue compartida por todas las naciones europeas. Los únicos estados que no se adhirieron fueron México y la Unión Soviética, que empezaron a enviar ayudas al Gobierno republicano principalmente de manera no oficial; en el caso de la Unión Soviética a través de los canales de la Tercera Internacional Comunista. La política de la «no intervención» acabó por paralizar cualquier posibilidad de ayuda legítima al Gobierno, especialmente por parte de Francia, liderada en aquellos meses por una análoga coalición frentista presidida

por el socialista Léon Blum. En cambio, Italia y Alemania, bajo la apariencia de ayudas y de hombres que habían ido como voluntarios espontáneos a España, contribuyeron decisivamente a la victoria de las fuerzas sublevadas, que llegó después de casi tres años de cruenta guerra civil.

La intervención italiana fascista en España se prolongó desde el otoñoinvierno de 1936 hasta abril de 1939, cuando Franco entró en Madrid ya sin encontrar resistencia. La repatriación de los últimos italianos que estaban en España no se concluyó hasta junio de 1939. En la contribución que la Italia fascista dio a la derrota de la Segunda República española y al asentamiento del régimen personal y dictatorial franquista que gobernó España ininterrumpidamente hasta 1975 hay que distinguir dos fases. La primera se prolongó desde julio de 1936 hasta el final de ese año y se distinguió por el apoyo decidido pero no organizado del Gobierno italiano, consistente en el envío de hombres y medios a los sublevados. Los primeros doce aviones militares Savoia Marchetti S.81 con sesenta hombres de tripulación salieron de la base sarda de Elmas el 30 de julio de 1936. A su comandante, Ruggero Bonomi, le habían dado carta blanca para ayudar a trasladar a las tropas legionarias de Marruecos a España y para constituir una primera flotilla aérea. A finales de 1936 los aviones italianos operativos serían alrededor de ciento sesenta. Al mismo tiempo, otros fascistas italianos partieron hacia España a través de la Milizia y de la sede consular romana del Gobierno provisional de los sublevados españoles, que tenía sede en Burgos y había sido reconocida el 18 de noviembre de 1936 por Italia y Alemania.

La segunda fase empezó el 8 de diciembre de 1936, cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano creó una Oficina España que se ocuparía de comprobar la edad, la posición social y laboral y la conducta política de quienes presentaban la solicitud para marcharse. Al mismo tiempo, se había creado la Misión Militar italiana en España, con sede en Salamanca y a cargo del general Mario Roatta, jefe del Servicio de Información Militar, y del teniente coronel Emilio Faldella, mientras que la base administrativa y logística denominada Operación Militar España se creó en marzo de 1937 en Sevilla bajo el mando del general Carlo Favagrossa. Esta acción respondía al acuerdo, que se había alcanzado secretamente en varios encuentros con el aliado alemán, de enviar tropas principalmente italianas en ayuda de los sublevados. Alemania, por su parte, se ocuparía de enviar armas, municiones, equipo logístico y a algunos miles de hombres, sobre todo pilotos, para instruir a los cuadros españoles y formar una flota aérea entre los militares insurrectos. El tráfico naval destinado a

la España republicana era interceptado de común acuerdo por Italia y Alemania. La primera se ocupó sobre todo del control de los cielos y la segunda de las principales operaciones aéreas que se hicieron efectivas con la completa destrucción de la ciudad vasca de Guernica, el 26 de abril de 1937. Hay que recordar que los italianos, desde las Baleares, también se prodigaron en bombardeos sobre todo en Cataluña, que desde el 13 de febrero de 1937 causaron al menos 2.700 muertos. En un primer momento los italianos actuaron en seis brigadas mixtas ítalo-españolas. A partir de finales de 1936 salieron hacia España en contingentes compuestos por alrededor de tres mil y cuatro mil hombres; los primeros zarparon de Nápoles el 18 y el 28 de diciembre y el 14 de enero de 1937. El 16 de febrero de 1937, pocos días después del común éxito militar en Málaga, la misión, bajo precisa solicitud italiana, que superó las reticencias de los nacionalistas españoles, fue transformada en Cuerpo de Tropas Voluntarias, convirtiéndose bajo todos los efectos en un cuerpo de ejército autónomo activo en territorio extranjero, sometido a las órdenes de empleo bélico del general Franco, pero plenamente tutelado por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano. Una última transformación tuvo lugar en el otoño de 1938, durante las semanas de la última y perdida ofensiva republicana en el río Ebro, cuando los italianos, reducidos a poco menos de 30.000 hombres, principalmente empleados en el adiestramiento de los reclutas, en el cuerpo de ingenieros y en la sanidad, fueron reabsorbidos, con unidades de artillería propias, en formaciones mixtas.

Nunca ha sido completamente aclarada la cifra efectiva de los italianos que lucharon en España con las tropas sublevadas. Comparando los datos oficiales de aquel entonces con las reconstrucciones históricas, se ha llegado a estimar en alrededor de 75.000 los italianos con camisa negra que tomaron parte en la Guerra Civil española. Concretamente las cifras oscilan entre los 74.327 y los 76.254, teniendo en cuenta que es difícil valorar el número de los pilotos pertenecientes a las escuadrillas aéreas que cumplieron diversas misiones en España y que volvían a menudo a Italia, y de las unidades navales activas a lo largo de las costas ibéricas. Se considera que la presencia media de italianos al lado de los franquistas en territorio español en los meses más intensos de combate, entre 1937 y 1938, fue de unas 40.000 unidades (como las mismas autoridades fascistas declararon). Estos pertenecían tanto al ejército como a la Milizia. Al acabar la guerra, en junio de 1939, el Ministerio de la Guerra resumió las pérdidas sufridas: 3.041 caídos (datos reconstruidos más tarde llegaron a la cifra de 3.819), de los cuales 172 eran oficiales del ejército y 105 de la Milizia y 2.764 eran suboficiales, soldados del ejército y de la Milizia (estos

últimos eran 1.357); 11.186 heridos y 225 dispersos entre oficiales, suboficiales y soldados del ejército y de la Milizia. Pero más allá de estos datos, es importante describir a los llamados soldados voluntarios italianos, convertidos en legionarios en España. El término voluntario fue constantemente mantenido por el Gobierno italiano para no desmentir el compromiso de no intervenir que se había alcanzado en el verano de 1936. Es más, para fortalecer esta imagen de país neutral había sido promulgado el 15 de febrero de 1937 un decreto ley que castigaba con la reclusión de hasta tres años «a todo aquel que en el territorio del Estado (italiano) acepta y lleva a cabo operaciones cuyo objetivo es alistar o favorecer el alistamiento para prestar servicio en España»; y con una reclusión de incluso un año para «todo aquel que acepte prestar servicio en fuerzas combatientes en los territorios indicados». Si hubiese sido efectivamente aplicado, este decreto no solo habría afectado a los cerca de cuatro mil antifascistas italianos que fueron a España para luchar a favor de la República, sino también a los estados mayores del ejército y de la Milizia así como a los mismos Ciano y Mussolini por favorecer el alistamiento. El término voluntario, que exoneraba al Gobierno fascista de cualquier acusación internacional de injerencia en los asuntos españoles, fue de por sí ambiguo y en realidad sintetizaba las diferentes naturalezas de la intervención. Sin duda hubo una parte minoritaria que se fue por motivos ideológicos (militares, pilotos, elementos de la MVSN), para luchar en su guerra contra el comunismo y en defensa de la fe católica y por una nueva Europa fascista, creyendo en la causa de los sublevados españoles. En la primera fase del conflicto, además, fueron varios los italianos que se alistaron por espíritu de aventura, sobre todo los más jóvenes (se tiene noticia de menores que fueron detenidos en las fronteras); otros, para limpiar sus certificados de antecedentes penales no precisamente resplandecientes (antes de la creación de la Oficina España, un cuarto de los que se habían presentado, un tercio de los cuales eran mayores de treinta años, tenían antecedentes). Pero a partir de diciembre de 1936, muchos voluntarios fueron alistados sin conocer su destino, que podía ser África o España, tras la promesa de una paga y un subsidio para las familias que dejaban en casa. Otros, especialmente empleados fijos y temporales en sectores públicos o concertados, partieron porque se les prometían facilidades y ascensos a su regreso. El entonces jefe de la policía política, Guido Leto, comentó que

la gran mayoría de las tropas italianas enviadas a España estaba compuesta efectivamente por voluntarios, pero hay que entenderse bien sobre lo que

significa la palabra [...]. Sin usar el término brutal de mercenarios, se puede explicar el fenómeno con la general miseria –aunque dignamente cubierta–que nunca ha abandonado, ni siquiera en los periodos económicamente más favorables, a la mayor parte del pueblo italiano y no hay que olvidar que la Milizia estaba compuesta en gran parte por obreros y campesinos (Leto: 167).

Muchos italianos de la MVSN sufrieron un alistamiento forzado en las sedes provinciales y municipales del Partido, a las que se pedía que proporcionasen cuotas de voluntarios; al no alcanzar dichas cuotas, se recurría al sorteo. Una prueba de ello se encuentra en las notas informativas enviadas por los prefectos a las oficinas centrales de la policía política durante los primeros meses de 1937, donde se señalan quejas por la falta de criterios, de «objetividad e imparcialidad», a la hora de elegir a los voluntarios, y también protestas anónimas contra el alistamiento en pueblos donde la «rebeldía» nunca había llegado a calmarse completamente. Ciertamente la moral no mejoró con las noticias sobre la derrota de marzo de 1937 que sufrieron las tropas italianas en Guadalajara, sobre todo por parte de las brigadas internacionales que flanqueaban el ejército regular republicano. El 18 de marzo los soldados italianos se enfrentaron con los antifascistas italianos de la brigada Garibaldi, coordinados por los comisarios Luigi Longo y Pietro Nenni y por el comandante militar del V regimiento, el triestino Vittorio Vidali, conocido con el nombre de batalla de comandante Carlos. Enrique Lister, dirigente comunista de las brigadas internacionales, ha recordado que «los fascistas italianos dejaron en las manos de los republicanos alrededor de 1.200 prisioneros. En el campo de batalla, además, fueron enterrados por nuestros hombres cerca de 1.500 muertos italianos» (Lister: 138-139). Sin embargo, las reconstrucciones históricas llevadas a cabo a partir de fuentes fascistas reducen las pérdidas a 1.400 muertos, 4.400 heridos y 400 prisioneros. En cualquier caso, las cifras son considerables: en esta batalla el ejército italiano sufrió pérdidas superiores a las registradas en total en la campaña de Etiopía. Vidali ha recordado que se utilizaron altavoces para dirigirse a los voluntarios italianos que estaban a la otra parte de las líneas:

[una] voz los llamaba hermanos de clase, dice que no tiene nada contra ellos; les aconseja que abandonen las filas enemigas y que vengan a nuestros puestos,

donde los están esperando y serán recibidos por compañeros; explica el verdadero significado del movimiento y que ellos están luchando contra sus propios intereses, contra los de sus padres y hermanos; aclara las verdaderas intenciones de los jefes fascistas, los militares traidores, los jefes y los curas que los han enredado con el engaño (Vidali: 76).

Por primera vez en el siglo, los italianos tuvieron que luchar entre ellos en una guerra abierta, en un país extranjero y por motivos de creencia política y religiosa. De los 40.000 hombres que constituían las brigadas internacionales que se formaron para ayudar a la República española, alrededor de una décima parte eran italianos y el grueso de estos eran exiliados antifascistas que desde hacía tiempo vivían en el extranjero, sobre todo en Francia, donde estaban los centros de reclutamiento para España; algunos cuadros comunistas italianos llegaron de la Unión Soviética.

De los fascistas que volvieron a Italia después de la derrota de Guadalajara, y antes de la reorganización de las divisiones con la circular del 1.º de abril de 1937, 603 eran veteranos de África oriental; el 32% eran desocupados; más de la mitad volvían por motivos de salud y el 20% por motivos disciplinarios. La derrota, además de a errores tácticos, fue atribuida a la falta de seriedad en el adiestramiento, en el encuadramiento y en la unión entre militares y camisas negras recién llegados a España y puestos precipitadamente al lado del general Franco. Pensando que se quedarían poco tiempo, los militares italianos de tierra y aire empezaron a enfrentarse al desgaste producido por una larga guerra. Frustraciones, cansancio e insatisfacción se desprendían de las cartas enviadas por los «voluntarios» italianos a los familiares e interceptadas por la censura postal. A la espera de victorias militares, el régimen fascista al menos intentó compensarlos en Italia desde el punto de vista monetario y de las recompensas. Un real decreto del 21 de diciembre de 1936 estableció que el personal de tierra de las fuerzas armadas y el personal civil asimilado en la expedición a España, «que había sido enviado en servicio al extranjero no aislado», tuviesen las mismas indemnizaciones que habían sido asignadas con el precedente decreto del 31 de octubre de 1935 a quienes habían ido a África. A continuación fue asignado un sobresueldo a quienes habían pasado al menos dieciocho meses como voluntarios en España. Estas indemnizaciones, sobre todo para graduados y oficiales, fueron mejoradas con el tiempo, mientras que fue aclarada la cuestión del pago en moneda extranjera (la peseta en aquel momento tenía dos

cursos y dos cambios internacionales, uno para la República y otro para el Gobierno de Burgos) sobre todo a los pequeños núcleos, concretamente a las escuadrillas de pilotos, que operaban dentro del ejército franquista. El 9 de septiembre de 1937 un decreto ley asignaba una indemnización específica a los pilotos que sufriesen algún tipo de invalidez a causa de su servicio en España. En resumen, las facilidades que se habían concedido a quienes habían ido antes a la conquista de Etiopía se prorrogaban y se mejoraban para la misión española. Esta medida confundía la información sobre el destino real de las cantidades de dinero −¿a África o a España?− y desorientaba con respecto a la misión final de hombres que habían salido en uniforme de Italia, lo que hacía difícil cualquier investigación internacional. Además, fueron aumentadas las recompensas al valor por las acciones realizadas en España por petición directa de Ettore Muti: en junio de 1938 fueron señalados por el Corpo Truppe Volontarie alrededor de dos mil nombres para medallas y menciones, diez veces más de los que se habían presentado en los meses anteriores. Algunas categorías de civiles fueron privilegiadas. Un trato especial se reservó a los estudiantes. En la primavera de 1938 los estudiantes universitarios y de los institutos superiores que se habían alistado para combatir en España ya eran al menos doscientos; un real decreto legislativo del 21 de octubre de 1937 también había ampliado a esta categoría las facilidades que habían sido decididas para los jóvenes que habían ido a combatir a África: se les eximía del pago de matrícula del año académico en curso y eran ayudados en los exámenes. Tampoco se olvidó a los empleados públicos fijos y temporales, a quienes no solo se les garantizó el puesto de trabajo y posiblemente una promoción, sino que para ellos fue decidido que «de acuerdo con la disposición del Duce el servicio prestado en España sea considerado entre los títulos de mayor valor para obtener una colocación» definitiva tanto en el sector público como en algunos sectores privados. A principios del otoño de 1937 el desánimo era palpable, tanto como para aconsejar el recambio de la tropa y los primeros retornos a Italia a partir de octubre.

La guerra de España fue una demostración más de la fiabilidad del Estado asistencial fascista: concretamente las familias más necesitadas de los militares a los que habían llamado o que se habían alistado voluntariamente fueron ayudadas a través de subsidios, pensiones e indemnizaciones. La fórmula de las ayudas era vaga, confundiendo y prorrogando medidas que ya habían sido aprobadas para quienes habían participado en la expedición colonial en Etiopía con las de quienes iban a España, sobre la base de un acuerdo concreto entre el Ministerio de África oriental y el Ministerio de Finanzas para tapar las anomalías. En 1937, enviar a un familiar a España no constaba como un acto

diferente de la solicitud para ir a trabajar a las colonias de África. A veces correr el riesgo de ir a España también era preferible a un largo expatrio en la colonia y podía ser recompensado en poco tiempo con un empleo como portero en alguna oficina pública o como conserje en un colegio público. En definitiva, mientras se recurría a la colonización en África para hacer frente al desempleo agrícola, las expediciones militares fueron consideradas un alivio temporal para el desempleo y el subempleo de las clases obreras y de la clase media baja formada por empleados. Lo sabían los legionarios que, de regreso a Italia, a menudo escribían directamente a la secretaría particular del Duce para pedir un puesto de trabajo; muchos de ellos llegaban de áreas con mucho desempleo y de categorías profesionales no cualificadas. Sabemos, por ejemplo, que el contingente que había salido del puerto de Nápoles para ir a España, el 28 de diciembre de 1936, estaba formado casi totalmente por gente del sur, muchísimos de los Abruzos. Luego, el alistamiento le tocó a las áreas agrícolas del centro-norte y a las metrópolis, también modificando, por tanto, la composición social de quienes se iban. Algunos querían volver a marcharse, porque al regresar de África no conseguían reintegrarse en la vida civil. Según un cálculo realizado en 1938 por las oficinas del Ministerio de Asuntos Exteriores, de un total de alrededor de 26.000 alistados, clasificados por amplias categorías laborales, menos del 2% estaba formado por profesionales autónomos, más del 10% procedía del sector público y de los servicios, el 56% de los suboficiales y soldados estaba compuesto por artesanos, y un poco menos del 32% era considerado genéricamente «rural». De 25.904, estaban afiliados al PNF 23.570 (de estos 4.727 de la GIL y de los GUF) y 16.850 (o sea los dos tercios) eran miembros de la MVSN; el 68% estaban afiliados al PNF desde 1929; poco menos del 12% habían combatido en África. También es interesante observar que aproximadamente el 63% tenían una edad comprendida entre los veintitrés y los treinta años, que son los años en los cuales se toman las decisiones importantes, se finalizan los estudios y se logra una cualificación profesional, años en los que se busca trabajo y se tienen ganas de construir una familia.

LOS ITALIANOS DE NUEVO EN GUERRA

Las guerras fascistas de la segunda mitad de los años treinta en Etiopía, España y Albania fueron por tanto un antídoto contra el desempleo. Frente a las promesas incumplidas y a la incapacidad para realizar el modelo del «italiano nuevo», colono en su patria, la exportación de los trabajadores excedentes a África y a Europa con la contribución financiera del Estado, independientemente de que fuera dinero militar o civil, fue la única solución. Las empresas bélicas respondían, así pues, a exigencias económicas concretas y al mismo tiempo a la renovación del consenso popular en el país manteniendo alta la tensión y las expectativas respecto a los éxitos en política exterior y militar. Este proyecto fue llevado a cabo hasta las extremas consecuencias de la entrada en la Segunda Guerra Mundial.

En 1940 era evidente que la colonización agrícola de Etiopía estaba dando pocos frutos: vastas áreas del país todavía estaban fuera del control militar y administrativo de Italia; no se había obtenido una explotación racional de los territorios; los colonos recibían a menudo viviendas precarias, terrenos improductivos, no se encontraban preparados para desenvolverse en un país desconocido, lleno de inconvenientes, insectos, enfermedades y sin máquinas ni fertilizantes, desorientados por las diferentes disputas y desavenencias entre oficinas, ministerios, organizaciones sindicales y de la Opera Nazionale per i Combattenti. Solamente pocas grandes empresas, especialmente en el sector del cultivo de algodón, lograron algunos beneficios, ayudadas por subsidios estatales y por la protección de los precios. A partir de 1940 los empleados civiles empezaron a recurrir a los conocimientos tradicionales y a las técnicas primitivas de cultivo de la tierra que antes despreciaban. La última oportunidad para el sector agrícola fue la de volver al sur de Italia, concretamente a Sicilia, bajo el lema «asalto al latifundio». Además de volver a poner en marcha algunos proyectos de obras públicas, sobre todo orientadas a la irrigación (en las llanuras de Gela, Catania, Lentini y en Belice), la iniciativa, tomada por lo menos un decenio después del saneamiento integral, consistía de nuevo en la repartición de lotes cultivables a núcleos familiares de colonos, tomados de tierras no cultivadas de latifundios, en concreto de las provincias de Caltanissetta,

Agrigento y Trapani. El porcentaje de fondos estatales para el saneamiento del sur había sido, entre 1922 y hasta el año 1938, no muy superior al 34% del total nacional, y Sicilia había sido especialmente desatendida. La iniciativa de una colonización tardía estaba en contradicción con la política de defensa del latifundio siciliano que el régimen había adoptado hasta aquel momento. De hecho, no afectó al equilibrio de las propiedades y lo que se hizo fue construir, sobre todo en tierras marginales, secas y escasamente productivas, a menudo maláricas, al igual que en África oriental, algunos miles de casas de labranza en parcelas unitarias de veinticinco hectáreas, en las cuales muchas familias se negaron a instalarse. Algunos informes de policía sobre el «espíritu público» que llegaron a Roma desde Sicilia a finales de 1939 revelaban que la colonización ya no suscitaba grandes expectativas ni intereses entre las clases campesinas, ni preocupación ninguna a los latifundistas, y sobre todo que, de manera confusa, ya se percibía una guerra como algo inminente y resolutivo.

En el norte, la operación de «desjornalización» de los trabajadores agrícolas, empezada diez años antes, estaba lejos de finalizarse y el país disponía todavía de consistentes contingentes de jornaleros. Entre enero de 1938 y la primavera de 1943 se mandó para trabajar estacionalmente en las regiones del Tercer Reich a, por lo menos, medio millón de italianos. Las fuentes alemanas muestran que casi todos los trabajadores italianos que estaban en Alemania en el bienio 1938-1939 fueron empleados en el sector agrícola, para hacer frente a la carencia de jornaleros que se había manifestado desde la primavera de 1937, y parcialmente en el sector de la construcción. Solo en 1940 el contingente de casi cien mil unidades se distribuyó en partes iguales entre la agricultura y la industria, mientras que en 1941 más de dos tercios de los trabajadores estacionales fueron introducidos en la industria alemana, desprovista de mano de obra cualificada. La operación, que al principio pasó desapercibida, se hizo masiva repentinamente a partir de un acuerdo ítalo-alemán firmado en diciembre de 1937, destinado a resolver dos cuestiones. Una era comercial: la insolvencia italiana en el pago a Alemania de ingentes importaciones de maquinaria y materias primas, sobre todo de carbón. Italia podría pagar de esta manera a su aliado con lo que siempre había tenido en exceso: mano de obra. La otra cuestión era estrictamente italiana: la reducción del desempleo, que en aquellos años volvía a crear tensiones con riesgo de revueltas entre los jornaleros de la llanura padana y de Apulia. De esta manera, el reclutamiento y el reglamento del flujo migratorio se hacían más severos, dependiendo no solo de las oficinas de empleo y emigración, sino también de las federaciones provinciales del PNF. En 1938 los italianos eran el 26% de la mano de obra extranjera presente en

Alemania: el segundo grupo nacional después de los polacos. En 1938 los italianos llegaban casi al 30%. Eran reclutados entre los campesinos sin tierras de las provincias aún socialmente «inquietas». Módena estaba a la cabeza de las provincias que enviaron más trabajadores a Alemania en el bienio 1938-1939, seguida de Padua, Ferrara, Rovigo, Mantua, Reggio Emilia, Bolonia, Verona, Forlí y Rávena. Entre las provincias del sur se encontraban solo Bari, L'Aquila y, en 1940, Avellino. Y volvió a aparecer la mano de obra femenina «de reserva». Alemania había pedido que para el trabajo agrícola los envíos constasen de al menos un cuarto de mujeres. Italia respondió reclutando bajo la categoría de las massaie rurali, las amas de casa rurales, a mujeres de entre dieciocho y treinta y cinco años con la cláusula de que fuesen acompañadas de familiares varones. Algunas provincias (Bolonia, Mantua, Reggio Emilia) superaron incluso la cuota solicitada, lo que prueba la existencia de una reserva de mano de obra femenina en el mercado laboral que era negada oficialmente. Con la entrada en guerra de Italia, las mujeres de entre veinticuatro y veinticinco años superarían el 30%, mientras que en los hombres aumentaría la edad, llegando a alrededor de los cuarenta años. Inicialmente las condiciones de vida de los jornaleros italianos en Alemania fueron mejores que las de otros trabajadores extranjeros; recibían suficientes raciones alimentarias y buenos salarios, a menudo mejores de los que les hubiesen correspondido en Italia. Pero a pesar de ello, la mala organización y la mala asistencia desde Italia y tal vez una toma de conciencia más rápida de las propias condiciones de explotación por parte de quien vivía en una colectividad menos sometida a condicionamientos familiares y del territorio, los llevó a realizar protestas tanto contra el fascismo como contra el nazismo receptor. Las reivindicaciones surgieron en el sector agrícola y se extendieron al sector industrial y extractivo tanto que, por razones económicas y disciplinarias, el Gobierno alemán después de 1940 disminuyó drásticamente el porcentaje de italianos solicitados en las regiones del Reich.

La declaración de guerra del 10 de junio de 1940 a Francia y a Gran Bretaña fue por tanto premeditada por el régimen como continuación de empresas bélicas ya puestas en marcha desde 1935 con el mismo propósito: victorias fáciles, aumento de prestigio internacional, adquisición de nuevas tierras y recursos y consolidación del consenso interno. Por otra parte, la Tercera República francesa estaba agonizando bajo la presión militar alemana, así que la intervención italiana en el frente meridional se presentaba a los ojos de la dirección política y militar italiana como una victoria fácil; al igual que se lo pareció el ataque a Grecia en octubre del mismo año. En realidad, no solo los mandos militares se equivocaban con respecto a la preparación de las tropas italianas y a la debilidad

de los ejércitos y las comunidades atacadas, sino que también el régimen se volvió a hacer falsas ilusiones, como en los años de la campaña etíope, pensando que la población italiana aún se sacrificaría con la promesa de beneficios. La alianza con la Alemania nazi se había aceptado con dificultad en las regiones septentrionales que más habían sufrido tanto el Imperio habsbúrgico como el frente de la Gran Guerra; el ataque a Francia fue vivido dramáticamente por las provincias piamontesas, ligures y valdostanas que mantenían desde hacía siglos relaciones de amistad, comerciales e incluso familiares con la parte transalpina; el régimen descubrió que muchos italianos aún sentían interés por el mundo anglosajón, a pesar de años de bombardeo mediático contra la pérfida Albión y, por último, la entrada en guerra de Estados Unidos en diciembre de 1941 dio a muchos italianos no solo la horrible certeza de haber entrado en un conflicto mundial, sino también de que lo perderían. La resistencia del frente interno, es decir, de la vida y del trabajo cotidianos dentro de las fronteras del país, se quebró incluso antes de que el territorio italiano se viese afectado directamente por la guerra a causa de los bombardeos anglo-americanos, que se concentraron en las grandes ciudades desde octubre de 1942 (principalmente en Génova, Milán y Nápoles), provocando 21.000 muertos hasta el 8 de septiembre de 1943, y antes de los desembarcos de julio de 1943. Más allá de la incerteza sobre la suerte de los propios familiares alistados, más allá de las noticias que se filtraban sobre las graves pérdidas después de la invasión de Francia y Grecia, la población tuvo que afrontar la penuria alimentaria y, en invierno, energética. El país vivía desde hacía al menos diez años al límite de sus necesidades, los italianos parecían acostumbrados a consumos limitados y a subidas cíclicas de los precios, pero no estaban acostumbrados a lo que se presentó entre 1940 y 1942: un aumento del coste de la vida con una media nacional del 43% y de los alimentos del 67%. El sur, a partir del otoño de 1941, empezó a pasar hambre, sobre todo en ciudades como Nápoles, donde las protestas populares se hicieron cotidianas a finales de ese año y se extendieron a otras provincias meridionales en primavera. El norte industrial llegó a los niveles del sur en el verano-otoño de 1942, tanto que al menos un año antes de la destitución de Mussolini, el 25 de julio de 1943, podía decirse que el frente interno había caído.

El consenso había desaparecido y ninguna forma de control o represión de la opinión pública, que por otra parte había desaparecido desde 1926, ninguna intervención drástica del orden público, ninguna exaltante propaganda podían recuperarlo. Los italianos continuaron la guerra, y la sufrieron, no tanto por patriotismo o dignidad nacional, sentimientos aún vivos pero confusos, sino porque no parecía que hubiese ninguna alternativa, ninguna salida de

emergencia, ninguna clase dirigente que pudiese sustituir al aparato de gobierno y a la monarquía incapaz de asumir las propias responsabilidades. Las fuerzas antifascistas, por su parte, todavía eran débiles, estaban diseminadas, esparcidas por el extranjero. La única sensación que se tenía era que un «caos ordenado» reinaba en el país, hasta el 8 de septiembre de 1943, hasta cuando los italianos civiles y militares fueron abandonados a sí mismos, a sus profundas convicciones y al valor, como inmediatamente se pudo ver en las formas de resistencia a la ocupación alemana del territorio y a la entrega de las armas en las islas del Jónico y del Egeo. Si seguimos a Mussolini a través de las crónicas y de sus escritos y discursos, vemos que se convirtió en una sombra. En 1941 aún estaba extremadamente activo, viajando por Italia para estimular y obtener apoyos en pos del esfuerzo bélico, sobre todo entre los obreros de la industria en las grandes ciudades y entre los contingentes militares que se iban al frente; Roma, con el balcón de Palazzo Venezia, había dejado de ser el púlpito elegido, y ni siquiera se intentaba reunir a las grandes multitudes. En cambio, en 1942, cuando ya era palpable la crisis moral del país y del PNF, las apariciones públicas de Mussolini fueron disminuyendo progresivamente. Su arresto y su destitución se presentaron como un momento liberatorio para gran parte de la población italiana, y también para muchos fascistas y para la mayoría de las fuerzas conservadoras y empresariales que lo habían apoyado desde el principio de los años veinte. Pero la historia del fascismo no acabaría ahí. Se prolongaría durante otros 21 meses de manera mucho más dramática: con una durísima ocupación militar nazi y con un enfrentamiento armado entre italianos.

BIBLIOGRAFÍA

*Autores y textos citados**

A

LVARO

, C. (1935): Terra nuova. Prima cronaca dell’Agro Pontino, Istituto nazionale fascista di cultura, Novissima, Roma, (XIII).

A

MENDOLA

, G. (1976): Una scelta di vita, Rizzoli, Milán.

A

MICO

, A. (1932): Combattentismo e fascismo, Corbaccio, Milán.

B

ASTIANINI

, G. (1939): Gli italiani all’estero, Mondadori, Milán.

B

ONADIES

, A. y V. C

ALOGIURI

(1939): Scuola e nazione per la difesa della razza. Nozioni di pedagogia e di igiene per le direttrici e le assistenti delle colonie climatiche, Federazione italiana nazionale fascista per la lotta contro la tubercolosi, Roma (XVII).

CALLETTI, P. (1932): Le strade da Roma imperiale all’Italia fascista, Tipografia del Senato, Roma (X).

CANTALUPO, R. (1926): La classe dirigente, Porta, Milán.

— (1939): Il rimpatrio degli italiani, Edizioni della Rassegna Italiana, Roma.

CASALIS, E. (1928): Il Nuovo Italiano. Manuale di educazione della volontà per il popolo d’Italia, Lattes, Turín.

D’AGOSTINO, A. (1940): Una martire in Camicia nera. Ines Donati, pref. di Giuseppe Bottai, Garzanti, Milán.

DES

ECLY, L. (1926): La conquista regia. Il Mezzogiorno e il fascismo, Vecchi, Trani.

DI MARZIO, C. (1923): Il fascismo all’estero, Imperia, Milán.

FARINACCI, R. (1927): Un periodo aureo del PNF, Franco Capitelli, Foligno.

FORGES DAVANZATI, R. (1930): Il balilla Vittorio. Racconto, La libreria dello Stato, Roma (IX).

GENTILE, G. (1934): La donna nella coscienza moderna, Sansoni, Florencia.

GRANDI

, D. (1941): La Bonifica umana. Decennale delle Leggi penali e della Riforma penitenziaria, 2 vols., Ministero di Grazia e Giustizia, Roma (XIX).

G

RILDRIG

(A

LBERTO

C

APPA

) (1923): «La lotta delle generazioni, 1: Padri e figli», en La rivoluzione liberale, a. 2, n. 28, 25 de agosto.

H

ERMAND

, J. (1989): A Hitler Youth in Poland. The Nazi's program for evacuating children during WWII, Northwestern University Press, Illinois.

L

ETO

, G. (1951): OVRA. Fascismo e antifascismo, Cappelli, Bolonia.

L

EVI

, C. (1958): Cristo si è fermato a Eboli, Mondadori, Milán (1.ª ed.

Einaudi, Turín, 1945).

L

ISTER, E. (1968): Con il Quinto Reggimento. Spagna 1936-39, Nuove edizioni romane, Roma.

LO MONACO, A. (1930): La politica assistenziale dell’Italia fascista, Anonima romana, Roma.

LUDWIG, E. (1932): Colloqui con Mussolini, Mondadori, Milán (X).

LUPI, D. (1923): Parchi e viali della Rimembranza, Bemporad, Florencia.

LUSSU, E. (1968): Marcia su Roma e dintorni, Mondadori, Milán (1.ª ed. Casa editrice critica, Parigi, 1933).

MALAPARTE, C. (1973): Tecnica del colpo di Stato, Vallecchi, Florencia (1.ª ed. it. Bompiani, Milán, 1948; ed. orig. Tecnique du coup d’état, Bernard Grasset, París, 1931).

MORI, C. (1923): Tra le zagare, oltre la foschia, Carpigiani & Zipoli, Florencia.

MORTARA, G. (1925): La salute pubblica in Italia durante e dopo la guerra, Laterza, Bari.

MUSSOLINI, B. (1926): Roma antica sul mare. Lezione tenuta il 5 ottobre *1926 nella sala dei notari di Perugia agli inscritti alla regia università italiana per stranieri, Mondadori, Milán.*

— (1937): La politica demografica, introd. P. Orano, Pinciana, Roma.

— (1938): Monaco 1938. Discorsi di prima e dopo, Società editrice Novissima, Roma.

— (1961): Opere giovanili (1904-1912), en Opera Omnia di Benito Mussolini, La Fenice, Florencia, vol. XXXIII.

ORANO, P. (1937): Gli ebrei d’Italia, Pinciana, Roma.

—

(1938): Avanguardie d’Italia nel mondo, Pinciana, Roma.

ORIANI, A. (1923): Il matrimonio, pref. B. Mussolini, Cappelli, Bolonia.

PARIBENI, R. et al. (1942): Italia e Africa mediterranea, a cargo del Centro Studi Coloniali, Regia Università degli studi di Firenze, Sansoni, Florencia.

PELLIZZI, C. (1925): Fascismo-Aristocrazia, Alpes, Milán.

PINTOR, G. (1965): Il sangue d’Europa (1939-1943), Einaudi, Turín.

PRETI, L. (1964): Giovinezza, giovinezza, Mondadori, Milán.

RIGONI S

TERN, M. (1995): Le Stagioni di Giacomo, Einaudi, Turín.

SALVEMINI, G. (1932): Mussolini diplomatico, Éditions contemporaines, París.

— (1977): Italian fascist activities in the United States, Washington 1940; vuelto a publicar con introducción y a cargo de P. V. Cannistraro, Center for Migration Studies, Nueva York.

SALVEMINI, G. y G. LA PIANA (1943): What to do with Italy, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York.

STARACE, A. (1933): Fasci giovanili di combattimento, Mondadori, Milán (XI).

— (1939): Gioventù italiana del Littorio, Mondadori, Milán (XVII).

T

ERUZZI

, A. (1939): La Milizia delle Camicie Nere e le sue specialità, Mondadori, Milán.

T

ONINI

, V. (1943): Terra del carbone, Guanda, Módena. V

ARALE

, V. (1929): «Lo Sport problema di Stato», en Lo Sport fascista, junio, n. 6.

V

IDALI

, V. (1973): Il Quinto Reggimento, La Pietra, Milán.

Ammissione delle donne all'elettorato amministrativo, Atti del Parlamento italiano. Camera dei deputati, Discussione, 1925, vol. V, pp. 3610-3615.

Prima mostra triennale delle terre italiane d'oltremare. Napoli, 9 maggio-15 ottobre 1940/XVIII, catalogo celebrativo, Nápoles, 1940.

Caduti per la rivoluzione, a cargo del PNF-Ufficio stampa, Roma, 1942 (XXI).

Codice della legislazione sul PNF e sulla MVSN, IRE, Manuali giuridici

Urbs, Milán, 1939.

Il Decennale. X Anniversario della Vittoria, a cargo de la Associazione nazionale volontari di guerra, Vallecchi, Florencia 1929 (VIII).

Le Ferrovie dello Stato nel Primo decennio fascista 1922-32, Istituto geografico De Agostini, Novara, 1932 (X).

Panorami di realizzazione del fascismo, vol. IX: Le opere pubbliche del regime fascista, Roma, 1942 (XX).

Testi per i corsi di preparazione politica. La politica sociale del fascismo,

Libreria dello Stato, Roma, 1936 (XX).

La gioventù nella legislazione fascista, Roma, 1942 (XX).

L'attività dell'ONC durante il periodo di straordinaria amministrazione,

Tipografia del Senato, Roma, 1924.

«Testo della Carta dello Sport», en Lo Sport fascista, II (enero 1929), n. 1.

36 anni dell'Opera nazionale per i combattenti, 1919-1955, a cargo de la ONC, Roma, 1955.

I caduti della Milizia, Ufficio storico della MVSN, Libreria del Littorio, Roma, 1931 (IX).

Bibliografía comentada

Señalamos algunas obras que siguen siendo referencia fundamental para construir una historia social del fascismo. Son pocas las síntesis publicadas en las últimas dos décadas; entre estas hay que señalar por un enfoque crítico innovador en la historia política, la de S. Lupo, Il fascismo. La politica in un regime totalitario, Donzelli, Roma, 2005, mientras sigue siendo una referencia útil el trabajo de N. Tranfaglia, La prima guerra mondiale e il fascismo, publicado por Utet en 1995. En la historiografía de lengua inglesa destacan los trabajos de R. Bessel, Fascist Italy and Nazi Germany, Cambridge University Press, 1996, de R. J. B. Bosworth, Mussolini's Italy. Life under the Dictatorship 1915-1945, Penguin, Londres, 2005 y lo que el historiador americano R. O. Paxton nos ha ofrecido para la comprensión de la sociedad europea influida por los fascismos en The Anatomy of Fascism, Knopf, Nueva York, 2004. El debate historiográfico de los últimos veinte años puede seguirse partiendo de los ensayos contenidos en el volumen a cargo de A. Del Boca, M. Legnani y M. G. Rossi, Regime fascista. Storia e storiografia, Laterza, Roma-Bari, 1995, hasta el

monográfico de Studi Storici, n. 1, 2014, en el cual unos veinte autores pertenecientes a las generaciones más jóvenes de historiadores que se ocupan del fascismo presentan Itinerari storiografici da un secolo all'altro. Otro trabajo que ofrece a un público internacional una síntesis de los estudios más innovadores sobre el tema es el texto a cargo de Giulia Albanese y Roberta Pergher, In the Society of Fascisms: Acclamation, Acquiescence and Agency in Mussolini's Italy, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2012. En los últimos años, entre los diccionarios que mejor han recogido la nueva bibliografía se encuentran el dirigido por Victoria De Grazia y Sergio Luzzatto, Dizionario del fascismo, Einaudi, Turín, 2003, en 2 volúmenes, y el publicado por R. J. B. Bosworth, The Handbook of Fascism, Oxford University Press, 2008.

A continuación indicamos solo los volúmenes, monográficos y trabajos colectivos que tratan temas de los que se habla en el libro. A menudo las observaciones más interesantes nos las han proporcionado estudios en curso anticipados por artículos en revistas históricas italianas y extranjeras que por razones de espacio no podemos incluir en esta bibliografía.

Sobre el ORIGEN DEL FASCISMO dos textos clásicos: A. Tasca, Nascita e avvento del fascismo. L'Italia dal 1918 al 1922, 1.ª ed. francesa de 1938, publicada varias veces en la segunda posguerra por La Nuova Italia y Laterza; así como G. Salvemini, Le origini del fascismo in Italia. Lezioni di Harvard, Feltrinelli, Milán, 1966. Sigue siendo la mejor la obra historiográfica de A. Lyttelton, La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929, Laterza, Roma-Bari, 1974 (ed. orig. 1973), a la cual recientemente hay que añadir F. Fabbri, Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo, Utet, Turín, 2009, y la relectura de este periodo por parte de un historiador que se había ocupado del tema desde los años sesenta: R. Vivarelli, Storia delle origini del fascismo: l'Italia dalla grande guerra alla Marcia su Roma, vol. III, Il Mulino, Bolonia, 2012 (se trata de un texto que ha sido muy discutido, pero bajo muchos puntos de vista sigue siendo inigualable por el estudio de algunas realidades campesinas).

Sobre la MARCHA SOBRE ROMA indicamos de nuevo el trabajo de G. Albanese, La Marcia su Roma, Laterza, Roma-Bari, 2006, y el de E. Gentile, E fu subito regime. Il fascismo e la Marcia su Roma, Laterza, Roma-Bari, 2012.

Sobre la VIOLENCIA FASCISTA todavía es muy útil el volumen de M. Franzinelli, Squadristi. Protagonisti e tecniche della violenza fascista 1919-1922, Mondadori, Milán, 2003; señalamos además M. Millán, Squadrismo e squadristi nella dittatura fascista, Viella, Roma, 2014, y G. Mayda, Il pugnale di Mussolini. Storia di Amerigo Dùmini, sicario di Matteotti, Il Mulino, Bolonia, 2004; B. Dalla Casa, Attentato al duce. Le molte storie del caso Zamboni, Il Mulino, Bolonia, 2000. Son interesantes las comparaciones nacionales en los volúmenes a cargo de R. Gerwarth y J. Horne, Guerra in pace. Violenza paramilitare in Europa dopo la Grande Guerra, Bruno Mondadori-Pearson, Milán-Turín, 2013, y de D. Artico y B. Mantelli, Da Versailles a Monaco. Vent'anni di guerre dimenticate, Utet, Turín, 2010; para una comparación con la violencia ejercida por las SA en Alemania: Sven Reichardt, Fascistische Kampfbünde. Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA, Böhlau, Köhln-Weimar-Wien, 2002. En la inmediata posguerra, señalamos R. Bianchi, Pace, pane e terra. Il 1919 in Italia, Odradek, Roma, 2006, y A. Baravelli, La vittoria smarrita. Legittimità e rappresentazione della Grande Guerra nella crisi del sistema liberale (1919-1924), Carocci, Roma, 2006, y la última reflexión de F. Germinario, Fascismo 1919. Mito politico e nazionalizzazione delle masse, BFS, Pisa, 2011.

Para la violencia política, también hay que consultar los estudios sobre el FASCISMO EN LAS ZONAS DE PROVINCIA, tema en el que hasta ahora se ha profundizado en algunos casos ejemplares, pero sobre el cual sigue habiendo algunas vistosas lagunas. La principal limitación de estos trabajos, sugestivos en cualquier caso, es la de haberse detenido durante mucho tiempo en el origen y en la fase de toma del poder del fascismo en las sedes locales y no haber profundizado sobre la naturaleza del partido y su organización del consenso en la periferia. Un intento de superar esta limitación está consistiendo cada vez más en combinar el análisis del consenso fascista con el del disenso, que incluye no solo el disenso organizado y político, sino también las formas más espontáneas de disociación, protesta y «afascismo». Conscientes de esta limitación, con propuestas para superarlas ocupándose de la articulación del poder en las provincias, encontramos los estudios recogidos por P. Corner y V. Galimi: Il fascismo in provincia. Articolazioni e gestione del potere tra centro e periferia, Viella, Roma, 2014. Recordamos aquí algunas obras que siguen siendo una referencia válida: Torino tra liberalismo e fascismo, a cargo de U. Levra y N. Tranfaglia, FrancoAngeli, Milán, 1987; F. J. Demers, Le origini del fascismo a Cremona, Laterza, Roma-Bari, 1979. La Brescia de A. Turati ha sido una de las provincias más estudiadas: A. A. Kilikian, Town and country under fascism. The

transformation of Brescia, 1915-1926, Clarendon Press, Oxford, 1986; R. Chiarini, L'armonia e l'ardimento. L'ascesa del fascismo nella Brescia di Augusto Turati, FrancoAngeli, Milán, 1988, y P. Corsini, Fascismo e lotta politica a Brescia 1922-1926. Il feudo di Augusto Turati, FrancoAngeli, Milán, 1988. Sobre el noreste: G. Albanese, Alle origini del fascismo. La violenza politica a Venezia 1919-1922, il Poligrafo, Padua, 2001, y Pietro Marsich, Cierre, Verona, 2003; F. Scattolin, Assalto a Treviso, Cierre, Verona, 2001; M. Fabbro, Fascismo e lotta politica in Friuli (1920-1926), Marsilio, Venecia, 1974, y V. Zaghi, L'eroica viltà. Socialismo e fascismo nelle campagne del Polesine, 1919-1926, FrancoAngeli, Milán, 1989. Sobre Emilia-Romaña: a cargo de M. Lodovici, I fascismi in Emilia Romagna, Ponte Vecchio, Cesena, 1998; a cargo de P. Dogliani, Romagna tra fascismo ed antifascismo. Il Forlivese-Cesenate e il Riminese, Clueb, Bolonia, 2006, y también de ese mismo año, a cargo de A. Luparini, Ravenna e provincia tra fascismo e antifascismo 1919-1945, Longo, Ravenna. Sobre Bolonia todavía son pocos los estudios publicados después del prestigioso de A. L. Cardoza, Agrarian elites and Italian fascism: the province of Bologna 1901-1926, Princeton University Press, Princeton, 1982; a cargo de L. Casali, Bologna 1920, le origini del fascismo, Cappelli, Bolonia, 1982. Sobre el valle del Po y en la nueva tendencia de análisis del consenso y el disenso, indicamos las actas del congreso organizado por el Istituto Mantovano: Fascismo e Antifascismo nella Valle Padana, Clueb, Bolonia, 2007, y K. Colombo y D. Assale, Milano fascista. Milano antifascista, Guerrini e Associati, Milán, 2007. Una especial atención se le dedicó al fascismo agrario en la provincia de Ferrara en las clásicas obras de A. Roveri, Le origini del fascismo a Ferrara 1918-1921, Feltrinelli, Milán, 1974, y de P. Corner, Il fascismo a Ferrara, 1915-1925 (ed. orig. 1975, editada varias veces). Sobre Génova, de F. Alberico, Le origini e lo sviluppo del fascismo a Genova: la violenza politica del dopoguerra alla costituzione del regime, Unicopli, Milán, 2009. Los trabajos sobre el fascismo toscano son diversos: M. Palla, Florencia nel regime fascista (1929-1934), Olschki, Florencia, 1978; F. M. Snowden, The fascist revolution in Tuscany 1919-1922, Cambridge University Press, Cambridge, 1989; T. Abse, Sovversivi e fascisti a Livorno. Lotta politica e sociale 1918-1922, FrancoAngeli, Milán, 1991; E. M. Mazzoni, Livorno all'ombra del fascio, Olschki, Florencia, 2009, G. Sacchetti, Sovversivi e squadristi. 1921: alle origini della guerra civile in provincia di Arezzo, Aracne, Roma, 2010; Fascismo e antifascismo nel senese, edición a cargo de A. Orlandini, Regione Toscana, Florencia, 1994; M. Parigi, Le origini del fascismo a Cortona (1919-1925), FrancoAngeli, Milán, 2002; S. Bartolini, Una passione violenta. Storia dello squadrismo fascista a Pistoia, 1920-23, Cudir, Pistoia, 2010 y, por último, de M. Busti, Il governo delle città

durante il ventennio fascista. Arezzo, Perugia e Siena tra progetto e amministrazione, Deputazione di storia patria, Perugia, 2010. Para el Lacio, T. Baris, Il fascismo in provincia. Politica e società a Frosinone, Laterza, Roma-Bari, 2007; para Nápoles, P. Varvaro, Una città fascista. Potere e società a Napoli, Sellerio, Palermo 1990. Sobre Apulia: S. Colarizi, Dopoguerra e fascismo in Puglia (1919-1926), Laterza, Bari-Roma, 1970, y F. M. Snowden, Violence and great estate in the south of Italy: Apulia 1900-1922, Cambridge University Press, Cambridge, 1986. De L. Ponziani destacamos Notabili, combattenti e nazionalisti. L'Abruzzo verso il fascismo, FrancoAngeli, Milán, 1988, e Il fascismo dei prefetti. Amministrazione e politica nell'Italia meridionale 1922-1926, Meridiana libri, Roma, 1995; así como V. Cappelli, Il fascismo in periferia. Il caso della Calabria, Editori Riuniti, Roma, 1992; F. Cordova, Il fascismo nel Mezzogiorno: le Calabrie, Rubettino, Soveria Mannelli, 2003; S. Sechi, Dopoguerra e fascismo in Sardegna (1918-1926), Fondazione Einaudi, Turín, 1969, y G. Sotgiu, Storia della Sardegna durante il fascismo, Laterza, Roma-Bari, 1995. Algunos importantes análisis regionales han sido publicados en los volúmenes de la Storia d'Italia que el editor Einaudi ha dedicado a cada una de Le regioni dall'Unità a oggi a oggi.

Sobre la MAFIA en la época fascista sigue siendo una referencia el libro de C. Duggan, Fascism and the Mafia, Yale University Press, New Haven, 1989.

Sobre el ESTADO FASCISTA, la mejor obra de referencia sigue siendo el volumen de A. Aquarone, L'organizzazione dello stato totalitario, Einaudi, Turín, 1965, publicado varias veces. A este se suman los estudios recogidos por M. Palla en Lo Stato fascista, La Nuova Italia, Florencia, 2001, y, para el recambio fascista en la dirección del Estado, el libro de D. Musiedlak, Lo Stato fascista e la sua classe politica 1922-1945, Il Mulino, Bolonia, 2003.

REPRESIÓN, CONFINAMIENTO E INTERNAMIENTO: el punto de partida para una documentación adecuada sigue siendo A. Dal Pont, Aula IV. Tutti i processi del Tribunale speciale fascista, ANPPIA, Roma, 1961, para después llegar a los trabajos sobre el confinamiento publicados en 2011 por C. Poesio, Il confino fascista. L'arma silenziosa del regime, Laterza, Roma-Bari, 2011, y M. Ebner, Ordinary Violence in Mussolini's Italy, Cambridge University Press, Cambridge, 2011. Sobre las mujeres víctimas del Tribunal Especial: G. De Luna, Donne in oggetto. L'antifascismo nella società italiana (1922-1939), Bollati Boringhieri, Turín, 1995. También sobre la política penitenciaria véanse los trabajos de G. Tessitore, Fascismo e pena di morte y Carcere e fascistizzazione.

Analisi di un modello totalizzante, publicados por la editorial FrancoAngeli en 2002 y 2005 respectivamente. Un buen ejemplo de investigación que compagina historia local e historia nacional es la obra de G. Taurasi: Antifascisti nel cuore dell'Emilia. Consenso, dissenso e repressione in una comunità locale durante il fascismo. Castelfranco Emilia 1920-1943, Artestampa, Módena, 2002. Una importante contribución nos ha llegado de las monografías regionales publicadas por el Ufficio Centrale per i Beni Archivistici de Roma sobre el Popolo al confino: de Sicilia a cargo de S. Carbone e L. Grimaldi (1989); de Apulia a cargo de K. Massara (1991, 2 vols.) y de Basilicata a cargo de D. Carbone (1994). Sobre la policía todavía falta un trabajo global, aunque se han realizado algunas investigaciones sobre algunas áreas geográficas, como por ejemplo Sicilia (a cargo de V. Coco). Señalamos M. Franzinelli, I tentacoli dell'OVRA. Agenti, collaboratori e vittime della polizia politica fascista, Bollati Boringhieri, Turín, 1999. Sobre el internamiento todavía es una referencia fundamental el trabajo de C. S. Capogreco, I campi del duce. L'internamento civile nell'Italia fascista (1940-1943), Einaudi, Turín, 2004, que constituye el punto de partida para después consultar las historias de cada uno de los campos: Colfiorito, Renicci-Anghiari y Castelnuovo di Garfagnana. También destacamos C. Di Sante, I campi di concentramento in Italia. Dall'internamento alla deportazione (1940-1945), FrancoAngeli, Milán, 2001; A. Pagano, Il confino politico a Lipari. 1926-1933, FrancoAngeli, Milán, 2003, y a cargo de F. Cordova y P. Sergi, Regione di confino. La Calabria (1927-1943), Bulzoni, Roma, 2005.

Sobre la relación entre LA IGLESIA Y FASCISMO siguen siendo actuales las contribuciones de G. Miccoli, de R. A. Webster, La croce e i fasci. Cattolici e fascismo in Italia, Milán, 1964 (ed. orig. 1960) y de P. Scoppola, La Chiesa e il fascismo: documenti e interpretazioni, Laterza, Roma-Bari, 1971. Sobre el periodo crucial de los acuerdos de Letrán destacamos de J. F. Pollard, The Vatican and Italian Fascism 1929-32: a Study in Conflict, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, y la más reciente de M. Casella, Stato e Chiesa dalla Conciliazione alla riconciliazione (1929-1931), Congedo editore, Galatina, 2005. Sobre la diplomacia vaticana señalamos el trabajo del australiano P. C. Kent, The Pope and the Duce. The International Impact of Lateran Agreements, Macmillan, Londres, 1981, hasta la investigación realizada por M. Casella sobre Stato e Chiesa in Italia (1938-41). Aspetti e problemi nella documentazione dell'Archivio storico diplomatico del MAE, Congedo editore, Galatina, 2006. Sobre la discriminación de los cultos no católicos, una buena obra es la G. Rochat, Regime fascista e chiese evangeliche: direttive e articolazioni del controllo e della repressione, Claudiana, Turín, 1990.

EJÉRCITO Y VETERANOS. Para estos dos temas es referencia obligatoria la amplia obra de G. Rochat, especialmente Gli Arditi della Grande guerra. Origini, battaglie e miti, Feltrinelli, Milán, 1981, y L'esercito italiano da Vittorio Veneto a Mussolini, Laterza, Bari-Roma, 2006 (1.ª ed. 1967). Sobre los veteranos puede consultarse la obra de G. Sabbatucci, I combattenti nel primo dopoguerra, Laterza, Roma-Bari, 1974, mientras sobre La politica delle armi. Il ruolo dell'esercito nell'avvento del fascismo, hay que hacer referencia a M. Mondini, Laterza, Roma-Bari, 2006. Para los años siguientes, A. Osti Guerrazzi, Noi non sappiamo odiare. L'esercito italiano tra fascismo e democrazia, Utet, Turín, 2010 y L. Falsini, Esercito e fascismo. Soldati e ufficiali nell'Italia di Mussolini (1919-1940), Aracne, Roma, 2013.

PARTIDO FASCISTA. Sobre el PNF desde sus orígenes: E. Gentile, Storia del partito fascista 1919-1922. Movimento e milizia, Laterza, Roma-Bari, 1989, seguido de La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista, NIS, Florencia, 1995. Sobre el partido: P. Pombeni, Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma-partito del fascismo, Il Mulino, Bolonia, 1984; y sobre la relación con el Estado: L. Di Nucci, Lo Stato-par-tito del fascismo. Genesi, evoluzione e crisi. 1919-1943, Il Mulino, Bolonia, 2009. El primer estudio sobre el componente femenino es el realizado por Helga Dittrich-Johansen, Le «militi dell'idea». Storia delle organizzazioni femminili del Partito Nazionale Fascista, Olschki, Florencia, 2002. Son pocos los análisis regionales relevantes sobre el partido. Entre ellos el trabajo ya clásico de E. Ragionieri, en La Toscana nel regime fascista, 1929-1939, Olschki, Florencia, 1971; de L. Ganapini en VV. AA., Cultura e società negli anni del fascismo, Cordani, Milán, 1987; a cargo de M. Degl'Innocenti, P. Pombeni y A. Roveri, Il PNF in Emilia Romagna. Personale politico, quadri sindacali, cooperazione, FrancoAngeli, Milán, 1988; D. Mattiussi, Il PNF a Trieste. Uomini e organizzazione del potere 1919-1932, Istituto regionale per la storia del movimento di liberazione, Trieste, 2002; A. Baglio, Il Partito nazionale fascista in Sicilia. Politica, organizzazione di massa e mito totalitario 1921-1943, Lacaita, Manduria, 2005. Una obra de referencia muy útil, a pesar de que contiene lagunas en el aparato biográfico, ha sido realizada por M. Missori, Gerarchie e statuti del PNF. Gran Consiglio, Direttorio nazionale, Federazioni provinciali: quadri e biografie, Bonacci editore, Roma, 1986. Un primer intento exhaustivo de construir el origen del personal estatal, gracias al muestreo de los ministerios de Finanzas y de Justicia, ha sido llevado a cabo por M. Salvati con Il regime e gli impiegati. La nazionalizzazione piccolo-borghese nel ventennio fascista, Laterza, Roma-Bari, 1992. Para comprender el fermento y la insatisfacción de las clases medias

intelectuales en la primera posguerra sigue siendo útil, de M. Barbagli, Disoccupazione intellettuale e sistema scolastico in Italia, Il Mulino, Bolonia, 1974.

MUSSOLINI: la biografía más compleja sobre Benito Mussolini es la realizada por R. De Felice, publicada por Einaudi en siete volúmenes desde 1965 hasta 1997. Esta, además, sigue siendo una referencia imprescindible para estudiar la historia del fascismo desde la perspectiva de la dictadura personal por la enorme cantidad de fuentes consultadas; por otra parte, su publicación representó, volumen tras volumen, una fase importante del debate público, y no solo historiográfico, sobre la figura del jefe del fascismo y sobre la naturaleza misma del régimen. De hecho, la obra de De Felice ha servido para estimular el incluso duro debate sobre la naturaleza del fascismo llevado a cabo por la historiografía italiana y para crear una cierta idea generalizada sobre el fascismo, de la cual hay que considerar a De Felice responsable solo en parte. Y es que su trabajo a menudo ha sido utilizado por una parte de la opinión pública conservadora y posfascista para reforzar una postura justificacionista y sobre todo relativista de las responsabilidades del fascismo italiano en la historia italiana y europea, minimizando las responsabilidades colectivas y de la clase política de la época. De Felice, en parte, ha contribuido en varias ocasiones a esta operación al no deshacer ni situar en el contexto histórico las fuentes tomadas en consideración, legitimando como atendible lo que Mussolini y el régimen dijeron y presentaron de sí mismos con una fuerte carga propagandística. Esto no ha ayudado a reconstruir una historia social de la Italia fascista, ni a distinguir, al contrario de lo que ha intentado el historiador inglés I. Kershaw en sus estudios dedicados a Hitler y a Che cos’è il nazismo? (ed. orig. 1985), entre lo que en el régimen ha sido estructural y en función del sistema heredado y luego reconstruido por él a través de mil compromisos, y entre lo que, en cambio, ha querido intencionadamente su líder. La interpretación que un conterráneo de Kershaw, D. Mack Smith, ha realizado en su Mussolini ha convencido poco al excederse en psicologismo, presentando un jefe del régimen progresivamente víctima del mito y de la imagen que él mismo había contribuido a crear. Después de una nueva ola acrítica y casi apologética por parte de autores británicos y angloamericanos todavía fascinados por la figura del Duce (A. James Gregor, 1979; E. P. Hoyt, 1994; J. Ridley, 1997), la vida de Mussolini ha vuelto a ser la protagonista de nuevas biografías, todas correctamente históricas, algunas más divulgativas, como las de A. Lepre (Laterza, 1998), P. Neville (Routledge, 2004) y D. Musiedlak (Presses de Sciences Po, 2005) y la última de W. Schieder (C. H. Beck, 2014), y otras que requieren una mayor atención, como las de P. Milza

(Fayard, 1999) y R. J. B. Bosworth (Arnold, 2002). El lector, además, puede consultar directamente los Scritti e Discorsi contenidos en la Opera Omnia de B. Mussolini (aquí citada en el texto como OOBM), recogidos en 44 vols., desde 1951 hasta 1980, por La Fenice (Florencia). Sobre la creación del mito mussoliniano por parte del régimen, el punto de partida es la ya clásica reconstrucción que L. Passerini ha llevado a cabo en Mussolini immaginario. Storia di una biografia 1915-1939, Laterza, Roma-Bari, 1991, para después continuar con los estudios recogidos por C. Duggan, S. Gundle, G. Pieri, The Cult of the Duce: Mussolini and the Italians, Manchester University Press, Manchester, 2013. Sobre la deconstrucción conflictiva de este mito, véase el trabajo de S. Luzzatto, Il corpo del duce. Un cadavere tra immaginazione, storia e memoria, Einaudi, Turín, 1998. Existen muchos estudios breves y a menudo locales sobre Predappio: seguimos sugiriendo la investigación sobre la red familiar y clientelar mussoliniana, también acompañada de recuerdos personales, de V. Emiliani, Il paese di Mussolini, Einaudi, Turín, 1984; mientras sobre Rachele se han publicado varios testimonios y entrevistas, como La mia vita con Benito, Mondadori, Milán, 1948. Sobre la correspondencia enviada a Mussolini, recogida por su secretaría particular, están llenas de sugerencias las obras Caro Duce. Lettere di donne italiane a Mussolini. 1922-1943, con prefacio de C. Cederna, Rizzoli, Milán, 1989, y de Maria Teresa Mezzatosta y Claudio Volpi, L’Italietta fascista. Lettere al potere 1936-1943, Cappelli, Bolonia, 1980. Por último, se puede llevar a cabo una comparación útil a través de los estudios recogidos por A. Costa Pinto, R. Eatwell, S. Ugelvik Larsen, Carisma and Fascism in Interwar Europe, Routlege, Londres, 2007 (el ensayo sobre Mussolini es de E. Gentile). También señalamos el interesante estudio de W. Schieder sobre las audiencias concedidas por Mussolini a los visitantes alemanes, intelectuales, periodistas y artistas, que contribuyeron a crear una imagen del jefe del fascismo en Alemania: Mythos Mussolini. Deutsche in Audienz beim Duce, Oldenbourg, Múnich, 2013. Para la comparación con la figura del soberano véase también de E. Signori, en la obra coordinada por ella, Monarchia, tradizione, identità nazionale, Bruno Mondadori, Milán, 2004.

JERARCAS: sobre los personajes importantes y los cuadros dirigentes nacionales han sido realizadas diversas biografías, muchas de tipo periodístico, que responden a las exigencias de un mercado editorial de divulgación histórica bastante variado, que cubre desde los lectores curiosos hasta los nostálgicos del fascismo. En el ámbito biográfico ha aparecido una literatura revisionista con tendencia a revalorizar a algunas personalidades del fascismo. El autor más conocido de este grupo es G. B. Guerri, que se ha dedicado, entre otras cosas, a

la repetida reelaboración de la biografía de Bottai, seguido de A. Spinosa, que se ha concentrado más en la familia Mussolini y en Starace. Después de un comienzo muy diluido en el tiempo, con obras que van desde la de S. Romano sobre Volpi (Bompiani, 1976) hasta la de F. Cordova con Uomini e volti del fascismo (Bulzoni, 1980), a la de S. Setta, Renato Ricci. Dallo squadrismo alla RSI (Il Mulino, 1986), a los sólidos trabajos de G. Rochat sobre Italo Balbo, Utet, 1986 (y también de C. G. Segrè con Italo Balbo, Il Mulino, 1988) y de G. Turi sobre Giovanni Gentile (Giunti, 1995), el género biográfico ahora tienta a los investigadores más jóvenes, obteniendo buenos resultados: S. Battente, Alfredo Rocco. Dal nazionalismo al fascismo 1907-1935, FrancoAngeli, Milán, 2005; M. Di Figlia, Farinacci. Il radicalismo fascista al potere, Donzelli, Roma, 2007. Las órdenes de Starace han sido publicadas por C. Galeotti, Achille Starace e il vademecum dello stile fascista, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2000. También ha llegado una contribución útil del estudio de las cartas personales: Giovanni Giuriati. La parabola di Mussolini nei ricordi di un gerarca, a cargo de E. Gentile, Laterza, Roma-Bari, 1981; y más recientemente del apasionado y prolongado trabajo realizado por B. Dalla Casa para reconstruir la vida de Leandro Arpinati. Un fascista anomalo, Il Mulino, Bolonia, 2013. Existen varios libros sobre el legado de Dino Grandi, tanto suyos, Quarant'anni dopo, Il Mulino, Bolonia, 1983, y Il mio paese, Il Mulino, Bolonia, 1985, como de estudiosos como P. Nello, Dino Grandi. La formazione di un leader fascista, Il Mulino, Bolonia, 1987, y Un fedele disubbidiente. Dino Grandi da Palazzo Chigi al 25 luglio, Il Mulino, Bolonia, 1996. También son valiosos los diarios. Entre los más conocidos, publicados y utilizados: G. Bottai, Diario 1935-1944, a cargo de G. B. Guerri, Rizzoli, Milán, 1982; G. Ciano, Diario 1937-1943, a cargo de R. De Felice, Rizzoli, Milán, 1980. Sobre los documentos relativos a Pellizzi que se encuentran en la Fondazione Ugo Spirito: D. Breschi, G. Longo, Camillo Pellizzi. La ricerca delle élites tra politica e sociologia (1896-1979), Rubbettino, Soveria Mannelli, 2003, y la reedición de la reflexión de Pellizzi de 1949 publicada en 2009 por la editorial Il Mulino, con una introducción de M. Salvati, Una Rivoluzione mancata. Sobre Bottai también recordamos del historiador americano A. J. De Grand, Bottai e la cultura fascista, Laterza, Roma-Bari, 1978.

MACHISMO Y VIRILIDAD. Para un análisis del contexto europeo es necesario hacer referencia al estudio pionero, publicado en 1977, de K. Theweleit, lamentablemente incompleto en la edición italiana impresa por Il Saggiatore en 1997: Fantasie virili. Donne Flussi Corpi Storia; y G. Mosse, L'immagine dell'uomo. Lo stereotipo maschile nell'epoca moderna, Einaudi, Turín, 1997 (ed.

orig. 1996). A estos hay que añadir, a cargo de S. Bellassai y M. Malatesta, Genere e mascolinità. Uno sguardo storico, Bulzoni, Roma, 2000, y las interesantes reflexiones de B. Spackman, Fascist Virilities. Retoric, Ideology and Social fantasy in Italy, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996, y de G. Stefani, Colonia per maschi. Italiani in Africa Orientale: una storia di genere, Ombre corte, Verona, 2007. Sobre el tema del poeta-guerrero son interesantes los enfoques adoptados por M. Serra, L'esteta armato. Il Poeta-Condottiero nell'Europa degli anni trenta, Il Mulino, Bolonia, 1990, y G. Mosse, L'uomo e le masse nelle ideologie nazionaliste, Laterza, Roma-Bari, 1982. Los estudios sobre la relación entre el ruralismo y el fascismo son pocos; indicamos los recogidos por A. Moioli, Con la vanga e col moschetto. Ruralità, ruralismo e vita quotidiana nella RSI, Marsilio, Venezia, 2006.

Sobre MUJERES Y FASCISMO recordamos los libros de P. Meldini, Sposa e madre esemplare. Ideologia e politica della donna e della famiglia durante il fascismo, Guaraldi, Florencia, 1975; V. De Grazia, Le donne nel regime fascista, Marsilio, Venecia, 1993 (ed. orig. ing. 1992). Sobre la clase obrera: P. Willson, The Clockwork Factory: Women and Work in Fascist Italy, Oxford University Press, Oxford, 1993, y sobre las trabajadoras agrícolas S. Salvatici, Contadine dell'Italia fascista: presenze, ruoli, immagini, Rosenberg e Sellier, Turín, 1999, y también de P. Willson, Peasant Women and Politics in Fascist Italy. The Massaie rurali, Routledge, Londres, 2002. El libro de Petra Terhoeven citado en el texto es Oro alla patria. Donne, guerra e propaganda nella giornata della Fede fascista, Il Mulino, Bolonia, 2006 (ed. or. 2003).

MATERNIDAD Y ASISTENCIA: sobre la cuestión del aborto no existe una obra global; todavía hay que recurrir a los estudios de D. Destragiache, de P. Willson y de L. Passerini. Véanse, además, a cargo de R. Pickering-Iazzi, Mothers of Invention. Women, Italian Fascism and Culture, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1995; M. D'Amelia, Storia della maternità, Laterza, Roma-Bari, 1997; A. Gisi, Le segrete manovre delle donne. Levatrici in Italia dall'Unità al fascismo, Biblink, Roma, 2006, y el ensayo de E. Vezzosi contenido en el volumen colectivo Maternalism reconsidered. Matherhood, Welfare and Social policy in the Twentieth Century, Berghahn Books, Nueva York, 2012.

Sobre la OMNI, véase el ensayo citado de M. Minesso, en Stato e infanzia nell'Italia contemporanea. Origini, sviluppo e fine dell'Omni 1925-1975, a cargo de la misma Minesso, Il Mulino, Bolonia, 2007; entre uno de los pocos casos

concretos estudiados se encuentra, de P. Cuccioli y G. Loparco, Donne tra beneficenza e educazione. La Lega del Bene «Nido VEII» a Pavia, 1914-1936, LAS, Roma, 2003. Sobre la asistencia: M. S. Quine, Italy's Social Revolution. Charity and Welfare from Liberalism to Fascism, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2002; C. Giorgi, La previdenza del regime. Storia dell'INPS durante il fascismo, Il Mulino, Bolonia, 2004, y S. Inaudi, A tutti indistintamente. L'Ente opere assistenziali nel periodo fascista, Clueb, Bolonia, 2008.

FAMILIA. Algunos ensayos son el de C. Saraceno en Il regime fascista (1996) y el de D. Vincenzi Amato, en P. Melograni, L. Scaraffia (coords.), La famiglia italiana dall'Ottocento a oggi, Laterza, Roma-Bari, 1988. Sobre la comparación entre los derechos de familia elaborados por el fascismo y el nazismo: W. M. Englert, Deutsche und Italienische Zivilrechtsgesetzgebung 1933-1945, Peter Lang, Frankfurt, 2003.

DEMOGRAFÍA Y EUGENÉSICA. Obras de referencia: C. Ipsen, Demografia totalitaria. Il problema della popolazione nell'Italia fascista, Il Mulino, Bolonia, 1997 (ed. orig. 1992), D. G. Horn, Science, reproduction, and Italian Modernity, Princeton University Press, Princeton, 1994; A. Treves, Le nascite e la politica nell'Italia del Novecento, LED, Milán, 2001; G. Dalla Zanna (coord.), Numeri e potere. Statistica e demografia nella cultura italiana fra le due guerre, L'Ancora del Mediterraneo, Nápoles, 2004; M. Di Giovanni, Scienza e potenza. Miti della guerra moderna, istituzioni scientifiche e politica di massa nell'Italia fascista 1935-45, Zamorani, Turín, 2005. Véanse también los trabajos de F. Cassata, Molti, sani e forti. L'Eugenetica in Italia, Bollati Boringhieri, Turín, 2006, y Il fascismo razionale. Corrado Gini fra scienza e politica, Carocci, Roma, 2006; y los de R. Maiocchi, concretamente Scienza e fascismo, Carocci, Roma, 2004.

MEDICINA/HIGIENE: todavía se encuentran ideas interesantes en Malattia e medicina, en Storia d'Italia. Annali 7, Einaudi, 1984. Sobre la clase médica véase la síntesis de G. Cosmacini, Medici nella storia d'Italia, Laterza, Roma-Bari, 1996; sobre un caso concreto G. Cosmacini, M. De Filippis, P. Sanseverino, La peste bianca. Milano e la lotta antitubercolare, 1882-1945, FrancoAngeli, Milán, 2004; sobre la malaria, F. M. Snowden, The conquest of Malaria. Italy, 1900-1962, Yale University Press, New Haven, 2006.

CORPORATIVISMO Y NUEVAS BUROCRACIAS: son útiles para la historia social los trabajos de G. Santomassimo, La terza via fascista, il mito del

corporativismo, Carocci, Roma, 2006, de F. Cordova, Verso la Stato totalitario. Sindacati, società e fascismo, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2005, y de A. Gagliardi, Il corporativismo fascista, Laterza, Roma-Bari, 2010.

Sobre la CLASE OBRERA el volumen XX de Annali della Fondazione G. G. Feltrinelli (1979/80) dedicado a la Classe operaia durante il fascismo sigue siendo el mejor. A este hay que añadir el volumen a cargo de S. Musso, Operai, Rosenberg e Sellier, Turín, 2006, y las observaciones recordadas en el texto realizadas por P. Corner en Riformismo e fascismo. L'Italia fra il 1900 e il 1940, Bulzoni, Roma, 2002, y G. Chianese, Fascismo e lavoro a Napoli, Sindacato corporativo e antifascismo popolare (1930-1945), Ediesse, Roma, 2006.

MIGRACIONES: son útiles los estudios contenidos en los 2 volúmenes de la Storia dell'emigrazione italiana, a cargo de P. Bevilacqua, A. De Clementi, E. Franzina, Donzelli, Roma, 2001-2002. Sobre la Opera Bonomelli, recordamos la obra de P. Cannistraro y G. Rosoli, Emigrazione Chiesa e fascismo. Lo scioglimento dell'Opera Bonomelli (1922-1928), Studium, Roma, 1979. Sobre las migraciones internas, todavía es de referencia la obra de A. Treves, Le migrazioni interne nell'Italia fascista, Einaudi, Turín, 1976; mientras que de las obras sobre la colonización en Libia hay que destacar los trabajos de F. Cresti, sobre todo el último: Non desiderare la terra d'altri. La colonizzazione italiana in Libia, Carocci, Roma, 2011.

EL CAMPO Y EL SANEAMIENTO INTEGRAL: siguen siendo válidos P. Bevilacqua y M. Rossi Doria, Le bonifiche in Italia dal '700 ad oggi, Laterza, Roma-Bari, 1984, y, también de P. Bevilacqua, Il tavoliere di Puglia: bonifica e trasformazione tra XIX. e XX secolo, Laterza, Roma-Bari, 1988; además, véase de G. Barone, Mezzogiorno e modernizzazione. Elettricità irrigazione e bonifica nell'Italia contemporanea, Einaudi, Turín, 1986. Sobre Cerdeña han trabajado E. Tognotti, La malaria in Sardegna. Per una storia del paludismo nel Mezzogiorno (1880-1950), FrancoAngeli, Milán, 1996, y G. Murru, Una città possibile. Bonifica, educazione e propaganda a Mussolina di Sardegna 1934-1938 y Fascismo, autarchia e propaganda rurale in Sardegna, publicados por S'Alvure (Oristano) en 2001 y 2006 respectivamente. Sobre las políticas de saneamiento y de construcción de las «ciudades nuevas», siguen siendo fundamentales los trabajos de R. Mariani, Fascismo e «città nuove», Feltrinelli, Milán, 1976, y de L. Nuti y R. Martinelli, Le città di strapaese. La politica di «fondazione» nel ventennio, FrancoAngeli, Milán, 1981; para una comparación: D. Ghirardo, Building new communities: New Deal and Fascist Italy, Princeton University

Press, Princeton, 1989. Además señalamos la novela de ambiente de A. Pennacchi, Canale Mussolini, Mondadori, Milán, 2010, que ha tenido un enorme éxito entre el público por la reconstrucción, tan interesante como discutible en lo que respecta a la elaboración de una memoria pública del fascismo, de la fundación de las «ciudades nuevas» del área pontina a través de la vicisitudes políticas y migratorias de una familia véneta.

ARQUITECTURA Y URBANISMO: recordamos Architettura e città durante il fascismo, a cargo de C. De Seta, Laterza, Roma-Bari, 1976, y, también a cargo de De Seta, L’architettura a Napoli tra le due guerre, Electa, Milán, 1999; R. Mariani, Città e campagna in Italia: 1917-1943, Edizioni di Comunità, Milán, 1986; C. Cresti, Architettura e fascismo, Vallecchi, Florencia, 1986; La costruzione dell’utopia. Architetti e urbanisti nell’Italia fascista, a cargo de G. Ernesti, Edizioni del Lavoro, Roma, 1988; y el trabajo todavía fundamental de G. Ciucci, Gli architetti e il fascismo. Architettura e città 1922-1944, Einaudi, Turín, 1989, actualizado con rigor por P. Nicoloso con Gli architetti di Mussolini, FrancoAngeli, Milán, 1999, y Mussolini architetto. Propaganda e paesaggio urbano nell’Italia fascista, Einaudi, Turín, 2008. Y también: VV. AA., Le nuove province del fascismo. Architetture per le città capoluogo, Archivio di stato di Pescara, Pescara, 2001; C. Cresti, B. Gravagnuolo y F. Guerrieri, Architettura e città negli anni del fascismo in Italia e nelle colonia, Pontecorboli, Florencia, 2005; sobre el desarrollo de las escuelas urbanísticas nos permitimos recordar los estudios recogidos P. Dogliani y O. Gaspari en el volumen Tra libera professione e ruolo pubblico. Pratiche e saperi comunali all’origine dell’urbanistica in Italia, Clueb, Bolonia, 2012. Sobre los deseos y la necesidades habitacionales de las clases medias, M. Salvati, L’inutile salotto. L’abitazione piccolo-borghese nell’Italia fascista, Bollati Boringhieri, Turín, 1993. Algunas ciudades han sido estudiadas tanto por los aspectos que conciernen a la transformación urbanística como por los aspectos simbólicos y míticos. Sobre Roma: B. N. Painter, Mussolini’s Rome. Building the eternal city, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2005; P. Salvatori, Il governatorato di Roma. L’amministrazione della capitale durante il fascismo, FrancoAngeli, Milán, 2006; E. Gentile, Fascismo di pietra, Laterza, Roma-Bari, 2007; R. J. B. Bosworth, J. Davidow y C. Inman, Rome. Memories of Times Past, 2008; sobre la demolición del centro histórico y la fundación de los barrios: L. Villani, Le borgate del fascismo. Storia urbana, politica e sociale della periferia romana, Ledizioni, Milán, 2012. Sobre Venecia: F. Mariani, F. Stocco y G. Crovato, La reinvenzione di Venezia. Tradizioni cittadine negli anni ruggenti, il Poligrafo, Padua, 2007; K. Ferris, Everyday Life in Fascist Venice, 1929-1940, Palgrave

Macmillan, Basingstoke, 2012, y R. J. B. Bosworth, Italian Venice, Yale University Press, New Haven, 2014. Para otras ciudades: A. Ingold, Négocier la ville. Project urbani, société et fascisme à Milan, Ecole française de Rome, Roma, 2003; L. Di Nucci, Fascismo e spazio urbano. Le città storiche dell'Umbria, Il Mulino, Bolonia, 1992; P. Varvano, Una città fascista. Potere e società a Napoli, Sellerio, Palermo, 1990. Sobre Carbonia, véanse, a cargo de F. Manconi, Le miniere e i minatori della Sardegna, Consiglio regionale della Sardegna, Cagliari, 1986; para Sicilia, L. Dufour, Nel segno del Littorio. Città e campagne siciliane nel ventennio, Lussografica, Caltanissetta, 2005. Existen muchos estudios sobre el tema que han sido publicados a lo largo de los años por la revista Storia urbana, a la cual hacemos referencia.

AMBIENTE Y TURISMO: sobre la montaña real y mitificada hago referencia a la obra de M. Armiero, A Rugged Nation. Mountains and the Making of Modern Italy, White Horse Press, Cambridge, 2011 y al número monográfico Fascism and nature de la revista Modern Italy, 19/3, 2014, dirigida por el mismo Armiero. También señalamos la reconstrucción novelada, a partir de documentos y hechos históricos, de las hazañas alpinas de Felice Benuzzi y más en general de la relación con la montaña en época fascista realizada por Wu Ming y R. Santachiara en Point Lenana, Einaudi, Turín, 2013. Sobre los parques nacionales hago referencia a mi entrada y a la bibliografía citada en ella del Dizionario del fascismo a cargo de V. De Grazia y S. Luzzatto. Indicamos dos trabajos sobre el Touring club italiano: D. Bardelli, L'Italia che viaggia. Il Touring Club, la nazione e la modernità, Bulzoni, Roma, 2004, y S. Pivato, Il Touring Club Italiano, Il Mulino, Bolonia, 2006, y además D. Medina Lasansky, The Renaissance perfected: Architecture, spectacle and tourism in Fascist Italy, Pennsylvania State University Press, State College, 2004.

JÓVENES Y FASCISMO: el único trabajo global sigue siendo el de T. Koon, Believe Obey Fight. Political socialization of Youth in fascist Italy 1922-1943, University of North Carolina Press, Chapel Hill-Londres, 1985; A. Gibelli se ha ocupado de la «nacionalización» de la infancia con Il popolo bambino. Infanzia e nazione dalla Grande guerra a Salò, Einaudi, Turín, 2005. Para un análisis comparativo entre fascismo y nazismo me permito hacer referencia a P. Dogliani, Storia dei giovani, Bruno Mondadori, Milán, 2002. U. Schleimer, Die Opera Nazionale Balilla bzw. Gioventù Italiana del Littorio und die Hitlerjugend: eine vergleichende Darstellung, Waxmann, Münster, 2004. A. Ponzio, Shaping the New Man. Youth Training Regimes in Fascist Italy and Nazi Germany, University of Wisconsin Press, Madison, 2015. Todavía más descuidadas por la historiografía son las niñas y las jóvenes bajo el fascismo; es una excepción Piccole italiane, a cargo de M. R. Cutrufelli, Anabasi, Milán, 1994. Un buen ejemplo de estudio sobre un Campo Dux pero relativo a un periodo no tratado aquí es el de A. Rizzi, La Valle della giovinezza. Storia dell'ultimo campo Dux e dei ragazzi di Salò in Val d'Astico nell'estate 1944, Cierre, Verona, 2011. Sobre las políticas represivas, M. Gibson con Born to Crime. Cesare and the origins of biological criminology, Praeger, Westport, 2002. Sobre el tema de la juventud como mito y estereotipo hay que regresar a las aportaciones de L. Malvano y L. Passerini en Storia dei giovani. L'età contemporanea, a cargo de G. Levi y J. C. Schmitt, Laterza, Roma-Bari, 1994. En cambio, sobre la categoría de generación hay trabajos más recientes; entre

estos destaca para los años de transición entre el interventismo y el fascismo C. Papa con L’Italia giovane dall’Unità al fascismo, Laterza, Roma-Bari, 2013. Mientras que la investigación sobre la población juvenil sigue siendo escasa, se ha producido mucho más sobre los GUF y sobre el recorrido existencial de las élites juveniles, desde los trabajos de P. Nello, L’Avanguardismo giovanile alle origini del fascismo, Laterza, Roma-Bari, 1978, y «Il campano». Autobiografia politica del fascismo universitario pisano (1926-1944), Nistri-Lischi, Pisa, 1983, seguido por L. La Rovere, Storia dei GUF. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista 1919-1943, Bollati Boringhieri, Turín, 2003, y por S. Duranti, Lo spirito gregario. I gruppi universitari fascisti tra politica e propaganda (1930-1940), Donzelli, Roma, 2008. Señalamos el estudio, citado en el texto, de A. Pedio sobre un producto cultural destinado fundamentalmente a la formación de las jóvenes élites políticas a finales de los años treinta: La cultura del totalitarismo imperfetto. Il Dizionario di politica del partito nazionale fascista (1940), Unicopli, Milán, 2000. Existen varios trabajos que recuerdan a Pintor y a su generación, además de los escritos de Pintor publicados en la posguerra. Recordamos la hermosa biografía de M. C. Calabri, Il costante piacere di vivere. Vita di Giaime Pintor, Utet, Turín, 2007, y el más reciente estudio de L. La Rovere, L’eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo 1943-1948, Bollati Boringhieri, Turín, 2008. Algunos nuevos testimonios se añaden a las clásicas y discutidas autobiografías de grupo o noveladas, como los de de R. Zangrandi, Il lungo viaggio attraverso il fascismo, Feltrinelli, Milán, 1962, y de L. Preti, Giovinezza Giovinezza, Mondadori, Milán, 1964, y Giovani di Mussolini, Rusconi, Santarcangelo di Romagna, 1990; también señalamos de P. Ingrao, Volevo la luna, Einaudi, Turín, 2006.

ESCUELA Y EDUCACIÓN. Han aparecido muchos libros sobre este tema en los últimos años: para una visión general todavía válida, véase el trabajo del historiador alemán J. Charnitzky, Fascismo e scuola. La politica scolastica del regime (1922-1943), Nuova Italia, Florencia, 1996 (ed. orig. 1994), completado recientemente por los estudios de A. Scotto di Luzio, entre los cuales destaca La scuola degli italiani, Il Mulino, Bolonia, 2007. Más específico: M. Galfrè, Una riforma alla prova. La scuola media di Gentile e il fascismo, FrancoAngeli, Milán, 2000; L. Marrella, I diari della gioventù italianissima, Barbieri, Taranto, 2006 (un estudio de los diarios escolares y de las redacciones de los alumnos). Sigue siendo una fuente de consulta útil el volumen di E. De Fort sobre Scuola e analfabetismo nell’Italia del ’900, Il Mulino, Bolonia, 1995. Sobre las universidades véanse M. C. Giuntella, Autonomia e nazionalizzazione dell’università. Il fascismo e l’inquadramento degli Atenei, Studium, Roma,

1992, y algunos estudios sobre casos concretos: E. Signori, Minerva e Pavia. L'ateneo e la città tra guerre e fascismo, Cisalpino, Milán, 2002; P. Gheda, La promozione dell'Italia nel mondo. L'università per stranieri di Perugia dalle origini alla statizzazione, Il Mulino, Bolonia, 2004. Sobre el juramento: H. Goetz, Il giuramento rifiutato. I docenti universitari e il regime fascista, La Nuova Italia, Milán, 2000, y G. Boatti, Preferirei di no: le storie dei dodici professori che si opposero a Mussolini, Einaudi, Turín, 2001.

Actualmente, después de un largo periodo de desinterés, a los historiadores sociales y políticos les fascina la historia del DEPORTE. El punto de partida sigue siendo la lectura de J. M. Hoberman, Politica e sport, Il Mulino, Bolonia, 1988. Para el deporte fascista: F. Fabrizio, Sport e politica. La politica sportiva del regime 1924-1936, Guaraldi, Romini-Florencia, 1976; R. Bianda et al., Atleti in camicia nera, Volpe, Roma, 1983, y las actas del congreso, a cargo de M. Canella y S. Giuntini, Sport e fascismo, FrancoAngeli, Milán, 2009. Es útil la reconstrucción de la disciplina gimnástica realizada por P. Ferrara, L'Italia in palestra. Storia, documenti e immagini della ginnastica dal 1833 al 1973, La Meridiana, Roma, 1992. Sobre el fútbol, concretamente sobre el periodo tratado, el mejor trabajo es el de S. Martin, Football and Fascism. The national game under Mussolini, Berg, Oxford, 2004. Sobre las academias: L. Motti y M. Rossi Caponeri, Accademiste a Orvieto. Donne ed educazione fisica nell'Italia fascista 1932-1943, Quattroemme, Perugia, 1996, y A. Ponzio, La palestra del Littorio. L'Accademia della Farnesina: un esperimento di pedagogia totalitaria nell'Italia fascista, FrancoAngeli, Milán, 2009. Sobre la política fascista para las olimpiadas: T. Forcellese, L'Italia e i giochi olimpici. Un secolo di candidature, FrancoAngeli, Milán, 2013. Son muchas las contribuciones de D. Marchesini, todas publicadas por la editorial Il Mulino: L'Italia nel Giro d'Italia (1996), Cuori e motori. Storia delle Mille Miglia (2001), y una segunda sintética biografía de Carnera (2006). Sobre la aviación señalamos en hermoso libro del americano R. Wohl, The spectacle of flight. Aviation and the Western imagination 1920-1950, Yale University Press, New Haven-Londres, 2005; del mito fascista del aviador se han ocupado Eric Lehmann, Le ali del potere. La propaganda aeronautica nell'Italia fascista, Utet, Turín, 2010, y F. Esposito, Mythische Moderne. Aviatik, Faschismus und die Sehnsucht nach Ordnung in Deutschland und Italien, Oldernbourg, Múnich, 2011. Se han llevado a cabo varios estudios sobre la evolución de los estadios y sobre su papel; destacamos el de D. Bolz, Les arene totalitaires. Hitler, Mussolini et les jeux du stade, CNRS, París, 2008. Sobre la OND la única obra de referencia general sigue siendo la de V. De Grazia, Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista, Laterza, Roma-

Bari, 1981; al igual que sobre la «invención» de tradiciones locales realizadas por la OND sigue siendo el mejor el estudio de S. Cavazza, Piccole patrie. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo, Il Mulino, Bolonia, 1997.

Sobre LITERATURA POPULAR Y EDICIÓN aconsejamos: G. Lazzari, Libri e popolo: politica della biblioteca pubblica in Italia dal 1861 ai nostri giorni, Liguori, Nápoles, 1985; M. L. Betri, Leggere obbedire combattere. Le biblioteche popolari durante il fascismo, FrancoAngeli, Milán, 1991; A. Scotto di Luzio, L'appropriazione imperfetta. Editori, biblioteche e libri per ragazzi durante il fascismo, Il Mulino, Bolonia, 1996; M. Galfrè, Il regime degli editori. Libri, scuola e fascismo, Laterza, Roma-Bari, 2005; y siguen siendo válidas la sugerencias de M. Isnenghi en L'educazione dell'italiano, Cappelli, Bolonia, 1979. Sobre la industria cultural: el libro de D. Forgacs y S. Gundle, Cultura di massa e società italiana 1936-1954, Il Mulino, Bolonia, 2007.

PERIODISMO: para una visión general, a cargo de V. Castronovo y N. Tranfaglia, La stampa italiana nell'età fascista, Laterza, Roma-Bari, 1980. Son interesantes las últimas recopilaciones documentales a cargo de N. Tranfaglia, en colaboración con B. Maida, La stampa del regime 1932-1943. Le veline del Minculpop per orientare l'informazione, Bompiani-RCS, Milán, 2005, y Ministri e giornalisti. La guerra e il Minculpop (1939-43), Einaudi, Turín, 2005. Señalamos también la interesante y muy rica biografía de Malaparte, escritor, corresponsal, personalidad compleja de la cultura, la política y del periodismo del Ventenio escrita por M. Serra para Grasset, París, 2011.

RADIOFONÍA: F. Monteleone, La radio italiana nel periodo fascista, Marsilio, Padova, 1976; A. Monticone, Il fascismo al microfono, Edizioni Studium, Roma, 1978; A. Papa, Storia politica della radio italiana, 2 vols., Guida, Nápoles, 1978; A. L. Natale, Gli anni della radio, 1924-1954, Liguori, Nápoles, 1990; y los trabajos de G. Isola, Abbassa la tua radio per favore..., La Nuova Italia, Florencia, 1990, y L'ha scritto la radio. Storia e testi della radio durante il fascismo (1924-1944), Bruno Mondadori, Milán, 1998. Más reciente, de A. Marzano, Onde fasciste. La propaganda araba di Radio Bari (1934-43), Carocci, Roma, 2015.

Sobre el CINE son siempre una referencia M. Argentieri, L'occhio del regime. Informazione e propaganda nel cinema del fascismo, Vallecchi, Florencia, 1979, y G. P. Brunetta, concretamente Storia del cinema italiano, vol. II: Il cinema del regime 1929-1945, Editori Riuniti, Roma, 1993. Dan muchas noticias los libros

de N. Marino y E. V. Marino, L'OVRA a Cinecittà. Polizia politica e spie in camicia nera, Bollati Boringhieri, Turín, 2005, y de G. Tassani, que de manera poco crítica, a veces hagiográfica, reconstruye puntillosamente la biografía de un Diplomatico tra le due guerre. Vita di Giacomo Paulucci di Calboli Barone, Le Lettere, Florencia, 2012 (Paulucci di Calboni fue presidente del LUCE desde 1933 hasta 1939).

Sobre ARTE e IMAGEN también de L. Malvano, Fascismo e politica dell'immagine, Bollati Boringhieri, Turín, 1988, y la amplia investigación de M. Cioli, Il fascismo e la 'sua' arte. Dottrina e istituzioni tra futurismo e Novecento, Olschki, Florencia, 2011. El tema de las artes aplicadas ha suscitado el interés de autores y público de lengua inglesa: S. Barisione, M. Fochessati y G. Frantone, Under Mussolini. Decorative and Propaganda Arts of the Twienties and Thirties from Wolfson Collection, Genoa, Mazzotta, Milán, 2002; A. Arvidsson, Marketing modernity. Italian advertising from fascism to postmodernity, Routledge, Londres, 2003; E. Paulicelli, Fashion under Fascism. Beyond the Black Shirt, Berg, Oxford-Nueva York, 2004. Sobre la estética fascista, son interesantes las reflexiones de R. Ben-Ghiat, en Fascist modernities. Italy, 1922-1945, University of California Press, Oakland, 2001.

TEATRO: G. Pedullà, Il teatro italiano nel tempo del fascismo, Il Mulino, Bolonia, 1994, libro rico de información y sugerencias. Sobre el teatro político: P. Cavallo, Immaginario e rappresentazione: il teatro fascista di propaganda, Bonacci, Roma 1990. Para la reconstrucción de la puesta en escena de 18BL, es interesante, de J. T. Schnapp, Staging Fascism. 18 BL and the theater of masses for masses, Stanford University Press, Stanford, 1996, a pesar de que sorprende su interpretación: el consenso en el fascismo se basa en su representación y su «teatralización de la vida italiana» más que en su política y en su represión de cualquier oposición interna. En la misma línea interpretativa se sitúa el volumen de S. Falasca-Zamponi, Fascist Spectacle: The Aestetics of Power in Mussolini's Italy, California University Press, Oakland, 1997. También de Schnapp, Anno X. La mostra della rivoluzione fascista del 1932, Istituti editoriali e poligrafici internazionali, Pisa-Roma, 2003.

MÚSICA: el libro decepcionante de H. Sachs, Musica e regime, Il Saggiatore, Milán, 1995 (ed. orig. 1987), es actualizado por S. Biguzzi, L'orchestra del duce. Mussolini, la musica e il mito del capo, Utet, Turín, 2003; y por P. Cavallo y P. Iaccio, Vincere! Vincere! Vincere!: fascismo e società italiana nelle canzoni e nelle riviste di varietà: 1935-1943, Ianua, Roma, 1981.

INTELECTUALES Y FASCISMO: tres historiadores italianos se han ocupado por primera vez de este tema: M. Isnenghi, G. Turi y L. Mangoni. De Turi desde la obra Il fascismo e il consenso degli intellettuali, Il Mulino, Bolonia, 1980, hasta Lo Stato educatore. Politica e intellettuali nell'Italia fascista, Laterza, Roma-Bari, 2002; de Isnenghi: Intellettuali militanti e intellettuali funzionari, Einaudi, Turín, 1979, y L'educazione dell'italiano. Il fascismo e l'organizzazione della cultura, Cappelli, Bolonia, 1979; de Mangoni, Interventismo della cultura. Intellettuali e riviste del fascismo, Laterza, Roma-Bari, 1974. A estos trabajos hay que añadir, a cargo de Vincenzo Cazzato, Istituzioni e politiche culturali in Italia negli anni trenta, Istituto poligrafico e Zecca di Stato, Roma, 2001, 2 vols.

Sobre la CENSURA, en primer lugar citamos, de M. Cesari, La censura nel periodo fascista, Liguori, Nápoles, 1978, y a continuación los 2 vols. a cargo de P. Ferrara para el Archivio Centrale dello Stato, Censura teatrale e fascismo (1931-1944), Roma, 2004. Sobre la historia del Ministero de Cultura Popular sigue siendo fundamental el libro del historiador estadounidense P. V. Cannistraro, La fabbrica del consenso. Fascismo e mass media, Laterza, Roma-Bari, 1975. Para el caso recordado de Turín, A. D'Orsi, La cultura a Turín tra le due guerre, Einaudi, Turín, 2000.

EL CULTO DE LA NACIÓN: sobre el planteamiento conceptual y simbólico sobre el que el fascismo basó su religión política y elaboró sus propios mitos nacionales, son referencia obligada los trabajos de E. Gentile: Il culto del Littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista, Laterza, Roma-Bari, 1994, y el capítulo central de La grande Italia. Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo, Mondadori, Milán, 1997 (2.ª ed. Laterza, 2006); y de P. G. Zunino, L'ideologia del fascismo: miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime, Il Mulino, Bolonia, 1986.

Sobre la revalorización de la ROMANIDAD: las primeras contribuciones importantes son las realizadas por L. Canfora (y por la revista fundada por él: Quaderni di storia) y por M. Cagnetta desde la segunda mitad de los años setenta. A cargo de L. Canfora, Le matrici culturali del fascismo (1977), Le vie del classicismo (1989), ambos publicados por Laterza, y Il papiro di Dongo, Adelphi, Milán, 2005; de M. Cagnetta, Antichisti e Impero fascista, Dedalo, Bari, 1979. Además, de M. Barbanera, L'archeologia degli italiani. Storia, metodi e orientamenti dell'archeologia classica in Italia, Editori Riuniti, Roma, 1998, y de A. Giardina y A. Vauchez, Il mito di Roma. Da Carlo Magno a Mussolini, Laterza, Roma-Bari, 2000. Algunas sugerencias se encuentran en las

actas a cargo de E. Gentile Modernità totalitaria. Il fascismo italiano, Laterza, Roma-Bari, 2008. En cambio, el historiador australiano N. Doumanis ha investigado sobre el periodo de ocupación italiana del Dodecanneso, publicando Myth and Memory in the Mediterranean: Remembering Fascism's Empire, Londres-Nueva York, 1997. De la reelaboración fascista del Risorgimento son sobre todo dos los historiadores que se han ocupado a fondo en varios artículos, sintetidados en dos obras: de M. Baioni, Risorgimento in camicia nera. Studi, istituzioni, musei nell'Italia fascista, Carocci, Turín, 2006, y de C. Fogu, The Historic imaginary. Politics of History in Fascist Italy, University of Toronto Press, Toronto, 2005.

Sobre el ANTIAMERICANISMO, sigue siendo importante M. Nacci, L'antiamericanismo in Italia negli anni trenta, Bollati Boringhieri, Turín, 1990; un caso específico es el estudiado por E. Rambaldi, Rotary international, a «brotherhood of leadership». Il caso italiano tra fascismo e primi passi della Repubblica, Carocci, Roma, 2006; y muchas sugerencias nos llegan del monumental trabajo de V. De Grazia, Irresistibile Empire. America's advance thought XXth Century Europe, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

LENGUA Y NACIÓN: para la cuestión lingüística son referencias útiles los trabajos de de G. Klein, La politica linguistica del fascismo, Il Mulino, Bolonia, 1986, y el número monográfico de la revista Movimento operaio e socialista, enero-abril (1984), n. 1, dedicado al Parlare fascista. Lingua del fascismo, politica linguistica del fascismo. Para la resistencia lingüística en el Tirol del Sur, M. Villgrater ha escrito Katokombenschule. Faschismus und Schule in Südtirol, Athesia, Bolzano/Bozen, 1984.

Sobre la CANCIÓN: S. Pivato, Bella ciao. Canto e politica nella storia d'Italia, Laterza, Roma-Bari 2005 y G. De Marzi, I canti del fascismo, Fratelli Frilli, Génova, 2004.

Sobre las COMUNIDADES ITALIANAS EN EL EXTRANJERO, véanse las contribuciones sobre el tema que se encuentran en el volumen a cargo de E. Franzina y M. Sanfilippo, Il fascismo e gli emigrati, Laterza, Roma-Bari, 2003; sobre la propaganda en el extranjero, B. Garzarelli, «Parleremo al mondo intero». La propaganda del fascismo all'estero, Ed. dell'Orso, Alessandria, 2004, y F. Cavarocchi, Avanguardie dello spirito. Il fascismo e la propaganda culturale all'estero, Carocci, Roma, 2010. Sobre la comunidad italiana en Gran Bretaña: C. Bandoli, Exporting Fascism. Italian Fascists and Britain' Italians in the 1930s,

Berg, Oxford-Nueva York, 2003; mientras sobre la comunidad en Portugal y sobre la relación entre fascismo y salazarismo: M. Ivani, Esportare il fascismo. Collaborazione di polizia e diplomazia culturale tra Italia fascista e Portogallo di Salazar (1928-1945), Clueb, Bolonia, 2008; más en general véase M. Pretelli, Il fascismo e gli italiani all'estero, Clueb, Bolonia, 2010. Es mucho más rica la bibliografía sobre la comunidad italoamericana y sobre las relaciones entre la Italia fascista y Estados Unidos, empezando por el trabajo de G. Magone, Gli Stati Uniti e il fascismo. Alle origini dell'egemonia americana in Italia, Feltrinelli, Milán, 1980, actualizado por los estudios de S. Luconi y G. Tintori, L'ombra lunga del Fascio: canali di propaganda fascista per gli «italiani d'America», MeB, Milán, 2004, y de M. Pretelli, L'emigrazione italiana negli Stati Uniti, Il Mulino, Bolonia, 2011. También cabe señalar el libro de S. Lupo, Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008, Einaudi, Turín, 2008. La mirada americana dada al fascismo ha sido tratada en el trabajo de J. P. Diggins, L'America, Mussolini e il fascismo, Laterza, Roma-Bari, 1972 (ed. orig. 1972), que a pesar de sus muchos límites interpretativos sigue siendo de todas formas un volumen útil sobre el tema. Sobre Canadá: L. Bruti Liberati, Il Canada, l'Italia e il fascismo, Bonacci, Roma, 1984; sobre Australia, véase la síntesis de G. Cresciani, Fascismo, antifascismo e gli italiani in Australia 1922-1935, Bonacci, Roma, 1979. También recordamos la hermosa descripción de Lauro de Bosis escrita por J. MacClure Mudge, Lauro de Bosis resistes Fascism in Italy and America, Praeger, Westport, 2002, y el volumen anterior que recogía los recuerdos de sus contemporáneos, a cargo de I. Origo, A need to testify. Portraits of Lauro de Bosis, Ruth Draper, Gaetano Salvemini, Ignazio Silone and an essay on biography, John Murray, Londres, 1984. Sobre los temas tratados en el capítulo VIII, antieslavismo, racismo, colonialismo y antisemitismo, que conciernen también a temas como la demografía y la eugenésica, desarrollados en el capítulo III, en estos últimos años se han realizado trabajos de gran interés y valor historiográfico, ciertamente entre los más innovadores e interesantes para la comprensión de la época fascista.

Sobre la cuestión de la ITALIANIZACIÓN forzada de las provincias anexionadas a Italia en 1919, algunos historiadores tiroleses y austriacos han estudiado las transformaciones de la provincia de Bolzano durante este largo proceso y se han ocupado del tema de la «Opción».

En este contexto, para una visión del TIROL DEL SUR en los años del fascismo sigue siendo fundamental el trabajo de L. Steuer, Südtirol zwischen Rom und

Berlin, 1919-1939, Europaverlag, Viena, 1980. También se encuentran materiales y documentos en los dos volúmenes a cargo de J. Fontana: Südtirol und der Italienische Nationalismus, Universitätsverlag Wagner, Innsbruck, 1989-1990. Para el periodo relativo a la Opción y a la guerra véanse los dos volúmenes de K. Stuhlpfarrer, Umsiedlung Südtirol 1939-40, Löcker, Viena-Múnich, 1985; O. Zoeggeler y L. Ippolito han estudiado las transformaciones urbanísticas realizadas en Bolzano entre las dos guerras: Die Architektur für ein Italienisches Bozen, 1922-1942, Tappeiner, Lana, 1992. De los historiadores de lengua italiana, sobre el primer periodo, véase de A. Di Michele, L'italianizzazione imperfetta. L'amministrazione pubblica dell'Alto Adige tra Italia liberale e fascismo, Ed. dell'Orso, Alessandria, 2003; uno de los primeros que se ocupó del último periodo fue R. De Felice, en Il problema dell'Alto Adige nei rapporti italo-tedeschi dall'Anschluss alla fine della seconda guerra mondiale, Il Mulino, Bolonia, 1973; actualmente una buena síntesis es la de F. Scarano, Tra Mussolini e Hitler. Le opzioni dei sudtirolesi nella politica estera fascista, FrancoAngeli, Milán, 2012.

ANTIESLAVISMO Y CUESTIÓN TRIESTINA: para la parte relativa a Trieste, a Venecia Julia y a Istria-Dalmacia, todavía se puede hacer referencia a los trabajos pioneros de E. Apih, citado en Testo: Dal regime alla resistenza. Venezia Giulia 1922-43, Del Bianco, Udine, 1960, recogidos en el volumen dedicado a la historia de Trieste, Laterza, Roma-Bari, 1988, hoy actualizados por los estudios de M. Cattaruzza, L'Italia e il confine orientale, Il Mulino, Bolonia, 2007, y de A. Vinci, Sentinelle della patria. Il fascismo al confine orientale 1918-1941, Laterza, Roma-Bari, 2011. Un rico material documental y de reflexión sobre el caso triestino y juliano ha sido recogido por el Istituto per la Storia del Movimento di Liberazione nel Friuli Venezia Giulia en la revista Qualestoria y en la colección Quaderni di Qualestoria. Sobre los antecedentes históricos del drama de las foibe, se puede leer a cargo de G. Valdevit, Foibe: il peso del passato, Venezia

Giulia, 1943-1945, Marsilio, Venecia, 1997, y la investigación de la historiadora australiana G. Sluga, The problem of Trieste and the Italo-Yugoslav Border. Difference, Identity, and Sovereignty in Twentieth-Century Europe, SUNY Press, Nueva York, 2001.

Sobre el RACISMO aconsejamos de nuevo la consulta del catálogo La menzogna della razza. Documenti e immagini del razzismo e dell'antisemitismo fascista, a cargo del Centro Furio Jesi, Grafis, Bolonia, 1994, enriquecido por la

obra V. Pisanty, con un interesante estudio de L. Bonafé, La difesa della razza. Antologia 1938-1943, Bompiani, Milán, 2006, y además, a cargo de A. Burgio, las contribuciones de Nel nome della razza. Il razzismo nella storia d'Italia 1870-1945, Il Mulino, Bolonia, 1999, que afrontan en todos los ámbitos las diversas discriminaciones hacia los judíos, los enfermos, las mujeres, los homosexuales, desde la xenofobia hasta el antimeridionalismo; sobre este último tema véase también V. Teti, La razza maledetta. Origini del pregiudizio antimeridionale, Manifestolibri, Roma, 1993. Sobre la contribución de los científicos a las teorías racistas y eugenésicas desarrolladas por el fascismo, hay que hacer referencia a R. Maiocchi, Scienza italiana e razzismo fascista, La Nuova Italia, Florencia, 1999, a G. Israel y P. Nastasi, Scienza e razza nell'Italia fascista, Il Mulino, Bolonia, 1999, de nuevo a G. Israel, Il fascismo e la razza. La scienza italiana e le politiche razziali del regime, Il Mulino, Bolonia, 2010, y a los diversos estudios de C. Pogliano, condensados en L'ossessione della razza, Edizione della Normale, Pisa, 2005. Sobre el destino de los enfermos implicados en las prácticas de selección en los territorios que entraron en la esfera nazi véase H. Hinterhuber, Uccisi e dimenticati. Crimini nazisti contro malati psichici e disabili del NordTirolo e dell'Alto Adige, Museo Storico di Trento, Trento, 2003.

Sobre la HOMOFOBIA, la condición clandestina y la abierta persecución de los homosexuales en Italia véanse, además de los estudios recogidos en Nel nome della razza: a cargo del Circolo Pick, Le ragioni di un silenzio. La persecuzione degli omosessuali durante il nazismo e il fascismo, Ombre corte, Verona, 2002; L. Benadusi, Il nemico dell'uomo nuovo. L'omosessualità nell'esperimento totalitario fascista, Feltrinelli, Milán, 2005; G. Goretti y T. Giartosio, La città e l'isola. Omosessuali al confino nell'Italia fascista, Donzelli, Roma, 2006, y, a cargo de N. Milletti y L. Passerini, Fuori della norma. Storie lesbiche nell'Italia della prima metà del Novecento, Rosenberg & Sellier, Turín, 2007.

ANTISEMITISMO: este es un tema que ha dado en estos últimos años muchos y muy válidos frutos, después de los primeros, que eran pocos, realizados por R. De Felice, Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo, Einaudi, Turín, 1961 (ed. ampliada en 1993), por el historiador israelí M. Michaelis, Mussolini e la questione ebraica. Le relazioni italo-tedesche e la politica razziale in Italia, Edizioni di Comunità, Milán, 1982, por A. Cavaglion y G. P. Romagnani, Le interdizioni del Duce. A cinquant'anni dalle leggi razziali in Italia, 1938-1988, Mayer, Milán, 1991 (2.ª ed. ampliada en 2002 por Claudiana, Turín) y los recogidos en Italia Judaica. Gli ebrei nell'Italia unita 1870-1945, Archivi di

Stato, Roma, 1993. Algunos de estos frutos se deben a M. Sarfatti, a partir de Mussolini contro gli ebrei. Cronaca dell'elaborazione delle leggi del 1938, Zamorani, Turín, 1994, y de su estudio contenido en el vol. 11 de los Annali della Storia d'Italia, Einaudi, a cargo de C. Vivanti, Gli Ebrei in Italia. II. Dall'emancipazione ad oggi, Einaudi, Turín, 1997, retomado en La Shoah in Italia. La persecuzione degli ebrei sotto il fascismo, Einaudi, Turín, 2005; E. Collotti, Il fascismo e gli ebrei in Italia, Laterza, Roma-Bari, 2003, y M. A. Matard-Bonucci, L'Italie fasciste et la persécution des juifs, Perrin, París, 2007. También son muy interesantes algunos estudios locales: a cargo de E. Collotti, Razza e fascismo: la persecuzione contro gli ebrei in Toscana 1938-43, 2 vols., Carocci, Roma, 1999; S. Bon, Gli ebrei a Trieste 1930-1945. Identità, persecuzione, risposte, Libreria Goriziana, Gorizia, 2000; a cargo de R. P. Uguccioni, Studi sulla comunità ebraica di Pesaro, Fondazione Scavolini, Pesaro, 2003; S. Levis Sullam, Una comunità immaginata. Gli ebrei a Venezia (1900-1938), Unicopli, Milán, 2001, completado por C. Callegari, Identità, cultura e formazione della Scuola ebraica di Venezia e di Padova negli anni delle leggi razziali, Cluep, Padua, 2002. También sobre este último tema, la exclusión de los jóvenes y de los niños de los colegios públicos, véanse las actas del concreso a cargo de B. Maida, 1938. I bambini e le leggi razziali in Italia, Giuntina, Florencia, 1999. Sobre el comportamiento de la Iglesia católica véanse S. Zuccotti, Il Vaticano e l'Olocausto in Italia, Bruno Mondadori, Milán, 2001, y sobre todo R. Moro, La Chiesa e lo sterminio degli ebrei, Il Mulino, Bolonia, 2002; y dos estudios exhaustivos específicos, el primero de V. De Cesaris, Pro Judeus. Il filogiudaismo cattolico in Italia (1789-1938), Guerini e Associati, Milán, 2006, y el segundo de A. Villa sobre un área en concreto, Ebrei in fuga. Chiesa e leggi razziali nel Basso Piemonte (1938-1945), Morcelliana, Brescia, 2004. Sobre el paso por Italia de judíos extranjeros hacemos referencia al imponente trabajo en dos volúmenes de K. Voigt, Il rifugio precario. Gli esuli in Italia dal 1933 al 1945, La Nuova Italia, Florencia, 1993 y 1996. Señalamos, además, dos temas específicos: la emigración judía italiana en Palestina en A. Marzaro, Una terra per rinascere. Gli ebrei italiani e l'emigrazione in Palestina prima della guerra (1920-1940), Marietti, Génova, 2003; y la adhesión de parte de la comunidad judía al fascismo estudiada por L. Ventura, Ebrei con il duce. «La nostra bandiera» (1934-38), Zamorani, Turín, 2002, y por I. Pavan en Il podestà ebreo. La storia di Renzo Ravenna tra fascismo e leggi razziali, Laterza, Roma-Bari, 2006. Sobre la explusión de los intelectuales véanse: R. Finzi, L'università e le leggi antiebraiche, Editori Riuniti, Roma, 1997, y A. Capristo, L'espulsione degli ebrei dalle accademie italiane, Zamorani, Turín, 2002. En cambio, D. Mirri y S. Arieti han recogido las actas de un congreso que ha

analizado una doble exclusión del cuerpo académico: el juramento de fidelidad de 1931 y las leyes raciales: La cattedra negata. Dal giuramento di fedeltà al fascismo alle leggi razziali nell'Università di Bolonia, Clueb, Bolonia, 2002. Los estudios se han valido cada vez más de los testimonios de los perseguidos y de los supervivientes, acompañados por las contribuciones de escritores y protagonistas, entre los que se encuentran A. Stille, con Uno su mille. Cinque famiglie ebraiche durante il fascismo, Mondadori, Milán, 1991, y R. Loy, La parola ebreo, Einaudi, Turín, 1997. Sobre el ambiente turinés véase F. Levi con L'identità imposta. Un padre ebreo di fronte alle leggi razziali di Mussolini, Zamorani, Turín, 1996; y sobre el romano, M. Tagliacozzo, Metà della vita. Ricordi della campagna razziale 1938-1944, Baldini Castoldi, Milán, 1998. Sobre la política contra los judíos llevada a cabo en las colonias italianas la referencia sigue siendo R. De Felice, Ebrei in un paese arabo, Libia 1835-1970, Il Mulino, Bolonia, 1978, y para el periodo posterior de la ocupación de Túnez el trabajo de D. Carpi, Between Mussolini and Hitler: the Jews and the Italian authorities in France and in Tunisia, Brandeis University Press, Waltham 1994. En la actualidad, parece que están surgiendo nuevos temas a partir de los estudios sobre el antisemitismo, concretamente con respecto a la cultura jurídica y a los aspectos económicos de la persecución; señalamos los interesantes trabajos de G. Acerbi, Le leggi antiebraiche e razziali italiane e il ceto dei giuristi, Giuffrè, Milán, 2011, y S. Falconieri, La legge della razza. Strategie e luoghi del discorso giuridico fascista, Il Mulino, Bolonia, 2012. Sobre el requisado de los bienes judíos, véase, por ejemplo, lo que escribe Pavan sobre Italia en los 3 volúmenes de Spoliation et restitutions des biens juifs. Europe XXe siècle, Autrement, París, 2007, y también en 2007 de Pavan, junto a un interesante ensayo de A. Minerbi sobre la expulsión de los judíos extranjeros, en el número monográfico de mayo-agosto del periódico Israel dedicado al 70.º aniversario de la promulgación de la legislación. Sobre la expropiación todavía faltan estudios locales; solo hay un único caso examinado por F. Levi, Le case e le cose. La persecuzione degli ebrei torinesi nelle carte dell'EGELI 1938-1945, Compagnia di San Paolo, Turín, 1998.

COLONIALISMO: después de decenios de silencio, interrumpidos solo por los estudios pioneros de A. Del Boca, hoy un nuevo grupo de investigadores están trabajando intensamente sobre los aspectos militares, económicos y políticos del colonialismo italiano así como en el estudio de la sociedad colonial a través de documentos, imágenes, memorias y testimonios arquitectónicos. Abren esta nueva etapa los trabajos de N. Labanca, entre los que se encuentran: Oltremare. Storia dell'espansione coloniale italiana, Il Mulino, Bolonia, 2002, y, a su cargo,

Un nodo. Immagini e documenti sulla repressione coloniale italiana in Libia, Lacaita, Manduria-Bari-Roma, 2002. Le siguen, en el estudio de los crímenes fascistas perpetrados en África oriental, R. Baudendistel, Between bombs and good intentions: the Red Cross and the Italo-Ethiopian war 1935-1936, Berghahn Books, Nueva York, 2006, y M. Dominioni, Lo sfascio dell'Impero. Gli italiani in Etiopia 1936-1941, Laterza, Roma-Bari, 2008. Sobre la legislación racial véase de O. De Napoli, La prova della razza: cultura giuridica e razzismo in Italia negli anni trenta, Le Monnier, Florencia, 2009. Sobre la campaña militar en Etiopía, para el Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito L. E. Longo ha llevado a cabo en 2 volúmenes una reconstrucción oficial del ejército: La campagna italo-etiopica (1935-36), USSME, Roma, 2005; también sobre los aspectos militares es interesante la reconstrucción hecha por un protagonista, E. Formento, a cargo de Kai Bandiera, Etiopia 1936-41: una banda irregolare, Mursia, Milán, 2000. Entre los primeros que utilizaron imágenes fotográficas y memorialística se encuentran los historiadores africanistas L. Goglia, en Colonialismo e fotografia: il caso italiano, Sicania, Messina 1989, y I. Taddi en La memoria dell'Impero. Autobiografie d'Africa Orientale, Lacaita, Manduria, 1988, y L'Eritrea colonia, 1890-1952. Paesaggi, strutture, uomini del colonialismo, FrancoAngeli, Milán, 1986; seguidos por N. Labanca con Posti al sole. Diari e memorie di vita e di lavoro dalle colonie d'Africa, Museo Storico Italiano della Guerra, Rovereto, 2001, y Una guerra per l'impero. Memorie della campagna d'Etiopia 1935-1936, Il Mulino, Bolonia, 2005; también se ha basado en la memorialística A. Volterra en Sudditi coloniali. Ascari eritrei 1935-1941, FrancoAngeli, Milán, 2005. Sobre la vida en la colonia, en lo que concierne a África oriental, B. Sorgoni ha estudiado a un representante del paternalismo colonial que desaparece con la invasión en Etiopía y la política de apartheid: Etnografia e colonialismo. L'Eritrea e l'Etiopia di Alberto Pollera 1873-1939, Bollati Boringhieri, Turín, 2001; la cotidianidad en Libia ha sido estudiada por B. Spadaro en Una colonia italiana. Incontri, memorie e rappresentazioni tra Italia e Libia, Le Monnier, Florencia, 2013. Sobre el asentamiento agrícola de los italianos en Etiopía entre 1936 y 1940 existe un eficaz estudio que ha sido realizado por H. M. Larebo, The building of an Empire. Italian land policy and practice in Ethiopia 1935-1941, Clarendon Press, Oxford, 1994, confirmado por el trabajo de D. Serio sobre los molisanos: Il lavoro italiano nelle colonie. Il Molise e l'Africa Orientale (1936-1940), Cosimo Iannone, Isernia, 2002. Sobre la urbanización y la arquitectura colonial véanse los interesantes catálogos a cargo de G. Ghisleri, P. G. Massaretti y S. Zagnoni, Architettura italiana d'oltremare 1870-1940, Marsilio, Venecia, 1993, y Asmara Africa's secret modernist city, Merrell, Londres, 2003, y los estudios de B. L. MacLaren,

Architecture and Tourism in Italian Colonial Libya. An ambivalent Modernism, University of Washington Press, Seattle, 2006, y de M. Fuller, Modern abroad: Architecture, Cities and Italian Imperialism, Routledge, Londres, 2007. Existen interesantes recopilaciones surgidas de la colaboración internacional: a cargo de P. Palombo, A place in the sun: Africa in Italian colonial culture from ost-unification to the present, University of California Press, Berkelely, 2003; de R. Ben Ghiat y M. Fuller, Italian colonialism, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2005, y de D. Duncan y J. Andall, Italian colonialism. Legacies and Memories, Peter Lang, Berna, 2005. Sobre los cuerpos y la blancura/whiteness de la piel véanse: K. Pinkus, Bodily Regimes: Italian Advertising under fascism, University of Minnesota Press, Minneapolis-Londres, 1995, que trata del exotismo en la publicidad italiana, y G. Giuliani y C. Lombardi-Diop, Bianco o nero? Storia dell’identità razziale degli italiani, Le Monnier, Florencia, 2013. Sobre la recordada reacción de la comunidad afroamericana a la invasión en Etiopía, veáse N. Venturini, Neri e italiani ad Harlem. Gli anni trenta e la guerra d’Etiopia, Edizioni del Lavoro, Roma, 1990.

GUERRAS FASCISTAS: véase, también de G. Rochat, Le guerre italiane 1935-1943. Dall’impero d’Etiopia alla disfatta, Einaudi, Turín, 2005. Sobre España, el mejor trabajo, a pesar de los estudios posteriores, sigue siendo el de J. F. Coverdale, Italian intervention in the Spanish Civil War, Princeton University Press, Princeton, 1975. La historiografía italiana a día de hoy todavía no ha producido trabajos generales de relevancia; sin embargo, se han publicado algunas recopilaciones fotográficas y memoriales sobre los legionarios fascistas en España. Señalamos Legionari. Un sudtirolese alla guerra di Spagna (1936-1939), a cargo de A. Di Michele, M. Miquel, M. Sala, Nicolodi, Rovereto, 2007, y «In Spagna per l’idea fascista». Legionari trentini nella guerra civile spagnola 1936-1939, Museo Storico Italiano della Guerra, Rovereto, 2008. Sobre los trabajadores italianos enviados a Alemania, para un cuadro general véase B. Mantelli, «Camerati del lavoro». I lavoratori italiani emigrati nel Terzo Reich nel periodo dell’Asse, La Nuova Italia, Florencia, 1992, al cual se suma, a cargo de M. Fincardi, Emigranti a passo romano. Operai dell’Alto Veneto e del Friuli nella Germania hitleriana, Cierre, Verona, 2002. Todavía queda mucho por hacer para una reconstrucción exhaustiva del «frente interno» entre junio de 1940 y septiembre de 1943; rico en datos (pero decepcionante en el análisis) es el trabajo de M. Patricelli, L’Italia sotto le bombe. Guerra aerea e vita civile 1940-1945, Laterza, Roma-Bari, 2007.

Merece una particular atención el tema del CONSENSO, sobre el cual todavía

existen pocas monografías que se han ocupado directamente de analizar su amplitud y sus límites a lo largo del ventenio fascista. Sin embargo, hay que subrayar que en los últimos años diversos estudios están afrontando esta cuestión fundamental. Durante mucho tiempo el único trabajo de referencia ha sido el de S. Colarizi, L’opinione degli italiani sotto il regime, 1929-43, Laterza, Roma-Bari, 1991; ahora contamos con las contribuciones de P. Corner, The Fascist Party and Popular Opinion in Mussolini’s Italy, Oxford University Press, Oxford, 2012, y el último trabajo de C. Duggan, Fascist Voices. An Intimate History of Mussolini’s Italy, The Bodley Head, Londres, 2012, que ha utilizado fuentes (fundamentalmente correspondencia y diarios personales) que la historiografía sobre el fascismo, al contrario que la del nazismo, todavía no ha explorado completamente para comprender la relación entre los italianos y el régimen.

▪

* Los números romanos entre paréntesis al final de la cita bibliográfica se corresponden con el año de publicación según el calendario de la era fascista, en vigor desde 1926. El año I empezaba en octubre de 1922, fecha de la Marcha sobre Roma. (N. de la t.)